

709
LARI0



LOS
HIJOS DEL PUEBLO,
6
HISTORIA DE VEINTE SIGLOS.
—
TOMO I.

UNIVERSIDAD DE CADIZ



3721482319

HIJOS DEL PUEBLO

CON DISEÑOS DE DON WASHINGTON GONZALEZ, DON JUAN DE LA CRUZ,
DON ANTONIO Y DON JUAN DE LOS RIOS.

HISTORIA DE TRINTE SIGLOS.

CON LOS DISEÑOS DE LOS MAESTROS ESTADISTAS DON JUAN DE LA CRUZ,
DON ANTONIO Y DON JUAN DE LOS RIOS.

LIBRO PRIMERO.

Esta obra es propiedad.

REVISADA POR DON ANTONIO Y DON JUAN DE LOS RIOS.

IMPRESA EN LA CIUDAD DE MADRID EN EL AÑO DE 1852.

IMPRESA EN LA CIUDAD DE MADRID EN EL AÑO DE 1852.

Segunda edición.

TOMO I.

Barcelona.

IMPRESA DE D. JUAN OLIVERES, EDITOR.

Calle de San Mateo, n.º 27.

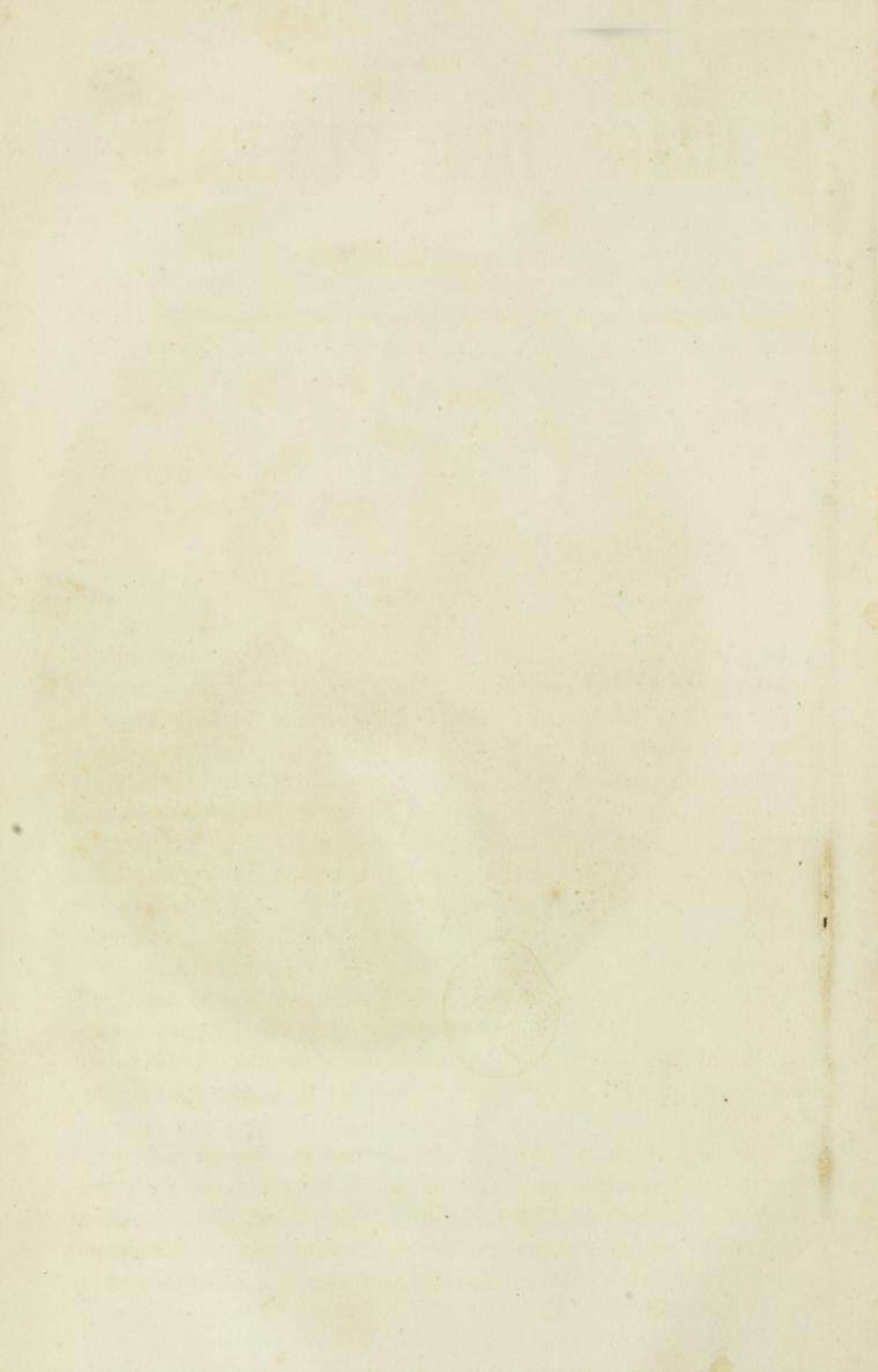
1852.



Esta obra es propiedad.



Augustus King



HIJOS DEL PUEBLO,

ó

HISTORIA DE VEINTE SIGLOS.

PRÓLOGO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Conversacion de mostrador.

La admiracion que me han inspirado siempre los poetas , esos niños mimados que se alimentan de dorados sueños y ven el mundo través de un prisma mágico que les convierte lo negro en color de rosa , no me impide á las veces compadecer sus gustos estraños y reirme de sus pueriles estravagancias. Una de sus manias habituales consiste en ponderar el encanto de la naturaleza cuando empiezan á aparecer en el horizonte los primeros resplandores de la mañana , pero á buen seguro que la mayor parte de esos vates madrugadores prefieren á las delicias de la aurora el suave calor del lecho , y se levantan al mediodia para elogiar con hipócrita entusiasmo un espectáculo que solo han visto soñando.

Paris presenta un aspecto sombrío cuando principia la lucha entre la noche y el dia , y sus calles , tan animadas á todas horas , guardan el silencio y la soledad para la que cierra los placeres prolongados de la noche y sirve de intervalo hasta la que abre el nuevo dia.

Si sopla el cierzo helado , como en la mañana que da principio á esta historia , si brillan en las fuentes públicas y en las orillas del Sena los diamantes del hielo , ó si la nieve cruza en remolinos azotando los rostros ; solo vereis en las calles de Paris al mozo de tienda que abre las puertas perezoso , bostezando y frotándose los entorpecidos

párpados, y coloca en el mostrador los objetos que mas tarde atraerán la curiosidad de los transeuntes ociosos; al obrero que corre al taller, á los moradores de los mercados, y á los representantes de esas pequeñas industrias que se esplotan durante las primeras horas del dia.

Si veis cruzar algun coche elegante, no lanceis la mirada á los personajes que conduce: son los rezagados de algun baile de alto tono ó de alguna vergonzosa orgía, en cuyas mejillas forma un repugnante contraste el afeitado que tanta animacion les daba á la luz de los salones con la palidez que dejó impreso el insomnio.

Espiraba el mes de febrero de 1848, época preñada de horribles borrascas para Francia y para toda Europa, y en una de esas mañanas frias y nebulosas en que parece que el sol tiene pereza de asomar entre las brumas, un soldado vestido con el traje de cuartel se paseaba por la calle de los Santos Padres, donde se alzan palacios al lado de casas habitadas por una clase menos aristocrática, y en cuyas boardillas se alberga tambien la pobreza oscura y humilde.

El soldado madrugador, que por su uniforme indicaba que pertenecía á un regimiento de lanceros, estendia su paseo á unos treinta pasos de longitud en la calle, y era el centro de sus evoluciones la puerta de una tienda á la cual dirigia miradas de impaciencia y hasta de enojo.

¿Pero porqué se alejó á paso de carga, y se ocultó detrás de la esquina mas inmediata, cuando resonó en lo interior de la tienda el ruido de las barras y cerrojos y asomó á la calle su rostro azorado un mozo robusto, que para disimular la desagradable impresion que le producía el frio cantaba en voz baja una tonada bretona, frotándose á compás las manos, y alzándose el tapabocas de vez en cuando, como para preservar su nariz de las caricias del cierzo helado?

Lo ignoramos pero tal vez lo sabrá el lector si la curiosidad le induce á continuar hasta el fin esta interesante historia.

La tienda era como todas las de droguería, oscura, modesta y nada limpia. Los mostradores no hacian alarde de coquetería y de aparato exterior como los de sus vecinas las tiendas elegantes de modas y de quincalla, pero se advertia que su aspecto plebeyo y gracioso era como esos trajes de moda antigua que cubren á ciertos millonarios que han escalado lentamente el templo del dios de la riqueza cargados con un saco de especias, y en los cuales se demuestra la verdad del refran: *debajo de una mala capa*, etc.

Mientras el mozo de la tienda, á quien llamaremos Jorge, estaba ocupado en abrir la puerta y preservarse del frio, salió de un aposento interior que servia de almacén, una jóven de diez y ocho años, rubia como la mies á punto de segar, risueña y linda como una niña, y de unos ojos de azul de cielo que daban á su fisonomía una espresion de sencillez y candor encantadora.

Jorge se hallaba entonces pensativo, con el brazo apoyado en el mostrador, la barba apoyada en la mano, y lanzando miradas vagas al suelo como si le dominase una idea profunda.

La jóven, que era una aldeana bretona y paisana de Jorge, le tocó suavemente en el hombro, lo cual le hizo levantarse como impelido por un resorte ó por una chispa eléctrica.

— ¿En qué piensas, holgazan? le dijo Maria, que era el nombre de la jóven, riéndose del susto de su compatriota.

— Estaba pensando, respondió Jorge, en que me parece que estoy soñando.

— Yo lo creo, tienes los ojos cerrados y mas estás dormido que despierto.

— No quiero decir eso, sino que hace dos dias que llegué á París y aun no doy crédito á mis propios ojos. Veo cosas que me asombran, especialmente en esta casa, y por vida mia que no es París lo que me figuraba.

— ¿Y qué ves aquí que te asombre?

— Todo.

— ¿Todo?

— Y aun mucho mas.

— Explícate.

— Mi madre me decia: «Jorge, vas á ser mancebo de tienda del señor Roderik nuestro compatriota; vas á entrar en una casa bendita de Dios. Tú, que eres miedoso y poco aficionado á callejear, vivirás allí tan tranquilo como en este pueblo, porque en la calle de los Santos Padres de Paris, donde tiene la tienda tu amo, solo viven gente de alto copete y comerciantes pacíficos y honrados.» — ¡Qué equivocada estaba mi madre! Esta calle es un infierno. Ayer quise contar los coches que pasaban, salpicando de lodo á todo el mundo, y perdí la cuenta á los pocos minutos. ¡Qué confusion, qué barullo! Esto es una Babilonia. Los oidos me zumban, y creo que voy á quedarme sordo. Ah! Maria, prefiero mil veces la tranquilidad de mi pueblo á esta espantosa barahunda.

— Pobre Jorge !

— ¡Y sino fuera mas que eso !

— ¿Pues qué hay mas ? ¿Tienes alguna queja del amo ?

— ¡Queja del amo ! ¡Qué disparate ! Si es el mejor hombre del mundo... ¿No lo decia mi madre ?

— ¿De la señora acaso ?

— Tampoco. ¡Si es tan buena y amable ! Cuando la veo se me figura que es mi madre.

— ¿De la señorita ?

— ¡Oh ! la señorita es un modelo de hermosura y de virtud.

— ¿Pues qué es lo que te asombra ?

— Pues bien , me choca el nombre de la señorita. Ese nombre no es muy cristiano. ¡Hena ! ¿Está acaso en el calendario ?

— ¿Se ha de llamar todo el mundo Jorge ó Maria como nosotros ? Cuando le han puesto ese nombre , sus razones habrán tenido para hacerlo. Además , has de saber , Jorge , que en Paris está de moda poner nombres que difícilmente se encuentran en el calendario , y lo hacen así porque los que se usan en los pueblos son feos y vulgares.

— Feos y vulgares unos nombres como Jorge !

— Defiendes el tuyo por vanidad.

— Dejemos esta cuestion ; pero ¿qué dices , Maria , de la puerta azul ?

— ¿Qué puerta azul ?

— La que está en un rincon de la sala. Ayer mismo , aunque eran las doce del dia , entró allí el amo con una luz.

— ¿Y cómo habia de entrar si siempre están las ventanas cerradas ?

— ¿Y porqué han de estar cerradas siempre ?

— No lo sé ; tal vez tendrán allí la caja.

— No , porque la he visto en la trastienda al lado del escritorio.

— Será algun depósito de drogas.

— Nunca ha sacado de allí drogas el amo. Ahora bien ; si no hay drogas ni dinero ¿qué hay en ese cuarto que está oscuro á las doce del dia ?

— No lo sé , Jorge : solo entran allí los amos.

— ¿Y no te parece eso muy sorprendente y misterioso , Maria ?

— No , porque estoy ya acostumbrada , y lo mismo te sucederá á tí.

Interrumpióse entonces Maria despues de mirar á la calle , y dijo á su compañero :

— ¿Has visto?

— ¿Qué?

— A ese soldado.

— ¿Un soldado?

— Sí: mírale con atención si vuelve... despues te lo explicaré todo. Mírale luego!

— ¡Ah! es un buen mozo! Pero, ¿porqué se esconde? Maria, mira bien lo que haces. Acuérdate de la cancion:

Un soldado me dió un ramo:

Mal haya mi tontería!

Con él le di el corazón,

Y no sé á quien se lo pida.

¿Entiendes, Maria? La que se enamora de gente de tropa, de dia y de noche tiene en el oido el redoble del tambor, que cuando toca llamada para marchar, dice á compás:—Niña, si te he visto no me acuerdo. Y por otra parte, son tan osados, tan perjudiciales para las muchachas..!

— ¡Si supieras cual lo aciertas, Jorge!

— ¡Desventurada! ¿te has enamorado de alguno?

— No digas necedades.

— Si es verdad, te compadezco.

— No se trata de mi. Oye Jorge: eres un buen muchacho, y necesito pedirte un consejo. Te contaré lo que sucede. Hará unos cuatro dias que la señorita, que por lo regular se sienta en la trastienda, estaba en el mostrador porque habian salido de casa los amos: yo estaba á su lado, y miraba hácia la calle, cuando veo que se detiene en ella un militar.

— ¡Pobre señorita! Y la flechó al momento, ¿no es eso? ¡Tiene un hechizo el uniforme! ¡Pero enamorarse de un soldado raso... ella que podria aspirar á ser lo que menos comandanta!

— No era soldado raso, porque si no me engaño, llevaba en las mangas sus tres galones de coronel. Se paró delante de la tienda y principio á mirar con unos ojos que parecia que se nos queria tragar.

— Eso me recuerda una cosa que ví muchas veces siendo niño. Has de saber que era muy aficionado á correr por los campos y á encaramarme por los árboles para sorprender á las avecillas en los nidos.

— ¿Que tienen que ver tus correrias por los campos y tus sorpresas de nidos con mi historia?

— Mucho que tienen que ver.

—Espílicate, y no me interrumpas, pues de lo contrario, te dejaré con la curiosidad de saber lo restante.

—No te interrumpiré mas, pero lo que voy á decirte viene muy á cuento. ¿A qué no aciertas quien me disputaba las avecillas que trataba de sorprender en los nidos?

—Algun amigo que te se adelantaba.

—No lo has acertado. Me las disputaba un pájaro muy traidor que es, como si digéramos, el bandido de los aires. Cuando hablabas de los ojos del coronel me he acordado de los del gavilan. ¡Cómo atraia á los pajarillos con su mirada! Y los tontos, en vez de huir, se acercaban á su verdugo. Ese militar será algun gavilan de muchachas. Te compadezco, Maria, te compadezco.

—No me miraba á mi.

—¿Pues á quién?

—A la señorita Hena.

—¿Será cierto?

—La señorita estaba bordando sin advertir que el militar la devoraba con los ojos, y yo, que estaba avergonzada por ella, no me atrevia á advertirla que la miraban.

—¡Ah! Maria eso me recuerda una cancion que...

—No me interrumpas, Jorge: ya me cantarás despues la cancion, El militar...

—El gavilan.

—Bien; el gavilan como dices, parecia que se queria tragar á la señorita con la vista.

—¡Qué ojos tan terribles tienen los gavilanes!

—¿Me dejarás acabar, Jorge? La señorita repara entonces que está llamando la atencion del coronel, y poniéndose encendida como la grana, me manda que cuide de la tienda y se retira á su escondite. Pero no paró en esto la aventura, pues el coronel volvió el dia siguiente á la misma hora vestido de paisano y se puso de planton delante de la puerta. Como estaba la señora en el mostrador, el pájaro voló al momento, y volvió antes de ayer otra vez, retirándose sin poder ver á la señorita. Finalmente, mientras la señora estaba ayer en la tienda, entró y le preguntó, con mucha finura por supuesto, si podria encargarse de un negocio muy lucrativo... Se trata nada menos que de vender con grandes ventajas provisiones para su regimiento; la señora respondió que sí, y quedaron acordes en que volveria hoy para cerrar el trato con el señor Roderik.

— ¿Qué te parece, Maria? ¿Si habrá advertido la señora que ese militar ha venido algunas veces á ponerse de platon delante de la tienda?

— No lo sé, Jorge, así como tampoco sé si debo avisar á la señora. Te he dicho que salieras á ver si ese soldado volvía, porque temía que viniera á espiarnos... Pero por fortuna se ha ido. Ahora bien; ¿qué me aconsejas? ¿qué avise á mi señora ó que calle? Si se lo cuento, la alarmaré, y si callo, tal vez haré mal. ¿Qué me aconsejas?

— Me parece que debes avisar á la señora, porque así desconfiará tal vez de ese negocio. ¡Cuántas veces está detrás de la cruz el diablo! Te confieso que, despues de lo que me has contado, no las tengo todas conmigo.

— Seguiré tu consejo.

— Y harás bien.

— Recítame ahora la cancion.

— Es muy triste. Mi madre me la cantaba junto al hogar como se la habia cantado mi abuela y como la abuela de mi abuela...

— Veo, Jorge, dijo Maria riéndose é interrumpiendo á su compañero, que de abuela en abuela vas á remontarte hasta nuestra madre Eva...

— ¿Y quién lo duda? En nuestro país se trasmiten de familia en familia cuentos que llegan á una época...

— De mil, de mil quinientos años y aun mas, como los cuentos de *Myrdin* y del *Baron de Javioz*, que oí siendo niña.

— Pues si lo sabes, he de advertirte que la cancion de que te hablo, á propósito de los gavilanes que vuelan en derredor de las doncellas, es espantosa, y se llama, añadió Jorge con tono formidable, *La Pastora* y EL SEÑOR DE PLOUERNEL.

— ¿Cómo? preguntó vivamente Maria á quien llamó la atencion aquel nombre... El señor de..?

— El señor de *Plouernel*.

— ¡Cosa mas estraña!

— ¿Porqué?

— El señor Roderik pronuncia algunas veces ese nombre.

— ¿El nombre del señor de *Plouernel*?

— Ya te lo esplicaré. Pero recítame antes la cancion de la *Pastorcilla* y el señor de *Plouernel*, que por esta misma razon me interesa mucho mas.

—Has de saber, Maria, que el señor de Plouernel era un poderoso conde que vivia en un formidable castillo, de donde se arrojaba como el gavilán sobre su víctima, y era el terror de todas las aldeas vecinas.

—Bien, déjate de rodeos, porque la señora puede bajar y venir el amo de un momento á otro.

—Escucha con atencion.

Y Jorge dió principio á este relato, no precisamente cantado, pero si salmodiado con todo grave y melancólico:

LA PASTORCILLA Y EL SEÑOR DE PLOUERNEL.

Nacia el sol entre nubes
cual sus rayos purpurinas,
y las fuentes y las auras
con murmullos sonreian;
cuando salió bella y pura
á la pradera florida,
guiando el blanco rebaño,
Brugilda la pastorcilla.

—Pastora, hermosa pastora,
¿á donde vas dando envidia
á las flores mas hermosas
con tu belleza divina?

Asi le dijo un doncel
de rostro de amor y risa
que la senda del castillo
seguia por la colina.

—Amame, y te daré en cambio
de tu amor, hermosa niña,
una corona de conde
que hasta los reyes envidian.

—Guardaos esa corona
para las damas altivas,
porque yo tengo coronas
que son de envidia mas dignas,
que los campos me las dan
de frescas flores tegidas.

El caballero partió
el alma de amor herida,
y cuando la noche oscura
sus densas nieblas tendia,
al frente de sus guerreros
bajó de la alta colina,
y arrebató á la pastora
de su cabaña tranquila.

Desde aquella horrible noche
pasan noches, pasan dias,

y en negra torre encerrada
gime la hermosa cautiva.

El señor de Plouernel
adora á la hermosa niña,
pero su amor solo encuentra
odio y desden en su victima;
y cuando ciego delirio
le impulsó á negra perfidia,
se halló en brazos del cadáver
de la hermosa pastorcilla.

El cielo con su furor
al conde traidor castiga,
y un rayo el castillo trueca
en humeantes ruinas.

— ¿Qué dices, Maria? dijo Jorge moviendo la cabeza; qué te parece la historia?

— Muy horrible.

— Me respondes distraida. ¿En qué piensas? ¿Callas? ¿Porqué estás tan pensativa?

— Jorge, lo que acabas de contar es extraordinario. ¿Ese conde se llamaba el señor de Plouernel?

— Sí.

— He oido hablar con frecuencia al señor Roderik de esa familia como si tuviera contra ella motivos de queja, y decir al hablar de un malvado: luego es un hijo de Plouernel! como si dijéramos: luego es un hijo del diablo!

— Repito que esta casa es misteriosa, dijo Jorge con ademan meditabundo y casi alarmado. ¿Quejarse el señor Roderik de la familia de un conde que murió hace ochocientos ó novecientos años..! Finalmente, sírvate de aviso la historia, Maria.

— ¿Te figuras, Jorge, preguntó Maria riendo, que hay condes en Paris que se llevan á las jóvenes?

En el momento que Maria pronunciaba estas palabras, entró en la tienda un criado con librea y preguntó por Roderik.

— No está en casa, respondió Jorge.

— En ese caso, continuó el criado, decid á vuestro amo que el coronel le espera hoy antes del medio dia para tratar del negocio de que habló ayer á su esposa. Aquí están las señas de su casa, añadió el criado dejando una targeta en el mostrador, y advertid sobre todo á vuestro amo que sea exacto, porque al coronel no le gusta esperar.

Cuando salió el criado, Jorge tomó maquinalmente la targeta, la leyó y exclamó palideciendo:

¡Santa Ana de Auray me valga! Parece increíble.

—¿Qué tienes, Jorge?

—Lee.

Y entregó la targeta con mano trémula á Maria que leyó:

EL CONDE GONTRHAN DE PLOUERNEL,

CORONEL DE LANCEROS

18, *calle de Varennes.*

— ¡Qué misteriosa es esta casa! repitió Jorge alzando las manos al cielo, mientras Maria manifestaba tanto asombro y terror como su compañero.

CAPÍTULO II.

Los Colbiac y los Plouernel.

Dos años antes de la escena que acabamos de describir, las costas de Bretaña fueron teatro de un acontecimiento lamentable que es preciso referir antes de continuar nuestra historia.

Alzábanse á corta distancia de la ciudad de Auray dos quintas magníficas que, castillos formidables en otros siglos, habian prestado sus escombros para cimiento de las modernas moradas. La primera estaba situada en una colina, en cuya falda ostentaba sus musgosas ruinas un gótico monasterio que solo conservaba en pié inmensos paradones, asilo habitual de aves nocturnas, y las ojivas de un claustro donde la fantasía se recreaba en evocar las sombras de los monjes y prelados, cuyas efigies, esculpidas en las losas funerales, parecian contemplar con asombro á los que, atraídos por la soledad de aquel sitio, hollaban con su planta los vestigios del soberbio edificio derrocado por el soplo destructor de los siglos y la mano, mas destructora aun, de la revolucion. La quinta que aparecia sobre el collado rodeada de sombrías arboledas, era la antigua mansion de los señores de Colbiac, cuya familia se veia reducida á la anciana condesa y á su hija Elena, último fruto de su amor con el desgraciado conde de Colbiac, muerto en las calles de París en la revolucion que entronizó á la familia de Orleans.

No léjos de las famosas piedras de Karnak se veia la quinta de los señores de Plouernel, familia no menos perseguida por la fortuna, pues solo quedaba de ella ya dos descendientes, el anciano duque de Drupon y el conde de Plouernel, que olvidando su origen aristocrático y las opiniones legitimistas de su padre, mandaba un regimiento de lanceros y prestaba obediencia á la dinastía de julio.

Los Colbiac y los Plouernel vivian desde época muy remota separados por odios de familia cuyo origen yacia envuelto ya en las sombras del olvido, pero que no por eso se habia amortiguado. Elena se habia educado en medio de las preocupaciones de raza que se arraigan tan profundamente en las almas cándidas, y no podia pronunciar sin horror el nombre de Plouernel, al cual

añadía su imaginación exaltada por el aislamiento del mundo, los colores sombríos que daba la historia de su familia á la rivalidad perpetuada de leyendas transmitidas de siglo en siglo, y en las cuales dominaba el espíritu de lucha y de venganza.

Gontran de Plouernel no participaba, empero, del espíritu hostil que animaba á Elena de Colbiac, y hasta habia concebido por ella una de esas pasiones que forman época en nuestra existencia, pero todos sus esfuerzos se habian estrellado hasta entonces en el desden de Elena y en la indignación de la anciana condesa, á quien asombraba que un descendiente de los Plouernel se hubiera atrevido á aspirar á la mano de la heredera de los Colbiac.

La condesa y su hija se hallaban una noche en uno de los salones de la quinta, sumidas en ese silencio característico de dos seres que viven lejos de la sociedad, y para quienes cruzan los dias con la monotonía de la dicha y la soledad, en medio de la calma mas profunda, consagrandos todos sus recuerdos á las personas queridas que duermen en el sepulcro, y sin cuidarse de penetrar con ansiosa mirada las sombras del porvenir.

—Mucho tarda esta noche tu primo, dijo la condesa que dirigia sus ojos con impaciencia hácia la puerta del salon, creyendo oír ruido de pasos cuando el viento sacudia los corpulentos árboles del parque produciendo un sordo rumor que turbaba á intervalos el silencio de la noche.

—Ayer estaba triste y pensativo, dijo Elena exhalando un suspiro.

—¿Temes acaso que ese Plouernel sea causa de su tristeza?

—Alfredo me ama y está seguro de mi amor.

—Sus celos serian en verdad ridículos é injustos.

—Sospecho que otra razón mas poderosa que el amor y los celos está llenando de inquietud su alma. Tal vez va á asombraros lo que voy á deciros, madre mia, pero os aseguro que soy yo la que tengo celos.

—¿Celos tú, hija mia! ¿De quién..?

—De una rival tiránica y absoluta... de la política.

—Alfredo es digno de su nombre, y no lo deshonoró como Plouernel con el perjurio.

—El gobierno ha sabido que el partido legitimista se agita en Francia, y Alfredo se halla demasiado comprometido para vivir tranquilo á nuestro lado. Temo, madre mia, que pronto nos abandonará.

— No sin darte antes su mano y realizar la mas halagüena ilusion de mi vida.

Interrumpió su conversacion una doncella que entró en el salon anunciando que Alfredo habia llegado á la quinta.

La condesa dirigió á su hija una mirada de alegría, y se levantó para salir á recibir á su sobrino, pero los pasos que se oyeron casi al mismo tiempo en el aposento inmediato la hicieron sentar otra vez. Elena volvió el rostro con ansiedad, y palideció al ver el aspecto abatido de su primo.

Reinó un corto momento de silencio.

— Habla, Alfredo, dijo la condesa con voz trémula. ¿ Porqué llegas tan tarde ?

— Elena, respondió el jóven mirando á su amada con espresion de dolor, voy á partir.

— A partir ! exclamaron á un tiempo madre é hija.

— Esta misma noche tengo que huir de Francia, y si no he sido preso aun, lo debo á la generosidad del conde de Plouernel que tiene órden de prenderme y conducirme á Paris.

Elena prorumpió en amargo llanto.

— Enjuga tus lágrimas, Elena, dijo Alfredo. No siempre está el cielo cubierto de nubes precursoras de tempestad, y pronto brillará por nuestra causa el sol de la victoria y de la justicia.

— Pero te ausentas !

— Mi corazon se lleva tu imágen, y juro aquí en presencia de tu madre que solo la muerte podrá borrarla. Si no fuera por el temor de perderte, renunciaria á la fuga, y me sacrificaria á la noble causa que defiendo.

— Parte, Alfredo, dijo la condesa con ademan noble y reprimiendo su angustia. Dejas en mis brazos á la que ha de ser tu esposa, y en ellos la hallarás en esos dias de ventura que nos anuncias.

— No me dejes, Alfredo ! exclamaba Elena anegada en llanto.

— Es fuerza dejarte, Elena. Otros gozarán en tanto la dicha de verte...

— Lejos de tí, viviré en esta quinta sin ver mas que á mi madre, y teniéndote á mi lado siempre en mis recuerdos.

— Elena, esta separacion me despedaza el alma. No se porqué, mas tiemblo al partir, y me persiguen dolorosos augurios. Pero me detengo demasiado...

— Tan pronto !

—Si, Elena... Adios!

La condesa se levantó para abrazar á su sobrino.

—Adios, hijo mio... Permíteme que te dé este dulce nombre.

—Adios! repitió Alfredo desprendiéndose de los brazos de la condesa, y saliendo precipitadamente del salon despues de volver el rostro por última vez para despedirse con la mirada de Elena.

Mientras tenia lugar esta dolorosa despedida, el conde de Plouernel estaba en su quinta con su amigo y confidente Enrique Dupierre, subteniente de su regimiento, que le habia acompañado desde Paris. *Gontran Neroweg, conde de Plouernel* era un hombre de unos treinta y seis años, de forma esbelta y robusta; sus facciones de altiva belleza ofrecian el tipo de la raza germánica ó franca, cuyos rasgos característicos han delineado tantas veces Tácito y César; sus cabellos eran rubios, sus ojos azules y su nariz aguileña.

—Mi triunfo me admira, Dupierre, decia el conde; una felicidad tan inesperada me enloquece de alegría.

—Las mujeres son, mi coronel, misterios insondables, pero os confieso que la brusca trasformacion de la señorita de Colbiac es inexplicable para mí.

—Sin embargo, aquí teneis su carta que la atestigua, dijo el conde enseñándole un papel.

—Conociais su letra?

—No, nunca me habia contestado, á pesar de haberles escrito varias veces.

El subteniente miraba la carta con ademan dudoso.

—¿Sospechais acaso...

—Me estraña una circunstancia...

—Explicaos.

—Veo que la letra es de mujer, pero...

—Acabad.

—Las errores de ortografía que veo en todas las líneas de este feliz mensaje me hacen formar una opinion poco favorable de la señorita de Colbiac.

—La doncella de Elena vino esta mañana á entregármela.

—Haced, pues, cuenta que nada he dicho.

—Ya veis que me dá una cita en el jardin para esta noche.

—A la cual os acompañaré. Yo no abandono á mi gefe en una aventura que puede quizás ser peligrosa. ¿Habeis mandado ensillar los caballos?

— Apenas ha anochecido aun...

— Advertid que de aquí á la quinta de Colbiac hay una legua mortal, y que los amantes deben ser puntuales á las citas.

La noche era oscura y brillaba á intervalos en el horizonte la luz de lejanos relámpagos que iluminaban el paisaje. El dia habia sido caluroso y se oia en los campos el susurro de los insectos mezclado con el estruendo del mar cuyas olas se estrellaban en la costa desierta de Karnak. Durante algunos momentos reinó un profundo silencio entre los dos nocturnos viajeros que, entregados á diversos pensamientos, no hacian caso del sorprendente espectáculo que ofrecia la naturaleza á la vaga luz del relámpago.

De pronto dijo Dupierre al conde:

— ¿ Me permitís, coronel, que manifieste una duda, que lucha por salir de mi boca, respecto de nuestra aventura?

— Decid cuanto se os antoje, Enrique, y si os arrepentís de haberme acompañado, os dejo en completa libertad para que os volvais á la quinta.

— ¿ Me hariais el disfavor de creer que tengo miedo?

— Sé que habeis ganado la charretera en campos de batalla mas peligrosos que una empresa de amor.

— Mi duda se reduce á que creo imposible que la señorita de Colbiac os haya escrito.

— ¿ No habeis leído la carta?

— ¿ No podria ser esa carta algun ardid de un amante celoso?

— ¿ De Alfredo de Colbiac acaso?

— Si.

— Alfredo es noble, y por otra parte á estas horas se halla ya muy léjos de Bretaña.

— Dicen que Elena le ama con delirio.

— Enrique, sois muy novicio en materias de amor y por eso no creéis en trasformaciones tan súbitas. ¿ Sabeis acaso si Elena ha reñido con su primo y si para vengarse de él accede por fin á mis súplicas?

— Dicen además que Elena de Colbiac es muy orgullosa.

— Pues por esa misma razon querrá vengarse de su amante.

— Dicen por fin...

— ¿ Aun no habeis apurado los argumentos?

— No. Dicen por fin que los Colbiac odian á los Plouernel, y que seria mas difícil la union de las dos familias que la de los Borbones con los Orleans.

—Pues si es cierto lo que me decís ¿porqué me ha escrito?

—Luego saldremos de dudas. ¿Pero no os parece, conde, haber visto pasar por el camino que cruza hácia Colbiac desde Auray dos sombras que se parecen á dos ginetes? Ese arroyuelo, cuyas orillas sigue la senda que hemos tomado, es tan vocinglero y se complace tanto en disimular la pobreza de sus aguas chocando en las piedras y poniéndose espumoso de rabia, que no hemos podido oír el ruido de los pasos de los caballos.

—Piquemos los nuestros para alcanzarlos.

—Al trote!

Los caballos apresuraron su marcha en medio de la oscuridad, pero llegaron cerca de las ruinas del monasterio sin encontrar á los dos ginetes que habia creído ver Dupierre.

La quinta del Colbiac yacia envuelta en las sombras y el silencio como si todos sus moradores estuviesen gozando de las delicias del sueño, aunque el viento de la tempestad que se iba aproximando habia traído en sus alas los ecos de la campana del reloj que Auray que daba las diez.

Pero no todos dormían en la quinta. La doncella que hemos visto en el salon anunciando la llegada de Alfredo estaba en uno de los patios en animada conversacion con el guarda de la quinta que, armado de su escopeta, se disponia á recorrer el parque como tenia costumbre todas las noches. La doncella era hermosa y apenas contaria diez y ocho años, pero sus facciones expresaban cierta desenvoltura que rebajaba el mérito de su belleza, y en la maligna sonrisa que contraía sus labios se revelaba un caracter de intriga y de perfidia.

—¿Has entregado mi carta al señorito Alfredo? preguntó al guarda.

—Se la entregué en la fonda de Auray cuando se disponia á partir, respondió el guarda.

—¿Y ha partido?

—Hizo un gesto al leerla, que me pareció que no era de su gusto lo que contenia.

—Razon tenia para alarmarse.

—¿Qué noticia le dabas que le obligó á suspender su viaje á pesar de que, segun dicen en Auray, tenia motivos poderosos para ausentarse?

—Pedro, ¿eres fiel á la familia de Colbiac?

— De padres á hijos hemos sido los Velay guardas de esta quinta hace mas de doscientos años.

— ¿Y aborreces á los Plouernel ?

— Como si fueran mis mas crueles enemigos.

— Tal vez tengas ocasion esta noche de verte frente á frente de uno de ellos.

— ¿ El conde tal vez ?

— El conde. Ya sabes que ama á la señorita y que jamás alcanzó mas que desdenes. Instigado por el odio y por los celos, ha delatado á Alfredo para obligarle á huir ; estoy seguro de eso. Pero yo he frustrado sus planes.

— Tú ?

— Si. Ignoras, Pedro, los motivos particulares que tengo para odiar á ese hombre, pero si los supieras me perdonarias el paso que he dado. Si soy huérfana, si mi padre murió en un hospital de dementes despues de asesinar á mi madre en un acceso de celos, todas mis desgracias han sido causadas por el padre del conde. He jurado vengarme y me vengaré.

— Pero hasta ahora no me has explicado...

— No necesitas saber mas sino que esta noche debes estar alerta, y si oyes voces, acudir sin tardanza para librar de un gran peligro á Alfredo.

— ¿ Se atreverá el conde...

— Se atreverá á venir á la quinta, aprovechándose de la ausencia del señorito, para alcanzar su deseo por medio de la fuerza.

— ¿ Qué dices ? En ese caso doblaré la carga de la escopeta, y ¡ desdichado del que se atreva á poner los piés en el parque esta noche !

La doncella espresó la mayor alegría, y creyendo que habria llegado ya la hora de la cita que habia dado al conde, despidió al guarda y se retiró á un aposento, cuyos balcones caian al patio que separaba la quinta de la verja que servia de entrada, para colocar la señal que habia indicado en su carta, y que consistia en dos luces puestas en uno de los balcones de la fachada principal.

El coronel y Enrique habian desmontado en tanto, y atando los caballos en los troncos de dos encinas que se alzaban junto á las paredes del monasterio, contemplaron un momento la colina sobre la cual estaba la quinta.

— ¿Hemos venido al trote, dijo el subteniente, para quedarnos en estas ruinas?

— ¿Olvidas que Elena me decia en su carta que encenderia dos luces en uno de los balcones de la fachada?

— Hace un minuto he visto á la luz de un relámpago las paredes de la quinta, pero á pesar de que dirijo la vista hácia el mismo punto, no aparecen esas dos estrellas precursoras de vuestra felicidad.

— En el momento que aparezcan esas dos estrellas, como decís, me dirigiré á la quinta.

— ¿Deseais que os acompañe?

— No. Vos formareis la retaguardia. Perdonad si no puedo encargáros el puesto mas honroso.

— Ese os pertenece á vos de derecho.

— ¿Porqué?

— Porque sois mi jefe, respondió Enrique sonriendo.

— Llegó el momento deseado. ¿Veis las dos luces?

— Las veo ahora claramente. Os vaticino una completa victoria, mi coronel.

CAPÍTULO III.

No hay mal que por bien no venga.

Enrique se quedó solo , y como las nubes exhalaban con mas frecuencia sus relámpagos , y el trueno resonaba con prolongado estruendo anunciando una próxima tempestad , se retiró con los caballos á las ruinas del monasterio , y se albergó bajo un pedazo de bóveda del claustro cuando empezaban á caer anchas gotas y soplabá el viento silvando entre los escombros.

La nube tempestuosa cruzó sin embargo el horizonte con rapidez , y se alejó hácia el mar donde mezcló el estruendo de sus truenos con el clamor de las olas , y no tardó en aparecer el cielo cubierto de estrellas.

Las dos luces habían desaparecido del balcon , y Enrique principiaba á creer que la cita no habia sido un engaño como creia , y por cuya razon habia acompañado al conde , cuando oyó rumor de pasos detrás de la pared del claustro , y vió acercarse lentamente un jóven en quien reconoció con sorpresa á Alfredo de Colbiac , á quien creia huyendo á escape hácia la frontera.

Receló entónces que el conde habia caido en una red habilmente tendida , y deseando evitar el encuentro de los dos rivales en la quinta , se dirigió hácia Alfredo , que retrocedió dos pasos al verle y empuñó una pistola.

— Caballero , le dijo el subteniente , no me parece esta la hora mas oportuna para visitar estas magníficas ruinas , pero desearia que os detuvierais en ellas algun rato. Lástima que sea una noche sin luna porque de lo contrario , á su luz plateada , seria mayor el encanto de este sitio pintoresco.

— Visitadores nocturnos como vos , dijo Alfredo , mas trazas tienen de bandidos que de amantes de los sitios pintorescos , y os advierto por lo tanto que si dais un paso ó haceis un ademan para detenerme , os mato como á un perro.

— Alfredo de Colbiac , palabras tan injuriosas son indignas de la boca de un caballero , y advertid que no temo vuestras amenazas. Os aconsejo que no paseis adelante.

— ¿Me lo aconsejais?

— Os lo exijo.

— Insolente!

— Los celos os hacen desvariar. Alfredo, y no me ofenden los insultos de los que se desvarian.

— Defendeos! Si no teneis armas, tomad una de mis pistolas.

— ¿Me proponeis un desafio?

— ¿Teneis miedo acaso?

— Nunca desairé á nadie en tales cuestiones... ¿Cuando nos batimos?

— Ahora.

— Y testigos?

— Dios y nuestra conciencia.

— ¿Armas?

— Tomad una de mis pistolas.

— Apartaos á alguna distancia, y haced fuego cuando gustéis.

— Lo haré pronto, porque no sois el único á quien busco.

Los dos jóvenes salieron al prado que se estendia delante del cementerio, se colocaron á veinte pasos de distancia, amartillaron las pistolas y avanzaron apuntando.

De pronto se oyeron dos detonaciones, la del arma de Alfredo y otra salida de la calle de árboles que conducia hacia la quinta, cuyo estruendo hizo volver el rostro á Enrique al mismo tiempo que caia en el cesped herido en el costado sin haber tenido tiempo de disparar su pistola. Enrique creyó que el conde habia disparado contra Alfredo, pero no tardó en ver al guarda de la quinta que con ademan triunfante se dirigió hacia el extremo opuesto diciendo:

— Ya cayó uno! Le acerté en medio de la cabeza. Si fuera el conde...

Pero el guarda retrocedió aterrado despues de reconocer á su víctima. A la luz de un lejano relámpago habia visto tendido y sin vida á Alfredo de Colbiac, y lanzaba gritos desgarradores pidiendo auxilio.

La quinta, tan tranquila hasta entonces, apareció llena de luces que cruzaban por los balcones y se oyeron gritos de alarma que llegaban hasta Enrique, el cual se arrastró penosamente hasta el claustro donde estaban los caballos. ¡Cual fué su asombro al ver que habia desaparecido el del conde quien cobardemente le abandonaba!

Qué habia sido de Plouernel en tanto?

Apenas llegó á la verja que procedia á la quinta, apareció en el patio una mujer cubierta con un velo que el conde creyó que era Elena, mas no tardó en convencerse de que habia sido víctima de un engaño cuando oyó la voz de la doncella que le dijo con acento de sarcasmo:

— Conde de Plouernel, hijo de una raza maldita, ha llegado tu última hora, ¿me conoces?

El conde se quedó tan turbado, que no pudo responder.

— Vas á morir á manos de un Colbiac, y tu muerte me vengará del ultraje que recibió mi familia de tu padre. Caiste en mis lazos, orgulloso conde. ¿Como pudiste creer que Elena te amaria? No, te ódia y te desprecia. Alfredo, gritó dirigiéndose hácia la puerta de la quinta, salid á defender á vuestra amada.

Salió entonces de la quinta Alfredo que dijo al conde:

— Señor de Plouernel, podria asesinaros como un vil salteador, pero estoy pronto á batirme con vos como si fuerais un caballero.

— Salid y no me insulteis, Alfredo!

— Perdonad si os suplico que vayais á esperarme al pié de la colina en las ruinas del monasterio.

— Os espero allí para responderos como debo.

Y el conde se dirigió hácia las ruinas. Pero viendo á algunos pasos de distancia una sombra que le seguia, y pareciéndole que brillaba en las manos de aquel desconocido una arma, apresuró el paso temiendo ser víctima de un asesino, y dió un largo rodeo para llegar al monasterio. El que le espiaba le perdió entre las sombras.

El conde empleó largo rato en volver á encontrar la calle de árboles que bajaba desde la cima del collado hasta las ruinas, y llegó tan tarde al sitio de la cita, que solo tuvo tiempo para oir las detonaciones y ver caer á Enrique. Avergonzado entonces de haber inspirado sospechas de cobardía con su tardanza y creyendo muerto á su amigo, solo pensó en huir para evitar que le sorprendiesen en una desgraciada aventura en que tan ridículo papel habia representado. Aterrábale hasta tal punto la idea de que se publicase su correría nocturna y llegase á ser objeto de la burla de todo el pais, que estaba decidido á partir el dia siguiente á Paris, aunque tan repentina ausencia, unida á los comentarios que forzosamente iban á hacerse de los sucesos de aquella noche, podian ser causa de culparle en la desgracia de su amigo. El conde temia el ridículo mas que la

muerte, y se acusaba de credulidad mientras regresaba á su quinta, pálido de corage, jurando vengarse en Alfredo de la ofensa que acababa de hacerle la familia de Colbiac.

No nos detendremos en describir la desgarradora escena que presenció la quinta cuando los criados atraídos por los gritos del guarda, trasladaron el cadáver de Alfredo. Su muerte desvanecía todas las esperanzas de la Condesa y de Elena. ¡ Cual fué su asombro al volver á verle exánime cuando le creían huyendo al extranjero! La causa verdadera de su muerte quedó sumida en el mas profundo misterio. El guarda confesó que le habia disparado creyendo que era un salteador á quien perseguia desde la puerta de la quinta, y la doncella culpó al conde de Plouernel diciendo que habia tratado de sobornarla para que le permitiese entrar en la quinta para robar á Elena, y que para evitar la violencia que meditaba el conde, habia avisado á Alfredo antes de partir de Auray; pero calló el verdadero objeto de su culpable trama que tan funesto habia sido para la familia de Colbiac.

Enrique logró contener la sangre que brotaba de su herida, y montando penosamente, se dirigió hácia Auray, temiendo á cada instante caer del caballo porque sus oídos zumbaban, y el cielo y los montes cruzaban ante sus ojos en horrible vértigo, mientras inundaba su frente frio sudor y sentia dolorosa angustía.

Llegó, sin embargo, á Auray en cuyas calles reinaba profundo silencio. Bajó del caballo, se apoyó bamboleando como un ébrio en la pared de la primera casa que se alzaba junto al campo, y se sentó en un banco de piedra.

Huyó entonces la luz de sus ojos, y al volver en sí se encontró en un modesto aposento rodeado de dos mujeres, la una jóven y hermosa, y la otra de mas edad y de noble y apreciado aspecto.

— ¿ No lo veis, madre mia? dijo la mas jóven. Abre los ojos por fin... ¡ Pobre jóven!

— Trae, Hena, lo pocion que hay sobre la mesa.

— Tomad, caballero, dijo Hena ofreciendo al herido la pocion con encantadora sonrisa.

Enrique lanzó en torno suyo miradas de asombro y creyó que se hallaba en medio de un agradable ensueño. El rostro angelical de Hena se le aparecia como una vision sobrenatural, y embargado en plácido éxtasis, no se atrevia á romper el silencio, temeroso de que desapareciese el encanto. Tomó, empero, la pocion de las manos de

su hermosa enfermera, le dió gracias por su tierna solicitud y le preguntó el nombre de la familia que le habia dado asilo.

La madre de Hena contó entónces á Enrique que se hallaba en casa de Roderik de Lebrenn, droguero de Paris, pero hijo de Bretaña, á donde iba todos los veranos á visitar la casa de sus antepasados, que sus quejidos habian despertado aquella noche á la familia, y que le habian encontrado tendido en el banco que se veia delante de la puerta de su casa, bañado en sangre y sin conocimiento.

Aunque el sexo débil es naturalmente inclinado á la curiosidad, la señora de Roderik no preguntó á Enrique la causa de la herida, y continuó prestándole sus cuidados hospitalarios con cariño maternal.

Fuera ocioso decir que el agradecimiento y el trato íntimo que media entre un enfermo y las personas que le cuidan, permaneciendo á todas horas junto á la cabecera de su lecho, y las largas y amistosas conversaciones que llenan las horas de la convalecencia, produjeron una espontánea expansion que en Hena y Enrique se convirtió en otro sentimiento mas tierno.

Hena y Enrique se amaron, y cuando llegó el momento de la separacion, los dos jóvenes se prestaron mútuos juramentos de eterna constancia.

La familia de Roderik partió á Paris, y Enrique fué destinado al ejército de Argelia de donde regresó con la licencia absoluta dos meses antes de dar principio á nuestra historia.

Enrique trocó la espada por los humildes instrumentos de ebanista, y pidió á Roderik la mano de su hija, pero una circunstancia, que inspiraba recelos al droguero hacia mucho tiempo, habia retardado tan deseado enlace. Durante la permanencia de Enrique en la casa de Roderik en Auray, el enfermo habia recibido frecuentes visitas de la doncella de la condesa de Colbiac, y el droguero pudo conocer fácilmente que no era la compasion ni el arrepentimiento sino una violenta pasion hácia el subteniente lo que la obligaba durante la convalecencia á repetir y prolongar sus visitas, y á no disimular los celos que le inspiraba la predileccion que demostraba Enrique por Hena.

La pérfida mujer que habia causado la muerte de Alfredo y la desesperacion de las señoras de Colbiac, partió á Paris algun tiempo despues, se hizo célebre por sus aventuras galantes y persiguió á Enrique cuando este volvió de Argelia decidido á unirse para siempre con su amada Hena.

Enrique convenció al señor Roderik de que Hena era la única mujer á quien amaba, y se fijó por fin la época de su enlace para cuando se hubiese calmado la revolucion que amenazaba entonces á la Francia.

El conde de Plouernel habia olvidado ya la aventura de la quinta de Colbiac, que ofuscó por algun tiempo su fama de conquistador amoroso, pero se habian sucedido tantas otras coronadas de victorias mas ó menos legítimas y honrosas, que no solo no le servia de escarmiento el recuerdo de aquella noche, sino que de dia en dia daba rienda suelta á su avidez de goces y galanteos, como hemos visto por su proyecto de atraerse al droguero para añadir á sus trofeos de amor la hermosura de Hena. Debemos advertir que desde aquella noche no vió mas á Enrique Dupierre, ni le escribió á Argelia, temiendo sin duda que le culpase por su cobarde accion y su vergonzosa fuga.

El señor Roderik acudió á la cita del conde de Plouernel, y se quedó sorprendido al ver salir del palacio de la calle de Varennes, donde vivia el conde, á la antigua doncella de la condesa de Colbiac, á la pérfida Pradelina, que olvidaba al parecer sus deseos de venganza, para envolver en sus redes al hijo del hombre que tan fatal habia sido para su familia.

Roderik fué introducido en un salon lujosamente adornado donde se veian algunos retratos de familia, y tan absorto estaba contemplándolos, que se estremeció como sobresaltado al ver al señor de Plouernel.

CAPÍTULO IV.

Diplomacia malograda. — El carro de la muerte.

Apesar de que sabia dominarse, el droguero no pudo menos de espresar cierta emocion al hallarse cara á cara del descendiente de la antigua familia de Plouernel. Debemos añadir que Maria le habia contado los paseos que hacia el coronel con tanta frecuencia por delante de la tienda, pero lejos de manifestar temor ó enojo, el Sr. Roderick afectó un exterior sencillo y tímido que el conde atribuia á la respetuosa deferencia que debia inspirar al tendero de la calle de los Santos Padres.

El conde se dirijió por consiguiente á Roderik con acento de familiaridad protectora, le indicó con una mano un sillón, se sentó y le dijo.

— No esteis en pié, caballero... sentaos, lo exijo.

— Ah! Señor... dijo Roderik, saludando con ademan desmañado, tanto honor... no se si debo...

— Dejad á un lado los cumplimientos, amigo mio, dijo el conde y añadió en tono enterrogativo os llamais... Sr. Roderik?

— Roderik de Lebrenn para serviros, respondió el mercader inclinándose.

— Pues bien, señor Lebrenn, ya sabreis que ayer tuve el placer de ver á vuestra esposa y de hablarle sobre una compra considerable de comestibles que deseo hacer para mi regimiento.

— Somos muy felices en que hayais honrado nuestra tienda con vuestra predileccion... Asi pues, vengo á saber la cantidad que necesitais y de qué clase la quereis. Os traigo muestras, añadió registrando con precipitacion el bolsillo del paletó. Si deseais elegir, os diré el precio justo...

— Es inútil, señor Lebrenn: voy á decir en dos palabras lo que deseo. Tengo cuatrocientos cincuenta soldados: necesito que os encargueis de la provision porque estoy seguro de vuestra honradez. No deseo regatear; me presentareis la cuenta y se os entregará lo que pidais, porque confio que me servireis con puntualidad.

— ¿Cuándo principiare á encargarme de la provision del regimiento?

— En el mes de marzo.

— El plazo es corto, pero tengo tiempo suficiente para prepararme.

— Si necesitais dinero... hablad con franqueza. No ignoro que los comerciantes mas dignos se hallan á veces en apuros... Además, como supongo que sois padre de familia...

— Tengo un hijo.

— ¿Solo un hijo?

— Tengo además una hija, señor.

— Si se parece á la madre... será lindísima.

— Es muy graciosa, y muy honrada sobre todo.

— No lo dudo, señor Roderik. Debeis estar orgulloso con una hija tan bella y tan honrada.

— Es mi dicha, es mi consuelo.

— Tengo intencion de dar una sorpresa á vuestra amable esposa. Figuraos que he proyectado organizar en el patio del cuartel un espectáculo de equitacion en el que harán mis soldados toda clase de ejercicios. Me atrevo á suplicaros que permitais que venga á honrar la funcion vuestra esposa, y acepte despues un refresco de franqueza.

— Tanto honor para nosotros... Me confundís...

— ¿Me lo prometéis?

— ¿Podré llevar á mi hijo?

— Por supuesto.

— ¿Y á mi hija tambien?

— Es inútil preguntarlo, señor Roderik.

— ¿Pero no os parece que no seria decoroso que mi hija...

— ¿Qué decís, señor Roderik? No seais tan escrupuloso.

— No merecemos tanto honor...

— Un hombre honrado merece eso y mucho mas. ¿No os ha sucedido alguna vez simpatizar á primera vista con una persona? Pues así me ha sucedido con vos, y quisiera serviros y grangearme vuestra amistad.

— Vos, un conde servir á un pobre mercader...

— Vuestra honradez os eleva hasta nivelaros, no digo con un conde, sino con un príncipe.

— Es excesiva vuestra bondad...

— Y repito que si necesitais dinero, hableis con franqueza.

— Gracias... mil gracias.

— No lo dejéis por cortedad. Soy un amigo sincero... Supongo, señor Roderik, que el domingo honrará vuestra familia con su presencia el cuartel...

— El honor será nuestro.

— Pero creo que seria mejor que yo mismo me presentase en vuestra casa á convidar á vuestra esposa...

— Vuestra visita la colmará de alegría.

— Brabo, señor Roderik ! Sois la nata y flor de los drogueros.

— Y vos espejo de caballeros.

— ¿ Tambien sabeis decir lisonjas ?

— ¿ Dije una lisonja ? Perdonad ; un pobre tendero ignora el lenguaje que debe emplearse con personas de alto tono. Tal vez voy á ser imprudente , pero me bulle aquí... añadió dándose una palmada en la frente , me bulle aquí una idea que pugna por salir... pero no me atrevo.

— Atreveos , señor Roderik , atreveos... ¿ Qué idea es esa ?

— Me parece que no os disgustaria que mi hija os amase...

— Cómo ! exclamó el conde desconcertado al oir tan brusca ocurrencia ; no entiendo lo que quereis decir...

— Quiero decir que vuestra bondad , vuestras ofertas y vuestros halagos me sorprenden en extremo , y he maliciado que obrabais con segunda intencion...

— Señor Roderik , no tolero bromas tan pesadas , dijo el conde cuyas mejillas se tiñeron de color de púrpura ¿ Con qué derecho os permitís semejantes intenciones ?

— Es cierto ; sois incapaz de imaginar un proyecto tan indigno como ridículo...

— ¿ Pretendeis darme una leccion ?

— De ningun modo , pero como supongo que sois hombre de honor , exijo que me jureis que al tratar de introducirs en mi casa , no abrigais la intencion de seducir á mi hija. Jurádmelo , ó me retracto de mi promesa.

El señor de Plouernel se quedó tan estupefacto al oir tan inesperada exigencia , que bajó los ojos ante la penetrante mirada de Roderik y no supo qué contestar.

En aquel instante abrió la puerta un ayudante del regimiento del conde que le dijo en voz alta despues de hacer el saludo militar :

— Perdonad , mi coronel , si entro sin anunciarme , pero acaban de dar la órden de que forme el regimiento y espere sobre las armas en el patio del cuartel. Se teme que esta noche...

El señor Roderik se disponia á salir del salon cuando el conde le dijo :

— No sois tan necio como pareceis, y conozco que os habeis burlado de mi... En otra ocasion os arrancaré la máscara que os cubre...

— Supongo, señor conde, dijo Roderik sin inmutarse y sonriendo, que seria conveniente suspender vuestro encargo...

— Es verdad, dijo el coronel saludando con ademan amenazador.

El señor Roderik salió del salon sin volver el rostro.

El conde le siguió con la mirada hasta que desapareció de la estancia inmediata, y continuó la conversacion con su ayudante.

La historia ha trazado ya en sus páginas el sangriento cuadro de la revolucion de 1848.

El sol se dirigia á su ocaso, y la calle de los Santos Padres presentaba el aspecto aterrador que anuncia las terribles catástrofes. Oíase á lo léjos ese sordo murmullo de la multitud, que remeda el estruendo lejano de la tempestad.

El señor Roderik, su hijo Sacrovir, que habia salido aquel dia del colegio, y Jorge acudieron á la puerta de la tienda atraídos por la griteria que se aumentaba por momentos y por la multitud que inundaba la calle.

La noche habia tendido sus sombras y las ventanas se abrian y cubrian de curiosos. De pronto rogizos reflejos iluminaron las paredes de las casas, y una inmensa oleada de pueblo corria lanzando gritos cada vez mas terribles llamando á las armas.

A los gritos respondian exclamaciones de horror. Las mugeres asomadas á los balcones se retiraban con espanto como para libertarse de alguna aterradora vision...

Apareció por fin el fúnebre cortejo.

Una turba de hombres del pueblo blandian fusiles, espadas, cuchillos y palos y precedian un carro lentamente arrastrado por un caballo y rodeado de hombres con antorchas.

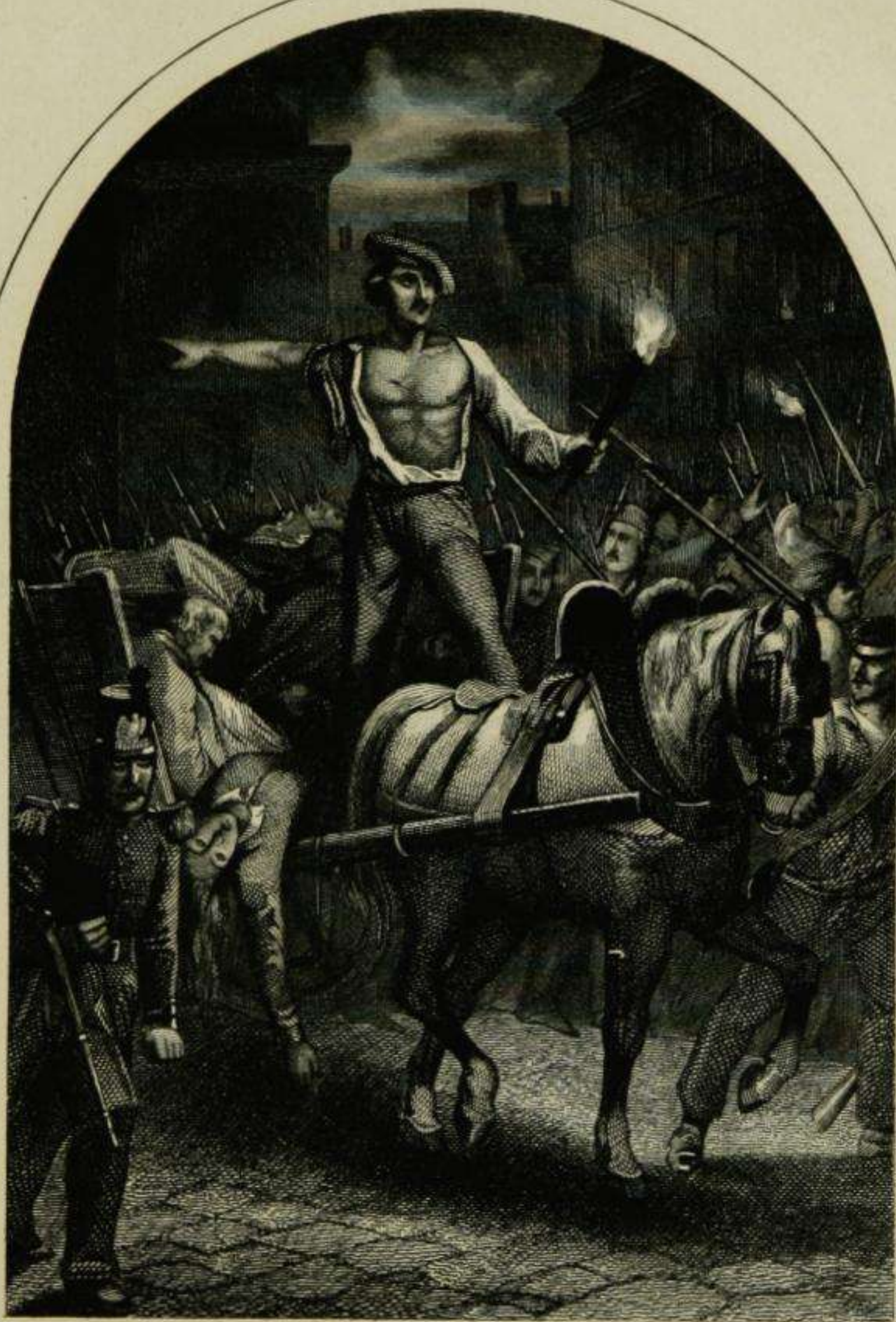
En aquel carro se veian amontonados algunos cadáveres.

Un hombre de aspecto feroz, cubierto con un gorro encarnado y con el pecho desnudo y ensangrentado, iba en pié delante del carro y sacudia una antorcha encendida.

Parecia el genio de la venganza y la destruccion.

Roderik cerró una de las puertas de la tienda, y pocos instantes despues se oyó el estruendo de la batalla.

En medio del clamor de los combatientes se oyó un gemido doloroso, y una jóven cayó herida en el humbral de la puerta de la tien-



Editor Juan Olverez Barcelona.

Paseo de los cadáveres á la luz de las antorchas.

da. El señor Roderik salió á ausiliarla, y la trasladó á la trastienda, donde su esposa y su hija le curaron la herida que habia recibido en el pecho.

Entró entonces Enrique sudoroso y cansado exclamando:

—Una jóven generosa acababa de salvarme la vida poniéndose delante de mi cuando cruzaba la calle. La bayoneta que amenazaba mi pecho ha traspasado el de aquella desventurada.

Y acercándose á la jóven herida, retrocedió con dolor reconociendo á la antigua doncella de la condesa de Colbiac.

La resistencia de los defensores de la barricada que habian alzado en la calle de los Santos Padres fué tan tenaz, que los soldados se retiraron dejándola cubierta de cadáveres.

El fuego habia cesado cuando se oyó un tiro en la calle inmediata y resonó en el empedrado el galope de varios caballos.

Pronto se vió aparecer al través de la barricada un coronel de lanceros seguido de varios ginetes. Era el conde Plouernel, que separado de su regimiento con quince ó veinte soldados, se empeñaba en abrirse paso. El caballo cayó herido á pocos pasos de la tienda de Roderik y el conde iba á sucumbir bajo las bayonetas de los insurrectos, cuando el tendero, esponiendo su vida y ayudado de Enrique y de su hijo, se arrojó entre el coronel y sus adversarios exasperados por la lucha, y logró sacarle de debajo del caballo é introducirle rápidamente en la tienda.

—Muera el coronel! gritaron varias voces.

—No, matar un vencido fuera una indigna cobardía, dijo Roderik.

—Ha muerto á mi hermano, dijo uno de los defensores de la barricada.

—Muera! muera! gritaron todos.

—Entrad! dijo el droguero, si os atreveis á deshonoraros con un asesinato.

Y aprovechándose del estupor que les habia causado su firmeza, Roderik cerró la puerta de la tienda.

.

Ha cesado el combate. La tienda esta inundada de soldados y revolucionarios heridos, y circula el rumor de que el rey y su familia han huido, que las tropas fraternizan con el pueblo, que se ha disuelto la cámara de los diputados y que se ha establecido un gobierno provisional en las casas consistoriales.

La esposa y la hija de Roderik están en su aposento interior presenciando la agonía de la doncella de la condesa de Colbiac, que en su vida galante se llamaba Pradelina.

—Señora, decia la pobre jóven, he deseado veros antes de morir... para deciros que Enrique es digno del amor de vuestra hija... Yo era huérfana, pero honrada... el deseo de vengarme me perdió... pero muero amando á Enrique... Ayer supe que un seductor... el conde de Plouernel codiciaba la que debe ser esposa del hombre que tanto he amado... que abrigaba proyectos indignos... y esta tarde... ha salido de casa para avisaros... sin saber... que habia... barricadas...

Pradelina no pudo hablar mas, su cabeza se inclinó hácia atrás, se llevó maquinalmente la mano al pecho, exaló un suspiro doloroso, balbuceó algunas palabras ininteligibles y cayó en brazos de la señora Roderik.

Era cadáver...

Jorge abrió en aquel instante la puerta y dijo:

—El coronel desea hablar con el amo.

El señor Roderik subió á la habitacion donde habian ocultado al conde, y le halló en pié pálido y sombrío.

—Caballero, dijo el coronel, mis heridas son muy leves y deseo libraros de mi presencia. Nunca olvidaré vuestra generosa conducta, que es doblemente laudable despues de nuestra entrevista de ayer. Confio en que podré pagaros algun dia deuda tan sagrada.

—Permitidme, señor conde, que os de un consejo... No seria prudente que salieseis con uniforme... Voy á daros un sombrero y un paletó, y con este disfráz podrán acompañaros hasta vuestra casa.

El señor de Plouernel aceptó la oferta, é indicándole su espada, dijo á Lebrenn:

—Os suplico que conserveis mi espada como un recuerdo del soldado á quien habeis salvado generosamente la vida.

—Acepto, señor conde, respondió el mercader; añadiré este recuerdo á los que conservo de vuestra familia.

—De mi familia! exclamó con asombro el señor de Plouernel, ¿la conoceis acaso?

—No es hoy la vez primera, dijo Roderik con ademan pensativo y melancólico, que se ven frente á frente un Lebrenn y un Neroweg de Plouernel.

— ¿Qué decís? preguntó el conde cada vez mas sorprendido. Os suplico que me espliqueis...

Interrumpió de pronto la conversacion la llegada de Sacrovir que dijo á su padre :

— Os esperan algunos amigos en la tienda.

— Hijo mio , dijo el señor Roderik , acompaña á nuestro huésped hasta su casa. No te separes de su lado hasta que se halle en sitio seguro.

— He cruzado ya dos veces las barricadas, y respondo de todo.

— No perdais un momento , señor conde , dijo el mercader; confiad en mi hijo.

— Adios , señor Roderik , replicó el coronel con voz conmovida. Ignoro el porvenir que nos reserva el cielo , pero os juro que aunque nos veamos en opuesto campo , ya no podré ser vuestro enemigo.

Y el señor de Plouernel siguió al hijo del mercader.

El señor Roderik contempló la espada del coronel durante algunos momentos , y dijo :

— Existen en verdad fatalidades estrañas !

Y tomando la espada , fué á depositarla en el aposento misterioso que tan vivamente escitaba la curiosidad de Jorge.

CAPÍTULO V.

Que trata del número ciento veinte del presidio de Rochefort y de un general. — De la carta que recibió la familia de Roderik.

Habian transcurrido diez y ocho meses desde la época en que tuvieron lugar las escenas descritas en el capítulo anterior.

He aquí lo que acontecia á principios de setiembre de 1849 en el presidio de Rochefort.

Habia llamado la campana á los presidiarios : era la hora de la comida.

Uno de los galeotes, vestido como los demás con el traje verde de ordenanza y llevando en el pié el grillete ó anillo de hierro en el cual se unia una pesada cadena, estaba sentado en una piedra y comia con ademan pensativo.

Aquel galeote era el señor Roderik.

Habia sido condenado á presidio por un consejo de guerra despues de la insurreccion de junio de 1848.

Las facciones del mercader conservaban su espresion habitual de firmeza, pero su rostro, espuesto durante sus duros trabajos al ardor del sol, habia adquirido un tinte mas oscuro.

Un cabo de galeotes se paró delante del droguero despues de haber recorrido algunos grupos, y dijo :

— Número ciento veinte !

— ¿ Qué quereis ? preguntó Roderik.

— Seguidme á la habitacion del comisario de marina.

El señor Roderik siguió sin responder al cabo, que despues de atravesar una parte del puesto, llegó á las oficinas del comisario encargado de la direccion del presidio.

— ¿ Quereis decir al señor comisario que está aquí el número ciento once ? dijo el cabo al portero.

Algunos momentos despues volvió el portero, indicó al mercader que le siguiese, le hizo cruzar un largo corredor, y abriendo la puerta de un gabinete ricamente amueblado, le dijo :

— Entrad aquí y esperad...

— ¡ Cómo ! dijo Roderik sorprendido ; ¿ me dejais solo ?

— Así lo ha mandado el señor comisario.

El portero cerró la puerta y salió.



Que trata

Hab
vieron

He
presid

Hab
mida.

Uno
de oró
cual se
mia co

Aqu

Hab
de la i

Las
firmeza
dor de

Un
ber re

—Número ciento veinte!

—¿Qué quereis? preguntó Roderik.

—Sígueme á la habitación del comisario de marina.

El señor Roderik siguió sin responder al cabo, que después de atravesar por parte del puerto, llegó á las oficinas del comisario en la dirección del presidio.

—¿Cómo decir al señor comisario que está aquí el número ciento veinte? preguntó al portero.

Algunos minutos después volvió el portero, indicó al mercader que le siguiera por un pasadizo en el fondo del patio, y abriendo la puerta le dijo:

—E

—i

—A

El |



Editor Juan Oliveros, Barcelona.

Mr. Lebrena en el presidio de Rochefort.

Habian trascurrido algunos instantes cuando el señor Roderik vió entrar un hombre de elevada estatura, con uniforme de general de brigada.

El señor Roderik exclamó al verle despues de hacer un ademan de sorpresa :

— El señor de Plouernel !

— Que no ha olvidado la noche del 23 de febrero , respondió el conde adelantándose y ofreciendo la mano al señor Roderik.

Este la estrechó afectuosamente y le preguntó :

— ¿ Podré saber , caballero , la casualidad que os trae á este sitio ? El comisario me ha mandado á llamar... ¿ ha sido tan solo para proporcionarme el honor de recibir vuestra visita ?

— Mal me juzgariais , respondió el conde , si creyeseis que despues de deberos la vida , vengo aquí por un sentimiento de curiosidad esteril ú ofensiva...

— No os haré tal injuria , caballero. ¿ Estais encargado tal vez de una visita de inspeccion ?

— Si , señor.

— ¿ Habeis sabido que estaba en presidio y venís á ofrecerme vuestros servicios ?

— Y mucho mas.

— Mucho mas ? Os suplico que os expliqueis... Estais turbado.

— En efecto , estoy muy conmovido al pensar en las circunstancias estrañas que acarrean con frecuencia las revoluciones. Pero otro motivo me impide hablar...

— Explicaos.

— Ha pedido... añadió el señor de Plouernel vacilando.

— ¿ Qué habeis pedido ?

— Y he conseguido...

— Mi perdon tal vez ! exclamó el mercader con amarga sonrisa.

— Si , señor ; sois libre... He querido tener la satisfaccion de venir á traeros la noticia.

— No acepto el perdon , dijo el mercader con tono digno y grave, pero aunque tardía , acepto una justicia reparadora...

— ¿ Qué quereis decir ?

— Si en aquella fatal insurreccion hubiese participado de la opinion de mis compañeros de presidio no aceptaria el perdon.

— Pero sin embargo , habeis sido condenado...

— Por una lamentable equivocacion... puedo probároslo. En la

época de la revolución de junio era capitán de una legión, y acudí sin armas cuando fué llamada la guardia nacional... Allí defendí que los que pretendían tomar las armas eran enemigos de la nación, que el único medio de salvar la patria consistía en el sufragio del pueblo, y que debíamos defender el gobierno constituido contra los excesos de los bárbaros demagogos que deseaban destrozar los lazos más santos de la sociedad. Mis voces no fueron oídas, y principió el sangriento combate. Me retiraba á mi casa cuando fuí sorprendido en medio de algunos insurrectos que huían vencidos. Dije la verdad ante el consejo de guerra, pero todas las apariencias estaban contra mí, y no fuí creído... Me condujeron aquí siendo inocente. Ved, pues, señor de Plouernel, si lo que se me concede es una gracia ó una tardía justicia... Esto no impide el que os de las gracias por los pasos que habeis dado en mi favor... Es decir... que soy libre?

— El comisario de marina va á venir á corroboraros lo que os anuncio. Podeis salir de aquí... hoy mismo... al momento.

— Deseo pedir os otro favor.

— Estoy dispuesto á servir os.

— Pedid al comisario de marina que me permita llevarme este grillete que sujeta mis cadenas.

— El grillete!

— Es mi secreto. Poseo ya algunas curiosidades históricas, y esta será preciosa para mi familia.

— Permitidme que os haga una pregunta, tal vez indiscreta. Recuerdo que hace diez y ocho meses, cuando os supliqué que conservaseis mi espada como un recuerdo de vuestra generosa conducta, me dijisteis...

— ¿Qué no era la primera prenda de vuestra familia que ponía en mi colección? Es cierto.

— Dijisteis también que los Neroweg de Plouernel...

— Se habían encontrado algunas veces en el trascurso de los siglos con varios miembros de mi familia. Es cierto también.

— ¿En qué ocasión? ¿en qué circunstancias? ¿Cómo sabeis los hechos que pasaron hace tantos siglos..?

— Permitidme que guarde este secreto, y perdonad que haya despertado en vos inconsideradamente una curiosidad que no puedo satisfacer... Ciertos recuerdos de familia no deben salir jamás del hogar doméstico.

La entrada del comisario de marina interrumpió la conversacion

del general y el droguero, el cual alcanzó fácilmente por la intervención de su protector el permiso de llevarse su grillete.

El señor Roderik partió á Paris aquella misma noche.

El 10 de setiembre de 1848, dos dias despues de haber recibido Roderik su perdon, la familia del mercader se hallaba reunida en la modesta sala del primer piso.

Jorge habia cerrado la puerta de la tienda, y un quinqué colocado en una gran mesa redonda iluminaba las diferentes personas que la rodeaban.

La señora Roderik se ocupaba en hacer apuntaciones en el libro de caja, y su hija, vestida de luto, mecia suavemente en su regazo un niño dormido, en tanto que su esposo Enrique Dupierre contemplaba á intervalos á Hena mientras dibujaba en una hoja de papel varios objetos de ebanistería.

Sacrovir leia un tratado de mecánica, y de vez en cuando sacaba algunas notas de la obra.

Maria cosia ropa blanca, y Jorge, colocado delante de una mesita, cargada de drogas, escogia y empaquetaba diversos objetos destinados para la tienda.

La señora Roderik estaba pensativa y triste, y no menos melancólica hubiera sido la espresion del rostro de su hija, que se hallaba entonces en el apogeo de la hermosura, á no estar en aquel instante sonriendo á su niño que se reia.

Enrique, distraido momentáneamente de su trabajo por aquella risa infantil, contemplaba el grupo maternal con inesplicable alborozo.

Se conocia vagamente que un pesar, por decirlo así, de todos los momentos, pesaba sobre aquella familia tan tiernamente unida: en efecto, no trascuria una hora en que no recordase con amargura que faltaba allí una persona querida...

¿No fuera escusado decir que el señor Roderick recibió en la cárcel todo el consuelo que podian ofrecerle el cariño y la fidelidad de su familia? Cuando se falló la causa, su esposa y sus hijos quisieron seguirle y establecerse en Rochefort, para vivir en la misma ciudad y verle con frecuencia, pero Roderick se opuso con firmeza por varios motivos de conveniencia y de interés de familia. Estaba además convencido de que su inocencia llegaria á triunfar de la fatalidad de su suerte, y le animaba y consolaba la esperanza.

El reo recibia diariamente una larga carta colectiva de su esposa y de sus hijos, á la cual contestaba tambien todos los dias, y por medio de esta expansion cotidiana, así como á favor de su valor y firmeza de carácter, el mercader habia sobrellevado sin desanimarse la terrible prueba cuyo término ponía al fin una mano misericordiosa.

La familia de Roderick continuaba silenciosamente ocupada, pero la madre cesó de pronto de escribir, y apoyó la frente sobre una mano, mientras tenía con la otra la pluma inmóvil.

Enrique reparó en la actitud pensativa de su suegra, é hizo una señal á Hena. Ambos la contemplaron silenciosamente, y su hija le preguntó con ternura algunos instantes despues:

— Madre mia, ¿qué teneis? Estais inquieta y cabilosa.

— Despues de trece meses, respondió la esposa del mercader, hoy es el primer dia que no recibimos carta de vuestro padre.

— Si el señor Roderick estuviera enfermo, dijo Enrique, y no pudiera escribir, lo hubiese encargado á algun compañero antes de causaros inquietud con su silencio. De modo que, como deciamos antes, es probable que por vez primera se habrá atrasado su carta.

— Tiene razon Enrique, añadió Hena; no debemos alarmarnos.

— Estoy pensando además que mañana es el dia que vuestro padre esperaba con tanta impaciencia.

— ¿Porqué? preguntó Enrique.

— Mañana es el cumpleaños de mi hijo, añadió la señora Roderick. Mañana, 11 de setiembre, cumplirá veinte y un años, y por varias razones debia ser mañana una fiesta de familia.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras cuando se oyó llamar en la puerta de la habitacion.

— ¿Quién puede venir tan tarde? dijo la señora Roderick. Mira quien es, Maria.

— ¡Ya iré yo! exclamó Jorge heróicamente levantándose. Puede ser algun mal intencionado...

— No lo creo, dijo la señora Roderick, pero no tardes.

Un momento despues volvió Jorge con una carta que entregó á su señora diciendo:

— Un mozo ha traído esta carta, y dice que no hay respuesta.

Apenas dirigió una mirada la mujer del droguero hácia el sobre, exclamó:

— Hijos míos... carta de vuestro padre!

Enrique, Sacrovir y Hena, se levantaron espontáneamente y se acercaron á su madre.

— Es extraño, dijo esta examinando con inquietud el sobre mientras abría la carta. No tiene el sello de Rochefort como las demás.

— Tal vez, dijo Enrique, la habrá entregado á alguno que venia á Paris.

— Y esa será la causa del atraso, añadió Sacrovir; es posible.

La señora Roderick se apresuró en su inquietud á leer á sus hijos la carta siguiente:

« Querida esposa: abraza á nuestros hijos en nombre de una buena noticia, que os va á causar tanta alegría como sorpresa... Espero volver á veros pronto... »

La esposa del mercader leía con tanta emoción, que le fué imposible continuar. Sus hijos la rodearon y la abrazaron con exclamaciones de alegría imposible de explicar, en tanto que Jorge y Maria participaban del júbilo de la familia.

— Hijos míos, no os alegréis tan pronto, dijo la señora Roderick. Vuestro padre quiere darnos un consuelo con la esperanza... Cuanto mayor sea vuestro gozo mas cruel será despues el desengaño.

— Acabad, madre, acabad de leer... digeron los hijos con voz impaciente.

La señora Roderick continuó la carta de su marido:

« Espero volver á veros pronto... mas pronto tal vez de lo que os figurais... »

— ¿No lo ves, madre, no lo ves? digeron Enrique, Hena y Sacrovir, con voz palpitante y juntando las manos en actitud suplicante.

— Acaba! acaba!

— Dios mio, será posible?... le volveremos á ver pronto! exclamó la señora Roderick enjugándose las lágrimas que oscurecían su vista. Y despues continuó:

« Cuando digo que *espero*, querida esposa, digo mas bien que es-
« toy cierto... Hubiera debido principiar mi carta dándote esta se-
« guridad, pero aunque confio en la firmeza de tu carácter, he
« temido que una brusca sorpresa os conmoviese demasiado, á tí
« y á mis hijos. Ahora que estais ya familiarizados con la idea de
« volverme á ver pronto... muy pronto, puedo deciros... »

— Madre mia, dijo Enrique, interrumpiendo la lectura, el señor Roderick está en Paris.

— En Paris! exclamaron todos á un tiempo.

— La carta no tiene sello, añadió Enrique, y el señor Roderick ha llegado.

— ¿Quién lo duda? Enrique tiene razon, dijo la señora Roderick. Y leyó rápidamente el resto de la carta.

«Puedo deciros por consiguiente que celebraremos en familia el cumpleaños de mi hijo... Este dia principia hoy á las doce de la noche... Antes de esta hora estaré con vosotros, porque al momento que haya salido la persona que os entregará la carta, subiré la escalera y esperaré... Si, espero en la puerta, allí, cerca de vosotros.»

Apenas terminó estas palabras la señora Roderick, ella y sus hijos se dirigieron precipitadamente á la puerta de la habitacion.

La abrieron.

En efecto, estaba allí el señor Roderick.

.

Forzoso es que renunciemos á describir los trasportes de gozo de aquella familia al volver á abrazar á un padre adorado.

CAPITULO VI.

Donde se cuenta que el droguero abrió el día del cumpleaños de su hijo el aposento misterioso que tanto asombro causaba á Jorge. — De las curiosidades que vieron allí, y de la promesa que hizo Sacrovir á su padre antes de principiar la lectura de los manuscritos.

El día siguiente, cumpleaños de Sacrovir, la familia del señor Roderik se reunió en el salon.

— Hijo mio, dijo Roderik, hoy cumples veinte y un años, y ha llegado el momento de abrir ese aposento que tantas veces ha escitado tu curiosidad. Vas á ver lo que contiene, y te explicaré el objeto y la causa de ese misterio... Estoy convencido de que tu curiosidad se trocará al penetrarlo en piadoso respeto.

Y se dirigió seguido de su familia al aposento secreto donde el hijo, la hija y el yerno del mercader entraban por vez primera.

Aquel aposento estaba alumbrado por una lámpara de forma antigua, debajo de la cual se veia una gran mesa cubierta con una alfombra y encima de ella un cofrecillo de bronce. En derredor del cofrecillo se agrupaban varios objetos, algunos de los cuales eran antiquísimos, y los mas modernos la espada del conde de Plouernel y el *grillete* que el mercader habia traído del presidio de Rochefort.

— Hijos míos, dijo Roderik con voz conmovida designándoles las curiosidades históricas reunidas sobre la mesa, he aquí las reliquias de nuestra familia... Cada uno de estos objetos es para nosotros un recuerdo, un nombre, un hecho, una fecha: así es como casi todas las generaciones que nos han precedido han contribuido á la coleccion durante dos mil años.

— Durante dos mil años! dijo Sacrovir con profundo asombro mirando á su hermana y á su cuñado.

— Vais á saber, hijos míos, como han llegado hasta nosotros estos objetos poco voluminosos, segun veis, porque á escepcion de la espada del señor Plouernel y un sable de honor regalado á mi padre en el siglo pasado, todos pueden depositarse en este cofrecillo de bronce.

El señor Roderik tomó entónces de la mesa el primero de aquellos vestigios de lo pasado, colocados por órden cronológico: era una segur de oro.

— Esta segur de oro, continuó el señor Roderik, es un emblema druídico, y el recuerdo mas antiguo que poseemos, pues su origen

se remonta al año 57 antes de Jesucristo; es decir, que han trascurrido desde entonces mil novecientos seis años. Este manuscrito que veis á su lado encierra la historia de la mujer mas heróica y admirable, y todos los manuscritos que acompañan á cada recuerdo fueron escritos por alguno de nuestros antepasados. Me preguntareis tal vez ¿ cómo ha podido continuarse esta crónica sin interrupcion de siglo en siglo durante cerca de dos mil años ?

— En efecto, padre, dijo Sacrovir, me parece tan extraordinario...

— Habéis de saber que la costumbre de trasmitirse de generacion en generacion, ya de palabra, ya por escrito, las tradiciones de familia, ha sido una de las mas características de los galos, y mas fielmente observada aun entre los de Bretaña. Cada familia por oscura que fuese tenia su crónica, pero ninguna se ha perpetuado, segun creo, como la nuestra hasta nuestros dias. Esta segur de oro es el símbolo del número 5, que tiene la fecha del año 57 antes de Jesucristo.

Y los hijos del señor Roderik recorrieron con mirada ávida aquellos vestigios del pasado, de los cuales daremos una especie de nomenclatura cronológica, como si se tratase del inventario del gabinete de un anticuario.

El manuscrito n.º 2, que llevaba la fecha del año 56 antes de Jesucristo, estaba unido á una CAMPANILLA DE BRONCE, semejante á las que ponen en el dia en Bretaña en los collares de los bueyes.

El manuscrito n.º 3, con la fecha del año 50 despues de Jesucristo, estaba al lado de un COLLAR DE HIERRO enmohecido, en el cual se veian los vestigios de estas letras romanas grabadas en el hierro:

SERVUS SUM...

Soy esclavo de...

El nombre del poseedor del esclavo se hallaria necesariamente en el pedazo de collar que faltaba.

El manuscrito n.º 4, con la fecha del año 290 de nuestra historia, estaba junto á una CRUZ DE PLATA atada á una cadenilla del mismo metal, que parecian ennegrecidas por el fuego.

El manuscrito n.º 5, con la fecha del año 393, se veia al lado de un adorno de cobre macizo que habia servido de cimera de un casco y representaba una ALONDRA con las alas medio desplegadas.

El manuscrito n.º 6, con la fecha del año 497, estaba junto al

MANGO DE UN PUÑAL DE ACERO , y se leía en un lado esta palabra :

CHILDE ;

Y en el otro lado estas dos palabras en lengua céltica ó gala :

AMINTIASIH (*Amistad.*)

CONMUNITEZ (*Comunidad.*)

El manuscrito n.º 7 , con la fecha del año 675 , estaba junto á un BÁCULO ABÁCIAL de plata que en otro tiempo habia sido dorado. Entre los adornos del báculo se leía el nombre de *Merofleda*.

El manuscrito n.º 8 , con la fecha 787 , estaba al lado de dos MONE-DAS LLAMADAS CARLOVINGIAS , una de cobre y otra de plata , unidas con un alambre.

El manuscrito n.º 9 , con la fecha del año 885 , estaba junto al hierro de una FLECHA ASERRADA.

El manuscrito n.º 10 , con la fecha del año 999 , estaba junto al CRÁNEO DE UN NIÑO de ocho á diez años , si hemos de juzgar por su estructura y volúmen. Se leía en la parte exterior del cráneo estas palabras grabadas en lengua gala :

HIN-AL-BED (*Fin del mundo.*)

Acompañaba al manuscrito n.º 11 , que llevaba la fecha del año 1010 , una CONCHA BLANCA como las que llevan los peregrinos.

El manuscrito n.º 12 , con la fecha del año 1137 , estaba junto á un ANILLO PASTORAL de oro , como los que llevaban los obispos ; en uno de los engarces de que estaba adornado se veían grabadas las armas de los PLOUERNEL , es decir , *tres garras de águila de oro en campo de gules*.

Junto al manuscrito n.º 13 , que llevaba la fecha del año 1208 , se veía un PAR DE TENAZAS DE HIERRO , INSTRUMENTO DE TORTURA , con los extremos en forma de sierra.

El manuscrito n.º 14 , con la fecha del año 1358 , estaba junto á unos TRÉBEDES DE HIERRO de seis pulgadas de diámetro , medio calcinados por el fuego y el MANGO DE UNA DAGA , donde se veían también grabadas las armas del conde de Plouernel.

El manuscrito n.º 15 , con la fecha del año 1413 , acompañaba á un CUCHILLO DE CARNICERO con *mango de asta* , y cuya hoja estaba medio rota.

Junto al manuscrito n.º 16 , fechado en el año 1515 , se veía una BIBLIA DE BOLSILLO perteneciente á la primera época de la imprenta : la cubierta del libro estaba casi enteramente quemada , así como los

estremos de las páginas , y se veían además sobre las hojas algunas manchas de sangre.

El manuscrito n.º 17 , con la fecha del año 1648 , estaba al lado del HIERRO DE UN MARTILLO DE HERRERO sobre el cual se veían estas palabras incrustadas en el metal en lengua bretona :

EZ-LIBR (*Ser libre.*)

El manuscrito número 18 , con la fecha del año 1794 , acompañaba á UN SABLE DE HONOR una empuñadura de cobre dorado.

Véíanse por fin , pero sin estar acompañados de manuscritos , la ESPADA y el GRILLETE.

Ya se figurará el lector con cuanto respeto y curiosidad examinarían los hijos del droguero aquellos restos de lo pasado. Roderik interrumpió el silencio de sus hijos diciendo.

— Ved pues , hijos míos , como cuentan estos manuscritos la historia de nuestra familia durante cerca de dos mil años , de modo que esta historia puede llamarse la del pueblo , de sus virtudes , trages , costumbres , penas , errores , escesos y crímenes , porque la esclavitud , la ignorancia y la miseria degradan al hombre con frecuencia. Esta historia está escrita en lengua bretona , que es la céltica ó gala que se hablaba en toda la Galia antes de las conquistas de los romanos y los francos. Durante dos mil años de lucha y de pruebas nuestra familia ha conservado su lengua y su nombre. La cuna de nuestra raza , los campos y la casa del primero de nuestros antepasados , estaban situados cerca de las piedras de Karnac , conjunto de gigantescos pedazos de granito de la mas remota antigüedad. Aquel noble celta se llamaba *Joel* , en Breton *en liguez an Karnak* , que significa en breton : *Joel* , el gefe de la tribu de *Karnak* ; y era en efecto gefe ó patriarca elegido por su tribu ó clase como dicen los escoceses...

— ¿ De modo , dijo Sacrovir , que el nombre de *Brenn* significaba gefe ?

— Si , hijo mio , y por eso me llamo Roderik de Lebrenn : es el apellido que ha conservado nuestra familia desde el cristianismo. Hasta los siglos décimo tercero y décimo cuarto , nuestros antepasados daban á sus primogénitos el nombre del modo siguiente : el hijo de nuestro primogenitor se llamaba *Guilhern* , *mab eus an Brenn* , hijo del gefe , su nieto *Kirio* , etc. , etc. Pero con el trascurso de los siglos , se suprimieron las palabras nieto y viznieto , y solo se añadió

el nombre de *Brenn*, que por corrupcion llegó á ser el apellido *Lebrenn*.

Reinó un momento de silencio.

—Ahora, continuó el señor Roderik de Lebrenn con emociion, que estais iniciados en la tradicion de familia que ha fundado nuestro plebeyo archivo ¿me prometeis solemnemente continuarlo y exigir la misma promesa á vuestros hijos ?

—Si, padre, lo prometemos !

—Tu, hijo mio, y tu, hija mia, si él llega á faltar, ¿jurais escribir con sinceridad vuestros sucesos y acciones, buenas ó malas, justas ó injustas, para que el dia que dejeis la tierra para gozar de otra existencia mejor, el relato de vuestra vida aumente la crónica de la familia segun lo hayamos merecido ?

—Si, lo juramos !

—Pues bien, Sacrovir ; has cumplido veinte y un años, y puedes, segun nuestra tradicion, leer estos manuscritos... Principiaremos la lectura desde hoy todas las noches, y para que Enrique la entienda, la traduciremos del breton.

Y como aquella noche se hallaban reunidos el señor Roderik, su esposa, su hija y Enrique, Sacrovir principió la lectura del primer manuscrito titulado : LA SEGUR DE ORO.

FIN DEL PRÓLOGO.

HIJOS DEL PUEBLO.

LA SEGUR-DE ORO

6

HENA LA VÍRGEN DE LA ISLA DE SEN.

(AÑO 57 ANTES DE JESUCRISTO.)

CAPÍTULO PRIMERO.

Los galos mil novecientos años ha.— Joel, el labrador, gefe (ó brenn) de la tribu de Karnak.— GUILHERN, hijo de Joel.— Encuentra un viajero.— Estraño modo de ofrecer hospitalidad.— Joel, que era tan hablador como callado el viajero, se complace en hablarle de su famoso garañon TOM-BRAS, y de su famoso perro de guerra DEBER-TRUD, *devora hombres*.— Como sus confidencias no sacaban de su silencio al viajero, el buen Joel habla con no menos complacencia de sus tres hijos, GUILHERN, el labrador, MIKAEEL el armero y ALBINIK el marino, así como de su hija HENA, la *Virgen de la isla de Sen*.— El viajero despliega la lengua al oír el nombre de Hena.— Llegan á casa de Joel.

El que escribe esta historia se llama JOEL, *el brenn de la tribu de Karnak*; es hijo de *Marik*, que era hijo de *Kirio*, hijo de *Tiras*, hijo de *Gomer*, hijo de *Vorr*, hijo de *Glenan*, hijo de *Erer*, hijo de *Roderik* que fué elegido gefe del ejército galo que doscientos setenta y siete años ha obligó á pagar rescate á Roma.

Joel era temeroso de los dioses, tenia el corazon recto, esforzado valor y carácter jovial, y era aficionado á reir, á contar y especialmente á oír contar como verdadero galo.

En la época en que vivia César (1) Joel tenia su morada á dos leguas de *Alré* (2), cerca del mar y de la isla de Roswallan, en el lindero de la selva de Karnak, que era la mas célebre de la Galia bretona.

Se ocultaba el sol del dia que precedia al del cumpleaños de *Hena* su hija querida, que habia vivido diez y ocho primaveras, y Joel y su primogénito *Guilhern* volvian á su casa en un carro tirado por cuatro bueyes bretones de orejas mas largas que los cuernos. Joel y su hijo habian dedicado el dia á cubrir con *marga* los campos, como se verifica en la estacion del otoño, para que la

(1) Año 57 antes de Jesucristo.

(2) Actualmente *Auray*, departamento de Finisterre.

tierra esté abonada para la siembra de primavera. El carro subía penosamente la pendiente de *Craig'h* por un parage donde el camino es muy montuoso y se angosta entre enormes peñascos, y desde donde se descubre á lo léjos el mar y en el límite del horizonte la misteriosa y sagrada *isla de Sen*.

— Padre, dijo Guilhern á Joel, ¿no veis allá, en la cima del collado, un ginete que corre hácia nosotros? A pesar de la rápida pendiente, ha lanzado su caballo al galope.

— Te aseguro por *Elldud* el que inventó el arado (1) que ese hombre se va á estrellar contra una peña.

— ¿A dónde irá? El sol se oculta, sopla el viento con violencia, amenaza tempestad, y ese camino conduce á las playas desiertas.

— Hijo mio, ese hombre no es de la Galia bretona, porque lleva un gorro, una túnica de pieles, y las piernas envueltas en cuero curtido y sujetas con cintas rojas.

— Pende de su derecha una hacha corta y al lado izquierdo lleva un largo cuchillo puesto en la vaina.

— Su brioso caballo negro no tropieza en la bajada... Pero á donde irá?

— Me parece, padre, que es un viajero extraviado.

— *Teutates* (2) te escuche, hijo mio!.. Le ofreceremos hospitalidad; su trage indica que es extranjero. ¿Qué de cosas nos contará sobre su país y sus viages!

— Séanos propicio, padre, el divino *Ogmi* (3) cuyas palabras encadenan los hombres con lazos de oro. ¡Hace tanto tiempo que no se ha sentado junto á nuestro hogar ningun viajero!

— Ni tenemos noticia de lo que sucede en el resto de la Galia.

— Desgraciadamente!

— Ah! si fuera tan poderoso como *Heso* (4), todos los dias

(1) « *Elldud*, el sagrado varon de *Cor-Dewdws*, mejoró el cultivo, y enseñó á los galos el arte de estercolar y de labrar con arado. Antes de *Elldud*, cultivaban la tierra con gancho y azada. (Juan Raynaud, *notas del Druidismo*, pág. 415. — *Nueva Enciclopedia*.)

(2) *Teutates* es el semidios que, segun nuestros antepasados, regia los destinos particulares de todas las almas, presidia la circulacion, no solamente en la tierra, sino en todos los círculos del universo, y era el verdadero *guia*, como le llama Cesar, de *los caminos y de los viages*. (*Nueva Enciclopedia*.)

(3) El semidios *Ogmi* es uno de los rasgos característicos de la afición á contar, y especialmente á oír contar, tan peculiar á los galos.

(4) *HESO*, como el *JÚPITER* de los gentiles, era el Dios supremo de la religion de los galos. El nombre de *HESO* significaba, *soy quien soy*.

tendria en mi hogar un extranjero que nos contase su historia.

— Yo enviaria hombres á viajar por todas partes para que volvieresen á contarme sus aventuras.

— Si tuviera el poder de *Heso* ; qué aventuras tan sorprendentes proporcionaria á mis viajeros para aumentar el interés de sus relatos á su regreso !

— El extranjero nos ha alcanzado ya... Miradle , padre.

— Si... detiene su caballo porque el camino es estrecho y obstruimos el paso con el carro. Ea , Guilhern , el momento es propicio. Este viajero anda extraviado sin duda alguna ; ofrezcámosle hospitalidad por esta noche .. no le dejaremos partir mañana , y tal vez se quede con nosotros algunos dias... Haremos una buena accion , y nos dará noticias de la Galia y de los paises que habrá recorrido.

— De lo cual se alegrará tambien en extremo mi hermana Hena que viene mañana á casa para celebrar su cumpleaños.

— En verdad , Guilhern , que no habia pensado en el placer que tendrá mi hija querida en oir á ese extranjero... Es preciso que sea nuestro huesped.

— Y lo será , padre , lo será... añadió Guilhern con ademan resuelto.

Joel y su hijo bajaron del carro , se dirigieron hácia el desconocido , y al verle de cerca les asombró su rostro noble y magestuoso. Su mirada era altiva , varonil su cuerpo , digno su ademan ; descubriáanse la huella de dos heridas apenas cicatrizadas en la frente y en la mejilla izquierda , y por su aspecto valeroso , se le hubiera tomado por uno de esos gefes que las tribus elegian para mandarles en tiempo de guerra. Joel y su hijo desearon entonces con mas afan que el viajero aceptase la hospitalidad.

— Amigo mio , le dijo Joel , la noche se aproxima , y te has extraviado porque este camino conduce á la playa desierta que muy pronto inundará la marea. Ya ves con qué violencia sopla el viento , y puedo asegurarte que con una noche como la que se prepara seria muy espuesto continuar viajando. Ven á nuestra casa , y mañana continuarás tu camino.

— No me he extraviado , sé donde estoy y voy de prisa ; aparta á un lado tus bueyes , y déjame pasar , respondió bruscamente el extranjero cuya frente bañaba el sudor á causa de la precipitacion de su marcha. Su acento revelaba que pertenecia á la Galia central , hácia el Loira.

Después de responder á Joel, apoyó sus talones en los hijares de su brioso caballo negro para que se aproximase con mas rapidéz á los bueyes del carro que, habiéndose separado un poco, obstruían completamente el camino.

—¿No me has entendido, amigo mio? añadió Joel. Te he dicho que este camino conduce á la playa desierta, que la noche es borrascosa y que te ofrezco mi casa.

Pero el extranjero, que principiaba á encolerizarse, exclamó:

—No necesito tu hospitalidad... Arregla tus bueyes! ¿No ves que las peñas me impiden pasar por ambos lados? Ea! pronto... que estoy de prisa...

—Amigo, dijo Joel, eres extranjero, yo soy del pais, y mi deber me exige que no permita que te extravies... Cumpliré con el deber...

—¡Válgame *Ritha Gaiür* que se hizo un vestido con las barbas de los gefes que peló! exclamó el desconocido cada vez mas enojado, desde que peino barbas, y á pesar de haber viajado mucho y de haber visto en mis viajes hombres estraños y cosas sorprendentes, no he visto en mi vida dos locos tan rematados!

Cuando Joel y su hijo, que eran tan aficionados á oír contar, supieron por boca del extranjero que habia visto muchos paises, muchos hombres y muchas cosas sorprendentes, creyeron por consiguiente que podria contarles aventuras sin cuento, y subió de punto su violento deseo de tenerle por huesped. Asi pues, en vez de apartar el carro, Joel se acercó al viajero, y le dijo con el mayor comedimiento, aunque su voz era naturalmente ronca y desagradable:

—No continuarás tu camino, amigo mio! quiero hacerme propicios los dioses, y especialmente á *Teutates*, el dios de los viajeros, impidiendo que te extravies, y obligándote á pasar una buena noche bajo un buen techo, en vez de dejarte andar por esa playa donde te espondrias á morir ahogado cuando suba la marea.

—¡Cuidado!.. dijo el desconocido llevando la mano al hacha que pendia del costado, mira lo que haces... Si no apartas al instante los bueyes, hago con ellos un sacrificio á los dioses, y te añado á tí en la ofrenda..!

—Los dioses te protegerán siendo tan religioso, respondió Joel que habia dicho sonriendo y en voz baja algunas palabras á su hijo, pero al mismo tiempo te impedirán que pases la noche en la playa... Vas á verlo...

Y Joel y su hijo se arrojaron de improviso sobre el viajero, le asieron cada cual por una pierna, y como ambos eran de estatura gigantesca y gran robustéz, le levantaron de sobre la silla del caballo, al cual dieron un golpe con la rodilla en el vientre, de lo cual resultó que el brioso animal se alejó encabritándose, y Joel y Gilhern pudieron depositar con mucho respeto y de pié en el camino al extranjero. Pero como este, cuya ira habia llegado á su colmo, quisiera resistirse y sacar el cuchillo, Joel y Guilhern le sujetaron, sacaron un grueso cordel del carro, ataron con fuerza, pero con mucha amistad y cariño, las manos y las piernas del desconocido, y le colocaron dentro del carro, sin dejar de tratarle con respeto y dulzura porque les interesaba cada vez mas la varonil dignidad de su rostro.

Guilhern montó entonces el caballo del viajero y siguió al carro que conducia Joel, apresurando con su aguijon la marcha de los bueyes, por que el viento soplaba con violencia, se oia el mar estrellarse con sordo estruendo en los peñascos de la orilla, brillaban algunos relámpagos entre los negros nubarrones, y todo anunciaba, en fin, una noche tempestuosa.

Y sin embargo, á pesar de una noche tan amenazadora, el desconocido no agradecia al parecer la hospitalidad que se apresuraban á ofrecerle Joel y su hijo. Estaba reclinado dentro del carro, pálido de rabia, y ora rechinaba los dientes, ora soplaba como quien se ahoga de calor, pero no pronunciaba una palabra, y contenia su enojo. Joel (como él mismo confesaba) era muy aficionado á oír contar, pero no lo era menos á hablar. Asi pues, dijo al extranjero:

—Huesped amigo, porque lo eres mio desde ahora, doy gracias á *Teutates*, el dios de los viajeros, por haberme enviado un huesped... Es preciso que sepas quien soy; si, debo decírtelo, porque vas á sentarte en mi hogar.

Y aunque el viajero hizo un movimiento de ira, como dando á entender que le era indiferente saber quien era Joel, este añadió:

—Me llamo *Joel*, y soy hijo de *Morik* que era hijo de *Kirio*... *Kirio* era hijo de *Tiras*, *Tiras* hijo de *Gomer*, *Gomer* hijo de *Vorr*, *Vorr* hijo de *Glenan*, *Glenan* hijo de *Erer*, y *Erer* era hijo de *Roderik* que fué elegido BRENN (1) del ejército confederado que hace doscientos sesenta y siete años obligó á pagar rescate á Roma para castigar á los romanos por su traicion. He sido eligido *Brenn* de mi

(1) *Brenn* ó gefe, de cuya palabra se deriva el nombre latino *Breno*.

tribu, que es la de Karnak. De padres á hijos hemos sido labradores, cultivamos nuestros campos segun el ejemplo dado por COLL (1) á nuestros antepasados, y sembramos mas trigo y cebada que avena y centeno.

El extranjero continuaba espresando mas ira que interés, pero Joel continuó sus confianzas sin inmutarse.

— Hace treinta y dos años me casé con *Margarid*, hija de *Dorlem*, y he tenido una hija y dos hijos. El mayor, que es el que nos sigue montado en tu caballo negro, se llama *Guilhern*, y me ayuda, así como varios parientes, á cultivar los campos... Crio muchos cerros negros que pacen en nuestras landas, y cerdos semisalvages tan ariscos como lobos y que jamás se albergan bajo techado... Tenemos algunos escelentes prados en el valle de Alré, y puedo criar tambien caballos, hijos de mi brioso garañon *Tombras* (ardiente). Mi hijo *Guilhern* se divierte en criar perros de caza y de guerra (2): los primeros descenden de la raza de un sabueso llamado *Tyntamar*, y los de guerra son hijos de mi corpulento alano *Deber-Trub* (devorador de hombres). Nuestros caballos y perros son tan famosos que vienen á comprárnoslos de mas de veinte leguas á la redonda. Ya ves, amigo mio, que vas á hospedarte en buena casa.

El extranjero exhaló un suspiro prolongado de cólera comprimida, se mordió sus largos vigotes rubios y levantó las manos al cielo.

Joel continuó aguijoneando los bueyes:

— Mi hijo segundo, que se llama *Mikael*, es armero en Alré, y no solamente hace armas de guerra, sino tambien rejas de arado, grandes hoces y hachas muy apreciadas, porque saca el hierro de los montes de Arres... Pero no se reduce á esto todo, no, amigo mio. Antes de establecerse en Alré, estuvo trabajando en casa de uno de nuestros parientes que descende del primer artífice que inventó la union del hierro con el estaño y el cobre, en cuyo arte sobresalen actualmente los herreros de Bourges. (3) Ya puedes figurarte que *Mikael* se grangearia el cariño de sus maestros... Ah! si vieras los

(1) *Coll*, semidios galo, introdujo el trigo y la cebada en Bretaña, donde no se sembraba antes mas que avena y centeno (Juan Raynaud.)

(2) Los perros olfateaban y perseguian al enemigo en la guerra; eran perros feroces, útiles para la guerra y la caza de fieras, que se compraban en Bretaña, y combatian por sus amos en derredor de los carros de guerra (*Estrabon*, lib. IV.)

(3) « Los galos de *Bourges*, aplicaban el estaño candente sobre el cobre con tal habilidad, que no podia distinguirse de la plata, y adornaban asi frenos, arneses, vasos y carros enteros » (Plinio, lib. IV cap. XVIII.)

frenos, los adornos de carro y los magníficos cascos de guerra que fabrica Mikael! Creerías que son de plata. Ha terminado últimamente un casco cuya visera representa una cabeza de danta con sus cuernos... No puede imaginarse cosa mas bella y mas temible.

— ¡Qué razon tuvo el que dijo, murmuró el extranjero entre dientes, que la espada de un galo mata de un golpe, pero que su lengua destroza sin cesar!

— Amigo mio, continuó Joel, mal puedo hasta ahora alabar tu lengua que es tan muda como la de un pez, pero confio que me contarás quien eres, de donde vienes, á donde vas, qué has visto en tus viajes, qué hombres sorprendentes has conocido, y finalmente, todo lo que sucede actualmente en las demás comarcas de la Galia que acabas de recorrer. Mientras aguardo tu relato, continuaré enterándote sobre mi y sobre mi familia.

Al oír esta amenaza, el extranjero se retorció convulsivamente como si quisiera romper sus lazos, pero no lo consiguió porque la cuerda era fuerte, y Joel y su hijo tenían destreza y buenos puños para hacer nudos.

— No te he hablado de mi tercer hijo *Albinik* el marino, continuó Joel, que comercia con la isla de la Gran Bretaña y toda la costa de la Galia, y llega hasta España á donde lleva vinos de Gascuña y carne salada de Aquitania. Por desgracia está en el mar hace mucho tiempo con su bella esposa *Meroe*, y no le verás esta noche en mi casa... Te he dicho que tenia además una hija... Si la vieras! añadió Joel con acento de orgullo y de amor. Es la perla de la familia. Y no soy yo quien lo dice tan solo sino tambien mi mujer, mis hijos, todos mis parientes, toda mi tribu, porque no tienen mas que una boca para alabar á *Hena*, hija de Joel, y una de las nueve vírgenes de isla de *Sen*. (1)

— ¿Qué dices? exclamó el viajero incorporándose subitamente, único movimiento que le era permitido, porque tenia las manos atadas sobre la espalda; ¿tu hija es una de las vírgenes de la isla de *Sen*?

— Ola! la noticia te sorprende al parecer y te hace ser mas amable.

— ¿Tu hija, repitió el extranjero como si se resistiese á creer lo que oía, es una de las nueve druidesas de la isla de *Sen*?

— Tan cierto como mañana cumple diez y ocho años, porque nos

(1) Actualmente isla de *Sein*.

preparamos á celebrar tan fausto día , y tu podrás asistir á la fiesta. El huésped que se sienta en nuestro hogar es de la familia .. Verás á mi hija... es la mas hermosa , la mas cariñosa y la mas sabia de sus compañeras , y esto sea dicho sin ofender á ninguna de ellas.

— En ese caso , dijo el extranjero , te perdono la violencia.

— Violencia hospitalaria , amigo mio.

— Hospitalaria ó no , me has impedido por medio de la fuerza acudir á la ensenada de *Erer* , donde me esperaba una barca hasta ocultarse el sol para trasladarme á la isla de Sen.

Joel prorrumpió en una carcajada.

— ¿ Porqué te ries ? preguntó el extranjero.

— Lo mismo me reiria si me digeses que te espera para llevarte al sol una barca con cabeza de perro , alas de pájaro y cola de pescado.

— No te entiendo.

— Eres mi huésped , y no te injuriaré diciéndote que mientes , pero te diré : amigo mio , te chanceas al hablarme de esa barca que debia trasladarte á la isla de Sen , porque ningun hombre , á excepcion del druida mas anciano , ha puesto ni pondrá los piés en la isla de Sen.

— ¿ Cómo haces cuando vas á ver á tu hija ?

— No entro en la isla ; me quedo en el islote de Kellor , donde la espero.

— Amigo Joel , dijo el viajero , has querido que fuese tu huésped y lo soy , pero como á tal , te pediré un favor : llévame mañana en tu barca al islote de Kellor.

— ¿ No sabes que los *Ewag's* velan noche y dia ? (1)

— Lo se ; uno de ellos debia venir esta noche á buscarme á la ensenada de *Erer* , para conducirme á la presencia de Talyessin , el mas antiguo de los druidas (2) que se halla actualmente en la isla de Sen con su esposa Auria.

— Es verdad , dijo Joel sorprendido. La última vez que vino á casa mi hija , me dijo que el anciano Talyessin estaba en la isla

(1) Los *Ewaglis* velaban de noche y de dia.

(2) DRUIDA se deriva de las palabras galas *derw* (encina), *wyd* (muérdago) y *dyn* (hombre), es decir , *hombre del muérdago de encina* , *derw-wyd-dyn* , y por corrupcion , DRUIDA. La encina era para ellos el árbol simbólico de la divinidad y no tenian mas templos que los bosques de encinas seculares , donde invocaban y ensalzaban á *Heso* , el Dios supremo. El muérdago era para ellos la imágen del hombre , viviendo de Dios y por Dios , aunque de distinta naturaleza.

desde el año nuevo, y que su esposa la trataba con la bondad de una madre...

— Ya ves como puedes creerme, Joel. Llévame, pues, mañana al islote de Kellor, donde hablaré con uno de los Ewag's.

— Consiento; te llevaré al islote de Kellor.

— Quítame esas ataduras, porque te juro por Heso que no trataré de librarme de tu hospitalidad.

— Hágase como pides, dijo Joel desatando al extranjero. Confío en la promesa de mi huésped.

— La noche habia tendido en tanto sus sombras, pero á pesar de la oscuridad y de lo escabroso del camino, los bueyes se acercaban á la casa de Joel. Su hijo Guilhern, que seguia montado en el caballo del viagero detrás del carro, sacó un cuerno de buey horodado por los dos extremos, y soplando con él tres veces, le sirvió de trompa. No tardaron en responder los perros con desaforados ladridos.

— Ya estamos cerca de casa, dijo Joel al extranjero; ya te lo puedes figurar por los ladridos de los perros... ¿Oyes esa voz ronca que domina á todas las demás? Es la de mi viejo *Deber-Trud* (devorador de hombres), del cual descende la valerosa raza de perros de guerra que verás mañana. Mi hijo llevará tu caballo á la cuadra, donde encontrará buena cama de paja fresca y buen pienso de cebada.

Al ruido de la trompa habia salido de la casa uno de los parientes con una antorcha de resina en la mano. Joel dirigió los bueyes guiado por el rojizo resplandor, y el carro entró en el patio.

CAPÍTULO II.

La casa de Joel, el brenn de la tribu de Karnak.—La familia gala.—Hospitalidad.—Costumbres.—Armas.—Trages.—El cinturón de agilidad.—El arca de las calaveras.—ARMEL y JULYAN, los dos Saldunas.—Joel arde en deseos de oír los relatos del viajero que no satisface aun su curiosidad.—Cena.—El pie de honor.—Como se terminaba con frecuencia una cena gala con gran júbilo de las madres, las jóvenes y los niños.

La casa de Joel, como todos los edificios rurales, era muy espaciosa (1), de forma redonda, y construida por medio de dos tejidos de mimbres entre los cuales apisonaban arcilla mezclada con paja menuda; endurecían despues la parte exterior y la interior de esta recia pared con una capa de tierra fina y blanda que cuando se secaba quedaba tan dura como asperon. El tejado, ancho y saliente, hecho de troncos de encina unidos entre sí, estaba cubierto con una capa de juncos marinos tan juntos que no dejaban penetrar el agua.

A cada lado de la casa se estendian las granjas destinadas para las cosechas, las caballerizas, los rediles, los establos, el pajar y el lavadero.

Estos diversos edificios, que formaban un cuadrilongo, daban interiormente á un ancho patio, cerrado por la noche por una maciza puerta, y exteriormente, una fuerte estacada, plantada en el márgen de una profunda zanja, rodeaba el conjunto de los edificios, dejando un espacio de cuatro codos de anchura, en el cual velaban durante la noche dos enormes alanos de guerra muy feroces. Habia en la estacada una puerta exterior que correspondia á la interior del patio, y las dos se cerraban al anochecer.

Era considerable el número de hombres, mujeres y niños, parientes todos mas ó menos cercanos de Joel, que cultivaban su hacienda, y vivian en edificios dependientes de la casa principal, donde se reunian al medio dia y por la noche para comer en familia.

Otros edificios, construidos del mismo modo y ocupados por numerosas familias que cultivaban sus tierras, se veian esparcidos por la campiña y componian la tribu de Karnak de que era gefe Joel.

Cuando el amo entró en el patio de su casa fué recibido por las

(1) Véase para la construccion de las habitaciones galas: Amad. Thierry, *Hist. de los galos*, t. II, p. 44. — Dom Bonguet, t. I, p. 53. — Herodiano, *Vida de Maximino*, lib. VII. — Vitrubio, lib. I, c. 1. — Estrabon, tom. IV, p. 107.

caricias de su corpulento alano de guerra *Deber-Trud*, de piel de color grisiento con rayas negras, de enorme cabeza y ojos sangrientos, y de tal corpulencia que al levantarse para acariciar á su amo, le ponía las patas delanteras sobre los hombros. *Deber-Trud* era un perro tan valeroso que en cierta ocasion combatió con un oso de los montes de *Arres* y lo estranguló. En cuanto á su mérito en la guerra, hubiera sido digno de figurar en la trahilla de combate de *Bithert*, aquel gefe galo que decia con desden al ver el ejército enemigo: *No hay con ellos comida bastante para mi perro!*

Como *Deber-Trud* hubiese mirado y olfateado desde luego al viajero con ademan dudoso, Joel le dijo:

— ¿No ves que es un huésped que traigo?

Y como si hubiese comprendido á su amo, *Deber-Trud* no hizo caso del extranjero, y precedió á Joel en la casa dando pesados brincos.

La casa estaba dividida en tres aposentos muy desiguales; los dos pequeños, cerrados por tabiques de encina, estaban destinados á Joel y su esposa el uno, y el otro para su hija *Hena*, la virgen de la isla de *Sen*, cuando iba á ver á su familia. El vasto aposento del centro servia de comedor y para trabajar durante las veladas.

Cuando el extranjero entró en este aposento, ardia en el hogar un abundante fuego de leña de haya, avivado con mimbres y juncos marinos, y con su resplandor hacia que fuese inútil la claridad de una hermosa lámpara de cobre estañado sostenida por tres cadenas del mismo metal brillantes como la plata. Aquella lámpara era un regalo de *Mikael* el armero.

Dos carneros enteros, atravesados por un largo asador de hierro, se cocían delante del hogar, en tanto que hervían algunos pescados de mar en un gran cubo de cobre, sazonados con vinagre, sal y *comino*.

Veíanse clavados en los tabiques cabezas de lobo, de javalí y de ciervo y dos de toro salvaje, llamado *urok*, que empezaba á desaparecer del país. Veíanse tambien armas de caza como saetas, arcos y hondas, y armas de guerra como el *sparr*, el *matag*, hachas, espadas de cobre, escudos de madera cubiertos con la dura piel de los bueyes marinos, y lanzas de hoja ancha, cortante y corva, adornadas con una campanilla de bronce, para anunciar desde léjos al enemigo la llegada del guerrero galo, porque este desdeña las emboscadas y desea combatir cara á cara y á pecho

descubierto. Pendian igualmente de las paredes redes de pescar y harpones para coger el salmon en las orillas cuando se retira la marea.

Alzabase á la derecha de la puerta una especie de altar, compuesto de una piedra de granito, sobre la cual se veian grandes ramas de encina cortadas recientemente. Sobre la piedra habia un cubo de cobre, donde estaban en agua siete ramas de muérdago, y en la pared se leia la siguiente inscripcion:

LA ABUNDANCIA Y EL CIELO SON PARA EL JUSTO QUE ES PURO.
ES PURO Y SANTO EL QUE HACE OBRAS CELESTES Y PURAS.

Cuando Joel entró en casa, se acercó á la vasija de cobre donde estaban en agua las siete ramas de muérdago, y aplicó sobre cada una de ellas su labio con respeto.

Su huésped le imitó, y ambos se dirigieron al hogar donde estaba hilando *Margarid*, esposa de Joel. Era de elevada estatura y llevaba una corta túnica de lana parda sin mangas encima del ancho vestido de color gris con mangas estrechas, y túnica y vestido estaban sujetas por la cintura con el cordon del delantal. Una gorra blanca de forma cuadrada dejaba ver sus cabellos canosos separados sobre la frente, y llevaba, lo mismo que algunas mujeres de sus parientes, gargantilla de coral, brazaletes con calados adornados con granates y otras alhajas de oro y plata fabricadas en *Auttun* (1).

En derredor de *Margarid* jugaban los niños de su hijo Guilhern y de algunos de sus parientes, mientras sus madres se ocupaban en los preparativos de la cena.

— Margarid, dijo Joel á su esposa, te traigo un huésped.

— Bien venido sea, respondió la mujer sin dejar de hilar. Los dioses nos envian un huésped y nuestro hogar es el suyo. Propicia será la víspera del dia del cumpleaños de mi hija.

— Permitan los cielos, dijo el extranjero con respeto, que vuestros hijos sean recibidos si viajan como vos me recibís.

— ¡Si supieras qué huésped nos envian los dioses, Margarid! añadió Joel. No pudiéramos pedirlo mejor al buen *Ogmi* para las largas veladas de otoño é invierno, pues ha visto en sus viajes tantas cosas curiosas y sorprendentes, que á buen seguro que serian poco cien noches para oir sus maravillosas aventuras.

(1) Los adornos y alhajas de Antun tenian mucho mérito y estaban enriquecidos con corales y piedras preciosas (Posidonio, lib. IV. — Teofraastro. p. 393.)

Apenas pronunció Joel estas palabras cuando todos, desde Margarid y las madres hasta las jóvenes y los niños, miraron al extranjero con curiosa avidez y con la esperanza de los maravillosos relatos.

— ¿Cenaremos pronto, Margarid? dijo Joel. Nuestro huésped tiene tal vez tanto apetito como yo, y por cierto que lo tengo excelente.

— Nuestros parientes acaban de llenar los pesebres, respondió Margarid, y volverán pronto. Si nuestro huésped consiente, los esperaremos para cenar.

— Doy gracias á la esposa de Joel y esperaré, dijo el desconocido.

— Entre tanto, añadió Joel, vas á contarnos...

— Amigo mio, así como una copa sirve para todos, un solo relato servirá para todos. Pronto circulará la copa de labio en labio, y el relato de oído en oído. Pero dime ¿qué significa ese cinturón de bronce que veo colgado en la pared?

— ¿No teneis en vuestro país el *cinturón de agilidad*? (1)

— Explícate, Joel.

— Es costumbre en este país, que los jóvenes de cada tribu vayan en cada novilunio á la casa del jefe para probarse este cinturón, con objeto de manifestar que su cuerpo no se ha aumentado por la falta de templanza y que se conservan ágiles y listos. Los que no pueden abrocharse el cinturón, además de las burlas de sus compañeros, pagan la multa, de modo que todos tienen cuidado de no dejar crecer el vientre y parecerse á un odre sobre dos bolos.

— Me gusta la costumbre, y siento que haya sido relegada al olvido en mi país. Pero ¿de qué sirve esa grande arca? La madera es preciosa y parece muy antigua.

— Antiquísima! Es el arca de triunfo de mi familia, dijo Joel abriéndola. El extranjero vió dentro de ella varios cráneos, y uno de ellos, aserrado por mitad, estaba puesto en un pié de bronce formando una copa.

— ¿Son las cabezas de enemigos muertos por vuestros antepasados? En nuestro país han desaparecido hace mucho tiempo estos hosarios de familia.

— Tambien en el nuestro. Conservo estas cabezas por respeto á mis abuelos, porque hace mas de doscientos años que no se mutilan ya los prisioneros de guerra. Es costumbre que se remonta á

(1) Amadeo Thierry, Historia de los galos, t. II, p. 44.

la época de *Ritha-Gaur*. Oí contar á mi abuelo *Kirio* que en vida de su padre *Tiras*, los hombres que partian á la guerra volvian á su tribu con las cabezas de sus enemigos clavadas en la punta de sus lanzas ó atadas por el cabello en el petral de los caballos (1), y que las clavaban despues en las puertas de sus casas á modo de trofeos como las de esos animales del bosque que ves clavadas en las paredes.

— En mi pais, amigo Joel, se guardaban tambien antiguamente esos trofeos, pero conservados en aceite de cedro cuando eran cabezas de gefes enemigos.

— ¿En aceite de cedro? ; Por *Heso...* y qué magnificencia! dijo Joel riendo. Pues; como dicen las viejas: á buen pescado buena salsa!

— Esas reliquias eran como entre vosotros el libro en que el gallo leia las hazañas de sus antepasados. Sucedia con frecuencia que las familias del vencido ofrecian un rescate por sus despojos, pero era un crimen de avaricia sin ejemplo el desprenderse por dinero de una cabeza conquistada gloriosamente... Digo como entre vosotros, porque tales costumbres han desaparecido así como la época en que nuestros antepasados se teñian el cuerpo y el rostro con color azul y encarnado, y se lavaban los cabellos y la barba con agua de cal para darles un brillo de cobre.

— No pretendo injuriar la memoria de nuestros antepasados, pero me parece que serian muy feos y se parecerian á esos dragones encarnados y azules de aspecto tan horrible que adornan la proa de los buques de los piratas del Norte, de quienes nos han contado historias tan curiosas mi hijo Albinik el marino y su bella esposa Meroe. Ola! ya vuelven nuestros parientes de cuidar el ganado, y no tardaremos en cenar porque Magarid ha mandado que trinchen los carneros. Los comerás, amigo mio, y verás qué gusto tan sabroso dan á su carne los prados salobres donde pacen á orillas del mar.

Todos los individuos de la familia de Joel que entraron en la cocina llevaban como él un saco de tela basta sin mangas, dejando descubiertas las de la túnica ó camisa de lienzo blanco, y los piés cubiertos con cuero sin curtir. Algunos de los labradores que llegaban del campo llevaban además una chaqueta de piel de oveja que se quitaron, y todos iban cubiertos con gorros de lana, con los cabellos largos y cortados circularmente y con la barba crecida. Los dos últi-

(1) Tito Livio, lib. I.

mos que entraron aparecieron dándose el brazo y eran muy hermosos y robustos.

— Joel , dijo el extranjero ¿ quiénes son esos dos jóvenes ? las estatuas de Dios *Marte* de los gentiles no son mas perfectas ni tienen un aspecto mas esforzado...

— Son dos parientes míos , los primos *Julyan* y *Armel* que se aman como hermanos... No hace muchos dias que un toro furioso se arrojó sobre *Armel* , y *Julyan* le salvó esponiendo la vida... Gracias á *Heso* no estamos en tiempo de guerra , pero si fuera preciso tomar las armas , *Julyan* y *Armel* han jurado ser *saldunas* (1)... Ola ! ya está dispuesta la cena. Ven ; ocupa el sitio de honor...

Joel y el desconocido se acercaron á la mesa , que era circular , poco elevada del suelo cubierto de paja , y estaba rodeada de asientos rellenos de oloroso heno. Los dos carneros asados humeaban partidos en cuartos en grandes platos de madera de haya blancos como el marfil , y les hacian compañía algunos pedazos de cerdo salado y de jamon de jabalí y el pescado que no habian sacado de la enorme marmita de cobre donde se habia cocido.

En el sitio donde se sentaba Joel , gefe de la familia , se veia una inmensa copa de cobre estañado que no hubieran podido agotar dos hombres sedientos. El extranjero se sentó delante de esta copa , que indicaba el sitio de honor , teniendo á su derecha á Joel y á su izquierda á *Margarid*.

Los ancianos , las mugeres , las jóvenes y los niños se colocaron despues en rededor de la mesa ; los hombres de edad y los jóvenes se sentaron detrás en segunda fila , de donde se levantaban de vez en cuando para servir de criados é ir á llenar la copa en un tonel de hidromiel colocado en un extremo cuando se habia vaciado despues de pasar de mano en mano principiando por el extranjero ; y cada cual , provisto de un pedazo de pan de centeno y trigo , tomaba ó recibia una tajada de carne asada que comia con gusto ó cortaba con su cuchillo.

El viejo alano de guerra , *Deber-Trud* , aprovechándose de su edad y sus largos servicios , estaba recostado á los piés de Joel que no le olvidaba.

Al concluir de cenàr , Joel trinchó el pernil de jabalí , y separan-

(1) Entre los galos los que se llamaban *saldunas* juraban tener siempre igual suerte , ora se sometieran á un gefe , ora combatiesen juntos. Pobres ó ricos , felices ó desgraciados , gozaban ó padecian del mismo modo , y si el uno sucumbia el otro se daba la muerte. (Véase César , *De Bel. Gall.* , lib. III , y Tácito , t. II p. 13.)

do el pié, dijo segun una antigua costumbre á su pariente Armel, entregándole aquel trozo delicado :

—Para tí, Armel, el pedazo del mas valiente (1); para tí que venciste en la lucha de ayer...

En el momento que Armel, enorgullecido de ser el mas valiente delante del estragero, alargaba la mano para tomar el pié de jabalí que le entregaba Joel, un individuo de la familia que llamaban *Rabouzigued* á causa de su pequeña estatura, dijo:

—Si Armel venció ayer en la lucha fué porque no combatió con Julyan: dos toros de fuerza igual se temen y no pelean.

Julyan y Armel se ruborizaron avergonzados de oir decir delante de un extraño que no luchaban porque se temian.

Julyan, cuyos ojos brillaban de indignacion, exclamó:

—Si no peleé con Armel fué porque se presentó otro en su puesto, pero tanto me teme Armel como le temo yo, y si tuvieras un codo mas de altura, demostraria, *Rabouzigued*, principiando por tí; que no tuvo á nadie... ni aun á mi hermano Armel.

—Querido Julyan, dijo Armel cuyos ojos empezaron á brillar tan bien, debemos probar al estrangero que no nos tenemos miedo.

—Tienes razon, Armel, peleemos con la espada (2).

—Peleemos.

Y los dos amigos se estrecharon la mano, por que no se tenian ningun rencor, se amaban entrañablemente, y solo iban á pelear por pundonor.

Joel estaba satisfecho de ver á los suyos hacer alarde de valor delante de su huésped, y lo mismo pensaba toda la familia.

Margarid dijo entonces á los jóvenes:

—La lucha cesara cuando baje el huso.

—Los muchachos quieren obsequiarte, dijo Joel á su huésped, y despues les obsequiarás contando las cosas maravillosas que has visto en tus viajes.

—Es preciso que pague tu hospitalidad, amigo mio, respondió el estrangero. Contaré lo que deseas.

(1) «Se acostumbraba antiguamente, dice Posidonio, dar el pié ó la pierna de los animales al mas valiente de los convidados ó al que pretendia serlo. Si alguno se lo disputaba, resultaba un combate á muerte.» Lib. V. cap. III.

(2) «Los galos son aficionados á pelear despues de la comida. Aunque en un principio se atacan y defienden como por juego, si se hieren, entran en cólera y se batan seriamente, y si no les separasen, se matarian.» *Posidonio*, citado por Amadeo Thierry, *Hist. de los gal.*, t. II, p. 59.

—Ea pues , peleamos ! dijo Armel á Julyan. Tengo gran deseo de oír al viajero. Acabemos pronto para aprovechar una ocasión tan rara en la tribu de Karnak.

—Ya ves , amigo mio , dijo Joel , con cuanta impaciencia se espera la historia de tus aventuras , pero antes de principiar deberás beber , para cobrar ánimo y en honor del vencedor de la lucha , el rico vino de las Galias.

Y añadió dirigiéndose á su hijo :

— Guilhern , trae el barril de vino blanco de *Beziers* que nos regaló tu hermano Albinik cuando volvió de su último viaje , y llena la copa en honor del viajero.

Cuando se cumplió su mandato , Joel dijo á Armel y á Julyan :

—Ea , hijos míos , empuñad las espadas !

CAPÍTULO III.

Combate de Julyan y Armel.—Margarid tarda demasiado en bajar el huso.—Agonía de Armel.—Estraños encargos que dan al moribundo.—El *reemplazante*.—La deuda pagada *ultratumba* por Rabouzigued.—Armel muere con el desconsuelo de no poder oír al viajero.—Julyan promete á Armel que irá á contárselo todo en la otra vida.—El extranjero principia su relato.—Historia de *Abreges*, la gala de las orillas del Rhin.—Margarid cuenta entonces la historia de su abuela *Siomara* y de un oficial romano tan libertino como avaro.—El extranjero reprende á Joel por su afición á los cuentos y le dice que ha llegado el momento de empuñar la lanza y la espada.

La numerosa familia de Joel, puesta en semicírculo en el extremo de la cocina, esperaba la lucha con impaciencia, mientras Margarid, sentada entre Joel y el extranjero, levantó el huso como señal del combate, así como habia de indicar bajándolo que cesaba la pelea.

Julyan y Armel se desnudaron hasta la cintura, volvieron á estrecharse la mano, armaron el brazo izquierdo con un escudo de madera cubierto de piel de becerro marino, empuñaron un pesado sable de cobre, y se arrojaron uno sobre otro con ímpetu, cada vez mas animados con la presencia del viajero á quien deseaban demostrar su valor y destreza. El huésped de Joel espresaba mas alegría que el mismo Joel presenciando el combate, y su rostro parecia mas altivo y varonil que durante la cena.

Julyan y Armel peleaban, y sus ojos no brillaban de odio sino de orgullo y amor propio. No pronunciaban palabras de ira sino de amistoso buen humor, y en tanto se descargaban mandobles terribles y á veces mortales si no los hubieran parado con destreza. Hombres, mujeres y niños palmoteaban á cada estocada dada con valor ó defendida con arte, y segun las alternativas del combate, exclamaban:

— Her! her!.. (1) Julyan!

— Her! her!.. Armel!

Y como la gritería, el aspecto de los combatientes y el estruendo de las armas recordasen al viejo alano de guerra su instinto bélico, el devorador de hombres arrojaba alaridos feroces mirando á su amo que le calmaba acariciándole con la mano.

El sudor bañaba ya los cuerpos bellos y robustos de Julyan y Ar-

(1) Grito de guerra entre los galos que equivalia al *evohé* de los romanos y los griegos (Sidonio-Apolinario, lib. IV.)

mel, iguales en valor, en fuerza y en ligereza, pero aun no se habian herido.

—Acabemos, Julyan! dijo Armel lanzándose sobre su compañero con nuevo ímpetu; acabemos para oír al viajero...

—El arado no puede ir mas aprisa que el labrador, respondió Julyan.

Y al decir esto, cogió la espada con ambas manos, se levantó, y descargó un golpe tan terrible á su adversario, que tratando este de pararlo inclinándose hácia atrás, el escudo voló á pedazos, y la espada hirió á Armel en la sien, de modo que despues de bambolear un instante, cayó de espaldas mientras todos los presentes palmo-teaban al ver un golpe tan certero y gritaban:

—Her! her! Julyan!

Y Rabouzigued gritaba con mas fuerza que los demás:

—Her! her!

Margarid, despues de bajar el huso para anunciar el fin del combate, corrió á prestar su auxilio al herido, en tanto que Joel decia al desconocido tendiéndole la copa:

—Amigo mio, bebamos en honor del triunfo de Julyan!

—Bebo por el triunfo de Julyan y por la gloriosa derrota de Armel! respondió el extranjero, porque el valor del vencido iguala el del vencedor. Muchos combates he visto, pero nunca desplegando tanto esfuerzo y tanta destreza. Bebo á la gloria de tu familia y de tu tribu!

—Antiguamente, dijo Joel, estos combates de festin eran casi diarios, pero ahora son raros, y son reemplazados por la lucha.

Margarid movió dos veces la cabeza despues de examinar al herido, mientras Julyan sostenia á su amigo apoyado en la pared. Una de las jóvenes se apresuró á traer un cofrecillo lleno de lienzos y bálsamo y que contenia una vasija de agua de muérdago: la sangre brotaba copiosamente de la herida de Armel, y habiéndola restañado Margarid, se vieron el rostro pálido y los ojos medio cerrados del vencido.

—Hermano mio... Armel, le dijo Julyan amistosamente arrodillándose á su lado, no te entristezcas por tan poco... Cada cual tiene su dia y su hora... Hoy has sido herido y mañana lo seré yo... Hemos combatido como valientes... El extranjero se acordará de los jóvenes de Karnak y de la familia de Joel, el brenn de la tribu.

Armel tenia el rostro inclinado sobre el pecho y la frente bañada

en frio sudor, y no parecia oir la voz de su amigo. Margarid volvió á mover la cabeza, mandó que le trajesen sobre una piedra algunas ascuas, arrojó en ellas corteza de muérdago pulverizada, y se acercó á Armel para que aspirase el vapor que se desprendia del fuego. Algunos instantes despues, el moribundo abrió los ojos, miró en torno suyo como si despertase de un sueño, y dijo por fin en voz débil:

— El ángel de la muerte me llama... voy á continuar viviendo en la otra vida... ¡Cual se regocijarán y sorprenderán mis padres al verme otra vez tan pronto!.. Yo tambien me alegro de volverles á ver...

Y añadió con acento pesaroso:

— Hubiera tenido sin embargo un placer en oir al viajero...

— ¿Qué dices Armel? replicó Julyan con acento de sorpresa y dolor; ¿tan pronto quieres partir? ¡Cuán felices hubiéramos sido! ¿Olvidas que hemos jurado ser *saldunas* y no separarnos jamás?

— Lo habíamos jurado, Julyan, respondió Armel con voz débil; pero ya ves que ahora es imposible...

Julyan apoyó la frente en sus manos y no respondió.

Margarid, que era inteligente en el arte de curar heridas que habia aprendido de una sacerdotisa pariente suya, puso la mano sobre el corazon de Armel, y despues de algunos instantes, dijo á los que se hallaban presentes y que, lo mismo que Joel y su huésped, rodeaban al enfermo:

— *Teutates* llama á Armel á donde están nuestros padres, y no tardará en seguirles. Ya pueden darse prisa los que tienen que dar á Armel algun encargo para los seres que nos han precedido y que va á encontrar en la otra vida.

Y besando la frente del moribundo le dijo entonces Margarid:

— Darás á todos los de nuestra familia el beso de recuerdo y de esperanza. Mañana se depositarán cartas para ellos en tu hoguera (1).

Les daré por vos el beso de recuerdo y de esperanza, Margarid, respondió Armel con voz débil.

Julyan seguia sosteniendo la cabeza de su amigo y le miraba con tristeza.

Silvest, hijo de Guilhern, que era un niño de sonrosadas mejillas y cabellos rubios, y que estrechaba con una de sus manos la de su madre Henory, se acercó al moribundo y le dijo:

(1) Diodoro de Sicilia.

— Amaba mucho á *Alanik* que murió el año pasado... Le dirás que *Silvest* se acuerda aun de él y le darás un beso, *Armel*.

Y desprendiéndose de la mano de su madre, el niño besó con su boca infantil la frente helada ya del moribundo que le contestó con una sonrisa.

— Abrazaré por tí, *Silvest*, á tu amigo *Alanik*.

Otro individuo de la familia de *Joel* dijo al moribundo:

— Era amigo de *Houarné* de la inmediata tribu de *Morlec'k*, que murió no ha mucho tiempo asesinado sin defensa mientras dormía. Le dirás, *Armel*, que su asesino *Daoulas* ha sido descubierto, juzgado y condenado por los Druidas de *Karnak* y que se verificará pronto su sacrificio. *Houarné* tendrá una satisfaccion en que le cuentes el castigo de su asesino *Daoulas*.

Armel respondió con un ademán que daría la noticia á *Houarné*.

Rabouzigued, causador de la desgracia, no por malicioso sino por lenguaraz, se acercó tambien para dar un encargo al que partía á la otra vida, y le dijo:

— Ya sabes que el viejo *Mark*, que vive cerca de *Glen'ham*, enfermó en la octava luna de este mes, y que á pesar de que el ángel de la muerte le decia que se preparase á partir pronto, no se preparaba porque deseaba asistir á las bodas de su hija. El viejo *Mark* trató de buscar otro que quisiera partir por él (lo cual debía satisfacer el ángel de la muerte) y preguntó al druida, que era su médico, si sabia quien le reemplazaria (1). El druida le respondió que *Gigel de Nouaren* de nuestra tribu tenia fama de servicial, y que tal vez consentiria en partir por el viejo *Mark* para atraerse el favor de los dioses á quienes son tan gratos tales sacrificios. *Gigel* consintió, y *Mark* le regaló diez monedas de plata de *cabeza de caballo* (2). El generoso *Gigel* los regaló á sus amigos, y despues de vaciar con alegría la última copa, presentó su cuello á la sagrada cuchilla en medio de los cantos de los druidas. El ángel de la muerte aceptó el cambio porque el viejo *Mark* ha visto casar á la hija de su hijo, y actualmente goza de perfecta salud.

(1) Dice *Posidonio*: « Cuando un galo enfermaba gravemente y tenia que terminar negocios de importancia, buscaba uno que le reemplazase. Este llegaba acompañado de sus amigos, estipulaba una cantidad en premio de su servicio, que por lo comun regalaba á sus compañeros. Se preparaba un banquete, y el héroe se reclinaba despues sobre su escudo para morir en medio de aclamaciones.»

(2) La mayor parte de las monedas galas tienen por efígie una cabeza de caballo.

— ¿Quieres partir por mi Rabouzigued? preguntó el moribundo. Pero creo que es demasiado tarde...

— No, no quiero partir por tí, se apresuró á responder Rabouzigued. Unicamente te pido que entregues á Gigel estas tres monedas de plata que le debia. No he podido pagarle antes, y por cierto que temia que Gigel viniera á pedirme el dinero á la luz de la luna, bajo la figura de un demonio.

Y Rabouzigued registró su bolsa de piel de cordero, y sacó tres monedas de plata de cabeza de caballo que colocó sobre Armel (1).

— Entregaré tu dinero á Gigel, dijo el moribundo cuya voz apenas se oia, y añadió al oido de Julyan: — Hubiera deseado oir lo que va á contar el viajero.

— No te entristezcas por eso, le respondió en voz baja Julyan. Voy á escucharle con atencion, y mañana iré á contartelo todo... ¿Qué seria de mi en esta vida sin tu amistad? Hemos jurado ser *sal-dunas* y no podemos separarnos jamás. Mañana iré á vivir contigo en el otro mundo.

— ¿Vendrás? dijo el morimundo á quien regocijaba la promesa de su amigo; vendrás mañana?

— Te juro por Heso, Armel, que iré mañana.

Y toda la familia miró á Julyan con aprecio al oir su promesa, pero ninguno espresó mayor satisfaccion que el herido el cual dijo á su amigo con voz espirante:

— Hasta mañana, Julyan... Adios... adios... todos los de nuestra tribu...

Y Armel ajitó sus manos trémulas en ademan de despedida.

Y del mismo modo que los parientes amistosamente unidos rodean al que va partir para un largo viaje, durante el cual va á encontrar personas cuyo recuerdo es grato á todos, la familia de Joel estrechaba las manos á Armel y le encargaba tiernas espresiones para los de la tribu que iba á volver á ver en la otra vida.

Cuando espiró Armel, Joel dobló los párpados de su pariente, y mandó que le trasladasen junto al altar, sobre el cual estaba la pila de cobre donde guardaban en agua las siete ramas de muérdago.

(1) « Prestaban dinero, dice Pomponio Mela, con condicion de devolverlo en la otra vida. » — « Despues que salí de Marsella, dice Valerio Máximo, encontré la costumbre de los galos que han establecido, como todo el mundo sabe, el prestarse mutuamente dinero para cobrarlo despues de morir, porque creen que las almas de los hombres son inmortales. »

Cubrieron despues el cadáver con los ramajes de encina que adornaban el altar, y no se vió mas que un monton de verdura junto al cual se sentó Julyan.

El gefe de la familia llenó entonces de vino la copa, aplicó á sus bordes los labios, y dijo presentándole al extranjero:

— Sea venturoso el viaje de Armel porque ha sido siempre justo y bueno; que cruce, guiado por Teutates, esos espacios y esos paises maravillosos que todos veremos despues de la muerte, y que encuentre pronto á los que amamos para que les asegure que no los olvidó nuestro cariño...

Y la copa circuló de mano en mano, y hombres mujeres y niños desearon un viaje feliz á Armel: despues se sentaron en torno del hogar esperando con impaciencia los prometidos relatos del viajero.

Al ver este todas las miradas fijas en él y espresando la curiosidad, dijo á Joel:

— ¿Deseas que cuente alguna de mis aventuras?

— Una de tus aventuras! exclamó Joel. Todas las que recuerdes. Has visto tantas cosas, tantos hombres, tantos paises! Una sola aventura! Por el buen *Ogmi*, que has de contarnos la historia de toda tu vida.

— Si! sí! repitieron todos los circunstantes con acento resuelto.

— Sin embargo, en los tiempos en que vivimos, debieramos ocuparnos en cosas mas graves que contar y oír frívolas historias, dijo el extranjero con ademan pensativo y severo.

— No te entiendo, replicó Joel no menos sorprendido que su familia, y todos miraron silenciosamente al viajero que tras breve pausa añadió con tristeza:

— No, no me entiendes, y no quiero turbar tu paz con siniestros augurios. Asi pues, he prometido contarte alguna de las aventuras de mis viajes, y voy á cumplir mi promesa.

Y añadió despues indicando á Julyan que seguia sentado en un extremo del aposento al lado del cadáver de Armel cubierto de ramos de encina:

— Es preciso que ese jóven tenga que contar alguna cosa mañana á su amigo cuando vaya á verle en la otra vida.

— Cuenta, huesped amigo, respondió Julyan con la frente apoyada en las manos, cuenta... que no perderé una sola de tus palabras para repetirselas á Armel.

— « Dos años ha, dijo el viajero, recorria los paises de los galos

«del Rhin y llegué á Estrasburgo (1). Habia salido de la ciudad para
 «pasearme por la orilla del rio cuando ví de pronto una inmensa
 «multitud que seguia á un hombre y á una mujer, jóvenes ambos y
 «hermosos, que llevaban sobre un escudo un niño que habia nacido
 «pocos dias hacia. El hombre estaba inquieto y sombrío y ella páli-
 «da y tranquila, y ambos se pararon en la orilla del rio, en un para-
 «je donde la corriente era impetuosa. La multitud se paró al mismo
 «tiempo. Me acerqué y pregunté quienes eran aquel hombre y aque-
 «lla mujer. — El se llama *Vindorix* y ella *Albrege*, y estan casados,
 «me respondieron. — Entonces ví que Vindorix, con aspecto cada
 «vez mas sombrío, se acercó á su esposa y le dijo: Ha llegado el mo-
 «mento...

«Lo quieres? preguntó Albrege ¿ lo quieres?

«Si, respondió su esposo. Dudo y deseo salir de la incertidumbre.

«Sea como dices, dijo Albrege.

«Y tomando el escudo donde estaba el niño que le sonreia ten-
 «diendole los brazos, Vindorix entró en el rio hasta que le llegó el
 «agua á la cintura, levantó un momento el escudo y el niño hasta
 «encima de su cabeza, y volvió el rostro por última vez hácia su
 «esposa como para amenazarla con lo que iba á hacer; pero ella
 «que estaba en pié en la orilla del rio, con la frente erguida, la mi-
 «rada segura, inmovil como una estatua y con los brazos cruzados
 «sobre el pecho, estendió la mano derecha hácia su esposo como si
 «le digese:

«Haz lo que quieras; no temo.

«Un estremecimiento general se apoderó entonces de la multi-
 «tud, porque Vindorix habia colocado sobre el agua el escudo en
 «que estaba el niño, abandonándole en tan peligrosa navecilla á la
 «rápida corriente del rio...»

— ¡ Que infame! exclamó Margarid á quien conmovia el relato del
 viajero. ¿ Y qué hizo su mujer?

— ¿Cuál era la causa de semejante barbarie? preguntó Henory,
 la muger de Gilhern, abrazando á sus tiernos hijos Sylvest y Sio-
 mara que tenia sobre sus rodillas como si temiera verles espuestos
 á igual peligro.

El extranjero, en vez de responder á las preguntas de Margarid y
 Henory, impuso silencio con un ademán, y continuó:

— «Apenas la corriente arrebató el escudo donde estaba el niño,

(1) Antiguamente *Argentoratum*.

« el padre alzó al cielo sus manos cruzadas y trémulas como si invocara á los Dioses , y seguia con los ojos el escudo con sombría angustia , inclinándose á pesar suyo á la derecha si el escudo se dirigia á la derecha , y á la izquierda si hácia este lado se inclinaba... »
 « La madre , por el contrario , con los brazos cruzados sobre el pecho , seguia el escudo con una mirada tan firme y tranquila , que parecia que nada temia por el niño. »

— No temer nada ! exclamó Guilhern ; ver á su hijo espuesto á una muerte casi segura... porque va á perecer...

— ¡ Que madre tan desnaturalizada ! dijo Henory.

— ¡ Y ninguno de los que lo presenciaban se arrojó al agua para salvar al niño ! dijo una de las mujeres de la familia de Joel.

— No le interrumpais á cada instante , gritó Joel. Continua , amigo mio , y ojalá vele sobre ese niño Teutates que nos guia en los viajes de este mundo y de los otros.

— « Dos veces , continuó el viajero , vimos el escudo vacilando en uno de los remolinos del rio que iba á tragarlo , pero la madre no demostró la mas leve inquietud... y pronto salió del peligro la fragil navecilla que surcó pacíficamente las aguas... La multitud gritó entonces palmoteando :

« La barca ! la barca !

« Dos hombres corrieron á desatar una barca , y á fuerza de remos alcanzaron en pocos instantes el escudo , y lo sacaron del agua lo mismo que el niño que se habia dormido...

— Gracias á los dioses que se ha salvado ! dijo casi á un tiempo toda la familia de Joel como si se hubiese salido de una duda dolorosa.

Y el extranjero continuó , advirtiéndole que iban á interrumpirle con nuevas preguntas :

— « Mientras sacaban del rio el escudo y el niño , Vindorix , cuyas facciones espresaban tan radiante alegría como temor y duda habian revelado hasta entonces , corrió hácia su esposa y le tendió los brazos diciendo :

« Albrege... Albrege !.. no me engañabas... has sido fiel...

« Pero Albrege rechazó á su esposo con un ademan y le respondió con orgullo :— Segura de mi honor , no temia la prueba , y estaba tranquila sobre la suerte de mi hijo , porque los dioses no podian castigar á una madre inocente con la muerte de su hijo. Pero la mujer de quien se sospecha está ultrajada , y yo me quedaré con

« mi hijo , á quien no verás mas , pues no lo mereces despues de haber dudado del honor de tu esposa.

« Traian entonces al niño en triunfo. Su madre se arrojó sobre él como una leona sobre su cachorro , le estrechó apasionadamente entre sus brazos , y así como hasta entonces habia estado tranquila y segura , se entregó á violentos arrebatos de cariño , cubrió de besos al niño y huyó con él como si temiera que se lo arrebatasen. »

— Era un verdadera gala ! dijo la mujer de Guilhern : *la mujer de quien se sospecha está ultrajada!*.. Magníficas palabras dignas de una madre y de una esposa.

— ¿ Es costumbre de los galos del Rhin esa prueba ? preguntó Joel.

— Si , respondió el desconocido. El marido que sospecha que su mujer ha deshonrado su lecho coloca el hijo que nace sobre un escudo y lo espone á la corriente del rio. Si el niño sobrenada , queda probada la inocencia de la mujer , pero si se hunde en las aguas , es innegable el crimen de la madre. (1)

— ¿ Cómo iba vestida esa valerosa madre ? preguntó Henory ; ¿ llevaba túnicas parecidas á las nuestras ?

— No , dijo el extranjero ; su túnica es muy corta y de dos colores , el cuerpo encarnado y la saya azul , y á veces con bordados de oro ó plata.

— ¿ Y las gorras son blancas y cuadradas como las nuestras ? preguntó una jóven.

— No , son negras y prolongadas con adornos de hilo de oro ó plata.

— ¿ Y los escudos son como los nuestros ? preguntó Guilhern.

— Son mas largos , respondió el viajero , y pintados de colores en forma de cuadros , por lo comun encarnados y blancos.

— ¿ Cómo se hacen los casamientos ? preguntó otra jóven.

— ¿ Son sus ganados tan hermosos como los nuestros ? dijo un anciano.

— ¿ Tienen como nosotros valientes gallos de combate ? preguntó un niño.

De modo que viendo Joel que abrumaban á preguntas al extranjero , dijo á los curiosos :

— Basta , basta , dejad respirar á nuestro amigo : gritais en torno suyo como una bandada de paviotas.

(1) Julian, *Epist. XV, ad Maxim philos.* — *Idem., Orat. in Constant. imper.* — Authol, l. I, c. LXIII.

—¿Pagan como nosotros el dinero que deben á los difuntos? preguntó Rabouzigued á pesar de la prohibicion de Joel.

—Si, tienen la misma costumbre que nosotros, respondió el desconocido, y no son idólatras como un habitante del Asia que conocí en Marsella, y que pretendia que segun su religion continuábamos viviendo despues de nuestra muerte, no revestidos de formas humanas, sino bajo la de animales.

—Her! her! exclamó Rabouzigued con la mayor inquietud. Si fuera cierto lo que dicen esos idólatras, Gigel que partió por el viejo Marck habita quizás el cuerpo de un pescado. ¡Y yo que he enviado tres monedas de plata á Armel que vive quizás á estas horas en el cuerpo de un pájaro!.. ¿Cómo podrá un pez entregar tres monedas á un pájaro?.. Her! her!

—Nuestro amigo te dice que esa creencia es una idolatría, Rabouzigued, replicó Joel con severidad. Tu temor es por consiguiente impío.

—Así debe ser, dijo tristemente Julyan, porque ¿como haria yo que mañana voy á reunirme con Armel por juramento y amistad, si le encontrase convertido en ave y me convirtiese yo en ciervo de los bosques ó buey de los campos?

—No temas, jóven, dijo el extranjero á Julyan; la religion de Heso es la única verdadera, y ella nos enseña que volvemos á encontrar despues de la muerte cuerpos mas jóvenes y hermosos.

—En eso cifro mi esperanza, dijo Rabouzigued el contrahecho.

—¿Cuántas cosas se aprenden viajando! dijo Joel. Pero no pienses que en nuestro país escasean los rasgos gloriosos, y que faltan aquí galos tan altivos como los del Rbin. Pide á Margarid que te cuente lo que hizo una de sus abuelas, cerca de ciento treinta años atrás cuando nuestros padres partieron al Asia á fundar la nueva Galia, porque hay pocos paises en el mundo que no hayan hollado con sus plantas.

—Cuando haya acabado su historia tu esposa, replicó el extranjero, ya que quereis hablar de nuestros padres, hablaré yo tambien de ellos; y por Ritta-Gaur! que el momento es oportuno, porque mientras contamos y escuchamos aquí historias, no sabeis lo que pasa, ignorais que en este instante quizás...

—¿Porqué te interrumpes? dijo Joel sorprendido. ¿Qué sucede mientras estamos contando aquí historias? ¿Qué otra cosa mejor

puede hacerse junto al hogar durante las frias y largas veladas de otoño?

Pero el extranjero, en vez de responder á Joel, dijo respetuosamente á Margarid:

— Escucharé el relato de la esposa de Joel.

— Es muy sencillo, respondió Margarid sin cesar de hilar; un relato tan sencillo como la accion de mi abuela... Se llamaba *Siomara*...

— Y para honrar el recuerdo de nuestra abuela Siomara, dijo Guilhern interrumpiendo á su madre y enseñando con orgullo al extranjero una niña de ocho años, de prodigiosa hermosura, hemos puesto su nombre á mi hija.

— Es una niña encantadora, dijo el desconocido á quien habia sorprendido el gracioso rostro de Siomara. Estoy cierto de que será digna de llevar el nombre de su abuela.

Henory, la madre de la niña, se ruborizó de placer al oir estas palabras, y dijo á Margarid sonriendo:

— No puedo acusar á Guilhern por haberos interrumpido porque de esta suerte he tenido el gusto de oir ensalzar á mi hija.

— Su alabanza me ha causado tanto placer como á tí, hija mia, dijo Margarid que continuó de este modo su relato:

— « Mi abuela se llamaba Siomara y era hija de Ronau. Su padre « la condujo al bajo Languedoc á donde iba á comerciar. Los galos « de aquel pais (1) se preparaban entonces para la expedicion de « Oriente, y su gefe, que se llamaba *Oriegon*, vió á mi abuela, se « prendó de su extrema belleza, logró ser amado y se casó con ella. « Siomara partió con su esposo á Oriente. En un principio los galos « triunfaron, pero celosos los romanos de las conquistas de nuestros « padres, les declararon la guerra, y en uno de los combates, Siomara, que segun su deber y su corazon acompañaba á Oriegon en « la batalla, fué separada de su esposo durante la lucha, y cayó prisionera y en poder de un oficial romano tan avaro como libertino. « El romano se enamoró de la admirable belleza de Siomara y trató « de seducirla, pero ella le desdeñó, y abusando entonces del sueño « de su cautiva, la hizo violencia... »

— ¿ Oyes, Joel? exclamó el desconocido con indignacion, ¿ oyes? Un romano ultrajó á la abuela de tu esposa.

— Escucha el fin de la historia, amigo mio, dijo Joel, y verás si Siomara vale tanto como la gala del Rhin.

(1) Los galos testosages.

— «Una y otra, continuó Margarid, observaron fielmente esta «máxima. Hay tres especies de pudor en la mujer gala: — El primero, cuando su padre dice en su presencia que concede su mano «al que la ama; el segundo, cuando se halla por vez primera sola «con su esposo, y el tercero, cuando se presenta despues de la «primera noche de casada delante de los hombres.— El romano «violentó á su cautiva Siomara, y saciado su deseo, le propuso la «libertad mediante rescate. Mi abuela aceptó la proposicion, é indujo al romano á que enviase uno de sus criados, prisionero como ella, al campamento de los galos para que digera á Oriegon, «ó en su ausencia á sus amigos, que llevasen el rescate á un sitio «convenido. El criado partió al campo de los galos, y el codicioso «romano, que queria recibir personalmente el rescate y no permitirlo con nadie, acompañó sin escolta á Siomara al sitio convenido. Los amigos de Oriegon le esperaban allí con el oro del rescate, y mientras el romano contaba la suma ajustada, Siomara «contó á los galos en su lengua comun que habia recibido una cruel «injuria de aquel hombre y que merecia la muerte... Y en efecto, «Siomara le cortó la cabeza, y envolviéndola en un extremo de su «túnica, se dirigió al campamento galo. Oriegon, que tambien «habia caido prisionero, llegaba al campamento al mismo tiempo «que su esposa. Cuando esta le vió, dejó caer á sus piés la cabeza «del romano, y le dijo: Esta cabeza es la de un hombre que me «habia ultrajado... Nadie podrá decir mas que tú que me ha poseído... »

Y terminado su relato, Margarid continuó hilando.

— ¿Tan noble nombre será venturoso para mi hija? añadió Guilhern besando con ternura la rubia cabeza de la niña.

— Esa casta y heróica historia es digna de los labios que la han contado, dijo el extranjero, y demuestra al mismo tiempo que nuestros implacables enemigos los romanos son tan ambiciosos y libertinos como antes. Ya que hablamos de romanos ávidos y libertinos, añadió el desconocido con amarga sonrisa, habeis de saber que he estado en Roma, y que ví á Julio César, el mas famoso de sus generales.

— Ah! ¿has visto al famoso Julio César? ¿Qué hombre es ese? ¿Merece los elogios que se hacen de su valor? preguntó Joel.

— César es ya de alguna edad, de elevada estatura, rostro flaco y prolongado, pálido, de ojos negros y de frente calva, y como este

hombre reúne los vicios de todos los romanos, es vanidoso de sus prendas personales como una mujer, y para disimular que es calvo lleva siempre una corona de hojas de oro. ¿Queda satisfecha tu curiosidad, Joel? ¿Quieres saber que César padece de epilepsia? ¿Quieres saber...

Pero el desconocido no acabó la frase, y exclamó mirando á la familia del brenn con enojo:

— Por la cólera de Heso! ¿Ignorais pues que, mientras estais aquí con fuerza bastante para empuñar la lanza y la espada é insaciables de ociosos cuentos, el ejército romano toma cuarteles de invierno en el Orleanés, la Turena y el Anjou despues de haber invadido al mando de César la mitad de nuestras provincias?

— Si, hemos oido hablar de eso, dijo tranquilamente Joel. Algunos galos de Anjou, que vienen á comprarnos bueyes y cerdos, nos lo han contado.

— ¿Y con tanta indiferencia hablas de la invasion romana en la Galia? exclamó el viajero.

— Nunca ha hollado la planta del extranjero el pais de los galos bretones! respondió con altivez el brenn de la tribu de Karnak.

El desconocido se sonrió con amargura.

— Y confio, añadió Joel, que moriremos libres de tal baldon. Somos independientes de los galos del Poitou, de Turena, de Orleans y de las demás provincias, lo mismo que ellos son independientes de nosotros. No nos pidieron auxilio, y no tendremos tanta bajeza para ir á ofrecerselo á sus gefes y pelear bajo sus órdenes... Que cada cual defienda su honor y su provincia... Los romanos están en Turena, pero de aqui alla hay mucha distancia.

— De modo que si los piratas del Norte pasan á cuchillo á tu hijo Albinik el marino y á su esforzada esposa Meroe, no te interesará en nada, porque han muerto lejos de aqui?

— Te chanceas. Mi hijo es mi hijo... y los galos de las demás provincias no son hijos míos!

— No son cual tú hijos de un mismo Dios, como te lo enseña la religion de los druidas? Si es verdad esta máxima ¿no son hermanos todos los galos? ¿no claman venganza la esclavitud y la sangre de un hermano? ¿Es decir que estás tranquilo porque el enemigo no pisa el umbral de tu casa? De esa suerte, si la mano sabe que el pié está gangrenado, puede decir: «Yo estoy sano y el pié dista mucho de la mano». Pero como no se opone dique á la gangrena, esta sube

desde los pies á los demás miembros, y pronto perece todo el cuerpo.

— A no ser que la mano sana tome una hacha, dijo el brenn y corte el pié de donde procede el mal.

— ¿Y qué es un cuerpo mutilado de ese modo, Joel? dijo Margarid que habia escuchado en silencio.

El brenn miró con asombro á su esposa.

— Tiene razon el extranjero, respondió esta. ¿Qué será del resto de la Galia cuando el romano haya invadido y conquistado sus mas hermosas provincias? ¿Cómo se defenderá contra sus enemigos si está mutilada y desmembrada?

— La digna esposa de mi huesped habla con prudencia y juicio, dijo respetuosamente el viajero dirigiéndose á Margarid, y como todas las matronas galas, ocupará su puesto en el consejo público tan dignamente como en el seno de su familia.

— Tienes razon, dijo Joel, Margarid es de corazon tan esforzado como de alma prudente y juiciosa, y confesaré con satisfaccion que su parecer es con frecuencia mejor que el mio. Pero en esta ocasion se equivoca, pues suceda lo que suceda al resto de la Galia, nunca el romano pisará el suelo de Bretaña que tiene por defensa sus escollos, sus pantanos, sus bosques, sus peñascos y sobre todo... sus bretones.

Margarid movió la cabeza al oir estas palabras, pero todos los hombres de la familia de Joel aplaudieron la jactancia de su gefe.

El desconocido añadió entonces con acento sombrío:

— No insistiré en sacarte del error, y continuaré mis historias, pero á buen seguro que la que voy á contaros caerá sobre vuestros corazones como bronce candente, ya que han sido vanas las palabras prudentes de la dueña de la casa.

Todos miraron con sorpresa al extranjero, que principió á contar en medio del mas profundo silencio lo que verá el lector en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO IV.

El viajero cuenta la historia que habla de caer como bronce candente sobre el corazón de Joel por haber cometido la indiscreción de responder *que la Turena estaba muy lejos de Bretaña.* — Joel principia á conocer la utilidad de la lección del viajero cuando oye las terribles noticias que le traen sus dos hijos MIKAEI el armero y ALBINIK el marino que llegan de Auray á media noche.

«Hace dos ó tres mil años tal vez, dijo el viajero, que vive en la
«Galia una familia. ¿De donde vino para poblar estos inmensos de-
«siertos? Es indudable que salió del centro del Asia, de la antigua
«cuna de las razas humanas, oculta en el día en la noche de los
«tiempos. Esta familia ha conservado constantemente un carácter
«que le es propio y no se encuentra en ningun otro pueblo del mun-
«do; es noble, leal, hospitalaria, generosa, viva, alegre, burlona,
«aficionada á contar y especialmente á oír contar, intrépida en el
«combate, y arrostrando la muerte mas heróicamente que las de-
«más naciones, porque sabe por su religion que tras esta vida hay
«otra mas feliz y mas perfecta... ¿Cuáles son los vicios de esta fa-
«milia? Es aturdida, errante, presuntuosa, inconstante, deseosa
«de novedades, mas ávida de ver países desconocidos que de con-
«quistarlos, dividiéndose tan facilmente como se une, demasiado
«orgullosa y variable para someterse al parecer de sus vecinos, y
«en caso de convencerse, incapáz de seguir mucho tiempo de
«acuerdo con ellos. En bien y en mal ha sido siempre la misma ha-
«ce muchos siglos, así es aun en el día, y así será sin duda en lo
«venidero.

— Si no me engaño, dijo el brenn riendo, todos los galos nos parecemos á esa familia...

— Si, continuó el desconocido; tal ha sido y tal es el carácter de nuestro pueblo para su desgracia... y para felicidad de sus enemigos.

— Confiesa al menos que á pesar de su carácter el pueblo galo ha sido glorioso en el mundo, porque no hay país que no haya pisado, movido por su curiosidad y su inconstancia...

— Es verdad; tal es nuestro espíritu de aventura: marchar sin tregua adelante y hácia lo desconocido, mas bien que detenerse y fundar. Por eso en el día la tercera parte de la Galia está en poder de los romanos, siendo así que algunos siglos ha la raza gala ocupaba

con sus exageradas conquistas , además de la Galia , *la Inglaterra* , *la Irlanda* , *la alta Italia* , *la orilla derecha del Danubio* y el pais de ultramar hasta Dinamarca , pareciendo que nuestra raza iba á esparcirse por todo el mundo. Los galos del Danubio partieron á *Macedonia* , á *Tracia* y á *Tesalia* , y otros cruzaron *el Bósforo* y *el Hellesponto* , llegaron al *Asia Menor* y fundaron la **NUEVA GALIA** , convirtiéndose en árbitros de todos los reyes de Oriente.

—Hasta aquí , dijo el brenn , no sé de qué puedes quejarte de nuestro carácter que juzgas con tanta severidad.

—¿ Y cual ha sido el resultado de las insensatas batallas ganadas por los gefes que gobernaban entonces las Galias ? ¿ No hemos perdido sus conquistas ? ¿ No han sublevado los romanos , nuestros implacables enemigos , á todos los pueblos contra nosotros ? ¿ no nos hemos visto obligados á abandonar nuestras posesiones inútiles de Asia , Grecia , Alemania é Italia ? He aquí el fruto de tanto heroismo , de tanta sangre vertida !

—Tienes razon : no habia necesidad de ir á pasear tan lejos para no traer en nuestras plantas mas que la sangre y el polvo de los paises extranjeros.

—Sin embargo , llegó una época de grandeza , de paz y de prosperidad para la Galia que , desembarazada de sus inútiles posesiones , y reducida á sus fronteras del Rhin , los Alpes , los Pirineos y el Océano , fué una confederacion envidiada del mundo entero. Su fértil suelo , cultivado con arte , producía con abundancia ; inundaban los rios los buques mercantes ; las minas de oro , de plata y de cobre aumentaban de dia en dia su riqueza , alzábanse por do quiera grandes ciudades , y los druidas predicaban la union á las provincias , y daban el ejemplo convocando anualmente en el pais de Chartres , centro de las Galias , una asamblea solemne donde se trataba de los intereses generales del pais. Cada tribu , cada ciudad nombraba sus magistrados , y cada provincia era una confederacion que , segun la idea de los druidas , contribuía á formar una nacion poderosa y próspera.

— Los padres de nuestros abuelos alcanzaron aquella época venturosa !

— Y sus hijos no han visto mas que ruinas y desgracias ! La guerra civil dividió las provincias , y á fines del siglo pasado , los marseleses , descendientes de aquellos griegos proscritos á quienes la Galia habia cedido generosamente el territorio donde edificaron su ciu-

dad, quisieron erigirse en soberanos de la provincia. Los galos se sublevaron, y Marsella llamó en su auxilio á los romanos... Y acudieron los guerreros de Roma, pero no para defender la iniquidad de Marsella, sino para apoderarse del pais á pesar de los prodigios de valor de sus habitantes. Los romanos se establecieron, pues, en Provenza edificaron la ciudad de *Aix* y fundaron su primera colonia en nuestro pais...

— ¡ Malditos sean los habitantes de Marsella! exclamó Joel. Esos hijos de los griegos introdujeron á los romanos en la Galia.

— ¿ Y con qué derecho hemos de maldecir á los habitantes de Marsella? ¿ No debemos maldecir tambien á las provincias que han dejado caer y esclavizar á una de sus hermanas? Pero nunca se hace esperar el castigo divino! Los romanos, alentados con la indiferencia de la Galia, se apoderaron de la *Auvernia*, del *Delfinado*, del *Languedoc* y del *Vivarés*, á pesar de la heróica defensa de aquellos pueblos divididos entre si y abandonados á sus propias fuerzas. Al verse los romanos dueños de casi todo el mediodía de la Galia, lo gobiernan por medio de sus procónsules, y reducen al pueblo á la mas dura esclavitud. ¿ Se alarman por fin las demás provincias de los terribles progresos de Roma que continua avanzando amenazadora hácia el centro de la Galia? No, no! Confiadas en su valor, dicen como decias tú no ha mucho, Joel: *El Mediodía está lejos del Norte, el Oriente lejos del Occidente*. Sin embargo, nuestra raza, sobrada indiferente y presuntuosa para precaver la dominacion estrangera á tiempo, ha tenido siempre el tardío valor de rebelarse cuando ha sentido el peso del yugo. Las provincias sometidas á los romanos se alzaron en rebeliones terribles que fueron ahogadas en sangre. Los borgoñones, escitados por los descendientes de los antiguos reyes, se armaron contra los del Franco Condado, invocando el auxilio de los romanos, y los del Franco Condado pidieron refuerzos á los germanos de la otra parte del Rhin, que aprendieron el camino de la Galia; pero los nuevos aliados mostraron tanta barbarie y ferocidad, que tras sangrientas batallas contra los mismos que les habian llamado, se hicieron dueños de Borgoña y del Franco Condado... Finalmente, escitados los *suizos* por el ejemplo de los germanos, invadieron el año pasado las provincias galas conquistadas por las legiones romanas. Julio César, nombrado procónsul, acudió de Italia, rechazó á los suizos de sus montes, espulsó á los germanos de Borgoña y del Franco Condado, se apoderó de estas provin-

cias, aniquiladas con su larga lucha contra los bárbaros, y á su opresion sucedió la de los romanos. No hicimos mas que cambiar de dueños... A principios de este año una parte de la Galia despertó por fin de su letargo, conoció el peligro que amenazaba á las provincias independientes, y animosos patriotas, como *Galba* entre los galos de Bélgica y *Boddig-nat* entre los de Flandes, rechazando el yugo de los romanos y de los germanos, sublevaron en masa los pueblos contra César. Se insurreccionan tambien los galos de Vermandois y los de Artois, y todos marchan contra los romanos. Ah! qué terrible fué la batalla del *Sambre*! exclamó el desconocido con exaltacion. El ejército galo esperaba á César en la orilla izquierda del rio. Tres veces lo cruzó el ejército romano, y otras tantas se vió obligado á retroceder con el agua roja de sangre hasta la cintura... Sucumbe la caballeria romana y son derrotadas las legiones veteranas. César baja entonces del caballo, y reuniendo espada en mano sus últimas cohortes que huyen, se pone á su cabeza y vuelve á travarse la batalla... La victoria nos sonreia á pesar del valor de César, cuando vimos llegar en su auxilio nuevas legiones...

— Has dicho: vimos llegar? replicó Joel. ¿Te hallabas acaso en aquella terrible batalla?

Pero el desconocido continuó sin responder:

— Cansados y diezmados por siete horas de combate, seguimos luchando contra aquellas legiones... luchando hasta la agonía... hasta la muerte. ¿Y sabeis, añadió el extranjero con espresion de amargo dolor, vosotros que vivais aquí pacíficamente mientras vuestros hermanos espiraban por la libertad de las Galias, que es tambien la vuestra, sabeis cuantos sobrevivieron de los *sesenta mil* combatientes del ejército galo en la batalla del *Sambre*? QUINIENTOS!

— Quinientos! exclamó Joel con ademan de duda.

— Lo aseguro porque fuí uno de los que sobrevivieron, respondió con orgullo el viajero.

— De modo que las cicatrices que se ven en tu rostro...

— Son recuerdos de la batalla del *Sambre*.

Oyéronse entonces fuera de la casa los furiosos ladridos de los alanos mientras daban golpes terribles en la puerta de la estacada. La familia del brenn, que se hallaba aun bajo la triste impresion de las palabras del viajero, creyó que habian llegado los enemigos de su patria, y las mugeres se levantaron, los niños se arrojaron en sus brazos, y los hombres corrieron á las armas que se veian colgadas

de las paredes, pero los perros cesaron de ladrar, aunque seguían oyéndose los golpes, y Joel dijo á su familia:

— Los perros no ladran, lo cual indica que conocen á los que llaman.

Y al decir estas palabras, salió de la casa seguido del desconocido y varios de la familia. El brenn abrió la puerta del patio, y se oyeron dos voces en la parte exterior de la estacada que decían:

— Somos nosotros... Albinik y Mikael.

En efecto, viéronse al resplandor de la luna los dos hijos del brenn y detrás de ellos sus caballos bañados en blanco sudor. Joel abrazó con ternura á sus hijos, y especialmente al marino, que estaba en el mar hacia mas de un año, y entró con ellos en la casa donde fueron acogidos con tanta alegría como sorpresa por su madre y por toda la familia.

Albinik el marino y Mikael el armero eran como su padre de elevada estatura y muy robustos, y llevaban encima de su traje una capa con capucha, de recio paño y empapada en agua. Los dos recién llegados besaron al entrar en la casa y antes de abrazar á su madre las siete ramas de muérdago puestas en agua en la pila de cobre, y al ver allí un cuerpo inanimado medio cubierto de ramage, junto al cual velaba Julyan, dijo Mikael:

— Buenas noches, Julyan! ¿Quién ha muerto en casa?

— Armel: le he muerto esta noche combatiendo con él en lucha de honor, respondió Julyan; pero como nos hemos prometido ser *saldunas*, mañana iré á reunirme con él en otro mundo mejor. ¿Quieres que le hable de tí?

— Si, si, Julyan, porque amaba á Armel y no creí volver á verle sin vida. Traigo un harpon que habia construido para él, pero mañana lo depositaré en vuestra pira...

— Y dirás á Armel, añadió el marino sonriendo, que ha partido demasiado pronto, porque su amigo Albinik y su esposa Meroe le hubieran contado su última expedición marítima...

— Y Armel y yo os contaremos tambien algun dia cosas prodigiosas, Albinik, respondió Julyan sonriendo con confianza, porque tus viajes por el mar no son nada en comparacion de los que nos esperan en esos mundos maravillosos que nadie ha visto y que todos hemos de ver.

Luego que los hijos de Margarid respondieron á las cariñosas palabras de su madre y de su familia, el brenn dijo al viajero:

— Amigo mio , son mis hijos.

— No permitan los dioses que la precipitacion de su llegada sea causada por una desgracia , respondió el desconocido.

— Hijos mios , dijo Joel ; ¿ qué sucede ? ¿ porqué venís tan tarde y tan apresuradamente ? Sea feliz tu regreso , Albinik , pero no lo creia tan próximo : ¿ dónde está tu bella esposa ?

— La he dejado en Vannes , padre mio. Voy á deciros lo que sucede. Volvia de España por el golfo de Gascuña en direccion á Inglaterra , y el mal tiempo me ha obligado hoy á entrar en el rio de Vannes. Pero por Teutates que preside á todos los viajes de mar y tierra , en este mundo y en los otros ! no esperaba... no , no esperaba ver lo que he visto en la ciudad. Así pues , dejé el buque en el puerto bajo la custodia de mis marineros y de mi esposa , tomé un caballo , corrí hasta Auray , conté á Mikael lo que sucedia , y hemos venido aquí para avisaros , padre mio.

— ¿ Qué has visto en Vannes ?

— ¿ Qué he visto ? A todos sus habitantes llenos de indignacion y de ira porque son valientes como bretones !

— ¿ Y cual es la causa de esa ira , hijos mios ? preguntó Margarid que continuaba hilando.

— Cuatro oficiales romanos , sin mas escolta que algunos soldados , y con tanta tranquilidad é insolencia como si se hallasen en un pais de esclavos , se presentaron ayer á mandar á los magistrados de la ciudad que enviasen órdenes á todas las tribus vecinas para que lleven á Vannes diez mil sacos de trigo...

— ¿ Y qué mas , hijo mio ? preguntó Joel riendo y encogiéndose de hombros.

— Cinco mil sacos de avena.

— ¿ Y qué mas ?

— Quinientos toneles de hidromiel.

— Es natural , dijo el brenn riendo á carcajadas ; es preciso beber... ¿ y qué mas ?

— Mil bueyes.

— De los mas gordos... por supuesto. ¿ Eso solo ?

— Cinco mil carneros.

— Es muy justo , la carne de buey les llegaria á hastiar. Son delicados de gusto.

— Piden además trescientos caballos para remontar la caballeria romana y doscientos carros de paja y heno.

— ¿Y porqué no? Es preciso que coman los pobres animales, dijo Joel con acento de mofa. ¿Solo eso han pedido? Cuando se empieza á pedir, no es tan fácil contener la boca.

— Mandan que se lleven al momento las provisiones hasta el Poitou y la Turena.

— ¿Y qué enorme garganta se ha de tragar esos sacos de trigo, esos carneros, esos bueyes y esos toneles de hidromiel?

— Y especialmente, añadió el desconocido ¿quién ha de pagar esas provisiones?

— Pagarlas! respondió Albinik; nadie! Es un impuesto forzoso. Joel se reia á carcajadas.

— Y la enorme garganta que se ha de tragar estas provisiones es el ejército romano que ha tomado cuarteles de invierno en Turena y en Anjou.

Toda la familia del brenn se estremeció de cólera mezclada de irónico desprecio.

— Ya lo viste, Joel, dijo entónces el desconocido; ¿crees aun que Turena está léjos de Bretaña? No me parece grande la distancia cuando los oficiales de César vienen tranquilamente y sin escolta á buscar provisiones para su ejército, con el bolsillo vacío y el palo levantado.

Joel cesó de reir, inclinó la cabeza con confusion y se quedó silencioso.

— Nuestro huésped tiene razon, dijo Albinik. Si, esos romanos han venido con el bolsillo vacío y el palo levantado, porque uno de sus oficiales alzó su varilla de sarmiento sobre Ronan, el mas anciano de los magistrados de Vannes, que como tú, padre mio, se reia de las exigencias de los romanos.

— ¿Y qué otra cosa merecen, hijos míos, mas que risa y desprecio tales exigencias? ¡imponernos ese tributo á nosotros! ¡obligarnos á conducir las provisiones á Turena y Anjou con nuestros bueyes y caballos que se quedarán los romanos! ¡y exigirnoslo cuando estamos ocupados en la siembra de nuestros campos, para arruinar la cosecha del año venidero, robándonos la del pasado, y reducirnos á comer la yerba que hubiera alimentado á los animales que nos roban!

— Si, dijo Mikael el armero, quieren arrebatarnos el trigo y los ganados para dejarnos la yerba, pero por la lanza que hoy he forjado, que ellos serán los que muerdan la yerba de nuestros campos!

— Vannes prepara desde hoy su defensa, añadió el marino; se

han principiado á abrir trincheras en las cercanias del puerto , todos nuestros marineros se armarán , y si las galeras romanas vienen á atacarnos por mar , nunca habrán tenido mas rico festin de cadáveres en nuestras playas los cuervos de mar !

— Al pasar por el territorio de las demás tribus , dijo Mikael , hemos esparcido esta noche la noticia y sembrado la alarma. Los magistrados de Vannes han enviado tambien emisarios por todas partes mandando que hogueras encendidas de colina en colina avisen desde esta noche el peligro que nos amenaza de un confin á otro de Bretaña.

Margarid , que habia escuchado á sus hijos sin dejar la rueca , preguntó con acento tranquilo :

— Supongo , hijos mios , que habrán enviado á su ejército á esos oficiales romanos despues de haberles castigado por su insolencia.

— No , madre mia , les han puesto presos en Vannes , á escepcion de dos soldados á quienes han encargado los magistrados que declarasen al general romano que no se le enviarian las provisiones y que guardarian en rehenes á sus oficiales.

— Mas hubiera valido dar de palos á esos oficiales y arrojarles vergonzosamente de la ciudad , añadió Margarid. Asi se castiga á los ladrones , y esos romanos querian robarnos...

— Tienes razon , Margarid , dijo Joel , venian á robarnos... á arrebatar nuestra cosecha y nuestros ganados , añadió el brenn encolezado. ¡ Por la venganza de Heso ! arrebatar nos nuestros seis hermosos novillos de pelo de lobo , y nuestras cuatro yuntas de toros negros que tienen tan graciosa estrella blanca en medio de la frente !

— ¡ Y nuestras hermosas terneras blancas de cabeza leonada ! dijo Margarid encogiéndose de hombros y sin cesar de hilar ; ¡ y nuestras ovejas de vellones tan ricos ! Ea , hijos mios ; palos , palos á esos romanos.

— Y los briosos caballos de la raza de tu garañon *Tom-Bras* , Joel , añadió el viajero. Sin embargo , van á conducir tus granos y tu yerba hasta Turena , y servirán despues para remontar la caballeria romana... Es verdad que no se cansarán mucho , porque supongo que crees ahora que la Turena no está muy lejos de Bretaña.

— Puedes burlarte , amigo mio , dijo Joel , tienes razon y yo me equivocaba. Si , si , tienes razon ; Ah ! si todas las provincias de Galia se hubieran confederado al primer ataque de los romanos , y hubiesen hecho reunidas la mitad de los esfuerzos que han intentado se-

paradas, no nos veríamos espuestos hoy á las insolentes peticiones y á las amenazas de esos gentiles. Burlate, si; tienes razon!

— No, Joel, no me burlaré, respondió gravemente el desconocido. El peligro es inminente porque el enemigo está á doce jornadas de aqui, y la negativa de los magistrados de Vannes es la guerra antes de pocos dias... la guerra sin compasion como la hacen los romanos. Si somos vencidos, nuestro porvenir es la muerte en el campo de batalla ó la esclavitud, porque los mercaderes de esclavos que siguen á las legiones estan ambrientos de ralea. Todos los que sobreviven, válidos ó heridos, hombres, jóvenes, doncellas y niños, son vendidos á pregon como ganado en beneficio del vencedor, y enviados á miles á Italia ó á la Galia romana del mediodia, porque existe ya una Galia romana! Los hombres robustos se ven obligados allí á combatir con las fieras en los circos para divertir á sus amos, y las mujeres y los niños son víctimas de monstruoso libertinage. He aqui lo que es la guerra con los romanos si somos vencidos! exclamó el extranjero. ¿Y os dejareis vencer? ¿sufrireis tal baldon? ¿entregareis vuestras esposas, vuestras hermanas y vuestros hijos, galos de Bretaña?

Apenas pronunció el extranjero estas palabras cuando toda la familia de Joel, hombres, mujeres, niñas y niños, hasta el enano Rabouzigued, se alzaron con los ojos brillantes y las mejillas inflamadas y exclamaron tumultuosamente y agitando los brazos:

— Guerra! guerra! guerra!

El perro de batalla de Joel se alzó animado por los gritos, apoyando sus patas delanteras sobre el pecho de su amo, que le dijo acariciando su enorme cabeza:

— Si, viejo Deber-Trud. Darás como nuestra tribu caza á los romanos... la ralea será para tí... y tu garganta se enrojecerá de sangre. Sus! sus! Deber-Trud, á los romanos, á los romanos! sus! sus!

El alano contestó á los gritos de guerra con furiosos ahullidos enseñando unos colmillos tan terribles como los del leon. Los perros de guardia de la estocada y los que estaban encerrados en las cabañerizas respondieron á Deber-Trud, y formaron con sus ladridos un estruendo espantoso.

— ¡Feliz presagio, amigo Joel! dijo el viajero, tus perros ahullan á la muerte del enemigo.

— ¡Si, si, muerte al enemigo! exclamó el brenn. En nuestra Ga-

lia bretona el perro de caza se convierte en el día del peligro en perro de guerra, y el caballo, el toro de labranza, el carro y el labrador en caballo, toro, carro y hombre de guerra. Hasta nuestra tierra pacífica y fecunda se convierte en tierra de guerra y devora al extranjero, que á cada paso encuentra un sepulcro en nuestros pantanos sin fondo, en nuestras áridas playas y en los abismos de los peñascos, y sus naves desaparecen en los remolinos de nuestras bahías, mas terribles en la calma que la tempestad enfurecida!

—Joel, dijo entonces Julyan que se habia alejado del cadáver de su amigo, he prometido á Armel que iria á reunirme con él en otro mundo mejor. Esta muerte me será grata, pero seria un deber morir combatiendo á los romanos... ¿Que haré?

—Preguntásele mañana á uno de los druidas de Karnak, y el te lo dirá, Julyan.

—¿Y nuestra hermana Hena? preguntó á su madre Albinik el marino. Hace tanto tiempo que no la he visto...! Supongo que continua siendo la perla de la isla de Sen. Meroe me ha encargado que le recordase su cariño.

—Los que pronuncian el nombre de tu hermana se figuran que pronuncian el de una divinidad, respondió Margarid. La verás mañana.

Y la esposa de Joel dejó la rueca y se levantó, lo cual era para la familia la señal de ir á descansar.

Margarid dijo entonces:

—Retirémonos, hijos míos, que es tarde, y mañana á punto de día tenemos que ocuparnos en traer y ocultar provisiones de guerra.

Y dirigiéndose al extranjero, añadió:

—Los dioses os den descanso y grato sueño!

Y murmuró suspirando:

—Creia celebrar mañana mas felizmente el aniversario de mi hija Hena!

CAPITULO V.

Joel, el brenn de la tribu de Karnak, cumple su promesa y acompaña á su huésped á la isla de Sen.—Julyan consulta á los druidas para saber si ha de ir á reunirse con Armel ó combatir con los romanos.—De como entre los galos se trasmitian las órdenes á cuarenta y cincuenta leguas de distancia en menos de medio dia.—Hena, la Virgen de la isla de Sen va á la casa paterna.—De lo que cuenta á su familia acerca de tres sacrificios humanos á los que deben asistir todas las tribus vecinas, y que se verificarán por la noche en las piedras de la selva de Karnak al asomar la luna.—Hena y la familia y la tribu de Joel acuden á la selva de Karnak al asomar la luna.

Joel lanzó al mar su barca al asomar el nuevo dia, y condujo, acompañado de su hijo Albinik el marino, al desconocido al islote de Kellor, como se lo habia prometido, pero no se atrevió á acercarse al suelo sagrado de la isla de Sen. El huésped del brenn habló en voz baja al *ewagh* que vela noche y dia en la casa de la isla, y que con ademan respetuoso le dijo que Talyessin, el mas anciano de los druidas, que se encontraba entonces en la isla de Sen con su esposa *Auria*, esperaba un viajero desde el dia anterior.

El extranjero dijo á Joel despidiéndose:

—No olvideis tú y tu familia la resolucion que demostrasteis ayer. El grito de guerra resonará hoy de un confin á otro de la Galia bretona.

—Puedes estar seguro de que los míos y los de mi tribu serán los primeros en responder al grito de guerra.

—Lo creo, pero recuerda que se trata de que la Galia sea esclava ó de que renazca en su antiguo esplendor y gloria.

—¿No sabré en el momento de separarme de tí el nombre del que se sentó á mi hogar, del sabio que habla con tanto criterio y ama tanto á su patria?

—Joel, me llamaré *soldado* mientras la Galia no sea libre, y si volvemos á encontrarnos, me llamaré *amigo tuyo*, porque lo soy.

Y al decir estas palabras, el desconocido entró en la barca que desde el islote de Kellor habia de conducirle á la isla de Sen. Antes que partiera guiado por el *ewagh*, Joel preguntó á este si podia esperar á Hena que habia de ir á su casa aquel dia. El *ewagh* le respondió que su hija no saldria de la isla hasta la tarde.

El brenn, pesaroso de no regresar con Hena, dirigió la barca hacia la costa.

Julyan fué al mediodía á consultar á los druídas del bosque y preguntarles si debía preferir á la muerte próxima y voluntaria, que esperaba con placer pues iba á reunirse con Armel, la muerte que iria á buscar combatiendo con los romanos. Los druídas le respondieron que habiendo jurado á Armel amistad de salduna, debía ser fiel á su promesa, y que los ewags irian á buscar el cadáver de Armel con las ceremonias de costumbre para trasladarlo á la pira, donde hallaria Julyan la muerte deseada al asomar la luna. Julyan estaba gozoso de poder volver á ver tan pronto á su amigo y se preparaba á salir de Karnak, cuando vió llegar á la morada de los druídas al extranjero que habia hospedado Joel, y que volvía de la isla de Sen acompañado de Talyessin. El anciano dijo algunas palabras á los demás druídas, que rodearon al viajero con tanta solícitud como respeto, acojiéndole los mas jóvenes como á un hermano y los mas ancianos como á un hijo.

El viajero conoció á Julyan y le dijo:

—Si vas á la casa del brenn de la tribu, espera un momento, y te daré un escrito para que se lo entregues.

Julyan accedió al deseo del desconocido que se retiró acompañado de Talyessin y de los demás druídas. Un momento despues volvió y entregó un pequeño rollo de piel curtida al joven diciéndole:

—Darás esto á Joel. Esta tarde nos volveremos á ver, Julyan, al asomar la luna... Heso ama á los que como tú son valientes y fieles á la amistad.

Julyan supo al volver á la casa del bren que Joel estaba en el campo recogiendo las mieses conservadas en gabillas, y fué á encontrarle para entregar el escrito del extranjero. Este escrito decia lo siguiente:

«Amigo Joel, los druídas de Karnak te piden en nombre de la Galia en peligro que mandes á todos los de tu familia que están trabajando en los campos que digan á los de la tribu inmediata: — *Al muérdago del año nuevo!.. Acudan todos, hombres, mujeres y niños, al bosque de Karnak al asomar la luna.* — Que los de la tribu que hayan oido estas palabras las repitan á los de las demás tribus, ocupados tambien en los labores del campo, para que este grito, repetido de campo en campo, de aldea en aldea, de ciudad en ciudad y de Vannes á Auray, advierta á todas las tribus que acudan esta noche al bosque de Karnak».

Joel hizo lo que le pedia el extranjero en nombre de los druídas de

Karnak, y el grito se repitió de valle en valle, y todas las tribus hasta las mas lejanas supieron pocas horas despues que debian reunirse al asomar la luna en el bosque de Karnak.

En tanto que una parte de los hombres de la familia del brenn recogian apresuradamente las mieses para encerrarlas en los silos que otros labradores abrian en terrenos secos, las jóvenes y hasta los niños dirigidos por Margarid colocaban la carne salada en cestos, la harina en sacos y el hidromiel y el vino en odres; otras arreglaban en cofres los vestidos, la ropa blanca y los bálsamos para los heridos, y otras cosian anchos y recios lienzos destinados para cubrir los carros, porque todas las tribus del pais amenazados por el enemigo, en vez de esperarle en las guerras terribles, salian con frecuencia á su encuentro. Abandonaban las casas, uncian los buques de labranza en los carros de batalla que conducian las mujeres, los niños, los vestidos y las provisiones, formaban su caballeria con los caballos que montaban los varones mas esforzados de la tribu, y los jóvenes, como mas lijeros, los escoltaban á pié y armados. Enterraban las mieses, los ganados se dispersaban por los campos sin custodia y volvian por instinto al anochecer á los rediles abandonados, de modo que casi siempre los lobos y los osos los devoraban á millares. Los campos quedaban ciales, y el hambre era espantosa á veces, pero los combatientes partian á defender la patria animados con la presencia de sus esposas é hijos, y como solo podian esperar del enemigo la deshonor, la esclavitud ó la muerte, rechazaban al extranjero allende las fronteras y volvian á reparar los desastres de sus campos.

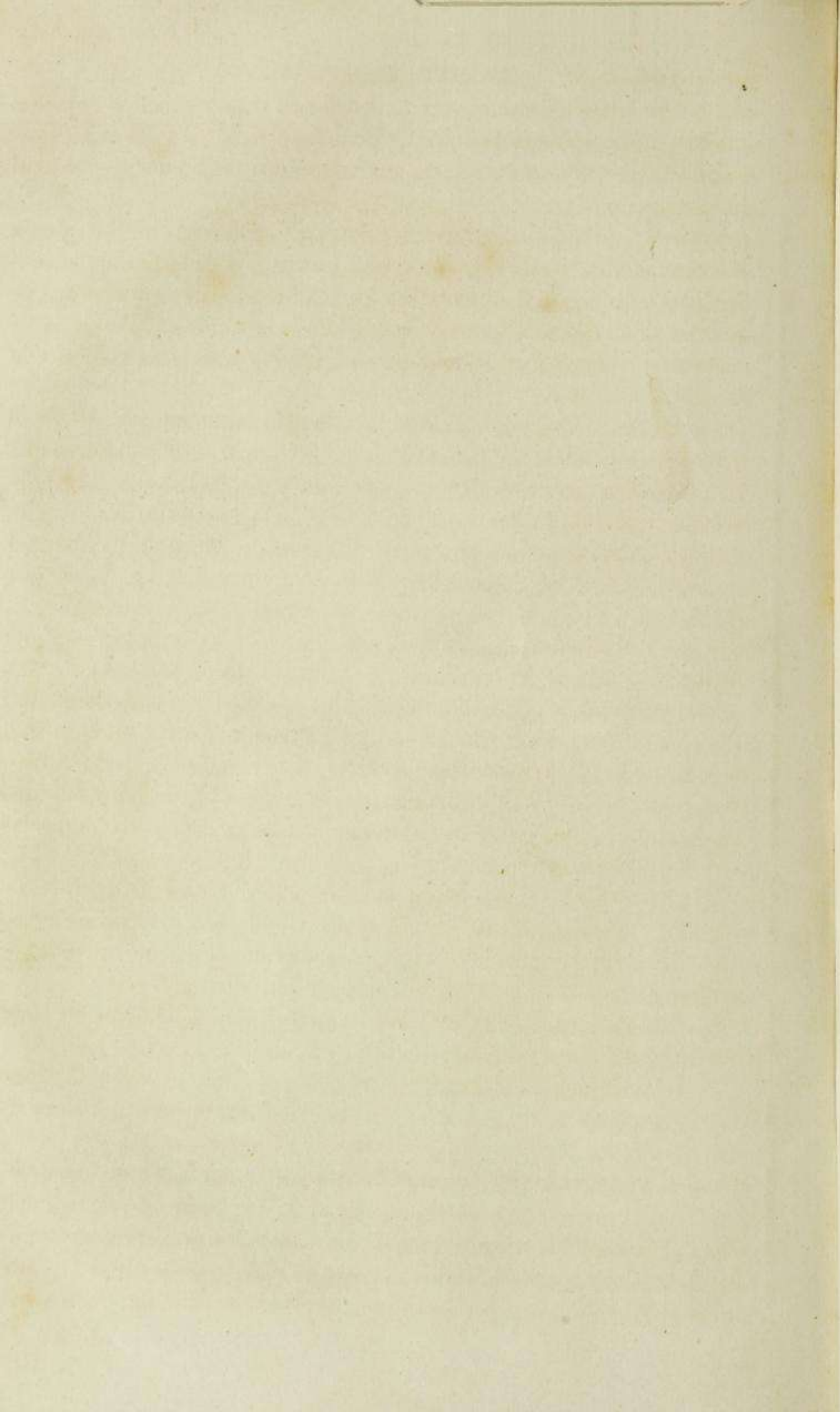
Como Joel sabia que al ocultarse el sol llegaria Hena á su casa, se retiró con los suyos á aquella hora para ayudar en los preparativos del viaje de guerra. Hena, la vírgen, de la isla de Sen, llegó al anochecer como habia prometido.

Cuando su padre, su madre y todos los de la familia vieron entrar á Hena, les pareció mas hermosa que nunca, y su padre (que es quien esto escribe) no habia estado jamás tan orgulloso de su hija. La larga túnica que llevaba estaba ceñida á su talle por un cinturón de bronce, del cual colgaba por un lado una segur de oro y por el otro una media luna. Hena se habia engalanado para celebrar su cumpleaños. Adornaban sus brazos y su cuello mas blancos que la nieve un collar y brazaletes de oro, y cuando se quitó el manto con capucha, se vió que llevaba, como en las ceremonias religiosas, una



Editor Juan Oliveros, Barcelona.

Heña la Virgen de Sen.



corona de hojas de encina verde sobre sus rubios cabellos partidos en rizos en torno de su hermosa y casta frente. El azul del mar cuando duerme tranquilo en un día sereno no era más puro que el azul de los ojos de Hena.

El brenn tendió los brazos á su hija, que se arrojó en ellos gozosa así como en los de su madre Margarid : los niños de la familia la acariciaban y se disputaban para ser los primeros en besar sus manos que buscaban á porfía todos aquellos labios inocentes.

Hasta el viejo Deber-Trud daba enormes brincos para celebrar la llegada de Hena.

Hena ofreció su frente, después de besarla sus padres, á Albinik el marino, pues hacia mucho tiempo que no había visto á su hermano. La ofreció después á Guilhern y á Mikael y á toda la bulliciosa multitud de niños que Hena estrechó á un tiempo con sus brazos bajándose hasta ellos para besarlos. Recibió con ternura de hermana á Henory, esposa de su hermano Guilhern, y manifestó su pesar por no hallar en casa á Meroe, la mujer de Albinik. No quedaron olvidados los demás parientes de ambos sexos, y hasta Rabouzigued, de quien todos se burlaban, participó de sus amistosas palabras.

Gozosa entonces de hallarse entre los suyos, en la casa donde había nacido, Hena quiso sentarse á los pies de su madre, en el mismo banquillo donde solía sentarse siendo niña. Cuando Margarid la tuvo á sus pies, le indicó el desorden que reinaba en el aposento á consecuencia de los preparativos para partir á la guerra y dijo con tristeza :

— Creíamos celebrar con alegría y tranquilidad el día de tu cumpleaños, hija querida, y ya ves cuanta confusión y cuanta alarma hay en nuestra casa que pronto quedará desierta porque amenaza la guerra...

— Teneis razon, madre, dijo Hena suspirando. La ira de Heso es grande...

— Dime, querida hija mia, preguntó Joel, tú que eres una virgen de la isla de Sen, ¿qué debemos hacer para apaciguar la cólera de Dios?

— Mis compañeras y yo meditamos por la noche como los druidas bajo el ramaje de las encinas sagradas, á la hora en que asoma la luna, respondió la virgen de Sen; buscamos los preceptos más sencillos y divinos para difundirlos entre nuestros semejantes; adoramos al Todopoderoso en sus obras, desde la corpulenta encina que

le está consagrada hasta los humildes musgos que crecen en los negruzcos peñascos de la isla, desde los astros cuyo eterno curso estudiamos hasta el insecto que nace y muere en un día, desde el mar sin límites hasta el riachuelo cristalino que corre bajo la verdura; buscamos la curación de los males que hacen padecer y honramos la memoria de los antepasados que ilustraron con sus hechos la Galia; con el conocimiento de los augurios y el estudio de lo pasado tratamos de prever lo venidero para advertir á los demás; finalmente, lo mismo que los druidas, instruimos á la infancia, le inspiramos un ardoroso amor hácia nuestra comun y querida patria, hoy día tan amenazada por el enojo de Heso... porque los galos han olvidado hace mucho tiempo que son hijos de un mismo Dios y que el hermano debe sentir la herida que recibe su hermano.

— El extranjero que fué nuestro huésped y que acompañé esta mañana á la isla de Sen, dijo el brenn, nos habló como tu, hija querida...

— Mis padres pueden oír como santas las palabras del *gefe de los cien valles*, porque le inspiran Heso y el amor á la Galia.

— Gefe de cien valles! ¿Luego es muy poderoso? preguntó Joel. ¿Y se ha negado á decirme su nombre! ¿Lo sabes tu, hija querida? ¿Sabes á que provincia pertenece?

— El venerable Talyessin le esperaba ayer noche con impaciencia en la isla de Sen. Lo único que puedo decir á mis padres respecto del viajero es que el día en que nuestro país haya sucumbido, el *gefe de los cien valles* habrá vertido la última gota de su sangre generosa. ¡La ira de Heso nos libre de día tan terrible!

— Ah!.. hija mia... si Heso está enojado ¿como le apaciguaremos?

— Observando su ley, porque él ha dicho: Todos los hombres son hijos del mismo Dios, y al mismo tiempo ofreciendo á Heso sacrificios humanos. Si pudieran los de esta noche calmar su cólera..!

— ¿Los sacrificios de esta noche? preguntó el brenn.

— ¿Ignoran mis padres que esta noche al asomar la luna se celebrarán tres sacrificios humanos en las piedras del bosque de Karnak?

— Sabemos, respondió Joel, que han sido llamadas todas las tribus para que acudan esta noche al bosque de Karnak; ¿pero qué sacrificios son esos que van á ser agradables á Heso, hija querida?

— En primer lugar el de *Daoulas* el asesino , el que mató *Houarné* sin combatir mientras dormía... Los druidas le han condenado á muerte (1). La sangre de un cobarde asesino es una espiacion agradable á Heso.

— ¿ Y el segundo sacrificio ?

— Nuestro pariente *Julyan* va á reunirse con su amigo *Armel* á quien mató en combate de honor. Ensalzado por los cantos de los bardos, partirá esta noche segun su deseo á los mundos desconocidos. La sangre que un valiente ofrece por su patria es agradable á Heso.

— ¿ Y cual es el tercer sacrificio , hija mia ? preguntó *Margarid*.

Hena no respondió... apoyó su hermosa cabeza sobre el regazo de su madre , pemaneció algunos instantes pensativa , besó las manos de *Margarid* y le dijo con dulce sonrisa :

— ¡ Cuantas veces se dormia *Hena* cuando era niña en vuestro regazo , madre mia , mientras vos hilabais , y todos vosotros reunidos en torno del hogar hablabais de las esforzadas virtudes de nuestros padres y madres de los siglos pasados !

— Es cierto , hija querida , respondió *Margarid* acariciando con sus manos los rubios cabellos de *Hena* , es cierto ; y todos te amaban tanto por tu buen corazon y tu gracia infantil , que cuando te veian dormida sobre mi regazo hablaban en voz baja para no despertarte.

Rabouzigued que se hallaba presente preguntó entonces :

— ¿Cuál es el tercer sacrificio humano que ha de apaciguar á Heso y libertarnos de la guerra ? ¿ quién será sacrificado esta noche , *Hena* ?

— Te lo diré , *Rabouzigued* , cuando haya evocado algunos gratos recuerdos , respondió la vírgen de *Sen* que seguia pensativa y reclinada en el regazo de su madre. Se pasó despues la mano por la frente como para reunir sus recuerdos , miró en torno suyo , y dijo indicando las siete ramas de muérdago puestas en agua sobre la piedra :

— Cuando cumplí doce años fué para mí un dia de inesplicable gozo aquel en que los druidas de la isla de *Sen* me eligieron para recibir en un velo de lino , blanqueado con el rocío de la noche , el muérdago que cortan los sacerdotes con una segur de oro cuando brilla

(1) « Los druidas eran los jueces de los asesinos , » dice *Estrabon* , y añade *Diodoro de Sicilia* : « Despues de tener por algun tiempo presos á los reos , los druidas los sentenciaban á muerte en honor de los dioses , y colocaban ofrendas sobre las hogueras. » *César* dice tambien : « Los druidas creen que los suplicios mas agradables á los dioses son los de los ladrones y asesinos. »

la luna con mayor claridad. ¿ Os acordais , madre mia , del dia que traje el muérdago que habia de santificar nuestra casa ? ¿ os acordais que me condujeron los ewaghs en un carro adornado de flores y ramas mientras los bardos ensalzaban con sus cantos la gloria de Heso ? ¡ Qué tiernos abrazos me prodigó entonces toda la familia ! ¡ con qué alegría celebró mi regreso toda la tribu !

— Hija querida , dijo Margarid estrechando contra su seno la cabeza de Hena , los druidas te eligieron para recoger el muérdago sagrado en un velo de lino porque tu alma era tan blanca como el velo.

— Y porque Hena era la mas prudente y la mas cariñosa de sus compañeras , añadió Albinik el marino mirando á su hermana con ternura.

— Porque Hena era tambien la mas esforzada , pues casi sucumbió por salvar á Janed , la hija de Wor , que estando cogiendo conchas en los peñascos de la ensenada de Glen'-Hek cayó en el mar y la arrastraban ya las olas , dijo Mikael el armero mirando afectuosamente á su hermana.

— Porque Hena era amable , pacífica y amada de los niños á quienes instruia ya á los doce años en el colegio de la isla de Sen , dijo Guilhern el labrador.

La hija de Joel se ruborizó de modestia al oir los elogios que le dirigian su madre y sus hermanos , pero Rabouzigued repitió su pregunta.

— ¿Cuál es , dijo , el tercer sacrificio humano que ha de apaciguar á Heso y libertarnos de la guerra ? ¿ quién será sacrificado esta noche , Hena ?

— Te lo diré , Rabouzigued , respondió la jóven levantándose , te lo diré cuando haya vuelto á ver el aposento donde dormia cuando llegaba de la isla de Sen para celebrar nuestras fiestas de familia.

Y dirigiéndose á la puerta de su aposento , se paró un instante en el umbral y dijo :

— ¡ Qué noches tan tranquilas he pasado allí ! ¡ con qué impaciencia me levantaba por la mañana para volver á veros !

Y entró en su aposento mientras su familia se asombraba de que Hena , siendo aun tan jóven , hablase tanto de lo pasado.

— Aquí están los collares de conchas que hacia en las veladas al lado de mi madre ! dijo contemplando con placer algunos objetos puestos sobre una mesa. Yo os saludo , redes con que me servia pa-

ra pescar en la baja marea los peces que se quedaban en las arenas de la playa! Rollos de blanca piel donde escribia siempre que tenia aqui la dicha de volver á ver á los míos y la casa en que nací, yo os saludo! Todo está en su puesto... Estoy contenta de haber guardado estos tesoros...

Rabouzigued, á quien no parecia interesar semejante mania de evocar recuerdos, volvió á preguntar con su voz destemplada é impaciente:

— ¿Cual es el tercer sacrificio humano que ha de apaciguar á Heso y libertarnos de la guerra? ¿quién será sacrificado esta noche, Hena?

— Te lo diré, Rabouzigued, respondió Hena sonriendo, cuando haya regalado todo mi tesoro.

Y la hija del brenn hizo entonces un ademán á su familia invitándola á entrar en su aposento, y á cada cual dió un recuerdo en medio del asombro y del silencio. Todos, hasta los niños que tanto la amaban y Rabouzigued, recibieron algun presente, porque desató los collares de conchas y los repartió diciendo á cada uno con voz cariñosa:

— Te suplico que guardes esta ofrenda en recuerdo de la amistad de Hena.

Joel, su esposa y sus tres hijos, á quienes nada habia dado Hena, se miraban sorprendidos al ver lo que hacia y que brillaban por fin las lágrimas en sus hermosos ojos, aunque no manifestaba pesar ni tristeza. Se quitó entonces la gargantilla de granate que llevaba en el cuello, y dijo á Margarid besándola la mano y ofreciéndosela:

— Hena suplica á su madre que guarde este recuerdo de amistad. Tomó despues los pequeños rollos de piel blanca preparados para escribir, los entregó á Joel, le besó tambien la mano y dijo:

— Hena suplica á su padre que conserve en recuerdo de amistad este rollo donde hallará sus mas caros pensamientos.

Y quitándose sus dos brazaletes de granate, dijo á la esposa de su hermano Guilhern el labrador:

— Hena suplica á su hermana Henory que lleve este brazalete en recuerdo de amistad.

Y dando el otro brazalete á su hermano el marino, le dijo:

— Tu esposa Meroe, á quien amo tanto por su valor y su nobleza de corazon, conservará este brazalete como un recuerdo.

Se quitó despues del cinturon de bronce la segur de oro y la me-

dia luna que pendian de él, y regaló la primera á Guilhern el labrador y la segunda á Albinik el marino; entregó tambien á Mikael el armero el anillo y dijo á los tres:

— Guardad, hermanos míos, esas prendas de mi amistad.

Todos permanecian llenos de asombro conservando en la mano lo que acababa de regalarles la vírgen de la isla de Sen, y no sabiendo qué decir, se miraban con inquietud como si les amenazase una desgracia desconocida. Hena se dirigió entonces hácia Rabouzigued y le dijo:

— Voy á decirte ahora cual será el tercer sacrificio de esta noche.

Y tomando de la mano á Joel y á Margarid que la siguieron, volvió con ellos al aposento principal, y les dijo:

— Mi padre y mi madre saben que la sangre de un corbarde asesino es una ofrenda espiatoria agradable á Heso, y que puede apaciguarle...

— Si, acabas de decirnoslo, hija querida.

— Saben tambien que la sangre de un valiente que muere por ser fiel á la amistad es una generosa ofrenda á Heso y que puede apaciguarle.

— Si, tambien acabas de decirnoslo.

— Mi padre y mi madre saben por fin que hay otra ofrenda mucho mas agradable á Heso y que puede apaciguarle; es la sangre inocente de una vírgen, contenta y orgullosa de ofrecérsela á Heso libre y voluntariamente, con la esperanza de que el Dios omnipotente libertará de la opresion estrangera á nuestra querida patria... á la noble y santa patria de nuestros padres. La sangre inocente de una vírgen se verterá esta noche para apaciguar el enojo de Heso.

— ¿ Y el nombre... preguntó Rabouzigued, el nombre de esa vírgen que ha de libertarnos de la guerra?

Hena respondió mirando á sus padres con serenidad y ternura:

— Esa vírgen que ha de morir es una de las nueve sacerdotisas de la isla de Sen; se llama Hena, y es hija de Margarid y de Joel, el brenn de la tribu de Karnak.

Reinó un profundo silencio en la familia de Joel.

Ninguno... ninguno creia que Hena partiese tan pronto á los mundos desconocidos; ninguno... ninguno; ni el padre, ni la madre, ni los hermanos, ni los parientes estaban preparados á tan triste despedida.

Los niños cruzaban las manos y decian llorando:

—¿Tan pronto ha de partir nuestra Hena? ¿tan pronto nos ha de dejar?

El padre y la madre se miraron suspirando, y Margarid dijo á Hena:

—Joel y Margarid creían que tendrían que esperar á su querida hija en esos mundos desconocidos donde seguimos viviendo y encontramos á los que aquí hemos amado, y nuestra Hena será por el contrario la que va á esperarnos.

—Y tal vez, añadió el brenn, nuestra querida hija no nos esperará muchos años.

—¡Que su sangre inocente y pura como la del cordero apacigue la cólera de Heso! exclamó Margarid; ¡Dios quiera que vayamos pronto á decir á nuestra hija que la Galia está libre del extranjero!

—Y el recuerdo del valeroso sacrificio de nuestra hija se perpetuará en nuestra raza, dijo el padre, y mientras exista la descendencia de Joel, el brenn de la tribu de Karnak, se orgullecerá contando entre sus ilustres antecesoras á *Hena, la vírgen de la isla de Sen*.

La jóven no respondió... contemplaba á sus padres y á toda la familia con suave avidez, como al emprender un viaje se contempla por vez postrera á los seres queridos que se van á dejar por algun tiempo...

Rabouzigued dijo entonces indicando por la puerta que estaba abierta la luna que asomaba á lo lejos entre la neblina del crepúsculo, ancha y roja como un disco de fuego.

—Hena... Hena!.. la luna aparece en el horizonte.

—Tienes razon, Rabouzigued; llegó la hora! respondió la vírgen separando con pesar sus miradas de las de los suyos.

Y añadió:

—Mi padre y mi madre, mi familia y todos los de nuestra tribu me acompañarán á las piedras sagradas de la selva de Karnak (1). Ha llegado la hora de los sacrificios.

(1) La selva de Karnak, actualmente destruida, llegaba entonces hasta la orilla del mar. He aquí la descripción que hace un escritor del siglo pasado (Ogée, Diccionario de Bretaña, T. I. p. 161) de las piedras drúidicas que existen aun en nuestros días: *CARNAC*, en la costa, á cinco leguas y media, al oeste sudoeste de *Vannes*, á veinte y cinco y media de *Rennes* y á dos y media de *Auray*. Las asombrosas piedras de que tanto han hablado los anticuarios se encuentran en la costa, al sud del Morbihan, muy cerca de la aldea de Carnac, y ocupa el terreno mas elevado en frente del mar, desde esta aldea hasta el brazo de mar de la Trinidad, en una extensión de seiscientos setenta toesas. Están colocadas como calles de árboles tiradas á cordel; la primera de estas calles, saliendo de Carnac, tiene seis toesas de longitud, la segunda cinco y tres piés, la terce-

Y Hena se dirigió á la selva de Karnak, marchando entre Joel y Margarid, y seguida de su familia y de toda su tribu.

ra seis, la cuarta seis y dos piés, la quinta y la sexta cinco cada una, la séptima tres y tres piés, la octava tres y cuatro piés, la nona cuatro, y la décima dos formando una longitud total de cuarenta y siete toesas. Estas piedras son de diferentes dimensiones y están colocadas á diez y ocho, veinte y veinte y cinco piés de distancia entre sí; algunas tienen una magnitud comun, pero se ven en cambio otras que no pueden verse sin asombro, pues tienen diez y seis, diez y ocho y hasta cincuenta piés de altura, y forman una masa tan prodigiosa, que su peso escede tal vez de ochenta mil libras. Lo mas asombroso es que la mayor magnitud está en la parte superior, y es imposible explicar los medios de que se sirvieron los que las trasladaron y colocaron.

CAPITULO VI.

Sacrificios humanos—Grito de guerra contra los romanos.

El grito de alarma de las tribus habia llegado á toda la Galia bretona, volando de boca en boca, de aldea en aldea y de ciudad en ciudad (1). Las tribus acudian en tropel, hombres, mujeres y niños, á la selva de Karnak.

La luna, que estaba en plenilunio aquella noche, brillaba radiante en el firmamento en medio de las estrellas. Las tribus, despues de haber andado largo rato al través de las tinieblas del bosque, llegaron á las orillas del mar, en donde se alzan en nueve calles las sagradas piedras de Karnak. ¡Piedras augustas! gigantescas pilastras de un templo cuya bóveda es el cielo!

El recogimiento era mayor á medida que las tribus se apoximaban á aquel sitio.

Veianse en el extremo de las calles en semicírculo las tres piedras del altar del sacrificio colocado cerca de la playa, de modo que por detrás se estendia el bosque sombrío, por delante el mar sin límites, y encima el firmamento estrellado.

Las tribus no pasaron de las últimas calles de Karnak, y dejaron vacío un ancho espacio entre la multitud y el ara. Aquella inmensa muchedumbre guardaba profundo silencio.

Se alzaban tres piras al pié de las piedras del sacrificio.

La del centro, que era la mayor, estaba adornada de ramaje y de gabillas de trigo, y se veia en ella el cadáver de Armel, muerto en leal combate, tendido y medio cubierto con ramas de manzano cargadas de fruto.

Sobre la pira de la izquierda habia una jaula tejida de mimbres representando una figura humana de estatura gigantesca.

No tardó en oirse á lo lejos el sonido de los símbalos y las harpas.

(1) «Los campesinos galos se comunicaban las noticias importantes repitiéndoselas á gritos de uno á otro, de modo que volaban de aldea en aldea y de ciudad en ciudad con la rapidez de un sonido. Un hecho acontecido en *Genabum* (Orleans) al amanecer de los dias mas cortos del año podia saberse en los *Arvernos* (Auvernia) á ciento sesenta millas de distancia antes de terminar la noche.» (*Cesar, de Bello Gall.* lib. VII, cap. III.)

Los druidas y las vírgenes de la isla de Sen llegaron al sitio del sacrificio.

Marchaban delante los *bardos* vestidos con largas túnicas blancas sujetas con un cinturón de bronce, la frente ceñida con hojas de encina y cantando al son de sus harpas á Dios, á la Galia y á sus héroes.

Seguíanles los *ewaghs* encargados de los sacrificios, llevando antorchas y hachas, y conducían encadenado en medio de ellos á Daoulas, el asesino condenado al suplicio.

Detrás iban los druidas vestidos con sus mantos blancos, largos y pintados de bandas de color de púrpura, y ceñida la frente de coronas de encina. Veíase en medio de ellos, contento y altivo, á Julyan que deseaba partir de esta vida para ir á reunirse con Armel y viajar con él por los mundos desconocidos.

Venían por fin las sacerdotisas casadas con túnicas blancas y cinturón de oro, y las nueve vírgenes de la isla de Sen con sus túnicas negras, sus cinturones de bronce, sus brazos desnudos, sus verdes coronas y sus harpas de oro.

Hena era la primera de sus hermanas, y su mirada y su sonrisa buscaban á sus padres y á los suyos. Joel, Margarid y su familia se habían colocado en la primera fila, y al encontrar los ojos de su hija, volaron hácia ella sus corazones.

Los druidas rodearon las piedras del sacrificio, cesaron los cantos de los bardos, uno de los *ewaghs* dijo entonces á la multitud que los que desearan enviar sus recuerdos á las personas que habían amado y ya no existían podían depositar sus cartas y ofrendas en las piras.

Acercáronse entonces muchos parientes y amigos de los que habían dejado de vivir en este mundo, y depositaron en las piras cartas, flores y otros recuerdos que debían revivir en otros mundos, así como las almas, cuyos cuerpos iban á disolverse en brillante llama, debían entrar en nuevos cuerpos mas puros y hermosos.

Pero ninguno... ninguno depositó ofrendas en la pira del asesino. Daoulas sollozaba y miraba en torno suyo con terror, y Julyan estaba altivo y risueño porque abrigaba la esperanza de una recompensa en otra vida, así como el asesino temía el negro porvenir de deshonra y de castigo que le amenazaba.

Luego que acabaron de depositar las ofrendas reinó un profundo silencio.

Artes sacrificios humanos en la misteriosa selva de Ikatnak.

Los druidas y las vírgenes de la isla de Sen llegaron al sacrificio.

Marcharon delante los bardos vestidos con sus
casaca y con un collar de hierro. Los druidas
de frente y cantando al son de sus harpas a los
hermos.

Seguían los sacerdotes encargados de los sacrificios
torcidos y blancos, y con sus cabezas descubiertas.
Detrás de ellos marchaban los sacerdotes.

Detrás de ellos marchaban las vírgenes con sus vestidos
y coronas de barbas de color de púrpura, y coronas
rojas de color. En el medio de ellas, cubiertas
que descendía hasta el suelo una larga y gruesa
jarra de plata y un cetro de oro.

Detrás de ellas marchaban los sacerdotes con sus
turbanos de oro y sus vestidos de color de púrpura
negras, sus coronas de bronce, sus collares de oro,
coronas y sus harpas de oro.

Esta era la primera de sus hermanas, y se
buscaba a sus padres y a los suyos. Los druidas
habían entablado la procesión, y se dirigían hacia
ja, y una gran multitud de gente seguía.

Los druidas iban delante de la procesión, y
de los bardos, y de los sacerdotes, y de las vírgenes,
que descendía hasta el suelo una larga y gruesa
y ya no existían palabras de oro y de plata.
ras.

Acercándose entonces a la procesión, y
bian de color de púrpura y de oro, y
carta de color de púrpura y de oro, y
así como los druidas, y los sacerdotes, y
ma, o como los druidas, y los sacerdotes, y

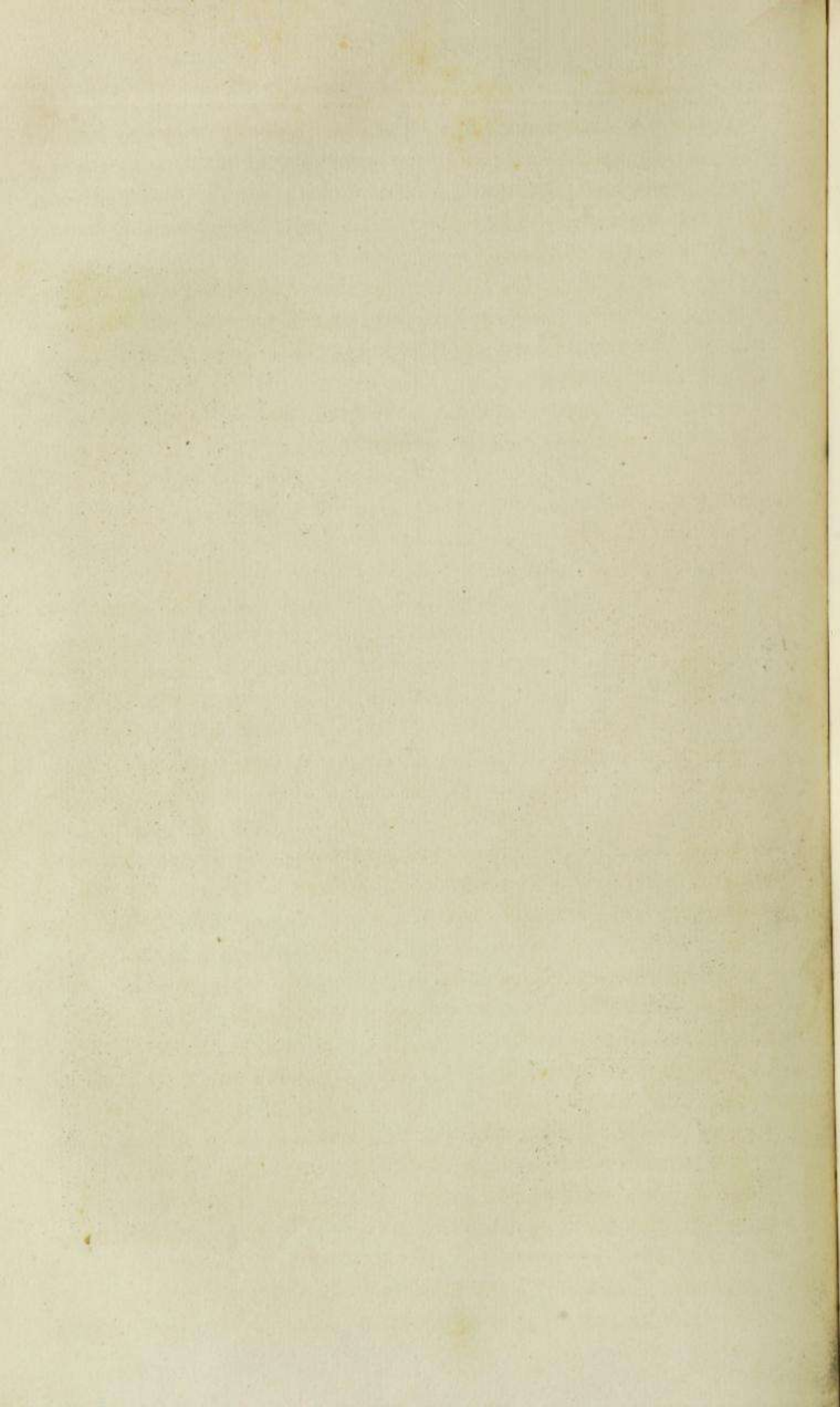
Pe
sino.
estaba
pensa
desho

Lue
silenci



Edouard Juan. Museo Nacional.

Tres sacrificios humanos en la misteriosa selva de Icaranak.



Los ewaghs que conducian á Daoulas cargado de cadenas , le colocaron cerca de la jaula de mimbres que representaba una figura humana de estatura gigantesca. A pesar de los gritos de terror del reo, le ataron al pié de la pira, y permanecieron en pié á su lado con las antorchas en la mano.

Talyessin, el decano de los druídas, anciano de larga barba blanca, hizo entonces señal á uno de los bardos, que tocó su harpa de tres cuerdas y cantó las siguientes palabras, despues de indicar con un ademan al asesino.

— « Este es Daoulas de la tribu de Morteck — Mató á Houarné de la misma tribu. — ¿ Le mató como valiente, cara á cara y con armas iguales? No; Daoulas mató á Houarné cobardemente. — Houarné estaba durmiendo al medio dia en su campo, á la sombra de un árbol; Daoulas se acercó cautelosamente y con el hacha en la mano, y de un golpe asesinó á su víctima — El niño Erik de la misma tribu, que se hallaba encaramado en un árbol inmediato donde cogia fruta, vió el asesinato y conoció al que lo cometia. — Aquella noche los ewaghs prendieron á Daoulas en su tribu, y presentado ante los druídas de Karnak, y acusado por el niño Erik, confesó su crimen. — Entonces el mas antiguo de los druídas dijo:

— « En nombre de Heso, que es quien es, y en nombre de Teutates que preside los viajes en este mundo y en los otros, escucha: — La sangre espiatoria del asesino es grata á Heso... Vas á renacer en otros mundos, y tu nueva vida será terrible porque has sido cruel y cobarde! — Si continuas siendo cruel y cobarde en esa otra vida, morirás para ir á renacer en otro mundo mas desgraciado aun, y seguirás así hasta lo infinito! — Si eres por el contrario bueno y valiente en tu nueva vida, á pesar de las desgracias que te aflijan, morirás para renacer en otro mundo mas feliz, y seguirás así hasta lo infinito!»

El bardo se dirigió entonces al asesino que cargado de cadenas exhalaba gritos de espanto:

— « Así habló el venerable druída... Daoulas, vas á morir y á volver á ver á tu víctima que te espera! que te espera!»

Y al oír estas palabras del bardo toda la multitud se estremeció de espanto al meditar la horrible amenaza...; Volver á ver en otro mundo y con vida al que murió en este asesinato!

Y el bardo continuó dirigiéndose hácia la pira:

— « Daoulas, vas á morir! Si es un placer el ver á los justos y

« valientes en el momento que parten voluntariamente de este mundo por causas santas, si gozan entonces en encontrar las tiernas miradas de despedida de sus parientes y amigos; los cobardes como tú son indignos de ver por vez postrera la multitud de los justos y de ser vistos... Por esta razón vas á morir y arder oculto en este simulacro de hombre, porque ya no eres mas que el simulacro de un hombre desde que cometiste el crimen... »

Y el bardo exclamó :

— « En nombre de Heso ! en nombre de Teutates ! gloria... gloria á los valientes !.. ¡ baldon... baldon á los cobardes !

Y todos los bardos exclamaron á coro haciendo resonar sus címbolos y sus harpas :

— « ¡ Gloria... gloria á los valientes ! ¡ baldon... baldon á los cobardes !

Un ewagh tomó entonces el cuchillo sagrado y quitó la vida al asesino que fué arrojado al momento en el gigantesco simulacro de figura humana. La pira brotó ardientes llamas ; las harpas y los címbalos resonaron á un tiempo, y todas las tribus repitieron con estrepitoso clamoreo las últimas palabras del bardo.

— « ¡ Baldon al cobarde ! »

No tardó en convertirse la pira del asesino en una masa ardiente en que apareció la forma humana como un gigante de fuego, y las llamas lanzaron á lo lejos su resplandor en la cima de las corpulentas encinas del bosque, en las piedras colosales de Karnak y en el mar inmenso mientras la luna inundaba el espacio con su luz divina... Pocos instantes despues, en vez de la hoguera de Daoulas, solo quedó un monton de ceniza.

Vieron entonces á Julyan subir gozoso á la pira donde estaba tendido el cadáver de Armel, su amigo... su *salduna*. Llevaba su traje de fiesta ; un saco de fina tela con rayas azules y blancas, sujeto con el cinturón de cuero bordado y del cual pendia un largo cuchillo, su capa de lana parda con capucha prendida del hombro izquierdo, y una corona de encina sobre sus sienes. Ostentaba en la mano un ramo de verbena, su rostro brillaba de alegría y tranquilidad, y apenas subió á la pira, resonaron las harpas y los címbalos y el bardo cantó de esta suerte :

— « ¿ Quién es este ? Un valiente. Es Julyan, el labrador, de la tribu de Joel, el brenn de la tribu de Karnak. Teme á los dioses y todos le aman ; es bueno, laborioso y valiente. Mató á Armel, no

«por ódio porque le amaba sino por pundonor, en combate leal,
«empeñando el escudo, con la espada en la mano, como verdadero
«breton que desea hacer alarde de valor y no teme la muerte. Ha-
«biendo partido Armel, Julyan, que habia jurado ser su salduna,
«quiere ir á reunirse con su amigo. — ¡ Gloria á Julyan que guarda
«fielmente los preceptos de los druidas, que sabe que las criaturas
«del Todopoderoso no mueren jamás, y ofrece á Heso su sangre
«noble y pura ! ¡ Gloria, esperanza y ventura á Julyan que ha sido
«bueno, justo y valiente, que va á renacer mas feliz, mas justo y
«mas valiente, y de mundo en mundo renacerá del mismo modo,
«hallando su alma en cada nueva vida un cuerpo nuevo !

«Galos, almas altivas para las que no existe la muerte, venid,
«venid, y desprended las miradas de la tierra para elevarlas á la
«inmensidad de los cielos ! — Mirad, mirad á vuestros pies los abis-
«mos del espacio surcados por esas cohortes de inmortales, como
«lo somos nosotros, que Teutates guia incesantemente desde el
«mundo donde vivieron á los mundos donde van á vivir otra vez.
«— Oh ! cuantas comarcas ignoradas y maravillosas vamos á recor-
«rer con los amigos y parientes que partieron ya y con los que par-
«tirán en pos de nosotros !

«No, no somos mortales ; nuestra vida infinita se cuenta por mi-
«llares de millares de siglos, como se cuentan por millares de milla-
«res las estrellas del firmamento, mundos misteriosos, diversos
«y nuevos siempre, que iremos á habitar.

«Teman la muerte los que, fieles á los falsos dioses de los grie-
«gos y los romanos, creen que solo se vive una vez, y que el alma
«al separarse del cuerpo no goza una vida inmortal. Oh ! si, que
«teman los que creen que al dejar esta vida no hallan la eterni-
«dad !

«Galos, nosotros adoramos al verdadero Dios. Poseemos el se-
«creto de la muerte, y sabemos que el alma es inmortal por el cuer-
«po y con el cuerpo. Nuestro destino es ver y saber de mundo en
«mundo, para que el hombre en cada uno de estos viajes, si fué
«malvado, se purifique y perfeccione, y sea mejor si fué justo y
«bueno, y se eleve incesantemente de renacimiento en renaci-

«miento hasta una perfeccion sin fin como su vida!» (1)

« ¡ Venturosos los valientes que voluntariamente parten de esta «tierra para ir á otros paises donde verán nuevas y maravillosas «cosas en compañía de los que amaron! ¡ Venturoso el valiente Julyan que va á reunirse con su amigo y á ver con él y saber lo que «ninguno de nosotros ha visto ni sabe... lo que todos veremos y sabremos! Venturoso Julyan! gloria á Julyan!»

Y todos los bardos y druidas, y las sacerdotisas y vírgenes de la isla de Sen repetieron á coro al sonido de las arpas y los címbalos:

— «Venturoso Julyan! gloria á Julyan!»

Y todas las tribus, sintiendo nacer en su alma el curioso deseo de la muerte, para saber mas pronto lo desconocido y maravilloso de otros mundos, repitieron con mil gritos:

— « ¡ Venturoso... venturoso Julyan!»

Julyan, radiante de gozo, en pié sobre la pira y al lado del cadáver de Armel, alzó entonces sus miradas inspiradas hácia la luna brillante, separó los pliegues de su sayo, sacó el largo cuchillo, dirigió hácia el cielo el ramo de verbena que llevaba en la mano izquierda, y se hundió con firmeza el cuchillo en el pecho gritando con voz robusta y serena:

— Soy venturoso porque voy á reunirme con Armel!

El fuego brotó en seguida de la pira... Julyan levantó por última vez al cielo el ramo de verbena, y desapareció en medio de las llamas deslumbradoras, mientras resonaban á lo lejos los cantos de los bardos y el sonido de las arpas y los címbalos.

Una inmensa multitud de hombres y mujeres de las tribus, deseosos de ver y saber los misterios de los otros mundos, se precipitaron hácia la pira de Julyan para partir con él, y ofrecer á Heso una inmensa hecatombe con sus cuerpos; pero Talyessin, el mas antiguo de los druidas, mandó á los ewaghs que rechazasen á los fieles, y les dijo:

— Bastante... bastante sangre se ha vertido... sin la que va á verterse ahora. Ha llegado el momento en que la sangre gala solo se ha de verter por la libertad. La sangre que se derrama por la libertad es tambien una ofrenda agradable al Omnipotente!

(1) Véanse sobre las creencias religiosas de los galos: Juan Raynaud, art. DRUIDISMO, *Nueva Enciclopedia*; Amanio Marcelino; Julio César, *De Bell. Gall.*; Diógenes Laert.; Amad. Thierry, *Histor. de los galos*; San Cirilo de Alejandria, *tesis contra el emperador Juliano*, etc., etc.

Los ewaghs se opusieron, aunque con grandes esfuerzos, á aquellos sacrificios humanos y voluntarios. La pira de Julyan y Armel continuó ardiendo hasta que solo quedó un monton de ceniza.

Reinó un profundo silencio entre la multitud de las tribus, y Hena, la vírgen de la isla de Sen, subió á la tercera pila.

Joel y Margarid, así como sus tres hijos Guilhern, Albinik y Mikael, sus esposas y sus hijos que tanto amaban á Hena, todos sus parientes y todos los de la tribu que tambien la amaban, se agrupaban con impaciencia y decian en voz baja :

— Mira á Hena... mira á nuestra Hena.

Cuando la vírgen de la isla de Sen se puso en pié sobre la pira adornada con velos blancos, ramaje y flores, la multitud de las tribus exclamó á una vez :

— ¡Qué hermosa es ! ¡ qué santa !

Joel habla con sinceridad al relatar este acontecimiento. ¡ Era tan hermosa su hija Hena puesta en pié sobre la pira, iluminada por el suave resplandor de la luna, con su túnica negra, sus cabellos rubios coronados de verdes hojas, mientras sus brazos, mas blancos que el márfil, sostenian el arpa de oro !

Los bardos impusieron silencio.

La vírgen de la isla de Sen cantó con voz pura como su alma :

— « La hija de Joel y Margarid, viene con alegría á sacrificar á Heso.

« O Dios Omnipotente, libra del extranjero la tierra de nuestros padres !

« Galos de Bretaña, teneis lanza y espada.

« La hija de Joel y Margarid no tiene mas que su sangre, pero la ofrece voluntariamente á Heso.

« Dios Omnipotente, haz invencibles la lanza y la espada de los galos. ¡ O Heso ! acepta mi sangre que es tuya, y salva nuestra noble patria ! »

La mas antigua de las sacerdotisas se puso en pié sobre la pira detrás de Hena empuñando el cuchillo sagrado, y cuando Hena acabó de cantar, brilló el arma y se hundió en el pecho de la vírgen de la isla de Sen...

Sus padres, sus hermanos y todos los de su tribu vieron á Hena caer de rodillas, cruzar las manos sobre el seno y dirigir su hermoso rostro hácia la luna, exclamando con voz firme :

— « Heso... Heso... por la sangre que se vierte... clemencia para la Galia !

« Galos , por esta sangre que se vierte... victoria á nuestras armas ! »

El sacrificio de Hena se verificó en medio de la religiosa admiración de las tribus , y todos repitieron estas últimas palabras de la valerosa vírgen :

« Heso , clemencia para la Galia !.. Galos , victoria á nuestras armas ! »

Varios jóvenes , entusiasmados por el heróico ejemplo y la hermosura de Hena , quisieron morir sobre su pira para renacer con ella. Los ewaghs les rechazaron , y las llamas rodearon la pira. Hena desapareció entre sus fulgantes resplandores , y pronto no quedó mas que un monton de ceniza. Un soplo del viento del mar dispersó aquellos átomos , y la vírgen de la isla de Sen , brillante y pura como la llama que la habia consumido , se desvaneció en los aires para ir á revivir y á esperar en otros mundos á los que amaba.

Los címbalos y las arpas volvieron á exhalar sus armoniosos ecos , y el gefe de los bardos cantó :

— « A las armas , galos... á las armas !

« La sangre inocente de una vírgen se ha vertido para vosotros ¿ y la vuestra no ha de verterse por la patria ?

« A las armas ! Ya llega el romano , hiere , galo , hiere en la cabeza... sin compasion ! ¿ No ves la sangre enemiga como un arroyuelo ? Te sube hasta las rodillas... valor ! hiere con fuerza , galo ! hiere al romano... hiere ! Ves la sangre enemiga como un lago... te sube hasta el pecho... Valor ! Hiere con mas fuerza aun al romano... No ceses de combatir , galo... ya descansarás mañana.

« Mañana será libre la Galia.

« No se oiga hoy mas que un grito desde el Loira al Océano... Guerra ! guerra ! á las armas ! »

Todas las tribus , como arrebatadas por este hálito de guerra , se dispersaron corriendo á las armas. La luna habia desaparecido , y durante toda la noche mil voces repetian el canto de guerra en el seno de los bosques , en el fondo de los valles y en la cima de los collados donde brillaban las hogueras de alarma.

— A las armas ! guerra ! guerra ! Galo , hiere al romano !

Joel , el brenn de la tribu de Karnak , escribió este verídico relato de todo lo que pasó en nuestra pobre casa en el aniversario del nacimiento de su gloriosa hija Hena , dia en que presenció tambien su he-

róico sacrificio , en la última luna de octubre del primer año en que Julio César combatió en la Galia.

Guilbern mi primogénito conservará preciosamente este escrito, y despues de Guilbern , los hijos de sus hijos lo trasmitirán de generacion en generacion para que se perpetue en nuestra familia la memoria de *Hena, la vírgen de la isla de Sen.*

LA CAMPANILLA DE BRONCE,

ó

EL CARRO DE LA MUERTE.

(AÑO 56 Á 40 ANTES DE JESUCRISTO.)

CAPÍTULO PRIMERO.

Albinik y su esposa Meroe, disfrazada de marinero, parten del campo galo y se presentan á César. — Su viaje. — Presencian un espectáculo *que nadie habia visto hasta entonces ni verá nadie jamás*. — Llegan ambos esposos al campamento de César. — Los cinco pilotos sacrificados. — La cena de César. — El interrogatorio. — La prueba. — Hospitalidad de César. — Separan á Albinik y á Meroe. — Quien se apareció á Meroe en la tienda donde la encerraron.

Albinik el marino, hijo de Joel, el brenn de la tribu de Karnak, y Meroe, la querida esposa de Albinik, presenciaron durante una noche y un dia un espectáculo que no pueden recordar sin estremecerse.

Este espectáculo no lo habia visto nadie hasta entonces ni nadie lo verá jamás.

Se habia estendido por toda la Galia el grito de guerra lanzado por los druidas de la selva de Karnak y *el gefe de los cien valles*.

El sacrificio de Hena, la virgen de la isla de Sen, parecia agradable á Heso porque todos los pueblos de Bretaña, de norte á mediodia y de oriente á occidente, se levantaron para rechazar á los romanos. Las tribus del territorio de Vannes y de Auray, las de los montes de Ares y otras muchas se reunieron delante de la ciudad de Vannes, en la orilla izquierda, y casi donde vierte sus aguas el rio en la gran bahia del Morbilan. El *gefe de los cien valles*, que habia sido nombrado general de todo el ejército, eligió esta posicion ventajosa, situada á diez leguas de Karnak, donde debian reunirse todas las fuerzas galas.

Las tribus abandonaron sus campos, ganados y casas, y reunidos hombres, mujeres, niños y ancianos, se acamparon en derredor de la ciudad de Vannes donde estaba tambien Joel con su familia y su tribu. Albinik el marino y su esposa Meroe salieron del campamento al anocheecer para emprender un largo viaje, porque Meroe acompañaba siempre á Albinik en sus peligrosas expediciones. Ves-

tia como él el traje de marino, y en caso necesario sabia manejar el timon, el remo y el hacha, porque su corazon era firme y robusto su brazo.

Meroe se vistió aquella tarde antes de partir del campamento galo su traje de marinero: una corta túnica sujeta con un cinturon de acero, anchos calzones de lienzo blanco y botines de piel de becerro marino; llevaba además pendiente del hombro izquierdo la capa con capucha y sobre sus cabellos destrenzados un gorro de cuero, de modo que al verla con su ademan resuelto, sus airosos movimientos y la perfeccion de su varonil y grato semblante, se la hubiera tomado por uno de esos jóvenes cuya belleza trastorna el juicio á las doncellas. Albinik vestia tambien el traje de marino, se puso sobre el hombro un saco que contenia las provisiones para el camino, y las anchas mangas de su túnica dejaban ver su brazo izquierdo cubierto hasta el codo con un lienzo ensangrentado.

Pocos instantes despues de haber partido los dos esposos de las cercanias de Vannes, Albinik se paró demostrando cariñosa tristeza, y dijo á Meroe:

— Aun es tiempo... piensa en los peligros que nos esperan... Considera que vamos á insultar al leon en su guarida, y que es astuto y desconfiado, y que arrostramos tal vez la esclavitud, el tormento y la muerte. Meroe, deja para mí solo esta peligrosa empresa, mil veces mas terrible que un combate encarnizado... Vuelve al lado de mis padres que te aman como á una hija.

— Albinik, veo que has hecho bien en esperar la noche para proponerme semejante bajeza, porque me hubieras visto ruborizarme al pensar que me crees cobarde.

Y Meroe apresuró el paso en vez de retroceder despues de pronunciar estas palabras.

— Suceda, pues, lo que desea tu valor y tu cariño, le dijo su esposo; y que mi santa hermana Hena te proteja al lado de Heso.

Y los dos esposos continuaron su camino al través de una senda escabrosa que se prolonga sobre las cimas de una elevada cordillera. Los viajeros veian á sus piés profundos y fértiles valles, y tan lejos como podia abarcar su mirada, ya aldeas, ya caseríos, ya quintas aisladas, y mas allá una ciudad floreciente cruzada por un brazo del rio donde se agrupaban grandes buques cargados de gabillas de trigo, cubas de vino y montones de heno.

Pero causaba estrañeza el que apesar de estar el cielo sereno no se

viesen en los campos y prados los numerosos rebaños de bueyes y carneros que pacían por lo regular hasta la noche, que ningun labrador apareciera en los valles; y sin embargo, era la hora en que los campesinos empiezan á regresar á sus casas por todas las sendas y caminos porque el sol se ocultaba en occidente. Aquella comarca, tan poblada el dia anterior, parecia desierta.

Albinik y Meroe se pararon pensativos contemplando aquellas tierras fértiles, aquellas riquezas naturales, y la opulenta ciudad, las aldeas y las quintás; y pensando en lo que iba á suceder muy pronto, cuando la luna apareciese y se ocultara el sol, se estremecieron de dolor y espanto, brotaron de sus ojos las lágrimas, y se arrodillaron con los ojos fijos con angustia en la profundidad de aquellos valles que iban ya inundando las sombras de la noche. El sol se habia ocultado, pero la luna que estaba entonces en menguante, no habia aparecido.

Medió entre el crepúsculo y la salida de la luna un largo intervalo, que fué doloroso para Albinik y Meroe como si esperaran con certeza una terrible desgracia.

— ¿No ves, Albinik? dijo en voz baja Meroe á su esposo, aunque estaban solos, porque hay instantes supremos en que se hablaria en voz baja en medio de un desierto; ¿no ves? Ni una luz... ni una sola en las casas, en las aldeas, en la ciudad. Ha llegado la noche, y todo yace sumido en las tinieblas.

— Los habitantes de este pais van á mostrarse dignos de sus hermanos, respondió Albinik con respeto. Tambien ellos contestarán á la voz de nuestros venerables druidas y *del gefe de los cien valles*.

— Si, conozco por el terror que siento que vamos á ver lo que nadie ha visto hasta ahora ni verá tal vez nadie jamás.

— Meroe, ¿ves allá... muy lejos, detrás de la cima de aquel bosque un débil resplandor blanquecino?

— Le veo; es la luna que pronto va asomar. Se acerca el momento... Estoy temblando de horror. ¡Pobres mujeres! pobres niños!

— Pobres labradores que vivian tantos años hacia felices en la tierra de sus padres, en esa tierra fecundada con el trabajo de tantas generaciones! Pobres artesanos que hallaban el bienestar en sus penosos oficios! ¡Desventurados! desventurados! ¿Qué puede ser igual á su infortunio? Su heroismo Meroe... Meroe! exclamó Albinik, la luna aparece... El astro sagrado de la Galia va á dar la señal del sacrificio.

—Heso... Heso! respondió su esposa con las mejillas bañadas en lágrimas, tu enojo no se apaciguará jamás si no lo calma este postrer sacrificio.

La luna asomó radiante en medio de las estrellas, é inundó el espacio con luz tan brillante, que los dos esposos veían como en medio del día y hasta los mas lejanos horizontes el país que se extendía á sus plantas.

Se elevó de pronto de una de las aldeas esparcidas en la llanura una ténue nube de humo, primero blanquecina, despues negra, y matizada por fin con los tintes rojos de un incendio que se anima.

— ¡O Heso!... ó Heso! exclamó Meroe ocultando el rostro en el seno de su esposo junto á ella arrodillado, es verdad; el astro sagrado de la Galia ha dado la señal del sacrificio...

— Recíbelo propicio, Dios poderoso, dijo Albinik, sálvanos de la esclavitud y la deshonra...

No pudo continuar... Su voz se ahogó en los sollozos mientras estrechaba con fuerza entre los brazos á su esposa desconsolada.

Meroe no permaneció con el rostro oculto en el seno de su esposo mas tiempo que el que emplearía una madre en besar la frente, la boca y los ojos de su hijo recién nacido...

Y cuando alzó la cabeza y se atrevió mirar á lo lejos, no solamente una casa, una aldea ó una ciudad de aquellos inmensos valles desaparecían en las oleadas de negro humo teñido con los rojos resplandores del incendio, sino que las llamas devoraban todas las casas, todas las aldeas y todas las ciudades de aquellos valles...

De norte á medio día todo era presa del fuego, y hasta parecía que los rios habían trocado su corriente en llamas bajo los buques cargados de granos, toneles y heno, que abrasados tambien, se hundían en el fondo de las aguas.

El cielo aparecía, ora oscurecido por inmensas nubes de humo, ora inflamado por innumerables columnas de fuego, y todo el valle de un confin á otro fué algunos momentos despues un horno, un océano de llamas...

Y no solamente fueron entregadas á los estragos del fuego las casas, las aldeas y las ciudades de aquellos valles, sino tambien las comarcas que Albinik y Meroe atravesaron durante la noche y el día que emplearon para llegar desde Vannes á las bocas del Loira donde César habia establecido su campamento.

Si, todos aquellos países fueron incendiados por sus habitan-

tes (1) que abandonaron las ruinas humeantes para acudir á Vannes donde se reunia el ejército galo.

Así fué obedecida la voz del *jefe de los cien valles* que habia pronunciado estas palabras que fueron repetidas de campo en campo, de aldea en aldea y de ciudad en ciudad:

«Sea entregado á las llamas todo el pais desde Vannes al Loira
«dentro de tres noches, á la hora en que amanezca la luna, el astro
«sagrado de las Galias! Qué César y su ejército no encuentren á su
«paso hombres, edificios ni víveres, y solo vean en todas partes
«cenizas, hambre, desierto y muerte!»

Y se verificó como lo habian mandado los druidas y el *jefe de los cien valles*.

Así se espieron las fatales disensiones y las rivalidades de provincia á provincia que durante tantos años dividieron á los galos para asegurar el triunfo de sus enemigos.

Pasó la noche y el dia siguiente, y ambos esposos cruzaron todo el pais incendiado desde Vannes hasta el Loira. Al ocultarse el sol llegaron á un sitio donde se dividia en dos el camino que seguian.

— ¿Cuál de estos dos caminos seguiremos? dijo Albinik; el uno nos aproxima sin duda al campamento de César y el otro nos aleja.

Meroe respondió despues de reflexionar un momento:

— Subamos á uno de estos árboles y las hogueras del campamento nos indicarán el camino.

— Es cierto, dijo Albinik, y confiando en la agilidad de su profesion se disponia á encaramarse al árbol, pero se paró exclamando:

— Imposible! Olvidaba que me falta una mano.

El rostro de su esposa se entristeció.

— Padeses! dijo Meroe. Ah! verte mutilado..!

— ¿Se pesca acaso el lobo marino sin cebo?

— No.

— Sea buena la pesca, añadió Albinik, y no sentiré haber dado una mano para cebo.

Meroe exaló un suspiro, y despues de mirar el árbol durante un momento, dijo á su esposo:

— Acércate al tronco de la encina; apoyaré el pié en la palma de tu mano, despues sobre tus hombros, y desde allí me asiré á una de las ramas.

(1) CÉSAR *De Bell Gallic.* liv. VII. c. XIV.

—Eres tan osada como leal!.. la digna esposa de mi corazon, respondió Albinik con ternura.

Y arrimándose al árbol, recibió con su mano robusta el reducido pié de su esposa, y tuvo fuerza suficiente para sostenerla mientras ella, agil como un cervatillo, colocaba el otro pié sobre los hombros. Meroe se asió entonces de la primera rama, y subiendo de una en otra, llegó á la mas elevada de la encina, dirigió á lo lejos la mirada, y vió hácia el mediodía sobre un grupo de siete estrellas el resplandor de varias hogueras. Bajó tan ligera como el ave que salta de rama en rama, y apoyando los piés en los hombros del marino, de un salto llegó al suelo diciendo:

—Es preciso seguir la senda que se dirige hácia aquellas siete estrellas... allí brillan las hogueras del campamento de César.

—Sigamos ese camino, pues, dijo Albinik, y los dos viajeros se dirigieron hácia el Loira.

—Al cabo de algunos instantes Meroe se paró buscando algun objeto.

—¿Qué buscas?

—Espera: al subir al árbol se me cayó el puñal: se me habrá desprendido del cinturon.

—Por Heso! es forzoso hallar ese puñal, dijo Albinik volviendo hácia el árbol. Necesitas un arma para defenderte, y esa es obra de mi hermano Mikael y está bien templada.

—Oh! la hallaremos, Albinik. Con esa hoja de afilado acero se responde á todo y á todas las lenguas.

Despues de buscar cuidadosamente junto á la encina, halló el puñal que estaba dentro de una vaina y no era mayor ni mas grueso que una pluma de gallina. Meroe volvió á atárselo en el cinturon y continuó su camino con su esposo. Despues de algunas horas al través de caminos escabrosos llegaron á una llanura, y oyeron á lo lejos el estruendo del mar y vieron el resplandor de algunas hogueras.

—Llegamos por fin al campamento de César, dijo Albinik parándose, á la guarida del leon...

—La guarida del azote de la Galia. No te detengas... es muy tarde.

—Meroe, llegó el momento temido y anhelado.

—¿Vacilas ahora?

—No es tiempo ya de vacilar, pero preferiria un combate leal á cielo descubierto, nave contra nave, soldado contra soldado, espa-

da contra espada. Ah! Meroe, ¿es digno de un galo acometer á traicion cuando todos nuestros antepasados, que despreciaban las emboscadas como una cobardía, ataban campanillas de bronce en sus lanzas para avisar de su llegada al enemigo?

— A traicion! exclamó Meroe. ¿Y es leal acaso oprimir un pueblo libre, reducir sus habitantes á la esclavitud, espatriarlos cargados de cadenas, asesinar los ancianos y los niños y entregar las mujeres á la violencia de los soldados? ¿Vacilarás ahora despues de haber andado toda una noche y todo un dia al resplandor del incendio, en medio de las humeantes ruinas que espresan el horror que inspira la opresion romana? No, no: todo medio es leal contra los que intentan arrebatarnos la paz, la libertad y el honor. ¿Vacilarás ahora, Albinik? Responde. Sin contar con tu mutilacion voluntaria, sin recordar los peligros que arrostramos penetrando en ese campamento ¿no seremos, si Heso nos presta su auxilio, las primeras víctimas del inmenso sacrificio que deseamos hacer á los dioses? Quien da su vida no debe ruborizarse, y te juro por mi amor y por la sangre virginal de Hena, que creo en este instante cumplir un deber sagrado.

— Justo debe ser lo que mi esposa cree un deber, dijo Albinik estrechando á su esposa contra su pecho. Si; todos los medios son leales contra los que intentan arrebatarnos la paz, la libertad y el honor. Quien da su vida no debe ruborizarse. Sígueme...

Los dos esposos se dirigieron hácia el campamento de César, y pocos momentos despues oyeron á corta distancia el paso acompañado de algunos soldados y el estruendo de las espadas y armaduras de acero; vieron entonces al resplandor de la luna brillar los bruñidos cascos con penacho encarnados.

— Son los soldados que rondan custodiando las cercanías del campamento, dijo Albinik.

Y aproximáronse á los romanos que los cercaron al momento. Albinik habia aprendido las siguientes palabras del idioma de sus enemigos: «Somos galos bretones y queremos hablar con César.» Tales fueron las primeras palabras que dijo el marino á los soldados, los cuales al saber que los viajeros pertenecian á una de las provincias sublevadas, los trataron con dureza como prisioneros, y los condujeron atados al campamento.

El campamento, como todos los de los romanos, estaba defendido por una zanja ancha y profunda, sobre la cual se alzaban estaca-

Los cinco pilotos berlines crucificados.

da con
cion e
bosca
lanzas

— A
libre,
de cad
á la v
andad
medio
la opre
tentan
Albinil
recoró
to ¿ no
del im
su vida
virgin
grado.

— J
trecha
les con
nor. Q

Los
pocos
sado de
de acer
dos cas

— S
pamen

Y ap
Albinil
enemig
Tales f
los cua
cias sub
dujeron

El camp
do por una zanja ancha y profunda, sobre la cual se alzaban estaca-



Editor Juan Chaves Barahona

Los cinco pilotos británicos crucificados.

das y un atrincheramiento de tierra muy elevado donde velaban los centinelas.

Albinik y Meroe fueron conducidos á una de las puertas, y vieron á ambos lados cinco grandes cruces de madera, y en cada una de ellas clavado un marino galo con el vestido manchado de sangre. La luz de la luna iluminaba aquellos cadáveres...

—No nos habian engañado, dijo Albinik en voz baja á su esposa, los pilotos han sido crucificados despues de padecer horribles tormentos antes que acceder á dirigir la escuadra de César en las costas de Bretaña.

—¿Es leal acaso haberles dado la muerte en una cruz tras dolorosos tormentos? dijo Meroe. ¿Vacilas aun? ¿crees en la traicion?

Albinik no respondió, pero estrechó en medio de la oscuridad la mano de su esposa.

Llevados á presencia del oficial que mandaba los soldados de la guardia, el marino repitió las mismas palabras que sabia de la lengua romana: «Somos galos bretones y queremos hablar con César.» Los romanos arrebatában ó retenían en tiempo de guerra á los viajeros para saber por ellos lo que sucedía en las provincias sublevadas, y César habia dado órden de que le presentasen todos los prisioneros ó desertores que pudieran darle noticias acerca de los movimientos de los galos.

Así pues, los dos esposos no se sorprendieron al ver que, segun su secreto deseo, les conducian al través del campamento hasta la tienda de César, custodiada por sus mas fieles veteranos españoles.

Desataron á Albinik y á Meroe al entrar en la tienda de César, el azote de la Galia. Los esposos se esforzaron en contener la expresion de su ódio y miraron en torno suyo con curiosidad.

He aquí lo que vieron.

La tienda del general romano, cubierta por la parte exterior con recias pieles, como todas las del campamento, estaba adornada interiormente con una tela de color de púrpura, con bordados de oro y seda blanca, y el suelo desaparecia bajo un tapiz de pieles de tigre. César acababa de cenar medio reclinado en su lecho de campaña que ocultaba una gran piel de leon, cuyas uñas eran de oro y tenia la cabeza adornada con ojos de carbunclos. Los esposos vieron en una mesa cerca del lecho grandes vasos de oro y plata preciosamente cincelados, y copas enriquecidas de diamantes. Meroe vió

sentada humildemente al pié del lecho de César (doloroso espectáculo para una mujer libre!) una esclava jóven y hermosa, africana sin duda, porque su vestido blanco hacia resaltar su tez cobriza y sus negros y rasgados ojos que dirijió lentamente hácia los estrangeros, mientras acariciaba un galgo leonado tendido á su lado y tan tímido al parecer como ella.

Los generales, los oficiales, los secretarios y los hermosos y jóvenes libertos de César estaban en pié en derredor del lecho, mientras algunos esclavos negros de Albisina, que ostentaban en el cuello y en los brazos adornos de coral, permanecian inmóviles como estátuas y llevaban en la mano antorchas de cera perfumada, cuyo resplandor se reflejaba en las bruñidas armaduras de los romanos.

César habia trocado su traje de guerra por una larga túnica de seda ricamente bordada; llevaba la cabeza descubierta, y se veia su ancha frente calva sobre la cual caian algunos mechones de cabello castaño. Su rostro era imperioso, su sonrisa irónica y cruel; estaba reclinado en el lecho, y tenia en su mano una ancha copa de oro enriquecida de perlas que vació lentamente mientras lanzaba su penetrante mirada á los dos galos, situados de modo que Albinik ocultaba con su cuerpo á Meroe.

César habló en lengua romana á los oficiales, que prorrumpieron en una carcajada. Uno de ellos se acercó á los esposos; rechazó bruscamente á Albinik, tomó á Meroe de la mano, y la obligó á dar algunos pasos hácia César para que el general romano pudiera contemplarla á su sabor, lo cual hizo entregando, sin volver el rostro, la copa vacia á uno de sus libertos.

Albinik logró dominarse, y permaneció tranquilo viendo á su casta esposa espuesta á las miradas de César. Este llamó á uno de sus intérpretes, que despues de haber hablado algunos instantes con el general romano, se acercó á Meroe y le dijo en lengua gala:

—César te pregunta si eres hombre ó mujer.

—Mi compañero y yo huimos del campamento galo, respondió ingenuamente Meroe. ¿Qué le imperta á César que sea hombre ó mujer?

Cuando el intérprete tradujo esta respuesta, César volvió á reirse con ironia, y pareció confirmar con un ademan las palabras de Meroe, mientras los oficiales romanos participaban de la jovialidad de su general.

El intérprete continuó el interrogatorio trasmitiendo las respuestas de los prisioneros al general que le indicaba las preguntas.

— ¿Quiénes sois? dijo el intérprete; ¿de donde venís?

— Somos bretones, respondió Albinik; venimos del campamento galo establecido bajo los muros de Vannes á dos jornadas de aquí...

— ¿Porqué has abandonado el ejército galo?

Albinik no respondió, pero se quitó el lienzo ensangrentado que envolvía su brazo. Los romanos vieron entonces que le faltaba la mano izquierda.

El intérprete le preguntó:

— ¿Quién te ha mutilado así?

— Los galos.

— ¿Pero no eres también galo?

— ¿Qué le importa al *gefe de los cien valles*?

Al oír el nombre del *gefe de los cien valles*, César frunció el entrecejo y su rostro espresó el ódio y la envidia.

El intérprete dijo á Albinik:

— Esplicate.

— Soy marino y mando un buque mercante: todos los capitanes galos habíamos recibido la orden de transportar por mar una parte del ejército galo y desembarcarlo en el puerto de Vannes. Obedecí, pero una violenta ráfaga rompió uno de los mástiles de mi nave y fuí el postrero en llegar al puerto. El *gefe de los cien valles* me sentenció á muerte, pero fué generoso, y me dió á elegir entre perder la nariz, las orejas ó un miembro. Fuí mutilado, no por falta de valor ó de entusiasmo, lo cual hubiera sido justo, y me hubiera sometido sin quejarme á las leyes de mi patria...

— Pero Albinik, añadió Meroe, ha padecido ese suplicio inicuo porque el viento le fué contrario: lo mismo seria castigar con la muerte al que no puede ver con claridad en una noche oscura... al que no puede oscurecer la luz del sol.

— Y esta mutilacion me cubre para siempre de oprobio, exclamó Albinik, porque está diciendo á todos: Este es un cobarde... Nunca habia abrigado el ódio en mi alma, pero ahora rebosa en ella. ¡Perezca la patria maldita donde solo puedo vivir deshonorado! ¡Perezca su libertad! ¡Perezcan todos los galos como pueda vengarme del *gefe de los cien valles*! Diera gustoso para vengarme los miembros que me ha dejado. Por eso he venido aquí con mi esposa que participa de mi deshonra y de mi ódio. Ofrecemos nuestro ódio á César

para que lo emplee á su antojo y nos pruebe. Nuestra vida responde de nuestra sinceridad. No queremos recompensa.

— Lo que queremos es la venganza , añadió Meroe. —

— ¿ En qué podrias servir á César contra el *gefe de los cien valles* ? preguntó el intérprete.

— Ofrezco á César servirle como marino , como soldado , como guia , y hasta como espia si lo exige.

— ¿ Porqué no has tratado de matar al *gefe de los cien valles* pudiendo llegar hasta él en el campamento galo ? preguntó el intérprete al marino. Asi te hubieras vengado.

— Luego que mutilaron á mi esposo , dijo Meroe , nos arrojaron del campamento y no podiamos llegar hasta el tirano.

El intérprete habló algunos instantes con el general romano que mientras escuchaba devoraba con ojos audaces á Meroe.

— ¿ Eres marino ? añadió el intérprete ¿ mandabas un buque mercante ?

— Si.

— ¿ Y eres buen marino ?

— Tengo veinte y ocho años , y desde niño estoy viajando en el mar. Hace cuatro años que mando un buque.

— ¿ Conoces bien la costa desde Vannes hasta el canal que separa la Gran Bretaña de la Galia ?

— Soy del puerto de Vannes , cerca del bosque de Karnak , y desde la edad de diez y seis años navego continuamente por aquellas costas.

— ¿ Eres buen piloto ?

— Que pierda los miembros que me ha dejado el *gefe de los cien valles* si hay una bahia , un islote , un cabo , un escollo , un banco de arena ó un rompiente que no conozca desde el golfo de Aquitania hasta Dunquerque.

— Ensalzas tu ciencia de piloto : ¿ cómo la probarás ?

— Estamos cerca de la costa : para quien no es buen marino no hay cosa mas peligrosa que la navegacion desde la boca del Loira subiendo hácia el norte.

— Es verdad , respondió el extranjero ; una galera romana encalló ayer y se perdió en un banco de arena.

— El que dirige bien una barca , dijo Albinik , ¿ no dirigirá lo mismo una galera ?

— Sí.

— Llevadme mañana á la costa, dadme una barca de pescadores, mi esposa y yo la dirigiremos, y César nos verá desde la playa cruzar por entre los escollos y los rompientes y burlarnos de las ondas como la paviota que vuela sobre su espuma. César me creerá entonces capaz de guiar con seguridad una galera por las costas de Bretaña.

Habiendo transmitido el intérprete la oferta á César, este respondió:

— Aceptamos la prueba que propones y la haremos mañana. Si demuestras tu ciencia de piloto dando una garantía contra tu traición, tal vez te encargaremos una misión que aplacará tu odio mas de lo que esperas, pero para conseguirlo es preciso que merezcas la confianza de César.

— ¿Qué he de hacer?

— Tu sabes sin duda cuales son los planes y las fuerzas del ejército galo. Ten cuidado de mentir, porque tenemos ya algunos informes. Veremos si eres sincero; si mientes, te pondremos en el tormento.

— Como al llegar á Vannes por la mañana me prendieron, sentenciaron y mutilaron al momento, y fui espulsado del campamento galo, no pude saber las deliberaciones del consejo celebrado en la ciudad, respondió Albinik, pero la situación era grave porque fueron llamadas al consejo hasta las mujeres, y duró desde el anochecer hasta asomar el nuevo día. Circulaba la noticia de que llegarían grandes refuerzos al ejército galo.

— ¿De donde?

— Las tribus de *Fmisterre* y de las *Costas del Norte*, las de *Lisieux*, de *Amiens* y de *Perche*. Decíase también que llegaban por mar guerreros de *Brabante*...

El intérprete añadió despues de transmitir la respuesta de Albinik á César:

— Dices verdad... tus palabras estan de acuerdo con los informes que nos han dado, pero algunas avanzadas del ejército que han llegado esta noche, han traído la noticia de que á dos ó tres leguas de aquí se ha visto hácia el norte el resplandor de un incendio... ¿Vienes del Norte?

— Vengo del norte, respondió Albinik, y puedo aseguraros que desde las cercanias de Vannes hasta tres leguas de aquí no queda una ciudad, una aldea, una casa, un saco de trigo, un odre de vino, un buey, un carnero, un hombre, una mujer ni un niño. Provisiones, ganados, riquezas, todo lo que no han podido llevarse al campamento

ha sido entregado á las llamas, y en este momento, todas las tribus de las comarcas incendiadas se han reunido al ejército galo no dejando en pos de si mas que un desierto cubierto de humeantes escombros.

A medida que Albinik hablaba era mas profunda la sorpresa del intérprete, y en su terror no se atrevia á dar crédito á lo que oia y vacilaba en anunciar á César tan terrible noticia. Se decidió por fin...

Albinik no separó de César los ojos para leer en su rostro la impresion que iban á producirle las palabras del intérprete.

Cuentan que el general romano era muy disimulado, pero á medida que hablaba el intérprete se pintaban en la fisonomía del conquistador de las Galias el estupor, el temor, la ira y la duda. Sus oficiales y consejeros se miraban con consternacion y se hablaban en voz baja con angustia.

César se incorporó entonces bruscamente en el lecho, y dirigió algunas breves y violentas palabras al intérprete, que dijo al momento al marino:

—César te acusa de mentira... Semejante desastre es imposible... Ningun pueblo es capaz de tan doloroso sacrificio... Si mientes, espíarás tu crimen en el tormento.

Albinik y Meroe sintieron una profunda alegria al ver la consternacion y el furor del romano, que no podia resolverse á creer en aquella heroica resolucion tan fatal para su ejército. Pero los dos esposos ocultaron su alegria, y Albinik respondió:

—César tiene en su campamento ginetes númeradas con caballos infatigables; que los envíe al momento de descubierta, que recorran no solo todas las comarcas que acabamos de atravesar en una noche, y un dia de marcha, sino que extiendan su correria aun mas allá, hasta el Berri, y tan léjos como puedan llevarles sus caballos atravesarán comarcas desiertas y destruidas por el incendio.

Apenas acabó Albinik de hablar, el general romano dió órdenes á varios de sus oficiales que salieron apresuradamente de la tienda, pero recobrando César su disimulo habitual y temeroso sin duda de haber demostrado su inquietud en presencia de los desertores galos, hizo esfuerzos para sonreirse, se reclinó otra vez en la piel de leon, tendió la copa á uno de sus libertos, y la vació, despues de decir estas palabras al intérprete que las trasmitió á los dos esposos:

—César apura su copa en honor de los galos, y por Júpiter! les da las gracias por haber llevado á cabo lo que él proyectaba, porque la

Galia se humillará sumisa y arrepentida ante Roma!

—Los dioses escuchen á César! respondió Albinik. Que la Galia sea esclava ó asolada, y yo me vengaré del *gefe de los cien valles*, porque padecerá mil muertes al ver esclavizada ó aniquilada esa patria que ahora maldigo.

Mientras el intérprete traducía estas palabras, el general, ya para disimular mejor sus temores, ya para ahogarlos en vino, vació varias veces la copa; y despues de lanzar una mirada investigadora á Meroe, sonrió con espresion estraña, hizo señal á uno de sus libertos, le habló en voz baja, lo mismo que á la esclava mora que estaba sentada junto al lecho, y ambos salieron de la tienda.

El intérprete dijo entonces á Albinik:

—Tus respuestas han probado hasta ahora tu sinceridad. Si se confirma la noticia que acabas de dar, y si mañana te muestras habil y atrevido piloto, podrás lograr la venganza. Si satisfaces á César serás recompensado, pero si le engañas, tu castigo será terrible... ¿Has visto al entrar en el campamento los cinco crucificados?

—Los he visto.

—Son pilotos que se han negado á servirnos... Han sido puestos en cruz porque sus miembros rotos por el tormento no podian sostenerles... Tal será tu suerte y la de tu esposa á la menor sospecha...

—No temo las amenazas ni espero nada de la generosidad de César, respondió Albinik con orgullo. Que me pruebe y despues me juzgará.

—Van á conduciros á una tienda donde estareis custodiados como prisioneros.

Los dos galos fueron conducidos por un paso semicircular y cubierto de lienzo á una tienda inmediata, que examinaron con atencion en medio de su desconfianza.

La tienda era redonda, cubierta interiormente con una tela de lana de brillantes colores y sujeta con cuerdas tirantes y atadas á estacas clavadas en tierra. Como la tela no llegaba hasta tocar el suelo Albinik advirtió que quedaba un espacio circular, ancho como tres veces la palma de la mano, entre las pieles groseramente curtidas que servian de alfombra y el borde inferior de la tienda. No se veia otra abertura mas que la puerta por donde los esposos acababan de entrar, y que se cerraba con dos anchas tiras de lienzo cruzadas. Un lecho de hierro medio oculto por una cortina que se podia descorrer tirando de un largo cordon que colgaba sobre la cabecera, era el

único mueble de la tienda, que iluminaba una lámpara de bronce clavada en el suelo por un largo pié de acero.

Albinik dijo en voz baja despues de examinar atentamente y con silencio el sitio donde iba á pasar la noche con su esposa :

— César nos hará espiar, y escucharán nuestra conversacion, pero aunque vengan despacio y se oculten con disimulo, no podrán acercarse á la tienda sin que veamos los pies del espia en el espacio que deja el lienzo.

Y enseñó á su esposa el espacio circular que quedaba entre el suelo y el borde inferior del lienzo.

— ¿Crees, Albinik, que César sospecha? ¿Podria suponer que un hombre haya tenido valor de mutilarse para hacer creer sus resentimientos de venganza?

— Y nuestros hermanos, los habitantes de las comarcas que acabamos de cruzar ¿no han mostrado un valor mil veces mas heroico que el mio entregando su patria á las llamas? Mi única esperanza consiste en la necesidad absoluta que tiene nuestro enemigo de adquirir pilotos galos para guiar sus galeras por las costas de Bretaña. Especialmente ahora que el pais no ofrece recurso alguno á su ejército, el del mar es tal vez su único camino de salvacion. Ya has visto como al saber tan heroica devastacion no ha podido disimular su terror y su ira, y como trató de olvidarla con la embriaguez... Tambien advertí que te hacian ruborizar sus atrevidas miradas.

— Albinik, mientras mi rostro se ruborizaba de vergüenza y de ira bajo los ojos de César, dos veces buscó y estrechó mi mano el puñal... y hasta hubo un momento en que medí la distancia que me separaba de él... pero estaba demasiado léjos...

— Al primer movimiento y antes de llegar hasta él te hubieran traspasado el corazon. Nuestro proyecto es preferible... Si tiene buen éxito, añadió Albinik lanzando una mirada espresiva á su esposa, y alzando paulatinamente la voz, en vez de hablar en voz baja como habia hecho hasta entonces, si tiene buen exito, si César fia en mis palabras, podremos vengarnos porfin de mi verdugo... Oh! si; siento en este instante contra la Galia la exacracion que me inspiraban los romanos...

Sorprendida Meroe con las palabras de Albinik, le miró sin comprenderlas, pero este le hizo advertir con un ademan, al través del espacio que quedaba vacio entre el suelo y el borde del lienzo de la

tienda, el extremo de las sandalias del intérprete que les estaba escuchando.

Meroe respondió :

— Siento el mismo odio así como he sentido el amor de tu corazón y he arrostrado los peligros de tu vida de marino. Permita Heso que César aprecie tus servicios, y sea testigo de tu venganza así como lo fui de tu suplicio.

Estas y otras palabras pronunciadas por los dos esposos para engañar el intérprete le aseguraron sin duda de la sinceridad de los prisioneros, porque estos vieron que se alejaba de la tienda.

Poco rato despues, y en el momento que Albinik y Meroe, rendidos de cansancio, iban á costarse vestidos, el intérprete se presentó en la entrada de la tienda, y por entre el lienzo levantado se vieron varios soldados españoles.

— César quiere hablar contigo al momento, dijo el intérprete al marino. Sígueme.

— Persuadido Albinik de que el intérprete habia desvanecido las sospechas del general romano, creyó que habia llegado el momento de saber la mision de que queria encargarle, y se preparaba á salir de la tienda con Meroe, cuando el intérprete dijo á la jóven :

— Tú no puedes acompañarnos. César quiere hablar á solas con tu esposo.

— Y yo, respondió el marino tomando de la mano á su mujer, no me separo de Meroe.

— ¿ Te atreves á oponerte á mi mandato? dijo el intérprete.

— Iremos los dos á hablar con César, respondió Meroe, ó no irá uno ni otro.

— Insensatos, ¿ no veis que no teneis libertad? dijo el intérprete indicando los soldados en la entrada de la tienda. De grado ó por fuerza... obedecereis.

Albinik reflexionó que era imposible resistirse. No le aterraba la muerte, pero morir equivalia á renunciar á sus proyectos en el momento en que iban á realizarse. Sin embargo, le inquietaba el dejar sola á Meroe en la tienda, pero ella adivinó los temores de su esposo, y conociendo tambien que era forzoso resignarse, le dijo :

— Marcha, Albinik... te esperaré sin temor; te lo juro por tu hermano el armero...

Albinik siguió sin inquietud al intérprete despues de oir las palabras de Meroe que le recordaban que su esposa estaba armada con

el puñal de Mikael. Volvieron á cruzarse los lienzos que formaban la entrada de la tienda y Meroe creyó oír en aquella direccion un estruendo sordo. Corrió hácia allí y vió entonces que habian obstruido la entrada de la tienda con una reja de hierro. Sorprendiola en un principio tan inesperada precaucion, pero reflexionó que le convenia mas quedar aprisionada hasta que volviera Albinik, y que tal vez su esposo habia pedido que cerrasen la tienda para mayor seguridad.

Meroe se sentó pensativa en el lecho concibiendo alagüeñas esperanzas de la conferencia que tenia indudablemente su esposo con César, pero le arrancó de pronto de su meditacion un ruido muy extraño que oyó en frente del lecho. Casi al mismo tiempo el lienzo se abrió de arriba abajo, y su primer movimiento fué armarse del puñal que llevaba debajo de la túnica. Confiada en su valor y en el arma, esperó recordando el proverbio galo: — *El que tiene su propia muerte en la mano, no debe temer mas que á los dioses!*

Abrióse en aquel instante el lienzo sobre un fondo de tinieblas, y Meroe vió aparecer á la esclava mora cubierta con su blanco ropage.

CAPITULO II.

Traición de la esclava mora.—El cofrecillo.—*La cuerda en el cuello*.—Generosidad de César.—La barca piloto.—*Torr-é-Benn*, canto de guerra de los marinos galos.—Albinik dirige la escuadra romana hacia la bahía del Morbillan.—El hombre del hacha — El canal de perdición.— El veterano romano y sus dos hijos.— Encuentro de un buque irlandés. — Las arenas movibles. — *Ningun breton fué traidor*.

Luego que la mora entró en la tienda, se arrodilló y tendió sus manos puestas en cruz hacia la esposa de Albinik que, conmovida con aquel ademán suplicante y el dolor que espresaban las facciones de la esclava, no experimentó desconfianza ni temor, sino compasión mezclada de curiosidad, y dejó el puñal en la cabecera del lecho. La mora se acercó arrastrándose con sus rodillas sin dejar de tender las manos hacia Meroe que se inclinó para levantarla, pero habiéndose acercado la esclava al lecho donde estaba el puñal, se alzó de un salto, se arrojó sobre el arma, que no había perdido de vista sin duda desde que entrara en la tienda, y antes que la esposa de Albinik pudiera oponerse en medio de su estupor, el puñal fué arrojado al través de las tinieblas.

Meroe conoció que había sido engañada al oír la carcajada salvaje en que prorrumpió la mora cuando se apoderó del puñal, y corrió hacia el tenebroso pasadizo para buscar el arma ó huir, pero vió salir de entre las sombras un oficial romano...

La gala dió algunos pasos atrás llena de terror, pero el romano dió otros tantos hacia ella, mientras la esclava desaparecía por la abertura que quedó al momento cerrada. Meroe se tranquilizó algun tanto viendo por el ademán incierto del romano, el brillo de sus miradas y la animación que enrojecía sus mejillas, que estaba sumido en la embriaguez. El oficial llevaba en la mano un cofrecillo de madera preciosa, y despues de haber contemplado silenciosamente á la jóven con tal descaro que la hizo ruborizar de vergüenza, sacó del cofrecillo un rico collar de oro cincelado, lo acercó á la luz de la lámpara como para hacerlo brillar mejor á los ojos de la que queria tentar, y afectando despues un respeto irónico, se inclinó, depositó la alhaja á los piés de la gala, y se levantó interrogándola con una mirada atrevida.

Meroe, en pié, con los brazos cruzados sobre el pecho y rebosan-

do indignacion y desprecio , miró altivamente al romano , y rechazó el collar con la punta del pié.

El romano hizo un ademan de sorpresa insultante , se rió con desdenosa confianza , eligió en el cofrecillo una magnifica red de oro para el tocado incrustrada de diamantes , y despues de hacerla brillar á la claridad de la lámpara , la depositó á los piés de Meroe con respeto irónico. Levantóse entonces , y pareció que la decia :

— Ahora si que estoy seguro de mi triunfo.

Meroe estaba pálida de cólera y se sonrió con desden.

El romano arrojó entonces á los piés de la gala todas las alhajas que contenia el cofrecillo... lo cual pareció una lluvia de oro , de perlas y de diamantes , de collares , cinturones , pendientes y brazaletes.

Meroe no rechazó ya con el pié aquellas riquezas , sino que las magulló apoyando con fuerza sobre ellas el talon , y contuvo con una mirada al libertino que se acercaba á ella con osado ademan...

Viéndose sola y desarmada , y persuadida de que sus gritos pidiendo auxilio serian vanos , la esposa de Albinik saltó sobre el lecho , cogió el largo cordon que servia para descorrer el cortinaje , se lo ató al rededor del cuello y subió sobre la cabecera , pronta á lanzarse en el espacio y á estrangularse con el peso de su cuerpo al primer movimiento del romano. Vió este una resolucion tan desesperada en las facciones de Meroe que permaneció inmóvil , y ya porque se avergonzase de emplear la violencia , ya porque estuviera cierto de que Meroe ejecutaria su proyecto , ya porque le guiase una idea generosa , dió algunos pasos atrás y levantó al cielo las manos como para tomar á los dioses por testigos de que la respetaria. Meroe continuó , sin embargo , pronta á darse la muerte. El romano se dirigió entonces hácia la secreta abertura de la tienda y desapareció rápidamente entre las sombras.

Algunos momentos despues entró César en la tienda , y se puso lejos del lecho con los brazos cruzados sobre la toga. Creyendo Meroe que su peligro era entonces mas inminente , permaneció en la cabecera del lecho con la cuerda en el cuello , pero no tardó en ver entrar al intérprete acompañado de Albinik , y de un salto se puso al lado de su esposo.

— Tu esposa es mujer de virtud varonil , le dijo el intérprete. ¿ Ves á sus piés esos tesoros ? Pues los ha rechazado. Creyéndose amenazada por la violencia y desarmada por la astucia , estaba

pronta á darse la muerte. Así ha salido victoriosamente de esta prueba.

— ¿Una prueba? preguntó Albinik con aire de siniestra duda: ¿Y quién tiene derecho para poner á prueba la virtud de mi esposa?

— Los proyectos de venganza que te han traído al campamento romano son dignos de una alma altiva rebelada por la injusticia y la barbarie...; la mutilacion que has sufrido demostraba al parecer la sinceridad de tus palabras, añadió el intérprete, pero los trásfugas inspiran siempre secreta desconfianza. La esposa hace formar con frecuencia una idea de su esposo y la tuya es valiente y noble. Para inspirar tal fidelidad, es forzoso que seas hombre de valor y de crédito. Esto es lo que queríamos saber con certeza.

— No sé... dijo el marino, pero todo el mundo acusa á los romanos de libertinage...

— Los dioses nos envian contigo un precioso ausiliar y puedes ser fatal á los galos. ¿Crees tú á César tan insensato que permitiera que ultrajasen á tu mujer, para crearse un enemigo como tú en el momento en que tal vez va á encagarte de una mision de confianza? No, lo repito; ha querido probaros, y hasta ahora las pruebas os son favorables.

César interrumpió á su intérprete y le dijo algunas palabras. Después salió lentamente con magestad inclinándose con respeto delante de Meroe y saludando á Albinik con ademan amistoso.

— Tú y tu esposa, dijo el intérprete, podeis contar en adelante con la proteccion del general. Os ha dado su palabra, y nadie os separará ni molestará. La esposa del esforzado marino ha despreciado estas ricas alhajas, añadió el intérprete recogién-dolas y volviéndolas á poner en el cofrecillo. César desea conservar como un recuerdo de la virtud de la muger gala, el puñal que llevaba y que le hizo quitar por medio de la astucia. Tranquilízate; no quedará desarmada.

Y casi al mismo tiempo entraron en la tienda dos jóvenes libertos que llevaban en una gran bandeja de plata un puñal oriental preciosamente labrado y una espada española corta y algo encorvada, suspendida de un tahalí de cuero encarnado con magníficos bordados de oro. El intérprete entregó la espada á Albinik y el puñal á Meroe, y les dijo:

— Descansad en paz y conservad estos dones de la generosidad de César.

— Y le asegurarás, respondió Albinik, que tus palabras y su ge-

nerosidad desvanecen mis sospechas, y que no tendrá en adelante ausiliar mas leal que yo hasta que haya satisfecho mi venganza.

El intérprete salió con los libertos. Albinik contó á su esposa que conducido á la tienda del general romano, le habia esperado en compañía del intérprete hasta que los dos volvieron á la tienda guiados por un esclavo. Meroe contó á su esposo todo lo que habia pasado, y ambos se convencieron de que habian dado á un acto odioso una apariencia generosa.

César se dirijió el dia siguiente, seguido de sus generales, á la playa que dominaba la desembocadura del Loira, donde habian alzado una tienda. Desde aquel sitio se descubria á lo léjos el mar y sus peligrosos escollos á flor de agua. El viento soplaba con violencia. Una barca de pescador tan sólida como lijera, se balanceaba sobre las olas y ondeaba su única vela cuadrada. Fueron conducidos á ella Albinik y Meroe, y el intérprete les dijo:

—El tiempo es borrascoso y el mar amenazador: ¿te atreverás á navegar en esta barca con tu esposa, ó quieres que te ayuden algunos de los pescadores que tenemos prisioneros?

—Mi esposa y yo hemos arrostrado mas de una tempestad solos en nuestra barca cuando en tiempos borrascosos nos trasladábamos á mi buque anclado lejos de la playa.

—Pero ahora que estás mutilado, añadió el intérprete ¿cómo harás para maniobrar?

—Una mano me bastará para el timon, y mi esposa estenderá la vela. Oficio es de mujeres porque se trata de manejar lienzo, añadió jovialmente el marino para inspirar confianza al romano.

—¡Parte, pues! dijo el intérprete. ¡Los dioses te guien!

La barca vaciló bajó las palpitaciones de la vela que el viento no habia llenado aun, pero estendida por Meroe, mientras su esposo manejaba el timon, la vela se hinchó y se redondeó bajo el soplo de la brisa; la barca se inclinó lijeramente, y pareció volar sobre la cresta de las olas como una ave del mar. Meroe estaba en pié sobre la proa: sus cabellos negros ondeaban al viento, y á intervalos la blanca espuma del Occéano, despues de estrellarse en la proa de la barca, salpicaba con su amarga nieve el noble y hermoso rostro de la gala. Albinik conocia aquellos parajes como sabe el pastor de Bretaña los mas reconditos senderos de sus landas solitarias. La barca parecia que se burlaba de las encrespadas olas. Los dos esposos veian á lo léjos en la playa la tienda de César, que se distinguia por su

lienzo de color de púrpura, y veían brillar con el sol el oro y la plata de las armaduras de sus generales.

— ¡César... azote de la Galia... el mas cruel de los hombres! exclamó Meroe, no sabes que esta fragil barca, que en este instante sigues tal vez de léjos con la mirada, lleva á tus enemigos mas encarnizados; no sabes que han prometido su vida á Heso con la esperanza de ofrecer á Teutates, dios de los viajes en la tierra y el mar, una ofrenda digna de él... una ofrenda de millares de romanos hundiéndose en los abismos del mar. ¡O Heso! alzaremos nuestras manos hácia tí, agradecidos y gozosos, cuando desaparezcamos en el fondo de los abismos con los enemigos de nuestra sagrada Galia!

Y la barca de Albinik y de Meroe, ora se alejaba, ora se acercaba á la playa, cruzando entre los escollos y las olas en aquellos parajes peligrosos.

— ¿En qué piensas, Albinik? Todo secunda nuestros proyectos. El general romano no abriga ya sospechas, la habilidad de tu maniobra va á decidirle á aceptar tus servicios, y tal vez mañana dirigirás las galeras de nuestros enemigos.

— Si... las dirigiré hácia el abismo... donde se hundirán con nosotros.

— ¡Qué magnífica ofrenda á nuestros dioses! Diez mil romanos tal vez...

— Meroe, dijo Albinik exhalando un suspiro, cuando despues de haber cesado de vivir aquí, así como esos soldados, volvamos á vivir con ellos en otro mundo, me dirán: «No nos mataste valerosamente con lanza y espada, sino á traicion, sin combate... empuñabas el timon, dormíamos confiados y tranquilos, nos guiaste á los escollos, y el mar nos devoró en un instante. Eres como un cobarde envenenador que nos hubieras dado muerte poniendo veneno en nuestros manjares. ¿Obran así los valientes? No: no es esa la franca audacia de tus antepasados, de aquellos galos altivos que combatian casi desnudos, y burlándose de nuestras armaduras de hierro, nos preguntaban porqué peleábamos teniendo miedo de las heridas ó de la muerte.

— Ah! exclamó Meroe con amargura y dolor; ¿porqué me enseñaron las sacerdotisas que una mujer debe libertarse con la muerte del último ultraje? ¿porqué nos contó tu madre Margarid como un noble ejemplo la heróica accion de *Siomara* que cortó la cabeza al

romano que la habia violentado? Yo debí haber dado muerte á César cuando estaba en su tienda!

—¿Y hubiéramos logrado nuestro intento?

—Veo, Albinik, que te inspiran compasion los romanos...

El marino no dejó continuar á su esposa, y en vez de responder entonó el canto de guerra de los marinos bretones, como si el viento pudiera enviar sus palabras de reto y muerte hasta la playa donde estaba César:

Tor-é-benn! Tor-é-benn! (1)

«Reclinado estaba en mi buque y ví que el águila de mar llamaba
«en medio de las sombras de la noche. Llamaba á sus polluelos y á
«todas las aves del mar, y les decia al llamarlas: Levantaos... ve-
«nid, venid! No os preparo ya carne podrida de perros ó de ovejas,
«sino carne romana.

Tor-é-benn! Tor-é-benn!

«Viejo cuervo de mar, dime, ¿qué llevas? — Llevo la cabeza del
«jefe romano: quiero devorar sus ojos. — Y tu, lobo de mar, ¿qué
«llevas? — Llevo el corazon del jefe romano y lo devoro. — Y tu cu-
«lebra de mar, ¿qué haces ahí arrollada en torno de ese cuello y
«con tu cabeza aplastada tan cerca de esa boca, fria ya y amorata-
«da? — Estoy aquí esperando que salga el alma del jefe romano.

«¡*Tor-é-benn! Tor-é-benn!*»

Meroe, exaltada con aquel canto de guerra, lo repitió, y como su esposo, parecia desafiar á César cuya tienda veia á lo léjos:

«¡*Tor-é-benn! Tor-é-benn!*»

Y la barca de Albinik y de Meroe seguia burlándose de los escollos y las olas entre aquellos peligrosos sitios, y ora se alejaba, ora se aproximaba á la playa.

—Eres el mejor y el mas osado piloto que he conocido á pesar de haber viajado tanto por mar, dijo César á Albinik cuando desembarcó con Meroe. Mañana, si el tiempo es favorable, guiarás una expedicion cuyo objeto sabrás cuando te des á la vela.

El viento era propicio el dia siguiente al asomar el sol, y César, que salió á presenciar la partida de las galeras romanas, mandó á llamar á Albinik. Veíase al lado del general un guerrero de elevada

(1) Grito de guerra de los galos que significa. *Hiere en la cabeza, mata!* (LATOUR D'Auvergne, *Origenes galos.*)

estatura y aspecto feroz; cubríale de pies á cabeza una armadura flexible compuesta de anillos de hierro entrelazados, empuñaba una hacha corta de dos filos y como estaba inmóvil, parecia una estatua de hierro. El intérprete dijo á Albinik designándole el guerrero:

—Éste soldado será tu sombra durante la navegacion, y si por traicion ó por error llegase á perderse una sola galera, tiene orden de darte muerte á tí y á tu esposa. Si por el contrario, diriges bien la escuadra, el general te colmará de dones y darás envidia á los mas afortunados.

—César quedará contento, respondió Albinik.

Y subió seguido del soldado del hacha y de su esposa á la galera *pretoriana*, cuya marcha guiaba la de las demás, y se distinguia por tres gallardetes dorados que ondeaban en la popa.

Cada galera llevaba setenta remeros, diez marineros para la maniobra de las velas, cincuenta arqueros y honderos armados á la ligera y ciento cincuenta soldados cubiertos de hierro de piés á cabeza.

Cuando las galeras se alejaron de la orilla, el pretor que mandaba la escuadra mandó á un intérprete que dijese á Albinik que se dirigiese hácia el norte para desembarcar en la bahía del Morbilan, en las cercanías de Vannes, donde estaba reunido el ejército galo. Albinik, puesta la mano en el timon, habia de transmitir por medio del intérprete sus órdenes al jefe de los remeros, y este, con un martillo de hierro con que golpeaba en una campana de bronce, indicaba segun las órdenes del piloto con los golpes lentos ó redoblados del martillo, el movimiento y la cadencia de los remos, segun debia acelerar ó disminuir la marcha de la *pretoriana*, por la cual se guiaba la escuadra romana.

Las galeras bogaban hácia el norte impelidas por un viento favorable. Segun dijo el intérprete, los marinos mas antiguos admiraban la osadia de la maniobra y la rapidéz del golpe de vista del piloto galo. Despues de una larga navegacion, hallándose la escuadra cerca del extremo meridional de la bahía del Morbilan, se acercó á los sitios mas peligrosos de toda la costa de Bretaña por sus numerosos islotes, escollos, bancos de arena, y especialmente por sus corrientes submarinas de irresistible violencia.

Un islote situado en medio de la entrada de la bahía, que angostan dos promontorios, la divide en dos pasos muy estrechos. La superficie del mar no indica la menor diferencia entre los dos pasos,

ningun rompiente, ni espuma ni cambio de color en las aguas, y sin embargo, el uno no ofrece el menor escollo, y el otro es tan terrible, que los buques enfilados en aquel canal unos tras otros y guiados por la *pretoriana* que gobernaba Albinik iban á ser arrastrados muy pronto por la fuerza de una corriente submarina hácia un arrecife que se veia á lo léjos y contra el cual se estrellaban con furia las olas. Pero los comandantes de cada galera no podian ver el peligro sino unos tras otros, conociéndolo por la rápida deriva de la galera que le precederia, y entonces seria demasiado tarde, y la violencia de la corriente arrebataria los buques, que bamboleándose sobre el abismo y chocándose, debian abrirse con tan terribles golpes y hundirse en el fondo de las aguas con su tripulacion ó estrellarse contra los peñascos. Solo faltaban algunos momentos para que la flota sucumbiera en aquel paso de perdicion...

El mar estaba tan bonancible que ningun romano sospechaba el peligro. Los remeros acompañaban con cantos el movimiento acompasado de sus remos, los soldados bruñian las armaduras, otros dormian recostados en la proa y otros jugaban á los dados; finalmente, un veterano de canosos cabellos y el rostro lleno de cicatrices, estaba sentado á corta distancia de Albinik en uno de los bancos de la popa, entre sus dos hijos, bellos y robustos arqueros de diez y ocho á veinte años, que mientras hablaban con su padre, habian puesto familiarmente una mano sobre los hombros del veterano, y parecia que los tres hablaban con dulce confianza y se amaban con ternura. Albinik, á pesar de su odio contra los romanos, no pudo menos de suspirar de compasion al pensar en la suerte de aquellos soldados que no se creian tan próximos á la muerte.

Salió en aquel momento de la bahía de Morbilan por el canal que no ofrecia ningun peligro uno de esos lijeros buques de que se sirven los marinos de Irlanda. Albinik habia hecho frecuentes viajes á la costa de Irlanda, pais poblado de habitantes de origen galo, que hablaban casi una misma lengua, pero difícil de entender para los que no habian estado en aquella costa con tanta frecuencia como Albinik.

El irlandés, ora temiese ser perseguido por alguna de las galeras de guerra que veia dirigirse hácia la bahía y tratase de evitar este peligro presentándose á la escuadra, ora creyese que podia dar útiles datos, se acercó á la *pretoriana* que abria la marcha.

Albinik se estremeció...

El intérprete iba á interrogar tal vez al irlandés que podia indicar el peligro á que se esponia el ejército naval tomando uno ú otro de los dos pasos del islote. Albinik mandó por consiguiente que remasen con fuerza para llegar al canal de perdicion antes que el irlandés alcanzase las galeras, pero despues de hablar un momento entre si el comandante militar y el intérprete, este mandó que se esperase al buque que se aproximaba para pedirle noticias sobre la escuadra gala. Albinik no se atrevió á contrariar la órden temiendo inspirar sospechas, y no tardó el pequeño buque irlandés en llegar al alcance de la bocina de la *pretoriana*. El intérprete se adelantó y preguntó en lengua gala al irlandés:

— ¿De donde vienes? ¿á donde vas? ¿Has encontrado buques en el mar?

El irlandés respondió con un ademan que no le entendia y dijo en su idioma medio galo:

— Me acerco á la escuadra para darle noticias.

— ¿Qué lengua habla ese hombre? preguntó el intérprete á Albinik. No le entiendo, aun que no me parecen enteramente estrañas sus palabras.

— Habla en lengua irlandesa que se asemeja á la gala, respondió Albinik. He comerciado con frecuencia en las costas de ese pais, y entiendo su lengua. Ese hombre dice que viene hácia la escuadra para dar noticias.

— Preguntale que noticias son esas.

— ¿Qué noticias tienes que darnos? preguntó Albinik al irlandés.

— Los buques galos, respondió, llegados de diversos puertos de Bretaña, se reunieron ayer noche en la bahía de donde salgo. Son numerosos, y estan bien tripulados y armados y dispuestos al combate. Han anclado en el centro de la bahía, cerca del puerto de Vannes. No podreis verlos hasta que hayais doblado el promontorio de Aelkern.

— El irlandés nos da noticias favorables, dijo Albinik al intérprete, la escuadra gala está dispersa en varios puntos; una parte de sus naves se halla en el rio de Auray, otros mas léjos aun, hácia la bahía de Audiern y Ouessant, y solo hay dentro de esa bahía para defender á Vannes cinco ó seis buques mercantes que han armado apresuradamente.

— ¡Por Júpiter! exclamó el intérprete gozoso; los dioses son como siempre propicios á César!

El pretor y los oficiales, á quienes repitió el intérprete la falsa noticia dada por el piloto espresaron igualmente la mayor alegría... Vannes estaba casi en poder de los romanos no ofreciendo defensa por la parte del mar.

Albinik dijo entonces al intérprete designándole el soldado del hacha:

— César desconfiaba de mí. ¡Benditos sean los dioses que me permiten demostrar la injusticia de sus sospechas! ¿Veis aquel islote, allá, á mil pasos de aquí?

— Lo veo.

— Para entrar en esa bahía hay dos canales, uno á la derecha y otro á la izquierda de ese islote. La suerte de la escuadra romana estaba en mis manos, porque podia dirigirla hácia uno de esos pasos, que en nada se distingue á la vista del otro, y arrastradas vuestras galeas á un banco de peñascos por una corriente submarina, ni una sola se hubiera salvado.

— ¡Qué dices! exclamó el intérprete, mientras Meroe miraba á su esposo con dolorosa sorpresa porque veia que renunciaba á su venganza.

— Digo la verdad, respondió Albinik al intérprete, y voy á probaroslo. Ese irlandés sabe como yo los peligros de la entrada de la bahía de donde sale. Le pediré que marche delante de nosotros, y de antemano os diré la direccion que va á tomar: primeramente tomará el canal que está á la derecha del islote, se acercará despues hasta tocar ese promontorio que veis mas léjos, se apartará entonces á la derecha hasta que se halle delante de aquellos peñascos negros que se alzan allá, y cruzado ese paso y evitados esos escollos, estaremos con seguridad en la bahía. ¿Desconfiareis de mi si el irlandés ejecuta punto por punto lo que acabo de deciros?

— No, por Júpiter! respondió el intérprete. Fuera preciso ser un loco para conservar la menor sospecha.

— Juzgadme, pues, añadió Albinik, y dirigió algunas palabras al irlandés que consintió en guiar los buques. Su maniobra fué exactamente la misma que habia anunciado Albinik, quien despues de dar á los romanos esta prueba de sinceridad, mandó desplegar la escuadra en tres líneas, y durante algun tiempo la guió al través de los islotes de que está sembrada la bahía. Entonces mandó á los remeros que cesasen de remar. Desde aquel punto no podia verse la escuadra gala, anclada en el fondo de la bahía, á cerca de dos leguas

de distancia , y oculta á todas las miradas por un elevado promontorio.

Albinik dijo entonces al intérprete :

— Solo corremos ya un peligro , pero es inminente. En frente de nosotros hay varios bancos de arena movibles, pero que cambian á las veces de sitio en las altas mareas , y donde podrian encallar las galeras. Es preciso , pues , que vaya á reconocerlas con la sonda , antes de que avance la escuadra que se quedará en este sitio. Lanzad al mar el mas pequeño bote de esta galera con dos remeros ; mi mujer manejará el timon , y si abrigais aun algun resto de desconfianza , acompañadme en el bote. Despues de reconocer el paso , volveré á bordo de la galera para dirigir la escuadra hasta la entrada del puerto de Vannes.

— No desconfio ya , respondió el intérprete , pero segun las órdenes de César , ni este soldado ni yo debemos separarnos de tí un solo instante.

— Sea como lo deseais , dijo Albinik.

Y fué lanzado al mar el bote de la galera , á donde bajaron dos remeros con el intérprete y el soldado. Albinik y Meroe bajaron despues , y el bote se alejó de la escuadra romana , formada en semicírculo y sosteniéndose sobre los remos esperando el regreso del piloto. Meroe empuñaba el timon y dirigia la barca segun las indicaciones de su esposo , quien , arrodillado ó inclinado en la proa , sondeaba el paso con un plomo muy pesado atado á una larga y recia cuerda.

El bote costeaba entonces uno de los numerosos islotes de la bahía de Morbilan; detrás del islote se estendia un largo banco de arena que la marea que bajaba entonces empezaba á descubrir , y mas allá del banco se alzaban algunos peñascos que se prolongaban hasta la orilla. Albinik acababa de arrojar otra vez la sonda , y mientras parecia que examinaba en la cuerda las huellas de la profundidad del agua , lanzó una rápida mirada á su esposa indicándole al soldado y al intérprete. Meroe le entendió. El intérprete estaba sentado cerca de ella en la popa , y detrás los dos remeros en el banco , mientras el hombre del hacha permanecia en pié detrás de Albinik que continuaba inclinado con la sonda en la mano.

El marino se levantó de pronto , se valió de la sonda como de una arma terrible , le imprimió el movimiento rápido que da el hondero á su honda , y descargó con el pesado plomo atado á la cuerda tan

violento golpe en el casco del soldado, que aturdido este, cayó en el fondo de la barca. El intérprete quiso lanzarse en auxilio de su compañero, pero Meroe le asió por los cabellos, y empujándole hácia atrás, le hizo perder el equilibrio y caer en el mar. Uno de los remeros, que amenazó á Albinik, rodó al momento á sus piés. El movimiento que dió Meroe al timon hizo aproximar el bote tan cerca del islote, que ella saltó del bote al mismo tiempo que su esposo. Ambos subieron con rapidez por las escarpadas rocas, y no tenían ya que vencer mas obstáculos para llegar á la orilla que un banco de arena, descubierto en parte por la marea, pero movable como lo indicaban las burbujas de aire que subian continuamente á la superficie. Si hubieran seguido aquel paso para llegar á los peñascos de la orilla, hubiesen sucumbido en el abismo oculto bajo su superficie engañosa, pero oian ya á la parte opuesta del islote los gritos y amenazas del soldado que habia vuelto de su aturdimiento, y la voz del intérprete, sacado sin duda del agua por los remeros. Acostumbrado Albinik á cruzar por aquellos sitios reconoció por el grosor de la arena y la claridad del agua que aun lo cubrian que el banco no era movable algunos pasos mas allá, y lo cruzó con Meroe por aquel sitio con agua hasta la cintura. Llegaron entonces á los peñascos de la orilla, los escalaron con agilidad, y se pararon un momento para ver si les perseguian.

El hombre del hacha, á quien estorbaba la pesada armadura, y que no estaba habituado así como el intérprete á andar sobre piedras resvaladizas cubiertas de líquenes, como eran las del islote que tenían que atrevesar para alcanzar á los fugitivos, llegaron tras muchos esfuerzos en frente de la parte movable del banco de arena descubierto por la marea. Impulsado el guerrero por la ira al ver á Albinik y su esposa, de quienes solo le separaba un banco de arena fina y lisa, creyó el paso fácil y se lanzó hácia ellos; pero al primer paso se hundió hasta las rodillas, y haciendo un esfuerzo desesperado, desapareció hasta la cintura... Llamó á sus compañeros pidiendo auxilio, pero apenas habia pronunciado una palabra, cuando ya no tenia mas que la cabeza fuera del abismo... Desapareció pocos momentos despues enteramente, y como habia alzado las manos al cielo al hundirse, no se vieron mas que sus manoplas de hierro agitándose convulsivamente fuera de la arena... Despues no se vió nada mas que algunas burbujas de agua en la superficie.

El intérprete y los remeros permanecieron inmóviles, llenos de ter-

ror, no atreviéndose á arrostrar una muerte segura para llegar hasta los fugitivos...

Albinik dirigió entonces estas palabras al intérprete:

—Dirás á César que me mutilé para inspirarle confianza en la sinceridad de mis ofertas de servicios... Habia proyectado conducir la escuadra romana á una pérdida segura sucumbiendo con mi esposa... Os dirigia por el canal de perdicion de donde no hubiera salido una sola galera... Cuando encontramos al irlandés, me dijo que los buques galos, reunidos desde ayer, son muy numerosos y están anclados en esa bahía á dos leguas de aquí. Cuando lo supe, cambié de proyecto y no traté ya de echar á pique vuestras galeras, pero serán aniquiladas, no traidoramente sino en combate leal, buque contra buque, galo contra romano. Escucha ahora lo que voy á decirte. He conducido con intento tus galeras á los arrecifes donde dentro de algunos instantes se hallarán encalladas porque baja la marea. Intentar un desembarco seria vuestra perdicion, pues estais rodeados por todos partes de bancos de arena movibles, semejantes al que acaba de tragarse el soldado del hacha... Permaneced, pues, á bordo de vuestros buques; mañana volverán á desencallar con la marea alta... y mañana, batalla... batalla mortal. El galo habrá demostrado que *ningun breton fué traidor*, y que si se orgullece con la muerte de su enemigo, es cuando le ha muerto con nobleza y frente á frente.

La esposa de Albinik le dijo al alejarse de la orilla:

—El corazon de mi querido esposo es mas elevado que el mio. Yo deseaba ver destruida la escuadra romana en los escollos del mar, pero mi esposo quiere destruirla con el valeroso esfuerzo de los galos. Me felicito de ser la esposa de un hombre tan noble.

El relato que vuestro hijo Albinik el marino os envia á vos, Margarid, mi madre, y á vos Joel, el *brenn de la tribu de Karnak*, mi padre, lo escribió en la noche que precede á la batalla. Detenido en el puerto de Vannes por los cuidados que da á su buque para combatir mañana con los romanos al asomar el dia, vuestro hijo os envia este escrito al campamento galo que defiende por la parte de tierra las cercanias de la ciudad. Mi padre y mi madre vituperarán ó aprobarán la conducta de Albinik y de su esposa, pero este relato no se separa de la verdad.

CAPÍTULO III.

Guilbern el labrador hace una promesa sagrada á su padre Joel, el brenn de la tribu de Karnak.— Posición del ejército galo.— El gefe de los cien valles.— Los bardos en la guerra.— La caballería de la Tri-markisia.— La cadena de hierro de los dos saidunas.— Peon y ginete.

— Mi padre *Joel, el brenn de la tribu de Karnak*, dijo á su primogénito Guilbern el labrador (que escribe este relato) la víspera de la batalla de Vannes, que en tierra y en mar iba á decidir de la servidumbre ó la libertad de Bretaña, y por consiguiente de toda la Galia, en presencia de todos los de nuestra familia reunida en el campamento galo, menos mi hermano Albinik y su esposa Meroe que se hallaban entonces con la escuadra en la bahía de Morbilan :

— Mañana es dia de gran combate, hijo mio. Sabemos pelear, pero yo soy viejo, tú jóven, y como el ángel de la muerte hará que sea el primero en partir de aquí, tal vez mañana iré á vivir en otro mundo con mi querida hija Hena. Escucha lo que voy á pedirte en presencia de las desgracias que amenazan á nuestra patria, porque la fatalidad puede dar mañana el triunfo á los romanos : deseo que el amor á la Galia y el sagrado recuerdo de nuestros padres, no perezca en nuestra familia mientras dure nuestra raza. Si nuestros hijos continúan siendo libres, el amor á la patria y el respeto á la memoria paterna les harán aun mas cara la libertad, y si han de vivir y morir esclavos, estos recuerdos sagrados les dirán de generacion en generacion que hubo un tiempo en que la raza gala, fiel á sus dioses, valiente en la guerra, independiente y feliz, dueña de un suelo fundado por duros trabajos é indiferente á la muerte de que posee el secreto, era temida del mundo entero y hospitalaria con los pueblos que le tendian una mano amiga. Es preciso que me prometas por Heso, hijo mio, para que estos recuerdos se trasmitan de siglo en siglo, que seas fiel á nuestra antigua costumbre gala conservando el depósito que voy á confiarte, aumentándolo y haciendo jurar á tu hijo Sylvest que lo aumente tambien, para que tus nietos imiten á sus padres y sean imitados por su descendencia. He aquí el depósito... Este primer rollo contiene el relato de lo que sucedió en nuestra casa en el aniversario del nacimiento de mi querida hija Hena, dia que fué igualmente el de su muerte. Este otro rollo que he recibido

esta tarde al ocultarse el sol de mi hijo Albinik el marino contiene el relato de su viaje al campamento de César al través de las comarcas incendiadas por sus habitantes. Este relato honra el valor de los galos, y honra á tu hermano Albinik y á su esposa Meroe, fieles tal vez hasta el exceso á la máxima de nuestros antepasados: *Ningun breton fué traidor*. Te confío estos escritos y me los entregarás despues de la batalla; si sucumbo, los conservarás, y faltando tú, tus hermanos, é inscribirás en ellos los principales acontecimientos de tu vida y de la de los tuyos, trasmitiéndolos á tu hijo para que haga lo que tu hiciste, y se continúe de generacion en generacion... ¿Juraras por Heso obedecer mi voluntad?

— Yo, Guilhern el labrador, respondí, juro á mi padre Joel, el brenn de la tribu de Karnak, que obedeceré su voluntad.

.

Y cumpla la voluntad de mi padre hoy, mucho tiempo despues de la batalla de Vannes y tras desgracias sin cuento. Escribo el relato de estas desgracias para tí, hijo mio, Sylvest. Y no debia escribirlo con sangre, porque la sangre se agota, sino con lágrimas de dolor, de odio y de ira, porque su manantial es inagotable!

Despues que mi pobre y querido hermano dirigió la escuadra romana á la bahía de Morbilan, he aquí lo que aconteció primero el dia de la batalla de Vannes.

Lo que cuento pasó ante mí, ante mis ojos... Aunque viviera en este mundo todas las vidas que he de pasar en los otros en los tiempos infinitos, el recuerdo de aquel dia terrible y de los que le siguieron estaria presente en mi alma como lo está en este instante y lo estará eternamente.

Mis padres, mi esposa, mis hijos Sylvest y Siomara, mi hermano Mikael el armero, su esposa Marta y sus hijos (no hablaré mas que de los parientes mas próximos) acudieron como todos los de nuestra tribu al campamento galo, y los carros de guerra, cubiertos con lienzos nos sirvieron de tiendas hasta el dia de la batalla de Vannes. Se reunió durante la noche el consejo convocado por el *gefe de los cien valles* y *Talyessin*, el mas antiguo de los druidas. Algunos montañeses de *Arés*, montados en sus pequeños caballos infatigables, salieron el dia anterior de descubierta al través de los paises incendiados, y regresaron al amanecer anunciando que se distinguian á seis leguas de Vannes las hogueras del ejército romano, acampado aquella no-

che en medio de las ruinas de la ciudad de Morh'ek. El gefe de los cien valles supuso que César habia huido á marchas forzadas de aquel país devastado para salir del círculo de hambre y destruccion en que iba á verse encerrado su ejército, y avanzaba á presentar la batalla á los galos. El consejo resolvió salir al encuentro de César y esperarle en las colinas que dominaban la ribera del Elrik. Nuestra tribu se puso en marcha al amanecer, despues que los druidas invocaron los dioses, para ocupar su puesto en la batalla.

Joel montaba su brioso garañon *Tom-Bras* y mandaba la *mahrek-ha-droad* (1), de que formaba parte con mi hermano Mikael, yo como ginete, él como peon. Segun la regla militar debiamos combatir uno al lado del otro, él á pié, yo á caballo, y auxiliarnos mutuamente. Mi madre, mi esposa, la de Mikael y nuestros hijos iban en uno de los carros de guerra armados de hoces y colocados en el centro del ejército con la reserva. Algunos jóvenes lijeramente armados rodeaban los carros de guerra, y conducian haciendo grandes esfuerzos para contenerlos los enormes alanos de guerra, que animados por el ejemplo de *Deber-Trud*, el devorador de hombres, ahullaban y saltaban olfateando ya el combate y la sangre. Distinguíanse entre los jóvenes de nuestra tribu que se dirigian á su punto dos que se habian prestado juramento de *saldunas* como *Julyan* y *Armel*: cual se hace con frecuencia, no solamente habian querido enlazarse con su palabra sino tambien con sus cuerpos, y para estar mas seguros de participar de la misma suerte, les ataba una larga cadena de hierro que pendia de su cinturon de bronce. Imágen del juramento que les enlazaba, aquella cadena los hacia inseparables, ya vivos, ya heridos ó muertos.

Al dirigirnos á nuestro puesto de combate vimos pasar al jefe de los cien valles á la cabeza de una parte de la *Trimarkisia* (2). Montaba un brioso caballo negro cubierto con una gualdrapa de color de escarlata; su armadura era de acero; sobre su casco de cobre estaña-

(1) Tropa compuesta de ginetes (*mahrek*) y peones (*droad*)

(2) «En este cuerpo de caballeria, á cada ginete seguian dos escuderos montados y equipados que se colocaban detrás del cuerpo de ejército. Cuando se trababa el combate, si el ginete quedaba desmontado, los escuderos le daban uno de sus caballos, y si caballo y ginete sucumbian, ó el ginete herido era trasladado fuera del campo de batalla por uno de los escuderos, el otro ocupaba su puesto en el escuadron. Este cuerpo de caballeria se llamaba *trimarkisia*, de dos palabras que en lengua gala significaban tres caballos.» (AMADEO THIERRY, *Hist. de los galos*, t. I, p. 130. — PAUSANIAS, lib. X).

do, brillante como la plata, se veía el emblema de la Galia, un gallo dorado con las alas medio desplegadas. Al lado del jefe trotaban un bardo y un druida vestidos con largos mantos blancos con listas de color de púrpura, pero sin armas, aunque cuando se trababa la batalla despreciaban el peligro, se colocaban en la primera fila de los combatientes, y les animaban con sus palabras y sus cantos de guerra.

El bardo cantaba en el momento que pasaba por delante de nosotros el *jefe de los cien valles*:

«César viene contra nosotros.— Nos ha preguntado en alta voz: «¿Quereis ser esclavos?— No, no queremos ser esclavos.— Galos, hijos de una misma raza, unidos por la misma causa, alzamos nuestro estandarte sobre los montes y arrojemonos á la llanura.— Corramos, corramos contra César, y envolvamoles á él y á su ejército en la matanza... A los romanos! á los romanos!»

Y todos los corazones latian con noble esfuerzo al oír el canto del bardo.

El *jefe de los cien valles* paró el caballo al pasar por delante de nuestra tribu, al frente de la cual estaba mi padre Joel, y le dijo:

— Amigo Joel, cuando era tu huésped, preguntaste mi nombre, y te respondí que me llamaba *soldado* hasta que nuestra antigua Galia se viese bajo el yugo de sus opresores. Ha llegado el momento de ser fieles á la divisa de nuestros padres: *En toda guerra no hay mas que dos probabilidades para el valiente, vencer ó morir.* ¡Plegue al cielo que no sea estéril nuestra lealtad á nuestra patria comun! ¡Proteja Heso nuestras armas! Tal vez entónces habrá borrado el *jefe de los cien valles* la mancha que cubre un nombre que no se atreve á llevar (1). Valor, amigo Joel! los hijos de

(1) César en sus *Comentarios* y posteriormente los historiadores creyeron que el título de mando ejercido por el héroe galo era su propio nombre, y escribieron *Vercingetorix* en vez de *ver-cinn-cedo-righ*, jefe de los cien valles, como demuestra Amadeo Thierry (*Hist. de los galos*, t. III, p. 86). Vercingetorix, natural de Auvernia, era hijo de *Celtis* que, culpable de conspiracion contra la libertad de su tribu, espío en la guerra su ambicion y su crimen. Heredero de los bienes de su padre, cuyo nombre se avergonzaba de llevar, pues solamente se le designa en la historia con su sobrenombre de guerra, el héroe galo llegó á ser el ídolo del pueblo, viajó mucho, estuvo en Roma y vió á César que trató de grangearse su amistad, pero que el galo rechazó con nobleza. Cuando regresó á su pais, se esforzó secretamente en despertar entre los suyos el sentimiento de la independenciam y en suscitar enemigos á los romanos. Llegada la hora

tu tribu son valientes entre los valientes. Ví en tu casa á dos de los tuyos, Julyan y Armel, combatir por pundonor... Tu santa hija Hena, la vírgen de la isla de Sen, ofreció su sangre á Heso... Tu tribu es noble y esforzada, amigo Joel. ¡ Con qué ardor combatirá hoy que va á decidirse de la salvacion de la Galia!

— Mi tribu combatirá con todo su esfuerzo, amigo mio; permítame que te llame con el nombre que te daba en mi casa, respondió mi padre. No hemos olvidado el canto de los bardos que te acompañaban cuando lanzaron el primer grito de guerra en el bosque de Karnak.

« Hiere, hiere al romano! Mata... mata al enemigo de la patria! »

Y todos los de la tribu de Joel repitieron á coro:

« Hiere, hiere al romano! »

de llamar á las armas al pueblo, se presentó en las ceremonias druidicas y en las reuniones políticas, y en todas partes empleaba su elocuencia, su riqueza, su influencia, y en una palabra, todos los medios de acción sobre los jefes y sobre la multitud para atraerlos, como dice un historiador, á revindicar el derecho de la antigua Galia. (AMADEO THIERRY, *Hist. de los galos*)

CAPÍTULO IV.

El carro armado de hoces.—Margarid, Henory, Marta y otras mujeres de la familia de Joel se preparan al combate.—Albergue de los niños.—Los alanos de guerra.—Los bardos dan la señal del combate.—Batalla de Vannes.—La fulminante.—La legion de hierro.—La caballería nómada.—Los bardos.—Guilhern el labrador y César.—Muerte de Joel y de Mikael.—El arquero cretense y Deber-Trud, el devorador de hombres.—Los dos saldunas escadenados.—Margarid, Henory y Marta.—Las virgenes y las mujeres galas durante el combate.—El carro de la muerte.

El jefe de los cien valles se alejó para arengar á las demás tribus.

Antes de ocupar nuestro puesto de batalla lejos de los carros de guerra donde estaban las mujeres y los niños, mi padre, mi hermano y yo quisimos asegurarnos por última vez de que nada faltaba á la defensa del carro que conducia á nuestra familia. Mi madre estaba en pié, tan tranquila como cuando hilaba junto al hogar, apoyada en el tablon de encina que formaba la caja del carro, y aconsejaba á mi esposa Henory y á Marta que dieran mas holgura á las correas que sujetaban con hebillas clavadas en la parte exterior del carro el mango de las hoces que maniobraban para la defensa como los remos puestos en los costados de una barca (1).

Varias mujeres de nuestros parientes se ocupaban en preparar detrás del carro un reducto formado con recias pieles tendidas sobre cuerdas, donde nuestros hijos debian estar al abrigo de las flechas y piedras lanzadas por los arqueros y honderos enemigos. Los niños se reian y jugueteaban con alegre algazara en aquel escondite. Para mayor precaucion, Margarid, que de todo se cuidaba, mandó poner sacos llenos de grano encima del reducto. Otras mujeres colgaban á lo largo de las paredes del carro cuchillos, espadas y hachas que en el momento del peligro los manejaban sus blancos y robustos brazos con tanta facilidad como si fueran ruelas. Dos de sus compañeras, arrodilladas cerca de Margarid, abrian cajas llenas de lienzo y preparaban el bálsamo, la sal y el agua de muérdago para curar las heridas á ejemplo de las sacerdotisas, cuyo carro de auxilio se hallaba inmediato.

Cuando llegamos nuestros hijos salieron dando gritos de alegría del fondo del reducto, y nos tendian sus manecitas desde la delantera del carro. Mikael, que era combatiente de á pié, tomó en sus brazos á su

(1) Los carros armados de hoces de que se servian los galos se llamaban. «Rhedae,» nombre derivado del celta *Rhed*. (Latour de Auvergne, *Orig. gal.* p. 14.)

hijo y á su hija , en tanto que Henory mi esposa, queriendo evitarme el trabajo de desmontar, puso en los mios desde el carro á mi Siomara y mi Sylvest. Los senté delante de la silla , y en el momento de ir á combatir tuve el placer de estampar un beso en sus rubias cabezas.

Mi padre Joel dijo entonces á mi madre :

—Margarid , si la suerte es infausta , si los romanos atacan el carro , no sueltes los perros de guerra hasta que aquellos se acerquen ; así estarán mas furiosos por su impaciencia y no se apartarán.

—Siguiré tu consejo , Joel , respondió Margarid. Examina ahora si las correas de las hoces les dan bastante juego para manejarlas.

—Les dan bastante juego , dijo mi padre despues de examinar una parte de las correas , y añadió inspeccionando las hoces que defendian el otro lado del carro : ¡ Mujer ! mujer ! ¿ en qué han pensado esas locas ? ¡ Qué poco juicio ! colocar el corte de las hoces dirigido hácia la lanza por un lado y hácia atrás por el otro.. !

—He sido yo quien ha arreglado así las armas , dijo mi madre.

—¿ Porqué no se han de dirigir los filos de las hoces hácia el mismo lado ?

—Porque casi siempre atacan á los carros por delante y por detrás al mismo tiempo , en cuyo caso , es mas ventajosa la defensa cuando los dos lados de hoces se mueven en direccion inversa. Así me lo enseñó mi madre y así se lo enseñó á mis hijas.

—Tu madre era mas prudente que yo , Margarid... Así es mas segura la defensa. Si llegan los romanos y dan el asalto al carro , sus cabezas y miembros caerán segados como espigas sazonadas en tiempo de siega. ¡ Plegue á Heso que sea abundante la siega humana !

Y prestando el oido , nos dijo á Mikael y á mi :

—Hijos , oigo los címbalos de los bardos y los clarines de la *trimarkisia*... Vayamos á ocupar nuestro puesto. ¡ Adios , Margarid ! adios , hijas mias ! ¡ Hasta luego... ó hasta la otra vida !

—En esta ó en la otra vida , nuestros padres y esposos nos volverán á encontrar puras de todo ultraje , respondió mi esposa Henory con ademan altivo que realzó su hermosura.

—Vencedoras ó muertas , nos volveréis á ver , añadió Madalena , una de nuestras parientas , doncella de diez y seis años ; però esclavas ó deshonradas , nunca... por la gloriosa sangre de nuestra Hena ! no... nunca !

—No !... dijo Marta , la esposa de Mikael estrechando contra su seno sus dos hijos que mi hermano habia puesto otra vez en el carro.

—Nuestras queridas hijas son dignas de su raza, Joel, dijo Margarid con ademan grave y tranquilo; no temas: cumplirán con su deber.

—Como nosotros con el nuestro... y la Galia se verá libre de sus enemigos, respondió mi padre. ¡Cumple tambien con tu deber, devorador de hombres, viejo Deber-Trud! añadió el brenn acariciando la enorme cabeza del alano de guerra que apesar de su cadena se alzó y apoyó las manos en el pecho del caballo. Pronto llegará la hora de la caza... caza abundante y sangrienta... Deber-Trud, her!... her!... á los romanos!

Mientras el alano y la trahilla de combate respondian á las palabras de mi padre con feroces ladridos, dirijimos una postrer mirada á nuestra familia, y mi padre se lanzó al trote en su brioso *Tom-Bras* hácia el ejército, á donde le seguí en tanto que Mikael, que era agil y robusto, apretando con la mano izquierda un puñado de las largas crines de mi caballo, me acompañaba corriendo, y abandonándose á veces al ímpetu de mi montura, saltaba con ella que le levantaba del suelo durante algunos pasos. Mikael y yo, como otros muchos de la tribu, nos habiamos familiarizado en tiempo de paz con el varonil ejercicio militar de la *mahrek-ha-droad*.

El brenn, mi hermano y yo llegamos de este modo al puesto que ocupaba en el ejército nuestra tribu.

El ejército galo estaba acampado en la cima de un collado á una legua de distancia de Vannes. La línea de batalla se apoyaba por oriente en el bosque de Merek, ocupado por nuestros mejores arqueros, y por occidente, nos defendian las escarpadas alturas de la orilla que bañan las aguas de la bahía del Morbilan. La escuadra donde se hallaban entonces mi hermano Albinik y su esposa Meroe, estaba anclada en el fondo de la bahía, y nuestros buques empezaban á levantar los cables de hierro para ir á combatir á las galeras romanas, formadas en semicírculo é inmóviles como una bandada de cisnes de mar descansando sobre las aguas. No estando ya dirigida por Albinik, la escuadra de César, desencallada con la marea alta, guardaba la posicion del dia anterior, temerosa de caer en los abismos que ignoraba.

Corria á nuestros piés el Roswalla que los romanos tenian que pasar á vado para llegar hasta nosotros. El *gefe de los cien valles* habia elegido habilmente nuestra posicion, pues teniamos delante un rio, detrás la ciudad de Vannes, al occidente el mar, y al oriente el bos-

que de Merek, cubierto de insuperables obstáculos para la caballería romana y de muchos peligros para la infantería, porque nuestros mejores arqueros estaban diseminados en medio de trincheras formadas por troncos de árboles.

— El terreno que se extendía en frente de nosotros en la orilla opuesta del río formaba una suave pendiente, y sus alturas nos ocultaban el camino por donde había de llegar el ejército romano. Vimos aparecer de pronto en la cima del collado los montañeses de Ares enviados de descubierta para indicarnos la proximidad del enemigo; cruzaron á vado el río, se incorporaron con el ejército y nos anunciaron la vanguardia del ejército romano.

— Amigos, decía el *gefe de los cien valles* á cada tribu pasando á caballo por delante del frente del ejército, permaneced inmóviles hasta que los romanos se reúnen en la otra orilla del río y empiezen á vadearlo; los honderos y arqueros arrojarán entonces sus piedras y flechas contra el enemigo, y cuando todos los romanos hayan pasado el río y formen en batalla sus cohortes, se moverá toda nuestra línea, dejando la reserva para custodiar los carros. Entonces, colocándose los de á pié en el centro y los ginetes en las alas, nos precipitaremos como un torrente desde esta rápida pendiente, y el enemigo no resistirá el ímpetu de nuestro primer embate.

No tardó en cubrirse de numerosas tropas la colina de la opuesta orilla. Iban en la vanguardia los *vexilares*, que se distinguían por las pieles de león que les cubrían la cabeza y los hombros, y formaban la reserva las cohortes veteranas famosas por su experiencia y su intrepidez, como la *fulminante*, la *legion de hierro* y otras muchas que nos designó el *gefe de los cien valles* que había peleado ya con los romanos. Veíamos brillar al sol sus armaduras y las insignias de las legiones: una *águila*, un *lobo*, un *dragon*, un *minotauro* y otras figuras de bronce dorado adornadas de hojas...; el viento nos traía el sonido de sus prolongados clarines, y nuestros corazones latían con violencia al oír aquella música guerrera. Precedía al ejército una inmensa multitud de ginetes reunidos, cubiertos con largos mantos blancos, que hicieron alto en la orilla, pero no tardaron algunos de ellos en entrar en el río para asegurarse de que era vadeable, y se acercaron á pesar de la lluvia de piedras y flechas que lanzaban sobre ellos nuestros honderos y arqueros; de modo que vimos mas de un manto flotar sobre la corriente, y mas de un caballo sin jinete subir la colina y volver hácia los romanos. Sin embargo, varios nú-

midas cruzaron el río de una á otra orilla á pesar de las piedras y flechas que les lanzábamos, demostrando tanto arrojo que nuestros arqueros y honderos cesaron de tirar para honrar tan heroica osadía. Nos admira el valor en nuestros enemigos porque son mas dignos de combatir. Luego que los nómidas se cercioraron de que el río era vadeable, corrieron á noticiarlo al ejército romano... Las legiones se formaron en varias columnas y principiaron á pasar el río. Segun las órdenes del *gefe de los cien valles*, nuestros arqueros y honderos volvieron á lanzar las flechas y piedras, mientras los arqueros cretenses y los honderos de las islas Baleares se desplegaban en la opuesta orilla y respondian á los nuestros.

— Hijos míos, nos dijo mi padre mirando hácia la bahía del Morbilan, vuestro hermano Albinik va á pelear en el mar mientras nosotros peleamos en tierra, porque veo que nuestra escuadra se ha reunido con las galeras romanas.

Mikael y yo miramos hácia el punto que nos indicaba el *brenn*, y vimos á lo léjos nuestros buques de pesadas velas de pieles curtidas sujetas con cadenas de hierros que acometian á las galeras romanas.

Mi padre tenia razon; el combate se trababa á un tiempo en mar y en tierra. Este doble combate iba á decidir de la independendencia ó la servidumbre de la Galia. Hice entónces una advertencia de siniestro augurio: todos nosotros, comunmente tan habladores y joviales en la hora de la batalla, pues solo se oian siempre en las filas galas graciosas provocaciones al enemigo ó chistosas ocurrencias sobre el peligro, estábamos graves y silenciosos pero resueltos á vencer ó morir.

Dióse la señal de la batalla, y los címbalos de los bardos respondieron á los clarines romanos. El *gefe de los cien valles* bajó del caballo, se puso algunos pasos delante de nuestra línea de batalla, teniendo á su lado varios druidas y bardos, blandió la espada y se lanzó corriendo por la rápida pendiente de la colina. Los druidas y los bardos corrian tambien tañendo sus harpas de oro... Todo nuestro ejército se lanzó detrás de ellos contra el enemigo que, despues de pasar el río, volvió á formar sus cohortes.

La *mahrek-ha-droad* (ginetes y peones) de las tribus vecinas de Karnak que mandaba mi padre, se dirigió, así como el resto del ejército, hácia la falda de la colina. Mi hermano Mikael se asió con la mano izquierda de la crin de mi caballo, mientras empuñaba el

hacha con la derecha, y corrió casi siempre suspendido durante aquel impetuoso descenso. Veía en la orilla la legion romana, llamada la *legion de hierro*, á causa de las pesadas armaduras de sus soldados, formada en *cuadro*, que se disponía á recibir nuestro embate con la punta de sus lanzas, y parecia una férrea muralla erizada de brillantes aceros. Llevaba yo como todos nuestros ginetes una espada en el costado izquierdo, una hacha en el derecho, y en la mano un pesado venablo. Nuestro casco era un gorro de pieles, la coraza una chaqueta de piel de jabalí, y cintas de cuero nos envolvian las piernas que no cubrian los calzones. Mikael iba armado de un venablo y de una espada, y llevaba en el brazo izquierdo un ligero escudo.

—Monta en la grupa, dije á mi hermano en el momento que nuestros caballos, que no podíamos ya sujetar, llegaban á todo escape sobre las lanzas de la *legion de hierro*...

Cuando estuvimos á su alcance, arrojamos con toda nuestra fuerza el venablo á la cabeza de los romanos como si fuera un *pen-bas* (1). Mi venablo descargó con violencia y acierto sobre el casco de un legionario que cayó de espaldas y arrastró en su caída al soldado que le seguía, de modo que mi caballo penetró por aquella brecha en el centro del cuadro que formaba la *legion de hierro*. Algunos de los nuestros me imitaron y se trabó una lucha sangrienta. Mi hermano Mikael no se separaba de mi lado, y ora saltaba sobre la grupa de mi caballo para herir desde mayor altura, ora se valía de él como de una muralla, y combatía valerosamente. Hubo un momento en que casi me ví desmontado, pero él me protegió con su arma mientras volvía á colocarme en la silla. Los demás peones de la *mahrek-ha-droad* combatian del mismo modo sin separarse del ginete.

—Hermano, estás herido, digo á Mikael; veo sangre en tu túnica.

—Y yo veo, hermano, sangre tambien en la tuya, me respondió.

Y era cierto, pues en el ardor del combate no sentiamos las heridas. El peon que acompañaba á mi padre, el gefe de la *mahrek-ha-droad*, habia sucumbido; dos veces le vimos solo en medio de la pelea; su brazo heria sin descanso á pesar de sus años, y su pesada hacha resonaba sobre las armaduras de hierro como el mar-

(1) Arma arrojadiza usada aun por los aldeanos bretones.

tillo en el yunque. El brioso *Tom-Bras*, que mordía con furia á los romanos, casi levantó del suelo á uno encabritándose: lo tenía sujeto por la nuca de donde brotaba un chorro de sangre. Las oleadas de los combatientes nos acercaron por segunda vez á donde estaba mi padre herido, y nos vimos nuevamente separados despues de arrojar en el suelo y estrujar con los piés de mi caballo al que le acometia. Ignorábamos los movimientos del resto de nuestro ejército, pues en el ardor de la pelea, no pensábamos mas que en rechazar hasta el rio á la *legion de hierro*. ¡Vanos esfuerzos! Nuestros caballos tropezaban ya en los cadáveres como si pisáramos un suelo movable, cuando oimos cerca de nosotros la voz de los bardos que cantaban en medio de la pelea:

«Victoria por la Galia! — ¡Vencer ó morir! — ¡Otro golpe mas!
«— ¡Otro esfuerzo! — Hiere... hiere, galo! — El romano es venci-
«do y libre la Galia. — ¡Victoria! victoria! — Muerte... muerte al
«romano! — No descanses, robusto brazo del galo!»

Los cantos de los bardos, y la victoriosa esperanza que nos inspiraban redoblaban nuestros esfuerzos. Los restos de la *legion de hierro*, casi aniquilada, volvian á pasar el rio en desórden, y vimos llegar hácia nosotros llena de terror pánico y en completa derrota una cohorte romana que rechazaban los nuestros desde la cima de la colina en cuya falda nos hallábamos, y que fué completamente destruida. Nuestros brazos se cansaban de matar, cuando ví un guerrero romano de mediana estatura y cuyo elevado rango indicaba su magnífica armadura. Iba á pié y habia perdido el casco en la pelea. Su ancha frente calva, su rostro pálido, y su mirar terrible, le daban un aspecto amenazador, y heria con furia con la espada á sus propios soldados que no podia contener en su fuga. Se lo indiqué con un ademan á Mikael que acababa de reunirse conmigo.

— Guilhern, me dijo, si en todas partes se ha peleado como aquí, es nuestra la victoria. Ese guerrero de armadura de oro y acero es sin duda un general romano. Hagámosle prisionero, pues será una buena presa. Ayúdame y es nuestro.

Mikael se arrojó sobre el guerrero de armadura de oro mientras se esforzaba en detener á los fugitivos, y yo me reuní al momento con mi hermano que tras una corta lucha le venció; pero como no queria matarle sino guardarle prisionero, le sujetaba bajo sus rodillas con el hacha levantada para indicarle que se rindiera. El ro-

mano lo entendió, cesó de defenderse, y alzó al cielo la mano que tenia libre para tomar á los dioses por testigos de que se declaraba prisionero.

— Llevemosle, le dije á mi hermano.

Y Mikael, que era tan robusto como yo, en tanto que nuestro prisionero era débil y de mediana estatura, le cogió entre los brazos y lo levantó del suelo; al mismo tiempo le así de la túnica de búfalo que llevaba sobre la coraza, le atraje hácia mí, le levanté y le coloqué cruzado delante de la silla. Cogí entonces las riendas con los dientes para poder contener con una mano al prisionero y amenazarle con la otra con el hacha, y apretando los hijares del caballo, me dirigí de este modo hácia nuestra reserva para ponerle en seguridad y curar sus heridas... Apenas habia dado algunos pasos, cuando acercándose uno de nuestros ginetes que perseguia á los fugitivos, exclamó conociendo al romano que llevaba prisionero:

— ¡Es CÉSAR! *Mátale!*.. ¡*Muera CÉSAR!*

De este modo supe que llevaba sobre mi caballo el mayor enemigo de la Galia. Pero en vez de matarle, me paré lleno de estupor, se me cayó el hacha de la mano, y me incliné hácia atrás para contemplar mejor á aquel César tan temido que tenia en mi poder (1).

¡Desventurado de mí! ¡Desventurada de mi patria! César se aprovechó de mi estúpido asombro, saltó del caballo, llamó en su auxilio á una multitud de ginetes númeridas que corrían en su busca, y cuando conocí mi criminal necesidad, ya no era tiempo de repararla... César habia montado en uno de los caballos númeridas, mientras los demás ginetes me rodeaban. Enfurecido por haber dejado huir á César, me defendí con encarnizamiento, y recibí nuevas heridas mientras caia sin vida á mi lado mi hermano Mikael... Esta desgracia fué el principio de las demás. La suerte, que hasta entonces nos habia sido favorable, empezó á sernos contraria. César reunió las legiones dispersas, llegó en su auxilio un refuerzo considerable de tropas frescas, y fuimos rechazados en desorden hasta nuestra reserva donde estaban los carros de guerra, los heridos, las mujeres y los niños... Arrastrado por las oleadas de los combatien-

(1) Este acontecimiento extraordinario, dice Latour de Auvergne en sus *Origenes galos*, cap. III, p. 57, se encuentra en las *Efemérides* escritas por César. Dice Servio: *Hoc autem dicit ipse Cæsar in Ephemerides sua ubi propriam commemorat felicitatem.* (Ex Servio LXI, *Æneid*, edit. Amstelod., typ. Elsev., 1650, ex antiquo Vatic. Exemp. c. VIII).

tes, llegué cerca de los carros de guerra, y sentí un placer, á pesar de la derrota, de hallarme junto á mi madre y los míos para defenderlos si me quedaban fuerzas, pues la sangre que brotaba de mis heridas me debilitaba por momentos. Ah! los dioses me habian condenado á una horrible prueba. Ahora puedo decir como mi hermano Albinik y su esposa, que murieron en el ataque de las galeras romanas combatiendo en el mar mientras combatiamos nosotros en tierra por la libertad de nuestra pobre patria:

—Nadie vió ni verá en lo sucesivo el horrible espectáculo que hemos visto...

Cedimos el terreno palmo á palmo, rechazados hácia los carros, sin cesar de combatir y atacados á un tiempo por la caballeria númida, los legionarios de infanteria y los arqueros cretenses. Oia ya los mujidos de los bueyes, el rumor de las numerosas campanillas de bronce que adornaban su yugo, y los ladridos de los perros de guerra, encadenados aun en derredor de los carros. Descansé un momento, y ya no traté de combatir sino de dirigirme al sitio donde mi familia se hallaba en peligro. De pronto mi caballo, que estaba ya herido, recibió un golpe mortal en un costado y cayó sobre mí, quedando una de mis piernas, traspasada por dos lanzadas, entre el suelo y aquella masa inerte. Me esforzaba en vano en salir de debajo del cadáver, cuando uno de nuestros ginetes que me seguia en el momento de mi caída, tropezó en mi caballo, y cayó tambien con el suyo traspasado por los aceros de los legionarios. Los nuestros se resistian con desesperacion, y se amontonaban sobre mí y en torno mio cadáveres sobre cadáveres. Cada vez mas debilitado por la pérdida de mi sangre, vencido por el dolor de mis miembros fracturados bajo aquel amontonamiento de cadáveres y moribundos, incapaz de hacer el menor movimiento, empecé á perder la sensibilidad, huyó la luz de mis ojos... y cuando recobré el sentido con los dolores lancinantes de mis heridas, y volví á abrir los ojos... he aqui lo que ví, creyéndome en un principio luchando con uno de esos sueños espantosos de que en vano tratamos de libertarnos.

Y sin embargo, no era un sueño... no, no era un sueño, sino una realidad horrible... horrible!

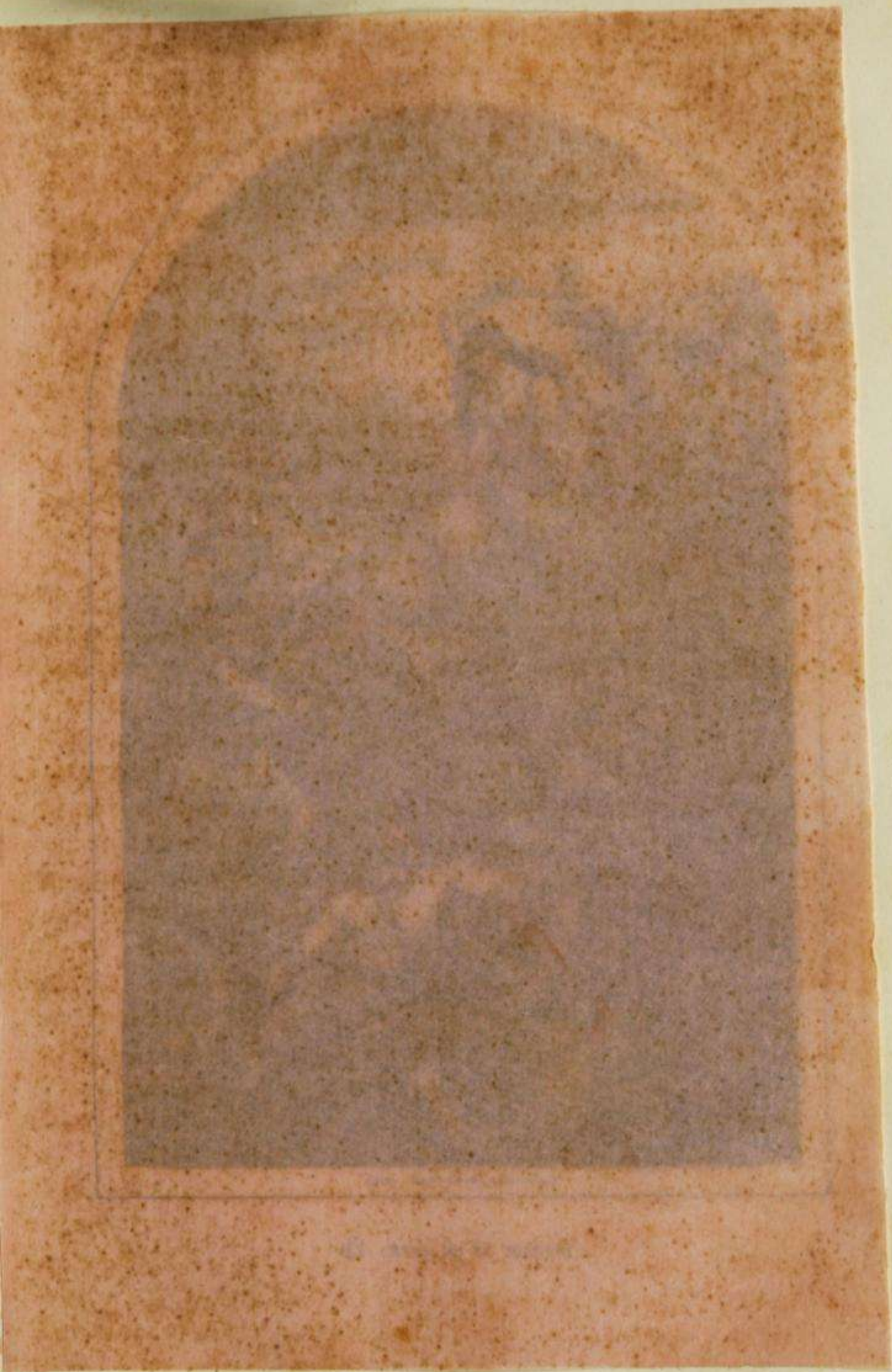
Vi á veinte pasos de distancia el carro de guerra donde estaban mi madre, mi esposa Henory, Marta, nuestros hijos y varias mujeres y doncellas de nuestra familia. Varios hombres de nuestros parientes y de nuestra tribu, que habian acudido en auxilio de los carros, los

defendian contra los romanos. Reconocí entre ellos á los dos *saldunas* atados con una cadena de hierro, emblema de su amistad fraternal. Ambos eran jóvenes, hermosos, robustos y valientes como lo fueron Julyan y Armel, y combatian intrépidamente con el vestido roto, la cabeza y el pecho descubiertos y ensangrentados ya, armados con el venablo, con los ojos brillando de entusiasmo y los labios contraídos por una sonrisa desdeñosa, rechazando á los legionarios romanos cubiertos de hierro y á los arqueros cretenses armados á la ligera. Los alanos de guerra, desencadenados pocos momentos hacia sin duda, saltaban al cuello de los romanos, arrojándoles algunas veces en el suelo con su ímpetu furioso, y no pudiendo hacer presa con sus terribles quijadas en los cascos y las corazas, devoraban el rostro de sus víctimas, y se dejaban matar sobre ellas sin soltar la presa. Los alanos mordian á los arqueros cretenses, privados de armadura defensiva, en las piernas, en los brazos, en el vientre y en los hombros, y cada mordedura de aquellos perros feroces arrancaba un giron de carne sangrienta.

Ví á pocos pasos de mí un arquero de estatura gigantesca que, tranquilo en medio de la pelea, escogió en su carcax la flecha mas aguda, la colocó en la cuerda de su arco, lo tendió con brazo robusto, y apuntó largo rato á uno de los *saldunas* encadenados, que arrojado por la caída y el peso de su hermano de armas, que habia muerto á su lado, no podia combatir mas que con una rodilla en el suelo, pero con tanto valor, que durante algunos momentos ningun romano se atrevió á arrostrar los golpes del venablo que blandia en torno suyo. El arquero cretense estaba apuntando al *salduna* esperando el momento oportuno, cuando vi saltar al viejo *Deber-Trud*. Aunque estaba aprisionado debajo del monton de cadáveres que me abrumaban con su peso y no podia moverme sin sentir dolores atroces en la pierna herida, reuní todas mis fuerzas para gritar:

— ¡Sus! sus!.. *Deber-Trud*... al romano!

El perro escitado por mi voz que conoció al momento, se arrojó de un salto sobre el arquero cretense cuando la flecha partia silvan-do y se hundia vibrante aun en el robusto pecho del *salduna*. Al recibir esta nueva herida se doblaron sus párpados, sus brazos dejaron caer el venablo, se dobló la rodilla que inclinaba hácia adelante y se inclinó su cuerpo, pero haciendo un supremo esfuerzo, se alzó sobre sus rodillas, se arrancó la flecha de la herida, y la lanzó á los legionarios romanos gritando con voz robusta y con una sonrisa de soberano desprecio:



defendi...
nas atac...
ternal...
lo fueron...
do roto...
mados...
bios co...
narios...
dos á la...
tos ha...
algunas...
presa...
ban el...
tar la...
de ar...
y en...
ranc...
- Ví...
tran...
agu...
to, ...
rost...
mu...
sue...
rom...
tor...
ran...
Au...
ab...
ce...
o...
- La...
de...
d...
c...
c...
j...
sus...
narios...
rano... :



Editor Juan Oliveras, Barcelona.

El carro de la muerte.

—Tomad, cobardes, que abrigais vuestro miedo y vuestra piel bajo armaduras de hierro... la coraza del galo es su pecho.

Y el salduna cayó sin vida sobre el cadáver de su hermano de armas.

Ambos fueron vengados por *Deber-Trud*. Habia arrojado en el suelo y sujetaba bajo sus patas enormes al arquero cretense que exhalaba dolorosos gritos, pero el alano de guerra despedazó tan profundamente con sus mandíbulas formidables como las de un leon el cuello de su víctima, que salpicaron en mi frente dos chorros de cálida sangre, y el arquero cesó de gritar aunque aun existia. *Deber-Trud* conoció que su víctima no habia espirado, y se encarnizaba sobre ella lanzando furiosos gruñidos y arrojando á uno y otro lado los pedazos de carne que arrancaba, y oí cual crujian las costillas del cretense entre los dientes de *Deber-Trud* que penetraba con su hocico ensangrentado tan profundamente y con tanta furia, que pronto no ví mas que sus ojos brillantes fuera del cuerpo del cretense. Acercose un legionrio y atravesó dos veces con su lanza á *Deber-Trud*, pero el perro de guerra no exhaló un gemido tan solo, y murió como debia con la monstruosa cabeza hundida en las entrañas del romano.

Los defensores del carro sucumbieron uno tras otro despues de la muerte de los dos saldunas... Vi entonces á mi madre, á mi esposa, á la de Mikael y á las demás mujeres de la familia, los ojos y las mejillas inflamadas, los cabellos destrenzados, los vestidos en desorden por la accion del combate, los brazos y el seno casi descubiertos, correr intrépidas de un extremo á otro del carro, animando á los combatientes con la voz y el ademan, y lanzando á los romanos con mano robusta y aguerrida cortos venablos, cuchillos y mazas erizadas de puntas de hierro.

Llegó por fin el supremo momento. Muertos todos los de nuestra familia y rodeado el carro con los cadáveres amontonados hasta el eje, se defendian tan solo mi madre, nuestras esposas y nuestros tiernos hijos. Estaban en el carro con Margarid cinco mujeres jóvenes y seis vírgenes, casi todas de admirable hermosura, y mas bellas aun en su exaltacion guerrera.

Los romanos consultaron antes de atacar el carro si debian matar tan preciosa presa, y aunque no entendí sus palabras, conocí por sus risas groseras y las miradas licenciosas que lanzaban á las galas, que les esperaba un porvenir mas espantoso que la muerte... Y

yo estaba allí, herido, inerte, respirando con ansiedad, lleno de desesperacion, de horror y de rabia impotente, viendo á pocos pasos de mí el carro que defendia á mi madre, á mi esposa y á mis hijos! ¡Ira del cielo!.. Estaba condenado á verlo y oirlo todo y á permanecer inmóvil como el que no puede despertarse de un sueño espantoso...

Un oficial de aspecto insolente y feroz se acercó al carro, y dirigiéndose á las galas en lengua romana, les dijo palabras que los demás soldados celebraron con insultantes carcajadas. Mi madre, tranquila, pálida y temible, pareció que encargaba á las demás mujeres reunidas en torno suyo que no se desalentasen. El romano les dirigió entónces algunas palabras que terminó con un ademán obsceno. Margarid empuñaba una pesada hacha, y la arrojó con tan certero tino á la cabeza del oficial que este bamboleó y cayó. Su caída fué la señal de ataque. Los soldados se lanzaron contra el carro, pero precipitándose las galas sobre las hoces que por ambos lados lo defendian, las hicieron maniobrar con tanta fuerza y acierto, que los romanos, aterrados al ver los estragos de aquellas armas terribles tan intrépidamente manejadas, suspendieron el ataque despues de dejar junto al carro un gran número de sus compañeros muertos y heridos. Sirviéronse sin embargo de las largas lanzas de los legionarios para romper los mangos de las hoces sin que estas pudieran herirles, y destruida esta armadura, se prepararon al segundo asalto cuyo buen éxito no era ya dudoso. Mientras caian rotas las últimas hoces, ví que mi madre hablaba á Henory y á Marta, las cuales corrieron al reducto donde se albergaban nuestros hijos. Me estremecí á pesar mio al ver el aspecto horrible é inspirado de mi esposa y de Marta al dirigirse al reducto. Margarid habló tambien á las tres mujeres que no tenian hijos, y estas, lo mismo que las doncellas, cogieron sus manos y se las besaron respetuosamente.

Caian rotas entónces las últimas hoces abandonadas por las galas... Mi madre cogió una espada con una mano y con la otra un velo blanco, se dirigió á la delantera del carro, y agitando el velo, arrojó la espada como para anunciar al enemigo que todas las mujeres se rendian. Esta resolucion me sorprendió y aterró, porque el rendirse equivalia para aquellas vírgenes y aquellas jóvenes tan bellas á entregarse á la esclavitud y á ultrages mas horribles que la servidumbre y la muerte. Los soldados se asombraron de la ren-

dicion que se les proponia, pero respondieron con risas de irónico consentimiento. Margarid esperaba al parecer una señal, pues dos veces dirigió la mirada con impaciencia hácia el albergue en que estaban nuestros hijos y á donde habian entrado mi esposa y la de mi hermano. No llegando la señal deseada, mi madre quiso sin duda distraer la atencion del enemigo, y volvió á agitar el velo blanco, designándoles la ciudad de Vannes y el mar.

Los soldados no entendieron la significacion de aquel ademán y se interrogaron con la mirada. Mi madre dijo entónces algunas palabras á las jóvenes que la rodeaban despues de mirar otra vez hácia el reducto donde habian desaparecido Henory y Marta, cogió un puñal é hirió con la rapidéz del rayo una tras otra á las tres vírgenes colocadas á su lado y que entreabrieron su vestido para ofrecer con valor heróico al acero su casto seno... Las demás jóvenes galas se mataron en tanto entre sí con mano pronta y segura, y caian en el fondo del carro, cuando salió Marta del recinto donde habian ocultado á los niños durante la batalla. La esposa de mi hermano llevaba en los brazos á sus dos hijas, y su rostro respiraba tranquilidad y noble orgullo. Alzábase á bastante altura en la delantera donde estaba Margarid una lanza de carro de repuesto... Marta subió de un salto al borde del carro, y solamente entonces advertí que tenia puesta una cuerda en rededor del cuello; pasó el extremo de la cuerda por el anillo de la lanza, se lanzó al aire abriendo los brazos, y quedó colgada en medio de las convulsiones de la agonía; pero sus hijas, en vez de caer en el suelo, permanecieron suspendidas á cada lado del pecho de su madre, ahorcadas como ella con un lazo que se habia pasado por detrás del cuello despues de atar á cada extremo una de sus hijas.

Esta escena fué tan rápida é inesperada que los romanos, inmóviles de estupor y de espanto en un principio, no tuvieron tiempo para evitar aquellas muertes heroicas. Aun no habian vuelto en sí de su sorpresa, cuando mi madre Margarid, viendo á todas las de nuestra familia muertas á sus piés ó moribundas, exclamó con voz robusta y tranquila alzando al cielo el puñal ensangrentado:

— No, nuestras hijas no serán ultrajadas... no, nuestros hijos no serán esclavos! Toda la familia de *Joel*, *el brenn de la tribu de Karnak*, muerto como los suyos por la libertad de la Galia, va á reunirse con él en otra vida... Tanta sangre vertida calmará tal vez tu ira, ó Heso!..

Y mi madre se traspasó el corazon con mano segura.

Despues... no viendo salir á mi esposa Henory del redacto donde debia estar con mis hijos, despues de matar sin duda á mi Sylvest y mi Siomara y de matarse como sus hermanas, el vértigo se apoderó de mí, se doblaron mis parpados, sentí las ansias de la muerte, y desde lo mas íntimo del alma di gracias á Heso por no dejarme aquí solo... mientras los míos iban á vivir juntos en los mundos desconocidos...

•••••
 ¡Pero no... estaba condenado á vivir aquí, porque no he sucumbido al peso de tanta desventura !..

CAPITULO V.

La esclavitud.—Guillern en la cadena.—*El chalan*.—*Hueso y piel*, el esclavo gratuito.—Bajo qué número y nombre ha de venderse Guilhern.—Cree que sus hijos Sylvest y Siomara se salvaron de la muerte en el carro de guerra.—De lo que hacian de los niños esclavos.—*El chalan* habla á Guilhern del patricio *Trymalcion*, rico anciano que compra muchos niños.

Despues de presenciar la heroica muerte de mi familia y de mi tribu, perdí completamente el sentido, y estuve largo rato sin recobrar la razon, porque al volver en mí me encontré acostado sobre la paja en un vasto cobertizo y rodeado de otros muchos hombres. Al primer movimiento advertí que estaba encadenado por una pierna á un poste clavado en el suelo, y que solo me habian dejado la camisa y los calzones donde habia ocultado en un bolsillo secreto los escritos de mi padre y de mi hermano Albinik, asi como la pequeña *segur de oro* que me regalára mi hermana Hena, la vírgen de la isla de Sen. Llevaba vendadas las heridas que casi no me causaban ya dolor, y solo sentia una gran debilidad y un aturdimiento que oscurecia mis últimos recuerdos. Miré en torno mio, y ví como unos cincuenta prisioneros heridos y encadenados, y en un extremo del cobertizo varios hombres armados que segun me pareció no pertenecian á las tropas regulares romanas. Estaban sentados en torno de una mesa bebiendo y cantando, y algunos de ellos se apartaban á intervalos del grupo bamboleando como ébrios, y enarbolando un látigo de mango corto y compuesto de tiras de cuero terminadas por pedazos de plomo, y recorrían el cobertizo lanzando miradas burlonas á los prisioneros.

Ví á mi lado un anciano de barba y cabellos canosos, muy pálido y flaco, cubierta la frente con un lienzo ensangrentado, los codos apoyados en las rodillas y el rostro entre las manos. Viéndole herido y prisionero, creí que era galo pero me habia engañado.

— Buen anciano, le dije tocándole el brazo; ¿donde estamos?

El anciano alzó su rostro pálido y sombrío, y me respondió con acento compasivo:

— Hablas por fin por vez primera despues de dos dias...

— ¡Dos dias! exclamé con sorpresa negandome á creer que hubiera trascurrido tanto tiempo desde la batalla de Vannes y esforzán-

dome en reunir mis confusos recuerdos. ¿Será posible? ¿dos dias ha que estoy aquí?..

—Sí... y sumido en continuo delirio... no sabiendo lo que pasaba en torno tuyo... El médico que curó tus heridas te ha dado algunas pociones.

—Ahora me acuerdo confusamente... y tambien... de un viaje en carro...

—Sí, para venir aquí desde el campo de batalla. Iba contigo en el carro donde te condujeron.

—¿Y donde estamos?

—En Vannes.

—¿Y nuestro ejército..?

—Destruído.

—¿Y la escuadra?

—Aniquilada. (1)

—¡Hermano mio... noble y esforzada Meroe... ambos muertos tambien! pensé, y permanecí un momento sumido en dolorosa meditacion.

—¿Y Vannes, pregunté al anciano, cayó en poder de los romanos?.

—Como toda la Bretaña, segun ellos dicen.

—¿Y el jefe de los cien valles?

—Se refugió en los montes de Ares con un reducido número de ginetes... Los romanos le persiguen, respondió el anciano que exclamó alzando los ojos al cielo: ¡Heso y Teutates protejan al último defensor de las Galias!

Habia hecho estas preguntas á medida que recobraba mi confusa memoria, pero cuando recordé el combate del carro de guerra, la muerte de mi madre, de mi padre, de mi hermano Mikael, de su esposa y sus dos hijos, y finalmente, la muerte casi segura de mi esposa Henory y de mis hijos, porque en el momento en que perdí el sentido no habia visto salir á mi esposa del albergue del carro, donde suponía que se habia dado muerte despues de darla á nuestros dos hijos; despues de recordar tan horribles escenas, exhalé á pesar mio un doloroso grito de desesperacion al verme solo aquí, mientras los míos estaban en otro mundo, y para huir de la luz del dia, me acosté ocultando el rostro en la paja.

Enojaron mis gemidos á uno de los soldados medio embriaga-

(1) César, *De Bello Gall.* lib. III, c. XIV, XV.

dos, y surcaron mis espaldas varios latigazos descargados sin compasion y acompañados de imprecaciones. Olvidando el dolor por la deshonra, me incorporé de un salto á pesar de mi debilidad para arrojarme sobre mi verdugo, pero la cadena, bruscamente tendida con mi esfuerzo, me contuvo, y me hizo tropezar y volver á caer de rodillas. El carcelero se puso entonces á algunos pasos lejos de mí y redobló los latigazos descargándolos en la cara, en el pecho y en la espalda. Acudieron otros, se arrojaron sobre mí y me sujetaron las manos con esposas.

(Hijo mio, para quien escribo esto, cumpliendo la última voluntad de mi padre, no olvides jamás... ni olviden tus hijos este ultrage, el primero que ha sufrido nuestra raza. Vive para vengar tan horrible ultraje... y si sucumbes, lega á tus hijos la venganza!)

Sujetos los piés con la cadena, las manos con las esposas, y no pudiendo moverme, no quise divertir á mis verdugos con mi furor impotente, y cerrando los ojos, permanecí inmóvil sin espresar cólera ni dolor mientras los carceleros me castigaban con encarnizamiento porque les irritaba mi calma. Sin embargo, los golpes cesaron despues de haberles dicho una voz algunas palabras de reprension en lengua romana; abrí entonces los ojos y ví tres nuevos personajes, uno de los cuales gesticulaba con ademán de enojo, y hablaba precipitadamente á los soldados designándome de vez en cuando. El que al parecer se interesaba por mí era un hombrecillo pequeño y regordete, de rostro encendido y barba canosa y puntiaguda; vestia una corta túnica de lana parda, llevaba calzado de piel de gamo y botines de cuero, y no seguia en su trage la moda romana. Le acompañaban dos hombres: el uno vestia una larga toga negra y tenia el aspecto grave y siniestro, y el otro llevaba un cofrecillo debajo del brazo. Mientras estaba mirándoles, el anciano que estaba encadenado junto á mí, me designó con la mirada al hombrecillo regordete, de rostro encendido y barba canosa, que estaba hablando con los soldados, y me dijo con acento de ira y repugnancia:

— ¡El *chalan*!... el *chalan*!

— ¿Qien? dije no entendiéndole; ¿qué *chalan*?

— El que nos compra; los romanos dan este nombre á los mercaderes de esclavos.

— ¡Como!.. ¿ compra los heridos? pregunté al anciano con sorpresa, ¿ compra los moribundos?

— ¿ Ignoras acaso que despues de la batalla de Vannes, me res-

pondió con su sonrisa sombría, quedaron mas muertos que vivos y ni un solo galo sin herida?... Los mercaderes de esclavos que siguen el ejército romano se arrojaron, pues, sobre los heridos á falta de otra presa mejor, como los cuervos sobre los cadáveres.

Entonces no dudé ya que era esclavo. Me habian comprado é iba á ser vendido otra vez. El chalan dejó de hablar á los carceleros, se acercó al anciano, y le dijo en lengua gala, pero con un acento que indicaba su origen extranjero:

— *Hueso y piel* ¿qué ha hecho tu vecino? ¿Ha despertado por fin de su modorra? ¿Ha hablado ya? ¿se ha movido?

— Pregúntale, dijo bruscamente el anciano volviéndose al otro lado, y te responderá.

El chalan se acercó entonces sin manifestar enojo y dando á su rostro naturalmente jovial una espresion bondadosa. Se inclinó, apoyó las manos en las rodillas, se sonrió y me dijo hablando precipitadamente y haciéndome preguntas á que respondia por mi:

— ¿Es decir que has recobrado el conocimiento? Me alegro, *Toro*, me alegro. Mejor... tanto mejor! Por Júpiter! es un buen augurio... ¿Se despierta ya el apetito? ¿Si? Mejor... mejor! Antes de ocho dias no te conocerá la madre que te parió. ¿Te han maltratado esos borrachos? No hagas caso... son unos bárbaros... unos estúpidos... El vino de las Galias los ha embrutecido... No hagas caso. ¡Maltratarte... maltratarte cuando apenas pueden sostenerte las piernas... sin contar con que la cólera produce fatales resultados en un galo..! Pero tu no te has encolerizado... ¿es verdad? No. Mejor... tanto mejor... Yo soy el que debo estar enojado con esos borrachos. Si tu sangre encendida por el furor te hubiera ahogado... ¡qué lástima! Pero esos imbéciles se cuidan tan poco de hacerme perder veinte y cinco ó treinta monedas de oro que podré sacar de tí, buen *Toro*..! Sin embargo, para mayor seguridad voy á trasladarte á otro sitio donde estarás solo y mejor que aquí... Lo ocupaba un herido que ha muerto esta noche... un precioso herido... un magnífico herido! Ha sido una pérdida dolorosa... Ah! ¿crees que todo es ganancia en el comercio? Sígueme!

Y separó la cadena del poste empujando un resorte secreto. No pregunté porque me llamaba siempre *Toro*, pero hubiera preferido el látigo de los carceleros á la jovial locuocidad del mercader de carne humana. Estaba cierto de que no era un sueño lo que veia, pero apenas podia dar crédito á mis ojos. Como no podia resistirme, se-

guí á aquel hombre : así no veria mas á los carceleros que me habian maltratado y cuya presencia encendia mi sangre. Hice un esfuerzo para levantarme porque estaba aun muy débil. El chalan cogió la cadena por un extremo , y como tenia las manos sujetas con las esposas , el hombre de la toga negra y el que llevaba el cofrecillo , me dieron el brazo y me condujeron al extremo del cobertizo , y despues de hacerme subir algunos escalones , me introdujeron en un reducido aposento que recibia la luz exterior por una ventana cubierta de rejas. Dirigí por ella una mirada, y reconocí la plaza mayor de la ciudad de Vannes , y á lo lejos la casa á donde habia ido muchas veces á ver á mi hermano Albinik el marino y á su esposa Meroe. Ví en mi nueva cárcel un banco , una mesa y un ancho arcon lleno de paja y que habia servido de lecho al esclavo. Me hicieron sentar primeramente en el banco , y el de la toga negra , que era un médico romano , examinó mis heridas , sin dejar de hablar con el chalan en lengua romana , sacó diferentes bálsamos del cofrecillo que llevaba su compañero , me curó y salió á visitar á los demás esclavos , despues de ayudar al chalan á atar mi cadena al arcon que me servia de lecho.

Quedéme entonces solo con mi *amo*.

— ¡ Por Júpiter! me dijo con el ademan satisfecho y gozoso que me repugnaba , tus heridas se cicatrizan admirablemente ; lo cual demuestra la pureza de tu sangre , y como dice el hijo de Esculapio , con sangre pura no hay heridas. ¿ Gracias á los dioses que has recobrado la razon , querido *Toro* ! Supongo que responderás ahora á lo que te pregunte. Si ? Pues en ese caso , escúchame con atencion...

Y sacando del bolsillo su libro de memoria compuesto de hojas endurecidas con cera y un estilo para escribir , el chalan me dijo :

— No te pregunto como te llamas , porque no tienes otro nombre que el que te he dado y que te mudará indudablemente tu nuevo amo. Te llamo *Toro*... ¿ es verdad que te gusta el nombre ? ¿ Lo apruebas ? Bien... mejor.

— ¿ Porqué me llamas *Toro* ?

— ¿ Y porqué llamo *Hueso y piel* al anciano que ha sido hasta ahora tu vecino ? Por que todo él no es mas que hueso y piel en tanto que tú , prescindiendo de las heridas ; qué temperamento tienes tan escelente ! ; qué pecho ! ; qué hombros ! ; qué miembros tan robustos !

Y el chalan se frotaba las manos , me miraba con satisfacion y codicia pensando en el precio á que me venderia.

— ¿Y qué diremos de la estatura? Escede de un palmo á la de los cautivos mas robustos que he comprado... Así pues, al verte tan robusto te puse el nombre de *Toro*... nombre que llevas en mi inventario y en tu número, y con el cual te llamarán en la subasta.

Sabia que los romanos vendian sus prisioneros á los mercaderes de esclavos, que la esclavitud era horrible, que una madre hacia bien en matar á sus hijos para librarlos del cautiverio, y que el esclavo se convertia en una acémila; lo sabia, y sin embargo, mientras el chalan me anunciaba mi deshonra, me pasaba la mano por la frente y me palpaba como para cerciorarme de que era yo... yo, Guilhern, hijo de Joel, el bren de la tribu de Karnak, yo... de familia altiva y libre, el que trataban como un buey destinado al mercado. Semejante baldon, la vida de esclavo me pareció tan insoponible, que me tranquilicé al resolverme á huir á la primera ocasion que se me presentase ó á matarme para ir á reunirme con los míos... Este proyecto me tranquilizó. No abrigaba esperanza ni deseo de saber si mi mujer y mis hijos se habian libertado de la muerte en el carro de guerra, pero al recordar que no habia visto salir á Henry, á Sylvest ni á Siomara del reducto del carro, dije el chalan:

— ¿Dónde me has comprado?

— Donde hacemos siempre las compras, querido *Toro*, en el campo de batalla... despues del combate.

— ¿Es decir que me compraste en el campo de batalla de Vannes?

— Allí... es cierto.

— ¿Y me recogiste sin duda en el sitio donde caí?

— Si, estabas en un monton de galos, donde solo pudo recoger cuatro, incluso aquel viejo, tu vecino... ¿te acuerdas? *Hueso y piel*, que los arqueros cretenses me regalaron. Los galos os dejais matar de tal modo, lo cual, de paso sea dicho, es ¡por Júpiter! una enorme necesidad, que despues de una batalla no se encuentran por un ojo de la cara esclavos vivos y sin heridas... Como mi capital no es muy crecido por desgracia, solo puedo comprar heridos. Mi colega, el hijo de Esculapio, me acompaña cuando visito el campo de batalla, examina las heridas y me dirige en la eleccion. ¿Sabes lo que me dijo el digno médico á pesar de tus dos heridas y tu desmayo, despues de haberte examinado atentamente? «Cómpralo, amigo mio, cómpralo; solo están interesados los músculos, y como sus heridas no rebajarán el valor de la mercancía, podrás venderlo sin temor de que te hagan reclamaciones.» Entonces, ya se ve...

como buen chalan que sabe su oficio, dije á los arqueros cretenses empujándote con la punta del pié: «No quiero este cadáver por que solo es un monton de carne y huesos.»

—Cuando compraba bueyes en el mercado, dije al chalan mofánme de él, por que cada vez estaba mas tranquilo sabiendo que el hombre recobra la libertad con la muerte, cuando compraba bueyes en el mercado, era menos diestro que tu.

—Oh! yo soy viejo en el oficio, y no me engañan tan fácilmente, de modo que los arqueros cretenses me respondieron al ver que te despreciaba: «¿Cadáver dijiste? ¿no adviertes que esas heridas no son mas que rasguños? — ¡Rasguños, señores míos! les respondí ¿no veis que por mas que le pateo y le muevo (y te empujaba en tanto con el pié), no da señales de vida? ¿No veis que está espirando, nobles hijos de Marte? Está frio... frio como un mármol.—En una palabra; te adquiriré por dos monedas de oro...

—No me parece muy caro. ¿Y á quien volverás á venderme?

—A los negociantes de Italia y de la Galia romana del Mediodía que nos compran los esclavos de segunda mano. Ya han llegado algunos.

—¿Y me llevarán muy léjos?

—Si, á no ser que te compre alguno de los oficiales veteranos que, no siendo ya útiles para la guerra, van á fundar aquí colonias militares por mandato de César...

—¿Y á apoderarse de nuestros campos?

—Naturalmente. Espero, pues, sacar de tí veinte y cinco ó treinta monedas de oro al menos, y tal vez mas si tienes algun oficio útil como herrero, carpintero, albañil ó platero. Por este motivo te hago preguntas para apuntarte en mi libro de compras y ventas. Así pues, decíamos...

Y el chalan volvió á sacar su libro de memoria en el cual escribia con el estilo.

—¿Te llamas... Ah! ya... *Toro, raza gala bretona*. No necesito preguntártelo... un negociante como yo lo conoce á primera vista... y no soy tan necio que tome á un breton por un borgoñon, ó á un poitevin por un marsellés... ¡He vendido tantos galos... especialmente el año pasado despues de la batalla del Puy! ¿Qué edad tienes?

—Veinte y nueve años.

—*Edad veinte y nueve años*, escribió en su libro de apuntes. ¿Qué oficio?

— Labrador.

— Labrador! repitió el chalan con un gesto de disgusto rascándose la oreja con el estilo. ¿No eres mas que labrador? ¿no tienes otro oficio?

Soy tambien soldado.

— Soldado!.. soldado que lleva carcan no toca en su vida lanza ni espada. Así pues, añadió el chalan suspirando y volviendo á leer su apunte:

«Número 7. Toro, raza gala bretona, robusto, elevada estatura, de veinte y nueve años de edad, escelente labrador.

— ¿Qué genio tienes? me preguntó.

— ¿Qué génio?

— Si; ¿qué génio tienes? ¿eres rebelde ó dócil? ¿despejado ó torpe? ¿violento ó pacífico? ¿jovial ó taciturno? Los negociantes se enteran del genio del esclavo que compran, y aunque no estamos obligados á salir fiadores de lo que les decimos, se hace un mal negocio engañándoles. Veamos, pues, *Toro* ¿qué genio... qué carácter es el tuyo? Dí la verdad por tu propio interés... porque el amo que te compra la sabrá á la larga ó á la corta, y te hará pagar cara la mentira.

— Escribe, pues, lo que voy á decirte: El Toro de labranza ama la servidumbre, desea la tiranía y lame la mano que le castiga.

— Te chanceas... ¡la raza gala amar la servidumbre! Lo mismo que si dijéramos que el águila ó el gavilan aman la jaula...

— Pues en ese caso, escribe que el Toro cuando recobre las fuerzas hará pedazos á la primera ocasion su yugo, matará con sus astas al amo y huirá á los bosques á vivir libremente...

— Mas verdad hay en lo que dices ahora. Esos majaderos que te castigaban cuando llegué me han dicho que al primer latigazo te lanzaste como un leon contra ellos. Pero ya puedes conocer, querido *Toro*, que si te ofreciera á los compradores con la peligrosa nota que me das, no encontraria quien te quisiese. Ahora bien, aunque un honrado mercader no debe ensalzar con exceso su mercancía, tampoco debe despreciarla. Anunciaré, pues, tu carácter de este modo:

Y escribió estas palabras:

Genio violento y huraño á consecuencia de no estar habituado á la esclavitud porque es aun enteramente nuevo, pero que se suavizará empleando alternativamente la blandura y el castigo.

— Hazme un favor , le dije.

— ¿ Qué deseas ?

— Vuelve á leer la muestra que llevaré en el mercado.

— Voy á darte gusto , hijo mio. De este modo me aseguraré de que la muestra suena bien al oído , y voy á representar el papel de agente de las subastas. Leamos :

« N.º 7 , *Toro* , raza gala bretona , robusto , de elevada estatura , veinte y nueve años de edad , excelente labrador , genio violento y hurraño á consecuencia de no estar habituado á la esclavitud , pero que se suavizará empleando alternativamente la blandura y el castigo .

— He aqui lo que queda de un hombre cuyo único crimen consiste en haber defendido su pais contra César ! exclamé con amargura. ¿ Porqué no maté ese romano cuando lo tuve rendido y en mi poder ? ¡ Cuantas desgracias hubiera evitado á mi patria !

— ¿ Tú , valiente *Toro* , tú hiciste prisionero á César ? me preguntó con acento de mofa el chalan. Lástima que no pueda añadirse esa circunstancia en el cartel que llevarás en la subasta , porque á fe mia que no habian de escasear los compradores.

Me arrepentí de haber pronunciado delante del chalan palabras de pesar y de queja , y volviendo á mi primera idea que me hacia sobrellevar con paciencia la charlataneria de aquel hombre , le dije :

— Ya que me comparaste en el campo de batalla en el sitio donde caí ¿ no me dirás si viste allí un carro de guerra con cuatro bueyes negros , donde se veia una mujer ahorcada de la lanza junto con sus dos hijos ?.

— ¡ Sí lo ví !... exclamó el chalan suspirando tristemente ; sí lo ví ! ¡ Ah ! ¡ qué lástima de mujeres ! Contamos en aquel carro hasta once , todas hermosas , que hubieran valido cuando menos cuarenta ó cincuenta monedas de oro unas con otras , pero todas estaban muertas... absolutamente muertas. ¿ No es verdad que fué una lástima ?

— ¿ Y no quedó en aquel carro ninguna mujer... ningun niño con vida ?

— ¿ Mujeres ? Ah !.. no , ninguna... con gran dolor de los romanos , pero creo que quedaron dos ó tres niños , que habian sobrevivido á la muerte que querian darles aquellas feroces galas , tan furiosas como leonas...

— ¿ En donde están ? pregunté con ansiedad pensando en mis hijos que eran quizás los que habian sobrevivido , ¿ donde están esos niños ? Responde... responde !

— Ya te dije, querido *Toro*, que solo compro heridos. Alguno de mis compañeros los habrá comprado... así como otros niños, porque se encontraron algunos vivos en los demás carros... ¿Pero qué te importa que haya ó no niños para vender?

— Porque tenia un hijo y una hija en el carro, respondí con el corazón despedazado por el dolor.

— ¿De qué edad eran?

— La niña de ocho años... el niño de nueve...

— ¿Y tu mujer?

— Si no se encontró viva ninguna de las once mujeres del carro... no existe.

— ¡Qué lástima! que lástima! Tu mujer era fecunda, pues tenia ya dos hijos; Qué magnífico negocio se hubiera hecho con vosotros cuatro! ¡Cuanto dinero perdido!

Reprimí un movimiento de cólera contra aquel infame anciano, y respondí:

— ¿Se hubiera puesto en venta el toro con su hembra y sus hijos?

— Por supuesto. Ya que César va á distribuir vuestras haciendas despobladas á un gran número de sus veteranos, los que no se hayan reservado prisioneros se verán precisados á comprar esclavos para cultivar y poblar sus lotes de tierra, y precisamente eres de raza fuerte y rústica, por lo cual tengo esperanza de venderte ventajosamente.

— Escucha... mayor fuera mi alegría si supiera que mis hijos murieron como su madre, mayor que si supiera que estan destinados á la esclavitud. Sin embargo, si se han encontrado en los carros algunos niños que se libraron de la muerte, lo cual me asombra, tal vez estan mis hijos entre los que van á venderse ¿Como podré saberlo?

— ¿Y para qué quieres saberlo?

— Para no separarme de mis hijos.

El chalan se rió, se encogió de hombros y me respondió:

— ¿No me has oido? Por Júpiter! no te ocurra la manía de hacer el sordo, porque no darían por tí un óbolo... Te he dicho que no compro ni vendo niños...

— ¿Qué me importa?

— Y te aviso que de cien compradores de esclavos de trabajo rústico no se hallarian diez bastante locos para comprar un hombre solo con sus dos hijos, sin la madre, de modo que el ponerte en venta con

tus dos niños, si viven aun, me espondria á perder la mitad de tu valor gravando á tu comprador con dos bocas inútiles. ¿Entiendes lo que te digo?... Creo que no, porque me miras con aire atontado y huraño. Te repito que me hubieras obligado á comprar dos niños contigo en un lote, ó me los hubieran regalado como ese viejo *Hueso y piel*, pero mi primer cuidado hubiera sido venderlos aparte... ¿Me entiendes por fin?

Le entendia por fin, porque hasta entonces no habia pensado en semejante crueldad... ¡Qué idea mas horrible! Mis hijos podian ser vendidos, si vivian, lejos de mi... y esto me parecia imposible... espantoso... Mi corazon se ahogaba de dolor, y dije con acento suplicante al chalan:

— Me engañas... ¿qué harán de mis hijos? ¿Quién comprará unas pobres criaturas, unas bocas inútiles como dices?

— ¡Oh! los que comercian con niños tienen una parroquia á parte y segura. ¿Son hermosos tus niños?

— Si, respondí á pesar mio acordándome ¡ay! entonces de los graciosos rostros de mi Sylvest y mi Siomara que se parecian como dos gemelos y que habia besado por última vez antes de la batalla de Vannes. Ah! son hermosos... hermosos como su madre!

— Si son hermosos tranquilízate, buen Toro de labranza, porque se venderán facilmente. Has de saber que se anuncia la llegada del opulento y poderoso patricio Trymalcion, que viajaba por las colonias romanas del mediodia de la Galia, y que ha de llegar muy pronto á Vannes en su galera que es mas espléndida que un palacio. El patricio es aficionado á tener esclavos de todas las edades, especialmente de niños hermosos á quienes enseña á bailar y á tocar toda clase de instrumentos para que le diviertan.

Una idea horrible cruzó por mi mente. ¿Cual seria la suerte de mis hijos en poder de aquel patricio afeminado y poderoso? ¡Oh! no me atrevo á espresar todo el horror de mi presentimiento. No sentí ya entonces ira ni furor, no; sino un dolor tan agudo, un terror tan profundo, que me arrodillé en la paja, y tendí mis manos suplicantes á pesar de las esposas, hácia el chalan, y no encontrando palabras con que espresarme, vertí un torrente de lágrimas.

El chalan me miró con sorpresa, y me dijo:

— ¿Qué te sucede, Toro? ¿qué tienes?

— ¡Mis hijos! pude responder tan solo porque los sollozos ahogaban mi voz ¡mis hijos... si viven!

— ¿Tus hijos?

— Lo que acabas de decir... la suerte que les espera si los venden...

— ¡Como!... ¿por eso te alarmas?

— ¡Heso! ¡Heso! exclamé invocando á Dios y sollozando, piedad!

— ¿Te has vuelto loco? dijo el chalan. ¿Porqué te asusta la suerte que espera á tus hijos? Vamos; veo que sois unos bárbaros... unos estúpidos los galos. Has de saber que no puede figurarse una vida mas feliz, mas grata ni mas envidiable que la de los niños que bailan y tocan instrumentos para divertir á sus opulentos señores. Si vieras qué lindos... qué graciosos están con las mejillas cubiertas de afeites, la frente coronada de rosas, con sus vestidos flotantes y bordados de oro y sus ricos pendientes; si vieras las niñas especialmente...

No pude contener mi impaciencia; pasó ante mis ojos una nube sangrienta, y me lancé furioso y desesperado contra aquel infame, pero la cadena me hizo bambolear, y caí sobre la paja. Miré en torno mio, y no viendo un palo ni una piedra, en mi loco delirio, mordí la cadena como una fiera.

— ¡Qué galo tan bárbaro! exclamó el chalan encogiéndose de hombros y alejándose de mi lado. Ruje, salta y muerde la cadena como un lobo porque le dicen que sus hijos vivirán en la opulencia si son hermosos... ¿Qué dirias, pues, salvaje, si fueran feos ó contrahechos? ¿Sabes quién los compraria? Algun hechicero anheloso de leer lo porvenir en sus entrañas palpitantes.

— ¡O Heso! exclamé lleno de esperanza, permite que mis hijos tengan esa suerte á pesar de su belleza. ¡Oh! la muerte... la muerte para ellos, y que vayan á vivir en otro mundo con inocencia al lado de su casta madre.

— Amigo mio, dijo el chalan con enojo, no me habia engañado al decir que eres violento y bárbaro, pero temo que tienes otro defecto peor... es decir, inclinacion á la melancolía. He visto esclavos melancólicos como tú que se derritian como la nieve al sol de la primavera, y se quedaban secos como pergaminos con gran perjuicio de su posesor. Así pues, considera lo que haces, advierte que aun pasarás quince dias antes que te saque al mercado, y que estoy pronto á cuidarte como un hijo para que te presentes sano y robusto. Para conseguirlo no repararé en darte buen alimento y cuantas comodidades apetezcas, pero si no secundas mis esfuerzos, si por el contrario te enflaqueces, y lo que es peor, empiezas

á lloriquear y á desconsolarte , es decir, á desmejorar pensando continuamente en tus hijos, en vez de honrar mi mercancía como es obligacion de todo esclavo celoso del interés de su amo, tén cuidado, tén cuidado porque no soy novicio en el comercio.

El llanto me ahogaba mientras el chalan me dirigia tan grotesca reprension con su verbosidad repugnante.

— He comprado esclavos en muchos paises, y he domesticado fieras mas terribles que tú. He convertido *sardos* y *dálmatas* que parecian leones en mansos y dóciles corderos (1). Juzga, pues, cual será mi habilidad. Te aconsejo por consiguiente que no te empeñes en causarme perjuicio enflaqueciendo, porque así como soy blando y clemente y no recurro al castigo hasta que no veo otro remedio, cuando apelo al látigo, los rebeldes guardan para toda su vida las huellas de mi mano, y sabrás lo que pasa en el *ergástulo* (2). Medita despacio lo que te digo. Se acerca la hora de comer: el médico asegura que puedes tomar ya algun alimento sustancioso, y van á traerte gallina cocida, carnero asado, buen pan y escelente vino. Sabré si has comido con apetito y con ánimo de restablecer tus fuerzas en vez de perderlas lloriqueando. Así pues, come... es el único medio de convalecer mas pronto. Come, que no te faltarán guisados apetitosos... Es preciso que comas mucho porque estás bastante flaco y solo faltan quince dias... ¿lo oyes? solo quince dias... Reflexiona ahora lo que te aconsejo, y ruega á los dioses que te inspiren una resolucion prudente, pues de lo contrario ¡ay de tí! ¡ay de tí!

Y el chalan terminó su peroracion y me dejó solo en aquel estrecho aposento.

(1) Los mercaderes de esclavos decian: Timido como un frigio, vano como un moro, mentiroso como un cretense, indócil como un sardo, feroz como un dálmata, manso como un jonio, etc. (Vallon, *Historia de la esclavitud en la antigüedad*, t. II, p. 65.)

(2) Especie de subterráneos donde encerraban á los esclavos.

CAPÍTULO VI.

La noche del suplicio.— Los ancianos de la tribu de Vannes.— El verdugo moro.— La ejecucion.—Últimas palabras de un bardo y de dos druidas — La vispera de la subasta.— Filtro mágico.— Guilhern se cree victima de los sortilegios del chalan.— El mercado de esclavos.— *La jaula*.— Venta de Guilhern.— Las cautivas galas.— El noble señor *Trymalcion*.— Los niños en la subasta.— Sylvest y Siomara, hijos de Guilhern.— Desaparece el encanto de que se creía victima Guilhern.— Se acuerda del perro de guerra *Deber-Trud*, el devorador de hombres.

A no ser por mis hijos me hubiera dado muerte antes de salir el chalan estrellándome la cabeza contra las paredes de mi cárcel ó negándome á tomar alimento. Muchos galos se habian libertado de la esclavitud con este medio desesperado, pero no podia morir hasta saber si vivian mis hijos, y en este caso era forzoso resignarme á existir para hacer cuanto estuviera en mi mano y arrancarles del destino que les amenazaba. Principié por examinar mi cárcel para ver si cuando llegase á recobrar las fuerzas tendria alguna probabilidad de huir... Estaba formada por tres paredes de piedra y otra de madera reforzada con maderos, donde estaba la puerta que se cerraba exteriormente con un fuerte cerrojo, y las rejas que obstruian la ventana dejaban entre sus recias barras espacios demasiado estrechos para abrirme paso. Examiné la cadena y sus eslabones, uno de los cuales estaba sujeto á mi pierna y el otro á las barras trasversales del arcon que me servia de lecho, y me era imposible romperla aunque hubiera recobrado todas las fuerzas. El hijo de Joel, el brenn de la tribu de Karnak, se vió reducido entonces á recurrir á la astucia, á grangearse el afecto y la confianza del chalan para que le diera noticias de mi Sylvest y mi Siomara. Para conseguir mi intencion debia restablecerme y disimular la tristeza que me inspiraba la suerte de mis hijos. Temí que no me seria posible fingir porque la raza gala no sabe engañar ni mentir, pero ¿de qué no es capaz el amor de padre?

Aquella noche presencié un espectáculo tan triste como grandioso que reanimó mi valor y derramó en mi alma el bálsamo del consuelo. Cuando las sombras invadieron el espacio, oí el rumor de una legion de caballería que con paso acompasado entraba en la plaza mayor de Vannes que podia distinguir desde la angosta ventana de mi cárcel.

Miré, y he aquí lo que ví.

Dos cohortes de infantería romana y una legion de caballería formadas en batalla rodeaban un grande espacio en cuyo centro se alzaba un tablado, y sobre este tablado se veia en pié cerca de un tajo y con una hacha en la mano un moro de gigantesca estatura, de tez bronceada, ceñidos los cabellos con una cinta de color de escarlata, los brazos y las piernas desnudos, y vestido con una chaqueta y unos calzones de piel curtida y llena de manchas ennegridas de sangre.

Oí resonar á lo léjos los prolongados clarines de los romanos que tocaban una marcha fúnebre. El sonido se fué acercando lentamente; una de las cohortes formadas en la plaza abrió sus filas; entraron los clarines romanos precediendo á los legionarios cubiertos de hierro, y detrás aparecieron varios prisioneros de nuestro ejército atados de dos en dos. Mas de un tiro de honda me separaba de aquellos desventurados, y á tanta distancia no podia distinguir sus facciones á pesar de mis esfuerzos, pero no ví entre ellos á mis hijos. Entre los cautivos que llegaron al pié del cadalso, reconocí por su ademan noble y resuelto y sus cabellos canos á los gefes de la ciudad y de la tribu de Vannes. Todos eran ancianos respetables. Distinguíanse entre ellos dos druidas y un bardo del bosque de Karnak, pues se reconocian los primeros por sus largos mantos blancos y el segundo por su túnica con listas de color de púrpura. Apareció por fin otra cohorte de infantería romana, y César á caballo y rodeado de sus oficiales entre dos escoltas de caballería númida. Conocí al conquistador de las Galias por la armadura que llevaba cuando con el auxilio de mi hermano Mikael le cogí prisionero. ¡ Ah ! ¡ cual maldije entonces mi estúpido asombro que salvó al enemigo de mi patria !

César se paró á corta distancia del tablado é hizo una señal con la mano derecha. Subieron entonces los ancianos, el bardo y los dos druidas al cadalso con paso tranquilo, y uno tras otro pusieron el cuello sobre el tajo, y una tras otra cayeron sus cabezas venerables bajo el hacha del moro á los pies de los prisioneros que presenciaban la ejecucion.

El bardo y los dos druidas fueron los últimos que murieron. Se abrazaron por postrera vez, alzaron los ojos y las manos al cielo, y pronunciaron con voz robusta las palabras que dijo Hena, la vírgen de la isla de Sen, en el momento de su sacraficio voluntario en las piedras de Karnak :

« ¡ Heso... Heso ! por la sangre que va á derramarse, clemencia para la Galia !

« ¡ Galos , por la sangre que va á derramarse , victoria á nuestras armas !

Y el bardo añadió :

« El gefe de los cien valles vive aun... esperad en su valor !

Y todos los cautivos galos, hombres mujeres y niños , que presenciaban el suplicio repitieron á coro las postreras palabras de los druidas , aclamándolos con voz tan robusta que sus ecos vibraron en las paredes de mi cárcel.

Despues de este canto supremo , los druídas y el bardo pusieron sus cabezas en el tajo que rodaron como las de los ancianos de Vannes (1).

Todos los cautivos entonaron entonces con voz tan amenazadora el canto de guerra de los bardos : « ¡ Al romano ! hiere... hiere , galo ! Mata al romano ! » que los legionarios bajaron las lanzas y acorralaron á los cautivos en un círculo de hierro para imponerles silencio. Pero el inmenso clamor de nuestros hermanos resonó en los calabozos donde estaban los heridos , y todos respondiámos gritando :

« ¡ Al romano ! mata al romano !

Tal fué el fin de la guerra de Bretaña , de aquel heróico esfuerzo terminado con la batalla de Vannes. Heso nos castigó por nuestras discordias , y no escuchó las súplicas que le dirigieron los druidas desde las piedras de Karnak , ni recibió propicio la sangre vertida por mi hermana Hena. Pero aun existia el jefe de los cien valles y no era completo el triunfo de Roma.

¡ Heso... Heso ! no despedazaban tan solo mi corazon las desgracias de mi patria... mas amargo era el dolor que me causaba la desventura de mis hijos.

Me resigné á mi suerte y recobré lentamente las fuerzas , esperando de dia en dia que el chalan me diese noticias de Sylvest y de Siomara... Se les habia descrito con el afan que inspira á un padre y siempre me respondia que entre los niños cautivos que habia visto no se encontraba ninguno con las señas que yo le daba , pero que muchos mercaderes tenian la costumbre de ocultar á la vista de todo el mundo los esclavos de valor hasta el dia de la venta pública. Me dijo tambien que habia llegado á Vannes en su opulenta galera el noble y rico patricio Trymalcion que compraba niños y cuyo nombre me inspiraba tanto horror.

(1) « César creyó forzoso hacer un ejemplo severo ; condenó á muerte á todo el Senado y vendió los demás públicamente. » (Cæsar , de Bello Gallic. L. III, c. XVI.)

Pasados los quince dias de mi cautiverio llegó el momento de la venta.

El chalan entró en mi cárcel el dia anterior por la noche, y me trajo la cena. Dijo al mismo tiempo que queria obsequiarme con una copa de escelente vino.

— Amigo mio, me dijo con su jovialidad habitual, estoy contento de tí, te has mejorado admirablemente, no tienes ya aquellos necios arrebatos que tanto cuidado me daban por tí, y aunque no te ries ni estás muy alegre, cuando menos no lloras ni te desesperas. Vamos á apurar juntos este vino esquisito y brindaremos porque encuentres un buen amo.

— No; respondí, no beberé...

— ¿Porqué?

— El vino es amargo en la desgracia...

El chalan me miró con enojo.

— Correspondes con ingratitud á mis bondades. ¿No quieres beber? En horabuena... peor para tí. Tenia intencion de beber una copa deseándote un buen amo y otra anunciándote que verás muy pronto á tus hijos; pero ya que eres tan ingrato, callaré...

— ¿Qué dices? exclamé luchando con la esperanza y la angustia. ¿Sabes donde estan mis hijos?

— No... no lo sé, respondió bruscamente y levantándose para salir. Te niegas á recibir un obsequio de amistad, y te castigaré con el silencio.

— ¿Tu sabes donde están mis hijos?... Habla!.. te lo suplico... habla!

— Unicamente el vino desata mi lengua, y no me gusta beber sin que me acompañen. Eres demasiado orgulloso para apurar una copa con tu amo... Asi pues, duerme bien y hasta mañana.

Y dió algunos pasos hácia la puerta.

Temí enojarle negándome á ceder á su capricho, y especialmente perder la ocasion de recibir noticias de mis queridos hijos.

— Si lo exiges, le dije, beberé... beberé tan solo con la esperanza de volver á abrazar pronto á mis hijos.

— Mucho te haces de rogar, respondió el chalan acercándose y llenando dos copas. Recordé despues que la tuvo aplicada largo rato á los labios, pero no me fué posible asegurarme si habia bebido.

— ¡Ea! añadió, bebamos para solemnizar la ganancia que me espera.

— Si, bebamos con la esperanza de que pronto abrazaré á mis hijos. Apuré la copa y el vino me pareció excelente.

— He hecho una promesa, añadió el chalan, y la cumpliré. ¿No me dijiste que el carro en que estaba tu familia el dia de la batalla de Vannes tenia cuatro bueyes negros?

— Si,

— ¿No tenia cada buey una mancha blanca en la frente?

— Sí, los cuatro eran hermanos é iguales, respondí sin poder reprimir un suspiro al pensar en aquellos hermosos animales criados en nuestras praderas y que no cesaban de admirar mis padres.

— Aquellos bueyes llevaban collares de cuero con campanillas de bronce parecidas á esta, continuó el chalan sacando del bolsillo una campanilla.

La conocí; la habia fabricado mi hermano Mikael el armero y tenia la marca de todos los objetos que salian de sus manos.

— Esta es una de las campanillas que llevaban nuestros bueyes, le dije. ¿Me la quieres dar? No tiene ningun valor.

— ¡Como! me respondió riendo; ¿quieres ponerte campanillas en el cuello, querido Toro? Estás en tu derecho... Tómala. La habia traído unicamente para saber si pertenecia á los collares de los bueyes del carro de tu familia.

— Si, dije guardando la campanilla en el bolsillo como el único recuerdo que debia quedarme de lo pasado; si, aquellos bueyes eran los nuestros. Pero me pareció haber visto caer heridos uno ó dos bueyes en la pelea.

— No te equivocas; dos bueyes murieron en la batalla, y los otros dos, aunque levemente heridos, estan vivos y los ha comprado (lo he sabido hoy) uno de mis colegas que compró tambien los niños que quedaron en el carro. Son dos, un niño y una niña de ocho á nueve años, y los encontraron medio ahogados y con el lazo en el cuello, pero lograron salvarles.

— ¿Donde está ese mercader? exclamé trémulo de alegría é inquietud.

— En Vannes. Le verás mañana. Hemos sacado á la suerte nuestros puestos en el mercado y estaremos muy cerca. Si los niños que tiene para vender son tuyos, mañana los verás á tu gusto.

— ¡Estaré cerca de ellos?

— A unos doce pasos de distancia. ¿Pero porqué te llevas así la mano á la frente?

— No lo sé... Hace tanto tiempo que no he bebido vino tan fuerte, que el que me has dado me trastorna la cabeza, y hace algunos instantes que huye la luz de mis ojos, y siento un vértigo...

— Eso demuestra que el vino es generoso, respondió el chalan con estraña sonrisa.

Levantose despues, llamó á uno de los carceleros, salió y volvió á entrar con un cofrecillo debajo del brazo. Cerró entonces con cuidado la puerta, estendió un pedazo de lienzo delante de la ventana, para que ningun curioso pudiera observar desde la plaza, volvió á mirarme con atencion sin pronunciar una palabra, y abriendo el cofrecillo, sacó algunos frascos, esponjas, una pequeña vasija de plata que terminaba en un tubo encorvado y diferentes instrumentos, uno de los cuales me pareció de acero y muy afilado. Conforme seguia con la mirada al chalan, que no rompía el silencio, sentia en mi cerebro un aturdimiento estraño que aumentaba por momentos; mis párpados se doblaban bajo el peso de un sueño inesplicable, y me ví obligado á apoyar en la pared la cabeza que me pesaba de un modo estraordinario y no podia sostenerla.

El chalan me dijo riendo:

— Amigo mio, no te inquiete nada de lo que va á sucederte.

— ¿Qué me sucede? pregunté esforzandome en salir de mi estupor.

— ¿No sientes que el sueño se apodera de tí á pesar tuyo?

— Es verdad.

— ¿Que me oyes y no me ves, pero como si cubriera un velo tu vista y tu oido?

— Es verdad, murmuré porque la voz me iba faltando tambien, y todo se estinguia en torno mio sin sentir ningun dolor. Hize, sin embargo, un esfuerzo para preguntarle:

— ¿Porqué estoy así?

— Porque te he preparado para engalanarte.

— No te entiendo.

— Has de saber, amigo mio, que poseo ciertos filtros mágicos para adornar mi mercancía, de modo que aunque ahora estás completamente restablecido, la falta de ejercicio y de aire libre, la fiebre que te acarrearón las heridas, la tristeza que ocasiona por lo comun el cautiverio y otras causas que omito en honor de la brevedad, te han enflaquecido y marchitado la tez, pero con el ausilio de mis filtros, mañana tendrás la tez tan fresca y el rostro tan encarnado como si

acabases de dar un paseo por el campo en un dia de primavera. Esta apariencia no durará mas allá de uno ó dos dias, pero como confio ; por Júpiter ! venderte mañana , me importa un bledo que vuelvas á enflaquecer y á marchitarte cuando estés en poder de tu nuevo amo. Voy , pues , á dar principio á los preparativos de tocador desnudándote y untándote el cuerpo con este aceite , dijo el chalan destapando uno de los frascos (1).

Aquellos preparativos me parecieron tan deshonorosos para mi dignidad de hombre , que á pesar del entorpecimiento en que me hallaba , me incorporé y exclamé agitando las manos :

— No llevo hoy esposas... si te acercas te ahogo.

— Todo lo habia previsto , amigo mio , dijo el chalan vertiendo tranquilamente el aceite del frasco en un vaso donde empapó una esponja. Vas hacer vanos esfuerzos para resistirte... Me hubiera sido fácil atarte valiéndome de los carceleros , pero con tu violencia te hubieras hecho daño , y por vida mia que los cardenales y rasguños no son la mejor recomendacion de un esclavo en venta. ¡ Qué gritos hubieras lanzado ! ; qué batahola hubieras armado al ver que iba á afeitarte la cabeza !

Al oír tan insultante amenaza , que es el mayor ultraje que puede hacerse á un galo tan celoso de su cabello (2), reuní todas mis fuerzas para levantarme , y exclamé amenazando al chalan :

— ¡ Por Heso ! te mato si te atreves á tocar uno solo de mis cabellos.

— Oh ! tranquilízate , *Toro* , respondió el chalan enseñándome un instrumento cortante , tranquilízate , que no te cortaré solo un cabello... sino todos.

No pude sostenerme en pié , y vacilando sobre mis piernas como un ébrio volví á caer en la paja , mientras el chalan se reia á carcajadas y me decia sin cesar de enseñarme el instrumento de acero :

— Pronto va á quedar tu frente tan calva como la del gran César , á quien hiciste prisionero en la batalla de Vannes. Y el filtro mágico que has bebido va á ponerte á mi discrecion y tan inerte como un cadáver.

Y el chalan decia la verdad , porque estas son las últimas palabras

(1) Véase Vallon , *Historia de la Esclavitud*, t. II, p. 277.

(2) Los galos atribuian tanta dignidad á su cabello que se daba el nombre *Galia cabelluda* á todas las provincias del Norte y de Occidente (La Tour-d' Auvergne , *Origenes galos*.)

de que me acuerdo... Un sueño de plomo se apoderó de mi, y no sé lo que me pasó desde aquel momento.

Y tan horrible padecimiento no era mas que el preludio de un día de desesperación, cuyo horror aumentaba el misterio que aun lo rodea.

Si, los misterios de aquel día horrible de venta son aun impene- trables para mi, á no ser que los explique con los sortilegios del cha- lan, pues cuentan que muchos de ellos se dedican á la magia, aun- que los druidas mas venerados aseguran que la magia no existe.

El chalan me despertó temprano el día de la subasta porque dormia profundamente. Me acordaba de lo que me habia sucedido el día an- terior; mi primer movimiento fue llevarme ambas manos á la cabe- za, y me convencí de que estaba afeitada lo mismo que la barba. Grande fué mi aflicción, pero en vez de encolerizarme, como hubie- ra hecho el día anterior, no hice mas que derramar algunas lágri- mas mirando al chalan con temor... Sí, lloré delante de aquel hom- bre... si, le miré con temor!

¿Qué habia pasado por mi desde el día anterior? ¿Estaba bajo la influencia del filtro? No... habia desaparecido mi entorpecimiento; me sentia agil de cuerpo y sano de juicio, pero conocia que mi ca- racter se habia enervado, y que era tímido, humilde y ¿porqué no he de confesarlo? cobarde... si... cobarde! Yo, Guilhern, hijo de Joel, el brenn de la tribu de Karnak, miraba con timidez en torno mio, pareciendo que mi corazón habia perdido todo su vigor, y las lágrimas acudian á mis ojos así como antes me subia á la frente la sangre de la ira y del orgullo... Me asombraba tan inesplicable tras- formación, debida tal vez al sortilegio, y hasta en el día, en el mo- mento que te escribo esto, Sylvest, hijo mio, me asombro cuando lo recuerdo, porque no se ha borrado de mi memoria ninguno de los pormenores de aquel horrible día.

El chalan me miraba con silencio y aire de triunfo. Solo me ha- bia dejado los calzones, y estaba desnudo hasta la cintura. Me incorporé en mi lecho de paja, y me dijo:

— ¡Levántate!

Me apresuré á obedecer.

Sacó del bolsillo un espejo de acero, me lo entregó, y añadió:

— Mírate.

Me miré. A favor de los sortilegios de aquel hombre, tenia las mejillas sonrosadas y el rostro risueño como si no hubieran pesado

sobre mi y sobre los míos las más horribles desgracias; pero al ver por vez primera en el espejo mi cara y mi cabeza enteramente afeitadas en señal de servidumbre, volví á derramar amargas lágrimas, esforzándome en ocultarlas al chalan por temor de enojarle.

Le devolví el espejo, y tomó entonces una corona de hojas de haya y me dijo:

—Baja la cabeza.

Obedecí, y mi amo puso en mi cabeza aquella corona. Tomó después un pergamino donde se veían algunas líneas escritas en grandes letras latinas, y con dos cintas que anudó detras del cuello ató aquel cartel que colgaba delante de mi pecho. Arrojó sobre mis hombros una larga manta de lana, abrió el resorte secreto que unía mi cadena en el extremo del lecho, ató el extremo de la cadena á un grillete que me había puesto en el otro tobillo durante mi sueño, de modo que aunque encadenado por ambas piernas, podía andar á cortos pasos y atadas además las manos sobre la espalda.

Segun me mandó el chalan, le obedecí dócil y sumiso como el perro que sigue al amo, y bajé penosamente á causa de la escasa longitud de la cadena, la escalera que desde mi cárcel conducía al cobertizo. Encontré allí reclinados en la paja varios cautivos entre los cuales había pasado la primera noche, y cuya curacion no estaba sin duda bastante adelantada para salir al mercado. Otros esclavos, que tenían la cabeza afeitada como yo, llevaban tambien coronas de hojas de haya, carteles sobre el pecho, esposas en las manos y recios grilletes en los piés. Principiaron á desfilar bajo la vigilancia de los carceleros armados por una puerta que comunicaba con la plaza mayor de la ciudad de Vannes, donde se verificaba la subasta. Casi todos los cautivos me parecieron tristes, abatidos y sumisos como yo, y bajaban los ojos como personas que tienen vergüenza de mirarse. Entre los últimos conocí dos ó tres de nuestra tribu, y uno de ellos me dijo en voz baja al pasar por mi lado:

—Guilbern, estamos afeitados, pero los cabellos crecen lo mismo que las uñas.

Comprendí que el galo quería darme á antender que llegaría tarde ó temprano el día de la venganza, pero era tan inconcebible la cobardía que me enervaba, que hice ver que no entendía al cautivo por temor al chalan.

El puesto que ocupaba nuestro amo para la venta de sus esclavos no estaba distante del cobertizo donde había pasado la primera no-

che, y pronto llegamos á una especie de casilla formada con tres paredes de tablones, cubierta de un lienzo y con una capa de paja en el suelo. Al entrar ví otras casillas semejantes colocadas á derecha é izquierda de un largo espacio que formaba una calle, y por donde se paseaban los oficiales y los soldados romanos, los compradores ó revendedores de esclavos y otras gentes que seguian los ejércitos y que miraban á los esclavos encadenados en las casillas con burlona é insultante curiosidad. Mi amo me habia advertido que su puesto en el mercado estaba en frente de el de su compañero que poseia mis hijos, pero por mas que dirigí la mirada á su casilla que estaba enfrente de la nuestra, nada pude ver porque ocultaba un lienzo la entrada, y solo pude oír al cabo de algunos momentos imprecaciones y gritos penetrantes, mezclados con gemidos dolorosos lanzados por las mujeres que decian en lengua gala :

— ¡ La muerte... la muerte, pero no mas ultrajes !

— Esas necias mogigatas hacen las vestales porque las desnudan para enseñarlas á los compradores, me dijo el chalan que estaba á mi lado.

Me llevó entonces á lo interior de la casilla, y al pasar por entre los cautivos conté nueve, unos jóvenes, otros de mi edad y unicamente dos ancianos. Unos estaban sentados en la paja, con la cabeza inclinada sobre el pecho para evitar las miradas de los curiosos, otros acostados con la cara sobre el suelo, y algunos permanecian en pié lanzando en torno suyo miradas hurañas; los soldados, con el látigo en la mano y la espada al costado, vigilaban todas sus acciones.

El chalan me enseñó una jaula de madera que parecia una gran caja y me dijo :

— Amigo *Toro*, eres la perla, el diamante de mi lote. Entra en esta jaula. La comparacion que harian al verte los compradores rebajaria el valor de los demás esclavos, y como habil mercader, he pensado presentar al público primeramente lo que menos vale.

Obedecí y entré en la jaula, cuya puerta cerró el chalan. Podia permanecer en pié, y la abertura superior me dejaba respirar sin que me vieran.

Pronto se oyó la campana que anunciaba la subasta, y por todas partes se alzaron las destempladas voces de los agentes que anunciaban las pujas y de los mercaderes que ensalzaban sus esclavos é invitaban á los compradores á que entrasen en las casillas. Varios chalanes entraron á ver el lote de mi amo, y aunque no entendia

las palabras que les dirigia, adiviné por las inflexiones de su voz que se esforzaba en atraerlos mientras el agente anunciaba las pujas. De vez en cuando se oía un gran tumulto y los chasquidos del látigo, lo cual era ocasionado sin duda por la obstinacion de algunos de mis compañeros de cautiverio que se negaban á seguir al nuevo amo á quien habian sido adjudicados en la subasta. Me aterraba el valor que desplegaban los cautivos, porque no comprendia ya la resistencia y la audacia; y me hallaba sumido en mi cobarde inercia, cuando se abrió la puerta de mi jaula, y el chalan exclamó con ademán gozoso:

— Todo lo he vendido ya. ¡Por Mercurio! á quien prometo una ofrenda en reconocimiento del buen negocio que he hecho hoy, que creo haber encontrado para tí un escelente comprador.

Mi amo me mandó salir, y al cruzar la casilla no encontré ningun esclavo y me ví cara á cara de un hombre canoso, de rostro frio y severo, que vestia traje militar, cogeaba un poco, y se apoyaba en el baston de sarmiento que distingue á los *centuriones* en el ejército romano. El chalan me quitó de los hombros la manta de lana que me cubria quedando desnudo hasta la cintura.

Contemplábanme varios curiosos desde la puerta, y bajé los ojos de vergüenza y afliccion... no de ira.

El comprador me examinó detenidamente, despues de leer el cartel que llevaba colgado del cuello, respondiendo con ademanes de cabeza á lo que el chalan le decia en lengua romana con su verbosidad habitual.

El primer exámen pareció satisfacer al centurion porque el chalan me dijo:

— Ya puedes estar orgulloso porque no te encuentran ninguna tacha... He dicho al comprador: «Confesad que los escultores griegos tomarian mi esclavo por modelo de una estatua de Hércules» Y me ha respondido que tenia razon. ¿Accederás ahora á probarle que tu fuerza y tu agilidad son dignas de tu soberbia estructura?

Mi amo me designó entonces un peso de plomo destinado para probar mis fuerzas, y me dijo desatándome los brazos:

— Toma este peso, levántalo sobre la cabeza y tenlo así suspenso todo el rato que puedas.

Iba á ejecutar su mandato con estúpida docilidad, cuando el centurion se bajó hácia el peso de plomo, y trató de levantarlo del suelo mientras el chalan me decia en lengua gala:

— Este pícaro cojo es tan zorro como yo; sabe que muchos mercaderes tienen para probar la fuerza de sus esclavos pesos huecos que parece que pesan dos ó tres veces mas de lo que pesan realmente. ¡Ea pues! demuéstrole que eres tan robusto como bien formado.

No habia recobrado aun todas mis fuerzas, pero cogí el peso, lo levanté sobre la cabeza, donde lo sostuve un momento, y abrigué entonces la vaga idea de arrojarlo sobre la cabeza de mi amo y dejarle muerto á mis piés, pero me acordé de mis hijos, y el amor paternal ahuyentó tan criminal idea.

El romano cojo espresó su satisfaccion.

— ¡Magnífico! ¡Muy bien! me dijo el chalan. ¡Por Hércules! ningún esclavo honró como tú á su dueño. Has demostrado tu fuerza; veamos ahora tu agilidad. Dos hombres van á sostener esta barra de madera á un codo de altura, y vas á saltar, aunque tengas los piés encadenados, sobre la barra con lo cual probarás la elasticidad de tus miembros (1).

Apesar de mis recientes cicatrices y del peso de la cadena, salté varias veces á piés juntos por encima de la barra con gran satisfaccion del centurion y del chalan.

— ¡Mil veces magnífico! añadió mi amo; has demostrado que eres tan agil y robusto como buen mozo. Falta ahora manifestar la inofensiva blandura de tu carácter. Dura es la prueba, pero confio que me dejarás airoso.

Y volvió á atarme las manos detrás de la espalda.

No comprendí desde luego lo que queria decir el mercader porque tomó un látigo de la mano de un carcelero, y designándome con el extremo del mango, habló en voz baja con el comprador. Este hizo un ademan de aprobacion, y el chalan se acercaba hácia mi, cuando el cojo tomó el látigo.

— El malicioso centurion no cree que seas de carácter humilde y resignado, pero va á llevarse un solemne chasco. No te alarmes, amigo mio, y continua haciendo honor á tu amo al probar que sufres con paciencia el castigo.

Apenas habia pronunciado estas palabras cuando el cojo me descargó en la espalda y en el pecho dos latigazos. Sentí el dolor, pero no la deshonra del ultraje, y prorumpí en amargo llanto arrodillán-

(1) Léase, acerca de las subastas de esclavos, la *Historia de la esclavitud en la antigüedad* por Wallon, t. II.

dome en actitud suplicante, mientras el chalan me miraba con sonrisa de triunfo.

El centurion dejó el látigo sorprendiéndole tanta resignacion en un galo, y miró al chalan quien con su ademan parecia decirle:

—¿Os habia engañado?

Mi amo me pasó la mano por el hombro con sonrisa cariñosa y añadió:

—Si eres un toro por la fuerza, eres un cordero por la mansedumbre. No me engañé el esperar en tu paciencia. Ahora voy á hacerte algunas preguntas acerca de tu oficio de labrador. El comprador pregunta donde vivias.

—En la tribu de Karnak, respondí exhalando un suspiro, donde cultivaba con mi familia los campos de mi padres.

El chalan repitió mi respuesta al centurion que manifestó al oirla tanto contento como sorpresa y dijo algunas palabras al chalan.

—El comprador pregunta, continuó mi amo, en qué sitio se hallan tu casa y la hacienda de tu familia.

—Cerca de las piedras de Karnak por el lado de oriente y en frente de Craig'h.

Al oir esta respuesta, fué tal el contento del romano que pareció no dar crédito á lo que se le decia porque el chalan añadió.

—Este cojo es tan desconfiado como malicioso, y á pesar de que le repito fielmente tus palabras, exige que le describas en la arena la posicion de las haciendas y de la casa de tu familia relativamente á las piedras de Karnak y á la orilla del mar. No sé el objeto de semejante capricho, pero á buen seguro que va á pagarlo caro. Haz lo que te manda.

Volvieron á desatarme las manos, cogí el mango del látigo, y describí en la arena, mientras el centurion miraba atentamente, la posicion de las piedras de Karnak y de la playa de Craig'h y despues el sitio de nuestra casa y nuestros campos.

El centurion palmoteó en señal de alegria; sacó una larga bolsa y de ella un gran número de monedas de oro que entregó al chalan, y despues de una prolija discusion sobre mi precio, se pusieron de acuerdo el comprador y el vendedor.

—¡Por Mercurio! me dijo el chalan, te he vendido por treinta y ocho monedas de oro, la mitad al contado y la otra mitad cuando el centurion venga á buscarte... ¿Me equivocaba al decir que serias la perla de mis esclavos?

Y añadió despues de hablar un momento con el centurion:

— Tu nuevo amo... y veo que tiene razon tratándose de un esclavo que se ha pagado tan caro, tu nuevo amo dice que no estás encadenado con bastante seguridad, y como desea sujetarte mas, vendrá á buscarte en carro.

Además de la cadena me pusieron en los piés dos enormes pesos de hierro que no me dejaban dar un paso, examinaron escrupulosamente mis esposas y grilletes, y me senté en un rincon de la casilla mientras el chalan contaba y volvía á contar el dinero.

En aquel instante se levantó el lienzo que cubria la entrada de la casilla de en frente, y ví en el fondo una jaula parecida á la que yo habia ocupado y donde debian estar mis hijos segun me habia dicho el chalan.

Las lágrimas acudieron á mis ojos. Sin embargo á pesar de la debilidad que me enervaba aun, al pensar que mis hijos estaban allí tan cerca, sentí que subia á mi cabeza un ligero calor, como un síntoma lejano aun de mi energía.

He aquí, hijo mio, lo que pasó entonces...

Tenia la vista fija en la jaula donde suponía que estabas con tu hermana, cuando ví entrar en aquella casilla un anciano magníficamente vestido. Era el rico y opulento patricio Trymalcion, tan gastado por los escesos como por los años. Sus ojos mustios y apagados como los de un cadáver parecian que no tenian miradas, y su rostro repugnante y arrugado, estaba cubierto de una capa de colorete; llevaba una peluca rubia rizada (1), pendientes adornados de diamantes, y un gran ramillete en el cinturon de su ancha túnica bordada que se veía debajo de su manto de felpa encarnada. Arrastraba penosamente los piés, y apoyaba las manos en el hombro de dos esclavos de quince á diez y seis años, vestidos con lujo, pero de un modo tan estraño y afeminado que se vacilaba en creerlos hombres ó mujeres. Otros dos esclavos de mas edad le seguian, sosteniendo el uno en el brazo el manto afelpado de su amo y el otro un vaso de oro (2).

El mercader de la casilla se apresuró á salir al encuentro del noble Trymalcion, le manifestó el mas profundo respeto, le dirigió al-

(1) Véase á Petronio relativamente á las costumbres de los romanos.

(2) Consúltense entre otros escritores romanos á Tácito, Marcial, Juvenal y especialmente á Petronio acerca de la horrible desmoralizacion de la Roma gentil, cuyo cuadro trazamos omitiendo lo que ofenderia los oidos cristianos.

gunas palabras, y despues ofreció un asiento que aceptó el anciano.

Trymalcion dijo algunas palabras al mercader, y este le enseñó con el ademan tres hermosas esclavas que derramaban copiosas lágrimas y se ocultaban el rostro con las manos. El noble y opulento señor contempló un rato las tres graciosas jóvenes galas cuya hermosura realzaba el pudor, y apartó la vista de ellas con desprecio.

Los esclavos del anciano y los romanos reunidos cerca de la casilla prorumpieron en una estrepitosa carcajada. El mercader indicó entonces al noble Trymalcion dos niños que estaban jugueteando en la paja, pero el anciano se encogió de hombros pronunciando palabras de desprecio que aumentaron la risa de los romanos.

El mercader, con la esperanza de contentar á tan exigente comprador, se dirigió á la jaula, la abrió, y ví salir tres niños cubiertos con velos blancos, siendo dos de ellos de la estatura de mis hijos y el otro de menos edad. Este fué el primero que descubrió el rostro á la vista del anciano, y reconocí á la hija de uno de nuestros parientes que habia sucumbido defendiendo nuestro carro de guerra. Aquella niña era flaca y fea, y el noble Trymalcion hizo al verla un ademan de impaciencia con la mano como si se enojara de que se hubiesen atrevido á presentarle un objeto tan poco digno de llamar su atencion. El mercader volvió á ponerla dentro de la jaula, mientras los otros dos niños permanecian en pié, delante del noble y con el rostro encubierto.

Presenciaba yo aquel espectáculo desde el fondo de la casilla del chalan, con los brazos atados detrás de la espalda, con dobles esposas de acero, con las piernas encadenadas y los piés unidos con un peso enorme. Creia que estaba aun bajo el imperio de un sortilegio, y sin embargo, mi sangre helada hasta entonces, empezaba á circular por mis venas con ardor; un vago estremecimiento agitaba á intervalos mi cuerpo, y conocia que recobraba el valor y la energía. No era yo solo el que se estremecia, pues las tres galas olvidaban su vergüenza y su desesperacion para sentir en su corazon un doloroso terror por la suerte de aquellos niños ofrecidos al anciano. Aunque estaban medio desnudas, ya no pensaban en ocultarse de las miradas licenciosas de los espectadores de aquella escena, y devoraban con la mirada con una especie de terror maternal los dos niños encubiertos, alzando al cielo las manos como para implorar su piedad.

Cayeron por fin los velos y os ví á los dos... á tí, Sylvest querido, y á tu hermosa hermana Siomara...

Ambos estabais pálidos y flacos, temblabais de frio y se pintaba el dolor en vuestros rostros inundados en lágrimas. Los largos cabellos rubios de mi hija caian sobre sus hombros, y no se atrevia á alzar la vista lo mismo que tú, y ambos estabais enlazados por la mano. A pesar del terror que desfiguraba el rostro de mi hija, se conservaba su pura é infantil belleza que atrajó la sonrisa del decrepito Trymalcion, que al verla, se levantó, tendió hácia ella sus manos descarnadas como para apoderarse de su presa, y enseñó al sonreir sus dientes amarillentos. Siomara retrocedió llena de terror y se asió á tu cuello convulsivamente. El mercader os separó, y la acercó al anciano. Este puso á mi hija sobre sus rodillas, dominó fácilmente los esfuerzos que hacia para huir de él lanzando gritos penetrantes y la devoró con su mirada mientras el mercader te sujetaba.

El anciano descubrió entonces los hombros de Siomara para ver si la robustez de mi hija correspondia á su belleza.

Y yo... el padre de las dos víctimas, que todo lo veia cargado de cadenas, yo... ¿qué hacia?

Al presenciar el crimen de Trymalcion... el mas execrable de los crímenes, ultrajar la castidad de un niño... las tres galas encadenadas hicieron un esfuerzo desesperado, aunque en vano, para romper sus cadenas, y prorumpieron en imprecaciones y gemidos.

El opulento Trymalcion terminó sin inmutarse su horrible exámen, dijo algunas palabras al mercader, y al momento uno de los carceleros volvió á cubrir los hombros de mi hija que estaba mas muerta que viva, la envolvió en un largo velo, y tomando en sus brazos tan ligera carga, se puso en pié dispuesto á seguir al anciano que sacó algunas monedas de oro para pagar al mercader. En aquel momento de desesperacion suprema, tú y tu hermana, pobres niños llenos de terror, exclamasteis como si creyerais que os podian oir y auxiliaros:

— ¡Madre mia! ¡padre mio!

Hasta entonces habia presenciado aquella escena respirando anhelosamente, delirante de dolor y de rabia, mientras triunfaba poco á poco luchando con todo el poder de mi corazon de padre contra los sortilegios del chalan; pero al oir vuestros gritos ¡*Madre mia!* ¡*padre mio!* rompiose del todo el encanto, recobré toda mi razon y todo mi valor, y vuestra voz me produjo tal sacudimiento, tal im-

petu de furor , que no pudiendo romper mis cadenas , me levanté , y con las manos atadas por la espalda y sujetos los piés con enormes grilletes , me lancé fuera de la casilla , y caí en dos saltos á piés juntos como un rayo sobre el opulento Trymalcion , que del empuje cayó debajo de mí. Entonces , no pudiendo valerme de las manos para ahogarle , le mordí en el rostro... donde pude... en la mejilla , cerca del cuello , y no solté la presa. Los chalanes y sus criados se arrojaron sobre nosotros , pero yo oprimia con el peso de mi cuerpo al asqueroso anciano , y no soltaba la presa. La sangre del libertino me inundaba la boca. Descargaron sobre mi latigazos , palos y piedras , pero no solté la presa , imitando á nuestro alano de guerra *Deber-Trud* , el devorador de hombres. No... lo mismo que él , no solté la presa hasta llevarme en los dientes un pedazo de carne del rico y noble Trymalcion , pedazo sangriento que escupí sobre su rostro livido , arrugado y agonizante.

— ¡Padre ! ¡padre ! exclamabas tú en tanto , hijo mio. Queriendo entonces acercarme á vosotros , me levanté aterrador , sí , aterrador , porque durante un momento se formó un círculo de espanto en torno del esclavo galo cargado de cadenas.

— ¡Padre ! ¡padre ! volviste á decir estendiendo hácia mí tus brazos á pesar de que el carcelero te sujetaba. Di un salto hácia tí , pero el mercader , que habia subido sobre la jaula donde habiais estado encerrados , me arrojó de pronto una manta sobre la cabeza , me cogieron al mismo tiempo por las piernas , y me ví tendido en el suelo y sujeto con mil lazos. Ataronme en derredor del cuello la manta que me cubria la cabeza y los hombros , hicieron en ella un ahugero para que pudiera respirar , y me trasladaron á la casilla donde me tendieron sobre la paja de modo que no podia hacer el menor movimiento.

Trascurrió largo rato , y oí al centurion que disputaba con calor con el chalan y el mercader que habia vendido á Siomara al opulento Trymalcion. Despues me dejaron solo en medio del mas profundo silencio.

Dos horas despues el chalan volvió á entrar en la casilla , se acercó á mí , y empujándome con el pié despues de quitarme la manta de la cara , me dijo con voz trémula de ira :

— ¡Malvado ! ¿sabes cuanto me ha costado el mordisco que has dado al noble y respetable Trymalcion ? Responde... ¿lo sabes , animal feroz ? Ese mordisco me ha costado veinte monedas de oro...

mas de la mitad de lo que me habian dado por tí, porque soy responsable de tus hazañas mientras estés en mi casilla, infame! De modo que he regalado tu hija al anciano. Se la vendieron por veinte monedas de oro, y yo las he sacado de mi bolsillo para pagar los perjuicios que has causado... Y aun asi he salido bien librado, fiera indómita!

—¿No ha muerto ese monstruo? ¡O Heso! no ha muerto! exclamé con desesperacion... y no ha muerto mi hija!

—Tu hija, raza maldita... tu hija se halla en poder de Trymalcion que se vengará en ella de tí. Asi me lo ha dicho con sonrisa maligna, y has de saber que los nobles romanos se vengan con encarnizamiento.

Solo pude contestarle con prolongados gemidos.

—Y no se reduce á eso todo, infame, sino que tambien he perdido la confianza del centurion á quien te he vendido, y que me echa en cara que le he engañado indignamente vendiéndole en vez de un cordero un tigre que devora á los mas nobles señores. De modo que quiere volver á venderte... ¡volver á venderte! como si hubiera quien consienta en comprarte despues de lo que has hecho. ¿Quién comprará un animal rabioso? Por fortuna habia recibido una parte del precio delante de testigos, y tendrá que tomarte el centurion. Ya se encargará él de domesticarte. Si, se quedará contigo, pero á fe mia que te hará pagar cara tu maldad. ¡Oh! no sabes la vida que te espera en el ergástulo... no sabes tampoco...

—¿Y mi hijo? pregunté al chalan interrumpiéndole y creyendo que por crueldad me responderia. ¿Le han vendido tambien?

—¡Vendido! ¿Crees tu que nadie lo quiera? ¡Vendido! Lo han dado por nada... lo han regalado porque eres fatal para todo el mundo, traidor. Tu furor y los gritos de ese aborto ¿no han dicho á todos que era hijo de un animal feroz? Nadie ha querido ofrecer por él ni un óbolo siquiera! ¿Quién comprará semejante lobezno? Iba á hablarte de tu hijo para alegrarte, pero has de saber que lo han dado gratis junto con una mocetona que será buena para dar vueltas á la rueda de un molino...

—¿Quién lo ha comprado? le dije ¿Qué van á hacer de mi hijo?

—Lo ha comprado el centurion... tu amo.

—¡Heso! exclamé no atreviéndome á dar crédito á lo que oia; ¡Heso!.. ¡qué bueno sois... qué misericordioso! Al menos estaré cerca de mi hijo...

— ¡Tu hijo cerca de tí! Veo que eres tan estúpido como malvado! ¿Crees acaso que tu amo se ha encargado de ese lobezno para darte gusto? ¿Sabes lo que me ha dicho? Oye pues. «Solo hay un medio de domar esa fiera que me has vendido, tramposo insigne.» (Mira como me tratan por tí, malvado!) «Ese salvaje ama tal vez á su hijo. Me quedo con él, le tendré seguro y me responderá de la debilidad de su padre. Asi pues, á la primera... á la menor falta que me haga, verá los tormentos que sufrirá su lobezno.»

No reparé en lo que me decia el chalan, pues estando seguro de verte ó saber de tí, hijo mio, me alentaba la esperanza de que tu vista me ayudaria á sobrellevar el horrible dolor que me causaba la suerte de mi pobre Siomara que, dos dias despues de su venta, habia partido de Vannes á bordo de la galera de Trymalcion que la llevaba á Italia.

• • • • •
Mi padre Guilhern no pudo terminar este relato.

La muerte... ¡oh! ¡qué muerte! le arrebató de este mundo el mismo dia que escribió estas últimas líneas...

Yo, Sylvest, continuaré la relacion de los padecimientos de mi familia para obedecer á mi padre, como él habia obedecido al suyo, el brenn de la tribu de Karnak.

Heso fué misericordioso para tí, padre mio, pues no permitió que supieras la historia de tu hija Siomara.

Voy á cumplir el doloroso deber de contarla.

EL COLLAR DE HIERRO

ó

FAUSTINA Y SIOMARA.

(AÑO 40 ANTES DE JESUCRISTO.)

CAPÍTULO PRIMERO.

Sociedad secreta de los *Hijos del Muérdago*.—Recepcion de Sylvest.—Juramento.—Plan de insurreccion de los esclavos.—Canto de los bardos sobre la muerte del *gefe de los cien valles*.

Yo, Sylvest, hijo de Guilhern, hijo de Joel, el brenn de la tribu de Karnak, he llegado á la edad de setenta y dos años en el momento que escribo este relato para cumplir la postrera voluntad de mi padre.

Mi esposa, *Loysa la parisiense*, mi hijo *Pearon* y su esposa *Koeny* han muerto esclavos, y solo existes tú, mi nieto *Kergan*, esclavo como tu abuelo.

Angustiosa es nuestra vida porque depende del capricho ó de la barbárie de los señores. ¡ Cuantas veces me pregunto cómo he podido sobrevivir á tanto dolor, á tantos pesares y á tantos peligros! Estoy espuesto á morir á la hora menos pensada, y no creí haber llegado á tan avanzada edad para obedecer el mandato de mi padre Guilhern. Durante mi vida habia escrito algunas páginas sueltas destinadas á mi hijo, pero habiendo muerto mi querido *Pearon*, te encargo que guardes este relato como un precioso recuerdo de familia.

Los acontecimientos que relato acontecieron cuando tenia veinte y siete años, bajo el reinado de *Octavio augusto*, emperador, diez y seis años despues de César, el conquistador de las Galias, que succumbió por ambicioso y perjuro bajo el puñal de *Bruto*.

Octavio Augusto reinaba en Italia y en Galia, nuestra patria, completamente dominada tras heróicas luchas.

Orange, una de las ciudades mas ricas de la Galia provenzal ó narbonesa, de que se apoderaron los romanos, y donde se hallan esta-

blecidos hace mas de doscientos años, ha llegado á ser una ciudad completamente romana por su lujo, sus costumbres y su depravacion. El clima es apacible como el de Italia en aquellas comarcas menos frias que nuestra Bretaña, reinan allí perpetuamente la primavera y el verano, y el limonero, el naranjo, el granado, la higuera y la adelfa se alzan entre las columnas de sus templos de mármol, construidos por los romanos desde que son señores de aquellas ricas provincias.

En una noche apacible y al fulgor de la luna, un hombre... no... un esclavo galo (porque tenia cortado el cabello y llevaba en el cuello un carcan de lustroso acero) salia de los arrabales de la ciudad de Orange. Dedicado al servicio interior de la casa de su amo, no iba encadenado como los esclavos del campo ó de la mayor parte de las fábricas.

Despues de pasar por delante del circo inmenso donde se dan los combates de gladiadores y están encerradas las fieras, los leones los elefantes y los tigres, cuyo olor se percibia desde léjos, el esclavo siguió largo rato los bosquecillos de adelfas y de limoneros en flor que rodean las suntuosas quintas romanas, pero se alejó de aquel risueño paisaje, cruzó con bastante peligro un torrente rápido y profundo, saltando de uno á otro varios enormes peñascos esparcidos por su cauce, llegó á la escarpada falda de un monte, se internó en un obscuro bosque, subió á la cima de un collado y bajó á un valle inculto, desierto, sin árboles ni verdor y tan peñascoso como el monte. El esclavo galo oyó á lo léjos, en medio del profundo silencio de la noche y de aquella soledad alumbrada por el resplandor de la luna, el paso precipitado de varios hombres en direcciones diversas y opuestas á la que habia seguido, y el sonido de las cadenas que algunos de ellos llevaban sujetas en el pié por un grillete. Despues de pararse un instante á escuchar, el esclavo apresuró su marcha, y llegó á la entrada de una gruta llena de tinieblas y cuya abertura era tan baja que tuvo que andar arrastrando para introducirse. Hacia algunos instantes que se arrastraba por la boca de la gruta cuando le dijo una voz en lengua gala en medio de las tinieblas:

— ¡Deten..! El hacha está levantada sobre tu cabeza.

— La rama de la encina sagrada me cubrirá con su sombra y me protegerá, respondió el esclavo.

— La rama de encina está marchita, añadió la voz; el viento de la tempestad arrebató sus hojas, y no puedes ya albergarte bajo su sombra sagrada. ¿Quién te protegerá?

— La rama de encina pierde las hojas en el invierno, pero el muérdago sagrado no se desnuda nunca de su verdor, dijo el esclavo; ocho ramas de muérdago me protegerán.

— ¿Qué significan esas ocho ramas de muérdago?

— Ocho letras.

— ¿Qué palabra forman esas ocho letras?

— LIBERTAD...

— Pasa.

Y el esclavo pasó arrastrándose, y como la entrada de la gruta se ensanchaba paulatinamente, pudo continuar andando encorvado y despues sin inclinar la cabeza, pero rodeado siempre de la mas profunda oscuridad.

Otra voz que salió de las tinieblas le dijo:

— ¡Deten..! el cuchillo está levantado sobre tu pecho.

— Ocho ramas de muérdago me protegen.

— El muérdago sagrado, respondió la voz, está brotando lágrimas, sudor y sangre.

— Esas lágrimas, ese sudor y esa sangre se trocarán algun dia en fecundo rocío.

— ¿Qué fecundará ese rocío?

— La independendencia de la Galia.

— ¿Quién vela sobre la Galia esclavizada?

— El Omnipotente Heso y sus druidas venerables que vagan por las selvas y se ocultan en las cavernas.

— ¿Cuál es tu nombre?

— *Bretaña.*

— ¿Quién eres?

— *Hijo del Muérdago.*

— Pasa.

El esclavo galo, despues de responder á las preguntas que se hacen á los *Hijos del Muérdago* cuando van á sus conciliábulos nocturnos, dió algunos pasos mas y se paró. La oscuridad era profunda, y aunque reinaba el silencio, se oian los movimientos de varias personas reunidas en aquel sitio y el sordo crugir de las cadenas que la mayor parte llevaban.

No tardó en oirse la voz de un druida que presidia la reunion secreta, y dijo entre las sombras:

— ¡*Auvernia!*

— Aquí está, respondió una voz.

— ¡Artois!

— Aquí está.

— ¡Bretaña!

— Aquí está, dijo el esclavo, y tras él respondieron á aquel llamamiento casi todas las provincias de Francia, que representaban en la reunion esclavos vendidos y conducidos de diversas comarcas á la Galia provenzal que habia convertido en romana la conquista.

Reinó despues un profundo silencio, y el druida continuó:

— Artois y Borgoña presentan un nuevo afiliado.

— Si... si, respondieron dos voces.

— ¿Habeis pasado por las pruebas de las lágrimas y de la sangre? preguntó el druida.

— Si.

— ¿Lo jurais por Heso?

— Por Heso lo juramos.

— Que él escuche y responda, dijo el druida; y añadió: Tú, que has venido aquí por vez primera ¿qué quieres?

— Ser uno de los *Hijos del Muérdago*.

— ¿Para qué?

— Para alcanzar justicia y la libertad que perdí, respondió el neófito.

— Y tu que pides justicia y la libertad que perdiste, dijo el druida, ¿has sido despojado por el extranjero? ¿trabajas bajo su látigo, la cadena en el pié y el carcan en el cuello?

— Si.

— Tu trabajo, que principia al alba y se prolonga con frecuencia hasta las altas horas de la noche, ¿enriquecen al romano que te compró como vil ganado? ¿Vive en la opulencia y la ociosidad mientras yaces en la miseria y la esclavitud?

— Si... trabajo, y el romano goza mientras yo padezco.

— ¿Pertenecian á tus padres los campos que cultivas hoy para el extranjero conquistador?

— Si.

— ¿Te se vedan los dulces y puros goces de la familia? ¿Te se ha prohibido la santidad del matrimonio? El romano, considerándote no como hombre sino como cosa ¿puede separar á su antojo el marido de la mujer y los hijos de la madre para venderlos y separarlos?

— Si.

— ¿Tus señores han arrastrado al vicio á tus hijos con violencia ó con halagos?

— Si.

— ¿Han proscrito tus dioses? ¿han perseguido á sus ministros?

— Si.

— ¿Puede el romano castigarte á su antojo, marcarte en la frente, mutilarte y torturarte á tí y á los tuyos? ¿Puede darte muerte en medio de los mas horribles suplicios porque así place á su crueldad?

— Si.

— ¿Quieres romper un yugo tan odioso?

— Si.

— ¿Quieres que la Galia, recobrando su independendencia, pueda honrar en paz sus héroes, adorar sus dioses y asegurar la ventura de todos sus hijos?

— Si, lo quiero... lo quiero.

— ¿Sabes que la empresa es larga y llena de peligros, pruebas y dolores?

— Lo sé.

— ¿Sabes que esponemos la vida? No digo la muerte, porque no se trata ya de salir de la vida con una muerte fácil y voluntaria para complacer á Heso, y de ir á vivir á otra parte al lado de los que hemos amado. No... no; la muerte no es temible para el galo, pero no puede sobrellevar la vida de esclavo, y para complacer ahora á Heso, es preciso que te resignes á vivir para recobrar lenta y penosamente la independendencia de nuestra raza... ¿Te resignas?

— Me resigno.

— ¿Juras por Heso, cualesquiera que sean los males que padezcáis tú y los tuyos, no atentar contra tu vida ni contra la suya, y esperar para salir de este mundo que te llame el ángel de la muerte?

— ¡Lo juro por Heso!

— ¿Juras acometer al romano y combatir hasta perecer cuando se dé el grito de guerra del norte al mediodia, y del oriente al occidente de la Galia?

— Lo juro.

— ¿Juras esperar con paciencia y resignacion el dia de la venganza, y de no empuñar el arma hasta que lo manden los druidas para que no se derrame en vano sangre preciosa?

— Lo juro.

— ¿Juras un odio común á los romanos y á los cobardes galos que, traidores á su pais, se han unido á nuestros opresores, para anaquilar nuestra raza, agotada por veinte años de luchas? ¿Odias á esos perjuros que han desertado de la causa de la independendia para gozar en paz sus riquezas bajo la proteccion de Roma, y que hoy mendigan el título de ciudadanos romanos?

— Juro odiarlos tanto como á los romanos y tratarlos como enemigos cuando se dé el grito de guerra.

— ¿Juras, aunque repugne á tu lealtad, valerte del disimulo y la astucia, únicas armas del esclavo, para adormecer á tu amo en la seguridad, para que el dia de la justicia se despierte aterrado?

— Lo juro.

— ¿Juras guardar el secreto y ocultar á tus amos las reuniones nocturnas de los *Hijos del Muérdago*? ¿Juras que sufrirás toda clase de tormentos antes que revelar la causa de tu ausencia de esta noche, y que mañana espiarás tal vez con el látigo y la cárcel?

— Lo juro.

— ¡Por Heso! Ya eres, pues uno de los valientes *Hijos del Muérdago* si los que están aqui presentes en la oscuridad te aceptan como yo por hermano.

Y todos aceptaron á coro al nuevo hijo del Muérdago.

Otro druida añadió entonces:

— Oid lo que voy á deciros todos los que os hallais aqui entre tinieblas: Lejana esta tal vez la independendia de la Galia, pero tambien próxima. Voy á daros una fausta nueva yo, *Ronan*, hijo de *Talyessin* que fué el mas venerado de los druidas de *Karnak*... piedras sagradas de donde salió... no lo olvideis jamás, el primer grito de guerra de la Bretaña; piedras augustas regadas con la sangre generosa de *Hena*, la vírgen de la isla de *Sen*, gloriosa vírgen gala cuyo esfuerzo y hermosura cantan aun los bardos en sus arpas de oro.

— ¡Oh! si... *Hena* es digna de elogio. Asi nos lo han enseñado los cantos de los bardos, dijeron varias voces. ¡Gloriosa sea la hija de *Joel*, el brenn de la tribu de *Karnak*!

— ¡Gloriosa sea la esforzada y casta vírgen que ofreció su sangre inocente á *Heso* para calmar sus iras!

— ¡Gloria á los cantos de los bardos, nuestro único consuelo en la servidumbre, porque cantan la grandeza de nuestros antecesores!

El esclavo galo no pudo contener las lágrimas, y aunque las der-

ramó en la sombra, brotaron á impulso de la ternura y el orgullo, porque Hena, celebrada tanto tiempo hacia por los cantos de los bardos, la vírgen de la isla de Sen, cuyo nombre y recuerdo se celebraba en aquella gruta, era hermana de Guilbern, padre del esclavo que lloraba... pues este se llamaba Sylvest, y era su abuelo Joel, el brenn de la tribu de Karnak.

El druida continuó de este modo :

— Lejana está tal vez nuestra independendia, pero tambien próxima. Yo, Ronan, hijo de Talyessin, llevo del centro de la Galia. He andado durante la noche y por el dia me he ocultado en los bosques y en las cavernas que sirven como esta para las reuniones secretas de los *Hijos del Muérdago*, porque en todo el pais se reúnen en secreto á pesar de los obstáculos y peligros. La union es nuestra fuerza y nuestra esperanza. Si; nuestra esperanza, añadió el druida. Abriguemos la esperanza. He aqui la fausta nueva; los romanos, tranquilizados con la aparente calma de las provincias desde las últimas guerras, van á enviar su ejército á Italia. Ya se ha puesto en marcha la vanguardia, y se dirige á la provincia donde nos hallamos para embarcarse en Marsella. El paso de este ejército por las comarcas que atraviesa, anunciará á los *Hijos del Muérdago* que se preparen á la guerra...

— Estamos preparados, exclamaron varias voces; llegue pronto ese instante.

— ¿ Y quién dará al mismo tiempo la señal de la guerra en toda la Galia desde el norte al mediodia y desde oriente al occidente? continuó el druida. Si ¿ quién dará esa señal, visible á los ojos de todos, á la misma hora y en el mismo instante? ¿ Quién? ¡ El astro sagrado de las Galias! Oid... oid. La luna entra hoy en su menguante. A medida que disminuya su órbita, el ejército dará un paso mas hácia el puerto de Marsella, porque están contadas sus jornadas... Cuando la luna haya llegado al término de su curso, los romanos estarán prontos á partir de la Galia, no dejando mas que una insignificante guarnicion...

— ¡ Y aquella noche oirá el grito de guerra toda la Galia! exclamó Sylvest en su impaciente entusiasmo.

— ¡ No... aun no! respondió el druida. Aunque los vientos son favorables en esta estacion, puede alzarse una brisa contraria y retardar la partida del enemigo.

— Y si corrieramos á las armas inmediatamente despues de em-

barcarse los romanos, dijo una voz, un buque velero podría alcanzar las galeras en alta mar y dar la órden para que regresaran las tropas.

— Es verdad, repuso el druida; es preciso dar tiempo á las tropas para que se alejen. No debe darse el grito de guerra hasta la noche en que aparezca la luna nueva. ¡ Oh! galos oprimidos, añadió el druida con acento inspirado, todos los que gemís en la esclavitud, os veo... os veo al acercarse esa noche suprema con los ojos alzados al cielo, con una sola mirada, esperando la señal que tantas veces esperaron tambien nuestros antepasados. Ya asoma... ya brilla la luna de oro en el azul del firmamento. Oigo entonces de un confín á otro de la Galia el ruido que hacen las cadenas al romperse y el grito de ¡ independencia y guerra!

— ¡ Independencia y guerra! repitieron los *Hijos del Muérdago* agitando sus cadenas.

— La guerra sin gefe y sin órden seria funesta y estéril, añadió el druida. ¿ Estareis prontos cuando llegue la hora de ser libres?

— Si, dijo un esclavo labrador; cuando llegue la noche de la ventura, los esclavos de los campos caerán sobre sus opresores.

— Respetando á los niños, á las mujeres, á los ancianos y á los indefensos, dijo el druida, porque aunque sean enemigos no somos sus verdugos.

— Hay mujeres que merecen la muerte tanto como los hombres, repuso una voz, porque les sobrepujan en ferocidad.

— Es cierto, añadieron varias voces; ¡ cuantas damas romanas rivalizan con los señores por sus escesos y su crueldad para con los esclavos!

— ¿ Perdonariais á Faustina? añadió la voz del hijo del Muérdago que fué el primero en hablar de la ferocidad de ciertas mujeres; ¿ perdonariais á Faustina de la ciudad de Orange? ¿ á esa noble dama cuya nobleza se remonta, segun dicen, hasta Juno, una de las divinidades de esos gentiles?

Cuando Sylvest oyó pronunciar el nombre execrado de Faustina, un murmullo de horror circuló entre los *Hijos del Muérdago*, y algunos exclamaron:

— No, no haya piedad para ella ni para los monstruos que se le parezcan. ¡ La muerte para las que han sacrificado á sus torpes caprichos la vida de tantos esclavos!

— Faustina y las que se le asemejan viven en el libertinage sin

respetar á Dios ni á la virtud , añadió el druída ; sus pasiones no tienen nombre en el lenguaje humano , y merecen el castigo. Os hablo de las mujeres , de los niños y de los ancianos , que aunque os persiguen con su crueldad y os hacen trabajar sin descanso por codicia , son débiles , sin defensa... No os mancheis con la sangre del que no se defiende.

— Los respetaremos, repitió el esclavo labrador , pero que no haya piedad contra los amos crueles y sus defensores. Los que vivimos aislados en los campos nos apoderaremos de las armas , los víveres y los carros , elegiremos un gefe y nos retiraremos á la aldea mas inmediata.

— Y en esta aldea , añadió un esclavo que era labrador y artesano , los esclavos de oficios ó de alquiler , que habrán dominado á la misma hora á los romanos , habrán tomado ya las armas y elegido un gefe , y acogerán á sus hermanos del campo y fortificarán su aldea hasta que llegue un aviso de la ciudad inmediata.

— Y en la ciudad , dijo entonces Sylvest , los esclavos de servicio , artesanos y alquilados en las fábricas se armarán , despues de sorprender y vencer á los romanos , y se formarán en compañías , eligiendo cada una un gefe los cuales elegirán otro superior. Ocuparán los puestos militares , cerrarán las puertas de la ciudad , y esperarán el aviso de la reunion suprema de los *Hijos del Muérdago*.

— Y no tardará ese aviso , dijo el druída , porque el consejo supremo se habrá reunido á la misma hora en el bosque de Chartres que se halla en el centro de la Galia. Sus avisos saldrán en todas direcciones y la union formará nuestra fuerza. El levantamiento se hará en masa para que podamos sostener una lucha suprema contra Roma si tratara de invadir nuevamente la Galia. Hallándonos todos unidos contra el enemigo no será dudosa la victoria , y la Galia recobrará su independendencia... Y llegará por fin ese dia anhelado en que podremos honrar en paz á nuestros héroes , adorar á nuestros dioses y asegurar la felicidad de la patria.

— ¡ Esperanza para la Galia ! exclamaron entonces los *Hijos del Muérdago*.

— ¡ Oh ! que llegue pronto esa noche ! dijo uno de ellos.

— Hijos , continuó uno de los druídas , no tengais impaciencia. Os han dicho que está próxima tal vez la independendencia de la Galia , pero tambien lejana. ¿ Quién sabe ? El ejército romano , puesto en marcha ya para partir á Italia , puede detenerse ó retroceder , y pro-

longar largos años aun su ocupacion. Hace treinta años que está vertiéndose en terribles luchas la sangre mas pura y generosa de las Galias, y aniquilados hoy, desarmados y encadenados, no debemos pensar en atacar á cielo descubierto ese innumerable ejército romano aguerrido y disciplinado... porque seriamos nuevamente vencidos. Si las tropas extranjeras frustraran nuestra esperanza quedándose en el pais, aplacemos nuestros proyectos, y hasta entonces... paciencia, hijos... paciencia, calma y resignacion. Sea nuestra fuerza imperecedera en la fe, en la justicia de nuestra causa. Pensemos la sangre vertida por nuestros padres, y sírvanos de consuelo el recuerdo de su martirio y su heroismo.

— Si, sírvanos de consuelo su recuerdo, exclamó un bardo con voz inspirada, porque los bardos cantaban antes de cerrarse las reuniones de los *Hijos del Muérdago* algun patriótico canto, que nos animaba el corazon, y cuyo final repetiamos en voz baja durante nuestros rudos trabajos y nuestras miserias para suavizarlos. Si, repitió el bardo, sírvanos de consuelo, de sosten y de orgullo su recuerdo. Oid, oid este canto inspirado por uno de los mas grandes héroes de la Galia... el *gefe de los cien valles* que César entregó al hacha del verdugo.

Quando se oyó el nombre del *gefe de los cien valles* un estremecimiento de orgullo patriótico circuló entre los *Hijos del Muérdago*, y Sylvest participó doblemente de este orgullo, porque se acordaba de que siendo niño, *VERCINGETORIX*, el *gefe de los cien valles*, se habia hospedado antes de la batalla de Vannes en casa de Joel, el brenn de la tribu de Karnak, su abuelo.

Y el bardo dió así principio á su canto :

« ¿ Cuántos guerreros galos han muerto desde la batalla de Vannes
 « hasta el sitio de Alais ? — Si... ¿ cuantos guerreros han muerto por
 « su patria durante cuatro años ? — ¿ Cien mil ? ¿ es mucho ? — No. —
 « ¿ Doscientos mil ? — No. — ¿ Trescientos, cuatrocientos mil ? — No,
 « es poco ; no, no es bastante. — Contad las hojas marchitas que
 « cayeron de nuestras encinas sagradas durante esos cuatro años,
 « y hallareis el número de los guerreros galos cuyos huesos blan-
 « quean en los campos de sus antepasados.

« Y todos esos guerreros, cuyos gefes se llamaban *Luctero*, *Camu-*

«*lógenes* (el antiguo defensor de Paris), *Corres*, *Cavarill*, *Epidorix*,
 «*Comm* (de Artois), *Virdumar*, *Versagillaüm* y *Ambiorix*, todos
 «esos guereros ¿no se alzaron en defensa de la independenciam de
 «su patria á la voz de un heroe? Si; todos se alzaron á la voz
 «del *gefe de los cien valles*, el que durante cuatro años, desde la ba-
 «talla de Vannes hasta el sitio de Alais, sostuvo la campaña y venció
 «dos veces á César — Un esfuerzo mas... un esfuerzo supremo, y se-
 «rá libre la Galia...

«Pero no; cobardes galos se negaron á hacerlo y prefirieron á la
 «terrible lucha en defensa de su patria, la paz y la riqueza bajo el yugo
 «del extranjero, y abandonaron é hicieron traicion á sus hermanos.
 «Los magistrados abrieron las puertas de sus ciudades á los roma-
 «nos, y los gefes militares dejaron sus tropas sin órdenes ni direc-
 «cion, les inspiraron la desconfianza y el desaliento, y la mayor
 «parte de los guerreros se dispersaron.

«Esperan no obstante á tan valerosos guerreros... — ¿Quién?
 «¿Donde? — ¿Quién les espera? — El *gefe de los cien valles* — ¿Don-
 «de les espera? — En la ciudad de Alais, en medio de las cavernas,
 «donde se ha albergado con los restos de su ejército y las mujeres y
 «los niños de sus soldados. — César le pone asedio; los romanos son
 «diez contra uno. — Faltan los viveres: el hambre diezma los mas
 «débiles; pero de dia en dia, de hora en hora se espera el auxilio de
 «los traidores, y dicen: — Van á venir... deben venir. — No... no,
 «no vienen! — No... no vendrán!

«No, no vienen; no, han venido. — Sin embargo, el último es-
 «fuerzo hubiera libertado á la Galia. — Los traidores han retrocedi-
 «do — El *gefe de los cien valles* se muestra entonces mas grande por
 «la piedad que por el valor; puede huir solo, le tenian preparada
 «una salida, pero sabe que él es el alma de la guerra y que César le
 «persigue con su odio — Sabe que Alais no puede resistirse mas y que
 «va á caer en poder de los romanos, sabe que los conquistadores no
 «perdonan á las mujeres ni á los niños, y envia durante la noche

«uno de sus oficiales á César.— El emisario vuelve del campo romano
«á las dos horas.

«Brilla el sol del nuevo dia en las murallas de Alais. — ¿Qué tri-
«bunal es aquel cubierto de alfombras de púrpura que se alza entre
«las trincheras del campamento romano y las murallas de la ciudad
«sitiada? ¿Quién es aquel hombre pálido, de calva frente, mirada
«ardiente y sonrisa cruel que se sienta sobre el tablado, en una silla
«de marfil mientras estan en torno suyo y en pié sus generales?
«— Es César.

«¿Y quién es aquel guerrero que sale á caballo y solo por una de
«las puertas de la ciudad de Alais? — Pende de su lado su larga es-
«pada; empuña con una mano el venablo; su ademan es altivo y
«marcial bajo su coraza de acero que brilla á los primeros rayos del
«sol; su rostro es triste y varonil bajo la visera de su casco de plata,
«cuya cimera forma un gallo dorado con las alas medio desplegadas,
«emblema de la Galia; ondea al viento la gualdrapa encarnada que
«cubre su caballo negro, su brioso caballo negro que relincha y es-
«pumea. — Sí; ¿quien ese altivo guerrero? — Es el *gefe de los cien*
«*valles*.

«¿Adonde se dirige? — ¿Cuál es su proyecto? — Miradle cual
«aguijonea á su negro corcel con las espuelas, y cual se encabrita el
«brioso animal y llega de un salto hasta el tablado donde está sentado
«César. — El *gefe de los cien valles* le dice entonces: — César, mi
«muerte no apagaria la sed de tu odio, y sé que quieres poseerme
«vivo: aqui estoy, César, juraste á mi emisario que pordonarias á
«los habitantes de Alais si me entregaba prisionero; ya estoy en tu
«poder. — Y el *gefe de los cien valles* bajó del caballo, arrojó á lo
«léjos el casco brillante, el pesado venablo y la fuerte espada, y con
«la cabeza descubierta tendió sus manos valerosas á las cadenas de
«los lictores de César que llena de injurias desde su silla de mar-
«fil al enemigo desarmado y vencido, y le envia á Roma (1).

(1) Toda esta magnífica escena de *Vercingetorix* (el gefe de los cien valles) entregán-

«Cuatro años han transcurrido, y Roma presencia una marcha
 «triumfal en la plaza del Capitolio. — César, cubierto con la púrpura
 «imperial y coronado de laurel, aparecece embriagado de orgullo,
 «en pié sobre una carroza de oro, arrastrada por ocho caballos blan-
 «cos. — ¿Quién es ese esclavo lívido, flaco, cubierto de harapos,
 «cargado de cadenas y conducido por lictores armados de hachas?
 «Marcha con paso firme ante el carro triunfal de César. — Si; ¿quién
 «es ese esclavo? Es el *gefe de los cien valles*. César lo ha sacado del
 «calabozo donde yacia hace cuatro años, y el cautivo galo es el orna-
 «to mas glorioso del triunfo del vencedor del mundo. — Pero la mar-
 «cha triunfal se detiene: César hace un ademan: un hombre se ar-
 «rodilla, y cae una cabeza bajo el hacha de los lictores. — ¿De
 «quien es esa cabeza que acaba de caer? Es la cabeza del *gefe de los*
 «*cien valles*... Esa sangre que se vierte es la del heroe mas grande
 «de la Galia... esclavo como nosotros, mártir de la independendencia
 «de su patria...

«Dos años mas trascurren despues del suplicio. — Los dioses son
 «justos. — ¿Quién es ese hombre vestido con la púrpura imperial cuyo
 «pecho traspasan veinte puñales? Sí. ¿Quién es ese hombre á quien
 «dicen sus asesinos: ¡Muere, tirano! ¡muere, traidor á tu patria!
 «Ese hombre que sucumbe bajo el puñal de Bruto, ese hombre que
 «en su ambicioso afan de conquistas y victorias ha turbado la paz del
 «mundo entero, es César... el que llevó al cadalso al *gefe de los cien*
 «*valles*.

«¡ Oh! si... los dioses son justos. — ¡ Corra, viertáse la sangre del
 «cautivo! — ¡cae, sangriento rocío! — ¡ Germina, crece, mies ven-
 «gora! — ¡A tí segador! ¡ Ven... ya está en sazon! ¡Afila tu hoz, se-
 «gador, afila tu hoz! »

Y los *Hijos del Muérdago* repitieron las últimas palabras del bardo
 agitando las cadenas con siniestra cadencia:

dose á César para salvar la guarnicion de Alais es rigurosamente histórica hasta en los
 pormenores del traje (César, *de Bello Gallic.*, A. Thierry, *Historia de las Galias*, t. III,
 p. 175, y para la muerte de Vercingetorix en Roma, A. Thierry, t. III, p. 237.)

« ¡ Corra , viértese la sangre del cautivo ! — ¡ Cae , cae , sangriento rocío ! — ¡ Germina , crece mies vengadora ! — A tí , segador ! ¡ Ven... ya está en sazón ! — Afila tu hoz , segador , afila tu hoz ! »

Y todos los *Hijos del muérdago* salieron de la gruta por sus diferentes salidas para volver á los campos , á las aldeas y á las ciudades de que con gran trabajo habian de evadirse : ausencia nocturna que muchos de ellos pagarían cara el día siguiente.

CAPITULO II.

Sylvest se introduce en la quinta de Faustina — El templo del Canal. — Las diversiones de una gran dama romana. — Tormento. — La hechicera. — La orgía. — Sylvest encuentra á Loysa. — Le sorprenden con ella en los jardines de Faustina.

La luna se habia ocultado y la noche era oscurísima.

Sylvest volvió á cruzar el valle desierto y cubierto de peñascos, pasó el torrente, se internó en los bosques y llegó al camino de Orange; pero en vez de dirigirse á la ciudad donde vivia su amo, tomó una senda que partia de la derecha del camino, anduvo largo rato y llegó al pié de una pared de ladrillo que era el cercado de un parque inmenso, dependiente de la quinta de Faustina, de aquella gran dama romana cuyo nombre se habia pronunciado con horror en el conciliábulo de los *Hijos del Muérdago*. Sylvest se paró un momento, sacó de entre los matorrales una larga percha que tenia varias ramas formando escalones, la apoyó en la pared que, siendo jóven y robusto, escaló al momento, y pasando la percha á la parte interior, bajó al parque.

La sombra de los copudos árboles era tan densa que apenas veia donde ponía el pié, pero el esclavo, que habia estado con frecuencia en aquel sitio, llegó sin tardanza á la orilla de un canal adornado con barandillas de mármol. Alzábase no léjos de allí un templo rodeado de ricas columnas, que formaba en rededor del edificio un pórtico circular que se comunicaba con el canal por medio de una ancha escalera cuyos últimos escalones estaban sumergidos en el agua.

Sylvest apresuró el paso, pero esforzándose en no hacer ruido, y entró en el pórtico y llamó varias veces en voz baja diciendo:

— ¡Loysa! ¡Loysa!

Nadie le respondió.

Asombrado con aquel silencio, porque habiendo llegado tarde á causa de la reunion nocturna de los *Hijos del Muérdago*, creia que Loysa estaria esperándole ya, el esclavo continuó andando á tientas y con el oido atento, y se acercó á la escalera que daba al canal, pensando que estaria allí. ¡Vana esperanza!

De pronto vió que las aguas reflejaban á lo léjos un vivo resplandor, mientras el viento le traía en sus alas embalsamadas con el

aroma de los limoneros y los almendros en flor un confuso rumor de liras y flautas acompañadas de cantos.

Sylvest supuso que Faustina se paseaba en góndola por el canal con sus esclavas cantatrices y músicas para gozar de tan serena y hermosa noche de verano, y como los armoniosos sonidos se aproximaban por momentos al mismo tiempo que el reflejo de las luces en el agua, creyó que la góndola iba á pasar por delante de la escalera del templo y se retiró prudentemente, lleno de sorpresa é inquietud por no haber encontrado á Loysa. No perdía sin embargo la esperanza y prestaba atento el oído hácia los jardines. Sylvest vió de pronto en esta direccion y al través de las tinieblas el resplandor de varios faroles de colores, y oyó el paso y la voz de los hombres que los llevaban. El esclavo vaciló lleno de terror, porque confiesa en este momento que temia morir, y si le hubieran encontrado en el parque de la gran dama romana, le hubiesen dado muerte en el acto. Volviendo hácia la escalera del canal se esponia á que le descubriesen á la luz de las antorchas de la góndola que antes de pocos momentos iba á pasar por delante del templo, y permaneciendo debajo del pórtico, se arriesgaba á que le viesen los que se dirigian sin duda al templo desde los jardines. Vió que los faroles estaban aun á bastante distancia y tuvo tiempo para encaramarse por una de las columnas, y subir hasta una ancha cornisa circular que formaba un borde saliente en rededor de la bóveda del templo. Se colocó entonces boca abajo en aquel albergue, y los que llevaban los faroles, dieron la vuelta al templo y pasaron.

Sylvest respiró con mas libertad, pero temiendo que volviesen aquellos hombres, no se atrevió á bajar de la cornisa. Su inquietud subió de punto cuando la góndola se paró delante de la escalinata del canal y cesaron los cantos. No podia dudar ya; Faustina iba á entrar en el templo quedándose tal vez los esclavos velando en el pórtico, á no ser que la noble dama intentara salir de la góndola para pasearse por los jardines.

Sylvest continuó reclinado sobre la cornisa, y no tardó en ver al nivel del ancho reborde donde estaba oculto varias ventanas ovaladas destinadas sin duda, en razon del calor del clima, á dejar penetrar corrientes de aire fresco en el edificio, de modo que desde su escondite podia ver lo que pasaba dentro del templo. Durante algunos momentos no vió mas que tinieblas, pero no tardó en oír el rumor que formaba al abrirse la puerta que caia al canal, y vió entrar

con una antorcha en la mano un negro de Etiopia de estatura gigantesca con la cabeza cubierta con un gorro de color de escarlata y vestido con una túnica corta de color de naranja y bordados de plata. Aquel esclavo llevaba en el cuello un carcan tambien de plata, y en sus desnudas y musculosas piernas anillos del mismo metal.

El etiope encendió varios candelabros dorados, puestos en rededor de una estatua que representaba al dios Priapo, y una viva claridad inundó entónces el templo mientras la cavidad de las ventanas de la cúpula superior donde se ocultaba Sylvest, seguia envuelta en las sombras. Entre las columnas interiores de mármol blanco, enriquecidas con estrias doradas como sus capiteles, se veian pinturas al fresco tan obscenas, que Sylvest se avergonzaria al describirlas, y el pavimento del templo desaparecia bajo un recio colchon cubierto de tela de púrpura y un gran número de ricos almohadones. Entre las pilastras habia algunos armarios de márfil incrustados de nacar y preciosamente esculpidos, y se veian sobre sus mesas de pórfiro grandes vasos de oro cincelados, copas adornadas de diamantes y otras mas preciosas aun, como son esas copas de *murha* que á tanto coste se hacen llegar de Oriente, y son de una pasta odorifera y lustrosa que brilla con todos los colores del iris (1). Veíanse tambien sumergidas en barreños llenos de nieve pequeñas ámforas de arcilla de *Sagunto*; grandes cacerolas llenas de perfumes y puestas sobre trípodes rodeaban la estatua del dios de los jardines; el negro las encendió, y se alzó un vapor balsámico, pero de una esencia casi embriagadora, de los trípodes de oro, que inundó la cúpula.

Cuando el gigantesco etiope terminó estos preparativos, salió por la puerta que daba al canal, y volvió á entrar algunos momentos despues llevando en sus brazos, como quien lleva un niño dormido, una mujer envuelta en largos velos. Seguian al negro varias esclavas de rara hermosura vestidas con magnificencia: eran las esclavas de la gran dama romana, de la rica y noble Faustina (2).

(1) Véase Derobry, *Los romanos ó el siglo de Augusto*.

(2) El número de esclavas dedicadas al servicio de una gran dama romana era considerable, como lo prueba el siguiente trozo de una de las comedias de Plauto:

« Cuando le dan de cenar, acude toda la cohorte de esclavas, la *perfumista*, la *conservadora de las alhajas*, las encargadas de *vestirla*, las que *llevan el abanico*, las que *le ponen las sandalias*, las *cantatrices*, las que *la mecen*, las que *llevan el cofrecillo*, las que *dan los recados* y las que *traen las respuestas*. » (Plauto, *el hombre de los tres dineros*, v. IX. p. 45.)

Luego que entraron en el templo las esclavas, se apresuraron á amontonar almohadones para que su señora se reclinase mas blandamente. Las que habian tocado las flautas y las liras al pasear por el canal, llevaban aun en la mano sus instrumentos de música, y se distinguian entre ellas dos jóvenes y hermosos libertos griegos de diez y seis á diez y ocho años, notables como todos los de su nacion que se dedican á condicion tan servil por su ademan afeminado, su fisonomía descarada, sus cabellos cortos y rizados y su rico trage. Llevaban además grandes abanicos de plumas de pavo real destinados á refrescar el aire en rededor de su señora.

Despues de arreglar los almohadones, el etiope colocó sobre ellos á la noble Faustina, con tanta precaucion como si temiera que se hiciera pedazos, y los dos griegos dejaron los abanicos, se arrodillaron cerca de su señora y apartaron con cuidado los velos que la encubrian.

Sylvest habia oido hablar con frecuencia de Faustina, rica viuda, tan célebre como otras muchas damas romanas por su hermosura, su opulencia y sus excesos (1); pero Sylvest no habia visto jamás aquella mujer tan tímida, y pudo contemplarla con horror, odio y curiosidad.

Faustina era delgada, de mediana estatura, y su hermosura hubiera sido admirable si la molicie y los caprichos no hubieran marchitado ya su rostro. Se veian sus copiosos y negros cabellos al través de una redecilla de oro que ceñia su frente pálida, y sus negros y rasgados ojos quedaron al parecer ofuscados por el brillo de las luces, de modo que á un simple fruncir de las cejas de la gran dama, dos de sus esclavos adivinaron su pensamiento por temor del castigo, y se apresuraron á estender un velo entre la luz de los candelabros y su señora.

Faustina llevaba dos túnicas de seda de Tiro, una blanca y ancha bordada de oro y otra mucho mas corta de color verde con bordados de plata; un collar de gruesas perlas y rubies de Oriente daba varias vueltas á su cuello flexible y algo prolongado; sus orejas se inclinaban bajo el peso de los pendientes de diamantes, esmeraldas y carbunclos que bajaban casi hasta sus hombros, y sus medias de seda eran de color de rosa, y sus sandalias con lentejuelas de oro,

(1) Véase respecto de las costumbres de las grandes damas romanas, Juvenal, Marcial el *Asno de oro* de Apuleyo y Desobry.

sujetas á sus piés con coturnos de seda verde desaparecian bajo las piedras preciosas que las adornaban.

La gran dama , muellamente reclinada en los almohadones , hizo un ademan á los dos griegos , que se arrodillaron á ambos lados , y principiaron á abanicar despacio á su señora , en tanto que el negro gigantesco estaba detras ella en actitud de remediar el menor desarreglo de los almohadones.

Faustina dijo entonces con lánguida voz :

— Tengo sed...

Y varias esclavas corrieron en seguida hácia los armarios de márfil , y una tomó una copa de *murha* de un platillo de jaspe , y otra un vaso de oro , mientras otra traia uno de los grandes barreños de plata llenos de nieve donde estaban sumergidas varias jarras de arcilla de *Sagunto*. Faustina indicó con la mano que queria beber vino helado en la nieve. Una esclava alargó la copa que llenó otra al momento , pero apresurándose la primera en presentar el vino á su señora , tropezó en uno de los almohadones , la copa se inclinó y cayeron sobre los piés de Faustina algunas gotas del licor helado. La dama frunció el entrecejo , y mientras tomaba la copa con una de sus blancas y diminutas manos cubiertas de ricos anillos , con la otra enseñó á la esclava la mancha húmeda del vino en su calzado. Despues apuró lentamente la copa sin apartar la vista de la esclava culpable que empezó á temblar y palidecer.

Apenas acabó de beber cuando varios esclavos se presentaron á porfía para recibir la copa. Faustina se inclinó entonces hácia atrás , y apoyándose en uno de los almohadones en tanto que los dos griegos continuaban abanicando , brilló en su rostro una sonrisa cruel , y al sonreir enseñó dos hileras de dientes blancos como perlas entre sus labios rojos. Entonces dijo á la esclava que habia cometido la torpeza de derramar algunas gotas de vino :

— *Filenia* , de rodillas...

La esclava obedeció con terror.

— Mas cerca , dijo Faustina , mas cerca.

Filenia obedeció.

— Tengo calor , dijo la noble dama mientras la esclava , cada vez mas aterrada , andaba con sus rodillas hasta acercarse á su señora. Cuando esta acabó de decir que tenia calor , los dos griegos agitaron con mas viveza los abanicos , y la encargada de los pañuelos puso la mano en su cestilla perfumada , dió un pañuelo de lino ricamente

bordado á una de sus compañeras que se apresuró á enjugar respetuosamente la frente de su señora. Filenia, culpable de torpeza, continuaba arrodillada esperando con estremecimiento el castigo.

Faustina la miró un momento con sonrisa cruel y dijo:

— *La pelota.*

La esclava tendió entonces sus manos suplicantes hácia su señora, pero esta no hizo caso de la actitud humilde de la desventurada, y dijo al negro gigantesco:

— Erebo, descubre sus hombros y sujétala.

El negro ejecutó el mandato de la gran dama, que recibió de mano de una de sus esclavas un extraño y horrible instrumento el cual consistía en un largo mango de acero muy flexible que terminaba en una placa de oro que cubria una pelota de seda encarnada. Pero en aquella pelota se veían clavados varios agudos alfileres, colocados á cierta distancia y de modo que sus puntas aceradas salían de la pelota en vez de hundirse al comprimirla.

El negro se apoderó de Filenia que, pálida como un cadáver, no hizo esfuerzos para resistirse. Desnudó los hombros de la esclava en medio del mas profundo silencio, porque todas sabían que serian castigadas al menor indicio de compasion, y Faustina, sin levantarse del almohadon y la mejilla apoyada en la mano izquierda, tomó la pelota con la derecha, movió el mango flexible y descargó un golpe en el cuello de Filenia, á la cual sujetaba con sus membrudos brazos el etiope que estaba arrodillado detrás de la esclava. Fué tan agudo su dolor, que la desventurada lanzó un grito, y la blancura de su cuello se tiñó con algunas gotitas de sangre purpúrea.

Al ver la sangre y al oír el grito de la víctima, los negros ojos de Faustina brillaron con siniestro fulgor, y los golpes redoblaron hasta que el cuello de la esclava se cubrió con un ligero rocío de sangre.

Filenia tuvo la fuerza suficiente para ahogar sus gemidos, y la noble dama arrojó de pronto la pelota, dobló con laguidez los párpados, y dijo reclinándose indolentemente en los almohadones, mientras su víctima caía medio desmayada de dolor en brazos de sus compañeras:

— Tengo mas sed...

En el momento en que se apresuraban á obedecerla, resonó esteriormente hácia el canal el ruido de los címbalos, y Faustina dijo incorporándose despues de vaciar la copa:

— ¡ La hechicera de Tesalia ! ¡ Por las tres Parcas , hermanas de esa astuta vieja , que no la esperaba tan pronto !

Y añadió dirigiéndose á Erebo :

— Hazla entrar al momento , y que la barca que la conduce se quede al lado de la escalinata.

El etiope introdujo á la hechicera de Tesalia , cuya tez era de color moreno bronceado , y su rostro asqueroso desaparecia en parte bajo largos cabellos canosos muy desgredados que salian de su capucha , negra como el resto de su trage , el cual estaba sugeto por la cintura con una correa encarnada en donde se veian letras mágicas y un bolsillo. La hechicera llevaba en la mano una rama de avellano.

Todas las esclavas se turbaron al ver á la vieja , pero Faustina , impasible como una estatua de marmol y con palidez cadavérica , volvió á reclinarse y dijo á la hechicera que permanecia en pié en el umbral de la puerta :

— ¡ Entra... entra , aborto del averno !

— Me has enviado á buscar , respondió la hechicera acercándose ; ¿ qué quieres ?

La voz de la hechicera llamó vivamente la atencion de Sylvest , porque su acento tenia una dulzura y armonia muy impropias de una anciana.

— No creo en tu ciencia mágica , dijo Faustina , y sin embargo , quiero consultarte... He tenido hoy esa debilidad.

— La vida no cree en la muerte ni el sol en la noche , respondió la anciana moviendo la cabeza , y sin embargo , llega la oscura noche y la tenebrosa tumba. ¿ Qué quieres de mi , noble Faustina ? ¿ qué quieres de mi ?

— ¿ Has oido hablar del famoso gladiador *Monte Líbano* ?

— ¡ Ah ! ¡ ah ! dijo la hechicera con estraña sonrisa ; ¿ con que tambien tu me preguntas por ese hermoso Hércules de brazo de hierro ?

— ¿ Qué quieres decir ?

— ¿ Le amas tambien ?

— Quién sabe.

— No eres tu la única.

— Poco me importa que sea amado.

— ¿ Pues para qué deseas consultarme ?

— Para saber si ama.

La hechicera movió la cabeza , y fijando sus miradas en la noble da-

ma como para leer en su rostro su pensamiento, respondió:

— Faustina, ¿me preguntas lo que sabes... porque lo sabe toda la ciudad?

— Explícate, respondió Faustina cuya hermosa frente se nubló por vez primera.

— En el último combate del circo, continuó la hechicera, siempre que Monte Líbano vencía y sujetaba con el pié á su vencido adversario, antes de hundir su acero en la garganta ¿no es verdad que volvía el rostro sonriendo con espresion de triunfo hácia cierto punto de la galeria dorada, y saludaba con la espada despues de degollar á su rival?

— ¿Y quién ocupaba aquel sitio? preguntó Faustina lanzando terribles miradas á la hechicera; responde...

— Me preguntas lo que sabes... porque lo sabe toda la ciudad, repitió la hechicera. ¡Ah! ¿quieres saber quien ocupaba aquel sitio? Voy á decírtelo. Era una dama misteriosa que ha llegado de Italia... tan hermosa que diera celos á Venus, rubia, con ojos azules y tez de rosa, de talle de ninfa, jóven aun y de tanta fama por su belleza que solo la llaman la *hermosa gala*.

Sylvest oía á la hechicera con el corazon lleno de angustia y la frente bañada en frio sudor, porque le habian contado ya la historia de una dama que habia llegado á Orange, pero al saber por la hechicera que aquella mujer misteriosa venia de Italia, que era jóven aun, rubia y de ojos negros, se acordó de su hermana Siomara, vendida cuando era niña despues de la batalla de Vannes al noble Trymalcion que partia para Italia. Un horrible presentimiento cruzó por la mente de Sylvest, y escuchó con dolorosa ansiedad á la hechicera.

Faustina escuchaba sin interrumpirla á la vieja de Tesalia, mientras describia la hermosura de la dama gala, con la frente apoyada en una mano y con ceño cada vez mas sombrío. Reinaba en tanto el mas profundo silencio en el templo.

— ¡La hermosa gala! ¡oh! ¡oh!... sé muchas cosas de ella... con auxilio de mis secretos mágicos, añadió la hechicera con ademan misterioso. Fué para mí un hermoso dia el que la trajo á Orange.

Y prorumpiendo en una estraña carcajada que hizo estremecer á la noble dama, exclamó la horrible vieja:

— ¡Ah! ¡ah! ¡ah! hermosa gala!... mujer adorada, ya verás una noche... la noche que menos te pienses que la *gallina anidaba huevos de serpiente*.

Sylvest no entendió estas estrañas palabras, pero le aterró la expresion cruel del arrugado rostro de la hechicera.

— Espílicate con mas claridad, le dijo Faustina; ¿qué significan esas palabras misteriosas?

La hechicera movió la cabeza y añadió:

— No ha llegado el momento de esplicarme con mas claridad, y únicamente puedo decirte, porque no es un secreto, que la hermosa gala se llama Siomara. Fué vendida cuando murió el anciano y rico Trymalcion, que tantos recuerdos de opulencia dejó en Italia.

Desvaneciósese la duda de Sylvest... La hermosa gala era su hermana Siomara, á quien no habia vuelto á ver hacia diez y ocho años.

Faustina escuchaba á la hechicera con sombrío silencio, y le dijo:

— ¿Es decir que Monte Líbano ama á esa mujer... y es amado?

— Tú lo digiste, noble dama.

— Oye. Pretendes que tu arte es prodigioso: ¿puedes romper al momento el encanto que une á ese hombre con tan vil criatura?

— No; pero puedo vaticinarte si se romperá ó no ese encanto... y si sucederá pronto ó mas tarde...

— Habla pues, exclamó Faustina, cuyo rostro estaba pálido como el de un cadáver; si tu arte no es una mentira, dime lo porvenir al instante... habla...

— ¿Crees acaso que lo porvenir se descubre sin ceremonia propiciatoria?

— Empieza la ceremonia... date prisa...

— Necesito tres cosas.

— ¿Cuáles?

— Uno de tus cabellos.

— Tómalo, dijo Faustina arrancándose uno de sus negros cabellos al través de las mallas de la redecilla de oro.

— Necesito tambien una bolita de cera; haré con ella un corazon que representará el de Siomara, la hermosa gala, y lo traspasaré con un alfiler.

— Erebo, dijo Faustina al gigantesto etiope, saca un pedazo de cera de esa antorcha.

Y continuó dirigiéndose á la hechicera:

— ¿Qué mas quieres?

La vieja habló al oido á la noble dama, que le dijo mientras la escuchaba:

— ¡Ha de ser jóven... hermosa ?

— Sí, respondió la hechicera con una sonrisa que hizo estremecer á Sylvest, prefiero la juventud y la hermosura.

— Escoge, dijo Faustina designándole con la mirada á sus esclavas que estaban en torno suyo en pié, inmóviles y silenciosas.

La hechicera se acercó á ellas, examinó detenidamente la palma de la mano de varias jóvenes que, no atreviéndose á manifestar su inquietud delante de Faustina, se decian algunas palabras en voz baja. La vieja eligió por fin una encantadora niña de quince años, que por su tez morena y sus negros cabellos, se conocia que era una gala del mediodia. La hechicera la tomó de la mano, la llevó trémula y aterrada al lado de la noble dama, y le dijo:

— Esta.

— Tómala, respondió Faustina pensativa, sin mirar siquiera á la niña, cuyos ojos bañados en lágrimas, la imploraban humildemente.

— ¡Una copa llena de vino! dijo la hechicera.

El negro etiope fué á buscar una copa en uno de los armarios de márfil, y la llenó de vino.

El rostro de Faustina era cada vez mas sombrío. Dos veces se pasó la mano por la frente, y dijo con dureza á los dos griegos que, atentos á aquella escena, habian dejado de mover los abanicos:

— ¡Aire... aire!... Me ahogo... ¡Torpes, voy á despedazaros los hombros á latigazos!

Los dos libertos agitaron con violencia los abanicos temiendo ver cumplida la amenaza.

El negro trajo la copa de vino á la hechicera, que sacó de su bolsillo un pomito, derramó algunas gotas del licor que contenia en el vino, y dijo á la esclava presentándole la copa:

— Bebe.

La desventurada jóven titubeó á impulso sin duda de una siniestra sospecha, y trató de buscar un consejo ó una mirada de compasion entre sus compañeras; pero ¡ay! es tal la dura condicion de la esclavitud, que todas las esclavas apartaron el rostro temiendo comprometerse si respondian á su mirada suplicante.

Enojada Faustina con la indecision de la esclava, exclamó con voz amenazadora:

— ¡No bebes?

La esclava, viéndose abandonada de todos, palideció, se resig-

nó, alzó los ojos al cielo y acercó la copa á sus labios con mano tan trémula, que Sylvest oyó el choque del metal en los dientes de la pobre niña; despues bebió, entregó la copa al etiope y movió la cabeza con ademan de abatimiento como quien renuncia á la vida.

— Dame ahora las manos, le dijo la hechicera.

— La jóven gala obedeció, y la vieja sacó un pedazo de yeso del bolsillo, y blanqueó los dedos de la esclava.

Apenas habia terminado la operacion, cuando la gala se puso lívida, palidieron sus labios, sus ojos se hundieron subitamente en sus órbitas, se estremecieron sus miembros, y presintiendo que iba á desmayarse, se apoyó en uno de los trípodes en que ardian los perfumes, y se llevó con devaneo las manos, ya al corazon, ya á la cabeza.

La gran dama continuaba con la frente apoyada en la mano, y habia seguido atentamente los movimientos de la hechicera.

— ¿Porqué has blanqueado sus manos con yeso? preguntó.

— Para que escriba.

— ¿Qué ha de escribir?

— Los caracteres que va á escribir en esa alfombra encarnada con los dedos cubiertos de yeso.

— ¿Qué caracteres serán esos?

— Espera un momento, respondió la hechicera examinando á la esclava, y lo verás.

Reinó en el templo un silencio sepulcral.

Todos los ojos se fijaron entonces sin temor en la pobre gala que ya no imploraba á nadie, y cuya suerte se adivinaba.

La esclava bamboleó como presa del vértigo despues de apoyarse en el trípode, balbuceó algunas palabras, se inclinó, cayó sobre la alfombra, y no tardó en torcerse en medio de horribles convulsiones, de modo que sus manos, ya tendidas, ya crispadas por el dolor, estrujaron la alfombra encarnada que cubria el pavimento, dejando en ella huellas blancas con sus dedos llenos de yeso.

— ¿No ves? ¿no ves? dijo la hechicera á la noble dama que sin dejar de apoyar la cabeza en la mano, miraba las convulsiones de su esclava.

— ¿Ves esos caracteres blancos que forman sus dedos convulsivos? ¿ves lo que escribe? Allí está mi secreto, allí vas á leer si se romperá luego el encanto que une á Monte Líbano y á Siomara.

La esclava quedó inmóvil como un cadáver, y la hechicera sacó

entonces otro pomito del bolsillo , introdujo en los labios de la esclava moribunda algunas gotas de un licor amarillento, y dijo á Faustina :

—Saca de aqui á esta esclava ; no tardará en reanimarse, pero necesita aun mucho cuidado si deseas salvarle la vida.

El etiope cogió á la esclava como si fuera un niño , salió del templo , la entregó á dos esclavos que esperaban con antorchas á la orilla del canal , y volvió á entrar despues de algunos momentos.

Faustina se levantó de los almohadones y se acercó á la hechicera que, inclinada hácia la alfombra, parecia estar descifrando los caracteres formados por la mano de la moribunda.

Faustina se inclinó tambien , y siguió con mirada sombría los movimientos de la vieja de Tesalia , la cual habia atravesado con un alfiler la bola de cera que simbolizaba el corazon de Siomara , rival de la noble dama , ató el cabello de Faustina en el alfiler , y mientras balbuceaba algunas palabras confusas , traspasó en diferentes puntos la alfombra donde se veian las líneas blancas formadas por la esclava.

Faustina preguntaba con ansiedad á la hechicera :

— ¿ Qué lees ? ¿ qué lees ?

— Nada hasta ahora.

— ¡ Tu magia es una charlataneria... una mentira ! exclamó la noble dama levantándose con desden.

— Ya veo un indicio... una señal mas intelígible , repuso la vieja hablando para si y sin inquietarse por las palabras de la romana. Si... si... Comparando esta señal con aquella otra medio borrada... ¡ Bien... bien !

— ¿ Tienes esperanza ? dijo Faustina que volvió á inclinarse al lado de la vieja.

— Sin embargo , continuó esta moviendo la cabeza , el corazon de Siomara acaba de retorcerse tres veces... ¡ Malo... malo es el presagio !

— ¡ Ya me canso de oírte ! exclamó Faustina levantándose enojada. ¡ Vete... sal de aqui , aborto del averno... ave de mal agüero ! Vete , ó vas á pagar caras tu insolencia y tus imposturas !

— ¡ Por Venus ! exclamó de pronto la hechicera sin manifestar que hubiera oído las imprecaciones de Faustina , nunca ví prediccion mas evidente ni mas segura , porque estas tres últimas señales lo dicen... Si , se romperá el encanto que encadena al gladiador Monte

Libano y á la gala Siomara. El gladiador amará á la noble Faustina... Y no se reduce á esto todo, no, porque estas últimas señales son infalibles... El porvenir se descubre ante mis ojos... Si, ya os veo, furias del averno... con vuestra cabellera de serpientes... Agitad, agitad vuestras antorchas... Ya me alumbran... ya veo! ya veo! añadió la hechicera sumida en una especie de delirio que iba en aumento, levantando los brazos y dándoles vuelta sobre su cabeza con rapidez.

Sylvest reparó una circunstancia estraña: habiéndose levantado un instante las largas y anchas mangas de la hechicera durante sus bruscos movimientos, le pareció que los brazos de aquella horrible vieja de rostro bronceado y surcado de arrugas eran torneados y blancos como los de una jóven.

La hechicera continuó cada vez mas agitada:

— ¡Furias, agitad vuestras antorchas! Ya veo... ya veo á la gala Siomara... que cae en poder de la noble Faustina... Si, ya la tiene Faustina... ¿Va á quemar la carne de su rival... á aserrar sus huesos, á arrancar su corazon palpitante y á devorarlo! Furias, agitad vuestras antorchas... agitadlas... Que me alumbran el porvenir... todo el porvenir. ¡Furias, venid... venid! Pero esas luces fúnebres han desaparecido, prosiguió la hechicera con voz mas débil. Ya no veo nada... nada... la noche... el sepulcro... nada mas... nada mas...

Y la horrible vieja, lívida, bañada en sudor, anhelosa, cansada y con los ojos cerrados, se apoyó en una de las columnas, en tanto que Faustina, no pudiendo contener la alegría feroz que le causaba la prediccion, esclamaba tomando de la mano á la hechicera:

— Diez mil monedas de oro para tí si se realiza tu vaticinio... ¿Oyes? diez mil monedas de oro.

— ¿Qué vaticinio? preguntó la vieja como quien despierta de un sueño y pasándose la mano por la frente para apartar sus canosos cabellos ¿de qué vaticinio me hablas? ¿qué he vaticinado?

— ¡Que Monte Libano me amaria! esclamó Faustina; que Siomara caeria en mi poder... y seria mia... mia...

— Cuando pierdo la inspiracion, respondió la hechicera volviendo en sí, de nada me acuerdo ya. Si he vaticinado... se cumplirá mi vaticinio.

— Y tendrás las diez mil monedas de oro. Oh! si, se realizará tu vaticinio... me lo dice mi corazon celoso y ansioso de venganza, añadió Faustina.

Y en medio de la alegría insensata que la dominaba, exclamó con entusiasmo:

— ¡Evoe, furias! ¡Evoe, Priapo! ¡Evoe, Baco! ¡Vino... vino! Venid todos!.. rodeadme y bailemos, hércules africano, adonis griegos, ninfas de Lesbos! ¡Vino para todos, flores, perfumes, cantos y regocijo!

Y la noble dama se arrancó la redecilla de oro; su negra cabellera, que agitó moviendo á todos lados la cabeza, cayó sobre su seno y sus hombros, y rodeó su pálido rostro cuya belleza realzaba su loco alborozo. Apuró una ancha copa de oro y dió la señal de la orgía. Las copas circularon, y al rumor de las liras, las flautas y los címbalos, libertos y esclavas dieron principio á un baile sin nombre y delirante, al compás de los instrumentos y de cantos obscenos.

Sylvest apartó los ojos de aquella orgía de bacantes, y aunque se esponia á morir si le sorprendian en los jardines, se retiró del borde de la cornisa y se dejó caer abrazándose á una de las columnas, perseguido por los cantos frenéticos que hacian estremecer el templo.

El esclavo se alejaba sin cuidarse de que pudieran encontrarle, andando á la aventura cuando una voz querida le hizo volver en sí.

— ¡Sylvest! decia la voz entre las sombras ¡Sylvest!

Era la voz de su esposa querida, de Loysa... de la mujer con quien le unian juramentos secretos hechos en nombre de los dioses de sus antepasados, porque el esclavo romano no se casaba ante los hombres.

Aunque el alba iba á despuntar, la noche era aun muy oscura, y el esclavo se dirigió á tientas hácia el parage de donde habia salido la voz de Loysa, y cayó en sus brazos sin poder pronunciar en un principio una palabra.

Loysa, aterrada con el abatimiento de Sylvest, le sostuvo y guió penosamente sus pasos al centro de un bosquecillo de rosales y limoneros en flor. El esclavo se sentó en un banco de musgo que rodeaba una estatua de mármol.

— Sylvest, le dijo su mujer con inquietud, vuelve en tí... Dime... ¿qué tienes? Habla... te lo suplico.

El esclavo volvió poco á poco en sí, y dijo á su esposa estrechándola apasionadamente contra su corazon:

— Oh! renazco... cerca de tí respiro un aire mas puro... El de ese templo maldito estaba envenenado y me hacia delirar!

—¿Qué dices? exclamó Loysa aterrada; ¿has entrado en el templo?

—Te esperaba cerca del canal, punto de nuestras citas, cuando ví llegar á lo léjos algunas personas con faroles. Me encaramé por una columna del templo para no ser descubierto, y desde la cornisa donde me ocultaba he visto misterios de espanto. El delirio se apoderó de mí, y huía cuando me llamaste creyendo que era juguete de una vision horrible.

—No, no ha sido una vision, dijo Loysa estremeciéndose. Tienes razon, misterios de espanto se encierran en ese templo donde solo entra Faustina en los dias dedicados á Venus entre los gentiles. Ese dia era antes de ayer y creia que las cercanías del templo estarian desiertas esta noche, de modo que al pensar en nuestra cita, ha sido grande mi sorpresa cuando desde la fábrica donde trabajamos para Faustina, he visto á lo léjos la luz de las antorchas de la góndola que se dirigia hácia el templo.

—Como habia tardado, querida Loysa, creí hallarte ya al llegar aquí.

—En efecto, vine mas tarde de lo que queria, respondió Loysa con inquietud y con acento de tristeza que asombró á Sylvest.

—¿Qué ha sucedido, Loysa? Tu voz es triste... suspiras... tiembla tu mano... Alguna cosa me ocultas.

—No... no... nada, Sylvest mio. Ya sabes que no siempre me es fácil salir de la fábrica... y he tenido que esperar esta noche mucho rato... mas que otras noches, una ocasion favorable.

—¿Me engañas? ¿no ha sucedido nada..?

—No, te lo aseguro.

—Loysa, amor mio, creo que no me respondes con sinceridad... Estás inquieta... turbada...

—Porque me estremezco aun al pensar en el peligro á que te esponias si te hubieran sorprendido cerca del templo.

—¡Ah! Loysa, ha sido un sueño horrible. Aquellos suplicios... aquella esclava envenenada... aquella hechicera... y además mi hermana... ¡Dioses misericordiosos! mi hermana rival de ese monstruo..! ¡mi hermana sumida en la deshonra! Ah! me volveré loco!

—¿Tu hermana rival de Faustina? ¿tu hermana deshonrada? ¿No ignorabas hace diez y ocho años si estaba muerta ó viva?

—Vive, está en Orange... la conocen con el nombre de *la her-*

mosa gala! Y para colmo de desgracia, mi amo me reveló ayer que estaba enamorado de esa mujer aventurera...

— ¿Tu amo? ¿el noble *Diávolo*?

— Si; juzga de mi ansiedad ahora que sé la suerte de mi hermana. ¿Debo bendecir ó maldecir el dia que vuelvo á encontrar á la compañera de mi infancia... á esa hermana que tanto hemos llorado... á esa hermana á quien mi madre Henory habia dado como presagio de honor el nombre de *Siomara*, de aquella altiva y casta gala cuya historia era el orgullo de nuestra familia? Si; debo maldecir el dia en que sé la infamia de mi hermana. ¡Oh! ¡caigan sobre mi la deshonra y el dolor! ¡Oh! ¡caigan sobre ella el baldon y el desprecio!

— ¡Ah! tú me has contado que siendo niña la arrancaron de los brazos de sus padres, que la vendieron á un viejo libertino, y que era hermosa. ¿No sabes que la hermosura es en la esclavitud el oprobio?

— ¡Ah! Loysa! ¡qué pensamientos mas lúgubres y dolorosos han cruzado por mi mente durante esta noche horrible! Al ver á esas desgraciadas esclavas, jóvenes y hermosas como tú...

— ¡Hermosas como yo! respondió Loysa con acento extraño y un suspiro ahogado; ¡hermosas como yo!

— No, dijo Sylvest que no habia reparado en la espresion de la voz de su esposa, no, menos hermosas que tú, Loysa, porque no tienen ellas esa hermosura celeste, pura de toda mancha. Así es que al verlas esta noche tan jóvenes y tan corrompidas por la esclavitud y el terror á los suplicios, decia para mí: Si Loysa, en vez de haber estado siempre por la piedad de los dioses léjos de las miradas de su ama infame y de sus libertos, hubiese vivido á su lado, tambien la hubiera visto en esa orgía horrible...

Pero Sylvest, estremeciéndose con este recuerdo y este temor, y viendo que el alba naciente blanqueaba ya á lo léjos el horizonte, añadió estrechando á su esposa entre los brazos:

— Aleja tan horribles ideas, Loysa mia. Va á asomar el dia... solo nos quedan algunos momentos... gozemoslos sin entregarnos á la tristeza. Hablemos de tí, de esa esperanza á un tiempo tan cruel y tan halagüeña. ¡Tú madre! ¡tú madre! ¡Ah! ¿porqué la esclavitud me ha de hacer pronunciar con angustia y casi con espanto esa palabra bendita de madre?

— Esposo mio, dijo Loysa vertiendo lágrimas, y como impaciente

de abreviar la conversacion, va á asomar el dia... Orange está distante de aquí, y necesitas salir del parque sin que te vean. Pronto saldrán á trabajar los esclavos, y sus guardias podrian encontrarte. Retírate: te lo suplico. ¡Adios! ¡adios!

— ¡Un momento mas, Loysa! Espera al menos que la primera claridad de la aurora me permita ver tu rostro querido. ¡Hace tanto tiempo; ay! que no he logrado esa dicha! Porque solo por la noche me es posible venir á estar á tu lado.

Y Sylvest enlazó cariñosamente con sus brazos á Loysa que estaba sentada en el banco de cespéd, se arrodilló á sus piés, tomó sus manos, y las llenó de besos con un placer que le hicieron olvidar por un instante las miserias y dolores de su vida de esclavo. La aurora teñia los árboles con color de rosa; los limoneros exhalaban aromas mas suaves y penetrantes al recibir el soplo de la brisa, y millares de avecillas empezaban á revolotear en las ramas entonando alegres trinos. No tardó en brillar bastante claridad en el cielo para que Sylvest pudiera advertir que su esposa apartaba el rostro y lo tenia oculto en una de sus manos, y vió despues en la agitacion de su seno que derramaba lágrimas y se esforzaba en sofocar sus sollozos.

— ¡Lloras!.. exclamó; apartas de mi el rostro... Loysa, en nombre de nuestro amor, dime; ¿qué tienes? responde...

— ¡Por favor, esposo mio... respondió Loysa tratando de ocultar el rostro con mas empeño, pues la luz era por momentos mas viva, vuelve á casa de tu amo... parte... parte al instante si me amas!

— ¡Partir... sin verte el rostro... sin abrazarte por última vez!

— Si... añadió Loysa sollozando, si; parte... sin mirarme. Es preciso... lo quiero... te lo suplico!

— ¿Partir sin mirarte? repitió Sylvest con asombro. Loysa ¿porqué no puedo mirarte?

Y como su esposa, desprendiendo la otra mano de entre las de Sylvest, se tapaba enteramente el rostro y no podia contener ya los sollozos, el esclavo separó á pesar suyo las manos de su mujer, y retrocedió aterrado contemplándola hasta que lanzó un grito de dolor... un grito desgarrador, horrible.

La postrera vez que habia visto á Loysa su tez parecia mas blanca que el lirio, sus ojos azules como un cielo sereno se ocultaban bajo largos y sedosos párpados, sus encantadoras facciones eran de incomparable pureza, y cuando se sonreia, sus labios rojos tenian una espresion de celeste dulzura.

Si, tan hermosa era Loysa; ¿pero cómo volvía á verla Sylvest al resplandor de la aurora? Uno de sus ojos parecia muerto, y el otro, desencajado y sin cejas se abria entre dos párpados rojos; sus mejillas estaban llenas de cicatrices como si hubiera espuesto su rostro á las llamas, y sus labios, contrahechos y abultados, como si hubiera bebido algun líquido hirviendo, y sin embargo, á pesar de su aterradora fealdad, aquel pobre rostro espresaba una dulzura inefable.

El primer impulso de Sylvest fué derramar en silencio lágrimas de amargura al contemplar á su esposa que le dijo con doloroso acento:

— ¿Te parezco muy fea?

Pero Sylvest, creyendo que Faustina, á quien creia capaz de todos los crímenes, habia desfigurado de aquel modo el rostro de su esposa, se alzó con furor, y exclamó amenazando con el puño el templo de las orgías:

— Te mataré Faustina... Si... aunque me condenen á morir á fuego lento... te arrancaré las entrañas.

— Te equivocas, Sylvest... No ha sido ella.

— ¿Quién te ha desfigurado, pues, tan horribilmente?

— Yo.

— ¡Tú, Loysa, tú! No... no; quieres calmar mi furor...

— Fui yo... Te lo repito... te lo juro, Sylvest mio! Te lo juro por el hijo que llevo en mi seno.

¿Qué podia hacer Sylvest despues de tal juramento? Creer tan doloroso misterio sin comprenderlo.

— Oye, Sylvest, continuó Loysa. Todas las esclavas hiladoras de la fábrica estamos en edificios apartados del palacio de Faustina, y nunca la vemos ni á sus libertos tan corrompidos y crueles como ella. Ayer, no sé por qué funesta casualidad, entró en la fábrica el esclavo favorito de nuestra ama, un negro de Etiopia...

— Le he visto esta noche.

— Pasaba por el patio mientras tendia al sol los lienzos que hilamos y tejemos nosotras... Se paró delante de mi, me miró largo rato, y sus primeras palabras fueron un ultraje. Lloré, y se rió de mi llanto y dijo á la que dirige los trabajos. «Llevarás esta esclava al palacio.» La directora respondió que obedeceria. El esclavo añadió que si me negaba á entrar en servicio de Faustina, me llevarian al palacio por fuerza...

— ¡Malvado!

— Ya sabes , Sylvest , que no soy como la mayor parte de mis compañeras , hija de esclava y corrompida desde mi cuna... Tenia quince años cuando caí prisionera de los romanos en el sitio de Paris , que defendia el anciano Camulógenes , y en cuya batalla sucumbió gloriosamente mi familia. Fui vendida á un mercader de esclavos , que me trajo á este pais donde me compró el administrador de las fábricas de Faustina , y he conservado la altivez de raza que recibí del seno de mi madre. Si solo se tratara de tí , Sylvest mio , ayer mismo hubiera imitado á tantas galas castas y heróicas que se libertaron con la muerte del baldon de un ultraje inevitable , pues estaba segura de que viviria honrada en tu memoria y de que me elogiaria tu madre Henory cuando la viera en otros mundos , donde me esperan tambien los míos ; pero soy madre , llevo en el seno hace algun tiempo el fruto de nuestro amor , y sea debilidad ó prudencia , no quise morir , y traté de evitar el ultraje que me amenazaba. Antes de venir aquí , y por eso he tardado tanto , me introduje en el aposento donde se tiñen las telas , me armé de valor , Sylvest mio , pensando en tí... en nuestro hijo y en el ultraje que me amenazaba , y vertiendo en un vaso un líquido corrosivo , hundí en él mi rostro.

Y la gala añadió con ademan altivo :

— ¿ Tu esposa es digna de tu madre ?

— ¡ Loysa ! exclamó Sylvest arrodillándose ante la altiva y esforzada mujer , ahora eres mas hermosa á mis ojos... eres noble y heróica como Hena , la Virgen de la isla de Sen !

— Sylvest , dijo de pronto Loysa en voz baja , levantándose bruscamente y prestando el oido con atencion , date prisa... oigo pasos... ruido de cadenas... ¡ Oh ! ¡ desgraciados de nosotros !... Van á sorprenderte aquí... Nos habiamos olvidado de que ya es de dia... ¡ Desgraciados de nosotros !

— ¿ Será Faustina ?

— No... habrá vuelto al palacio por el canal.

— ¿ Quién viene pues ?

— Los esclavos... Los conducen á trabajar á los campos. Van á verte...

Apenas acababa de pronunciar Loysa estas palabras , cuando tres hombres armados , que llevaban largos látigos en la mano , descubrieron á los dos esposos en el bosquecillo de rosales y limoneros que no podian ocultarles , y á algunos pasos detrás venia una multitud de esclavos encadenados de dos en dos , vestidos miserablemente , con

la cabeza esquilada, llevando unos instrumentos aratorios, y uncidos otros á los carros.

— Cuando los tres hombres armados vieron á Sylvest y á su esposa, corrieron hácia ellos y les rodearon mientras se paraban los esclavos.

— ¿Qué haces aquí? preguntó uno amenazando con el látigo á Loysa mientras los otros dos se arrojaban sobre Sylvest que no podía hacer resistencia.

— Soy esclava de la fábrica, respondió Loysa, en tanto que Sylvest temblaba por su esposa.

— Mientes, dijo el capataz á Loysa mirándola con repugnancia; voy con frecuencia á la fábrica y no se encuentra entre las esclavas que allí trabajan, ninguna que tenga una cara tan monstruosa como la tuya.

— Lee mi nombre en mi collar, respondió la esposa de Sylvest enseñando con la mano el carcan que llevaba en el cuello.

El capataz leyó en voz alta en lengua romana:

LOYSA ES ESCLAVA DE FAUSTINA, PATRICIA.

— ¡Tú, Loysa! exclamó el capataz; ¡tú, cuya hermosura me llamó la atención antes de ayer al pasar por delante de la fábrica! Responde, maulona, ¿quién te ha desfigurado de ese modo? ¿Es sortilegio ó maleficio? ¿Has imitado á esos hijos del cadalso que se mutilan para perjudicar á sus amos deteriorándose? ¿Completarás tu obra, como otros pícaros mas maliciosos aun, arrojandote en medio de los combates de las fieras para que te devoren, con la perversa intencion de destruir con tu persona una cantidad que pertenece á tu señora? ¡Malvada! ¡Cómo te has desfigurado! ¡Cómo te has quitado, en perjuicio de la noble Faustina, las tres cuartas partes de tu valor! Por que ¿quién querrá comprar ahora un mónstruo como tú sino para espantajo de muchachos? ¡Ah! ¡has tenido la audacia de desfigurarte... siendo una de las mas hermosas esclavas de la fábrica, que podia venderse, no tan solo como una excelente esclava de trabajo, sino como una belleza de primera clase! ¡Pícaro! anda delante de mí, que vas á ser azotada como mereces. ¡Por Polux! voy á encargár al egecutor que estrene contigo un látigo y te azote sin compasion.

Loysa calmó con una mirada dulcísima la rabia desesperada que inspiraban á Sylvest tales injurias y amenazas, y respondió tranquilamente:

El Templo de Briapo.

la cabeza esquilada, llevando unos instrumentos aratorios, y uncidos otros á los carros.

— Cuando...
corri...
clav...

— ...
Loy...
dia l...

— ...
tem...
— ...

voy...
que...
la tu...

— ...
seña...
El...

— ...
la at...

ponde...
tilegi...
tilan...

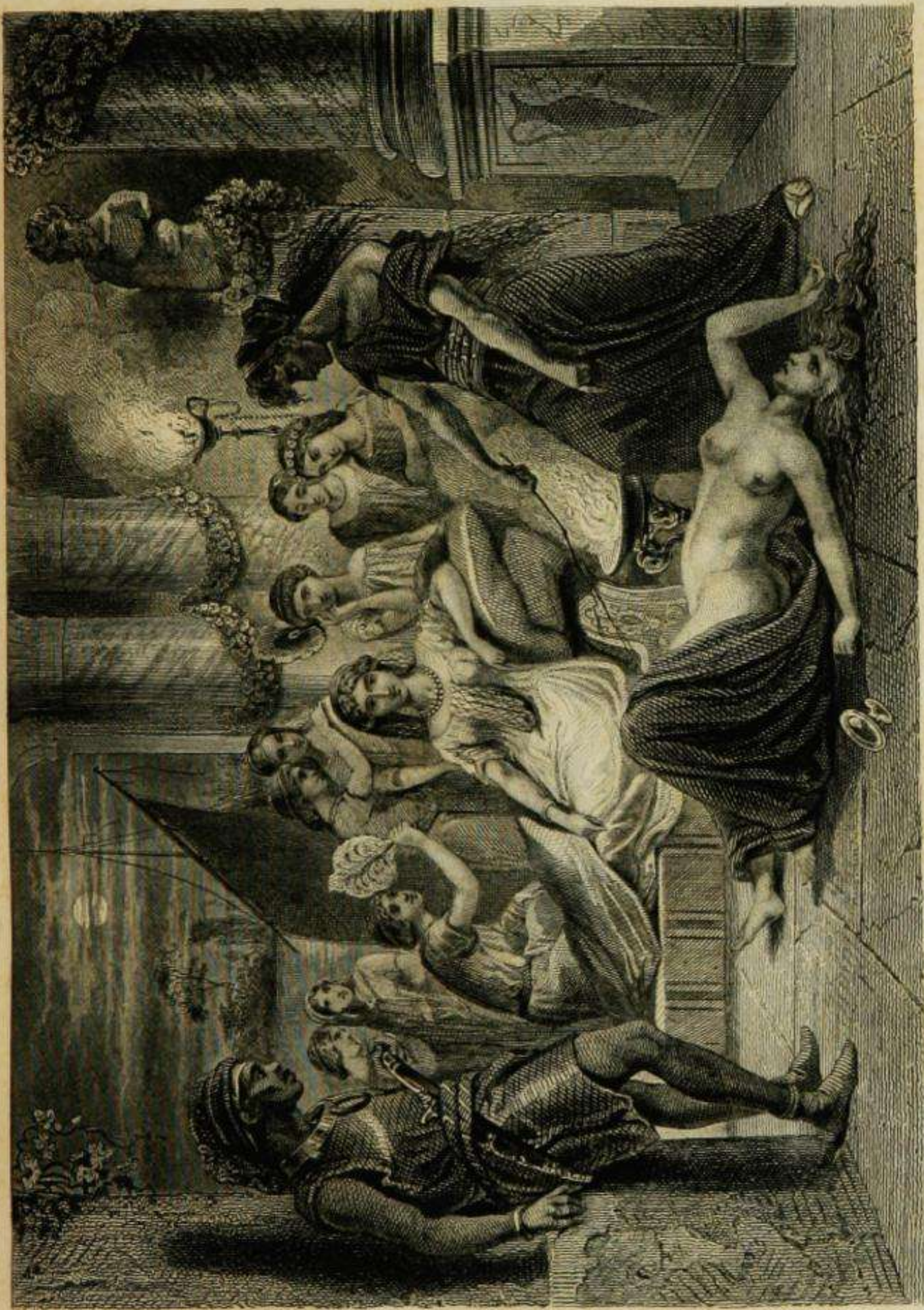
obra...
dio d...
versa...

nece...
quita...
de tu...

como...
audac...
de la...

escla...
cara!...
; Por...

tigo y...
on Loy...
inspi...
quilar...



Editor Juan Oliveros, Barcelona.

El Templo de Priapo.

— No... no mandarás que me castiguen con tanta crueldad.

— ¿Quién lo impedirá, *delicia de los látigos*?

— El interés de tu señora. Soy madre... y castigando á la madre matarian al hijo. Un hijo es un capital que se aumenta con los años...

— ¿Eres madre? ¡Linda excusa! Siempre son madres las muy perversas cuando se habla de curtirles el pellejo. Por otra parte, la matrona de las esclavas dirá si mientes.

Y volviéndose hácia Sylvest, que continuaba sujeto por los otros dos capataces, le preguntó:

— Y tú ¿qué haces aquí, pilar de cárcel? ¿A quién perteneces, *niño mimado de las correas* (1)?

— Se llama Sylvest, pertenece al señor Diávolo, noble romano que vive en Orange, respondió uno de los capataces leyendo la inscripción grabada en el collar que llevaba el esclavo.

— ¡Ah! ¿perteneces al señor Diávolo? añadió el capataz, tu traje indica que sirves como criado.

— Si.

— ¿Cómo te has introducido en este parque?

— Saltando la pared.

— ¿Para dar un buen golpe, ladrón?

— Para ver á mi esposa. Y con una mirada indicó á Loysa.

— ¿Quién? ¿tu esposa? ¿tu esposa? ¡Por Hércules que es chistoso tu descaro! ¿Tienen por ventura esposas los esclavos? Si no son las que llevan en las manos... Puedes dar gracias á que el señor Diávolo sea uno de los amigos de nuestra noble señora, y que entre personas de categoría se respeten mutuamente los esclavos, porque de lo contrario ya podías dar á Pluton tus costillas. Van á conducirte á casa de tu amo, y confío que te recompensará segun tus méritos. Casualmente nuestros esclavos trabajarán hoy en los campos que tenemos cerca de las puertas de Orange. Te voy á atar entre dos de ellos hasta allí, y te llevarán despues á casa del señor Diávolo.

(1) Los castigos y suplicios que imponian á los esclavos eran muy numerosos, y daban familiarmente á aquellos desgraciados el nombre de los castigos que padecian, como se ve en el siguiente diálogo de la comedia de Plauto, *el Asinario*:

«— Dios te guarde, gimnasio de los látigos!

«— ¿Cómo va, pilar de cárcel?

«— ¡Ola, conservador de las cadenas!

«— ¡Buenos dias, *delicia de las correas*!

—Es inútil que me ates, porque no trato de huir, y volveré libremente á la casa de mi amo, respondió Sylvest.

Y no mentia, pero el capataz no le creyó, y le ató entre dos esclavos labradores.

Sylvest dijo á su esposa en lengua gala, que no entendian los capataces:

—Ven á esperarme cerca de las paredes del parque, á la izquierda del canal, en la próxima luna. Suceda lo que quiera, y á no ser que antes muera, vendré. Adios, esposa adorada... piensa en nuestro hijo.

—Piensa en tí, respondió Loysa, piensa en nosotros, Sylvest mio.

—¡Ea! ¡basta... basta de gerga bárbara! ¿Quién sabe lo que dicen estos perversos? dijo bruscamente el capataz empujando á Loysa para conducirla á la fábrica, mientras Sylvest se dirigia con los demás esclavos á Orange.

Hallábanse varios galos entre los esclavos de Faustina, en medio de los cuales iba Sylvest encadenado con dos compañeros de infortunio, y no tardó en conocer que no era el único de la cuadrilla que habia acudido aquella noche á la reunion secreta de los *Hijos del Muérdago*, porque al momento que se alejaron los capataces, oyó á dos robustos esclavos uncidos á un carro, cantar en voz baja mientras arrastraban su pesada carga:

¡Corre, corre, sangre del cautivo! ¡Cae, cae, sangriento rocío!

Sylvest respondió con los versos siguientes del canto del bardo:

¡Germina, crece, mies vengadora!

Como aquel canto se habia oido por vez primera en la caverna del valle desierto, los dos esclavos reconocieron en Sylvest uno de los *Hijos del Muérdago*, le lanzaron una mirada de inteligencia, y los tres murmuraron los últimos versos del bardo agitando sus cadenas con cadencia siniestra:

¡A tí, segador, á tí! ¡Afila tu hoz gala, afila tu hoz!

Los capataces se acercaron y cesó el canto de los esclavos.

No tardaron en llegar cerca de las puertas de la ciudad de Orange, y mientras los esclavos labradores se dirigian á los campos siguiendo á uno de los capataces, el otro conducia á Sylvest á casa del noble romano Diávolo.

CAPITULO III.

El noble Diávolo. — El portero *Camus*. — El cocinero *Cuatro Especies*. — El noble Norbiac. — Los amantes de la hermosa gala. — Sylvest va á casa de Siomara. — El eunuco. — Los prodigios. — La hechicera.

Sylvest pertenecía al noble Diávolo, descendiente de una distinguida familia establecida en la Galia provenzal, conquistada por los romanos cerca de dos siglos hacia y que se habia convertido ya en una nueva Italia. Diávolo era jóven, disipador, libertino y ocioso como todos los romanos de elevada cuna, y como miraba el trabajo cual un desdoro (1), tomaba prestado á los usureros mientras esperaba la muerte de su padre, el anciano Claudio, persona muy rica cuyas rentas procedian principalmente del trabajo de dos ó tres mil esclavos, artesanos de toda clase de oficios que alquilaba por una cantidad diaria á un arrendador, el cual explotaba á todos aquellos desgraciados, de modo que su trabajo habia de producir una renta considerable á su amo y un beneficio para el arrendador que, estando encargado de la manutencion de los esclavos, les dejaba casi desnudos y les daba un alimento escaso y que hubieran rechazado los animales. Si el esclavo, abrumado por el trabajo, el hambre y el cansancio, sentia que le faltaban las fuerzas, el arrendador les reanimaba por medio del látigo y otros castigos leves, porque la evasion, el negarse á trabajar y la rebelion eran castigados con penas tan atroces como variadas que principiaban con el tormento y acababan con la muerte.

Sylvest esperaba un duro castigo cuando le conducian los criados de Faustina á la casa de su amo, pues además de haberse ausentado durante toda una noche sin permiso, volvía á una hora muy avanzada del dia, faltando á todos sus deberes domésticos.

El señor Diávolo vivía en una magnífica casa situada cerca del circo donde combaten los gladiadores y son arrojados con frecuencia los esclavos á las fieras.

(1) «Crasso, que sabia hacer fortuna, tuvo una multitud de esclavos á quienes habia enseñado diferentes oficios, y con su trabajo se proporcionaba una renta considerable.» (Naudet, *Notas del Asinario de Plauto*, t. I, 382). — «Me he creado un género de industria muy bueno; asi como otros tienen mulos para llevar cargas, yo me sirvo de hombres robustos que llevan cuanto se les pone sobre los hombros.» (Plauto, *el Aparecido*, 285).

El portero, vestido con librea verde, estaba como de costumbre encadenado por el cuello en el vestíbulo cual si fuera un perro (1). Dos veces se habia fugado y habia perdido en castigo de sus escapatórias las orejas y la nariz, lo cual daba á su rostro un aspecto repugnante; en el sitio donde debia estar la nariz no tenia mas que dos aberturas que le servian para respirar, y se veian dos letras marcadas con un hierro candente en la carne viva, una F romana y una O griega (2). Era un galo de Auvernia, siempre sombrío y taciturno. El señor Diávolo le habia puesto en un principio el nombre de *cervero* para indicar su cargo de portero, pero le llamó por burla *Camus* cuando mandó cortarle la nariz. La longitud de la cadena le permitia abrir la puerta, y la abrió cuando el capataz que conducia á Sylvest llamó con el aldabon de bronce que representaba una figura obscena.

El esclavo cocinero, llamado *Cuatro Especies*, salia de un corredor y entraba en el vestíbulo al mismo tiempo que Sylvest y el capataz. Cuatro Especies se habia fugado una vez de la casa de su amo mereciendo por su fechoria que le cortasen el pié derecho, y tenia que andar con auxilio de una pierna de palo. Era suizo y de inalterable firmeza en el dolor. El señor Diávolo habia mandado traer de Italia un *barbo marino* que le costó doscientas monedas de oro, y convidó á sus amigos para saborear un manjar tan delicado y costoso. El *barbo marino* fué mal guisado, y Diávolo mandó en su enojo que Cuatro Especies se presentase delante de los convidados. El ayudante de cocina ejecutó en la sala del festin un horrible castigo impuesto á la torpeza de Cuatro Especies, que no solo no exhaló la menor queja, sino que en los dias siguientes se esmeró en todos los guisados; pero dos meses despues de su suplicio, avisó en confianza á Sylvest y á los demás esclavos que aquel dia, en que se celebraba un gran banquete, todos los manjares estarian envenenados. Pareció á Sylvest demasiado cobarde y atroz la venganza á pesar de la crueldad de Diávolo, y le costó los mayores esfuerzos el disuadir á Cuatro Especies de tan bárbara accion, pero este cedió al saber que los esclavos trataban de sublevarse en toda la Galia.

(1) «En el mismo vestíbulo se veia el portero atado como un perro; estaba limpiando garbanzos en un plato de plata, y sobre el umbral se veia una jaula de oro donde una urraca saludaba con sus gritos á los que entraban.» (Petronio, *Sátir.* t. 1, p. 131.)

(2) «Emolfo nos cubrió entonces con mano ejercitada todo el rostro con letras con que se marca por lo comun á los esclavos fugitivos aplicando un hierro candente.» (Petronio, *Sátir.* t. II, p. 79). Estas letras eran una O griega y una F latina. *Notas de Petronio*, 314.

— Ah ! pobre amigo ! dijo el cocinero á Sylvest al verle, á correa me huelen tus espaldas y ya las veo mas rojas que un carnero recién desollado. Nuestro amo está furioso... y nunca le oí echar por su boca tantas imprecaciones como hoy. Si hubieras querido...

Y á hurtadillas hizo el ademan de tomar un polvo entre sus dos dedos recordando sus proyectos de envenenamiento.

Sylvest, seguro de antemano de la suerte que le esperaba, dijo al capataz :

— Sígueme... Voy á conducirte al aposento de mi amo.

Y ambos entraron en la habitacion del noble Diávolo, quien palideció de rabia al ver á su esclavo, y amenazándole con el puño, exclamó antes que el capataz tuviera tiempo de hablar :

— ¡ Ah ! ¿ ya estás aquí malvado ? ¡ Por Polux ! no te he de dejar un pedazo de piel sano ni una uña en las manos. Vuelvo esta noche cansado y no encuentro á nadie para desnudarme, ni esta mañana para calzarme, vestirme, peinarme, rizarme y afeitarme... ¿ De donde vienes, pícaro ?

— Señor, dijo el capataz, hemos sorprendido á este vago al amanecer en el parque de la quinta de nuestra noble señora Faustina... Estaba allí con una de las esclavas de la casa. En vez de castigar á ese miserable, lo hemos traído aquí porque no ignoramos que la noble Faustina guarda las consideraciones debidas á las personas de categoría.

— Toma para tí, dijo Diávolo dando al capataz una moneda de plata. Saludarás á Faustina de parte de Diávolo, y le asegurarás que este bandido será castigado segun sus méritos por haber tenido la audacia de introducirse en el parque de tan noble dama.

El capataz salió, y Sylvest se quedó solo con su amo.

— Es decir, delicia de las correas, exclamó Diávolo, que pasas la noche fuera de la ciudad para juntarte con una...

— Eso es... arrostrad el látigo, el aguijon y hasta la muerte por servir á vuestro amo, respondió con descaro Sylvest interrumpiendo á Diávolo, y vereis la recompensa que se os espera.

— Cómo... malvado ¿ te atreves ?

— Privaos del sueño, rendíos de cansancio, y vereis qué premio os dan...

— ¡ Por Hércules ! ¿ estoy soñando ó despierto ?

— No mereceis señor tener un esclavo como yo...

— ¡ Me gusta la ocurrencia ! Pues no me reprende...

— Pero en adelante no me espondré á tantos peligros por ser-viros.

— ¡Y no tengo un palo! dijo Diávolo mirando en torno suyo lleno de asombro al ver el descaro del esclavo. ¡Cómo, pícaro! ¿por mi servicio vas á cortejar á una de tus iguales á una legua de la ciudad?

— ¿Será acaso por mí?

— ¡Qué insolencia! Es decir que por mí...

— Lo repito, todos los amos son unos ingratos.

— No hay duda, este miserable hace el loco para librarse del castigo que merece.

— ¡Yo loco! Jamas he tenido tan sano el juicio. Oid, señor: ¿qué me dijisteis ayer por la mañana?

— ¿Ayer por la mañana?

— Si señor. ¿No me digisteis: «¡Ah! Sylvest, amigo mio,» porque cuando me necesitais me llamais amigo.

— ¡Por Júpiter! Esto ya pasa de insolencia.

— «¡Ah! Sylvest, amigo mio», me digisteis, «noche y dia estoy pensando en la admirable hermosura de esa gala que acaba de llegar de Italia á la ciudad de Orange. No la he visto mas que una vez en el último combate de gladiadores, pero daria todo lo que poseo para que me amase.» ¿No os acordais, señor? No hago mas que repetir vuestras palabras.

— ¿Y querrás persuadirme, imprudente charlatan, que tu corre-ria nocturna, empleada en hacer el amor á una esclava de Faustina, tiene que ver con lo que te dije?

— Si señor.

— ¿Te atreves..?

— A decir la verdad, señor.

— ¡Por Hércules! ¿Te estás burlando de mí? Escucha: ¿has visto cierto banco lleno de potros, poleas y pesos?

— Si, señor, lo he visto muy despacio y hasta lo he probado... Se empieza por tender á un hombre en el banco con las manos atadas sobre la cabeza, se le pone despues en los pies un gran peso, y por medio de un ingeniosísimo torno se estira con violencia la cuerda que ata sus manos, de lo cual resulta indispensablemente que el peso que cuelga de sus piés estira por otro lado, se dislocan todos sus miembros, llegando por fin nuestro hombre á crecer dos ó tres dedos.

— Serias ya un gigante, pícaro desvergonzado, si hubieras creci-

do tan solo una línea cada vez que te han atado en ese banco por tus maldades. Pero te voy á poner allí al momento si no me pruebas qué tiene que ver tu fuga con la hermosa gala. ¿Me entiendes?

— No podeis hablar mas claro.

— Ten cuidado...

— ¿No añadisteis, señor, al hablar de la hermosa gala: «Sylvest, si pudieras imaginar un medio para acercarme á ese astro de belleza..?»

— ¿Pero qué tiene que ver eso con la esclava de Faustina?

— Tened un poco de paciencia, señor... Ahora bien, como no pienso mas que en servir bien á mi amo... que sin embargo paga tan mal mi celo...

— ¿Vuelves á reprenderme?

— Una feliz casualidad me recordó que una esclava de mi país, hiladora de las fábricas de la noble Faustina, me habia hablado hace algunos dias, ó mas bien, hace algunas noches, porque cuando vais á esos festines que han de durar dos dias y tres noches, me permitís á veces que disponga de algunas horas...

— Y me lo pagas bien, dijo Diávolo que se habia calmado con la esperanza de ver á la hermosa gala. Continua, tunante!

— Digo, pues, que me acordé que la tal esclava me habia hablado de la hermosa gala que es de nuestro pais, pero como ignoraba entonces que podia interesaros, no presté mucha atencion á sus palabras. Sin embargo, me acudieron á la memoria ayer despues que me hablasteis del asunto, y como estaba casi seguro de encontrar á la esclava en el sitio á donde vá muchas veces á esperarme, y confiando estar de vuelta antes que vos, corrí á la quinta de la noble Faustina, hallé á la esclava y le hablé de la hermosa gala... ¡Ah! señor...

— ¿Qué? Acaba...

— ¡Si supierais lo que me dijo!

— ¿Qué te dijo?

— Si supierais que la hermosa gala...

— ¿Acabarás, charlatan, imbécil?

— La hermosa gala... es mi hermana.

— ¡Tu hermana!

— Si, señor...

— ¡Tu hermana...! Mientes. Es un ardid para librarte del castigo.

— Señor, os digo la verdad. La hermosa gala ha de tener veinte

y cinco ó veinte y seis años , es como yo de la Galia bretona , y la compró siendo niña despues de la batalla de Vannes un caballero romano muy rico llamado Trymalcion.

—En efecto , Trymalcion murió hace mucho tiempo dejando en Italia fama de opulencia y de originalidad en sus caprichos. ¿Será posible ? ¿La hermosa gala es tu hermana ? repuso Diávolo olvidando completamente su cólera. ¡Ella hermana tuya !

Aunque era doloroso para Sylvest hablar con aquella apariencia de lijereza de su esposa y de su hermana , se habia resignado á fingir porque abrigaba cierto proyecto ; pero interrumpió su conversacion con Diávolo la llegada de un amigo de su amo , un rico y jóven galo de Gascuña llamado Norbiac , hijo de uno de los traidores que habian servido á los romanos en su conquista.

Diávolo era célebre por sus desórdenes , sus deudas y sus aventuras galantes , y el señor Norbiac le tomaba por modelo , esforzándose en imitar su insolencia , su corrupcion , sus maneras y hasta sus trajes.

El amo de Sylvest dijo al jóven galo despues de saludarle amistosamente :

— Me permitireis , Norbiac , que me afeiten en vuestra presencia. Estoy hoy muy atrasado porque este holgazan , y Diávolo designó á Sylvest , me ha hecho una de las suyas é iba á molerle á palos cuando habeis entrado.

— Tambien he pegado hoy de lo lindo á uno de mis esclavos , respondió Norbiac hinchando las mejillas. Es el único modo con que merecen ser tratados estos torpes...

Sylvest principió á afeitar á Diávolo. Siempre que el esclavo tenia á su disposicion el cuello de su amo sobre el cual pasaba el filo de la navaja , se preguntaba con asombro si el esceso de confianza hácia sus esclavos ó el esceso de desprecio era lo que inducia á algunos amos desapiadados á entregar todos los dias su vida á merced de la tentacion de la venganza ; pero Sylvest era incapaz de una accion tan cobarde.

Mientras el esclavo afeitaba á Diávolo , continuó la conversacion de este modo entre él y Norbiac :

— Vengo á daros una mala noticia , dijo el jóven galo , y á pedir os un favor , querido Diávolo.

— Dadme primero la mala noticia para olvidarla y pedidme despues el favor. El pesar es antes que el placer.

— ¡Bellísima frase! dijo Norbiac sonriéndose con admiración. El pesar es antes que el placer. Solo los romanos sabeis decir cosas tan delicadas y graciosas. ¡Qué bárbaros somos los galos si nos comparamos con vosotros! Teneis razon; allá va la mala noticia para olvidarla pronto.

— ¿Qué noticia es esa?

— Acaba de decirme un amigo mio, que llega del centro de la Galia, que nuestro brillante ejército romano va á ponerse en camino para regresar á Italia.

— ¿Sois galo y decís nuestro brillante ejército romano? preguntó Diávolo riendo. Veo que sois persona muy pacífica.

— ¿He dicho mal? Pues lo repito, nuestro brillante ejército romano, salvaguardia de nuestra paz, de nuestras riquezas, de nuestra seguridad personal. Si se aleja, cumpliendo el mandato funesto de Octavio Augusto ¿no sospechais que renacerán las turbulencias, que se alzarán las bárbaras tribus del centro y del occidente de la Galia impulsada por sus fanáticos druidas? Entonces saldrán de debajo de tierra nuevos *gefes de los cien valles*, nuevos *Ambiorix*, nuevos *Drapés*, que llegarán con sus hordas hasta las fieles provincias romanas del mediodia, y turbarán nuestros festines con sus gritos de guerra.

— Tranquilizaos, Norbiac. Octavio Augusto sabe lo que hace, y si retira el ejército romano del centro y del occidente de la Galia es porque está seguro de que son incapaces de sublevarse vuestros compatriotas. Que se acuerden de César, el gran conquistador, que domó su barbárie. Además, un látigo basta para sujetar esas turbas que tanta inquietud os causan.

— ¡Los dioses os escuchen, querido Diávolo! Pero yo no las tengo todas conmigo. Los bárbaros están empeñados en despreciar los beneficios de la civilizacion romana, y se sublevarán cuando se les presente una ocasion favorable. ¡Son unos necios los galos! ¿Qué males les ha ocasionado la conquista? Mi padre era despreocupado, pues vendió sus bienes y vino á establecerse en la risueña Provenza bajo la proteccion de los romanos, y aqui vivió, y vivo yo entre goces y alegría.

— Y en vez de adorar vuestras sombrías y bárbaras divinidades, querido Norbiac, añadió Diávolo riendo, adorais al festivo Baco el de los verdes pámpanos, á Priapo, al gracioso Ganimedes ó á Venus afrodita, la madre de los amores.

— ¿Creeríais, Diávolo, que me avergüenzo de ser galo cuando pienso que durante tantos siglos nuestros antepasados fueron tan bárbaros y estúpidos que inclinaban la frente ante esas vetustas divinidades que les enseñaban á morir sin temor? ¡Por Baco y Venus, vuestros amables dioses! Lo que se debe enseñar es á vivir, á vivir alegremente. Para profesar y practicar una vida de delicias me inclino ante vosotros, nobles romanos, deseoso de imitaros en todo, porque si domináis al mundo por medio de las armas, lo esclavizáis por medio del placer, añadió Norbiac muy pagado de su ingenio. Pero ahora que os he dado la mala noticia, y aunque no participo de vuestra confianza, voy á pedir os el favor.

— Perdonad que os interrumpa, querido Norbiac: vos que sois vecino de Junio ¿sabeis si su hija, la hermosa Lidia...

— Ha muerto... ha muerto hoy al amanecer.

— Ya me lo temía, porque ayer tarde no daba ya esperanzas de vida.

— ¡Pobre Lidia! Cuentan que era mas casta que una vestal.

— Y por eso escitaba tanta admiracion como curiosidad, porque son muy raras las vestales en Orange, Norbiac. Mucho trabajo tendrán los que guarden esta noche el sepulcro de Lidia.

— ¿Porqué?

— ¿Y las hechiceras?

— No os entiendo...

— ¿Cómo! ¿Ignorais acaso que acuden como aves carniceras á los sepulcros para llevarse algun pedazo de carne para sus sortilegios? (1).

— En efecto, he oido contar...

— Y segun parece el cadáver de una vírgen es precioso para sus maleficios. Así pues, como son pocas las verdaderas vestales que mueren en Orange, los que guarden el sepulcro de Lidia tendrán que rechazar los ataques de las hechiceras. Junio es amigo mio, y estoy seguro de que le habrá causado gran dolor la muerte de su hija. ¡Baco y Venus le consuelen! Ahora, querido Norbiac, decid el favor que puedo haceros y disponed de mí.

— Vuestro gracioso poeta Ovidio acaba de escribir el *Arte de amar*

(1) «Los que guardais los sepulcros, estad siempre de ascecho, porque esas malditas hechiceras se trasforman en toda clase de animales, se deslizan con tiento y son capaces de burlar hasta las miradas del sol.» (Apuleyo, *Metamórfosis*, t. II, p 85).

y me encanta la lectura de su poema ¿pero de qué sirve el arte de amar sin el *arte de agradar* ?

Norbiac se sonrió el sentar este axioma que revelaba su talento, y añadió :

— Pues bien , como reconozco en vos un maestro en el arte de agradar , querido Diávolo , vengo á pedir os un consejo.

— ¿ Estais enamorado ?

— Perdidamente , como un loco.

— ¿ De una mujer ?

— Me asombra vuestra pregunta.

Diávolo se sonrió , y Norbiac continuó sonriéndose y haciendo un ademán de inteligencia.

— De una mujer , pero vais á reiros de mi pobre gusto : amo á una mujer misteriosa... una aventurera...

— ¿ La hermosa Gala tal vez ?

— ¿ Os sorprende , Diávolo ? ¿ Acaso vos tambien.. ?

— ¿ Yo ? ¡ Por Hércules ! Tanto caso hago de la hermosa gala como de dar de latigazos á este pícaro que parece que se duerme hoy afeitándose ¿ Acabarás , torpe ?

— Señor , os moveis tanto mientras habláis , dijo Sylvest á su amo , que temo cortar os.

— Te prevengo , pues , que si cometes semejante torpeza te he de arrancar la piel. Deciais , amigo Norbiac , que estais enamorado como un loco de la hermosa gala. Aunque no participo de vuestro gusto , lo apruebo por que ¡ por Venus ! es imposible hallar otra mujer mas bella y graciosa. Pero ¿ qué os detiene ? ¿ No sois rico... muy rico ? ¿ No teneis la llave de oro de que se sirvió Jupiter para entrar en casa de Danae ? Imitadle.

— ¡ Cual demuestra ese ejemplo la superioridad de vuestros dioses ! No se hallarian por cierto en los nuestros tan sublimes lecciones. Pero ; ¡ ah ! ¿ de que sirve la llave de oro para entrar en casa de la hermosa gala ?

— ¿ Porqué ? Siendo , como dicen , una cortesana...

— ¿ Ignorais que esa mujer no es como las demás ?

— ¿ Qué diferencia hay entre ella y las demás ?

— Una diferencia inmensa.

— ¿ Será cierto ?

— En primer lugar , ya sabeis que cuando una dama de su clase llega á Orange , las adoradoras de Mercurio , ese dios tan amable...

— Todos nuestros dioses son amables, si se exceptua á Pluton que se divierte á veces en achuchar á las parcas.

— Digo, pues que todas esas adoradoras de Mercurio acuden á ofrecer sus servicios. Pues bien, sabed que no solo no las ha recibido la hermosa gala, sino que las ha arrojado groseramente de su casa valiéndose de un viejo eunuco mas feroz que el mismo Cervero.

— ¡Malo! Lo siento por vos, querido Norbiac.

— Aun hay mas, porque habeis de saber que tengo diez espías en campaña.

— ¡Acertada precaucion!

— La hermosa gala habita una linda casa que está cerca del templo de Diana; mis espías no se han separado de las cercanias de la casa desde el dia que la ví en el circo, y Cúpido me clavó una de sus flechas...

— Es verdad; tambien la ví yo. Deciais, pues, Norbiac, que vuestros espías...

— Se han relevado noche y dia, y que á escepcion de dos criadas, no han visto entrar á nadie en casa de la gala. No sé cuantas literas, carros y ginetes se han detenido en su puerta, pero á todos los ha despedido el viejo eunuco con palabras descorteses, y sin querer oir esplicaciones ni ofertas.

— ¿Pues á qué ha venido á Orange la hermosa gala?

— Esa misma pregunta hace todo el mundo. Finalmente, varios jóvenes romanos, ofendidos con razon de la groseria de la hermosa gala... Pero supongo que sabeis ya la aventura.

— No ¡por Hércules! Continúa.

— Pues bien, esos jóvenes romanos, acompañados de varios esclavos armados de hachas y escoplos, se presentaron en su casa resueltos á forzar la puerta.

— ¡Por Marte! Era un asalto en regla.

— Pero el asalto se frustró tambien, porque el prefecto de la ciudad tuvo noticia por conducto secreto del sitio de la casa de la gala, y envió en su auxilio un centurion con sus correspondientes soldados... Y á pesar de la elevada categoría de los jóvenes romanos, dos de ellos fueron conducidos á la cárcel del pretorio...

Sylvest habia prolongado en cuanto le era posible los cuidados de su servicio durante esta conversacion que tanto le interesaba, pero temiendo despertar las sospechas de su amo, iba á retirarse cuando Diávolo le dijo:

— Espera :

Y añadió dirigiéndose á Norbiac :

— Digo á este pícaro que espere porque puede servirnos.

— ¿Cómo? preguntó el galo , ¿ este esclavo podrá...

— Me esplicaré al momento. Continúad.

Sylvest se quedó en un extremo del aposento satisfecho á la par que sorprendido de la órden de su amo.

— Querido Diávolo , continuó Norbiac , poco falta que deciros ya , si se esceptua que yo mismo fui á tentar al Cervero , al viejo eunuco , hombron de cara ancha y estúpida , á quien ofrecí quinientas monedas de oro para que se dignara tan solo escucharme.

— ¡ Por Pluton ! Eso es hablar... y sobre todo obrar con tino. Y bien ¿ os escuchó el eunuco ?

— Me respondió en no sé que lengua bárbara medio romana...

— ¿ Medio gala tal vez ? dijo burlándose Diávolo.

— Probablemente , porque gracias á los Dioses he olvidado lo poco que me enseñó mi nodriza de esa lengua salvaje , pero no obstante , entendí suficientemente al eunuco para cerciorarme de que todas mis ofertas serian vanas. Ahora bien , querido Diávolo ; ¿ qué me aconsejais ? No solamente estoy loco por la hermosa gala , sino que las dificultades han encendido mi pasion como sucede comunmente. Además , ¡ qué gloria será la mia si triunfo despues de tanta derrota !

— Os daria una fama inmensa , y durante ocho dias no se hablaría mas que de vos en Orange.

— Por eso he pensado que solo vos podiais aconsejarme como maestro consumado en galanteos é intrigas amorosas.

— Es preciso , querido Norbiac , que hagais esta noche á Venus una ofrenda de dos pares de palomas de oro cincelado. Los sacerdotes de la buena diosa prefieren el oro á la pluma.

— ¿ Una ofrenda á Venus ? ¿ Para qué ?

— Para que os protega.

— Esplicaos.

— Diávolo se dirigió entonces á Sylvest y le dijo :

— Acércate.

Sylvest se acercó y su amo añadió :

— Amigo Norbiac , ¿ veis este esclavo ?

— ¿ Este esclavo ? ¿ vuestro criado ?

— Si ; examinadle con atencion.

— ¿Os chanceais?

— No ¡ por Hércules ! Veamos ¿ no encontrais ciertas semejanza aunque vaga y lejana... así... como si dijéramos , como la que hay entre un ganso y un cisne ?

— ¿ Una semejanza... con qué cisne ?

— Con vuestra hermosa gala.

— ¿ Él ? Veo que os estais burlando de mí...

— Hablo formalmente... figuraos cabellos rubios en esa cabeza esquilada , y en vez de esa cara tostada del sol , una tez de lises y rosas.

— En efecto , no habia mirado con detencion á ese esclavo , dijo Norbiac examinando á Sylvest , y si es rubio , tiene como la hermosa gala los ojos negros , cosa que no es muy comun. Si , cuanto mas le miro , mas hallo en efecto una vaga semejanza...

— Eso consistirá sin duda en que no será del mismo padre que su hermana , dijo Diávolo prorumpiendo en una carcajada.

Si Sylvest hubiera tenido entences á su amo bajo su navaja de afeitarse le hubiese tal vez degollado.

— No obstante , añadió Diávolo , justo es decir en honor de su madre que este truan se parece mucho á su hermana la hermosa gala.

— ¿ Este esclavo es su hermano ?

— Él y vuestra hermosa fueron vendidos siendo niños despues de la batalla de Vannes , es decir , cerca de diez y ocho años ha , y casualmente me contaba su historia cuando entrasteis. ¿ Es verdad ?

— Es verdad , señor , respondió Sylvest que no acertaba á adivinar el designio de su amo.

— ¡ Tú eres su hermano ! exclamó el galo dirigiéndose á Sylvest. En ese caso sabrás...

Diávolo le interrumpió diciendo :

— No supo hasta ayer su parentesco , ni habia visto hasta entonces á la hermosa gala , de modo que ignoraba que fuese su hermana. ¿ Os convenceis ahora , querido Norbiac , de que si las adoradoras de Mercurio y los jóvenes mas nobles y ricos no han podido penetrar en casa de vuestra ninfa , podrá penetrar un hermano ?

— ¡ Ah ! Diávolo , amigo mio... mi generoso amigo , me habeis salvado !

— Reflexionad ahora lo que voy á deciros. El oro vence todos los obstáculos , pero es preciso elegir el momento oportuno y no reparar en el precio de las dádivas.

— Daré todo lo que poseo si es preciso.

— ¡Muy bien dicho!

— Mi tío es muy rico y pediré prestado sobre su herencia.

— Eso bastará tal vez, pero ya sabeis, ó debeis saber, querido Norbiac, que las mujeres quieren ver el color de las promesas que las hacen, porque hay tantos tramposos! Estoy por consiguiente seguro de que si este esclavo se presenta primero de vuestra parte con un cofrecillo lleno de oro, como muestra de vuestra magnificencia...

— Diávolo, sois la perla de los amigos. Corro á casa de mi banquero á pedirle dos mil monedas de oro... Pero ¿estais seguro de la probidad de este esclavo?

— Este esclavo sabe en primer lugar que mandaria cortarle los piés y las manos si se negara á servirlos, y por otra parte, si le confiáis vuestro oro, no le perderé de vista hasta que haya entrado en casa de la hermosa gala.

— ¡Ah! amigo mio, ¿cómo podré pagaros un favor tan inmenso? exclamó Norbiac. Corro en busca del oro; mi litera me espera en la puerta, y vuelvo al momento.

Y salió.

Sylvest se quedó solo con su amo mirándole lleno de sorpresa.

— Tratemos ahora á solas el negocio. ¿Has adivinado mi proyecto?

— No, señor.

— ¡Qué estúpido! En virtud de tu título de hermano, podrás ver á la hermosa gala.

— Tal vez, señor. No sé si podré...

— Te mando desollar vivo si no la hablas hoy. ¿Me esplico con claridad?

— Con sobrada claridad, señor. Entraré en casa de mi hermana.

— Con el cofrecillo lleno de oro del galo.

— Y se lo regalaré como una muestra de generosidad de...

— De Diávolo. ¿Te asombras, majadero? Si, se lo regalarás como una muestra de la generosidad de tu amo, y dirás que te he acompañado hasta la puerta de su casa. Aun mas; para convencer á tu hermana, la obligarás á asomarse á la ventana, para que me vea esperando en la plaza. ¿Me has entendido por fin?

— Os entiendo, señor. Os servís del oro de Norbiac para enamorar á la hermosa gala. Admiro vuestro ingenio.

Sylvest fingió que deseaba servir á su amo en la empresa galan-

te, y hallar el medio y la facilidad de ver á Siomara y libertarse, no de los tormentos que sabia sufrir, sino de la cárcel con que podrian castigar su última ausencia nocturna, y cuyo cautiverio le impediria ver á su hermana tan pronto como deseaba.

Norbiac volvió con el cofrecillo lleno de oro, colmó á Diávolo de espresiones de gratitud y elogio, y se retiró suplicándole que le participara cuanto antes pudiese del feliz ó desgraciado éxito de la entrevista de Siomara y el esclavo. Sylvest se dirigió al anocheecer, con el cofrecillo y seguido por su amo, hácia el templo de Diana, junto al cual estaba situada la casa de la hermosa gala. Llamó, y no tardó en aparecer al través de la puerta medio abierta la figura del eunuco, viejo de desmesurada corpulencia, y en cuyo rostro imberbe, amarillento y abultado, se veian dos ojillos negros, penetrantes y traidores como los de un reptil. Vestia un traje negro y sus sandalias eran encarnadas.

El viejo dijo á Sylvest con voz ágría:

— ¿Qué quieres?

— Ver á mi hermana.

— ¿Quién es tu hermana?

— Siomara.

— ¿Eres hermano de Siomara?

— Si.

— ¡Huye de aqui, impostor, ó probarán tus costillas un palo que tengo detrás de la puerta!

— Como habia previsto vuestra incredulidad, traigo las pruebas de que Siomara es mi hermana, y si me negais hablar con ella, yo haré que de un modo ú otro sepa quien soy y que vivo en Orange.

Estas palabras sorprendieron al eunuco que se quedó un momento pensativo, pero no abrió la puerta, y dijo al esclavo con inquietud y recelo, y clavándole sus ojillos de vívora:

— ¿Cómo te llamas?

— Sylvest.

— ¿Cómo se llamaba tu padre?

— Guilhern.

— ¿Y tu abuelo?

— Joel, el brenn de la tribu de Karnak.

— ¿Y tu madre? ¿y tu abuela?

— Mi madre se llamaba Henory y mi abuela Margarid.

— ¿Dónde te vendieron?

—En Vannes, con mi padre y mi hermana, despues de la batalla.

El eunuco manifestó entónces mayor inquietud, y permaneció en silencio algunos momentos, pensativo y como contrariado, sin dejar entrar á Sylvest, en tanto que Diávolo, colocado á corta distancia, no apartaba la vista de su esclavo.

El eunuco dijo por fin á Sylvest:

—Entra.

Y volvió á cerrar la puerta.

El eunuco precedió á Sylvest por un oscuro corredor, entró en un aposento cuya puerta cerró con cuidado, se sentó junto á una mesa, sacó un largo puñal muy afilado, lo puso al alcance de su mano, y dijo al esclavo con tono brusco y severo:

—Algunas vanas palabras no me prueban que seas hermano de Siomara.

—Tengo otras pruebas.

—¿Cuáles?

—Llevo conmigo una segur de oro y una campanilla de bronce, legado de mi padre, y además algunos rollos en que están escritos diversos acontecimientos de mi familia. Si mi hermana os ha hablado de su infancia y de nuestros padres, vereis en esos escritos que no miento, y que soy su hermano.

—A no ser, cosa muy posible, que seas un aventurero que hayas robado esos objetos despues de matar á Sylvest.

—Sé otras muchas cosas relativas á nuestra familia, que solo yo puedo saberlas, y cuando se las haya recordado á Siomara reconocerá que soy...

—Acércate á esta ventana, dijo el eunuco, porque anochece por momentos, ó espera, añadió; y tomando una piedra y yesca, encendió una luz. Examinó entónces largo rato y con atencion al esclavo, y dijo:

—Tu cara será tal vez para mí una prueba de lo que dices, mas convincente que tu *segur* y tu *campanilla*.

El eunuco movió la cabeza despues de examinar largo rato las facciones de Sylvest, y murmuró como si hablase para sí:

—Tanta semejanza no puede ser una casualidad. La gala tenia razon; cuando niños, no era posible distinguirlos.

—¿Mi hermana os ha hablado de mi? preguntó Sylvest al eunuco con los ojos bañados en lágrimas. ¿Se acordaba de su hermano?

— ¡Oh! con mucha frecuencia. Es una criatura que no olvida nada...

Y las facciones del viejo espresaron una estraña ironia.

— ¿Y de mi padre? ¿Y de mi madre? ¿os hablaba tambien de ellos?

— Tambien, respondió el eunuco con la misma espresion; muchas veces. Es la perla de las hijas y de las hermanas. ¡Lástima es que no se haya casado, porque hubiera sido la perla de las esposas! ¿Qué quieres decir á tu hermana?

— Quiero verla... hablar largo rato con ella.

— ¡Ola! ¿Y qué cofrecillo es ese que llevas debajo del brazo?

— Es oro.

— ¿Para la hermosa gala?

— Me han mandado que se lo regalára.

— ¿Tu amo sin duda? Porque tu cabeza rasa y tu librea, anuncian que eres esclavo doméstico. ¡Hermana de un criado! Puede estar orgullosa Siomara... Además, haces un papel brillante... y obras como buen pariente...

Sylvest se ruborizó de enojo, pero se contuvo y dijo:

— La casualidad me ha proporcionado hoy el medio de ver á mi hermana...

— Y lo empleas. Sea en horabuena. Deja el cofrecillo en la mesa. ¿Y como y cuando has sabido que la hermosa gala es tu hermana?

— ¿Qué os importa?

— Bien contestado... Me gusta tu despejo. Es decir que quieres ver á tu hermana. ¿Es tal vez para pedirla que te rescate ó para alcanzar alguna limosna?

— Si deseo ver á mi hermana es por impulso de mi cariño, respondió Sylvest con altivez. El oro que gana podria rescatarme de la muerte y del tormento, pero prefiero la muerte á su riqueza infame.

— ¡Cómo se esplica el truan! Habla de honor con su cabeza rasa y su librea de criado, como si fuera un caballero romano, dijo el eunuco; y añadió mirando á Sylvest con mayor desconfianza: ¿Te atreverias acaso á vituperar á tu hermana?

— Preferiria verla dando vueltas á la rueda de un molino con los piés descalzos y cubierta de harapos, que en la vergonzosa opulencia.

Se arrepintió al momento de haber dicho estas palabras, porque

podían inducir al eunuco á no dejarle ver á su hermana, temiendo que prestase oído á sus buenos consejos, pero el eunuco se pegó un golpe en la frente despues de haber reflexionado otra vez largo rato, como quien tiene una idea súbita, y tomando con una mano la luz y con la otra el puñal, dijo á Sylvest:

—Sígueme.

El viejo abrió la puerta, precedió al esclavo en un corredor tortuoso que siguieron algunos instantes, y apagando de pronto la luz de un soplo, dijo á Sylvest en medio de la oscuridad mas profunda:

—Pasa delante de mí.

Sylvest obedeció, aunque con gran sorpresa, y pasó entre el corpulento anciano y la pared del estrecho corredor.

—Anda ahora hácia delante, añadió el eunuco, hasta que encuentres la pared. ¿La has encontrado?

—Si.

—No te muevas y escucha.

El eunuco cesó de hablar, y añadió despues de algunos momentos:

—¿Qué has oído?

—El ruido que forma un lienzo al caer.

—Tienes el oído muy fino. Arrímate á la pared. ¿Lo has hecho?

—Si.

—Adelanta el pié con precaucion como para tantear el terreno. ¿Qué has hallado?

—El vacio, respondió Sylvest con terror inclinándose con violencia hácia atrás y arrimándose á la pared.

—Si, es el vacio, continuó la voz del eunuco, y si das un paso para salir de donde estás, caerás en el fondo de un abismo, en una cisterna abandonada donde te harías pedazos y de la cual no saldrias mas.

—¿Porqué me amenazais? ¿con qué objeto?

—Con objeto de que no te muevas de ese sitio mientras estoy fuera de aquí. Espera.

Y el esclavo exclamó al oír los pasos del viejo que se retiraba:

—¿Y mi hermana? ¿y mi hermana?

—Vas á verla.

—¿Dónde?

—Desde allí, respondió la voz del eunuco cada vez mas distante.

Vuelve el rostro hácia la pared, mira con atencion, y...

Las últimas palabras del eunuco no llegaron á los oídos de Sylvest, que se creyó víctima de alguna burla del viejo. Sin embargo, se volvió maquinalmente hácia la pared y le sorprendió una cosa extraña. Poco á poco y conforme la vista se fué acostumbrando á la oscuridad, llegó á distinguir objetos en un principio imperceptibles, y le pareció que la pared adquiría una vaga transparencia... Primeramente fué una especie de niebla blanquecina que se aclaró lentamente, y se convirtió despues en un ténue resplandor semejante al albor de la mañana. El esclavo hubiera podido cubrir con las dos manos el punto mas luminoso de aquel resplandor circular, que disminuyéndose despues insensiblemente, se confundía con las tinieblas que lo rodeaban. Tocó la pared en aquel punto, y halló una superficie lisa, dura y fria como el mármol ó el acero. La claridad se aumentaba gradualmente, y se hubiera dicho que era el disco de la luna en su plenilunio, desprendiéndose poco á poco de los ténues vapores que á veces la ocultan. Finalmente, aquel disco adquirió una completa transparencia, y Sylvest vió al través de ella un aposento abovedado, que su vista no pudo abarcar mas que en parte. Una lámpara, parecida á las que arden incesantemente dentro de los sepulcros romanos, colgaba de una cadena de hierro. Vió con horror sobre mesas puestas á lo largo de la pared, varias calaveras de huesos blancos como el márfil, pero que conservaban aun sus largas cabelleras sedosas como las de las mujeres. Vió tambien en una mesa cubierta de instrumentos extraños de acero, vasos de caprichosas formas, manos de esqueletos con dedos huesosos cubiertos de ricos anillos, y lo mas horrible aun, una manecita de niño recientemente cortada y sangrienta!

Un trípode de bronce colocado cerca de aquella mesa y lleno de ascuas sostenía un vaso de bronce de donde salía un vapor blanquecino, y al otro lado de la mesa se veía un enorme cofre de madera preciosa y encima un espejo compuesto de una lámina de plata bruñida. Sobre el cofre había un cinturón encarnado cubierto de caracteres mágicos, semejante al que llevaba la hechicera de Tesalia que Sylvest había visto la noche anterior en el templo de Faustina. En uno de los ángulos del aposento se veía un lecho de madera de cedro con incrustaciones de márfil y cubierto con una alfombra ricamente bordada, y en la cabecera del lecho se alzaba una columnita de pórfiro con capitel de plata sobre el cual se veían algunas alhajas preciosas. Sylvest creyó en un principio que aquel aposento estaba desier-

to, pero no tardó en ver salir de entre un cortinaje una mujer que estaba de espaldas, cubierta con una túnica de lino, desnudos los hombros y los brazos tan blancos como el alabastro, de elevada estatura, de talle esvelto y tan hermosa como la Diana de los romanos. Colgaba casi hasta sus piés una hermosa trenza de cabellos rubios como los de su hermana y Sylvest se estremeció al verlos, porque era ella... Siomara, que volvió el rostro hácia donde estaba el esclavo.

Era Siomara. Los dulces recuerdos de la infancia, único consuelo de su esclavitud, y la sorprendente semejanza de su hermana y de su madre Henory hacia que Sylvest no pudiese desconocer á Siomara, y nunca la habia visto tan hermosa. De modo que dando al olvido la triste condicion de aquella desventurada y los objetos estraños, repugnantes y horribles que la rodeaban, la dirigió miradas de ternura y admiracion.

Siomara se reclinó en el lecho con las mejillas sonrosadas, sus rasgados ojos negros brillantes como estrellas bajo sus largos párpados, sus cabellos rubios y dorados, medio destrenzados y cayendo sobre sus blancos hombros, apoyó la cabeza en una de sus manos, y se dejó caer despues cerrando languídamente los párpados y buscando el descanso y el sueño.

Sylvest pudo contemplar largo rato á su hermana en aquella postura... y derramó amargas lágrimas al pensar que aquella mujer encantadora y de rostro sonrosado é ingénuo como el de una vírgen, era una víctima de los escesos de la corrupcion romana. Lleno de vergüenza y de ira apartó la mirada, pero al volver el rostro le asombraron nuevamente los objetos siniestros que llenaban aquel aposento... las calaveras con largos cabellos, los dedos de esqueleto cargados de anillos y la mano de niño recientemente cortada... y sangrienta aun. ¡Y Siomara dormitaba pacífica y risueña en medio de aquellos restos humanos! Creia que era fatal la casualidad que en dos noches, una en el templo del Canal y otra en aquel aposento, le obligaba á ser espectador invisible de estraños misterios.

Siomara salió por fin sobresaltada de su adormecimiento, se levantó como si hubiera oido algun rumor, saltó del lecho y fué á mirar un reloj de arena medio vacio que le recordó tal vez una hora fijada por ella misma porque se apresuró á recoger sus destrenzados cabellos. Tomó entonces de la mesa un frasco de figura estraña, vertió algunas gotas en el vaso de bronce colocado sobre el trípode de

donde brotaba un resplandor azulado que se cambió en llamas de un color rojo muy vivo, y mientras duraron, Siomara puso sobre ellas una plancha de metal lustroso. Cuando se apagaron las llamas, examinó curiosamente las huellas negruzcas que habia dejado el fuego en el metal. El esclavo no pudo menos de recordar estremeciéndose los sortilegios de la repugnante hechicera de Tesalia. Siomara arrojó la plancha de metal, palmoteó en demostracion de alegría, y corrió al cofre de madera de cedro colocado debajo del espejo de plata bruñido. En aquella posicion volvió á dar la espalda á Sylvest, abrió el cofre, sacó una larga túnica negra, se la puso, y se la sujetó con el cinturón encarnado que habia cerca del espejo. Cuando Sylvest vió la túnica negra y el cinturón mágico, inundó su frente un sudor helado, pues Siomara estaba vestida como la hechicera de Tesalia introducida en la quinta de Faustina. Siomara se inclinó segunda vez hácia el cofre, sacó una especie de capucha con que se cubrió la cabeza, y volvió el rostro hácia Sylvest para aproximarse al trípode de bronce.

¡Diosos eternos! Muy firme era el alma de Sylvest cuando en quel momento no se volvió loco, pero se apoderó de él el vértigo, y ya no vió á Siomara, sino á la hechicera de Tesalia que la noche anterior habia hecho padecer en la quinta de la noble dama romana á una pobre esclava. Si, era la hechicera con su téz cobriza, su rostro surcado de arrugas, su nariz de pico de ave nocturna y sus cejas canosas como los mechones de cabellos que salian de la capucha. Si, era la hechicera de Tesalia. ¿Habia tomado hasta entonces las facciones de Siomara por medio de algun encanto, ó Siomara tomaba las de la asquerosa vieja por medio de un sortilegio? Esta trasformacion sobrenatural le llenó de espanto, y no pensando mas que en huir de aquella infernal morada, olvidó el abismo insondable que se abria á sus piés, pero apenas se inclinó hácia adelante cuando encontró el vacío, y deseando arrojarse hácia atrás, tropezó, cayó y se deslizó por la abertura. Solo tuvo tiempo para asirse con ambas manos del borde del pavimento y permaneció un instante con el cuerpo suspendido sobre aquella desconocida profundidad.

¡Oh! á no ser por el recuerdo de Loysa y del ser que ella llevaba en su seno, el esclavo no hubiera tratado de libertarse de la muerte, y se hubiera arrojado al abismo, pero el amor á su esposa le dió fuerzas sobrehumanas, y llegó á levantarse hasta apoyar una de las rodillas en el borde de la abertura y salir de aquel peligro. Cansado

entonces de tantos esfuerzos y aterrado por su espantoso descubrimiento, no pudo sostenerse y cayó cerca del abismo.

¿Cuanto tiempo estuvo sumido en tan profundo letargo? Lo ignora. Cuando volvió en sí, creyó en un principio que todo había sido un sueño, pero la memoria le demostró que estaba despierto. Supuso que el eunuco le había hecho presenciar horribles misterios para inspirarle odio hacia su hermana, é imposibilitar el que se viesen, impelido por algún motivo secreto, pero Sylvest hubiera huido de aquel sitio maldito á no ser por el abismo abierto á sus piés. Al recobrar el sentido vió que continuaba aun la claridad en la pared, y cediendo á una terrible curiosidad, se levantó y miró. El aposento estaba desierto, la lámpara de hierro apagada, y unicamente alumbraba aquel sitio siniestro el resplandor azulado del vaso de bronce colocado sobre el trípode. Pocos momentos despues apareció otra vez la hechicera llevando en la mano un envoltorio negro, que descubrió precipitadamente y sacó una cabeza recién cortada. Sylvest reconoció al resplandor azulado del trípode la cabeza de la hermosa Lidia, la virgen muerta el dia anterior y que había visto pasar y admirar en las calles de Orange. Se acordó entonces de las palabras de su amo que decía aquella mañana á Norbiac que los custodios del sepulcro de Lidia se verian en apuros para preservar sus restos de las profanaciones de las hechiceras, añadiendo con cinismo que las jóvenes que morian vestales eran raras ya en Orange y que sus cadáveres eran muy preciosos para los sortilegios.

La horrible vieja, porque Sylvest principiaba á creerse víctima de una vision ó de una aberracion de sus sentidos, y se resistia á creer que Siomara y la hechicera fueran una misma persona, la horrible vieja puso la cabeza de Lidia en la mesa y otro pedazo de carne sangriento é informe y colocó este pedazo de carne en la mano de niño, y despues sobre la cabeza de Lidia donde la sujetó con los largos cabellos de la difunta.

Sylvest sintió de pronto sobre sus hombros el contacto de una mano, y la voz ronca y burlona del eunuco le dijo en medio de las tinieblas:

—No está abierto ya á tus piés el abismo y puedes seguirme sin peligro. ¿Estás contento? ¿Has visto á tu hermana, la hermosa gala?

—No, respondió el esclavo, no he visto á mi hermana, no; esa horrible hechicera no es Siomara. Todo lo que veo es mágia y sortilegios. Dejádme huir de esta casa maldita!

Pero el eunuco obstruía con su corpulento cuerpo el estrecho corredor y obligó al esclavo á permanecer en aquel sitio.

— ¡Cómo! le dijo ¿Quiéres marcharte sin hablar con tu hermana? ¿Qué se ha hecho aquel furioso amor fraternal?

— No; esa mujer no es mi hermana, y si lo es, no la reconozco... Dejádme huir de aquí!

— ¿No la reconoces? ¿Porqué? añadió el eunuco prorumpiendo en una carcajada. ¿Acaso porque siendo hermosa como Venus se ha trasformado en vieja asquerosa como una de las tres parcas? Si la hubieras visto hace tres dias desnuda como Cipris saliendo de las límpidas olas, frotarse con aceite mágico, y empezar á cubrirse su hermoso cuerpo de un fino plumon, desaparecer sus brazos bajo largas alas, cambiarse en garras de ave sus piernas de Diana cazadora y sus piés delicados, hincharse su gracioso cuello, llenarse de plumas, y tomar su hermosa cabeza la figura de ave nocturna que lanzando tres quejidos fúnebres, echó á volar al través de la bóveda del aposento..!

— Dejádme huir... ó voy á perder la razon!

— ¿Qué hubieras dicho noches pasadas, cuando Siomara se trasformó en loba para ir al ocultarse la luna, á rodar en torno de los cadalsos y traer aqui entre sus dientes el cráneo de un ajusticiado que necesitaba para sus hechizos? (1)

— ¡Heso omnipotente... tened piedad de mi!

— ¿Y otra noche en que tomando la forma de culebra fue á deslizarse hasta la cuna de un recién nacido, que dormía cerca de su madre, y enroscándose con tiento en rededor del cuello del niño, en tanto que acercaba su cabeza de reptil á los labios de rosa del pobrecito dormido, lo ahogó Siomara porque necesitaba su postrer aliento para sus sortilegios?

— ¡Qué horror! ¿Sueño? ¿estoy despierto? murmuró Sylvest.

(1) Apuleyo describe de este modo los objetos que se veían comunmente en la morada de las hechiceras.

«Veíanse aromas de toda especie, láminas de bronce cubiertas de caracteres ininteligibles, instrumentos de hierro, tristes restos de naves, numerosos pedazos de carne humana que pertenecían á cuerpos recientemente llorados, dedos, clavos de cadalso, cráneos medio devorados por los animales del circo, etc.» (*Metamórfosis*, l. III, Apuleyo, p. 81.)

«Van á buscar á los sepulcros y á los cadalsos ciertos despojos y pedazos de cadáver para conjurar los males mas espantosos sobre los vivos.» (Apuleyo, *Metamórfosis*, l. II.)

—Despierto estás ¡ por Hércules !... Si, muy despierto, pero demuestras miedo. ¡ Cobarde ! tienes una hermana que con su mágico poder se trasforma en hermosa gala, en ave nocturna, en loba, en culebra... que puede tomar todas las formas, ¿ y no te alegras por el honor que recibe con tan noble arte tu familia ?

Sylvest creyó que empezaba á desvariar y no dudó ya de las palabras del eunuco. Si Siomara se trasformaba en repugnante hechicera como acababa de verlo, ¿ no podia trasformarse tambien en ave nocturna, en loba ó en culebra ?

El eunuco continuó obstruyendo el corredor con su cuerpo :

— ¡ Imbécil ! ¿ Asi me agradeces el haberte colocado en buen parage para iniciarte en los secretos de la vida de Siomara, de modo que cuando la veas puedas estrecharla cariñosamente contra tu corazon de hermano, y decirla : « ¡ Eres la digna hija de nuestra madre ! »

Sylvest no pudo sufrir mas la cruel ironia del eunuco y exclamó :

— Heso... Dios misericordioso, quitame la vida ó la razon, ó dame fuerzas para huir !

Y en efecto, el terror y la rabia le dieron una fuerza tan terrible que, arrojándose violentamente sobre el corpulento eunuco, le derribó, le pisoteó, se abrió paso, corrió á la aventura al través de las tinieblas, tropezando en las paredes, y perseguido por las carcajadas del eunuco que se habia levantado y le perseguia repitiendo.

— ¡ Es la digna hija de vuestra madre !

CAPÍTULO IV.

El gladiador Monte Libano.—Siomara.—El leon enamorado.—Siomara conoce á Sylvest.—Lo que sucedió á Sylvest y á Siomara desde su separacion.—Prenden á Sylvest en casa de Siomara y es condenado á ser devorado por las fieras en el circo.

Mientras Sylvest huia del eunuco, vió en el extremo del corredor una viva claridad, y corriendo hácia ella, se encontró en el vestibulo, descorrió el cerrojo interior de la puerta de la calle, y se creyó salvado; pero en el momento que ponía el pié afuera, se halló cara á cara de un hombre de estatura gigantesca que le asió del cuello con mano de hierro, le empujó dentro del vestibulo y cerró la puerta cuando el eunuco llegaba sin aliento.

El eunuco dió dos pasos atrás al ver al gigante, y preguntó con enojo:

—¿Cómo te has atrevido á entrar, Monte Libano?

—¡Sangre y muerte! exclamó el gladiador con tono amenazador; la hermosa gala no se burlará tanto tiempo de mi. Desde el anochecer estaba oculto en una casa en frente de esta; ví llegar á este miserable esclavo acompañado de su amo; los dos se pararon á algunos pasos de esta casa; el amo habló al esclavo; este, que llevaba debajo del brazo un cofrecillo, llamó, le abrieron y entró. Esto pasó al anochecer y pronto va á aparecer la aurora. ¡Por Pluton y las parcas! ¿Me toma acaso por un niño?

—Te toman por lo que vales y por lo que eres, animal carnicero, odre de vino, respondió el eunuco sin inmutarse. ¡Sal de aquí, pillar de taberna, espantajo de taberneros! ¡sal de aquí, toro de combate! Nadie entra aquí sin mi permiso y no me dan miedo tus mugidos.

—¿Quieres que te ahogue, depósito de sebo? ¿quieres que te muela los huesos á palos? dijo el gladiador amenazando al corpulento eunuco con un enorme baston de ébano que tenia por puño una bola de plomo. Si pronuncias una palabra mas, te envio á las cavernas de Pluton.

Así hablaba Monte Libano, aquel famoso gladiador que los mas nobles romanos honraban con su amistad, y que era en Orange en

aquella época una celebridad, y la admiracion de la plebe. Parecia jóven aun, pero la espresion de sus facciones era insolente y estúpida... Un sablazo, cuya cicatriz principiaba en la frente y se estendia hasta la barba, le habia privado del ojo izquierdo; veíanse en su rico traje manchas de vino; su túnica, bordada en plata pero llevada con desórden y sin abrochar, dejaba ver su pecho de Hércules, velludo como el de un oso, y sus sandalias de piel de gamo y sus botines militares, adornados con galones de oro, estaban tan manchados y ajados como el resto de su traje. Ceñia al costado una larga y ancha espada, llevaba en la cabeza un sombrero de fieltro con un plumero encarnado, y en la mano el enorme baston de ébano con que amenazaba al eunuco. He aquí al célebre Monte Líbano cuyo amor codiciaba la noble dama romana, la opulenta vinda Faustina.

El estruendo causado por la disputa del gladiador y el eunuco crecia por instantes hasta que se abrió la puerta interior del vestíbulo, y Sylvest vió aparecer á Siomara, no trasfigurada en repugnante hechicera, sino jóven, altiva, hermosa; ¡oh! mil veces mas hermosa de lo que el esclavo la habia visto al principiar aquella noche maldita. Pero no era ella; no, no era la que habia visto... no podia creerlo. Los abundantes cabellos rubios de Siomara estaban sujetos por una redecilla de plata, y llevaba dos túnicas, una blanca y muy larga, y otra de color azul celeste, corta y bordada de oro y perlas, que dejaba el cuello y los hombros descubiertos. Al volver á ver á su hermana con una belleza tan brillante y pura, Sylvest creyó mas que nunca que todo cuanto habia visto aquella noche era un sueño.

— No, no; decia para sí, una mujer perdida, una maldita hechicera no tendria esa frente casta y altiva, esa dulce y noble mirada. No; el infame eunuco ha mentido, las apariencias mienten, y hasta mis ojos han mentido esta noche. En cuanto he visto se encierra un misterio impenetrable. Mi hermana es esta Siomara que veo, pero la de esta noche se me apareció sin duda por medio de un sortilegio.

Así pensaba el esclavo, oculto en el vestíbulo detrás de una columna, y como no habia reparado en él su hermana, esperó lo que iba á suceder entre ella, el eunuco y el gladiador. Este perdió al parecer su grosera audacia con la presencia de Siomara, que dió un paso hácia el gigante con la mirada imperiosa y amenazadora y la cabeza erguida.

— ¿Qué ruido es este? le preguntó con dureza. ¿Cree Monte Líbano que mi casa es una de las tabernas á donde va á embriagarse todas las noches?

— Este salvaje no sabe mas que rujir, dijo el eunuco, y ¡por Júpiter..!

— ¡Calla! dijo Siomara al anciano interrumpiéndole, y dirigiéndose despues al gladiador, añadió con tono de emperatriz:

— ¡De rodillas!.. y pide perdon por tu insolencia.

— Siomara... escucha... balbuceó Monte Líbano, cuya confusion era por momentos mayor; quiero explicarte...

— ¡De rodillas primero! Arrepíentete de tu insolencia, y hablarás despues si yo quiero.

— ¡Siomara! repitió el gladiador juntando las manos en ademan suplicante; una palabra tan solo...

— ¡De rodillas! gritó Siomara con impaciencia; ¡de rodillas!

El Hércules se arrodilló con la docilidad temerosa del oso encadenado que obedece á su amo, y dijo:

— Ya estoy de rodillas... yo, Monte Líbano, que he visto á tantos humillados á mis plantas...

— Y sobre ellos ando al humillarte, dijo Siomara con un ademan de soberano desprecio. Inclina la cabeza... mas! mas!

El gigante obedeció, se prosternó hasta tocar con la cara en el suelo, y Siomara le dijo apoyando la punta del pié sobre la cabeza del gladiador:

— ¿Te arrepientes de tu insolencia?

— Me arrepiento...

— Ahora, sal de aquí, añadió Siomara rechazándole con el pié; sal de aquí al momento y no vuelvas jamás!

— Siomara... ¿desprecias mi amor? dijo el gladiador levantándose sobre sus rodillas, en cuya humilde postura permaneció un momento; y sin embargo, no descargo un golpe mortal sin que pronuncie tu nombre. Me acusas de que me embriago...

— Y de que arrojas todo lo que encuentras á mano cuando estás ébrio, dijo el eunuco interrumpiéndole.

— ¿Y sabes, Siomara por qué lo hago? continuó el gigante con voz doliente. Recorro á la embriaguez para olvidarte. Me resignaria sin embargo á tus desdenes sin quejarme, si todos fueran despreciados como yo; pero ese vil esclavo, y el gladiador designó á Sylvest levantándose, ese vil esclavo ha permanecido en tu casa toda la no-

che por él ó por su amo , y no he podido dominar mi enojo...

La hermana de Sylvest siguió con la mirada el ademan de Monte Líbano , y reparó por vez primera en el esclavo , que hasta entonces habia estado oculto detrás de una columna del vestibulo.

— ¿ Quién es este hombre ? preguntó acercándose rápidamente á Sylvest , y tomándole vivamente por el brazo , le obligó á dar un paso y á esponer su rostro á la luz de la lámpara. ¿ Quien eres ? ¿ á quién perteneces ? añadió mirándole fijamente. ¿ Qué haces aquí ?

El eunuco esperaba al parecer con temor la respuesta de Sylvest , mientras el esclavo , esforzándose en olvidar los misterios de aquella noche fatal , no sabia qué contestar , y sentia que su cariño fraternal luchaba con el terror que le habia inspirado Siomara ; pero esta , despues de contemplar un momento al esclavo en silencio , se estremeció , le obligó á que se acercase mas á la luz , y examinándole entonces con mayor atencion y curiosidad , le puso sobre los hombros las manos , que Sylvest sintió que temblaban , y le dijo :

— ¿ De qué pais eres ?

— Sylvest vaciló , y estuvo tentado á responder engañando á su hermana ; pero al ver tan cerca aquel hermoso rostro que le recordaba el de su madre , y al sentir sobre sus hombros aquellas manos que tantas veces se habian enlazado con las suyas en los felices dias de la infancia , no vió mas que á su hermana , la cual volvió á preguntar :

— ¿ De qué pais eres ? ¿ No entiendes la lengua romana ?

— Soy galo.

— ¿ De qué provincia ? preguntó entonces Siomara en lengua gala.

— De Bretaña.

— ¿ De qué tribu ?

— De la tribu de Karnak.

— ¿ Cuánto tiempo hace que eres esclavo ?

— Fuí vendido siendo niño despues de la batalla de Vannes.

— ¿ Tenias una hermana ?

— Si ; tenia un año menos que yo.

— ¿ Y fué vendida como tú siendo niña ?

— Si.

— ¿ No has vuelto á verla desde entonces ?

— No.

— Ven : sígueme , dijo al esclavo Siomara , mientras el gladia-

dor manifestaba enojo y el eunuco temor durante aquella conversacion en lengua gala, que indudablemente no entendian. Siomara dió un paso hácia el aposento interior pareciendo que habia olvidado completamente á Monte Líbano, pero de pronto se volvió hácia él, y le dijo con dulce sonrisa:

— Has humillado tu frente bajo mi pié, siendo el valiente entre los valientes, pero en cambio te permito besar mi mano. No te desesperes: el amor se purifica con los sacrificios.

El gladiador se postró de rodillas para estrechar contra sus labios la mano de Siomara. Forzoso era que aquel hombre feroz y grosero estuviera profundamente enamorado, porque mientras besaba la mano á Siomara con una especie de respeto, brotó una lágrima de sus ojos, y dijo levantándose y en tanto que la hermana indicaba á su hermano que la siguiese:

— ¡Por todos los rivales que he vencido, y por los que venceré aun! Siomara, puedes decir al universo que la sangre, el corazon y la espada de Monte Líbano son tuyos...

La hermosa gala dejó al gladiador ponderando su pasion, y al eunuco devorando sin duda la cólera que le causaba la conversacion que iba á mediar entre ambos hermanos, salió del vestibulo, volvió á indicar á Sylvest que le siguiera, y le condujo á un aposento magníficamente amueblado, donde permanecieron solos. Siomara abrazó entonces á su hermano, y le dijo con espresion de inefable ternura, y estrechándole apasionadamente contra su pecho:

— Sylvest ¿no me conoces? Yo te he conocido al instante. Soy tu hermana... vendida como tú hace diez y ocho años, despues de la batalla de Vannes.

— Te habia conocido.

— ¡Lo dices con tanta frialdad..! Apartas los ojos... tu rostro está sombrío... ¿Así se recibe á la compañera de la infancia... despues de tan larga separacion? ¡Ingrato! ¡cuando no pasaba un dia sin que pensara en tí..! ¡Ob! vas á hacerme llorar...

Y en efecto, inundaron las lágrimas sus ojos.

— Oye, Siomara... una palabra tan solo puede hacerme el mas miserable de los hombres, ó el mas venturoso de los hermanos.

— Habla...

— Con una palabra puedes sacar de mi corazon todo el cariño que he atesorado para tí en tantos años.

— Habla... habla!

— Una palabra tuya , enfin , y continuaremos esta conversacion que ayer hubiera comprado á costa de mi sangre ; de lo contrario, salgo de esta casa al instante para no volver jamás...

— ¡ No volver jamás ! ¿ Porqué ? ¿ qué te he hecho... ?

— Siomara , los dioses de nuestros padres me son testigos de que cuando supe que la hermosa gala eras tú , fué grande mi dolor y vergüenza , hermana mia , pero me he acordado de la corrupcion que impone á veces la esclavitud , y he pensado además que tu amo , el que te compró á la edad de nueve años , se llamaba Trymalcion. Sentí entonces la mas profunda compasion por tí... y este sentimiento me animaba aun cuando entré ayer en tu casa...

— ¿ Estas en mi casa desde ayer ? preguntó Siomara , mirando á su hermano con estupor. ¿ Has pasado la noche aquí ?

— Si.

— Es imposible.

— Ya te he dicho , Siomara , que con una palabra puedes decidirme á amarte y compadecerte , ó á alejarme de tí con horror.

— ¡ Inspirarte horror ! exclamó Siomara con ademan de tan ingénua sorpresa , y con tono de tan dulce reproche , que Sylvest la miró con incertidumbre ; ¿ porqué he de inspirarte horror , hermano mio ?

Y clavó tranquilamente sus hermosos ojos negros en los del esclavo. Sylvest estaba casi convencido , pero renacieron sus dudas , y añadió :

— Oye ; ayer llamé á tu puerta , me abrió el eunuco , y le dije que era tu hermano...

— ¿ Eso le confiaste ? dijo ella quedando sumida en honda meditacion.

— Mi revelacion le causó inquietud y enojo , y despues me dijo : ¿ Quieres ver á tu hermana ? Ven , pues ; vas á verla. Y me llevó á un oscuro corredor , y al cabo de un instante , apagó la luz diciéndome que siguiera adelante. Le obedecí y tropecé con una pared. Al mismo tiempo se abrió un abismo á mis piés. El eunuco me dijo entonces que no me moviese , pues me esponia á perecer , y que mirase la pared...

— ¡ Cómo ! dijo ella con tanto asombro como candor , mientras una ténue sonrisa de incredulidad contraia sus labios. ¿ Te dijo que mirases la pared para verme ? ¿ Hablas con formalidad , hermano mio ?

— Habló tan formalmente, Siomara, que en este instante siento una terrible angustia, porque vas á pronunciar esa palabra fatal que espero de tí... Oye... Seguí, pues, el consejo del eunuco, miré la pared, y entonces...

— Prosigue...

— No sé por qué prodigio la pared adquirió transparencia y ví en un aposento abovedado una mujer... que te se parecia. ¿ Eras tú, Siomara? ¿ eras tú ó tu sombra?

Y mientras Sylvest temblaba esperando la respuesta de Siomara, ella dijo como si su hermano le hubiera preguntado una cosa imposible é insensata:

— ¿ Me viste... á mí, al través de la transparencia de una pared?

Despues se llevó las manos á la frente como despertando un repentino recuerdo, y prorumpió en una carcajada, pero la risa era tan sencilla y fresca, que su hermoso rostro se animó con un vivo carmin, y sus ojos se inundaron en esas lágrimas que la risa hace brotar con frecuencia. El esclavo la miraba con asombro, pero tambien con alegría al ver que sus sospechas se desvanecian. Su hermana se acercó entonces á Sylvest, que estaba sentado á su lado, le apoyó uno de sus brazos en el hombro, y le dijo con voz cariñosa:

— ¿ Recuerdas que habia una choza cubierta de juncos marinos en nuestra casa rústica de Karnak, á la derecha del redil, cerca de donde dormian las terneras al pié de una corpulenta encina?

— Lo recuerdo, respondió Sylvest, sorprendido al oír tal pregunta, pero entregándose á pesar suyo á tan dulces memorias. Construí aquella choza para tí...

— Si, y cuando el sol abrasaba ó caian las lluvias de primavera, ya sabes que nos albergábamos allí...

— ¿ Estábamos tan bien en aquella choza, bajo el ramage de la encina, viendo las hermosas terneras, y mas allá el riachuelo que corria entre sauces murmurando!

— ¿ Recuerdas que cuando estábamos allí nos divertíamos en jugar á los *juegos hablados*, cómo los llamábamos?

— Si... si; me acuerdo.

— ¿ Te acuerdas de que uno de esos juegos era el de las *condiciones*?

— Si...

— ¿ Quieres que juguemos ahora como entonces á ese juego?

— No te entiendo...

Siomara continuó con gracia encantadora:

—Primera condicion: Sylvest, que vé á las Siomaras al través de las paredes, no preguntará sobre este punto á su hermana, porque esta, á pesar del profundo respeto que tiene á su hermano, no podría menos de reirse. Segunda condicion: Sylvest responderá á las preguntas que le dirija su hermana, y cumplidas estas condiciones, sabrá todo lo que deseá, aun respecto de la pared trasparente, añadió Siomara pareciendo que contenia una nueva tentacion de risa. Y solo le será imposible entonces espresar vivamente su cariño á la pobre hermana, á quien amenazaba ahora mismo con no volver á verla jamás...

Muchos años han trascurrido desde aquella conversacion hasta el dia en que escribe esto Sylvest, pero le parece estar oyendo aun la voz de Siomara, su acento lleno de ingénua jovialidad al recordar á su hermano los dias risueños de la infancia, y le parece estar viendo aun aquel rostro adorable, de espresion tan ingénua y sincera. Creyó por consiguiente las palabras de su hermana y se convenció de que existian misterios impenetrables á su razon, misterios que Siomara, segun su promesa, debia aclarar demostrando á su hermano que no era indigna de su cariño. Se entregó, pues, segunda vez á la dulce necesidad de recordar los únicos años de dicha que habia gozado junto á su hermana y en el seno de su familia que era entonces libre y feliz; se acercó á Siomara, tomó sus manos, y esforzándose en sonreir como ella al recuerdo de sus juegos infantiles, le dijo:

—Sylvest acepta las condiciones de Siomara. No hará mas preguntas. Que hable su hermana y le responderá.

Siomara estrechó con ternura las manos de su hermano, y le dijo con voz tierna y triste como si de antemano esperase una respuesta siniestra:

—¿Qué es de mi padre, Sylvest?

—Murió... víctima de un espantoso suplicio.

Gruesas lágrimas cayeron de los ojos de Siomara que añadió despues de un sombrío silencio:

—¿Hace mucho tiempo que murió mi padre?

—Tres años despues de la batalla de Vannes.

—Recuerdo cuan inmenso fué nuestro dolor cuando nos separaron en presencia de mi padre cargado de cadenas y haciendo un esfuerzo sobrehumano para acudir en nuestro auxilio. Pero ¿qué ha

sido de tí, hermano mio? ¿No te separaron de mi padre?

—No. Su amo me compró tambien por una mezquina cantidad, porque viendo que mi padre era de raza tan indómita, temian que el lobezno llegase á convertirse en lobo.

—¿Y á qué pais os condujeron?

—A nuestra tribu, para cultivar bajo el látigo y encadenados, los campos de nuestros padres.

—¿Qué dices?

César habia repartido despues de la batalla de Vannes nuestras haciendas á sus oficiales inválidos, y á uno de ellos le tocó en suerte nuestra casa.

—¡Pobre padre! ¡pobre hermano! ¡Qué dolor seria el vuestro al volver á ver nuestra casa y nuestros campos en poder del extranjero! Pero al menos no te habian separado de mi padre.

—Durante la noche habitaba como los demás esclavos en un subterráneo (1) en tanto que el oficial romano, sus esclavas y los capataces ocupaban nuestra casa, donde vivia yo tambien encerrado en una especie de jaula.

—¿En una jaula! ¿Y porqué tanta barbarie?

—Un dia despues de llegar á nuestra casa, el amo dijo á mi padre: «El dia que te niegues á trabajar, mandaré arrancar un diente á tu hijo. Si tratas de rebelarte, le arrancarán una uña, y si intentas evadirte, á cada tentativa, se le cortarán un pié, una mano, la nariz, las orejas ó la lengua. Si llegas á evadirte, se le sacarán los ojos y morirá en medio de los mas crueles suplicios. A tí te toca ahora hacer que tu hijo cuente sus dias por los tormentos.

Siomara se estremeció y ocultó el rostro entre las manos.

—«No tendrás esclavo mas dócil ni laborioso que yo, respondió mi padre, pero permíteme únicamente que, si estás satisfecho de mi conducta y mi trabajo, vea algunas veces á mi hijo. — Pórtate bien y lo veremos, respondió el romano.» Mi padre cumplió su promesa con la idea de evitarme los tormentos, y fué el esclavo mas dócil y laborioso.

—¡Mi padre el mas dócil de los esclavos! dijo Siomara con los ojos bañados en lágrimas; ¡mi padre que estaba tan orgulloso con la independencia de su raza! ¡Guilhern, el hijo de Joel! ¡Ah! ¿qué padre dió jamás á su hijo mayor prueba de cariño?

—Solamente una madre y un padre son capaces de semejante he-

(1) El *ergástulo*, ó cárcel de los esclavos labradores, era un subterráneo.

roismo. Sin embargo, á pesar de tanta sumision, el amo tardó mucho tiempo en permitirle que me hablara; de vez en cuando le veia desde lejos, por la mañana ó por la tarde, al salir ó al entrar en el ergástulo, porque á tales horas el amo me sacaba de la jaula para que hiciese ejercicio, atado á un enorme perro.

— ¡Tan cruelmente te trataban, hermano mio!

— Si; llevaba en el cuello un pequeño carcan de hierro y una cadenita bastante larga que estaba atada al collar del perro. Finalmente, fué tal el valor que inspiró á mi padre la esperanza de estrecharme algun dia entre sus brazos, que desempeñó á veces tareas superiores á las fuerzas humanas. Así pues, la primera vez que le permitieron hablarme, debió este favor á la terminacion de un trabajo de siete medidas de tierra, principiado al salir el sol y acabado al ocultarse, siendo así que cuando se hallaba en su mayor robustéz, libre y feliz, no hubiera dado fin á semejante tarea trabajando con ardor dos dias seguidos. Aquella noche vino mi padre á donde estaba mi jaula y ya puedes figurarte si vendria tostado por el sol, bañado en sudor y sin haber recobrado aun el aliento. Para mayor seguridad, además de la cadena que llevaba en las piernas, le habian puesto esposas. El capatáz que le acompañaba no apartaba la vista de nosotros. ¡Oh! hermana mia, prorumpí en amargo llanto al ver á mi padre, pues basta entonces solo le habia visto desde lejos, pero estaba casi desconocido con su cabeza rasa, el rostro flaco y arrugado y los barapos que le cubrian.

— ¡Pobre padre mio! ¿Te acuerdas, Sylvest, cuando en los dias de fiesta y de ejercicios militares montaba en su garañon y corria á todo escape por los prados, mientras mi tio Mikael el armero, le seguia á pié y como colgado de las crines del caballo?

— Y sin embargo, hermana mia, la primera vez que le permitieron verme y hablarme, el rostro de mi padre estaba tan radiante como en los dias de su mayor prosperidad. Apenas se acercó á mi jaula, cuando me dijo con voz conmovida y vertiendo lágrimas de gozo: «Dame tus mejillas, hijo mio.» Entonces apoyé el rostro en los palos de la jaula, y él se esforzó en estampar un beso en mis labios, y á pesar de la alegria que nos causaba el volvernos á ver... ¡cuánto lloramos, hermana mia! Mi padre fué el primero que se enjugó las lágrimas para consolarme y recordarme los heróicos ejemplos de nuestra familia y los preceptos de nuestros dioses. Hablamos tambien mucho rato de tí, hermana mia. Finalmente, despues de cari-

ñosas confidencias, consuelos y palabras de ternura, el capatáz volvió á conducirle al subterráneo. Nuestras entrevistas eran muy raras, pero inspiraban nuevo valor á mi padre.

— ¿Y siempre estabas preso tú, pobre hermano mio?

— Siempre. Era para mi amo la única garantía de la docilidad de mi padre. Tres años trascurrieron de este modo. Habiendo tenido el romano que seguir correspondencia en lengua gala para la venta de granos con los galos de Inglaterra, encargó á mi padre de este cuidado, y entonces pudo, cumpliendo la postrera voluntad de nuestro abuelo Joel, escribir á hurtadillas algunos pasages de su vida. Habia ocultado en el hueco del tronco de un árbol, cuyo sitio sabia yo, los relatos de Joel y de Albinik, lo mismo que la segur de oro de nuestra tia Hena, y una de las campanillas de bronce que llevaban nuestros bueyes de guerra en la batalla de Vannes. Estas preciosas reliquias de familia están en mi poder, hermana mia, y las traia para demostrar en caso necesario que era tu hermano... ¡Ah! las últimas líneas escritas por mi padre solo precedieron de algunos dias á su muerte...

— ¿Y sabes cual fué la causa de su muerte?

— Como mi padre prestaba tantos servicios á nuestro amo, llegó á gozar de mas libertad que los demás esclavos, y se aprovechó de esta preferencia para preparar los medios de nuestra fuga. En la última entrevista me dijo: «Si por la noche invade el incendio el sitio «donde te hallas, no temas ni trates de huir y espérame.» ¿Te acuerdas, hermana mia, del edificio donde se ponía á secar el cáñamo?

— Si, me acuerdo; estaba inmediato al pesebre de los bueyes. ¡Ah! Sylvest, ¡cuantas veces nosotros y toda la familia pasamos alegremente las largas veladas de invierno poniendo el cáñamo en aquel parage! ¡con cuanto alborozo trabajábamos! Y nuestro padre era el primero en escitar la alegría con cuentos, graciosos ocurrencias y chistes.

— Si, tenia entonces, como nuestro abuelo Joel, la jovialidad de los nobles caracteres. Estaba, pues, encerrado siempre en el pajar del cáñamo; mi jaula, construida con recios tablones de encina tenia una abertura asegurada con barrotes de hierro, y entraba en ella por una puerta que el romano cerraba siempre por fuera con cerrojo. Una noche me despertó una espesa humareda, y despues ví una viva claridad debajo de la puerta que comunicaba con los pese-

bres, la cual se abrió de pronto, y entró mi padre al través de las llamas y del humo llevando en la mano una hacha y libre de las cadenas. ¿Cómo lo habia hecho? Nunca lo he sabido. Entró apresuradamente, descorrió el cerrojo de mi jaula, me dijo que le siguiera, se precipitó hácia el fondo [del pajar, que habia invadido ya el incendio, rompió con el hacha la pared, me hizo pasar por la abertura y me siguió...

—¿Y os encontrasteis en el estrecho camino de ronda rodeado de una estacada y donde durante la noche se soltaban los perros de guerra?

—Si, pero como la estacada era demasiado alta, mi padre abrió una brecha con el hacha. El resplandor del incendio nos alumbraba como el sol del mediodia, pero encontramos detrás de la estacada el ancho y profundo foso que rodeaba nuestra casa...

—¿Y como lo cruzasteis si era imposible?

—El foso tenia desde el fondo hasta el borde una altura dos veces mayor que la estatura de mi padre, el cual saltó dentro y me dijo que le imitara tendiéndome los brazos. Me arrojé y mi padre se esforzó en amortiguar la caída, pero al llegar al fondo, me torcí un pié, lancé un grito penetrante que mi padre ahogó tapándome la boca con una mano, y me desmayé. Al recobrar el sentido, mucho tiempo despues sin duda, presencié un espectáculo horrible. ¿Te acuerdas de los viejos sauces que habia cerca de la fuente del lavadero, uno de los cuales tenia el tronco hueco?

—Si, donde atábamos de uno á otro una cuerda para mecernos...

—En el hueco de aquel árbol estaban ocultas las reliquias de familia, y aquel sitio, testigo en otro tiempo de nuestros juegos infantiles, iban á presenciar mi suplicio y el de mi padre. ¡Pobre padre mio! Le ví al recobrar el sentido clavado en una cruz, y á su lado se alzaba otra preparada para mi. Mis gritos atrajeron á otro colono romano, vecino de nuestro amo, que se compadeció de mi. Es justo decir que muchos romanos trataban con bondad á sus esclavos, y que no todos eran tan tiranos y crueles como mi amo. Se paseaba casualmente por aquel sitio, y me sacó de entre las manos de mis verdugos. Me postré entonces á sus piés y supliqué en favor de mi padre. En aquel momento llegó el amo que consintió por codicia en venderme al otro colono, pero declaró lleno de ira que habiendo incendiado mi padre una parte de los edificios de la granja para aprovecharse del tumulto y huir conmigo, padeceria el suplicio hasta el

fin, y lo padeció. Alejado de allí por mi nuevo amo, estuve mucho tiempo enfermo, pero me trataron con humanidad. La primera vez que pude salir de casa al principio de mi convalecencia, me dirigí al paraje donde estaban los dos sauces, y hallé en la cruz el esqueleto de mi padre.

— ¡Morir tan cruelmente! ¡Dioses eternos! exclamó Siomara enjugándose las lágrimas. ¡Morir esclavo, de una muerte espantosa... en el mismo sitio donde él y los suyos habían vivido tantos años libres y felices!

— El corazón se me despedaza como á tí, Siomara cuando me acuerdo. Aunque era entonces un niño, hice un juramento de venganza sobre los restos sagrados de mi padre, y después saqué del hueco del árbol las reliquias de nuestra familia. Permanecí algunos años en la casa de mi nuevo amo como esclavo doméstico, y en aquella época aprendí la lengua romana. Pero perdí por desgracia á mi bondadoso amo, me vendieron á pública subasta á un procurador romano que viajaba por nuestro país, el cual se deshizo de mi, y de esclavitud en esclavitud, llegué á poder del noble Diávolo, uno de los amos mas crueles y malvados que he tenido. Voy á terminar mi historia, hermana mia; dos años ha acompañé á Diávolo á una quinta inmediata á la de una gran dama, cuyo mayordomo hace trabajar muchas esclavas de fábrica, y conocí allí á una gala de París, vendida después del famoso sitio de aquella ciudad. Nos amamos, y una noche, ante el astro sagrado de la Galia, nos juramos fidelidad eterna... único matrimonio permitido á los esclavos á pesar de sus miserias. Los dioses bendijeron nuestro amor, porque mi esposa Loysa abriga la esperanza de ser madre. Finalmente, habiendo sabido ayer por casualidad que la hermosa gala recién llegada á Orange eras tú, hermana mia, lisongéé la corrupcion de mi amo para encontrar el medio de introducirme en tu casa. Durante la noche que acabo de pasar aquí, he sido testigo de misterios horribles... Si, durante algunos momentos he sido juguete de visiones ó sortilegios. Se me apareció tu espectro para helarme de espanto. Veo que mi loco horror te ha causado risa, pero ya que me has dicho: Hermano, responde primero á lo que te pregunte, pues lo que te parece inesplicable te parecerá natural, y conocerás que tu hermana no ha sido jamás indigna de tu cariño, te suplico en nombre de nuestros recuerdos de infancia, que tanto te han enternecido, y en nombre de nuestro padre, por cuya muerte has llorado, que cumplas tu promesa. Cree

por fin que abrigo piedad y perdon para la deshonra en que vives. ¡Ah! ¿qué otro porvenir te esperaba siendo vendida en la niñez por aquel monstruo de iniquidad... por el infame Trymalcion?

— ¡Trymalcion! dijo Siomara con dulce sonrisa. Trymalcion no era un monstruo de iniquidad.

— ¿Qué dices? aquel viejo libertino...

— ¡Oh! viejo y feo era en verdad, y me inspiró los primeros dias miedo y repugnancia, pero despues, añadió con ingenuidad... despues me pareció muy amable y bondadoso.

— ¿Es posible que hables así, tú... mi hermana?

— ¿Quisieras que fuese ingrata?

— ¡Dioses justos! ¿qué dices?

— ¡Pobre Sylvest! dijo Siomara con cariñosa ternura, conozco que sometido desde niño á la mas dura esclavitud, y recordando incesantemente las miserias de nuestra familia y la muerte atroz de mi padre, ha debido causarte odio y horror la servidumbre. Es muy natural, y además, comparabas tu vida presente con los pacíficos dias de la infancia pasados en nuestra humilde casa; pero yo, Sylvest... ¿qué diferencia!

— ¡Cómo! ¿Así hablas de la esclavitud?

— ¿He sido acaso esclava? dijo Siomara riéndose con tanta ingenuidad que asombró á Sylvest. Dí por el contrario que á los ocho dias de vivir al lado del viejo Trymalcion fué él mi primer esclavo, porque no se que filtro convirtió á aquel hombre tan temido de todos en un manso cordero para mi. Todos sus esclavos eran míos. Además, no puedes imaginarte los prodigios de la galera que me condujo de Vannes á Italia. La nave de la reina Cleopatra no podia compararse con la del opulento Trymalcion. Figurate que mi cámara, que era la mas hermosa, porque el anciano la ocupaba antes de dárme-la, tenia un artesonado de márfil con incrustaciones de oro, y lindas pinturas que me sorprendieron desde el principio cubrian las paredes. La alfombra se componia de plumas de aves tan raras como preciosas que brillaban con todos los colores del arco iris. Mi lecho y todos los muebles eran del oro mas puro y cincelados por artistas griegos; los almohadones estaban llenos de plumon de tiernos cisnes y eran de seda de Tiro, y tenia tal blancura y era tan fina la tela de las sábanas, que comparada con ella, hubiera parecido basta la tela de araña y parda la nieve. Diez esclavas, destinadas para servirme, trabajaban noche y dia cortando de telas de Oriente de un precio fa-

buloso los mas ricos trajes, y todos los dias presentaban á mi vista encantada nuevas y hermosas galas. Mis cofrecillos estaban llenos de gargantillas, brazaletes y alhajas de toda clase resplandecientes de pedrerías; cubrian mi mesa manjares esquisitos, y el viejo Trymalcion se divertia en servirme como copero. Si deseaba jugar, me traian perros de Persia que eran tan diminutos como graciosos, monos vestidos con trajes grotescos, niñas moriscas de mi edad que me servian de muñecas ó papagayos encarnados y azules encerrados en jaulas de plata con verjados de oro que sabian ya llamarme por mi nombre. Si estas diversiones me fastidiaban, el anciano me daba cajas de agata llenas de perlas y piedras preciosas que tenia el capricho de arrojar al mar. Estos juegos costaron á Trymalcion mas de diez mil monedas de oro. Cuando llegamos á Italia, las magnificencias que me esperaban me hicieron olvidar las diversiones y el lujo de la galera.

Sylvest no tuvo valor para interrumpir á su hermana. Jamás habia pensado en tan infames seducciones, mas horribles aun para una alma altiva y justa, que los mas rudos trabajos y los suplicios, porque estos no dañan ni matan mas que el cuerpo.

— ¡Desventurada! dijo á Siomara vertiendo lágrimas de compasion, siendo tan niña ¿no te acordabas con dolor de tu padre, de tu madre, ni de los tuyos? ¿No echabas de menos la vida de tus primeros años?

— ¡Oh! si... En un principio lloré mucho por mis padres, pero las lágrimas se secan tarde ó temprano, y es tan inconstante la infancia! Por otra parte, no podia echar de menos mucho tiempo, hermano mio, mis vestidos de lana parda, mis recios zapatos de cuero y nuestros juegos en los arenales, cuando reinaba como soberana en la galera del rico Trymalcion, y me veia vestida como la hija de una emperatriz, divirtiéndome en arrojar perlas y rubies en el mar.

— ¡Dioses misericordiosos! exclamó Sylvest, yo os bendigo por haberme hecho tan cruel la esclavitud y por haberme puesto en el cuello un carcan de hierro en vez de una gargantilla de oro, porque tal vez hubiera llevado con alegria la librea de la infamia como esta desventurada. Es decir que todo lo olvidaste por la opulencia, la molicie y el placer... que no existia ya para tí familia, honor, patria, libertad ni dioses?

— ¿Qué habia de hacer, Sylvest? respondió Siomara estendiendo

sus brazos en ademán de fastidio. A los catorce años era ya la reina de las alegres bacanales que daba todos los meses Trymalcion para divertirme en su inmensa quinta subterránea de la isla de Caprea, donde diez mil antorchas de cera perfumada reemplazaban la luz del día. Se hubieran podido comprar provincias enteras con el oro que costaba cada una de aquellas saturnales, en que Trymalcion apuraba su ingenio para inventar diversiones caprichosas y variadas. Pero mi fastidio era cada vez mayor, y el anciano murió á tiempo para él y para los demás, porque habia agotado sus invenciones para combatir el fastidio y la saciedad que de día en día minaban mi corazón. Felizmente, encontré dos años ha la curacion de este fastidio, y puedo revelártelo ahora que tu historia y tu cariño hacia mi, me demuestran que he encontrado un hermano de quien no quiero separarme mas. ¡ Ah! Sylvest, añadió Siomara con una exaltacion que se reveló en la espresion radiante de su rostro, ¡ si supieras cuanto placer se encuentra en ciertos misterios! Si supieras... Pero ¿ qué tienes? ¿ Porqué palideces y te aterrass? ¿ Qué tienes, Sylvest? Responde...

Siomara no se engañaba; su hermano palidecia y sus facciones espresaban el horror, al ver que mientras Siomara le hacia tan negras revelaciones, su rostro estaba indiferente y casi risueño, y únicamente su voz dulce y cariñosa acababa de animarse al hablar del placer que encontraba en ciertos misterios. Las palabras de su hermana despertaban sus dolorosas dudas recordándole la vision de la noche, y Sylvest se estremeció y se alejó bruscamente de su hermana que habia apoyado una de sus manos en el hombro del esclavo. Despues levantó al cielo las manos, y exclamó como si no diera crédito á lo que veia y oia:

— ¡ Dioses omnipotentes! ¡ Esta desventurada se enternecia sin embargo al evocar los recuerdos de nuestra infancia, y lloraba al oir contar los suplicios de mi padre! Dioses misericordiosos ¿ es otra vision... otro fantasma que toma la semejanza de mi hermana?

Siomara miró entonces con sorpresa á Sylvest, hizo un movimiento para acercarse á él, pero su hermano la contuvo con un ademán de horror. La hermosa gala le clavó sus hermosos ojos llenos de asombro, y le dijo con voz dulce y cariñosa:

— ¡ Pobre hermano! ¿ Qué tienes? ¿ Cuál es la causa de esa inquietud? Dices que me has visto enternecerme y llorar al evocar los recuerdos de la infancia, y al oir contar el suplicio de mi padre...

— Sí, y al ver tus lágrimas se habían desvanecido todas mis sospechas.

— ¿Qué sospechas?

— ¿No te he contado mi horrible vision de esta noche?

Siomara permaneció un momento silenciosa y pensativa, y dirigiéndose despues al esclavo sin ruborizarse, le dijo en voz baja y como si hiciera una confidencia amistosa:

— Hermano mio, ahora puedo confesártelo; no fué una vision...

Sylvest se precipitó al oír esta revelacion hácia la puerta, pero la halló cerrada. No pudo abrirla, á pesar de los esfuerzos que hacia para conseguirlo, mientras Siomara repetia:

— No, no era una vision... La Siomara de esta noche... la hechicera era yo, tu hermana.

Y añadió con tono de dulce reprension:

— ¿Qué corazon tienes tan débil!

— ¡Dioses misericordiosos! exclamó Sylvest con alegria, concibiendo una idea súbita, la habeis quitado la razon. ¡Oh! no me inspiras ahora horror, desventurada, añadió sin poder contener los sollozos y acercándose á su hermana, no; solo me inspiras compasion. ¡Mi corazon se inunda de dolor al verte tan jóven, tan hermosa y víctima de la demencia. Si, mi corazon se inunda de dolor, y no se indigna ya al aspeto de un monstruo, porque no eres mas que una pobre loca.

— ¿Loca yo porqué he llorado al oírte? ¿Eso te sorprende? Tambien me ha sorprendido á mí, te lo confieso. Pero mis lágrimas eran sinceras; ¿con qué objeto habia de fingirlas? ¿para qué? Debia hacerte esta relacion y decirte: la hechicera de esta noche era yo...

— Si, eras tu, desventurada, respondió Sylvest con la benevolencia que se tiene con los locos para no irritarles. Si, eras tu, si...

— Dices, Sylvest, que he perdido la razon, pero veo que eres tu quien la ha perdido. Quieres negar que no me entiendes. Esta noche me has visto, por la traicion del eunuco, jóven y hermosa, y trasformada despues en horrible vieja. ¿Te parece eso mas inesplicable que mis lágrimas? Sin embargo, mi trasformacion es tan verdadera como el llanto que he vertido y que te parece incomprendible.

Profunda fué la turbacion de Sylvest al recordar el sacrilegio de que habia sido testigo, pues loca ó con juicio, su hermana era hechicera, uno de esos monstruos, horror de la naturaleza, de los

hombres y de los dioses. Quiso hacer la última y mas terrible prueba, y dijo reprimiéndose:

— ¡Pobre loca! Si eres verdaderamente hechicera, dime: ¿qué hiciste la noche anterior? ¿en dónde estuviste?

— En el templo del canal... en la quinta de Faustina.

— ¿Qué trage llevabas?

— El mismo que esta noche, en la hora que salí para mis hechizos.

— No, no, exclamó Sylvest viendo desvanecida su postrera esperanza; no, no eras tú, porque la hechicera vaticinó á Faustina que Siomara seria su víctima. ¿Habrias hecho tal vaticinio contra tí misma?

— ¿Quién te lo ha dicho?

— ¡Oh! ¡Horrible vaticinio disfrazado por tí ó por tu espectro al través de las huellas blancas que dejaban en la alfombra encarnada los dedos crispados de la esclava moribunda!

— ¿Quién te lo ha dicho?

— ¡Dioses misericordiosos, apiadaos de mí!

— Ya que todo lo sabes, has de saber tambien que si hace dos noches dí á Faustina una vana esperanza y la engañé, fué porque la aborrezco hace mucho tiempo. Si... este odio á muerte principió tres años ha, estando las dos en Nápoles. Tomé por medio del sortilegio las facciones de la hechicera de Tesalia á quien habia enviado á buscar, y he vuelto á tomar las mismas facciones esta noche delante de tí, al salir para llevar á cabo otros encantos mágicos.

— ¡Lo confiesas! Tu fuiste la que obligaste á tomar un veneno á aquella niña infeliz...

— Tambien le hice tomar un antidoto para salvarla.

— Lo sé.

— Y ese rasgo de compasion no es muy comun entre nosotras.

— ¡Qué horror!

— Sí, añadió Siomara con ademan inspirado, si, envenené á aquella esclava para mis sortilegios, porque su agonía me reveló lo que Faustina ignora, pues la engañé con mis palabras, y yo leí en las huellas que dejó una mano agonizante, cosas misteriosas que me descubren lo porvenir. La agonía nos revela secretos ciertos y terribles, y la muerte encierra tesoros para quien los sabe descubrir. Por eso busco... busco... añadió con ademan cada vez mas pensativo é inspirado... lo busco y lo interrogo todo, porque todo

posee un poder mágico. La flor que brota en los sepulcros, la sangre estancada en las venas de una vírgen, la direccion que da el viento á la llama de una antorcha fúnebre, el hervor de los metales en fusion, la risa del niño al jugar con el cuchillo que va á herirle, la carcajada sardónica del reo que espira en la cruz; he aquí lo que interrogo, lo que busco, lo que he hallado... y aun hallaré mas!

— ¿Qué buscas? exclamó Sylvest fuera de sí; ¿qué hallarás?

— ¡Lo desconocido... el poder mágico de vivir á un tiempo en lo pasado y en lo venidero, y de someter lo presente á nuestra voluntad! ¡El poder de surcar el aire como el ave y las ondas como el pez, de convertir las hojas secas en diamantes y la arena en oro puro; el poder de prolongar eternamente mi hermosura y mi juventud, de tomar todas las formas, convirtiéndome á mi antojo en flor de la selva para sentir como mi cáliz inundado por el rocío de la noche, se estremece al beso de los génios, amantes nocturnos de las flores, ó en leona del desierto para atraer á los leones con mis rugidos, ó en culebra plateada para enlazarme con las negras serpientes y albergarnos bajo las anchas hojas del loto de flores azules que crece en las lagunas, ó en tórtola de cuello de iris y pico de color de rosa para dormir en nidos de musgo con las aves predilectas de Venus! ¡Oh! aspiro á igualar á los dioses por la omnipotencia y llegar á decir: *¡Quiero y es así como deseo!* Por eso busco... busco, y hallaré. No me costará nada... nada. ¡Si supieras, hermano mio, las angustias y los terrores que me causan mis investigaciones por medio de los sortilegios! ¡Son delicias estrañas é incomparables!.. Mira... esta noche, desde el momento que trasformada en hechicera de Tesalia, he llegado á engañar y á adormecer por medio de mil hechizos á los que custodiaban el sepulcro de Lidia, hasta la hora en que, sola en el silencio y la noche, pude apoderarme del cadáver de la vírgen para llevar á cabo mis encantos mágicos, he sentido esos terrores, estremecimientos y éxtasis cuyo nombre no sabe ni sabrá jamás ninguna lengua humana.

— ¡Ira del cielo! exclamó Sylvest. ¡Maldigo la esclavitud que ha degradado tu ser! ¡Pobre Siomara! Comprada por un monstruo de iniquidad, y víctima del fastidio y de la saciedad, buscas por fin lo desconocido, lo imposible en la muerte, en la profanacion de los sepulcros y en los horribles misterios de una mágia sacrílega. ¡Oh! por mi padre muerto en un suplicio, por mi hermana convertida en es-

panto de la naturaleza y de los dioses... ¡ maldicion y ódio implacable contra los que introdujeron la esclavitud en la tierra !

— Si... ¡ maldicion y ódio que matan... porque los muertos sirven para los sortilegios ! Oye : dicen los egipcios que existen encantos poderosos é infalibles cuando son evocados por el hijo y la hija de la misma sangre , si los dos han sacrificado en las ceremonias secretas de la diosa Isis. Tu puedes ser ese hermano ; te haré afiliarse y te rescataré...

Sylvest iba á rechazar esta oferta con indignacion , cuando interrumpió la conversacion la voz del eunuco que decia llamando á la puerta :

— ¡ Abrid , Siomara , abrid ! Ha salido ya el sol , y un magistrado acaba de entrar en casa con soldados para prender el esclavo que se halla oculto aqui , y que se ha fugado de casa de Diávolo llevándose un cofrecillo lleno de oro. ¡ Abrid !

— Me informaré de la casa de tu amo , dijo Siomara á Sylvest. No quiero separarme de tí , querido hermano mio. Te rescataré aunque sea á peso de oro. Además , sé que Diávolo está enamorado de la hermosa gala , y nada podrá negarme.

Nunca habia pensado Sylvest en el baldon de ser rescatado por medio de la infamia de su hermana , de modo que para salvarse de tal deshonra , dijo á Siomara , mientras el eunuco empujaba la puerta :

— Educado en la fe de nuestros antepasados , la magia me horroriza , pero tal vez te serviria en tus sortilegios si me proporcionases con tu arte mágico el medio de vengarme de mi amo y de los que se le asemejan.

— No nos separaremos más , hermano mio , y son tan poderosos mis sortilegios , que podrás elegir la venganza que mas te plazca.

— Necesito continuar sirviendo algunos dias á Diávolo para saciar mi ódio... Tengo un proyecto. Júrame por nuestro cariño que no darás paso alguno para rescatarme hasta que hayas vuelto á verme , pues pronto encontraré el medio de hacerlo facilmente. ¿ Me lo prometes ?

— Te lo juro , respondió Siomara con alborozo.

Y dió á su hermano el postrer abrazo , sin que Sylvest se atreviera á oponerse , temiendo despertar las sospechas de la hechicera. Esta se acercó entonces á la puerta y apretó sin duda un resorte secreto porque se abrió al instante , y antes que Sylvest tuviera tiem-

po de volver el rostro, Siomara habia desaparecido por una salida invisible ó por un nuevo encanto.

— ¡Aquí está el miserable esclavo! exclamó el eunuco entrando con el magistrado y sintiendo al parecer una alegría cruel al espulsar á Sylvest de la casa.

Y designándolo al magistrado añadió :

— La hermosa gala, ignorando que este vago habia robado un cofrecillo, porque nadie ha visto aquí tal objeto, ha sido bastante débil para dar crédito á los lamentos de este pícaro que queria sacarle alguna limosna. ¡Sal de aquí, delicia de las correas! Ya te arreglará las cuentas el noble Diávolo.

Sylvest salió de la casa de Siomara, conducido por el magistrado y los soldados, y encontró en la calle á su amo que le esperaba y suplicó al magistrado que mandase atar al instante al esclavo y que le escoltasen dos soldados hasta su casa para que no huyese.

Principiaba á cumplirse el secreto deseo de Sylvest: fué conducido á casa de Diávolo que iba al lado de los soldados sin pronunciar una palabra. Sus esclavos temian mas la cólera de su amo cuando era concentrada que cuando se espresaba con dicterios y amenazas.

Cuando llegó á su casa, dijo á los soldados que le esperasen en el vestibulo; despues mandó entrar á Sylvest en un aposento bajo y cerró la puerta.

Diávolo estaba pálido, y á intévalos se contraian á pesar suyo sus manos de rabia, mientras con el entrecejo fruncido, los ojos brillantes de ira y apretando los dientes, miraba al esclavo con sombrío y hosco silencio. Finalmente, despues de haber saboreado sin duda bastante sus proyectos de venganza, dijo á Sylvest que seguia con las manos atadas :

— Te he esperado toda la noche delante de la puerta de la hermosa gala; si... yo te he esperado. ¿Qué hacias allí mientras tu amo te esperaba á la intemperie?

— Le hablaba de vos, señor.

— ¿A quién?

— A la hermosa gala.

— ¿Será cierto, servidor leal? ¿Y qué le decias?

— Le decia, señor, que lleno de deudas y no retrocediendo ante ninguna estafa, ante ninguna bajeza, le enviabais como regalo un cofrecillo lleno de oro que habiais robado á uno de vuestros amigos, un jóven tan rico como necio. « Soy de parecer, decia á la hermosa

«gala, que no puedes hacer una eleccion mas lucrativa aproderán—
«dote de ese necio y de su oro. En cuanto á mi amo, añadí, lo me—
«jor que puedes hacer es cerrarle la puerta, porque el tal estafa se
«comeria tu caudal como ha hecho con la noble dama Fulvia, con
«Bassa la tañedora de flauta y con otras pobres necias que ha dejado
«desnudas.» La hermosa gala escuchó mis consejos fraternales, y po-
deis cercioraros de la verdad si vais á llamar á su puerta. No penseis
que me burlo, señor; no, esta vez como otras muchas no me divier-
to con vuestra estúpida credulidad. He dicho... y repito sinceramen-
te lo que pienso de vos, mi despreciable señor, amo mas infame
que el mas vil miserable.

Diávolo estaba acostumbrado á las desvergüenzas de su esclavo, y no le interrumpió creyendo sin duda que tras aquellas amenazas dichas en tono de ironía, trataria de excusar su falta, pero desenga-
ñado por las últimas palabras de Sylvest, no pudo contener su furor, cogió un banco adornado con esculturas de bronce, y alzándolo con
ambas manos, iba á hacer pedazos la cabeza del esclavo que, tran-
quilo y lleno de esperanza, deseaba la muerte, cuando mudando
de parecer, dijo á Sylvest sin cesar de amenazarle con el banco:

— ¡Oh! no quiero matarte aquí... no; no sufririas bastante.

Sylvest vió con pesar frustrada su última esperanza. Tenia las ma-
nos atadas, pero no sus piernas, y se aprovechó de esta libertad pa-
ra descargar á Diávolo un puntapié tan violento en el vientre que le
hizo rodar hasta la pared opuesta.

— Socorro! gritó Diávolo, ¡socorro! ¡que me asesina!

— Ahora, pensó Sylvest, no dejará de matarme, no deberé la li-
bertad á la infamia de Siomara y estaré salvo de sus sortilegios.

Los dos soldados y algunos esclavos acudieron á las voces de Diá-
volo, y entre ellos el cocinero Cuatro Especies, que se precipitaron
en el aposento mientras su amo se levantaba penosamente y con el
rostro desfigurado por el dolor y la ira. Entonces se dejó caer en un
asiento diciendo á los soldados:

— ¡Prended á ese miserable!.. Ha querido asesinarme.

Los soldados se apoderaron de Sylvest, en tanto que sus compa-
ñeros, consternados y silenciosos porque le amaban, se lanzaban
sombrias miradas.

Diávolo, habiéndose calmado sin duda algun tanto su dolor, se le-
vantó, y apoyándose en una mesa, dijo á los soldados con voz tran-
quila, despues de reflexionar largo rato:

— Conducid á este asesino á los subterráneos del circo. Dentro de tres dias habrá espectáculo y morirá devorado por las fieras.

— ¡ Va á llegar por fin el momento deseado ! pensó Sylvest.

Un estremecimiento de horror agitó á sus compañeros mientras se lo llevaban los soldados , pero el cocinero Cuatro Especies hizo con disimulo á Sylvest una seña misteriosa , acercando el dedo índice y el pulgar de una de sus manos como si tomase una porcion de algun polvo. Sylvest comprendió que Cuatro Especies insistia en su proyecto de envenenamiento.

Antes de terminar este relato , hijo mio , debo decirte que Faustina no ha de inspirarte compasion porque era el ejemplo mas espantoso de los excesos que acarrean la ociosidad , la opulencia , la voluntad desenfrenada y los deseos ilimitados que terminan con todos los vicios y extravios.

Siomara no era tan culpable porque habia perdido la pureza del alma en medio de las mas viles seducciones , porque un infame inculó desde la niñez en sus venas el veneno del vicio.

La esclava Siomara no podia elegir entre el bien y el mal , pero la noble Faustina era libre y rica , y siguió voluntariamente la senda del crimen.

Siomara perdió la virtud con la vil seduccion : Faustina llegó á ser un monstruo de iniquidad por dejarse llevar de su perverso caracter.

CAPITULO V.

Sylvest en los subterráneos del Circo de Orange.—Consejos paternales del portero sobre el modo de morir mas pronto entre los leones, los tigres, los elefantes y los cocodrilos.—Llega el dia del espectáculo.—Gladiadores á caballo y gladiadores esclavos.—Los Mercurios.—Los Plutones.—Los bebedores de sangre.—Las mujeres gladiadores.—Faustina y Siomara.—Monte Libano y Bibrix.—Diávolo y sus amigos.—Arrojan los esclavos á las fieras.—Ultimo canto de los hijos del Muérdago.—El templo del Canal.—La fuga.

Los soldados llevaron á Sylvest al circo donde le cargaron de cadenas y le encerraron en un subterráneo. Los esclavos destinados á las fieras estaban en cárceles separadas, temiendo que se ahogasen unos á otros para libertarse de una muerte horrible por su larga agonía.

Oia desde su calabozo los rugidos de los animales, porque tres noches despues debian verificarse al resplandor de antorchas los combates de gladiadores y de las fieras.

Era tanta la turbacion de Sylvest al fin de aquella noche pasada en casa de Siomara, especialmente despues que su hermana le habia ofrecido asociarle á sus sortilegios, que olvidándose de Loysa, habia ultrajado y maltratado á su amo buscando una muerte que no podia darse porque tenia las manos atadas desde que le prendieron en casa de la hermosa gala. Como su inteligencia se fortaleció en la soledad del calabozo, el esclavo se acordó de su esposa, y le dirigió con el pensamiento la postrera despedida, reflexionando con pesar, no puede menos de confesarlo, que la misma noche en que seria arrojado á las fieras, Loysa, segun habian convenido ambos en su última entrevista, iria á esperarle en el parque de Faustina. Se arrepentia tambien de no haber aceptado un mes antes la oferta de Loysa que le proponia la fuga.

La fuga era muchas veces posible para ciertos esclavos domésticos, de fábrica ó de labranza, pero era preciso refugiarse en oscuros desiertos, lejos de todos los sitios habitados, donde perecian de hambre con frecuencia. Sylvest no queria esponer á muerte tan horrible á su esposa que era ya madre; pero habiendo llegado el momento en que la única esperanza de Sylvest era sucumbir entre las garras y los dientes de algun leon ó tigre del anfiteatro y libertarse de este modo de una larga agonía, se arrepentia de no haberse atrevido á arrostrar con Loysa las terribles probabilidades de una evasión. A no ser por el recuerdo de su esposa, el esclavo hubiera es-

perado el día de su suplicio con indiferencia, pues la Galia iba á recobrar muy pronto la independendencia con los esfuerzos de los *Hijos del Muérdago*, y él volvía á reunirse con sus antepasados en los mundos desconocidos.

Un temor tan solo hacia estremecer, sin embargo, á veces á Sylvest, y entonces miraba con angustia la recia bóveda y las losas de su calabozo; Siomara era hechicera y á cada instante temia verla aparecer para arrebatarle de allí con sus sortilegios. Finalmente, pesaba sobre su corazón un amargo dolor; llevaba ocultas en su traje la *Segur de oro* de Hena y la *Campanilla de bronce* de su padre Guilbern, así como los rollos de piel curtida que contenían la historia de su familia, y al verse destinado irrevocablemente á morir, pensaba con tristeza que aquellas preciosas reliquias se perderían en la arena ensangrentada del circo, en vez de ser trasmitidas á su descendencia, según la esperanza de su abuelo Joel, el brenn de la tribu de Karnak.

El portero que traía una vez cada día la mísera comida á Sylvest, era un soldado inválido, antiguo arquero cretense, *tan charlatan como un galo*, como hubiera dicho el buen Joel. Como estaba habituado mucho tiempo hacia á semejantes espectáculos, solía dar conversacion á Sylvest mientras comía haciéndolo con buena intencion, y le hablaba del número y de la ferocidad de los animales cuyo cuidado y vigilancia estaban á cargo del *bestiario*, su íntimo amigo y compañero.

El día que precedió al combate del circo dijo al esclavo con tono paternal:

— Hijo mio, acaba de llegar casualmente un magnífico par de leones de Africa, y al instante he pensado en tí, porque mi buen amigo el gefe de los *bestiarios*, no ha visto nunca animales tan feroces. Figurate que estando á tres leguas de aquí y despues de haber comido su racion, los pícaros leones han despedazado por malicia, no por hambre, al árabe que los conducía y á cuya presencia estaban acostumbrados hacia mucho tiempo. ¡Eh! ¿qué te parece? ¿Qué sucederá mañana despues de estar en ayunas todo el día? Así pues, hijo mio, te deseo que caigas bajo las garras de alguno de ellos, porque así no padecerás. Y sobre todo, te lo suplico porque me has inspirado cariño, no olvides mis consejos. No imites á esos atolondrados que cuando sueltan las fieras en el anfiteatro, se arrojan imprudentemente de bruces en la arena, presentando la espalda en vez

del vientre. ¡Torpes! Su agonía y su suplicio duran cien veces mas, y voy á explicarte porqué. La muerte es mucho mas lenta porque no es atacada desde luego ninguna de las partes nobles del cuerpo, en tanto que por el contrario se muere mas pronto, —no lo olvides, hijo mio, —poniéndose de rodillas cara á cara del leon ó del tigre, ofreciendo á sus dientes el cuello y el pecho. En este caso se tiene al menos asegurada la probabilidad de ser ahogado ó despedezado al primer ataque.

—El consejo es excelente y no lo olvidaré.

—Pero acuérdate, hijo mio, que el arrodillarse así cara á cara de la fiera solo conviene para salir al encuentro de los tigres y los leones. Si se trata de un elefante, en este caso es muy diferente la maniobra.

—¿Tambien habrá elefantes en la fiesta? No creia que tuvieran en Orange animales de esta especie.

—Los ediles han querido que el espectáculo de mañana sea el mas notable que se haya visto en la Galia romana, han hecho mucho gasto, y han comprado el elefante del combate del circo de Nimes. Dicen que es muy feroz. Hace algunos dias que ha llegado. Y no se reduce á esto todo porque ¡por Júpiter! nuestros respetables ediles hacen las cosas en grande, porque habrá además un espectáculo extraordinario que solo he visto dos veces en mi vida, una vez en Roma y otra en Alejandría de Egipto.

—¿Y qué espectáculo es ese?

—Antes de explicártelo, hijo mio, permítame que te dé un precepto excelente. En cuanto al elefante, figúrate que lo ves llegar contra tí furioso... ¿Lo ves llegar?

—Si.

—Pues bien: ten cuidado de que no te enlace entre los repliegues de su trompa, arrójate de bruces en el suelo, deslízate debajo de su vientre y abrázate con una de sus piernas traseras. Ya verás como pateará al instante para desembarazarse de tu abrazo, y en un momento machacará tus huesos y te aplastará tan fácilmente como aplastarias con el pié un caracol.

—Trataré de dirigirme con preferencia á los elefantes ya que con ellos se puede morir mas pronto.

—¡Bien! Pero será preciso que te des prisa y seas ligero para acercarte de los primeros al elefante, porque como muchos saben el consejo que acabo de darte, luego que se presente en la arena todos

los esclavos condenados á las fieras se precipitarán á su encuentro.

— ¿Y ese combate extraordinario de que me hablabais ofrecerá la probabilidad de una muerte mas pronta?

— ¡No no! Deseo por Hércules que no te espongas á tan monstruosos animales. Ví en Roma un cocodrilo que cortó en un instante con sus dientes de sierra las piernas y los brazos de tres esclavos con tanta limpieza como con el filo de una hacha. (1)

— Veo que la fiesta será completa.. Osos, tigres, leones, elefantes, monstruos marinos. ¿Ya habrá bastante comida para tantos huéspedes?

— Sin contar los que los amos ofrecerán aun sin duda generosamente de aquí á mañana para el espectáculo, sois ya cerca de ochenta... lo cual es ya bastante.

— Si, hay para divertir á los ociosos. ¿Pero ya podrá combatir ese cocodrilo en la arena del anfiteatro?

— No: le han preparado una balsa en medio del circo y en la cual no dejarán de caer los esclavos cuando huyan de un lado á otro para salvarse de las fieras. La balsa ó estanque tiene cien pasos de circuito y dos codos de profundidad. El cocodrilo viene de Roma por mar en una galera construida para él espresamente.

— ¿Cómo si fuera un proconsul ó un rico y noble señor?

— Ni mas ni menos, hijo mio. Mira, lo que mas me interesa en tí es el valor que manifiestas. ¿De qué pais eres?

— Nací en la Galia bretona.

— ¡Por el valeroso dios Marte! ¡Qué terribles eran las espadas de los bretones! Los conozco; el brazo que me falta lo perdí de un hachazo que recibí al lado del gran César en la batalla de Vannes. ¡Terrible combate en el que César estuvo espuesto á caer prisionero!

— Mi padre se lo llevaba sobre el caballo.

— Tienes razon; yo estaba allí cuando los ginetes númidas acudieron en auxilio de César que arrebataba sobre su caballo un gigante galo. ¿Con qué era tu padre aquel breton?

— El único de mi familia que sobrevivió en la batalla de Vannes. Pero nos hemos olvidado, añadió Sylvest, temiendo que el romano creyese que trataba de escitar su compasion hablándole del valor galo, nos hemos olvidado del cocodrilo llegado de Roma en su galera

(1) Plinio el naturalista (tom. VI, p. 239), que da estos curiosos pormenores sobre los combates de elefantes (p. 299), cuenta el de un cocodrilo y de un hipopótamo en el circo.

como un proconsul ó un rico y noble señor. ¿Dónde ha desembarcado?

—En Narbona, y desde aquella ciudad aqui ha venido en un inmenso cubo lleno de agua y arrastrado por veinte pares de bueyes. Esta mañana han dado para desayunarse al monstruo una ternera viva. Ah! si hubieras visto, hijo mio, con qué facilidad rujia los huesos! Parecia un gato comiéndose un raton.

—Los esclavos que caigan en su poder podrán ahogarse antes de ser devorados. Seria un chasco...

—No lo creas... no podrán ahogarse. Ya se ha previsto eso. La balsa del circo no tendrá mas que un codo de agua y lo demás es cieno, de modo que los esclavos presentarán la mitad del cuerpo descubierto. Nada puedo aconsejarte, hijo mio, respecto del sistema mas ventajoso de presentarse al cocodrilo, porque no he hecho suficientes observaciones. Por otra parte, como no arrojan los esclavos á las fieras hasta el fin, esperarás tu hora presenciando uno de los combates mas famosos de gladiadores que se han visto en la Galia: pelearán diez parejas á caballo y otras diez á pié. Y hasta se dice, pero no salgo garante de la noticia, que, siguiendo la última moda de Roma, combatirán varias damas de alta categoria. (1)

—¿Mujeres? ¿nobles damas?

—Si, y de las mas nobles. El conductor que ha traído el cocodrilo de Italia nos estaba contando no ha mucho que ha visto en el circo de Roma, combatir con indecible furia cinco parejas de mujeres, esposas de senadores y caballeros, ya entre si, ya contra esclavas, y que con mucha frecuencia señores y caballeros combaten vestidos de gladiadores contra esclavos... por supuesto, desarmados. Solo se arma á los esclavos para que peleen entre sí hasta la muerte como los gladiadores de profesion, del mismo modo que el célebre Monte Libano de este pais y otros muchos. ¡Oh! el espectáculo será magnífico, completo. De modo, añadió el portero riendo, que gracias al nuevo método de los médicos, los empleados del circo, y yo soy uno de ellos, tendrán mañana una verdadera ganga.

—¿Cómo?

—¿Ignoras acaso los prodigiosos efectos que produce en la cura-

(1) «En este año hubo espectáculos de gladiadores tan magníficos como en los anteriores, pero mujeres ilustres y senadores salieron en gran número á degradarse en medio de la arena.» (Tácito, *Anales*, lib. XV, § XXXII.)

«No solo combatian hombres, sino tambien mujeres.» (Suetonio, *Domiciano*, c. IV.)

cion de ciertas dolencias el hígado de gladiador recién muerto? Los médicos estarán allí esperando con afán para arrojarse como una bandada de buitres sobre los cadáveres calientes aun de los gladiadores, porque es preciso que el hígado se saque caliente de las entrañas para que conserve toda su virtud, y uno de nuestros gages consiste en la venta de hígados, sin contar las dádivas de los viejos y de los epilépticos que vienen á buscar la vida en la muerte ajena. Pero ¡por Pluton! no pienses que todo es miel para nosotros, porque cuando se ha terminado la fiesta y se han apagado las antorchas, el anfiteatro se queda desierto y oscuro como boca de lobo. ¡Ah! entonces, hijo mio...

— ¿Porqué os estremeceis así? ¿qué sucede cuando el anfiteatro se queda desierto y oscuro?

— Entonces acuden las hechiceras.

— ¡Las hechiceras! dijo Sylvest estremeciéndose tambien. ¿Y qué van á hacer al circo... á esa hora de la noche?

— ¡Oh! es la hora en que, tomando la forma de hienas, de lobas, de culebras, de aves carniceras ó de animales desconocidos, mas espantosos aun, las hechiceras se deslizan entre las tinieblas y acuden á disputarse para sus sortilegios los restos humanos que inundan la arena ensangrentada del circo. ¡Ah! cuantas veces me he estremecido desde mi aposento, aunque soy soldado veterano, oyendo á lo léjos los gritos, los gruñidos y los rugidos aterradores de las hechiceras arrancándose pedazos de carne medio devorados, cabezas arrancadas del tronco y mordidas y desgarradas por los dientes y las uñas de las fieras! Hijo mio, un sudor frio inunda mi frente al pensar en los gritos misteriosos y formidables que oiré mañana por la noche despues de la fiesta...

Y el portero dejó á Sylvest sumido en nuevas angustias. Tal vez acudiria tambien Siomara bajo la forma de una loba á disputar los restos del cadáver de su hermano á las demás hechiceras.

Sylvest pasó la última noche en la cárcel sin poder cerrar los párpados y temiendo incesantemente ver aparecer á Siomara, pero imploró á los dioses y no apareció. Tal vez le esperaba ignorando que estaba condenado á morir en el circo, y cumpliendo su promesa de no dirigirse á Diávolo para rescatar á precio infame la libertad de Sylvest antes de verle otra vez.

Llegó la noche dedicada á la fiesta romana, y dos horas antes el viejo inválido cretense dijo á Sylvest en vez de traerle la comida:

— Hijo mio , hoy tienes la *comida libre*.

— ¿ Qué es la comida libre ?

— Puedes pedir para comer todo lo que apetezcas hasta el valor de una moneda de oro. Los ochenta esclavos destinados como tú á las fieras tienen la misma libertad... Es una antigua y generosa costumbre.

— Si ; veo que los ediles desean que los leones , tigres y cocodrilos tengan por festin esclavos bien comidos en su último dia. Pero os advierto que no daré ese gusto á tan nobles animales , porque no comeré nada hoy y me tomarán con la gordura que ahora tengo.

— ¿ Sabes , hijo mio , que me estraña una cosa ? dijo el portero reflexionando y mirando á Sylvest.

— ¿ Qué os estraña ?

— Entre los esclavos condenados á las fieras tenemos aquí unos treinta galos , y todos sois firmes como rocas , en tanto que los demás , romanos , alemanes ó árabes , ven llegar el momento fatal con creciente terror y sombría desesperacion. Vosotros , por el contrario , ni siquiera pestañeais , y hasta algunos como tú , aun teneis ánimo para estar alegres. ¿ Podrias explicarme tan raro contraste ?

— Si , los galos no tememos la muerte porque nuestros dioses y sus druidas nos han enseñado que el hombre no muere jamás.

— Estás para bromas , hijo mio. ¿ No morirás cuando antes de pocas horas tus carnes crujirán bajo los dientes de las fieras que despedazarán tu cuerpo ?

— ¿ Muere el cuerpo por que los vestidos que lo cubren se gasten ó cambien ? No ; los vestidos pasan y el cuerpo queda. Lo mismo sucede con nuestra vida que es eterna y cambia de cubierta como nosotros de vestido. Apenas despedacen las fieras esta noche el último giron de mi vestido de carne , tomaré un cuerpo nuevo , como se toma un vestido nuevo , é iré á continuar viviendo en mundos desconocidos donde encontraré á los que amé en este.

El inválido miró a Sylvest con sorpresa , movió la cabeza y dijo :

— Teniendo semejantes creencias juzgo muy natural el valor que desplegais los galos , y ya no me asombra que os encarniceis tanto en las batallas. Pero ¿ en qué quedamos ? ¿ rehusas la *comida libre* ?

— Si.

— Haces mal... Siempre he oido decir que la agonía de un hombre con el estómago vacío dura mas que la de quien está bien repleto. Pero haz lo que gustes. Al anochecer vendré á buscarte , y po-

drás al menos alabarte de haber asistido á uno de los espectáculos mas hermosos del mundo. Primeramente, combate de ocho parejas de gladiadores á caballo, gladiadores de oficio; despues, veinte y cinco parejas de gladiadores esclavos, obligados á combatir hasta la muerte, y por último, el noble y rico Norbiac se presentará en el circo.

— ¿Para combatir? ¿y contra quien peleará Norbiac?

— Es una comedia, pero ya se ve... la moda. Se batirá armado de piés á cabeza contra un esclavo *armado en blanco*, como dicen en el circo (1), es decir, desnudo y armado de una espada sin punta ni filo. Nuestros nobles son muy aficionados á esta clase de diversiones. Despues principiará el combate de mugeres de que te he hablado antes.

— ¿Entre quién?

— Entre las dos mugeres mas hermosas de Orange... una gran dama, y una célebre gala liberta.

— ¿Cómo se llaman? preguntó Sylvest con ansiedad; ¿cómo se llaman?

— La gran dama es Faustina, patricia de esta ciudad, y la célebre liberta es una cortesana recién llegada á Orange, y que llaman la hermosa gala. Despues tendremos combate á muerte entre el famoso Monte Líbano y Bibrix, el escelente gladiador de Nimes. Finalmente, para terminar la fiesta, serán arrojados los esclavos á las fieras, y ya que hablamos de esto, hijo mio, ten cuidado de no olvidar mis consejos, segun vayas á caer entre las garras de un tigre, de un leon ó de un elefante, porque en cuanto al cocodrilo, no puedo aconsejarte.

Sylvest se quedó solo. Acababa de saber con sorpresa la noticia del combate de Siomara y Faustina. ¿Por qué causa combatian? ¿Era Monte Líbano el objeto de su rivalidad? Sylvest vacilaba en creerlo, pues se acordaba del desden con que Siomara habia tratado al gladiador, aunque le despidió dirigiéndole dulces palabras. Pero desde aquella noche habian trascurrido tres dias, y tal vez Siomara habia tomado por amante á Monte Líbano, por ódio á Faustina mas bien que por amor al estúpido y grosero gladiador. Por otra

(1) « Los príncipes gladiadores tienen buen cuidado de no esponer su vida. Cómodo, que se alababa de haber muerto ó vencido mil gladiadores con la mano izquierda, solo combatia contra adversarios armados de espadas sin filo ni punta. » (Xifilino) Eran innobles farsas que terminaban con un asesinato.

parte, le admiraba que la noble Faustina se rebajara para aquel combate hasta igualarse con la gala liberta, porque en Roma las mas nobles damas combatian entre sí ó contra esclavas, pero nunca con una cortesana liberta que podia considerarse casi como una esclava. Le sorprendia tambien que Siomara hubiera aceptado aquella lucha á muerte, pero tal vez contaba con el poder de sus sortilegios para vencer á su rival.

Estos pensamientos ocuparon á Sylvest hasta la noche.

Al ocultarse el sol el portero entró á buscar al esclavo para ir á la fiesta romana.

—¿Me arrojarán acaso á las fieras con esposas en las manos y la cadena? preguntó al inválido. ¿No me quitais los hierros?

—No, hijo mio. Vais á ser trasladados todos juntos á una bóveda con rejas, que comunica á pié llano con la arena, y como estareis encerrados allí hasta que os arrojen á las fieras, se teme que entre tanto os mateis unos á otros. Algunos instantes antes de salir al circo, os quitarán las cadenas. Sigüeme, hijo mio, y no olvidéis mis consejos. Te deseo una muerte pronta.

Sylvest se encontró al salir de su calabozo en una larga galería abovedada, en cuyas paredes se veian las puertas de las prisiones de donde habian salido sin duda antes que él un gran número de esclavos. En el extremo del subterráneo, hácia donde se dirigian los esclavos delante de los carceleros armados, se distinguia al través de las rejas de hierro, una brillante claridad producida por el alumbrado del anfiteatro. Era tal la angustia de Sylvest al pensar en el combate de su hermana y de Faustina, que quiso ser el primero en llegar á la reja desde donde podia ver el espectáculo, y cruzando por entre sus compañeros, se colocó delante de todos, y oyó el murmullo y el tumulto de una multitud inmensa, porque el anfiteatro de Orange, lo mismo que los de Arles, de Nimes y de otras ciudades de la Galia romana, podia contener veinte y cinco mil espectadores. (1)

(1) Se encuentran en el *Curso de Antigüedades monumentales* de Caumont, los pormenores mas exactos sobre la construccion de los circos y los anfiteatros. Darémos únicamente las dimensiones de los principales anfiteatros de las Galias:

DIÁMETROS ESTERIORES.

	Diám. mayor.	Diám. menor.
Nimes.	405 piés.	317 piés.
Arles.	420 " . . .	309 " . . .
Burdeos.	405 " . . .	339 " . . .

DIÁMETROS INTERIORES.

	Diám. mayor.	Diam. menor.
Nimes.	229 piés.	142 piés.
Arles.	209 " . . .	119 " . . .
Burdeos.	231 " . . .	165 " . . .

El redondel del circo de Orange, destinado á los combates y á los suplicios, era de forma ovalada, de ciento cincuenta pasos de longitud y ciento de anchura, y estaba rodeado de una pared bastante r eica para contener en su espesor la bóveda en que encerraban las víctimas condenadas á las fieras. Aquella pared, que tenia tal altura que los elefantes no podian llegar con la trompa hasta la plataforma que se estendia en su extremo, estaba decorada interiormente con pilastras que separaban nichos adornados con grandes estatuas de mármol, que rodeaban el redondel por todo su circuito y formaba en la parte superior una especie de terrado donde se veian los asientos de *primera galeria*. Temiendo los saltos de las fieras y á pesar de su elevacion sobre la arena, aquella galeria estaba defendida además por una fuerte barandilla de bronce dorado. Aquellos asientos, que se estendian en rededor del anfiteatro, se reservaban para las personas mas ricas, mas nobles ó mas distinguidas de la ciudad. Veianse tambien en dos puntos opuestos el trono de Augusto, emperador de Roma y de las Galias, y la tribuna de los ediles, magistrados directores de la fiesta.

Detrás de aquella galeria, y siguiendo como ella la forma ovalada del redondel, se alzaban innumerables gradas de mármol,   donde se llegaba desde fuera por varias galerias exteriores que rodeaban el circo y se comunicaban por numerosas escalinatas. Cuando llovia   el sol era muy abrasador, los espectadores se albergaban bajo el *velarium*, pero aquella vez no se habian tendido los inmensos lienzos, y la noche era tan serena y el aire tan suave, que ni el mas leve soplo agitaba la llama de los millares de antorchas colocadas en candeleros de bronce dorado que se alzaban en torno del redondel, al cual se entraba por cuatro pasadizos abovedados, practicados en el espesor de la pared del recinto y debajo de las gradas. Las entradas de norte y mediodia estaban reservadas para los gladiadores de   pie   á caballo, la de oriente era destinada á las fieras y la de occidente   los esclavos condenados   sucumbir en la arena. Alli habian sido trasladados Sylvest y sus compañeros, que en pie y arrimados   las

DIÁMETROS ESTERIORES.

	Diámetro mayor	Diámetro menor
Limoges. . . .	411	345
Perigueux. . .	459	377
Poitiers. . . .	426	375
Saintes. . . .	400	324

DIÁMETRO INTERIOR.

	Diámetro mayor	Diámetro menor
Limoges. . . .	»	»
Perigueux . . .	»	»
Poitiers. . . .	264	210
Saintes. . . .	246	168

(Caumont, t. III, p. 498.)

rejas de hierro examinaban con triste curiosidad todo lo que podían ver desde aquel sitio.

El suelo del redondel, cubierto de una espesa capa de arena encarnada, para que no se advirtiesen las manchas de sangre, estaba sembrada de una infinidad de partículas brillantes, que al resplandor de las antorchas resplandecían como millones de lentejuelas de plata. Había cierto espacio que no estaba cubierto de arena, era la balsa donde el cocodrilo esperaba á sus víctimas, y que estaba tapada con un tablado movable que debía quitarse en el momento que soltasen las fieras. Sylvest vió de distancia en distancia, puestos en pié sobre tablados, apoyados en la pared circular, varios hombres vestidos como el *Mercurio* de los gentiles, que llevaban en la cabeza un casco de acero adornado con dos alas doradas, un pantalon encarnado, y unas alitas atadas en el talon de sus sandalias. Cada *Mercurio* tenía delante un brasero de bronce lleno de ascuas donde calentaban unas largas varas de bronce, que despues de estar candentes, servían para cerciorarse de que habían cesado realmente de existir los gladiadores esclavos que gravemente heridos, se fingían á las veces muertos para no combatir. El *Mercurio* se cercioraba de la verdad tocando las heridas de los gladiadores con su vara candente, porque era tan horrible el dolor que causaba la quemadura, que difícilmente se podía disimular la insensibilidad de la muerte. Aquellas varas de bronce servían también para obligar á combatir á los esclavos que huían de su adversario. (1)

Sylvest vió también en rededor de la pared del redondel, varios hombres inmóviles como estátuas, de gigantesca estatura, larga barba, con la cabeza cubierta con una corona de cobre de agudos dientes, vestidos con togas negras sembradas de estrellas de plata, y que se apoyaban en el largo mango de sus enormes martillos de herrero. Eran los *Plutones*, llamados así porque iban vestidos co-

(1) He aquí lo que dice Wallon (*Historia de la esclavitud*, t. II, p. 229) sobre la horrible invencion de los *Mercurios* y *Plutones*:

« Cuando los gladiadores caían heridos en la arena, temiendo que el miedo les indujere á fingirse muertos (despues de haber jurado á su amo combatir, como decían, hasta el hierro y el fuego) el *Mercurio* se acercaba á sus cuerpos tendidos en la arena, y se aseguraba por medio de una vara candente de que estaban bien muertos. El *Pluton* sacaba los cadáveres, y si daban señales de vida, los acababa de matar con su pesado martillo. Las varas candentes servían también para obligar á combatir á los que huían. »

mo el dios de los infiernos de los gentiles, y estaban encargados de sacar los cadáveres del circo para acabar de matar á martillazos las víctimas que aun respiraban. (1)

Finalmente, veíanse cerca de las dos estradas de los gladiadores los *heraldos de armas*, con la cabeza ceñida con una cinta de color de escarlata, llevando en la mano una varilla de márfil y vestidos de clámides blancas. Al lado de los heraldos estaban los *bucinadores*, con justillos verdes bordados de plata, con calzones del mismo color que desaparecían bajo sus grandes botas de cuero que les llegaban hasta los muslos, y empuñando sus enormes bocinas, torcidas como las trompas de caza.

Aunque el anfiteatro estaba lleno, se esperaba la llegada de los ediles para dar principio á la fiesta, y los gritos y los silvidos indicaban la impaciencia de la multitud. El alumbrado del circo daba á aquel espectáculo una apariencia extraña y siniestra: las innumerables antorchas colocadas en rededor del redondel lo inundaban de claridad, así como á los espectadores de la primera galería y de las gradas mas cercanas á aquel foco de luz, pero su intensidad se disminuía de grada en grada hasta las superiores del anfiteatro, de modo que los millares de figuras humanas sentadas en las mas elevadas, parecían al resplandor rojizo y casi crepuscular, pálidos fantasmas que apenas se distinguían de las tinieblas sobre las cuales brillaban las estrellas del firmamento.

Oyóse de pronto una gran gritería en las primeras gradas donde se habian reservado hasta entonces varios asientos. Sylvest los vió al momento ocupados por su amo Diávolo y algunos jóvenes nobles amigos suyos, vestidos como él con magnificencia y que salían de un festin prolongado, porque ceñían coronas de pámpano y llevaban en la mano enormes ramos de flores. La ruidosa entrada de aquellos jóvenes, sus gritos, sus estrepitosas carcajadas y la animacion de sus semblantes, anunciaban que estaban medio embriagados. El noble Diávolo se apoyó en la barandilla, examinó largo rato el aspecto del anfiteatro saludando á todos lados, y como casualmente se hallaba en frente del sitio donde estaban los esclavos condenados á las fieras, y Sylvest permanecía en pié junto á la reja, dirigió la vista hácia aquel lado, reconoció á su esclavo, le designó con la mano á sus

(1) Véase la nota anterior. Los *Plutones* equivalían en las fiestas del circo á los cacheteros de las funciones de toros.

amigos, y prorumpió en una larga carcajada amenazándole con el puño.

¡Pero existen en el cielo dioses vengadores! En el momento que Diávolo insultaba la desgraciada suerte de su esclavo, este oyó su nombre detrás de sus compañeros, y volviendo el rostro, vió á un esclavo que decia en lengua gala:

—Ha de haber entre vosotros un compañero llamado Sylvest: ¿cómo es que no responde? Hace rato que le estoy llamando; ¿es sordo acaso? ¡Sylvest! ¡Sylvest!

—Aqui estoy, respondió el esclavo, estoy cerca de la reja, y no quiero dejar mi puesto; acércate si quieres hablarme.

Algunos instantes despues se acercó á la reja uno de los esclavos, marcado en la frente como fugitivo, y jóven aun, que le dijo en lengua gala bajando la voz;

—¿Te llamas Sylvest?

—Si.

—¿Eres esclavo de Diávolo y tenias por compañero á un cócínero á quien dan el ápodo de Cuatro Especies?

—Si.

—Pues Cuatro Especies me ha encargado que te dé una buena noticia. Le encontré antes de ayer en el mercado. Le conocia hace mucho tiempo, y es un amigo seguro y leal. Yo le dije: «Antes de «dos dias seré libre en la soledad de los bosques ó me condenarán «á las fieras en el próximo espectáculo, porque esta noche pienso «huir y mi amo me ha amenazado con enviarme al circo si huia y «lograba prenderme. ¿Quieres huir conmigo esta noche? Si huimos «juntos tendremos mas probabilidad de conseguir nuestro intento. «—No, me respondió Cuatro Especies, no puedo acompañarte esta «noche. Pero si te cogen y tu amo te lleva al circo, verás entre los «esclavos condenados á las fieras un galo llamado Sylvest, que per- «tenece á Diávolo. Desearia que le digeras, para que muriera mas «consolado, que nuestro amo ha convidado á un gran número de «amigos á un espléndido festin, que ha de verificarse mañana y pre- «ceder al espectáculo del circo, á donde irán despues de la comida. «Espero hace mucho tiempo la hora de vengarme. Sylvest me ha «bia inducido á aplazar mi proyecto asegurándome que los esclavos «tomarian las armas cuando partiese de la Galia el ejército romano, «pero se ha frustrado esta esperanza porque ayer se afirmó en casa «de mi amo que el ejército no partiria.

— ¿Qué dices? exclamó Sylvest con ansiedad. ¿Es cierta esa noticia?

— Si; me han asegurado que se ha dado contraorden, y que ya no se preparan en los arrebales de Orange los alojamientos para la vanguardia que debia llegar mañana.

— ¡Desgraciados de nosotros! dijo Sylvest con desesperacion. ¿Cuándo brillará el dia de la independendencia?

«La guerra es ya imposible, añadió Cuatro Especies, y me apresuro á vengarme y á vengar á Sylvest al mismo tiempo. He comprado á una hechicera un veneno seguro y de efecto lento; le he probado en un perro, y no ha obrado hasta despues de algunas horas pero con violencia terrible. Los platos mas esquisitos y que no se sirven hasta el fin de la comida estarán mañana envenenados, lo mismo que las últimas ámforas que apuren. Segun el ensayo que he hecho con el perro, Diávolo y sus amigos espirarán á la mitad de la fiesta... Cuéntaselo á Sylvest si te condenan á morir en el circo. Si sucumbe antes de ver espirar á Diávolo y á sus amigos, paratirá al menos seguro de que le seguirán su amo y otros muchos nobles señores. Trataré de huir despues de dar el golpe, y si me prenden, he hecho ya de antemano el sacrificio de mi vida.» Y Cuatro Especies se separó de mi. Aquella misma noche me fugué, pero como mi amo me espiaba, me sorprendió en el momento que escalaba una pared. Tres horas despues me condujeron al circo, y desde que estamos aquí te llamo para cumplir la promesa que hice á Cuatro Especies, el cual ya habrá huido indudablemente de la casa de su amo. ¡Heso permita que el veneno sea seguro y que esos malditos romanos rebienten como ratones envenenados!

— ¿Ves en la galeria, dijo Sylvest á su compañero, encima del subterráneo de las fieras aquel jóven coronado de pámpanos que lleva una clámide de seda blanca con bordados de plata y aspira el perfume del ramo de flores que tiene en la mano?

— Si, le veo.

— Pues ese es el noble Diávolo.

— ¡Ah! ¡por toda la sangre que va á derramarse! exclamó el esclavo con alegria feroz; ¿con qué tambien nosotros vamos á tener nuestra fiesta? ¡Reid, reid, nobles señores! ¡lanzad miradas amorosas á las damas, porque esta noche el mármol de la brillante galeria tendrá sus cadáveres como la arena ensangrentada del circo! Miremos cara á cara á esos alegres y embriagados señores, á los al-

tivos conquistadores romanos que desde el balcon dorado, perfumado de flores y resplandeciente de luz se gozan con la mísera suerte de los pobres galos conquistados que esperamos una espantosa agonía desde este subterráneo fúnebre. Si, mirémosles cara á cara y saludémosles ya que vamos á morir todos, nosotros bajo las garras y los dientes de las fieras, y ellos abrasados por el veneno.

Habiendo alzado el esclavo la voz en su creciente exaltacion, le oyeron los demás galos, y les contó la venganza de Cuatro Especies para suavizar su muerte. Casi todos los esclavos, que hasta entonces habian estado sombríos y taciturnos pero resignados á su suerte, se levantaron de las losas donde se habian reclinado en su desesperacion, y se precipitaron á la reja para contemplar con alegria feroz aquellos nobles jóvenes romanos tan joviales en su embriaguez y que llevaban en su seno una muerte próxima y terrible.

Sylvest sintió tambien en un principio una alegria feroz, pero se reprendió al momento interiormente acordándose que cuando su tio Albinik el marino dirigia las galeras romanas el dia que precedió á la batalla de Vannes, habia considerado como una cobardía indigna del valor y la lealtad de un galo el abismar en el fondo del mar millares de soldados romanos que confiaban en sus maniobras. Por culpable que fuera la ferocidad de Diávolo, la venganza de Cuatro Especies horrorizó á Sylvest, así como hubiera sido el primero en correr á las armas al dar el grito de guerra y de independencia contra los romanos. Pero ¡ah! estaba lejano ese dia venturoso! Si no hubiese tenido firmeza para esperar la muerte, la noticia que acababan de darle respecto al ejército romano, le hubiera quitado todo el pesar que le causara perder la vida.

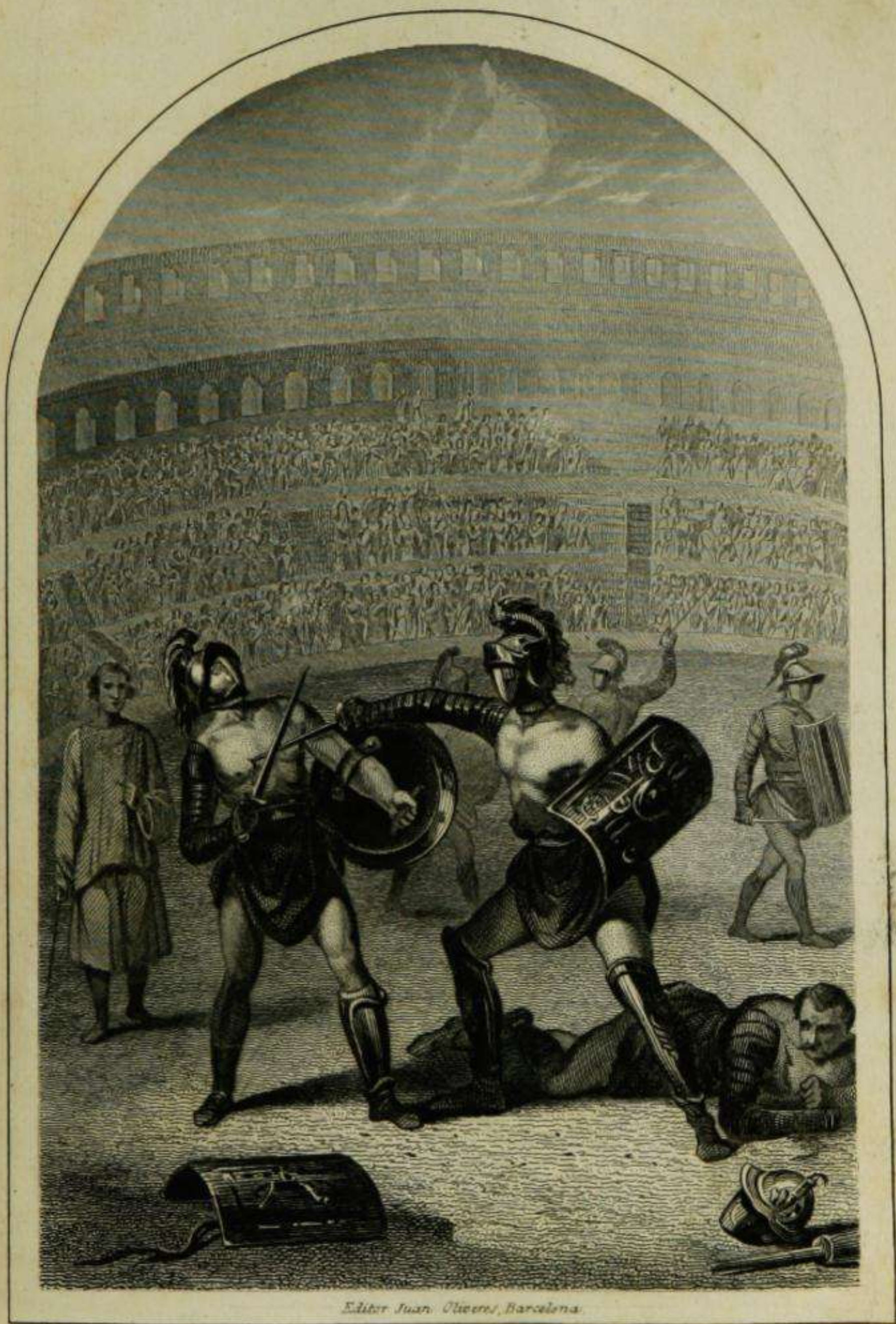
— Si los hombres mueren, pensó Sylvest, felizmente las reuniones nocturnas de los *Hijos del Muérdago* se perpetuarán de siglo en siglo bajo la direccion de los druidas, hasta que brille el dia de la justicia y de la independencia.

Arrancó á Sylvest de su meditacion el clamor de la música; los bucinadores hacian resonar sus torcidas trompas anunciando la llegada de los ediles. Los magistrados ocuparon su asiento en la tribuna, los heraldos de armas dieron la señal del combate, los bucinadores volvieron á hacer resonar sus instrumentos, reinó profundo silencio en aquella multitud inmensa y salieron á la arena por la puerta del norte cuatro parejas de gladiadores á caballo (gladiadores de profesion), y otras cuatro por la puerta del mediodía. Los primeros

montaban caballos blancos con gualdrapas verdes y los segundos caballos negros con gualdrapas encarnadas. Cada gladiador estaba armado de una lanza ligera, de un escudo pintado y dorado, de casco de bronce con visera calada, abierta únicamente delante de los ojos por dos ahugeros redondos, y que les ocultaba el rostro, y de un guantelete de hierro que les cubría el brazo derecho, y el resto de su cuerpo estaba desnudo, porque no llevaban mas que el delantal de gladiador atado al cuerpo con un cinturón de bronce, del cual pendía su larga espada, y llevaban en los piés sandalias herradas. Los ginetes, gladiadores de profesion, eran libres, ó al menos combatían voluntariamente y por alarde de valor, como habían peleado tantas veces los antepasados de Sylvest, y no como desgraciados esclavos obligados á matarse sin razon para divertir á sus amos. ¡Gloriosa y digna es la lucha voluntaria! Era tal la inclinacion de los galos hacia el alarde del valor que Sylvest y algunos de sus compañeros, asomados á las rejas del subterráneo, olvidaron su muerte próxima, interesándose á pesar suyo en aquel valeroso combate y aplaudiendo con la voz y el ademan la destreza y la audacia. Murieron un gran número de ginetes y caballos, y ni un solo gladiador salió de la arena sin herida. Cuando terminó el combate de los gladiadores de á caballo, los Plutones sacaron los cadáveres de la arena, y mulas ricamente enjaezadas arrastraron los caballos muertos.

Hubo un intévalo de descanso, y resonaron entonces en el subterráneo, que estaba en frente de la reja donde esperaban los esclavos, los ruidos de las fieras. No tardaron en ver asomar dentro de aquel subterráneo, que estaba dividido en tres por medio de fuertes rejas, cuatro leones en uno de ellos, tres tigres en otro, y en el del centro un elefante tan enorme que su lomo tocaba casi con la bóveda. Las fieras salieron rugiendo y andando lentamente, y deslumbrados durante algunos momentos por lo viva luz del circo, no se acercaron en un principio hasta la reja, y se quedaron en la sombra donde se veían brillar sus pupilas. Los esclavos se estremecieron de horror; los mas débiles prorumpieron en dolorosos gemidos, desfallecieron y se arrojaron en el suelo tapándose el rostro, otros lanzaron terribles imprecaciones contra los romanos, y otros, en fin, estaban sombríos pero resueltos y como si no conocieran el peligro.

Los bucinadores hicieron resonar sus trompas, los heraldos abrieron dos puertas, y se vió entrar un gran número de parejas de gla-



Editor Juan Oliveros, Barcelona.

Los combates de gladiadores.

diadores esclavos, ofrecidos ó vendidos por sus amos para la sangrienta fiesta y obligados á combatir hasta la muerte. Todos llevaban cascos de diversas formas, con visera calada de enrejado ó con dos ahujeros para los ojos, su delantal de gladiador de tela de color blanco ó encarnada atado al cuerpo con cinturón de cuero y dejando el resto del cuerpo desnudo. Algunos llevaban un brazal de hierro [en el brazo derecho, y todos empuñaban espada y se defendían con un escudo, pero también se veían otros que reemplazaban esta arma defensiva con una red arrollada en sus brazos que lanzaban á su adversario para entorpecer sus movimientos y herirle más fácilmente.

La esclavitud enerva á los valientes y duplica la cobardía de los cobardes, y como la mayor parte de los gladiadores esclavos, en vez de sentir entre sí odio ó rivalidad, estaban unidos con los lazos del cariño que inspira la confraternidad de la desgracia, los valientes se negaban á emplear su esfuerzo para divertir á sus amos y á ser reducidos á la condición de perros de combate. Así pues, tres se mataron luego que salieron al circo hundiéndose la espada en la garganta antes que los heraldos colocasen frente á frente á las parejas, y otros se arrodillaron con las manos tendidas hácia los espectadores pidiéndoles que les librasen del combate, pero su súplica solo alcanzó silvidos y burlona gritería. Uno de ellos, que era un pobre anciano, corrió á abrazar los pies de una de las grandes estatuas de mármol colocadas en los nichos de la pared que servía de barrera y representaban divinidades paganas, y parecía que se ponía bajo su protección, pero los Mercurios sacaron del brasero por órden de los ediles sus largas varas de bronce candentes y amenazaron al anciano y á los esclavos arrodillados. En la alternativa de exponerse á tan horribles quemaduras ó á la muerte, se resignaron á luchar y principió el combate. Unos pelearon con la furia de la desesperación ó alegres de encontrar la muerte como término de sus miserias, y otros se arrodillaron al recibir la primera herida, y deseando morir pronto, presentaron el pecho á sus adversarios, que se veían obligados á matarles, esperando que otros hiciesen lo mismo con ellos, en medio de los aplausos del público. Otros, cubiertos de heridas y arrastrándose penosamente, levantaban según costumbre la palma de la mano izquierda hácia los espectadores para pedir que les concediesen la vida, olvidando que únicamente los gladiadores de profesión tenían este derecho, y que todos los esclavos que en-

traban en la arena morían por la espada ó con la cabeza rota bajo el martillo de los Plutones. Muchos, en fin, gravemente heridos, se fingieron muertos. Uno de ellos, que era jóven y robusto, habia combatido valerosamente, tenia el cuerpo acribillado de heridas, y al último golpe cayó cerca de la reja del subterráneo donde estaba Sylvest, el cual le creyó muerto porque tenia el cuerpo inmóvil y la cabeza inclinada en la arena. Le vió uno de los Mercurios, se acercó armado de su larga vara de bronce, roja como una ascua, y cauterizó una de las heridas del esclavo. La carne viva chisporreteó y arrojó humo, pero el cuerpo permaneció inmóvil á pesar de tan espantoso suplicio. El Mercurio le creyó muerto, y se alejó, mas cambió al momento de parecer, volvió, y penetró con su vara de bronce al través de uno de los dos ahugeros de la visera del casco del gladiador. El bronce candente y agudo penetró sin duda el ojo, porque el esclavo, vencido por tan cruel dolor, se levantó de un salto exhalando alaridos que nada tenían de humano, dió algunos pasos y volvió á caer. Los Plutones acudieron entonces apresuradamente, y descargando los pesados martillos en el casco como en un yunque, despedazaron de tal modo su cabeza que Sylvest vió brotar al través de las hendiduras de la visera una mezcla sin nombre de carne, sangre, cerebro y pequeños fragmentos de hueso.

Sylvest no pudo contenerse ante aquel horrible espectáculo, y con voz sonora entonó el canto de los bardos galos en las reuniones nocturnas de los *Hijos del Muérdago*:

*¡Corre, corre, sangre del cautivo! ¡Cae, cae, rocío sangriento!
Brotada, crece, mies vengadora!*

Sylvest no era el único *hijo del Muérdago* entre los esclavos condenados á las fieras, y otras muchas voces repitieron á la siniestra cadencia de las cadenas agitadas con furor:

*¡Corre, corre, sangre del cautivo! ¡Cae, cae, rocío sangriento!
¡Brotada, crece, mies vengadora!*

Un gran tumulto ahogó sus cantos. La arena estaba sembrada de cadáveres y moribundos, y ni un solo combatiente en pié. De pronto se oyó á los heraldos que gritaban:

— *¡Los enfermos..! ¡Los médicos!*

Y al instante se precipitó en el circo un gran número de ancianos decrepitos, ricamente vestidos, sostenidos unos por esclavos, apoyados otros en sólidos bastones. Veíanse también entre aquellos enfermos hombres de menos edad y jóvenes, y todos se arrodillaron ó

se inclinaron cerca de los moribundos para aplicar su boca ávida á las heridas y chupar la sangre que tibia aun brotaba de ellas, pues unos buscaban en aquella sangre nuevo vigor para sus abatidas fuerzas y otros la curacion de la epilepsia. Varios médicos, armados de instrumentos cortantes, abrian las entrañas palpitantes de los cadáveres y estraian los *hígados* (1), de que se servian como remedios. Cuando los médicos estuvieron provistos y los ricos enfermos saciados de sangre, los Plutones acabaron de matar á martillazos los esclavos que daban señales de vida, y con auxilio de los Mercurios, sacaron de la arena los cadáveres, mientras los dependientes del anfiteatro cubrian de arena la sangre con largos rastrillos.

Las fieras, cada vez mas animadas al ver tan abundante carnicería así como con el cálido y fuerte olor de sangre, redoblaron entonces sus rugidos, saltando con furia en sus jaulas cuyas rejas hacian bambolear con sus enormes patas. Sylvest y los esclavos galos respondieron á los rugidos de las fieras con el canto de los bardos agitando sus cadenas:

*¡Corre, corre, sangre del cautivo! ¡Cae, cae, rocío sangriento!
¡Brotá, crece, mies vengadora!*

Durante esta interrupcion Sylvest y los esclavos dirigieron la vista hácia Diávolo y sus amigos, que continuaban con igual alegría y animacion. Diávolo habia sido uno de los mas obstinados en negar la vida hasta á los gladiadores libres que estando heridos suplicaban á los espectadores.

Sylvest advirtió, sin embargo, que por efecto de la lenta pero segura fuerza del veneno de Cuatro Especies, la viva rubicundez del rostro de su amo, escitado por el vino y el espectáculo de aquella fiesta sangrienta, empezaba á desaparecer, especialmente en la nariz, en la frente y en la barba que iban poniéndose blancas como la cera. La misma alteracion se observaba en las facciones de los demás jóvenes, que no demostraban menos alegría que su amigo Diá-

(1) «Muchas personas (dice Plinio, 28, 2, 1) bajan al anfiteatro á beber sangre de gladiador para buscar en este brevage en que aun fermenta la vida, un remedio contra los ataques epilépticos, creyendo que es un remedio muy eficaz el beber la sangre ca-
«liente en las venas del hombre y recogerla como el soplo del alma en los labios de la
«herida.

«Escribonio Sargo cuenta en tiempo de Tiberio que, aunque no es partidario de remedios de esta especie, ha visto sus escelentes efectos. Dice ademas que toman una porcion
«de hígado de gladiador degollado dividida en nueve dosis» (Citado por Vallon, t. II, p. 251, *Historia de la esclavitud en la antigüedad*).

voló, porque habiendo reemplazado la comedia á la tragedia por algunos instantes, todos aplaudieron con acompañamiento de estrepitosas carcajadas la aparición del necio Norbiac que acababa de dar un ridículo tropezon al salir á la arena.

Aquel imbecil y cobarde galo, objeto de la mofa general por su vanidad y estupidez, habia oido contar que los señores de moda combatian á veces en Roma imitando á los gladiadores, y quiso imitarles. Llevaba un casco de acero con un monstruo dorado de desmesurada altura por cimera; su visera no dejaba ver su rostro, y se habia cubierto de piés á cabeza de hierro por prudencia, de modo que parecia una tortuga escondida en su concha, pero abrumado bajo el peso de tan pesada armadura, andaba penosamente, y llevaba además un arsenal completo, sin mencionar su escudo dorado que tenia por emblema un leon pintado con vivos colores y sosteniendo en la garra derecha una divisa en que se veia escrito en gruesas letras el nombre de Siomara. Como no habia renunciado á su amor por la hermosa gala, esperaba sin duda enamorarla haciendo alarde de valor en un espectáculo en que tambien ella saldria á combatir con Faustina.

Norbiac empuñaba una larga espada, y llevaba pendientes del cinturón un puñal en un lado y en el otro una hacha de armas y una maza de agudas puntas. Apenas se recobró de la turbacion que le habia causado el paso en falso, se advirtió por su lento y embarazoso andar que los ahugeros de la visera, practicados sin duda muy abajo ó muy arriba, apenas podian servirle para ver los objetos exteriores, porque dos ó tres veces trató aunque en vano de subir y bajar la visera en medio de la risa de la multitud.

El esclavo destinado á combatir con Norbiac entró por la puerta opuesta, y á escepcion de su delantal de gladiador, no le cubria ningun vestido ni armadura, y llevaba en la mano por única defensa una larga espada sin filo ni punta, que era un verdadero juguete de niño. El heraldo de armas y los bucinadores dieron la señal del ataque. Norbiac se cubrió el cuerpo defendido ya por su récia coraza, con el escudo y empezó á blandir la espada formando círculos y manteniéndose en la defensiva. El esclavo, armado con una espada inútil, permanecia fuera del alcance de los mandobles de su adversario, esperando para luchar cuerpo á cuerpo que Norbiac, que no estaba acostumbrado á manejar la espada, se cansase de esgrimirla, y en efecto, el remolinete se iba amortiguando por instantes, y en

todas partes, especialmente en las gradas superiores, se oían silvidos y carcajadas.

— ¡ Ese molino de brazo va á pararse ! gritaban unos.

-- ¡ Se habrá desbaratado el resorte que dá movimiento á ese maniquí de hierro ! decían otros.

Y los esclavos galos aplaudían desde el subterráneo las burlas é injurias que dirigía la muchedumbre al cobarde y nécio imitador de los romanos. Pero los ediles, que no podían permitir que un distinguido ciudadano sirviese por mas tiempo de mofa á la multitud, hicieron señal á uno de los Mercurios, y sacando este del hornillo una de las varas de bronce candente, tocó en la espalda al esclavo que se mantenía lejos de la espada de Norbiac. La sorpresa y el dolor de la quemadura hicieron dar al esclavo un salto hácia adelante, y arrojándose á pesar suyo sobre la espada de su adversario, recibió dos anchas heridas en el rostro y en el pecho. Dejó entonces la inútil espada, se arrojó sobre su adversario cubierto de acero, le derribó al primer empuje, le arrancó del cinturón la maza de hierro, y principió á descargar martillazos en el casco de Norbiac que exhalaba gritos penetrantes pidiendo auxilio con sumo contento de la multitud. Pero como el esclavo perdía mucha sangre por sus dos heridas, se debilitaron pronto sus fuerzas, arrojó la maza, alzó la mano para implorar la compasión de los espectadores, y cayó cerca de Norbiac, cuyos agudos gritos se habían trocado en dolorosos gemidos y hacia esfuerzos para levantarse.

Aunque el esclavo estaba condenado de antemano á morir, el público de las gradas superiores, gritó como de costumbre :

— ¡ La vida al esclavo ! ¡ la vida al esclavo !

Pero como los espectadores de la galería y de las gradas inmediatas, así como Diávolo y sus amigos, aunque fueron los primeros en reirse de Norbiac, creían que era dar un mal ejemplo el conceder la vida á un esclavo que tan duros golpes había descargado á su amo, pidieron su muerte, y uno de los Plutones despedazó la cabeza al herido á una señal de los ediles. Norbiac llegó por fin á levantarse, y dándole fuerzas el terror, empezó á correr de un lado á otro no obstante el peso de su armadura, estendiendo las manos como quien lleva los ojos vendados, y cayó en esta postura en brazos de uno de los heraldos, que le sacó de la arena en medio de la mas estrepitosa gritería.

Habiendo quedado desierto algunos momentos el redondel, el

amigo de Cuatro Especies dijo á Sylvest y á sus compañeros:

— Mirad á Diávolo y á sus amigos. ¿No os parece que se aumenta su palidez y se convierte en un tinte verdoso? Diríase que sus ojos se hunden en la sombra de sus órbitas que van ahuecándose por momentos. ¡Ira del cielo! El veneno de Cuatro Especies es seguro; ¿pero cómo no experimentan aun dolor esos nobles? No obstante, mirad como uno de ellos se lleva la mano á la frente como si le pesase como plomo la cabeza.

— ¿Y aquel otro que se ha levantado y ha vuelto á sentarse tapándose los ojos como si estuviera deslumbrado ó aturdido?

Circuló entonces entre la muchedumbre un sordo murmullo; y los nombres de Siomara y Faustina que corrian de boca en boca, llegaron hasta los oídos de Sylvest, como si los hubiese pronunciado una sola voz compuesta de aquellos millares de voces.

¡Ah! Siomara le inspiraba tanta vergüenza como horror, pero en aquel momento supremo, en que iba á ver á su hermana por vez postrera, olvidó á la cortesana y á la hechicera, y solo se acordó de la niña inocente, de la querida compañera de su infancia.

Los bucinadores hicieron resonar sus trompas, y todos los espectadores se levantaron y se inclinaron con avidez hácia la arena, gritando con voz palpitante de impaciencia y de curiosidad:

— ¡Allí están! ¡allí están!

Pero los bucinadores no anunciaban aun la salida de Siomara y de Faustina, sino la de Monte Líbano que las precedía, pero si no iba á batirse á muerte con Bibrix porque estaba solo, y el combate de los gladiadores no debía verificarse hasta que peleasen Siomara y Faustina, ¿qué hacia Monte Líbano en el circo siendo él la causa de la rivalidad que iba á terminar con la muerte de una de aquellas mujeres? El gigante se presentó con aire fanfarron en medio de los aplausos y de los gritos de entusiasmo. A escepcion de su delantal de gladiador, y del brazal de hierro que cubria su brazo derecho, su cuerpo, velludo como el de un oso y atlético como el de Hércules pagano, estaba desnudo y untado de aceite, y por un refinamiento de orgullo, llevaba pintadas de vermellon sus numerosas cicatrices, como para ostentarlas á los ojos de los espectadores. Cubria su enorme cabeza un casco de acero bruñido, pero sin visera porque desdeñaba esta defensa. Dió una vuelta al circo con el puño apoyado en las caderas, llevando en la mano dos espadas cortas y ligeras, y lanzando miradas atrevidas á las nobles damas de la ga-

leria que agitaban los pañuelos gritando con entusiasmo :

— ¡ Viva Monte Líbano ! ¡ viva el vencedor de los vencedores !

Pero volvieron á resonar las trompas de los bucinadores , y la multitud exclamó entónces con mas verdad :

— ¡ Allí están ! ¡ allí están !

Eran ellas...

Eran Faustina y Siomara que se presentaban en la arena , una por la puerta del norte y otra por la de mediodia.

Hombres , mujeres , todos , hasta los ediles , se levantaron , y pronto un profundo silencio reinó en aquella multitud inmensa.

La noble dama y la hermosa gala salieron tranquilas , resueltas , con la frente erguida , sin bajar los ojos y arrostrando todas las miradas.

Faustina llevaba el ligero casco de la Minerva pagana , adornada con plumas de color de escarlata ; su corta visera descubria su osado y pálido rostro de negros ojos , labios de coral y rodeado de gruesas trenzas de cabellos de ébano , en que brillaban ricas perlas y se perdian debajo de las orejeras del casco. Su coraza era una simple red de oro de mallas anchas que dejaban ver el blanco mate de su tez , y aprisionaba su cuerpo flexible y esvelto desde el nacimiento del brazo y del seno hasta las caderas , sujetas por un estrecho cinturón de oro , y donde se ataba su túnica de seda de color de escarlata que le llegaba hasta las rodillas. Los botines , formados de pequeñas escamas de oro flexibles , subian hasta el tobillo , y no dejaban ver mas que el extremo de sus sandalias de marroqui bordadas de piedras preciosas.

Si los escesos y las ardientes pasiones no hubieran impreso en las facciones de Faustina un carácter de audacia , hubiese parecido hermosa , porque era ardiente su mirada y altiva su frente en el momento de aquel combate á muerte.

Siomara ofrecia un contraste notable con Faustina , por su armadura y su sorprendente belleza , porque sus facciones conservaban en aquel instante , con asombro de Sylvest , una serenidad cándida y modesta.

Su casco griego de plata cincelada y adornado con un penacho de plumas azules descubria enteramente su rostro encantador , y sus rubios cabellos caian en numerosos bucles flotantes en torno de sus mejillas y de su cuello de márfil. Su cuerpo de ninfa estaba aprisionado , como el de Faustina , en una redecilla de mallas de se-

da que dejaba ver el suave carmin de su cutis; y su estrecho cinturón de plata, su corta túnica de azul celeste bordada de perlas, y sus botines de escamas de plata eran iguales á los de Faustina.

La espresion del rostro de Siomara no era altiva, impúdica y sombría como la fisonomía de su rival, no; sus ojos rasgados, dulces como su sonrisa, parecian anunciar una confianza tranquila, de modo que Sylvest, al ver á su hermana con una hermosura tan radiante bajo su casco de guerra, se preguntaba por qué extraño prodigio conservaba un aspecto tan ingénuo y apacible la niña educada por Trymalcion, la hechicera envenenadora, la cortesana, la sacrílega profanadora de los sepulcros.

Las dos mujeres cruzaron lentamente la arena para reunirse en el sitio donde las esperaba Monte Líbano con las dos espadas cortas. El gladiador habia elegido para el combate un parage tan cercano del subterráneo donde los esclavos esperaban la muerte, que cuando Faustina y Siomara se acercaron á Monte Líbano, Sylvest estaba á algunos pasos de su hermana. Cediendo á un movimiento involuntario, se retiró para evitar las miradas de Siomara, pero una mezcla de cariño, de terror y de curiosidad le impulsaron á volver á asomarse á la reja. Un poder superior á su voluntad le atraia hácia su hermana, y pudo al mismo tiempo observar con mas atencion á Monte Líbano. Una emocion visible habia reemplazado su aire de valenton y de insolente, y pálido y turbado y con una espada en cada mano, con la izquierda ofrecia una arma á Faustina y con la derecha otra á Siomara, pero sus manos temblaban de tal modo en el momento que las dos rivales se preparaban á tomar las espadas que les presentaba, que Faustina advirtió el temblor y la angustia creciente de su amante. La noble dama le lanzó una profunda mirada, reflexionó un momento, y rechazando con un ademán la espada que le ofrecia, quiso tomar la otra.

— No, dijo Monte Líbano retrocediendo con inquietud, esta no, esta no.

— ¿Porqué no? preguntó Faustina con sombría desconfianza.

— Porqué soy juez del combate, balbuceó el gladiador, y me pertenece dar las armas.

Siomara, que no habia prestado atencion á esta discusion, porque antes que empezára habia vuelto el rostro hácia el subterráneo de los esclavos á donde dirigia miradas de ansiedad, reconoció de pronto á Sylvest, corrió hácia la reja, y cogiendo entre sus manos las del

esclavo, exclamó en galo con voz muy conmovida y los ojos bañados en lágrimas:

— ¡Tú... hermano mio... condenado á las fieras! ¡Tú aqui!

— Si, voy á morir... ¡Permitan los dioses que tú tambien mueras! Antes de asomar el nuevo dia iremos á reunirnos con los que nos han precedido en los mundos desconocidos. ¡Heso y nuestros padres te perdonen como yo te perdono!

— Confiada en tu promesa, te esperaba... ¡Desgraciada de mi que creí tus palabras! Ahora serias libre.

— He querido morir por evitar una libertad deshonrosa.

Siomara, que en un principio espresó la emocion y el espanto, se sonrió de pronto, y dijo á su hermano con alegria:

— ¡Escucha... acércate!

Sylvest obedeció maquinalmente, y su hermana le dijo en voz baja:

— No morirás, hermano mio. Faustina va á sucumbir por medio de un sortilegio. Diávolo está alli, y con una palabra puede arrancarte de la muerte... y esa palabra va á pronunciarla despues de la muerte de Faustina. ¡Animo, hermano mio! Esta noche cenaremos juntos... y serás libre.

Y Siomara hizo á su hermano una señal de inteligencia sonriendo, le envió con la punta de los dedos un beso de despedida, y corrió á reunirse con Faustina y Monte Líbano al rumor de un murmullo de sorpresa causado en el anfiteatro por la corta conversacion de la hermosa gala con un esclavo condenado á la fieras.

Cuando Siomara se acercó á Monte Líbano, este no tenia mas que una espada en la mano, estaba cada vez mas pálido y turbado, y su rostro estúpido espresaba el dolor y el espanto.

— Mi espada, le dijo Siomara.

El gladiador hizo un esfuerzo violento, y á pesar del ademan breve y amenazador de Faustina, rechazó la mano de la gala al tomar la espada, y le dijo con voz trémula:

— ¡No es esta... no; no es esta!

Y clavó su mirada en la hermosa gala para indicarle que no la tomase, pero Siomara estaba preocupada con otra idea, y no advirtiendo las señales del gladiador, se volvió hácia el lado de la galeria donde estaba Diávolo, y saludando con la mirada y el ademan, arrancó una de las plumas azules de su casco de plata, la tomó entre dos dedos, se la llevó á sus lábios de rosa, y la lanzó con un soplo gracioso en direccion á la galeria, diciendo en alta voz:

— ¡Para tí, Diávolo!

Y despues dirigió á hurtadillas una mirada á su hermano.

Sylvest conoció entonces estremeciéndose que su hermana daba á Diávolo las arras de una venta infame, cuyo precio seria su libertad, porque como habia dicho Siomara, los amos podian rescatar á sus esclavos del suplicio hasta en el último momento. Muerta Faustina, la hermosa gala iria durante el combate de Monte Líbano y de Bibrix á pedir á Diávolo la libertad de Sylvest, y alcanzaria esta gracia con una promesa deshonrosa para arrancar al esclavo del subterráneo.

Mientras el esclavo se desesperaba al pensar en tal baldon y se resolvia á preferir la muerte á la libertad, todas las miradas se dirigieron hácia Diávolo, y un murmullo de envidia circulaba entre los jóvenes al oir el saludo amoroso de la hermosa gala que hasta entonces habia desdeñado todos los homenages. Diávolo, como la mayor parte de sus compañeros de banquete, tenia una palidéz verdosa, pero como no experimentara aun sin duda los efectos del veneno, ó embriagado por el orgullo con la lisongera provocacion de Siomara, olvidara la angustia y el dolor, se inclinó radiante de alegria en la barandilla, lanzó en la arena el ramo de flores que llevaba en la mano despues de haber estampado en ella un ardiente beso, y exclamó:

— ¡Victoria y amor á la hermosa gala!

Siomara recogió el ramo, se lo llevó á los labios, y depositándolo al pié de una de las gigantescas estátuas de mármol que adornaban los nichos profundos de la pared del redondel, dirigió la postrera mirada á su hermano, volvió al lado de Monte Líbano, y le dijo con impaciencia:

— ¡Mi espada! ¡mi espada!

El gladiador no negó ya entonces el arma á la hermosa gala.

Sylvest lo adivinó todo... Habia sido testigo de las protestas de amor de Monte Líbano, pero desde el momento en que, con la esperanza de alcanzar la libertad del esclavo, Siomara provocó tan impudicamente á Diávolo, las facciones del gladiador, que revelaban hasta entonces la ternura y la turbacion, espresaron súbitamente los celos y la ferocidad, en tanto que Faustina, inmóvil como un espectro, con la mano puesta en la cadera y la punta de la espada apoyada en el extremo de su sandalia, se sonreia con ademan de triunfo siniestro.

No dudó ya Sylvest que una de las armas presentadas por el gladiador estaba encantada con los maleficios de Siomara, y que de acuerdo con ella, Monte Líbano sabía cual era la espada mágica, pero habiendo llamado la atención de Faustina la turbación del gladiador, se había negado la noble dama á tomar el arma que le ofrecía. Si esta elección había aterrado antes á Monte Líbano temiendo por Siomara, le regocijó despues cuando su amor por la hermosa gala se trocó en odio furioso á impulso de los celos.

Apenas Siomara tomó la espada, dijo á Faustina en voz baja:

— ¿Estás pronta?

— Si, respondió la noble dama, que añadió tambien en voz baja pero que pudo oír Sylvest: ¿Te acuerdas de nuestras condiciones?

— Si.

— Luchemos, pues.

— Luchemos.

— Muerta ó viva, me pertenecerás, Siomara, si no puedes continuar el combate despues de la primera herida.

— Y si te mato, Faustina, nadie mas que yo entrará en tu sepulcro para velar tu cadáver.

— Nadie. Ya lo he mandado así, y te he entregado la llave del panteon de mi familia.

— Luchemos, pues, noble Faustina.

— Luchemos, hermosa gala.

Y las dos jóvenes se precipitaron una contra otra á una señal de Monte Líbano, con la espada levantada, Siomara sonriendo y como segura de su triunfo y Faustina con la mirada implacable y confiada tambien, porque al primer choque de las espadas, la de la hermosa gala se rompió entre sus manos cerca de la empuñadura.

Sylvest no pudo contener un grito al ver á la noble dama que, prorumpiendo en una carcajada feroz, hundió la espada en el pecho de Siomara exclamando:

— ¡Toma... falsa hechicera de Tesalia!

Su herida era grave y mortal tal vez: la hermosa gala soltó el puño de la espada, cayó de rodillas, lanzó la última mirada á Sylvest, y exclamó con voz desfallecida:

— ¡Pobre hermano!

Despues cayó en la arena, y desatándose el casco, quedó descubierta su cabeza, mientras la sangre, que brotaba copiosamente de

la herida, enrojecia las mallas de plata de la red que le servia de coraza.

Faustina se precipitó sobre su rival rugiendo de alegría y como un tigre sobre su presa, y dándole nueva fuerza el furor y el odio, la enlazó con sus brazos delgados y nerviosos, la levantó del suelo, y se la llevó como si fuera un niño diciendo con voz terrible al gladiador:

— Monte Líbano, te espero en el templo del canal.

Y Faustina desapareció con su víctima en la sombra de la puerta del norte entre las frenéticas aclamaciones de los espectadores.

Esta escena habia pasado tan rápidamente que Sylvest se creyó juguete de un ensueño, y experimentó como un vértigo de que le arrancó el ruido de las cadenas que los soldados y los dependientes del circo quitaban á sus compañeros.

Habia llegado el momento de desencadenar á los esclavos condenados á las fieras cuyos rugidos eran cada vez mas espantosos.

Sylvest miraba sin ver, inmóvil cerca de la reja. Dos soldados le quitaron las cadenas. Prorumpió entonces en amargo lloro, porque á pesar de haber deseado la muerte de su hermana, sentia una dolorosa congoja, y se sentó en las losas del subterráneo, con la cabeza oculta en las manos, é indiferente á lo que pasaba en la arena, donde combatian entonces Bibrix y Monte Líbano. Los clamores y murmullos del público anunciaban á intervalos las diferentes peripecias del combate.

— ¡Animo, Monte Líbano! gritaban unos.

— ¡Animo, Bibrix! gritaban otros.

Largo rato despues se oyó un inmenso clamor que hizo retemblar las paredes del anfiteatro.

— ¡Victoria por Bibrix! decian.

Monte Líbano acababa de sucumbir en la lucha...

De pronto Sylvest se vió empujado y pisoteado por sus compañeros que huian atropelladamente. Se levantó haciendo un esfuerzo, y vió en la sombra, en el fondo del subterráneo, una especie de pared ardiente de la altura de un hombre que se acercaba rápidamente barriendo todo cuando encontraba.

Aquella inmensa plancha de bronce enrojecida al fuego en braseros movibles ahuyentaba á los esclavos, y como la reja que hasta entonces les habia separado del circo se habia hundido debajo del suelo deslizándose por una ranura, aquellos desgraciados que rechazaba

hacia adelante la plancha candente, solo podian salvarse de horribles quemaduras precipitándose en la arena donde saltaban la fieras y de la cual acababan de desaparecer los Plutones, los Mercurios, los heraldos y los bucinadores despues de sacar el cadáver de Monte Líbano y de cerrar con grandes puertas aseguradas con barras de hierro las dos entradas de norte y mediodía.

Sylvest resolvió morir sin manifestar temor con sus compañeros y gritó:

— *Hijos del Muérdago* ¿quereis morir como dignos hijos de la antigua Galia?

— ¡Si! si! repitieron varias voces.

— Hermanos, repetid como yo antes de morir...

¡ *Corre, corre, sangre del cautivo!* ¡ *Cae, cae, rocío sangriento!* ¡ *Germina, crece, mies vengadora!*

Y los *hijos del Muérdago* y todos los demás esclavos galos siguieron á Sylvest, y se precipitaron en la arena cantando en su lengua natal con voz robusta.

Los cantos y la aparicion repentina de tantos hombres sorprendieron en un principio á las fieras. Sylvest se aprovechó de este momento de pausa, y acordándose de los consejos del portero, al ver á pocos pasos de él al elefante arrimado á uno de los nichos de la pared del redondel adornados con gigantescas estátuas de mármol, dedicó un postrer pensamiento á Loysa y á Siomara, se dirigió hacia el elefante, y con la esperanza de morir aplastado, se arrojó de bruces y se arrastró debajo del enorme animal con objeto de abrazarse á uno de sus piés monstruosos.

Alzáronse en aquel momento, hacia la parte de la galeria donde estaban Diávolo y sus amigos, primero gritos ahogados, cada vez mas dolorosos, y entre los cuales distinguió la voz de su amo, y despues un tumulto extraordinario que se estendió por todo el anfiteatro. Un pensamiento cobarde, lo confiesa, cruzó entonces por la mente de Sylvest con la rapidéz del relámpago, y trató de librarse del suplicio que iban á padecer sus compañeros. Aquel pensamiento era una inspiracion del recuerdo de su esposa y de su hijo.

Como las miradas de todos los espectadores, en vez de dirigirse hacia la arena, estaban fijas en aquel momento en Diávolo y sus amigos que espiraban por la violencia del veneno en medio de la multitud asombrada, y como el cuerpo inmenso del elefante, arrimado á uno de los nichos de la pared, lo ocultaba en parte, Sylvest,

arriesgándose á ser descubierto despues, se deslizó por debajo del vientre del elefante, y en vez de asirse de una de sus piernas traseras, pasó entre ellas, se encaramó hasta el nicho, y logró acurrucarse detrás de una estatua de mármol, que era dos veces mas alta que él, y que por fortuna representaba una mujer vestida con un ancho ropage.

Acababa apenas de ocultarse cuando se apaciguaron los rumores del anfiteatro, y se oyeron estas palabras:

— Ya están aquí los médicos... Que se lleven á esos moribundos. Su agonía interrumpe la fiesta.

Trasladaron indudablemente fuera de la galería á Diávolo y á sus amigos espirantes, porque el silencio se fué restableciendo poco á poco, silencio turbado al momento por los rugidos de las fieras que habian vuelto en sí de su primera sorpresa.

Principió la carniceria. En medio de los gruñidos de las fieras, los gritos de dolor de algunos esclavos que habian caido ya bajo las garras de los tigres y los leones, y las imprecaciones de las víctimas que huian llenas de terror, ó se arrodillaban en actitud suplicante, se oia aun la voz sonora y tranquila de los *Hijos del Muérdago*, que cantaban hasta exhalar el postrer suspiro:

— ¡ *Corre, corre, sangre del cautivo!*

Sylvest veia á intervalos desde su escondite, que no ocultaba ya la masa del elefante, que estaba entonces en medio de la arena, saltar un tigre ó un leon perseguiendo á un esclavo que arrojaban en el suelo, cogiéndole entre sus patas, cuyas aceradas uñas hacian brotar chorros de sangre al penetrar en las carnes, y agachados despues ó tendidos sobre su presa, la devoraban ó despedazaban.

Sylvest vió entre otros ¡ horrible recuerdo! un leon enorme de color jaspeado y melena casi negra, precipitarse sobre el galo amigo de Cuatro Especies. Aquel desgraciado se habia arrodillado para morir mas pronto, pero era tal su horror, que se tapaba el rostro con ambas manos para no ver el mónstruo. El leon le arrojó de bruces apoyándole una pata sobre el cráneo, y sujetándole y poniéndole la otra pata en los riñones, le atrajo horizontalmente y estuvo algunos instantes sin devorarle. Se tendió sobre el vientre respirando anhelosamente, y apoyó largo rato sobre el cuerpo del esclavo su cabeza monstruosa, cuya ancha boca y la lengua colgante como un perro sediento, estaban bañadas en sangrienta espuma. El galo vivia

aun, exhalaba gritos inarticulados, agitaba azotando la arena los brazos y las piernas, y se conocia por las contorsiones de todo su cuerpo, que se esforzaba en vano en librarse de un tormento atroz... De pronto el leon erizó la melena, azotó el suelo con la cola, alzó los lomos sin dejar de sujetar al galo con las patas delanteras, y bajando bruscamente la cabeza, mordió á su víctima en medio del espinazo y lanzó ruidos furiosos. Un tigre manchado de amarillo y negro, tan enorme como el leon, venia á disputarle la víctima, pero el leon sin soltar la presa, levantó la pata cuyas uñas se habian clavado hasta entonces en el cráneo del esclavo, y la hundió en el hocico del tigre, el cual, á pesar de su herida, abrió la boca, cogió entre sus dientes la cabeza del galo que el leon sujetaba aun con la pata, y encorvando el lomo, bajando el hocico y arqueándose sobre las patas delanteras, tiró violentamente la cabeza del galo rugiendo, mientras el leon, que no soltaba la presa en medio del cuerpo donde hundia sus mandíbulas, tiraba por el lado opuesto. Las dos fieras se levantaron para acabar de arrebatarse el cuerpo del esclavo que aun no habia cesado de existir, y que alzado del suelo por el tigre y el leon, que se lo disputaban, se estremecia á intervalos convulsivamente. La masa enorme del elefante ocultó á Sylvest aquella sangrienta escena.

El elefante estaba furioso y tenia enlazado en los pliegues de la trompa un esclavo de unos diez y seis años de edad que se agitaba en el aire lanzando gritos dolorosos. Dos veces estrelló el elefante en su rabia aquel cuerpo casi dislocado contra la pared del circo, y despues de despedazar de este modo los miembros palpitantes del infortunado jóven, lo arrojó bajo sus piés, trató de traspasarlo con el colmillo y lo pisoteó por fin con furia. Al encarnizarse asi con aquellos restos sangrientos que ya no formaban mas que una especie de cieno de carne humana, retrocedió y empujó con una de sus piernas traseras un esclavo que huia de un tigre, y que en aquel momento pasaba entre el elefante y la balsa del cocodrilo. El esclavo fué arrojado del empuje, como otros muchos antes que él en medio de su azorada fuga, en la balsa cenagosa del reptil, y Sylvest oyó los alaridos del infortunado que despedazaban los dientes aserrados del cocodrilo.

La carniceria duró hasta que los esclavos entregados á las fieras no fueron mas que montones de huesos medio roidos ó restos sin nombre ni forma...

Durante el atroz espectáculo, la multitud embriagada no cesó de gritar asordando los rugidos de las fieras.

Las antorchas empezaron por fin á extinguirse y á lanzar moribundos y pálidos resplandores, y los leones y los tigres, saciados de carne humana, reclinaron sus enormes cuerpos sobre el cieno sangriento del circo, bostezando, soplando ó lamiendo sus patas que pasaban despues sobre sus rojos hocicos.

Sylvest oyó el murmullo cada vez mas lejano de la multitud que salia del circo.

No tardaron en aparecer por las puertas de norte y mediodia al resplandor de las antorchas espirantes los esclavos *bestiarios*; cubiertos con recias armaduras de hierro á prueba de la mordedura de las fieras y armados de largos tridentes que salian candentes de los braseros. Los animales, cansados, hartos y aterrados especialmente por la quemadura de los tridentes, huyeron hácia el subterráneo por los tres corredores que conducian á sus jaulas. Los dependientes del circo alzaron otra vez las rejas por medio de una rueda, y apagadas enteramente las antorchas, los *bestiarios* salieron precipitadamente del circo diciendo en voz baja y medrosa:

— Ya llegó la hora de las hechiceras.

Y el mas profundo silencio reinó en las fúnebres tinieblas del inmenso anfiteatro.

Sylvest, salvado de la muerte por una casualidad milagrosa, porque si los gritos de Diávolo y de sus amigos espirantes por el veneno no hubieran distraido las miradas de los espectadores, le hubiese sido imposible encaramarse al nicho donde habia estado escondido, Sylvest dió, pues, gracias á Heso, y como los dioses le eran aquella noche propicios, recordó que su esposa Loysa le habia prometido en su última entrevista que cuatro dias despues iria á esperarle por la noche en el parque de Faustina, en el extremo del canal. Se acordó tambien de las últimas palabras de Faustina al gladiador mientras se llevaba á Siomara desmayada en sus brazos.

— Monte Líbano, te espero en el templo del canal.

Un siniestro presentimiento decia al esclavo que la noble dama, teniendo á Siomara en su poder y tal vez aun con vida, le haria padecer todos los tormentos que puede imaginar en su odio á una rival una mujer depravada, celosa y cruel. El templo del canal era sin duda el sitio donde llevaria á cabo su atroz venganza, y Sylvest se resolvió á llegar apresuradamente al parque de Faustina.

Salió por fin del escondite prestando atento oído. Grande fué entonces su terror, porque al cruzar la arena, oyó el revoloteo de las aves nocturnas que giraban silenciosas tocando casi el suelo. Dos ó tres veces sintió estremeciéndose el viento de sus alas en la frente, y tropezó durante su fuga con cuerpos velludos que pasaban junto á él rápidamente. Eran sin duda las hechiceras que acudian bajo la forma de animales desconocidos á buscar los restos sangrientos para sus sortilegios. Tal vez Siomara, libre de Faustina por el poder de la mágia, se hallaba entre aquellos mónstruos...

El esclavo pisó una espada corta y acerada que habia dejado un gladiador; la cogió, y armado con ella, llegó por fin á la salida del norte, siguió una larga bóveda, y no tardó en encontrarse fuera del recinto exterior del anfiteatro, que estaba situado en el arrabal de Orange. Desde allí á la quinta de Faustina mediaba media hora de distancia, y precipitando el paso, llegó, escaló la pared del parque como acostumbraba con auxilio de su percha, y corrió al extremo del canal, donde apenas se atrevia á esperar que hallaria aun á Loysa porque la noche estaba ya muy avanzada.

¡Dicha del cielo! El pobre esclavo tiene tambien sus instantes de gozo.

Apenas habia dado Sylvest algunos pasos por la orilla del canal, cuando reconoció la voz de su esposa que decia:

— ¡Sylvest! ¡Sylvest!

El esclavo no respondió, se arrojó sollozando en los brazos de Loysa sin poder pronunciar una palabra, y la tuvo largo rato abrazada cubriéndola de besos y de lágrimas.

— ¡Lloras! dijo ella por fin con angustia. Alguna desgracia te amenaza.

— ¡Oh! no... no, Loysa. Los dioses nos son propicios, pero no debemos perder un instante. Pronto va á asomar el nuevo dia. ¿Quieres esponerte á los peligros de la fuga? Considera que son terribles, pero los arrostraremos juntos.

— Sylvest, mas de una vez te he propuesto que huyamos, y nunca has accedido.

— Si, pero ahora acepto: ya sabrás porqué. ¿Tendrás valor para acompañarme, esposa querida?

— El amor que me inspiras y mi hijo me darán fuerzas. Pero ¿á donde huiremos?

— Partiendo al instante podremos llegar antes de asomar el nue-

vo dia á un valle agreste y desierto donde encontraremos una caverna. He estado allí varias veces porque es el punto de reunion de los *Hijos del Muérdago*. Permaneceremos ocultos en aquel desierto, y tomaremos al pasar por el camino algunos frutos de los huertos que hay en sus linderos. No lejos de la caverna corre un riachuelo, y durante algunos dias no nos faltará agua ni sustento. Mas adelante combinaremos nuestro plan, y tal vez los dioses se compadezcan de nosotros.

En aquel momento llegó á los oidos de Sylvest y de su esposa un grito horrible y prolongado, que nada tenia de humano pero debilitado por la distancia.

— ¿Oyes esos gritos? dijo Loysa estremeciéndose.

— ¿Los habias oido ya?

— Varias veces desde que estoy aquí esperándote. A intérvalos cesan, pero vuelven á oirse despues... Faustina está atormentando á alguna esclava.

— ¡Faustina! exclamó Sylvest acordándose de Siomara, ¿salen esos gritos del canal?

— Si, y sin embargo se decia esta noche que nuestra ama iba al circo, pero en el momento que salia de la fábrica, un liberto que venia á caballo del anfiteatro, se dirigió á escape hácia el templo por los jardines para anunciar á Faustina la muerte de Monte Líbano.

— ¡No hay duda! exclamó Sylvest. Es Siomara. La habrá trasladado á ese templo maldito. ¡Oh! ¡qué desgracia! Ven... ven, Loysa.

— ¿A donde vas? dijo la esposa de Sylvest tendiéndole los brazos al verle correr desesperado. ¿No oyes esos gritos? Faustina está allí. Acercarnos al templo... es esponernos á la muerte.

Pero Sylvest no escuchaba á Loysa. Cuanto mas se acercaba al templo, los gritos que á intérvalos lanzaba la víctima eran mas distintos... tan distintos que conoció la voz de Siomara ahogada por los cantos y el sonido de las liras, las flautas y los címbalos.

Loysa seguia aterrada á su esposo no tratando ya de contenerle, y no tardaron en llegar cerca del pórtico circular que rodeaba el templo. Un vivo resplandor salia de las ventanas al través de las cuales habia presenciado Sylvest cuatro noches antes monstruosos misterios. De pronto se oyó un grito supremo, mas espantoso que los otros, pero espirante ya que resonó en medio del silencio de la noche, y fué seguido de estas palabras pronunciadas con voz fuerte aun pero desfallecida y anhelosa por el dolor:

— ¡Sylvest... madre mia... padre mio!

— El esclavo cogió la espada entre los dientes, y quiso encaramarse por una de las columnas del pórtico, pero cuando llegara á la cornisa ¿qué haría? Lo ignoraba, porque en aquel instante estaba poseído de una pasión furiosa, la de correr en auxilio de Siomara y vengarla matando á Faustina. Loysa, cada vez mas aterrada con la exaltación de su esposo, se asió con toda su fuerza del cuello de Sylvest, y le impidió subir á la columna diciéndole en voz baja con acento desgarrador:

— Nos pierdes. ¿Te olvidas ya de tu hijo?

Sylvest hizo un esfuerzo para desprenderse de los brazos de su esposa, y sordo á sus súplicas, iba á llevar á cabo su proyecto, cuando despues de un momento de silencio fúnebre, oyó la voz de Faustina que decía:

— ¡Muerta... muerta ya! Tu misma habias predestinado, hermosa hechicera, que mi rival Siomara caeria en mi poder, y espiraria bajo mi mano con tormentos desconocidos. Se ha cumplido tu vaticinio... y eres ya un cadáver... si, un cadáver... como Monte Líbano! ¡Por Hércules! añadió aquella mujer infame lanzando una horrible carcajada. ¡Monte Líbano ha muerto... ¡viva Bibrix! ¡Evoe! ¡Evoe! Venid todos! ¡Evoe! venid... ¡Vino, cantos, flores! Mi rival ha muerto. ¡Vino, cantos, vino! Gocemos, bailemos. ¡Evoe! ¡Evoe!

Y resonaron los instrumentos, los cantos y los gritos de la orgía.

Muerta Siomara, el esclavo se resolvió á huir con Loysa, y se alejó del templo, desesperado, respirando con ansiedad y reconociendo apenas el camino al través de las sombras de la noche.

Llegaron á la pared del parque, la escalaron y se dirigieron apresuradamente hácia el valle desierto.

Yo soy *Fergan*, hijo de *Pearon*, que era hijo de Sylvest, cuyo padre se llamaba Guilhern, hijo de Joel, el brenn de la tribu de Karnak, y el último galo libre de nuestra familia.

Yo soy *Fergan*, hijo de *Pearon*, que era hijo de Sylvest, cuyo padre se llamaba Guilhern, hijo de Joel, el brenn de la tribu de Karnak, y el último galo libre de nuestra familia.

— Mi abuelo Sylvest murió á los ochenta y seis años.

— Tenia yo entonces quince. Mi nacimiento habia costado la vida á mi madre. Poco tiempo despues de su muerte, Pearon murió aplastado por la rueda de un molino.

Se han perdido dos relatos, de los varios que mi abuelo Sylvest debía legarme, y solo me trasmitió con los demás pergaminos de nuestra familia, el relato anterior sobre los acontecimientos de su vida, cuando era esclavo del noble Diávolo en la ciudad de Orange; habiéndose salvado por un prodigio de la muerte que le esperaba en el circo, acudió al jardín de Faustina, donde encontró á mi abuela Loysa, y huyó con ella despues de los últimos gritos de agonía de Siomara, atormentada por la noble dama romana.

Me acuerdo (y estos recuerdos son ya muy vagos) de que mi abuelo me contaba en mi infancia, que despues de su evasion, habia estado oculto muchos dias en la caverna de los *Hijos del Muérdago*, y despues en un desierto mas ignorado aun, sustentándose con frutos y raices, que mi abuelo iba á buscar por la noche á larga distancia en los campos cultivados.

La estacion era benigna y apacible, y los dos pobres esclavos gozaban en el desierto dias de libertad y de ventura. Pero habiendo pasado el verano y el otoño, y amenazando el invierno con sus frios y escarchas, faltaron los frutos y las raices, y se acercaba además el momento en que mi abuela iba á dar al mundo á mi padre. Sus vestidos estaban hechos girones, su salud desmejoraba por momentos, y mi abuelo se resignó á ser otra vez esclavo antes que ver morir á su esposa de miseria y de hambre, muerte que hubiera alcanzado tambien al hijo que llevaba en su seno.

Los esclavos fugitivos que prendian léjos del domicilio de su amo, ó que se negaban á declarar el nombre de su poseedor, cuando, como mi abuelo y su esposa, habian llegado á quitarse el collar en que estaba escrito el nombre de su amo, pertenecian al fisco romano y eran vendidos ó empleados como esclavos en las obras públicas.

Mi abuelo y su esposa llegaron casi moribundos de hambre y cansancio, despues de muchos dias de camino por desiertos y montes, á los arrabales de la ciudad de Marsella, preguntaron donde vivia el agente del fisco, y confesaron que se habian fugado de la casa de su amo.

Los dioses permitieron que el agente del fisco fuera humano, y que se compadeciese de mi abuelo y de su esposa, á quienes prometió que en vez de ser vendidos, quedarian como esclavos del fisco. Envió á mi abuelo á las obras que se ejecutaban entonces en Marsella, y mi abuela se quedó en la casa del agente para cuidar á sus hijos, pero aquel romano no pudo evitar á mi abuelo y á su esposa la

deshonra y el dolor de ser marcados en la frente como esclavos fugitivos, según mandaba la ley.

La suerte de mi abuelo no fué desgraciada durante muchos años, aunque le sometían á las más duras tareas. Empleado en un principio en la construcción de un acueducto, trasportaba en hombros ó unido á un carro, las piedras destinadas á la obra, y se retiraba por la noche rendido de cansancio, pero en vez de dormir en el *ergástulo* como sus compañeros de cautiverio, tenía al menos la dicha de pasar la noche al lado de su esposa y de su hijo, favor que mi abuela había alcanzado de la mujer del agente del fisco con su celo y su apacible carácter.

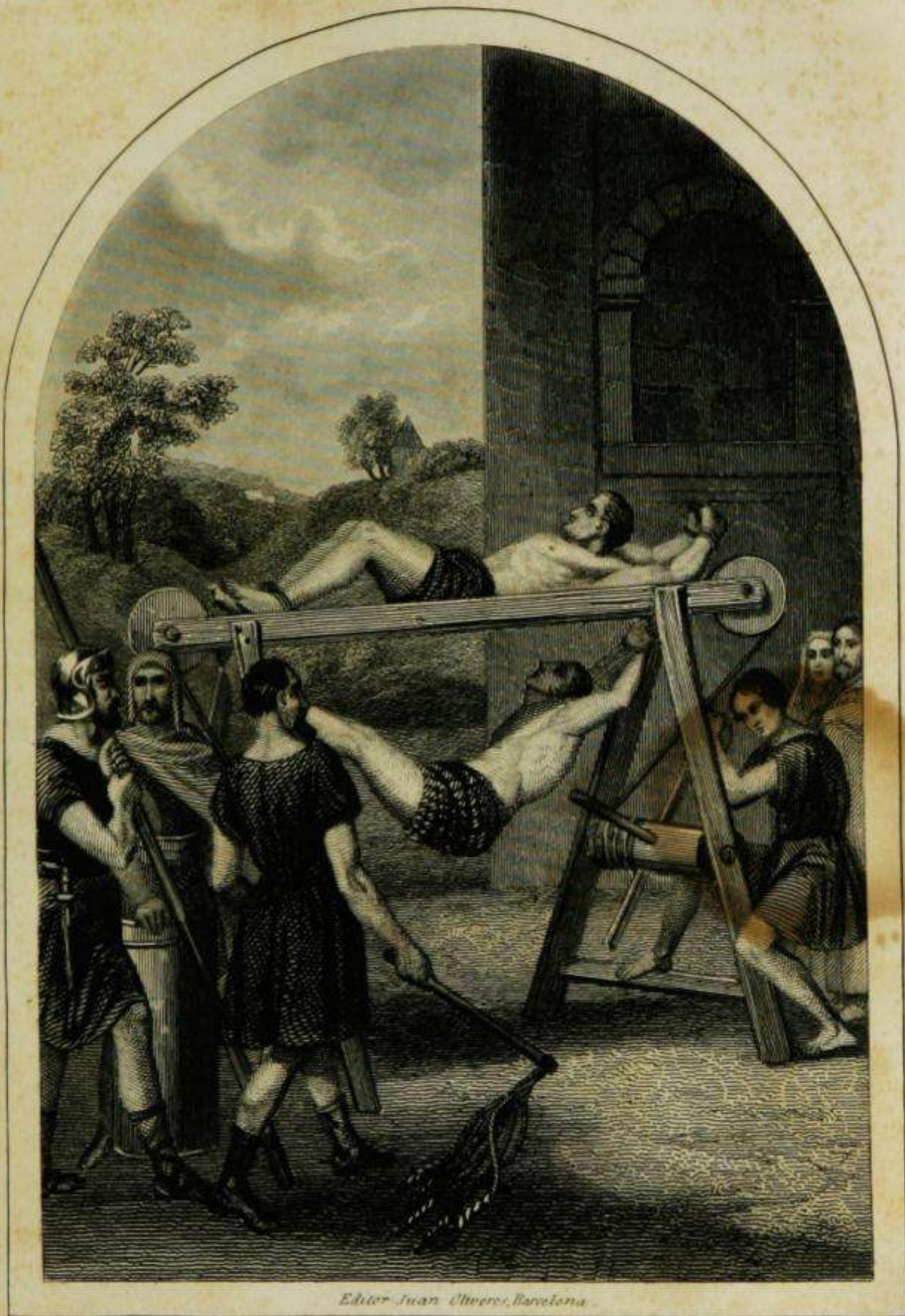
Así transcurrieron muchos años... Mi abuelo, cargado de años é incapaz de continuar llevando pesos enormes, se encargó del cultivo del huerto del romano. Mi abuela murió mucho tiempo antes que mi padre llegase á la edad de casarse, y mi madre perdió la vida al darme á luz. Tenía ocho años cuando mi padre, que continuó siendo esclavo del fisco y dedicado á la labranza, murió aplastado por la rueda de un molino de aceite. El hijo del agente había sucedido en su empleo á su padre, y por su recomendación conservó á mi abuelo á su lado como hortelano.

Después de la muerte de mi madre, otra esclava gala de la casa me dió el pecho al mismo tiempo que á su hija Genoveva, mi hermana de leche y de esclavitud. Desde la edad de doce años nos emplearon en los quehaceres de la casa, pero algunos años después, habiéndose encargado mi amo de la vigilancia de los esclavos del fisco, me hizo aprender el oficio de tejedor, para sacar de mí alguna ganancia colocándome de alquiler, y mi hermana Genoveva aprendió el oficio de lavandera.

Tenía quince años cuando mi abuelo conoció que le quedaban pocos días de vida. Ocupaba una cabaña en el huerto del amo, y algunas veces me permitían ir á verle cuando había terminado mi jornal. Una noche le hallé acostado en su cabaña, hizo un grande esfuerzo para levantarse, me mandó que cerrase con cuidado la puerta, subió sobre un banco, sacó de un escondite practicado entre dos vigas del techo un ancho cinturón de tela recia, y después sacó de aquella especie de bolsa dos largas tiras de piel curtida, semejantes á las que se usan para escribir en nuestro país. Aquellas tiras de piel, que tenían una anchura doble que la palma de la mano, estaban escritas y cosidas por los extremos. Junto á aquellos rollos se

veían una *Segur de oro*, una *Campanilla de bronce* y un pedazo de *Collar de hierro* que llevaba mi abuelo cuando se evadió del circo de la ciudad de Orange, y que con ayuda de su esposa Loysa consiguió limar por medio de arena mojada y de un puñal que se había llevado en su fuga. Leíanse en aquel collar estas palabras gravadas en el hierro: *Soy esclavo...*

—Hijo mio, me dijo mi abuelo, conozco que voy á morir, pero antes de exhalar el postrer suspiro quiero cumplir un deber sagrado. Aunque eres muy jóven, ya conoces cuanto precio tiene una promesa. Prométeme, pues, que cuando hayas leído estos relatos relativos á nuestra familia cumplirás la voluntad suprema de nuestro abuelo Joel, el brenn de la tribu de Karnak, voluntad que hallarás mencionada en estos pergaminos. Prométeme tambien, hijo mio, que guardarás religiosamente las reliquias de nuestra familia, esta *segur de oro*, esta *campanilla de bronce* y este fragmento de *collar* que he llevado durante los dias mas crueles de mi esclavitud. Hasta ahora, pobre hijo mio, solo has conocido al menos de la esclavitud el trabajo y la deshonra, y aun no creo que hayas sentido la deshonra porque tu carácter es resignado, tímido y humilde, y no hallo en tí la *altivez gala*, como dicen los romanos al hablar de nuestra raza. Eso consistirá tal vez en que eres débil y enfermizo. ¡Ah! hijo mio, las razas dejenan con la esclavitud tanto por la fuerza del carácter como por la del cuerpo. Mi abuelo Joel y mi padre Guilhern tenían mas de seis piés romanos de estatura, y pocos hombres podían vencerles en la lucha. Tu pobre padre, perseguido por la miseria de nuestra vida errante y fugitiva desde las entrañas de su madre, había degenerado ya del antiguo vigor de nuestra raza, y tú eres mas débil que tu padre. Los hábitos sedentarios de tu estado de tejedor y el escaso alimento concedido á los esclavos acrecientan tu debilidad corporal. ¡El cielo permita que recobres la energía de tu raza cuando llegue la hora de la libertad y de la justicia, si llega ¡ay! durante tu vida! Sabrás al menos por estos escritos los males que padecieron tus antepasados, y tal vez al leerlos compararás tu situacion actual con la suya, y te convencerás de que tu humilde resignacion es cuando menos para tí un bálsamo de consuelo y que has alcanzado una época mas feliz y tranquila. Habia unido á estos relatos el de mi evasion con mi esposa Loysa, de cuyo suceso te he hablado varias veces; habia descrito en él los dulces goces de los únicos dias de libertad que he alcanzado durante mi larga vida de esclavitud, y con-



Editor Juan Olivero, Barcelona.

El suplicio del banco.



taba el encuentro con uno de nuestros animosos y venerados druidas, esclavo como yo y mis compañeros, durante la construcción del acueducto de Marsella, pero los dos relatos se han extraviado, y solo ha quedado el más importante que es el que te entrego. Júrame, hijo mío, que conservarás religiosamente este depósito. Si crees que no podrás ocultarlo con seguridad en alguna parte, llévalo contigo dentro de este cinturón y debajo del vestido como lo llevé yo mucho tiempo. Adios, hijo mío; sé fiel a los dioses, y no abrigues más que una esperanza, un objeto, el hacerte digno con tus virtudes de la protección del que nos guía en este mundo y en otra existencia más pura y perfecta.

Hice a mi abuelo la promesa que me exigía, siguiendo sus consejos, me puse el cinturón debajo de mi vestido, y me separé de su lado después de darle el último abrazo.

No debía volver a verle más... Espiró el día siguiente.

Tenia entonces quince años.

Genoveva, mi hermana de leche, que llegó a ser mi esposa algunos años después, estaba alquilada como lavandera en casa de un romano de Marsella llamado Gremion, pariente del primer amo de mi abuelo, y uno de los agentes del fisco.

La dominación de los romanos se extendía de un confín a otro del mundo, y la Judea estaba gobernada por un prefecto de Roma, como dependencia de la provincia de Siria.

Varias naves de Marsella partían de este puerto para el país de los israelitas... Gramion, pariente del procurador romano en Judea, llamado Poncio Pilato, fue designado para reemplazar en aquel país al *Tribuno del tesoro* encargado de activar la recaudación de los impuestos.

Aurelia, esposa de Gremion, había alquilado a mi hermana Genoveva como esclava lavandera, y quedó tan satisfecha de su celo y su apacible carácter, que quiso que la acompañase durante su largo viaje al país de los israelitas y rogó a su marido que comprase a Genoveva.

Los dioses nos fueron propicios, porque Aurelia era una de esas damas romanas que trataban con dulzura a sus esclavos. Esta idea me consoló en nuestra separación. Había llegado a distinguirme en mi oficio de tejedor, y producía excelentes beneficios al fisco que me alquilaba a varios años.

Mi vida era como la de todos los esclavos artesanos, y confieso

además que mi abuelo me habia juzgado con acierto , porque no habia heredado la altivez de nuestra antigua raza gala ni su hosca impaciencia en la esclavitud. El yugo me pesaba como á todos , pero (perdónenme mis antepasados y mis descendientes si llego á tener un hijo) jamás me hubiera atrevido á tratar de romper mis cadenas por medio de la violencia , ó á salvarme con la fuga de la esclavitud; mi carácter ha sido siempre tan débil como mi cuerpo , y cuando leo á veces los terribles combates de los guerreros de mi raza y los espantosos peligros que arrojó mi abuelo , me estremezco de terror , y yo mismo me hago el juramento de no esponerme jamás , al menos voluntariamente , á peligros semejantes , y de trabajar lo mejor que pueda para dar contento á mis amos. A mi resignacion he debido el no ser tan maltratado como mis compañeros , aunque mas de una vez me han castigado como á ellos con el látigo , á pesar de mi humildad y mi afan de contentar á todos ; pero los amos tienen caprichos y momentos de mal humor , y si me revelase contra su injusticia , seria peor mi suerte. Llevaba , pues , con paciencia la mia y me contentaba con frotarme los hombros cuando el látigo me dejaba escozor. No obstante el ejemplo de mi abuelo y las instancias de algunos de mis compañeros que me creian de grande energia como descendiente de la raza de Joel , el brenn de la tribu de Karnak , nunca quise formar parte de las reuniones secretas de los *Hijos del muérdago* que se habian perpetuado en la Galia. El suplicio de los esclavos crucificados por rebelion me inspiraba tal espanto , que me estremecia al pensar cual hubiera sido mi muerte á haber cedido á las seducciones de mis compañeros.

Por otra parte , tales empresas me parecian locuras. En efecto , á principio del reinado de Tiberio , sucesor de Augusto , las sociedades secretas de los *Hijos del muérdago* y otros conjurados galos , despues de haber esperado muchos años el momento oportuno de dar el grito de guerra , se decidieron por consejo de los druidas á intentar un levantamiento general.

SACROVIR , galo del Nivernais , fué el alma de la insurreccion recorriendo los conciliábulos secretos , enviando emisarios de acuerdo con los druidas é incitando á la misma Italia que sufría con impaciencia el yugo de Tiberio. Creyó que habia llegado el momento de libertar á los galos , y formó una inmensa conjuracion , de la cual fué el gefe , pero á pesar de aconsejar que se procediese con circunspeccion y se esperase que todas las ciudades conjuradas estuvie-

sen dispuestas, los galos de Anjou y de Turena se insurreccionaron demasiado pronto, y no habiendo sido secundado el primer movimiento, los romanos lo contuvieron facilmente. Los galos aliados de Roma se reunieron con el ejército imperial para castigar la ingratitude de los rebeldes que tenian la audacia de sublevarse contra el augusto emperador Tiberio, el protector de los galos. Sacrovir peleó al frente de los esclavos sin casco y con el pecho descubierto, pero sus partidarios se dispersaron, y arrastrado en la fuga, se refugió en Autun. Los magistrados y el pueblo de esta ciudad, desesperados y temiendo la venganza de los romanos, amenazaron á Sacrovir con que lo entregarían á las tropas de Tiberio, y entonces se rindió con varios amigos suyos en su casa de campo que estaba en las cercanías de la ciudad. Pero antes prendieron fuego al edificio, y subiendo al terrado que le servia de techo, se sentaron á una mesa y bebieron la última copa por la independencia de la Galia. Cuando el incendio empezó á invadir el terrado donde bebían Sacrovir y sus amigos, se mataron á puñaladas y se arrojaron en las llamas ofreciendo como nuestros antepasados su sangre en holocausto á Heso (1).

Como galo deploro la muerte de aquellos valientes, pero pienso en mi desaliento, que nuestro país no recobrará jamás su independencia, habiendo sacrificado su sangre generosa tantos héroes desde el *gefe de los cien valles*.

Mi esposa Genoveva es una guerrera si se compara conmigo, y digna por su valor y su virtud de pertenecer á nuestra familia, que cuenta entre sus antecesoras á HENA, la vírgen de la isla de Sen, á MEROE, la esposa del marino, y á MARGARID, la matrona gala. Genoveva ha leído los pergaminos que me legó mi abuelo, y le ha entusiasmado hasta tal punto la historia de mis antepasados, que me reprende con frecuencia mi desaliento, y esclama:

— ¡Ah! si fuera hombre y descendiera del brenn de la tribu de Karnak, de esa raza fecunda en valientes, al primer grito de independencia volaría á derramar mi sangre.

— Prefiero vivir tranquilamente á tu lado, Genoveva, la respondo, y sufrir con paciencia los males que no puedo impedir trabajando en beneficio de mi amo.

Mi esposa partió de Marsella con Aurelia, en el año décimoquinto del reinado de Tiberio, y llegó á Judea donde vió á Jesus, el liber-

(1) Véanse los *Anales de Tácito*, y la *Historia de los galos* de M. Amadeo Thierry, tomo III, p. 28.

tador del mundo, el consuelo de los afligidos, el que murió en una cruz para redimir á los hombres. ¡Dios quiera que su sangre divina sea el bálsamo de consuelo que cure los males de los desgraciados en la tierra!

Cuarenta años han trascurrido desde que murió mi esposa dejándome un hijo, mi querido Judicael, que fué como yo esclavo tejedor.

¡Pobre hijo mio! Eres mas débil y tímido que yo. ¡Qué razon tenia mi abuelo Sylvest diciendo que nuestra raza degeneraba de descendencia en descendencia! No te legaré como mis valientes antepasados la historia de heróicos acontecimientos. Ya sabes cual ha sido mi vida y cual será aunque viva cien años. Todos los dias me levanto al amanecer para sentarme en el telar, y me retiro por la noche, interrumpiendo mi trabajo monotonó tan solo para comer, y me castigan algunas veces por capricho ó mal humor de mis amos.

Tal ha sido mi condicion desde mi niñez, y tal será sin duda la tuya, pobre hijo mio...

¡Ah! Somos galos degenerados que ningun recuerdo glorioso legaremos á la posteridad. Te encargo las reliquias de nuestra familia, añadiendo una *cruz de plata* que trajo tu madre de Judea. La pobre Genoveva habia abrazado la nueva fe predicada por Jesucristo, y besaba la imágen del instrumento del suplicio del Salvador del mundo con una piedad que me enternecia. ¡Quiera el cielo que principie la era de paz que anunció el Mesías en Judea!

Yo, Gomer, hijo de Judicael, tenia diez y siete años cuando murió mi padre hace cincuenta años.

Como lo habia vaticinado mi padre, mi vida de esclavo ha sido como la suya, monotoná y triste.

Me ruborizo de vergüenza al pensar que ni yo, ni tú sin duda, hijo mio, hayamos legado ningun acontecimiento importante á nuestros descendientes.

Te entrego, pues, Mederik, estas reliquias y estos relatos de nuestra familia, para que, cumpliendo la promesa que hice á mi padre, y exijo de tí, los conserves y los trasmitas á nuestra descendencia.

LA ALONDRA DEL CASCO

VICTORIA, LA MADRE DE LOS CAMPAMENTOS.

(AÑO 130 A 395 DE JESUCRISTO.)

CAPÍTULO PRIMERO.

Justino, *Orel* y *Ralf*, descendientes del brenn de la tribu de Karnak.—*Scanvoch*, soldado libre.—*Vindex*, *Civilis* y *Marik*, héroes de la Galia independiente.—*Velleda*.—*Victoria*, la madre de los campamentos, hermana de leche de *Scanvoch*.—*Scanvoch* lleva un mensaje al campamento de los francos.—La leyenda de *Hena*, la virgen de la isla de Sen.—Los *desolladores*.—Como tratan los francos a los prisioneros galos.—La caldera infernal.—*Victoria*.—*Tetrik*.—La taberna de la isla del Rhin.—Las bailarinas húngaras.—*Scanvoch* llega al campamento de los francos.

Yo, *Scanvoch*, descendiente de Joel, el brenn de la tribu de Karnak, libre por el valor de mi padre *Ralf* y las guerras de independencia suscitadas de siglo en siglo, escribo doscientos sesenta y cuatro años despues del viaje á Judea de Genoveva, la esposa de Fergan, y ciento treinta y cuatro despues que *Gomer*, hijo de *Judicael*, y nieto de Fergan, decia á su hijo *Mederik*, que no tenia que añadir á la historia de nuestra familia mas que el monotonó relato de su vida de esclavo.

Tampoco mi abuelo *Mederik* añadió nada á nuestra leyenda, y su hijo *Justino*, hizo que una mano estraña escribiese estas palabras en los pergaminos de la familia:

«Mi padre *Mederik*, murió esclavo combatiendo como *hijo del Muérdago*, por la libertad de la Galia. Yo, su hijo *Justino*, colono del fisco, pero no esclavo, he hecho consignar esto en los pergaminos de nuestra familia, que trasmitiré fielmente á mi hijo *Orel*, así como la *segur de oro*, la *campanilla de bronce*, el *pez dazo de collar de hierro* y la *cruz de plata*.»

Orel, hijo de *Justino*, colono como su padre, tampoco sabia escribir, y una mano estraña trazó en nuestra leyenda las siguientes palabras:

«*Ralf*, hijo de *Orel*, colono, ha combatido por la independencia

«de su país, y habiendo recobrado enteramente la libertad tras la guerra santa predicada por nuestros druidas venerados, se ha visto también obligado á suplicar á una mano amiga que escribiese estas palabras en nuestros pergaminos, para recordar la muerte de su padre Orel. Mi hijo Scanvoch, mas dichoso que yo, podrá escribir en nuestros relatos de familia, sin recurrir á una mano extraña, la fecha de mi muerte..»

Yo, Scanvoch, hijo de Orel, he borrado de nuestra leyenda y he vuelto á escribir las líneas anteriores, trazadas por una mano extraña, que mencionaban la muerte y los nombres de nuestros antepasados Justino, Orel y Ralf.

Mi padre me legó las reliquias de nuestra familia, y te las lego á tí, *Aelguen*, hijo de mi querida esposa *Ellen*, que te dió á luz hace cuatro años.

Elijo este hermoso dia, que es el aniversario de tu nacimiento, como dia de fausto augurio, para principiar para tí y para nuestra descendencia el relato de mi vida, para cumplir la postrera voluntad de nuestro abuelo Joel, el brenn de la tribu de Karnak.

Te entristecerás, hijo mio, cuando veas por estos relatos que, desde la muerte de Joel hasta la de mi visabuelo Justino, siete generaciones han estado sometidas á una horrible esclavitud, pero tu corazon se henchirá de placer cuando sepas que mi visabuelo y mi abuelo pasaron de esclavos á colonos, condicion servil aun pero superior á la servidumbre. Mi padre conquistó la libertad tras las guerras de los *Hijos del Muérdago*, y me ha legado el bien mas precioso del hombre.

Nuestra querida patria ha recobrado su independencia á precio de la sangre de sus hijos, y aunque un frágil lazo nos une aun á Roma, que es hoy nuestra aliada, despues de haber sido nuestra cruel dominadora, fermamos una nacion como en los siglos de nuestra gloria.

Antes de referirte ciertas circunstancias de mi vida, debo suplir en algunas líneas el vacio que deja en nuestra historia el descuido de algunos de nuestros antepasados, que, por falta de instruccion ó por lo calamitoso de los tiempos, no pudieron añadir el relato de su vida á nuestra leyenda.

Leerás en las últimas líneas escritas por Fergan, esposo de Geneveva, que á pesar de los juramentos de los *Hijos del Muérdago*, y de las numerosas conjuraciones, de una de las cuales fué gefe Sacro

vir, el digno émulo del *gefe de los cien valles*, continuaba en su tiempo la tiranía impuesta por César á la Galia. Estallaron despues varias insurrecciones reinando los emperadores Tiberio y Claudio, y se repitieron con doble energía durante las guerras civiles que dividieron la Italia bajo el reinado de Neron. VINDEX, uno de nuestros héroes, tan intrépido como el *gefe de los cien valles* ó *Sacrovir*, combatió con buen éxito en aquella época con los ejércitos romanos.—CIVILIS, otro patriota galo, apoyándose en las profecías de VELLEDA, una de nuestras sacerdotisas, mujer varonil y de elevados consejos, digna del valor y de la sabiduría de nuestras antecesoras, sublevó casi toda la Galia, y dió un golpe de muerte al poderio de Roma. Finalmente, un pobre esclavo labrador llamado MARIK, llevó á cabo en el reinado de Vitelio la empresa inaugurada por el *gefe de los cien valles*, y continuada con patriótico ardor por *Sacrovir*, *Vindex*, *Civilis* y otros tantos héroes. Marik tenia veinte y cinco años, era robusto, inteligente, de heróica bravura, y pertenecía á la confederacion de los *Hijos del Muérdago*; dió el grito de guerra al frente de diez mil esclavos, campesinos como él y armados de hoces, y atacó debajo de las murallas de Lion las tropas romanas de Vitelio. Su primera tentativa abortó; el ejército romano, que era tres veces superior en número al de los insurgentes, los derrotó; pero esta derrota exaltó á los pueblos galos, y provincias enteras se alzaron á la voz de los druidas. Los combatientes parecian salir de debajo de tierra, y MARIK se halló otra vez al frente de un numeroso ejército. Dotado por los dioses del genio militar, disciplina las tropas, las alienta, las inspira una ciega confianza, marcha á las orillas del Rbin, donde estaba acampada y defendida por sus atrinchamientos la reserva del ejército romano, la ataca, la vence, y obliga á legiones enteras, á las cuales hace prisioneras, á que truequen sus águilas por nuestro antiguo gallo. Aquellas legiones romanas, que eran casi compatriotas nuestras por su larga permanencia en nuestro país, se unieron á MARIK, deslumbradas por el ascendiente militar del héroe galo, combaten las nuevas legiones romanas que acuden de Italia y las dispersan y aniquilan. Iba á brillar por fin el dia de la independencia de la Galia, pero Marik sucumbe por una cobarde traicion imperando Vespasiano, y el nuevo héroe de la Galia, acribillado de heridas, es entregado á las fieras del circo, como nuestro antecesor Sylvest.

Su muerte exaltó á los galos; se aumenta el ódio á la opresion es-

trangeras , y los romanos capitulan al verse atacados en la Galia por todas partes , y hostigados allende el Rhin por innumerables hordas de francos , guerreros bárbaros que salian de los bosques del Norte, anhelosos de conquistar los paises meridionales.

Roma nos devuelve una parte de nuestra independendencia , formamos legiones galas y nuestras provincias son administradas por gobernadores de nuestra eleccion. El emperador se reserva tan solo el derecho de nombrar un *principado* de las Galias.

En el momento que escribo estas líneas tengo treinta y ocho años. Mi padre Ralf, primer soldado de una de nuestras legiones galas, donde se alistó á los diez y ocho años en el mediodía de la Galia , vino á este pais , cerca de las orillas del Rhin , con el ejército , y se ha encontrado en todas las batallas contra las hordas bárbaras de los francos que estan acampados en la opuesta orilla.

Hace cerca de cuarenta años que se temia un desembarco de los insulares de Inglaterra , y fueron enviados á aquel pais varias legiones entre las cuales se hallaba la de mi padre. Estuvo de guarnicion durante algunos meses en la ciudad de Vannes , cerca de las piedras de Karnak , cuna de nuestra familia. Ralf , que habia leído la historia de nuestros antepasados, fué á visitar con piadoso respeto el campo de batalla de Vannes , las piedras de Karnak y las tierras que perdimos en la época de la conquista de César. Aquellas posesiones pertenecian á una familia romana , y las esplotaban unos colonos hijos de galos bretones de nuestra antigua tribu. La hija de uno de estos colonos amó á mi padre : se llamaba Magdalena , y era una de aquellas varoniles y altivas galas que recordaban á Margarid , la esposa de Joel. Siguió á mi padre cuando su legion partió de Bretaña para regresar á las orillas del Rhin , donde nació en el campo fortificado de Maguncia , ciudad militar ocupada por nuestras tropas. El gefe de la legion en que servia mi padre era hijo de un labrador , y habia llegado por su valor á tan elevado cargo. El dia que siguió á mi nacimiento , la esposa de este gefe murió al dar á luz una niña , que tal vez reinará algun dia sobre el mundo entero asi como reina actualmente en la Galia , porque en el momento que escribo este relato VICTORIA es de hecho la emperatriz de las Galias por la justa influencia que ejerce en su hijo VICTORINO y en nuestro ejército.

Victoria es mi hermana de leche. Su padre , que apreciaba las virtudes varoniles de mi madre , le suplicó que diese el pecho á Victoria , de modo que nos hemos criado como hermanos ; y nunca he-

mos dejado de amarnos. Victoria demostró desde sus primeros años un carácter apacible y grave, aunque le gustaba el estruendo de los instrumentos bélicos y el aparato de los ejércitos, y estaba destinada á tener esa augusta hermosura en que compiten la calma, la gracia y la fuerza y es peculiar á ciertas mujeres de la Galia. Verás medallas acuñadas en honor suyo en su primera juventud, en que está representada como *Diana cazadora* con un arco en una mano y en la otra una antorcha. En la última medalla, acuñada dos años ha, Victoria está retratada, con su hijo Victorino, bajo las facciones de *Minerva* acompañada de *Marte* (1). Su padre la envió á la edad de diez años á un colegio de druidas que educaban como en los pasados siglos á la infancia.

Victoria vivió con las sacerdotisas de Heso hasta los quince años, y las patrióticas y severas lecciones que recibió en el colegio le inspiraron un amor ardiente á la patria. Aprendió al mismo tiempo los secretos de los tiempos antiguos, y poseía como Velleda y otras sacerdotisas el arte de prever lo futuro. La hermosura de Victoria era incomparable en aquella época, y cuando volvió á verme, demostró tal alegría que pude convencerme de que su cariño hacía mi, en vez de entibiarse, se habia aumentado durante nuestra larga separacion.

Hijo mio, voy á hacerte una confesion, porque no leerás este relato hasta que los años te hayan dado reflexion suficiente, y encontrarás en él un ejemplo de valor y abnegacion.

Cuando regresó Victoria con su radiante hermosura de quince años, apesar de mi corta edad, me enamoré de ella locamente, pero

(1) Elkhel. D. N. VII, 450. Mionet, 11, 74, 75. C. F. Bruquigny, *Acad. inscrip.* XXXII. Ap. A. Thierry *Historia de la Galia bajo la dominacion romana*, t. II, p. 378.

«Victoria, aunque jóven, se distinguia por su hermosura varonil: sus medallas la representan armada y cubierta de un casco con facciones marcadas y regulares, y advirtiéndose en su fisonomia, idealizada sin duda, esa mezcla de fuerza tranquila y de magestad que constituye en las estatuas antiguas el atributo de Minerva.» (A. Thierry, *Hist. de la Galia*, t. II, p. 377.)

«Victoria unia á la autoridad de una alma firme y viril, un vasto talento capaz de las resoluciones mas elevadas, y cuyas inspiraciones fueron recibidas como oráculos. Su ascendiente en el ejército fué á las veces tan grande y absoluto que no podria esplicarse sino se supusiera alguna cosa extraordinaria y maravillosa... Las naciones galas pensaron tal vez haber hallado una de aquellas mujeres divinas á quienes habian obedecido sus antepasados en otros siglos y que leian en lo porvenir.» (Trebellius Pollion, *Trig. Tyr.* 20, ap. A. H., p. 375 E. II.) Los soldados proclamaron solemnemente á VICTORIA LA MADRE DE LOS CAMPAMENTOS, *postea mater castrorum appellata est.* (Treb. Poll. *Id. Trig. Tyr.*, 186, 187, 200.)

oculté tímidamente mi amor, tanto por desconfianza como por el respeto que me inspiraba. Sin embargo, todos los días me daba pruebas evidentes de cariño fraternal. Sufrí entonces una prueba muy cruel. Aquella hermosa jóven que traía del colegio de las sacerdotisas un no sé que de imponente, pensativo y misterioso, ignorando mi amor (que debe ignorar eternamente), dió su mano á un gefe militar. Mi secreta desesperacion me causó una lenta enfermedad que me puso á las puertas de la muerte, y Victoria no se separó de la cabecera de mi lecho mientras estuve de peligro, cuidándome con el solícito esmero que hubiera desplegado la mas cariñosa hermana. Llegó á ser madre, y nunca cesó de acompañar en la guerra á su esposo á quien idolatraba. Había llegado á costa de dolorosos esfuerzos y secretas luchas á vencer, sino mi amor, al menos la violencia y la locura de mi pasion, pero conservé hácia mi hermana de leche una adhesion ilimitada, y habiéndome pedido que permaneciese al lado de su esposo, como uno de esos guerreros que sirven por lo comun de escolta á los gefes galos y escriben ó transmiten sus órdenes militares, acepté gustoso. Había cumplido mi hermana diez y seis años cuando perdió á su padre y á su marido en una sangrienta batalla contra los francos, y Victoria no abandonó el campamento cuando se quedó viuda con su hijo, porque preveía tal vez el glorioso destino que se realizó mas adelante. Acostumbrados los soldados á verla en medio de ellos con su hijo en los brazos y entre su padre y su esposo, sabian que en mas de una ocasion habia prevalecido su parecer en los consejos de los gefes, y considerando como un feliz augurio para las armas galas la presencia de aquella jóven heroína, le suplicaron despues de la muerte de su esposo y de su padre que no abandonase el ejército, y le declararon con sencillo afecto que su hijo Victorino y ella serian en lo sucesivo el *hijo y la madre de los campamentos*. Enternecida Victoria ante una adhesion tan sincera, se quedó en medio de las tropas, conservando su influencia en los gefes, dirigiéndoles en el gobierno de la Galia, ocupándose en la educacion de su hijo y viviendo con tanta sencillez como la esposa de un guerrero.

Mi hermana de leche me declaró poco tiempo despues de la muerte de su esposo que no volveria á casarse y que queria dedicar enteramente su vida á Victorino. Desvaneciósese la última y loca esperanza que á mi pesar habia conservado al verla viuda y libre, pero recobré la razon con la edad, y olvidando mi desgraciado amor, no pensé

mas que en sacrificarme por Victoria y por su hijo. No era mas que soldado en el ejército, pero servia de secretario á mi hermana de leche que me confiaba con frecuencia importantes secretos de estado y me encargaba mensajes de confianza.

Enseñé á Victorino á montar á caballo y á manejar la lanza y la espada, y no tardé en amarle como á un hijo. Era imposible formar un caracter mas amable y mas guerrero que el suyo, y así creció en edad en medio de los soldados con los cuales le unieron los mil lazos del hábito y del cariño. A los catorce años peleó por vez primera con los francos que habian llegado á ser para la Galia enemigos mas peligrosos que los romanos. Le acompañé en la batalla, y su madre se quedó á caballo, como verdadera gala, rodeada de oficiales, en una colina desde donde se descubria el campo de batalla. Su hijo peleó como un valiente y salió herido. Acostumbrado de este modo á la vida de guerra, desenvolvióse en él un superior talento militar; intrépido como el mas valiente de sus soldados, habil y prudente como un capitan veterano, generoso en cuanto se lo permitia su riqueza, alegre, despejado, franco y amable con todos, se grangeó cada vez mas el efecto del ejército que no tardó en adorarle tanto como á su madre (1). Llegó por fin el dia en que la Galia, casi independiente ya, quiso partir con Roma el gobierno de nuestro pais, y el poder se dividió entonces entre un gefe galo y otro romano: el emperador eligió á *Póstumo* y nuestras tropas aclamaron unánimemente á Victorino como gefe de la Galia y general del ejército. Poco tiempo des-

«(1) Victorino, el hijo adoptivo de los campamentos, creció en medio de las armas, á la vista de su madre Victoria, que no se habia separado de él, y que no tenia otra residencia que las guarniciones donde vivia su hijo. Fuera imposible explicar de otro modo las relaciones de aquella mujer con los ejércitos; su presencia continua en los campamentos y el respeto inspirado por su adhesion maternal, habian formado entre ella y los soldados una de esas simpatias, uno de esos lazos fuertes y duraderos de que presentan asombrosos ejemplos los anales militares de todos los pueblos.» (A. Thierry, *Hist. de la Galia*, t. II, p. 374.)

«Victorino debió á su educacion particular un desarrollo fisico y moral estuordinario. Los elogios que hace de él un historiador contemporáneo (Trabellius Pollion) son tan magníficos, que aun descartando toda la parte que puede atribuirse á la exageracion, Victorino era un varon eminentísimo. Pero, segun añade el mismo historiador que le juzga tan favorablemente, un feo vicio contrarestaba en Victorino tan raras cualidades: habia adquirido en la licencia de la vida militar hábitos de libertinage y de grosera galanteria que suscitaron al fin contra él el odio del ejército y le condujeron á su pérdida (Treb. Poll. Trig. Tyr., 187, ap. A. Th.)

La última época del reinado de Victorino presenta las huellas cada vez mas marcadas de la influencia política de su madre (ld.)

pues se casó con una jóven que le amaba , pero que desgraciadamente murió despues del primer año de matrimonio dejándole un hijo. Victoria se dedicó á la educacion de su nieto con tanta solicitud y cariño como habia prodigado á su hijo.

Estaba resuelto á no casarme , pero me sedujeron las virtudes y la modesta gracia de la hija de un centurion de nuestro ejército : era Ellen, con quien me casé hace cinco años , hijo mio.

Tal ha sido mi vida hasta hoy en que doy principio á este relato. Ciertas reflexiones me han inducido á escribirlo tanto para tí como para nuestra descendencia , porque si se realizan las previsiones de mi hermana de leche relativamente á los diversos acontecimientos de esta historia, los descendientes que la lean en los futuros siglos reconocerán que Victoria, *la madre de los campamentos*, tenia el don sagrado de prever el porvenir como *Hena*, la vírgen de la isla de Sen , y la sacerdotisa *Velleda*, compañera de *Civilis*.

Lo que voy á contar acaeciÓ ocho días ha , y escribo en la ciudad de Maguncia , defendida por nuestro campo fortificado de las orillas del Rhin, el dia cinco del mes de junio, como dicen los romanos, en el año séptimo del *principado* de Póstumo y de Victorino en la Galia y doscientos sesenta y siete años despues de la muerte de Jesus de Nazaret.

El campamento galo, compuesto de tiendas y chozas ligeras pero sólidas , se estendia en torno de Maguncia , sobre un collado. Victoria vivia en la ciudad , y yo ocupaba una casa inmediata á la suya.

El dia cinco de junio me desperté al amanecer dejando á mi querida Ellen sumida en profundo sueño ; la contemplé un instante: sus largos cabellos destrenzados cubrian en parte su seno; su cabeza, de una hermosura cándida y modesta, descansaba sobre uno de sus brazos doblados, en tanto que tendia el otro hácia tu cuna, hijo mio, como para protegerte aun durante mi sueño. Estampé un beso en vuestras frentes con cuidado temiendo despertaros , y tuve que hacer un esfuerzo para no estrecharos tiernamente en mis brazos, porque partia á una expedicion arriesgada y era muy probable que el beso que acababa de daros en medio de vuestro sueño fuese el postrero. Salí del aposento , me armé con la coraza , el casco y la espada y partí. En el umbral de mi casa encontré á *Leda* la hermana de mi esposa, que era como ella tan hermosa como modesta , y llevaba en el delantal flores mojadas en rocío y que acababa de coger en nuestro jardin.

Al verme se sonrió y se ruborizó de sorpresa.

— ¿Ya estás levantada, Leda? le dije. Creía que yo había sido el primero. ¿Para qué has cogido esas flores?

— ¿No hace hoy un año que vine á vivir con mi hermana Ellen y con vos, olvidadizo Scanvoch? me respondió con una sonrisa afectuosa. Voy á celebrar este día, según la antigua costumbre gala, y he salido á coger flores para adornar la puerta de la casa, la cuna de vuestro hijo Aelguen, y la cabeza de su madre. Pero ¿cómo es que sales tan temprano armado de ese modo?

Al pensar en aquel día de fiesta, que podía ser de luto para mi familia, ahogué un suspiro, y respondí á la hermana de mi esposa sonriendo también, para no despertar la menor sospecha:

— Victoria y su hijo me encargaron ayer que partiese á llevar algunas órdenes militares al jefe de un departamento acampado á dos leguas de la ciudad, y es costumbre estar armado para dar tales mensajes.

— ¿Sabes, Scanvoch, que envidiarán muchos tu suerte en el ejército?

— ¿Acaso porque mi hermana de leche emplea mi espada en la guerra y mi pluma en la tregua?

— ¿Y olvidas que esa hermana de leche es la *gran Victoria*, que su hijo Victorino te respeta como á un hermano de su madre, y que no pasa un día sin que vengan á verte él ó Victoria? Esos son favores que envidian muchos.

— ¿Qué partido saqué jamás de tal privanza, Leda? ¿no soy aun un simple soldado? ¿no he rehusado siempre el cargo de oficial, pidiendo por único favor el combatir al lado de Victoria?

— A quien has salvado dos veces la vida en el momento que iba á sucumbir bajo los aceros de los bárbaros francos.

— Cumplia con mi deber de soldado y de galo; ¿no debo sacrificar la vida por la de un hombre tan necesario á nuestro país?

— Scanvoch, no deseo que riñamos. Sabes cuanta admiración me inspira Victoria, pero...

— Ya sé con cuanta injusticia juzgas á su hijo, le dije sonriendo, inícuo y severa Leda.

— ¿Tengo la culpa de que juzgue despreciable y vergonzoso el desarreglo de las costumbres?

— Tienes razón; sin embargo, no puedo menos de mirar con algo de indulgencia las flaquezas de Victorino. Considera que habiendo quedado viudo á los veinte años, es forzoso excusarle si se deja

arrastrar á veces por el ardor de su juventud. ¿No merece tu perdón?

—Nada es tan digno de perdón como el amor cuando es sincero, pero el libertinaje no es esa santa y noble pasión. Lo mismo fuera que dijeras, Scanvoch, que puede existir comparación entre mi hermana y yo, y esas bailarinas húngaras recién llegadas á Maguncia...

—Podría compararlas con vosotras por la hermosura, porque cuentan que son bellísimas. Pero no pasa adelante mi comparación, Leda... Tengo poca confianza en la virtud de esas aventureras por encantadoras que sean, que van de ciudad en ciudad cantando y bailando para divertir al público... cuando no hacen otro oficio más deshonesto.

—Y sin embargo, no vacilo en decir que el día menos pensado veremos á Victorino, al general del ejército, á uno de los gefes de la Galia, acompañar á caballo el carro en que esas aventureras van á pasearse todas las noches por las orillas del Rhin. Y si llego á indignarme porque el hijo de Victoria haya servido de escolta á tan viles mujeres, no dudo que me responderás entonces que le perdones en gracia de su amor. ¿Sabes, Scanvoch, que el hombre que se complace en indignos amores es capaz de...

—No prosigas, Leda, le dije; te lo suplico, no prosigas.

—Aun no ha llegado ese día, añadió Leda, después de un momento de reflexión, y no quisiera lanzar una acusación prematura.

—Estoy seguro, dije sonriendo, de que das crédito á uno de esos cuentos ridículos que circulan hace algún tiempo en el ejército, respecto de Victorino, sin que se sepa el origen de tan absurdas denuncias. ¿Es posible que tú, bondadosa Leda, te hagas eco de tan necios cuentos?

—Adios, Scanvoch, ya te he dicho que no deseaba disputar por causa de tu héroe, á quien defiendes contra todos...

—¿Qué he de hacer? Es mi flaco; amo á su madre como á una hermana, y á su hijo como si lo fuera mío. ¿No haces tú lo mismo que yo? ¿No amas á mi Aelguen como si fuera hijo tuyo? Creeme, Leda; cuando mi hijo tenga veinte años y oigas que le acusan de alguna locura juvenil, estoy seguro de que le defenderás con más entusiasmo que defendiendo yo á Victorino. Por otra parte, ¿no empiezas ya á desempeñar el papel de defensora? Si, cuando el picaresco comete alguna falta ¿no acude á su tía Leda para suplicarla

que le alcance el perdon? ; Le quieres tanto!

— El hijo de mi hermana, ¿ no lo es tambien mio?

— ¿ Y por eso no quieres casarte?

— Por eso, hermano mio, respondió Leda, ruborizándose con cierta turbacion. Y despues de un momento de silencio, añadió:

— Confio que estarás de vuelta al mediodia, para que nuestra fiesta sea completa.

— Volveré luego que haya cumplido con mi deber. ¡ Adios, Leda!

— ¡ Adios, Scanvoch!

Y me alejé reflexionando sobre nuestra conversacion, y dejando á la hermana de mi esposa ocupada en poner un ramo de flores en uno de los anillos de la puerta de nuestra casa.

Mas de una vez me he preguntado porque Leda, que tenia un año mas de edad que Ellen, y era tan hermosa y amable como ella, habia rechazado hasta entonces las varias ofertas de matrimonio que se le hacian; y aunque á veces suponía que sentia algun amor oculto, sospechaba otras veces que pertenecía á una de esas afiliaciones cristianas que empezaban á propagarse, y en las cuales hacian las mujeres voto de castidad como algunas de nuestras sacerdotisas. Tambien me pregunté con frecuencia la causa de sus acusaciones contra Victorino, pero el dia en que principié esta historia olvidé todas mis dudas y sospechas para pensar tan solo en la expedicion de que estaba encargado. Me dirigí á las avanzadas del campamento, llamé á un oficial á quien entregué algunas líneas escritas por Victorino, y el oficial puso al momento á mi disposicion cuatro soldados, escelentes remeros elegidos entre los que estaban acostumbrados á dirigir las barcas de la flotilla militar, destinadas á surcar el Rhin en todas direcciones, para defender en caso necesario nuestro campamento. Al pasar por un bosquecillo de encinas, les mandé que cortasen algunas ramas para ponerlas en la proa de la barca que iba á trasportarnos. Los cuatro soldados que me acompañaban no tomaron, segun les mandé, las armas; y solo yo estaba armado. No tardamos en llegar á la orilla del rio, donde se veian amarradas varias barcas reservadas para el servicio del ejército. Mientras dos soldados colocaban en la proa las ramas de encina que habia mandado cortar, los otros dos examinaban los remos con mirada esperta para asegurarse de que estaban seguros, y sentándome junto al timon, nos alejamos de la orilla.

Los cuatro soldados habian remado en silencio durante algunos

momentos, cuando el mas anciano, veterano de vigotes canosos, me dijo:

— No hay como una leyenda gala para hacer que pase ligero el tiempo, y para manejar los remos con cadencia, pues parece que una antigua cancion nacional repetida á coro, quita el peso á los remos... ¿Podemos cantar, amigo Scanvoch?

— ¿Me conoces?

— ¿Quién no conoce en el ejército al hermano de leche de la *Madre de los campamentos*?

— Soy como tú, sin embargo, un oscuro soldado.

— Eres tan solo un soldado á pesar de la amistad que te profesa nuestra Victoria, pero por esa razon todos te conocen y te aprecian.

— Tus palabras me causan el mas grato placer. ¿Cómo te llamas?

— Douarnek.

— ¿Eres breton?

— De las cercanias de Vannes.

— Mi familia es tambien oriunda de ese país.

— Lo sospechaba por tu nombre breton. Pues bien ¿podemos cantar la leyenda, Scanvoch? Nuestro oficial nos ha mandado que te obedeciéramos como á un gefe, y como ignoro á donde nos llevas, he de advertirte que un canto se oye de léjos, especialmente si es una leyenda nacional entonada á coro por robustos mancebos de buenos pulmones. ¿Es preciso no llamar la atencion sobre nuestra barca?

— Puedes cantar ahora... Ya te diré cuando será necesario el silencio.

— ¿Qué cantaremos, amigos? dijo el veterano sin dejar de remar y volviendo el rostro, porque hallándose sentado en el primer banco, estaba en frente de mi. Elegid...

— La leyenda de los marinos, dijo uno de los soldados.

— Es muy larga, hijos míos, respondió Douarnek.

— ¿La del *gefe de los cien valles*?

— Hermosa es, replicó Douarnek, pero un canto de esclavos que esperan la libertad, y ¡por la sangre de nuestros padres! nosotros somos libres en la Galia.

— Amigo Douarnek, le dije ¿no hay en ese canto aquel coro que dice: ¡*Corre, corre, sangre del cautivo! ¡cae, cae rocío sangriento!* con que nuestros padres recobraron en noble lucha la libertad que gozamos?

— Si, Scanvoch, pero esa leyenda es larga, y nos has dicho que

luego nos avisarias que quedasemos mudos como los peces del Rbin.

— Douarnek , dijo un soldado ¿ te parece bien que cantemos la leyenda de Hena, la virgen de la isla de Sen? Siempre que la canto acuden las lágrimas á mis ojos , porque es tan santa para mi aquella hermosa , noble y casta virgen que vivia hace tantos centenares de centenares de años!

— Si , si ; repitieron los demas soldados , cantemos la leyenda de Hena , Douarnek , porque profetiza la victoria de la Galia , y nuestra patria es hoy victoriosa.

— Yo guardaba silencio al oirles , pero estaba conmovido , gozoso y... lo confieso , enorgullecido al pensar que el nombre de Hena, muerta mas de tres siglos hacia, era tan popular en la Galia como en la época de mi antecesor Sylvest.

— Cantemos la leyenda de Hena , dijo el veterano ; tambien me admira á mi aquella santa y casta virgen que ofrece su sangre á Heso para libertar á su patria. ¿ Has oido ese canto , Scanvoch ?

— Si... creo que lo he oido...

— Pues sabrás lo suficiente para acompañarnos en el coro.

Y Douarnek empezó á cantar con voz robusta y sonora que dominó á lo lejos el rumor de la corriente del Rhin :

« Era joven , hermosa y santa.

« Dió su sangre á Heso para libertar á la Galia.

« Se llamaba Hena... Hena la virgen de la isla de Sen.

« ¡ Benditos sean los cielos , hija querida ! le dijo su padre Joel , el brenn de la tribu de Karnak ; ¡ benditos sean los dioses , hija querida , pues te veo al fin en nuestra casa para celebrar el dia de tu cumpleaños!

— « ¡ Benditos sean los dioses , hija querida ! le dijo su madre Margarid ; ¡ bendita sea tu llegada ! Pero ¿ porqué anubla tu frente la tristeza ?

— « Estoy triste , madre mia ; estoy triste , padre mio , porqué vuestra hija Hena viene á daros el postrer adios.

— ¿ « A dónde vas , hija querida ? ¿ Es muy largo el viage ? ¿ A dónde vas ?

— « Voy á esos mundos misteriosos que nadie ha visto , y que to-

dos veremos , á donde nadie ha ido y adonde todos iremos para volver á vivir con los que hemos amado. »

Y los remeros y yo repetimos á coro :

« Era jóven , hermosa y santa.

« Dió su sangre á Heso para libertar á la Galia.

« Se llamaba Hena... Hena , la vírgen de la isla de Sen.

Dauernek continuó su canto :

« Y al oír á Hena pronunciar estas palabras , se miraron tristemente su padre , su madre y todos los de su familia , hasta los mas tiernos niños , porque Hena amaba con predilección á la infancia. »

— « ¡ Porqué , querida hija , porqué has de dejar tan pronto este mundo para partir á los otros , sin que te llame el ángel de la muerte ?

— « Querido padre mio , bondadosa madre mia , Heso está enojado , y el estrangero amenaza nuestra Galia. La sangre inocente de una vírgen , ofrecida por ella á los dioses , puede apaciguar su ira.

« Sus padres la miraban vertiendo silenciosas lágrimas.

— « ¡ Adios , pues , y hasta la otra vida , padre querido , madre bondadosa ! ¡ Adios todos , parientes y amigos míos ! Conservad estos collares y estos anillos en memoria mia. Dejad que bese por postrera vez vuestras rubias cabezas , niños queridos. ¡ Adios ! Acordaos de Hena , vuestra amiga , que va á esperaros en los mundos misteriosos. »

Y los remeros y yo repetimos á coro al acompasado rumor de los remos :

« Era jóven , hermosa y santa.

« Dió su sangre á Heso para libertar á la Galia.

« Se llamaba Hena... Hena , la vírgen de la isla de Sen.

Douarneek continuó la leyenda :

« Brillante es la luna , alta la pira que se eleva junto á las piedras

«sagradas de Karnak, é inmensa la multitud de las tribus que se agrupan en torno de la pira.

«¡ Miradla ! Es ella... es Hena ! Sube á la pira con el harpa de oro en la mano, y entona este canto :

— «¡ Recibe mi sangre, ó Heso, y liberta mi patria del extranjero !
«¡ Recibe mi sangre, ó Heso, y piedad para la Galia ! ¡ Victoria para nuestras armas !

« Y se vertió la sangre de Hena.

« Vírgen heroica, no se ha vertido en vano tu sangre inocente y gloriosa, porque la Galia, inclinada un dia bajo el yugo, volverá á alzarse libre y altiva, exclamando como tú : ¡ Victoria para nuestras armas ! ¡ Victoria é independendencia !

Y Douarnek y los tres soldados repitieron el coro en voz mas baja y con cierta piadosa admiracion.

« La que tan noblemente ofreció su sangre á Heso para libertar á la Galia, era joven, hermosa y santa.

« Se llamaba Hena... Hena, la vírgen de la isla de Sen!!

Era tan profunda mi emocion, que se ahogó la voz en mi garganta y no pude acompañar en el último coro á los soldados.

Douarnek reparó en mi emocion y mi silencio, y me dijo con acento de sorpresa :

— ¿ Cómo es que te falta la voz ahora, Scanvoch ? ¿ Eres mudo para terminar un canto tan glorioso ?

— Tienes razon, Douarnek, tan glorioso es para mí ese canto, que no puedo dominar mi emocion.

— ¿ Gloriosa es para ti esa leyenda ? No te entiendo.

— Hena era hija de uno de mis antepasados.

— ¿ Qué dices ?

— Hena era hija de Joel, el brenn de la tribu de Karnak que murió, lo mismo que su esposa y casi toda su familia, en la gran batalla

de Vannes que se dió en mar y tierra hace mas de tres siglos. Yo diciendo de padres á hijos de Joel.

El canto de Hena era tan popular en toda la Galia, que advertí con orgullo, — ¿porqué he de negarlo? — que los soldados me miraban con respeto.

— ¿Sabes, Scanvoch, que muchos principes se vanagloriarían de tener antepasados como los tuyos? dijo Douarneek.

— La sangre vertida por la patria forma la nobleza de los galos, le respondí, y por eso son tan populares nuestras antiguas leyendas.

— ¿No es portentoso, dijo el mas joven de los soldados, que habiendo trascurrido mas de trescientos años desde que Hena ofreció su vida por libertar á su patria, haya llegado hasta nosotros su nombre?

— Aunque la voz de la vírgen de la isla de Sen haya tardado mas de dos siglos en llegar hasta los oídos de Heso, lo cual no es extraño estando tan alto, dijo Douerneek, aquella voz ha llegado hasta él porque podemos decir en el día: ¡Victoria para nuestras armas! ¡Victoria é independencia!

Hábilamos llegado á la mitad de la corriente del rio, en un parage donde sus aguas son rapidísimas.

Douarneek me preguntó levantando al remo:

— ¿Entraremos en esa rápida corriente? Seria un trabajo inutil si no hemos de hacer mas que bajar ó subir á la distancia de la orilla de que acabamos de salir.

— Es preciso llegar á la otra orilla, Douarneek.

— ¡A la otra orilla! ¿No está acampado allí el ejército de los francos, si es que puede darse el nombre ejército á esas bordas salvages?

— Voy al campamento de esos bárbaros.

Los soldados cesaron de remar durante algunos momentos, y se miraron suspensos y mudos como si se resistiesen á creer mi resolución.

Duarnek fué el primero que rompió el silencio diciéndome con su indiferencia de soldado:

— ¿Es decir que vamos á hacer un sacrificio á Heso entregando nuestra piel á esos desolladores? Si asi lo mandais, á la otra orilla. ¡Compañeros, á los remos!

— ¿Olvidas, Douarneek, que hace ocho dias estamos de tregua con los francos?

- ¿Respetan acaso las treguas esos salvages ?
- Advierte que he puesto ramos de encina en la barca como bandera de paz, y que iré solo al campamento enemigo con un ramo en la mano...
- Lo cual no impedirá que te asesinen como lo han hecho con otros mensajeros que han ido antes que tú en tiempo de tregua.
- Será posible, amigo Douarneke, pero el gefe manda y el soldado tiene que obedecer. Victoria y su hijo me han mandado que fuera al campamento de los francos, y allá voy.
- No te decia por miedo, Scanvoch, que esos salvages nos asesinarían y nos arrancarían la piel, no; sino porque siempre digo lo que siento con franqueza. ¡Ea, compañeros, apretad los puños y que anden listos los remos! Lo ha mandado nuestra madre... *la madre de los campamentos* y es forzoso obedecer. ¡Adelante! ¡adelante! aunque nos desuellen vivos esos bárbaros que se permiten á veces esa diversion á costa de nuestros prisioneros.
- Cuentan tambien, dijo uno de los soldados con voz menos tranquila que la de Douarneke, que las sacerdotisas infernales que siguen las hordas francas ponen á veces á nuestros prisioneros á hervir vivos en grandes calderas de bronce con ciertas yerbas mágicas.
- ¿Será cierto? respondió jovialmente Douarneke, el que sea puesto á hervir, tendrá al menos el gusto de probar el caldo que hace su propia carne, lo cual no deja de ser un consuelo. ¡Ea! compañeros, que anden listos los remos! Obedecemos las órdenes de la *madre de los campamentos*.
- ¡Oh! remariamos con gusto marchando á un abismo si Victoria lo mandase.
- ¡Qué nombre mas adecuado lleva la madre de los campamentos y de los soldados! Si la vierais despues de una batalla cómo visita y consuela á los heridos...
- Dirigiéndoles palabras que inducen á recibir con gusto los mandobles del enemigo.
- Además, es tan hermosa... tan hermosa!
- Cuando pasa por el campamento montada en su caballo blanco, con su larga túnica negra, su frente altiva debajo del casco, y sin embargo, con la mirada tan amable y la sonrisa tan natural... parece una benéfica vision.
- Aseguran que nuestra Victoria sabe lo venidero tan bien como lo presente.

— Preciso es que haya en ella algun hechizo. ¿ Quien creeria al verla que es madre de un hijo de veinte y dos años ?

— ¡ Ah ! si el hijo fuese lo que prometia...!

— Se le amaria como se le amaba antes.

— Si, y es lástima en verdad, dijo Douarnek moviendo la cabeza con ademan pesaroso despues de dejar hablar á los demas soldados, si, es lástima ! Victorino no es ya aquel hijo de los campamentos que los veteranos de bigote cano, que le habiamos visto nacer y bailar entre nuestras rodillas, mirábamos no ha muchos años aun con orgullo y cariño.

Las palabras de los soldados me sorprendieron, pues no solamente tenia que defender con frecuencia á Victorino contra la severa Leda, sino que habia advertido en el ejército una sorda hostilidad contra el hijo de mi hermana de leche, el ídolo hasta entonces de nuestros soldados.

— ¿ Qué teneis que echar en cara á Victorino ? pregunté á Douarnek y á su compañero. ¿ No es valiente entre los mas valientes ? ¿ no le habeis visto en la guerra ?

— ¡ Oh ! en cuanto á combatir, lo hace como un leon, con tanto valor como tú, Scanvoch, cuando estás á su lado en tu brioso caballo tor-do, pensando mas en defender al hijo de tu hermana de leche que en defenderte á ti propio. *Tus cicatrices lo dirian si pudieran hablar por boca de tus heridas*, como dice nuestro antiguo proverbio galo.

— Yo peleo como soldado y Victorino como capitan. ¿ Y ese capitan de veinte y dos años no ha ganado acaso ya cinco grandes batallas contra los germanos y los francos ?

— Su madre, la heroica Victoria, le ayudó con sus consejos á conseguir sus victorias porque combina con ella sus planes de combate; pero no obstante, Victorino es un buen capitan.

— ¿ Y no está su bolsillo continuamente abierto para todos ? ¿ Conoces algun inválido que haya implorado en vano su auxilio ?

— Victorino es generoso .. tampoco lo niego.

— ¿ No es el amigo del soldado ? ¿ Es acaso orgulloso ?

— No, es buen amigo y de carácter jovial. Pero por otra parte ¿ en qué podia cifrar su orgullo ? Su padre, su victoriosa madre y él ¿ no son hijos del pueblo como nosotros ?

— ¿ Ignoras, Douarnek, que con frecuencia los mas orgullosos son los que han salido de baja esfera ?

— Es cierto ; Victorino no es orgulloso.

—¿Durante la guerra no duerme á la intemperie y con la cabeza reclinada en la silla de su caballo como el mas oscuro de los soldados?

—Educado por una madre tan varonil como la suya, debia llegar á ser un buen soldado, y ha llegado á serlo.

—¿Ignoras que demuestra en los consejos una madurez que no poseen muchos á nuestra edad? ¿No debe, enfin, á su valor, su bondad, su talento y á sus raras cualidades de soldado y de capitan, el haber sido aclamado por el ejército general y uno de los gefes de la Galia?

—Sí, pero sabiamos antes de elegirle que Victoria estaria constantemente á su lado guiándole y aconsejándole sin dejar sus quehaceres domésticos, como lo ha hecho siempre la noble matrona desde que acompañaba á su esposo hasta ahora que no se aparta de la cuna de su nieto.

—Nadie sabe mejor que yo cuan sabios y preciosos son para nuestro país los consejos que Victoria dá á su hijo, ¿pero en qué ha cambiado Victorino? Responde, Douarneke, con tu franqueza de soldado. ¿Cual es la causa de esa hostilidad que, como temo, va creciendo contra el hijo de Victoria?

—Oye, Scanvoch; soy como tú franco y veterano, porque tu bigote, aun que eres mas jóven que yo, empieza ya á ponerse cano. ¿Deseas que te diga la verdad? Pues voy á decírtela. Todos sabemos que la vida de los campamentos no es la mejor escuela de moral, y que los que se dedican á la guerra no son tan castos y reservados como las niñas que se educan en los colegios de nuestras sacerdotisas, y sabemos tambien que despues de haber bebido con demasiada frecuencia, y cuando el vino de la Galia llega á calentar nuestras cabezas, no estan muy seguras las lindas muchachas; pero ya confesarás, Scanvoch, que un soldado que tiene la costumbre de embriagarse y violenta ó insulta á las mujeres, merece que le apliquen en las espaldas cien cinturonzos bien dados y que le arrojen despues ignominiosamente del campamento; ¿no es cierto?

—Es cierto; ¿pero qué tiene que ver eso con Victorino?

—Aun no he acabado, Scanvoch. Responde: Si un oscuro soldado merece ese castigo por su vergonzosa conducta ¿qué mereceria un gefe que se degradase de este modo?

—¿Te atreverias á decir que Victorino haya violentado alguna mujer y se embriaga todos los dias? exclamé indignado. Si tal dices, te respondo que mientes y que han mentido cuantos lo dijeron. Ya sé que circulan por el campamento rumores indignos contra Victori-

no; ¿tan necios sois ó tan inclinados á la calumnia para creerlos?

— No es el soldado necio ni inclinado á la calumnia, pero no ignora el proverbio galo que dice: *Solo puede perder ovejas el que tiene ganado...* Asi pues, ¿conoces al capitán Mario, ese antiguo herrero?

— Sí, es uno de los mejores oficiales del ejército.

— ¿A famoso capitán Mario, que lleva en los hombros un buey, añadió uno de los soldados, y puede matarlo de un puñetazo, y cuya mano es tan pesada como la maza de hierro de un carnicero?

— Y el capitán Mario, añadió otro remero, no deja de ser un compañero fiel á pesar de su fuerza y de su gloria, porque tiene por amigo de guerra, por *salduna* como se decia antiguamente, á un soldado que trabajó con él en otro tiempo en el yunque.

— Conozco el valor, la modestia, la franqueza y la austeridad del capitán Mario, les respondí; ¿pero porqué le comparais con Victorino?

— Dos palabras mas antes de contestarte, Scanvoch. ¿No viste dias pasados entrar en Maguncia dos aventureras en su carro arrastrado por mulas cubiertas de lujosos arreos y de cascabeles y conducidas por un negrillo?

— No he visto esas mujeres, mas he oido hablar de ellas. Pero ¿que tiene que ver todo eso con Victorino?

— Te he recordado el proverbio de que *solo puede perder ovejas el que tiene ganado*, porque mal podria perder su reputacion el capitán Mario que nunca se embriagó ni violentó mujeres, y porque los necios soldados no creerian lo que se dijese en descredito suyo. ¿Te parece que los soldados darian crédito á los rumores que circulasen contra esas aventuras?

— Veo á donde vas á parar con tus rodeos, Douarnech, y quiero ser sincero como tú... Si; Victorino es aficionado á beber alegremente algunas copas en compañía de sus amigos; habiéndose quedado viudo á los veinte años, ha cedido mas de una vez á los arrebatos de la juventud, y esto ha causado muchos disgustos á su madre que desearia como yo que Victorino tuviese una severidad de costumbres que es muy rara á su edad, pero ¡por la ira de los dioses! yo, que no me separé de Victorino desde su infancia, niego que la embriaguez sea en el un hábito, y niego sobre todo que haya sido jamás bastante cobarde para violentar una mujer.

— Tu corazon te induce á defender al hijo de tu hermana de le-

che, Scanvoch, aunque sepas que es culpable, á no ser que niegues lo que ignoras.

— ¿Qué es lo que ignoro?

— Una aventura que todos saben en el campamento.

— ¿Qué aventura es esa?

— ¿Deseas que te la cuente?

— Si.

— Victorino y algunos oficiales del ejército estuvieron algunos dias ha bebiendo y divirtiéndose en una de las islas del Rhin donde hay una taberna. Cuando llegó la noche, Victorino, que estaba embriagado como de costumbre, violentó á la tabernera, la cual en su desesperacion se arrojó en el rio y murió ahogada.

— Un soldado que cometiera semejante crimen, dijo uno de los remeros, seria condenado á muerte con razon.

— Y mereceria el suplicio mas atroz, añadió otro remero. No niego que tendria gusto como el que mas en reirme con la tabernera, pero juzgo que el violentarla es una vil y cobarde accion digna de esos desolladores francos cuyas sacerdotisas, cocineras del diablo, ponen á hervir á los prisioneros en sus calderas.

— Quedé tan estupefacto al oir la acusacion lanzada contra Victorino, que durante un momento permanecí en silencio, pero exclamé:

— ¡Mentira... mentira tan infame como el crimen que le imputais! ¿Quién se atreve á acusar al hijo de Victoria?

— Una persona bien informada, respondió Douarne.

— ¿Como se llama ese impostor?

— Se llama Morix, y era secretario de un pariente de Victorino, que llegó hace un mes al campamento.

— Ese pariente es *Tetrik*, gobernador de Gascuña, dije asombrado, y es la personificacion de la bondad y de la honradez, y uno de los amigos mas antiguos y fieles de Victoria.

— Lo cual indica que el testimonio de ese hombre es muy cierto.

— ¡Cómo! ¿Tetrik ha afirmado lo que cuentas?

— Se lo aseguró á su secretario deplorando la culpable disolucion de costumbres de Victorino.

— ¡Mentira! Tetrik habla siempre con cariño y aprecio del hijo de Victoria.

— Scanvoch, ambos somos bretones; hace veinte y cinco años que estoy sirviendo en el ejército; pregunta á mis oficiales si Douarne es un impostor.

—No creo que mientas, pero te han engañado indignamente.

—Morix, el secretario de Tetrik, no solamente me ha contado á mí la aventura, sino á otros muchos soldados del campamento, á quienes daba dinero para beber, y todos le han creído sin vacilar, porque mis compañeros y yo hemos visto mas de una vez á Victorino y á sus amigos con la cabeza caliente por las frecuentes libaciones entregarse á locas aventuras.

—El exceso del valor enardece á los jóvenes como el vino.

—Es cierto, Scanvoch: he visto á Victorino dirigir su caballo hácia el rio haciendo alarde de atravesarlo á nado, y se hubiera ahogado á no ser por yo y otro soldado que volamos en una barca á salvarlo estando medio embriagado, en tanto que la corriente arrastraba su magnífico caballo negro. ¿Sabes lo que nos dijo entonces Victorino? —¿«Porqué no me dejais beber? ¿no veis que por este rio corre vino blanco de Beziere? Lo que te cuento no es una impostura, Scanvoch, por que lo ví con mis propios ojos y lo oyeron mis oídos.

No supe qué contestar á pesar de mi adhesion á Victorino, pues aunque le creia incapaz de una cobardia ó de una infamia, sabia que tenia un placer en hacer alarde de insensatas y peligrosas proezas.

—Yo he visto muchas veces, dijo otro soldado, hallándome de guardia cerca de la morada de Victorino, que está separada de la de su madre por un jardin, salir de su habitacion mujeres cubiertas con un velo al amanecer. Y á fe mia que salian altas, pequeñas, gruesas y flacas, á no ser que el crepúsculo me ofuscara la vista y me presentara una misma mujer bajo diversas formas.

—¿Qué puedes contestar á eso, Scanvoch, si eres franco y sincero? No te asombres, pues, si damos crédito á lo que contaba el secretario de Tetrik.

—¿No confesarás por consiguiente que quién toma en su embriaguez el Rbin por un rio de vino de Beziere y despide de su casa al amanecer semejante procesion de mujeres, es capaz de violentar á una tabernera cuando se le ha subido el vino al cerebro?

—No, exclamé, no; confieso que tiene los defectos propios de su edad, pero niego que sea un infame.

—Scanvoch, eres amigo de nuestra madre Victoria y amas á Victorino como á un hijo, y por este motivo tienes derecho para decirle lo que se repite en todo el campamento. Dile, pues. «Los solda-

«dos mas groseros y disolutos no gustan de encontrar sus vicios en
«los gefes que han elegido, de modo que de dia en dia el afecto del
«ejército se aleja de Victorino para concentrarse esclusivamente en
«Victoria»

— Si, le dije reflexionando: ¿y no se advierte ese desvío únicamente desde que hizo el último viaje al campamento el gobernador de Gascuña, el pariente y amigo de Victoria? Hasta entonces todos amaban al general á pesar de las flaquezas de su poca edad.

— Es verdad. ¡Era tan bueno, tan valiente, tan familiar con todos! ¡Era tan magnífico su aspecto cuando se presentaba á caballo delante del ejército! Le amábamos como á un hijo porque le habíamos visto nacer y jugar siendo niño entre nosotros, y por eso cerrábamos los ojos al ver sus locuras y excesos porque los padres son indulgentes; pero para la infamia, para las acciones indignas no cabe la indulgencia.

— ¿Y no existen mas pruebas de esas acciones indignas que el testimonio del secretario de Tetrik? pregunté llamándome la atención esta circunstancia que, despertando en mi mente ciertos recuerdos, me inspiraba al mismo tiempo una vaga desconfianza.

— El secretario no ha hecho mas que repetir las palabras de su amo.

Nuestra barca, conducida por los cuatro robustos remeros, habia cruzado la corriente del Rhin durante esta conversacion á la cual prestaba una atención cada vez mas viva; los soldados volvian la espalda á la orilla donde íbamos á desembarcar, y yo estaba tan hondamente absorbido por lo que acababa de oír acerca del desafecto que cundia en el ejército contra Victorino, que no habia pensado en volver la vista hacia la orilla á la cual nos íbamos acercando por momentos, cuando oí de pronto resonar en torno nuestro agudos silvidos, y exclamé:

— ¡Arrojaos sobre los bancos!

¡Tardia advertencia! Una nube de largas flechas acribillaba el barco, y murió uno de los remeros mientras Douarnek, que para remar daba la espalda á la proa, recibia un dardo en el hombro.

— Mira como acogen los francos á los parlamentarios en tiempo de tregua, dijo el veterano sin cesar de remar y hasta sin volver el rostro; hoy me hieren por vez primera en la espalda, y la flecha que me han clavado deshonor á un soldado. Arrancámela pronto, compañero, añadió dirigiéndose al remero que estaba sentado detrás.

Pero á pesar de sus esfuerzos, Douarneke remaba con menos vigor, y la herida era leve pero vertia copiosa sangre.

— Ya te dije, Scanvoch, que tus ramos de encina serian inútiles murallas contra la traicion de esos desolladores francos. ¡Ea, hijos míos, remad con fuerza, por que no somos mas que tres! Nuestro compañero duerme el sueño eterno sobre su banco, y ya no moverá mas el remo en este mundo.

Aun no habia acabado Douarneke de pronunciar estas palabras cuando, corriendo á la proa de la barca y pasando sobre el cuerpo del soldado que exhalaba el postrer suspiro, cogí una de las ramas de encina y la agité sobre mi cabeza en señal de paz.

Respondióme otra nube de flechas que salió de detrás de un peñasco escarpado; una me hirió superficialmente el brazo y otra se embotó en mi casco, pero salieron ilesos los soldados. Cómo estábamos á corta distancia de la orilla, me arrojé al agua, que me llegaba hasta los hombros, y dije á Douarneke:

— Rema con fuerza para ponerte fuera del alcance de las flechas, y esperame sin esponerte. Si no he vuelto aun al anochecer, te dirigirás al campamento y dirás á Victoria que los francos me han hecho prisionero ó me han dado muerte. Confio que se encargara de mi esposa y de mi hijo.

— Siento dejarte partir solo al campo de los francos, Scanvoch, dijo Douarneke, pero si te acompañáramos, moriríamos contigo, y te privaríamos del medio de regresar á nuestro campamento, si tienes la dicha de salir con vida de entre esos bárbaros. ¡Animo, Scanvoch! Te esperaremos.

Y la barca se alejó rapidamente mientras llegaba yo á la orilla.

CAPITULO II.

El campamento de los francos. — *Los guerreros negros.* — Los desolladores. — Unos quieren que Scanvoch muera cocido y otros desollado vivo. — Medio que propuso uno de los gefes para conciliar tan opuestos pareceres. — Aspecto del campamento y de las costumbres de los francos. — Divinidades infernales. — El cubo de bronce. — La sacerdotisa *Elwig* y *Riowag*, gefe de los guerreros negros. — Coqueteria salvaje. — El tesoro. — *Nersweg*, el águila terrible. — Mensaje de Victoria. — Tormento. — Invocacion á los dioses infernales. — La caverna.

Apenas pisé la orilla llevando en la mano la rama de encina, cuando ví salir de los peñascos, donde estaban emboscados, varios francos pertenecientes á esas hordas de su ejército que llevan escudos negros, cascos de piel de carnero negros, y se tiñen los brazos, las piernas y la cara para confundirse con las tinieblas cuando estan de emboscada ó intentan un ataque nocturno. (1) Su aspecto era extraño y repugnante porque los gefes de aquellas hordas llevan en la frente, en las mejillas y en rededor de los ojos manchas de color rojo subido.

Sabia hablar la lengua franca lo mismo que varios oficiales y soldados del ejército galo acampado en las orillas del Rhin, de modo que dije á los guerreros negros cuando me rodearon lanzando ahullidos salvajes y amenazándome con sus largos cuchillos ennegrecidos al fuego:

— Tenemos tregua hace algunos dias, y vengo en nombre del gefe del ejército galo con un mensaje para el gefe de vuestras hordas. Llevadme á su presencia. No creo que matareis á un hombre desarmado.

Y convencido de la inutilidad de una lucha, saqué la espada y la arrojé á lo lejos; pero los bárbaros se precipitaron al momento sobre mí amenazándome con la muerte. Algunos quitaron las cuerdas de sus arcos, me arrojaron en el suelo, y me ataron con tal crueldad que me era imposible hacer el menor movimiento.

— Desollemosle, dijo uno, y regalemos su piel sangrienta al gran gefe *Nerowey*, y le servirá de cintas para adornar sus piernas.

Sabia en efecto que los francos quitaban con mucha destreza la

(1) «Esta tribu de germanos se teñia el cuerpo, llevaba escudos negros y solo combatia en la oscuridad de la noche para inspirar mas terror. (*Tácit. de Mor. Germ*, 43.)

piel de los prisioneros y que los gefes de las hordas se adornaban triunfalmente con estos despojos mortales. La proposicion del desollador fué acogida con gritos de júbilo, y los que me habian atado buscaron un sitio á propósito para mi suplicio, mientras los demás afilaban sus cuchillos en las piedras de la orilla.

Se acercó entónces lentamente á donde yo me hallaba el gefe de los desolladores cuyo aspecto era horrible, porque un círculo de un color rojo subido rodeaba sus ojos y llegaba hasta sus mejillas que resaltaba sobre su rostro ennegrecido. Sus cabellos, levantados á la moda franca en torno de su frente y anudados sobre la cabeza, le caian por detras como la crin de un caballo y eran de color cobrizo brillante, lo cual se debia al uso del agua de cal de que se sirven los bárbaros para dar color amarillento á los cabellos y á la barba. Llevaba en el cuello y en las muñecas una gargantilla y brazaletes de estaño rústicamente labrados, su vestido se reducía á una chaqueta de piel de corde-ro negro, y llevaba las piernas envueltas tambien con pieles sujetas con cintas de cuero en forma de cruz. Colgaba de su cinturón una espada y un largo cuchillo.

Despues de mirarme durante algunos momentos, levantó la mano y la apoyó sobre mi hombro diciendo:

—Me quedo con ese galo para regalárselo á Elwig.

Acogieron con sordos murmullos los guerreros las palabras de su gefe, pero este dijo alzando la voz:

—Riowag se queda con este galo para dárselo á Elwig que necesita un prisionero para sus augurios.

El parecer del gefe mereció la aprobacion de la mayoría de los guerreros negros porque varias voces repitieron:

—Si, si; regalemos este galo á Elwig.

—Llevemosle á la caverna de la sacerdotisa.

—Necesitamos que haya un augurio.

—Y nosotros no queremos regalar este prisionero á Elwig, no, no lo queremos. Hemos sido los primeros en apoderarnos de este galo, gritó uno de los que me habian atado y queremos desollarlo para regalar su piel al gran gefe Neroweg...

Poco me importaba la eleccion, y que me desollasen ó me pudiesen á cocer en un cubo de bronce, por cuya razon, no teniendo necesidad de demostrar mi preferencia, no tomé parte en discusion tan desagradable. Los que eran de parecer de que me desollasen miraban ya con ademan feroz á los que querian hacerme cocer, y se

llevaban la mano á los cuchillos , cuando un guerrero negro dijo deseando conciliar tan opuestos pareceres:

— Riowag, ¿quieres regalar este galo á la sacerdotisa Elwig?

— Sí, respondió el gefe ; si, lo quiero.

— Y vosotros, prosiguió, ¿quereis regalar su piel al gran gefe Neroweg?

— ¡ Lo queremos !

— Todos vais á quedar satisfechos.

Este proyecto de conciliacion produjo un profundo silencio.

— Desolladle vivo primero , continuó el guerrero conciliador , y que Elwig cueza despues su cuerpo en la caldera.

Este término medio contentó desde luego á ambos partidos , pero Riowag , el gefe de los guerreros negros , dijo :

— ¿ No sabeis que Elwig necesita un prisionero vivo para que sean ciertos sus augurios, y que solo le dareis un cadáver si desollais antes al galo ?

Despues añadió con voz amenazadora :

— ¿ Quereis esponeros á la ira de los dioses infernales quitándoles una víctima ?

La multitud se estremeció al oir esta amenaza , y el partido de los desolladores empezó á flaquear cediendo á un terror supersticioso.

Hasta el guerrero conciliador , que habia propuesto que se le desollase primero y despues se le arrojase en la caldera , respondió:

— Unos desean regalar este galo al gran gefe Neroweg y otros á la sacerdotisa Elwig , ¿ pero al regalárselo á la una no lo recibe tambien el otro ? ¿ no es Elwig hermana de Neroweg ?

— Seria preferible sacrificar este galo á los dioses infernales para que sean propicios á nuestras armas , dijo Riowag.

Y añadió en tono imperioso dirigiéndose hácia mi :

— Llevad en hombros este galo y seguidme.

— Queremos sus despojos , dijo uno de los que habian sido primeros en apoderarse de mi, queremos su casco, su coraza, su cinturón, su camisa; lo queremos todo, hasta su calzado.

— Ese botín os pertenece , respondió Riowag , y será vuestro porque Elwig desnudará al galo para arrojarlo en su caldera.

— Vamos á seguirte , Riowag, respondieron, para que no se aprovechen otros de los despojos de este galo.

— ¡Raza de bandidos ! exclamé ¡ Lástima que mi piel no tenga ningún valor , porque en vez de dársela á vuestro gefe , iriais á venderla si pudierais.

— Sí, te arrancaríamos la piel si no te destináramos á la caldera de Elwig.

Cesó mi incertidumbre al saber que la desgracia me condenaba á ser cocido vivo : me hubiera resignado sin pronunciar una palabra á una muerte honrosa ó útil , pero la que me imponian me parecia tan esteril y absurda , que deseando intentar el último esfuerzo , dije al gefe de los guerros negros :

— Eres injusto... varias veces han ido guerreros francos al campamento galo á pedir canges de prisioneros , y siempre se les respetó ; piensa que estamos ademas en tiempo de tregua , y segun las leyes de la guerra , solo se condena á muerte á los espías que durante las treguas se introducen furtivamente en un campamento. Yo he venido aqui de dia , con una rama de encina en la mano , en nombre de Victorino , hijo de Victoria , y traigo de su parte un mensaje para los gefes del ejército franco. Considera que si me condenas sin su mandato , se enojarán de no haberme oido y podrán hacerte pagar cara tu traicion para con un mensajero de paz , un soldado sin armas que se presenta en tiempo de tregua , en medio del dia y con el ramo de encina , símbolo de paz que respetan todos los pueblos.

Riowag respondió á mis palabras con un mudo ademán , y cuatro guerreros se apoderaron de mí , me colocaron sobre sus hombros , y siguieron los pasos de su gefe , que se dirigió al campamento de los francos sin dignarse volver el rostro.

En el momento que aquellos bárbaros me levantaban sobre sus hombros , oí á uno de los que querian desollarme vivo que decia á sus compañeros con torpes espresiones :

— Riowag es el amante de Elwig , y quiere regalarle este prisionero.

Conocí entonces que siendo Riowag , el gefe de los guerreros negros , amante de Elwig deseaba darle una prueba de su galanteria regalándole mi persona , del mismo modo que en nuestro pais los novios frecen á la mujer que aman una paloma ó un cervatillo.

(Te estrañará tal vez , hijo mio , que hable en este relato en estilo casi jocoso tratándose de acontecimientos tan horribles... No creas que me esplico con tanta indiferencia porque á la hora que escribo me haya libertado del peligro , no ; porque hasta cuando me halla-

ba á las puertas de la muerte, de la que me salvé como por un prodigio, gozaba de completa libertad de espíritu y de ese carácter peculiar á la antigua raza gala que nos induce á mofarnos de los acontecimientos mas graves y conservar la jovialidad en medio de los peligros. Asi pues, las reflexiones que verás á veces espresadas en el momento que la muerte me amenazaba, son sinceras, á consecuencia de la disposicion de mi alma y de mi fe en la creencia de mis antepasados de que el hombre no muere jamás, y de que al salir de este mundo, va á otros ignorados donde encuentra á los que amó durante su vida.)

Atravesé el campamento de los francos llevado en hombros de los guerreros negros. Aquel inmenso campamento, establecido sin órden, se componia de tiendas para los gefes y para los soldados y parecia una especie de ciudad salvaje y gigantesca, donde se veian sus innumerables carros de guerra ocultos detrás de atrincheramientos de tierra reforzados con troncos de árboles, y sus infatigables caballos pequeños, flacos, de pelo basto y erizado, con bridas de cuerda estaban atados á las ruedas de los carros ó á los árboles cuya corteza arrancaban. Los francos, cubiertos con pieles de animales, los cabellos y la barba untados de sebo, presentaban un aspecto repugnante, estúpido y feroz: unos estaban tendidos á los cálidos rayos del sol que venian buscando desde el fondo de sus sombríos y helados bosques, y otros se entretenian en asearse porque aquellos bárbaros yacian en medio de miasmas tan infectos que perecian á millares á pesar de estar acampados al aire libre.

Cuando contemplé aquellas hordas sin disciplina, mal armadas, pero innumerables y aumentándose incesantemente con nuevos pueblos salvajes que emigraban en masa de los paises helados del norte para precipitarse como un torrente sobre nuestra fertil Galia, pensé á mi pesar en algunas palabras de siniestro vaticinio que habia oido pronunciar mas de una vez á Victoria; pero no tardé en concebir el mayor desprecio contra aquellos bárbaros que, tres ó cuatro veces superiores en número á nuestro ejército, hacia muchos años que nunca habian podido invadir nuestro territorio, no obstante las repetidas y sangrientas batallas, y siempre habian sido rechazados allende el Rhin, nuestra frontera natural.

Al atravesar una parte del campamento llevado en hombros de los cuatro guerreros negros, me persiguieron con injurias, amenazas y gritos de muerte los francos que me veian pasar, y mas de una

vez la escolta que me acompañaba se vió obligada , segun mandato de Riowag , á hacer uso de las armas para impedir que me asesinasen.

Llegamos á corta distancia de un bosque sombrío. Ví al pasar por entre los árboles una choza mas espaciosa y elegante que las demás, delante de la cual ondeaba una bandera amarilla y encarnada ; y un gran número de ginetes vestidos de pieles de oso , unos montados y otros en pié , junto á sus caballos y apoyados en sus largas lanzas , anunciaban que ocupaba aquella habitacion uno de los gefes mas importantes de sus hordas. Traté de persuadir por última vez á Riowag , que iba á mi lado grave y silencioso , para que me condujera á la presencia del gefe cuya bandera veia y me matase despues si lo deseaba , pero mis instancias fueron vanas , y entramos en un bosque espeso y llegamos despues á un parage circular donde solo se alzaban algunos matorrales. Ví entónces á cierta distancia la entrada de una gruta natural formada de peñascos parduscos , entre cuyas hendiduras brotaban pinos y castaños silvestres de ramage gigantesco , y un manantial que filtraba entre las peñas caia en un receptáculo natural y se convertia en un arroyuelo que se ocultaba con sordo murmullo entre los arbustos. Cerca de la caverna se veia un cubo de bronce bastante angosto y de la altura de un hombre; defendian recias cadenas de hierro el orificio de la infernal caldera y servian sin duda para sujetar á la víctima que en ella arrojaban viva. Cuatro enormes piedras sostenian aquel cubo , y habian amontonado debajo ramas y troncos secos en abundancia. Huesos blancos y esparcidos por el suelo daban á aquel sitio el aspecto de un hosario, y en medio de los matorrales se alzaba por fin una estatua colosal de tres cabezas , casi informe y labrada toscamente con el hacha en un tronco de árbol y de un aspecto repugnante.

Riowag hizo un ademan á los cuatro guerreros negros que me llevaba en sus hombros para que se parasen al pié de la estatua , y entró en la gruta mientras los de mi escolta gritaban :

- ¡ Elwig ! ¡ Elwig !
- ¡ Elwig ! ¡ sacerdotisa de los dioses infernales !
- ¡ Regocijate , Elwig , porque traemos pasto para tu caldera !
- ¡ Nos dirás tus augurios !
- ¡ Y nos anunciarás si la tierra de las Galias será pronto nuestra !

Despues de esperar largo rato , salió la sacerdotisa de la caverna , acompañada de Riowag.

Creía ver una vieja asquerosa, pero me engañé, porque Elwig era joven, alta y de una hermosura salvaje. Sus ojos azules con parpados y cejas rubias del mismo matiz que sus cabellos, brillaban como el acero del largo cuchillo de que estaba armada; su nariz aguileña y su elevada frente le daban una fisonomía imponente y feroz; vestía una larga túnica de color oscuro, su cuello y sus brazos desnudos estaban recargados de collares y brazaletes de cobre toscamente labrados y que chocaban con sonido metálico á cada paso que daba, paseándose con cierta coquetería salvaje; llevaba sobre su abundante y rubio cabello, que caía destrenzado por sus hombros, una especie de capucha de color de escarlata, ridícula imitación de la graciosa y elegante capucha que habían adoptado las mujeres galas; finalmente, creí advertir, y no me engañaba, en aquella estraña criatura el conjunto de orgullo y de vanidad pueril peculiar á los pueblos bárbaros.

Riowag estaba en pié á su lado contemplándola al parecer con admiración, y á pesar de su color negro y de las manchas rojas que cubrían la mayor parte de su rostro, sus facciones espresaban el mas violento amor, y sus ojos brillaron de alegría cuando Elwig me designó por dos veces en silencio y se volvió hácia su amante con la sonrisa en los labios como para darle gracias sin duda por su sangrienta ofrenda. Advertí tambien en los brazos desnudos de la infernal sacerdotisa dos pinturas gravadas en la piel que me despertaban un recuerdo de guerra.

Una de aquellas pinturas representaba *dos garras de ave carnice- ra* y otra *una serpiente encarnada*.

Elwig clavaba en mí con satisfaccion feroz sus ojos azules dando vueltas al cuchillo que tenia en la mano, mientras los guerreros negros la contemplaban con ademan de temor supersticioso.

—He venido sin armas, dije á la sacerdotisa, con el ramo de paz en la mano, y traigo un mensaje para los grandes gefes de vuestras hordas, pero se han apoderado de mi indignamente y ya ves como me han atado. Estoy en tu poder: márame si quieres, pero te suplico que antes me llesves á presencia de uno de vuestros gefes, porque me envia, Victorino y su madre Victoria, y mi mensaje es tan importante para los francos como para los galos.

—¿Te envia Victoria? preguntó la sacerdotisa con acento estraño. ¿Victoria cuya hermosura es tan ponderada?

— Si.

Elwig reflexionó, y despues de algunos momentos de silencio,

levantó los brazos sobre mi cabeza, blandió su cuchillo pronunciando no se qué palabras misteriosas con tono amenazador á la par que inspirado, y mandó á los que me habian conducido que se alejasen.

Todos obedecieron y se retiraron al bosque.

Riowag se paró sin embargo á cierta distancia, pero la sacerdotisa volvió hacia él el rostro, y le designó con un ademán imperioso el bosque por donde habian desaparecido los demás guerreros negros.

El gefe no obedeció su mandato, pero Elwig alzó la voz y dijo con tono amenazador:

— ¡ Riowag !

El gefe insistia en quedarse y tendia hácia Elwig sus manos en actitud suplicante, pero ella repitió con voz airada:

— ¡ Riowag ! ¡ Riowag !

El gefe dejó de insistir y desapareció tambien por el bosque sin poder reprimir un movimiento de ira.

Me quedé solo con la sacerdotisa, atado y tendido junto á la estátua de las divinidades infernales.

Elwig se acercó y me preguntó con acento mas amable:

— ¿ Te envia Victoria para hablar con los gefes de los francos ?

— Ya te lo he dicho.

— ¿ Eres uno de los oficiales de Victoria ?

— Soy uno de sus soldados.

— ¿ Te aprecia ?

— Es mi hermana de leche y la amo como un hermano.

Estas palabras hicieron reflexionar nuevamente á Elwig que, tras algunos momentos de silencio, añadió:

— ¿ Causaria pesar á Victoria tu muerte ?

— Sentiria la muerte de un servidor leal.

— ¿ Daria mucho por salvarte la vida ?

— ¿ Deseas un rescate ?

— Elwig calló, y dijo tras un corto intervalo espresando en su acento una mezcla de embarazo y de astucia que me llamó la atencion:

Si Victoria se presenta á pedir la vida de su hermano, se le concederá. Pero responde: cuentan que Victoria es bellísima, y las mujeres hermosas gustan de adornarse con esas magníficas alhajas galas tan famosas... Victoria poseerá indudablemente ricos adornos, pues es madre del gefe de los gefes de tupais. Dile que se adorne con todas sus joyas, y que de este modo se grangeará el aprecio de mi herma.

no, el cual será mas clemente y concederá tu vida á Victoria.

No tuve que hacer grandes esfuerzos de imaginacion para adivinar el lazo que me tendia la sacerdotisa del infierno con esa astucia grosera peculiar de los salvages, y deseando cerciorarme de la verdad, le dije sin responder á sus últimas palabras:

— ¿Es acaso tu hermano un gefe poderoso ?

— Es mas que gefe, respondió con orgullo Elwig; es rey.

— ¿Cómo se llama ?

— *Neroweg, el águila terrible.*

— ¿Porqué llevas en los brazos esas dos figuras que representan una serpiente roja y dos garras de ave carnicera ?

— Los padres de nuestros padres han llevado siempre en nuestra familia de reyes estas señales de los valientes y los astutos : *las garras de águila* representan el valor , y la *serpiente* indica la astucia. Pero ya hemos hablado bastante de mi hermano , añadió Elwig con sombría impaciencia ¿quieres inducir á Victoria á que venga á nuestro campamento ?

— Permítame que te haga otra pregunta sobre tu hermano. ¿No lleva en la frente las señales que se ven en tus brazos ?

— Si, respondió Elwig, con creciente impaciencia, si, mi hermano lleva una garra de águila azul sobre cada ceja y la serpiente roja formando una corona sobre su frente Pero dejemos á Neroweg...

Y creí ver en las faccianas de Elwig un sentimiento de odio mal disimulado al pronunciar el nombre de su hermano.

— Si no quieres morir , continuó la sacerdotisa , escribe á Victoria diciéndole que venga á nuestro campamento adornada con sus mas ricas alhajas , que acuda sola á un parage que le designaré... á un parage oculto donde la esperaré para conducirla á la presencia de mi hermano.

— ¿Me exiges que Victoria venga sola á este campamento ?

— Lo deseo.

— ¿No he venido yo fiado en la trega , con el ramo de paz en la mano , y han herido á uno de mis compañeros, muerto á otro , y me han traído aqui atado para darme una muerte espantosa ?

— Podria acompañar á Victoria una escolta.

— Que seria asesinada por tus guerreros. Reflexiona que tu ardid vale muy poco y revela tu pobre ingenio.

— ¿Luego quieres morir ? exclamó la sacerdotisa apretando los dientes de rabia y amenazándome con el cuchillo. Voy á mandar en-

cender el fuego de la caldera , y á arrojarte vivo en el agua mágica donde hervirás hasta la muerte. Por última vez... ¡elige! O vas á morir en los suplicios ó á escribir á Victoria que venga al campamento adornada con sus mas ricas alhajas. ¡Elige! repitió con ira sin cesar de amenazarme con el cuchillo ; ¡elige... ó vas á morir!

Advertí que los ojos azules de Elwig brillaban de codicia siempre que me hablaba de los magníficos adornos que , segun manifestaba , debia ostentar la madre de los campamentos. El traje ridículo de la sacerdotisa , la profusion de adornos sin valor que llevaba con coqueteria salvaje para agradar sin duda á Riowag, el gefe de los guerros negros , y especialmente , el empeño con que me pedia que Victoria se presentase en el campamento con sus mas ricos adornos, todo me inducia á pesar que Elwig queria tender un lazo á mi hermana de leche para matarla y robarle sus alhajas. Tan grosero ardid me indicaba que podria servirme de su vanidosa codicia, y le respondí afectando indiferencia :

— ¿Quieres matarme si me niego á obligar á Victoria á que venga aquí? Mátame, pues... haz hervir mi carne y mis huesos, y perderás lo que ignoras , lo que te perteneceria siendo hermana de Neroweg, el águila terrible , uno de los reyes mas poderosos de los francos.

— ¿Qué perderé?

— Magníficos adornos galos.

— ¡Adornos! ¿Qué adornos son esos? preguntó Elwig con ademán de duda , aunque brillaban sus ojos de codicia. ¿Qué adornos son esos?

— ¿Crees que Victoria habrá enviado á su hermano de leche como mensajero de los reyes de los francos sin entregarle como prenda de la tregua ricos presentes para sus esposas y hermanas?

Elwig dió un salto, arrojó el cuchillo, palmoteó con alegría, prorumpió en estrepitosas y locas carcajadas, y despues se inclinó hácia mi diciendome con voz anhelosa:

— ¿Traes presentes? ¿cómo son? ¿en donde estan?

— Si , traigo presentes capaces de deslumbrar á una emperatriz: collares de oro adornados de diamantes, pendientes de perlas y rubies, brazaletes, cinturones y coronas de oro, tan cargados de pedrerias que resplandecen con todos los colores del arco iris, y son obras maestras de los mejores artífices galos. Los traia como presentes, y si tu hermano Neroweg, el águila terrible, es el rey mas poderoso de vuestras hordas, te tocará la mejor parte de esas riquezas.

Elwig me habia escuchado con la boca abierta, las manos juntas y sin esforzarse en ocultar la admiracion y la desenfrenada codicia que le causaba la enumeracion de mis tesoros, pero sus facciones espresaron de pronto la duda y el enojo, volvió á coger el cuchillo, y amenazandome, exclamó:

— ¡Mientes ó te burlas! ¿ En donde estan esos tesoros?

— En sitio seguro. Mi precaucion ha sido prudente, porque me hubieran muerto y robado sin cumplir el mandato de Victoria y de su hijo.

— ¿ Qué sitio es ese donde estan seguros los tesoros?

— Los dejé en la barca que me condujo aquí; mis compañeros se han apartado de la orilla y me esperan en el Rhin lejos del alcance de las flechas de los francos.

— Tenemos barcos en la orilla y voy á perseguir á tus compañeros.

— Y así lo perderás todo, porque cuando mis compañeros vean desde lejos que se acercan barcas enemigas, desconfiarán con razon, y como estan distantes, llegarán sin peligro á la otra orilla del Rhin. Tal será el fruto de tu traicion... ¡ Ea, Elwig! manda que me arrojen en la caldera para tus augurios infernales: quien sabe si mis huesos se trocarán por medio de tu magia en magníficas alhajas.

— Pero esos tesoros, añadió Elwig luchando en su desconfianza, si no los traías contigo, ¿ cuando se los hubieras dado á los reyes?

— Al separarme de ellos, porque creia que me acogerian y me permitirian volver como mensajero de paz. Mis compañeros se hubieran acercado entonces á la orilla para venirme á buscar, y hubiese sacado de la barca los presentes para entregarlos á los reyes en nombre de Victoria y de su hijo.

La sacerdotisa continuó mirándome durante algunos momentos con aire sombrío pareciendo luchar con la desconfianza y la codicia, pero vencida al fin sin duda por el sentimiento que mas la dominaba, se levantó y llamó en voz alta y con un nombre extraño á una persona que habia estado hasta entónces invisible.

Casi al momento salió de la caverna una vieja asquerosa de cabellos canosos, vestida con una túnica manchada de sangre, porque ayudaba sin duda á la sacerdotisa en sus horribles sacrificios, dijo algunas palabras en voz baja á Elwig y desapareció por el bosque á donde se habian retirado los guerreros negros.

La sacerdotisa se inclinó hacia mí y me dijo en voz baja:

— ¿ No deseas hablar con mi hermano el rey Neroweg, el águila

terrible? Le envío á buscar y va á venir, pero no le hables de esos tesoros.

—¿Porqué?

—Porque se los quedaria.

—¿Acaso tu hermano no los partiria contigo... con una hermana?

Una sonrisa amarga contrajo los labios de Elwig que respondió:

—No le conoces... Nos trata como esclavas.

—¿Qué baremos, pues?

—Espera á que llegue la noche para salir del campamento. Ya te enseñaré el camino; te acompañaré, y me darás los presentes... á mi sola... á mi sola!

Y añadió prorrumpiendo otra vez en carcajadas de alegría salvaje:

—¡Brazaletes de oro! ¡collares de perlas! ¡pendientes de rubies! ¡diademas de pedrerias! Estaré hermosa como una emperatriz... ¡oh! seré mas hermosa á los ojos de Riowag!

Y repitió lanzando una mirada de desprecio á sus toscos brazaletes de cobre que hizo resonar moviendo los brazos:

—¿Seré muy hermosa á los ojos de Riowag?

—Tu parecer es prudente, le dije, y tendremos que esperar la noche para salir del campamento y llegar á la orilla.

Y deseando grangearme la confianza de Elwig manifestando que me interesaba por su vanidosa codicia, añadí:

—Pero si tu hermano te vé adornada con tan magnificas alhajas, te las quitará tal vez...

—En cierta ocasion me hirió en la mano con el cuchillo porque iba á tomar una parte de su botin, pero no me robará tus tesoros.

—Si Neroweg, el águila terrible, es tan violento como dices, respondí deseando penetrar su pensamiento; ¿quién le impedirá que se apodere de tus alhajas?

—Lo impedirá este, dijo enseñándome el largo cuchillo con expresion de ferocidad que me hizo estremecer.

—¿Serias capaz?..

—Si, de matarle.

—¡A tu hermano! exclamé resistiéndome á creer sus palabras.

—Si, le mataria...

—¡Calla! le dije interrumpiéndola, calla, ó tus horribles palabras nos atraerian al rayo de los cielos.

Y permanecí sumido en profundo silencio y mirándola con repugnancia.

Elwig no sospechaba al parecer la causa de mi silencio y de la repugnancia que me inspiraba; murmuraba palabras ininteligibles contando los brazaletes de cobre que cubrían sus brazos, y me dijo después con ademán pensativo :

— ¿Tendré nuevos y hermosos brazaletes de piedras preciosas para reemplazar estos? ¿Podré ocultarlos todos en un saquito que llevaré conmigo día y noche?

Su ferocidad fría y por decirlo así ingénuo aumentó la aversión que me inspiraba Elwig. No le respondí, y exclamó :

— ¿Callas? ¿haces el mudo?

Y concibiendo entonces una idea súbita, añadió :

— ¡Si se lo contara todo á Neroweg! Me mataría... y mataría también á Riowag... La esperanza de obtener esos tesoros me ha perdido.

Y principió á llamar otra vez volviéndose hácia la caverna.

Salió una vieja mas fea y asquerosa que la primera.

— Ven, le dijo la sacerdotisa con tono imperioso.

La vieja obedeció gruñiendo como un perro y se acercó á su dueña.

— Enciende fuego debajo del cubo de bronce, dijo Elwig.

La vieja volvió á entrar en la caverna y salió llevando en la mano algunos tizones encendidos. Pronto ardió toda la leña amontonada debajo de la caldera.

— Arrodíllate ahora sobre él, dijo Elwig á la vieja designándome tendido como estaba en el suelo, junto á la estatua de la divinidad infernal, con las manos atadas por la espalda.

No podia hacer el menor movimiento. La asquerosa vieja se puso de rodillas sobre la coraza que cubria mi pecho, y preguntó á la sacerdotisa :

— ¿Qué he de hacer?

— Cójele la lengua... y se la cortaré.

Comprendí entónces que Elwig, arrepentida de haberse dejado arrastrar á peligrosas confianzas por su salvaje codicia, habia elegido el recurso de cortarme la lengua como el mas escelente y seguro para obligarme al silencio, y creí que el proyecto era mas fácil de concebir que de ejecutar porque apreté los dientes con toda mi fuerza.

— Apriétale el cuello, dijo Elwig á la vieja, y así abrirá la boca, sacará la lengua y se la cortaré.

La vieja seguia arrodillada sobre mi coraza, y se inclinó tanto há-

cia mi , que su arrugado y asqueroso rostro tocaba casi con el mio. Tal fué mi repugnancia que cerré los ojos, y no tardé en sentir los dedos huesosos de la vieja que me apretaban la garganta. Luché durante algunos momentos con la sofocacion y no aparté los dientes , pero como habia previsto Elwig , al ver que iba á ahogarme , abrí por fin á pesar mio la boca. Elwig hundió en ella al momento los dedos para coger la lengua , pero le mordí tan cruelmente que los sacó lanzando un grito de dolor. Al oír el grito vi salir del bosque , á donde se habian retirado por órden de la sacerdotisa los guerreros negros y Riowag , el cual se paró vacilando al ver una multitud de francos que acudian por el lado opuesto del bosque. Uno de estos gritó con voz ronca é imperiosa :

— ¡ Elwig !

— ¡ El rey mi hermano ! murmuró la sacerdotisa que seguia arrodillada á mi lado.

Y me pareció que buscaba el cuchillo que se le habia caido en el suelo durante nuestra momentánea lucha.

— No temas... Seré mudo. El tesoro será para ti sola , dije en voz baja á Elwig temiendo que me matase por terror. Esperaba además asegurarme de su apoyo y proporcionarme los medios de huir lisongeando su codicia.

No sé si Elwig creyó en mi promesa ó si la presencia de su hermano le impidió el darme muerte , pero me dirigió una mirada significativa , y permaneció de rodillas á mi lado y con la cabeza inclinada hácia el pecho con ademan meditabundo. La vieja se levantó y pude respirar con mas libertad. Entónces ví al águila terrible en pié á dos pasos de mi , escoltado por algunos otros reyes francos.

Neroweg era de estatura colosal ; su barba , á causa del uso del agua de cal , tenia un color rojo de cobre lo mismo que sus cabellos untados , levántados en torno de su frente , y que , atados con una tira de cuero en la parte superior , caian sobre sus hombros como la cola de un casco ; sobre cada una de sus espesas cejas rubias se veia una garra de águila pintada de azul , mientras ceñia su frente otra pintura encarnada representando las ondulaciones de una serpiente ; su mejilla izquierda estaba tambien cubierta de rayas trasversales encarnadas y azules , y este salvage adorno desaparecia casi enteramente en la mejilla derecha debajo de una cicatriz que principiaba en un ojo y se perdia en la revuelta barba. Pesados pendientes de oro toscamente labrados alargaban sus orejas y caian sobre sus hombros , y



cia

Tal

dos

te

ro

fin

dos

lan

de

gro

co

co

dilla

suelo

baja

asegurarme

geando

mano

nificativa

nada

pude

á

agua

un

de

de

gan

ra

me

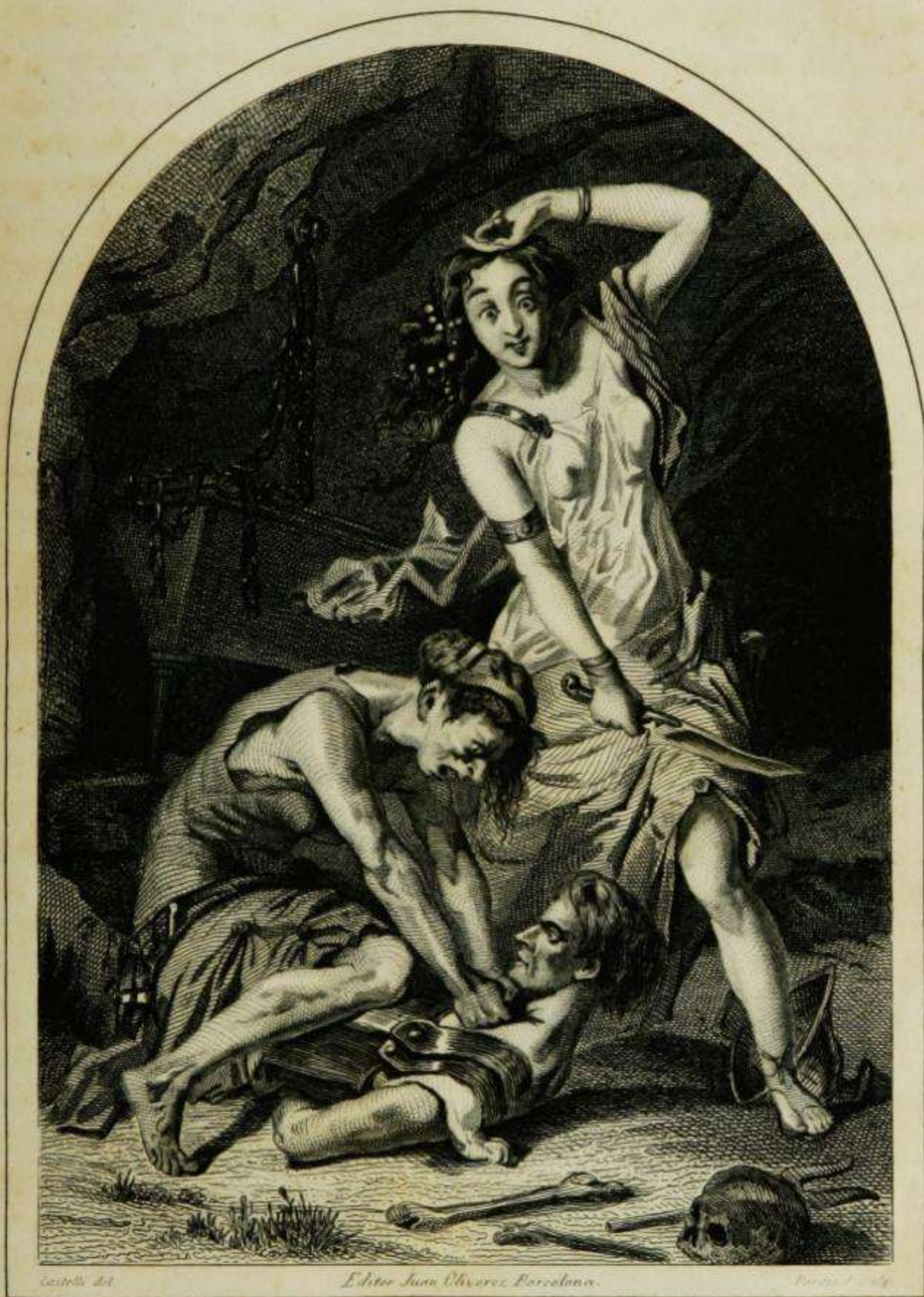
ca

te

ojo

ca

... sobre sus hombros, y

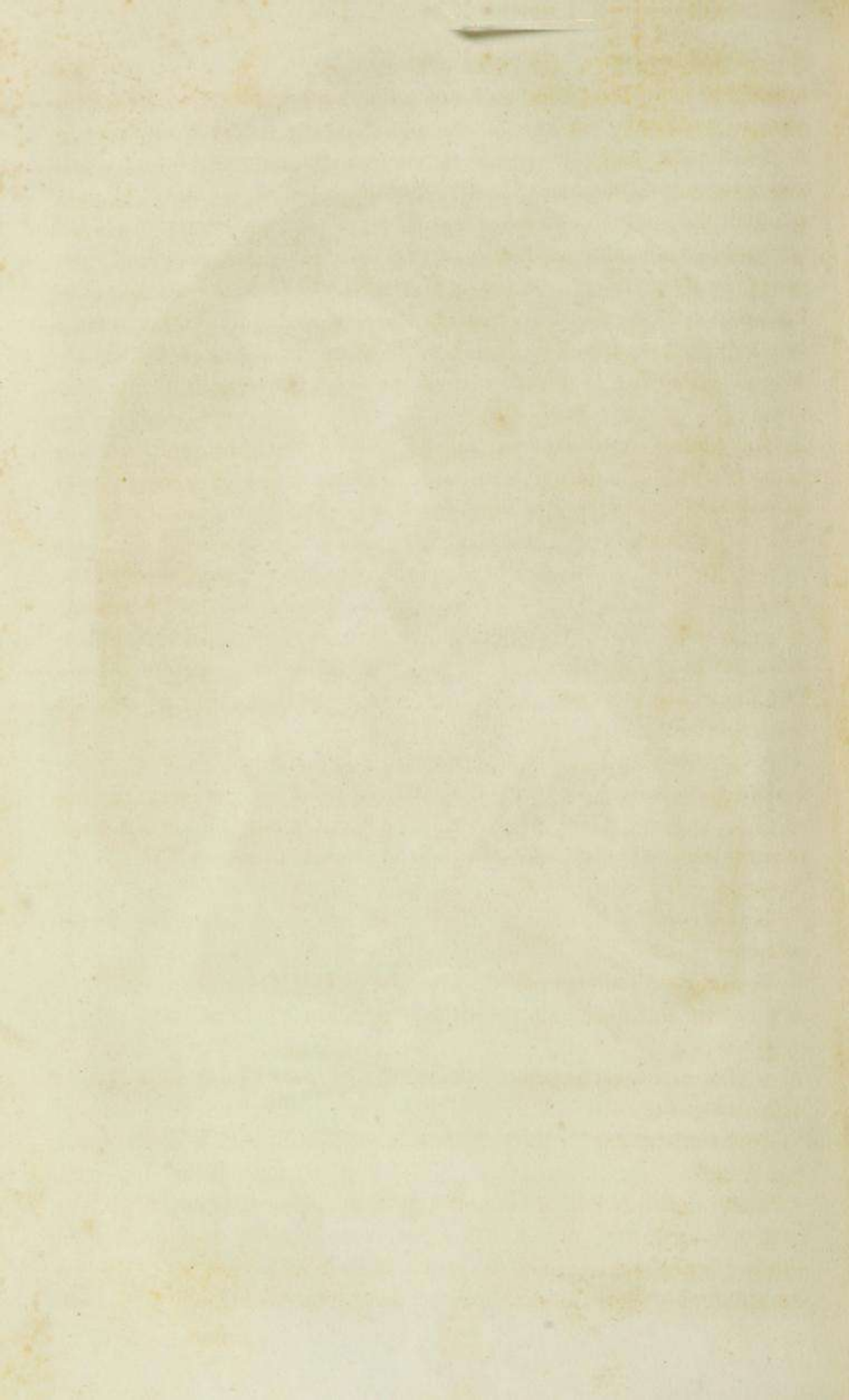


Castelli del.

Editor Juan Alvarez Parcolana.

Paris 1844.

La Caverna de la Sacerdotiza.



un grueso collar de plata daba dos ó tres vueltas en torno del cuello y colgaba sobre su pecho casi desnudo. Su trage consistia en una túnica de lienzo casi negra por lo sucia, una chaqueta de pieles, y calzones de la misma tela que la túnica, sujetos por un cinturón del cual pendian por un lado una larga espada y por otro una hacha de piedra cortante. Anchas tiras de piel curtida (de piel humana tal vez) se cruzaban sobre su calzado desde el tobillo hasta encima de las rodillas, y se apoyaba en una pica armada de un hierro agudo. Los demás reyes que acompañaban á Neroweg estaban pintados, vestidos y armados como él, y sus rostros espresaban una gravedad salvaje y feroz.

Elwig, que continuaba arrodillada silenciosamente á mi lado, habia ocultado hasta entónces mi rostro á Neroweg, pero el rey tocó brutalmente con el mango de la lanza el hombro de su hermana, y le dijo con aspereza :

— ¿Porqué me envias á buscar antes de cocer á este galo para tus augurios? ¿No sabes que los desolladores querian regalarme su piel?

— La hora no es propicia, respondió la sacerdotisa con tono misterioso; la noche oscura es preferible para sacrificar á los dioses infernales. Este galo dice que te trae, ó rey poderoso, un mensaje de Victoria y de su hijo.

Neroweg se acercó y me miró con desdeñosa indiferencia, pero examinándome con mas atencion é inclinándose para mirarme mejor, sus facciones revelaron de pronto la espresion del odio y de la ira triunfante, y exclamó como si no diese crédito á sus ojos :

— ¡Es él...! el soldado que...

— ¿Le conoces? preguntó Elwig á su hermano: ¿conoces á este prisionero?

— ¡Retirate! respondió bruscamente Neroweg; ¡retirate!

Y repitió mirándome otra vez con atencion :

— ¡Si, es él... es él!

— ¿Le encontraste acaso en la batalla? volvió á preguntar Elwig. Responde...

— ¿No te retiras? repitió Neroweg amenazando á la sacerdotisa con la lanza.

Estaba mirando en aquel momento el grupo de los guerreros negros, y ví á Riowag, el rey de los guerreros negros, á quién contenian sus compañeros, pues se llevaba la mano á la espada para vengar sin duda el insulto que hacia Neroweg á su hermana.

Pero la sacerdotisa, en vez de obedecer á Neroweg y temiendo tal vez que en su ausencia hablase al águila terrible de los ricos presentes de Victoria y de su proyecto fratricida, exclamó :

— No... no... me quedo aquí. Este prisionero me pertenece para mis augurios. No quiero apartarme de él... es mio.

Neroweg, en vez de responder, descargó un golpe con el cuento de la lanza en la espalda á Elwig, despues hizo una señal, y varios guerreros de los que le habian acompañado rechazaron violentamente á la sacerdotisa, así como á las dos viejas, hasta la caverna cuya puerta custodiaron espada en mano.

Fué preciso que los guerreros que rodeaban á Riowag hiciesen grandes esfuerzos para oponerse á que se precipitara con la espada desnuda contra el águila terrible, pero este, no pensando mas que en mí, no reparó en la furia de su rival, y me dijo con voz trémula de ira y empujándome con el pié :

— ¿ Me conones, perro ?

— Te conozco.

— ¿ Conoces esta herida ? añadió Neroweg llevándose la mano á la profunda cicatriz que surcaba su mejilla ; ¿ la conoces ?

— Si, es obra mia... Te herí en leal combate.

— ¡ Mientes ! En combate traidor porque erais dos contra uno.

— Atacabas con furia al hijo de la gran Victoria que estaba herido y apenas podia su mano manejar la espada. ¿ Fué acaso una traicion el correr en su auxilio ?

— ¡ Y me señalaste en la cara con tu espada, perro !

Y Neroweg me descargó varios golpes con el cuento de la lanza escitando la risa de los demás reyes.

Me acordé entónces de Guilhern, mi noble antepasado, que hallándose cargado de cadenas, soportaba con dignidad los cobardes y crueles insultos de los romanos despues de la batalla de Vannes, y deseando imitarle, dije á Neroweg :

— Maltratas á un soldado sin armas y atado que, confiando en la tregua, vino á tu campamento pacíficamente. ¡ Tu accion es una indigna cobardia ! No te atreverias á maltratarme si estuviera en pié y con una espada en la mano.

El gefe franco me respondió despues de reirse cruel y groseramente :

— Loco es quién pudiendo matar á su enemigo desarmado no le mata. Quisiera poder matarte dos veces, porque eres doblemente mi

enemigo. Te odio porque eres galo y tu raza posee el país que los francos venimos á conquistar, y te odio porque me señalaste en el rostro y esta herida me deshonor eternamente. Quiero hacerte padecer tanto, que tus padecimientos equivalgan á dos... á mil muertes, si me es posible, perro galo.

—El perro galo es un noble animal de caza y de guerra, le dije, y el lobo franco es una fiera rapaz y traidora, sedienta de sangre, pero no tardarán los valientes perros galos en arrojar de sus fronteras á los lobos voraces que han salido de los bosques del Norte. ¡Ay de tí si te niegas á oír el mensaje de Victoria y de su esforzado hijo ay... de tí! Se travará entre el lobo franco y el perro galo una guerra á muerte, una guerra de esterminio.

Neroweg descolgó el hacha con los ojos brillantes de ira y rechinando los dientes, y empuñandola con ambas manos, la levantó contra mí para despedezar mi cabeza. Creí que habia llegado mi hora postrera, pero dos reyes de los que le acompañaban contuvieron el brazo del hermano de Elwig y le digeron algunas palabras en voz baja que parecieron tranquilizarle.

Se puso entónces de acuerdo con sus compañeros, y me dijo:

—¿Qué mensaje te ha encargado Victoria para los reyes de los francos?

—El mensajero de la gran Victoria y del valiente Victorino debe hablar en pié, sin ataduras, la frente erguida, y no tendido en el suelo y atado como el buey que espera el cuchillo del carnicero. Manda que me desaten, ó de lo contrario no hablaré aunque me mates.

—¡Habla al instante sin condiciones, perro galo!

—¡No!

—Yo haré que obedezcas.

—No lo creo.

Neroweg habló en voz baja con uno de los reyes, el cual fué á sacar de debajo el cubo de bronce dos tizones encendidos. Me cogieron entonces por los hombros y por los pies para impedir que hiciera el menor movimiento, y el franco colocó los tizones sobre el acero de mi coraza formando una especie de brasero, mientras Neroweg se reia á carcajadas y decia:

—Hablarás, ó serás tostado como la tortuga en su concha.

El acero de la coraza empezaba á calentarse debajo de los tizones que dos reyes francos animaban soplando, y como padecia mucho, exclamé:

— ¡ Ah ! ¡ Neroweg ! Neroweg... cobarde verdugo ! Sufriria este tormento con mayor gozo si supiera que habia de encontrarme otra vez frente á frente de tí con una espada en la mano para señalarte en la otra mejilla. Tu lo has dicho... ¡ odio á muerte entre las dos razas !

— ¿ Cual es el mensaje de Victoria ? repitió el águila terrible. Responde...

No respondí, aunque el dolor que sentia era intenso, porque el acero de la coraza se calentaba cada vez mas y por todos lados.

— ¿ Hablarás ? preguntó el gefe franco á quien asombraba mi constancia.

— Ya te he dicho que el mensajero de Victoria solo hablará cuando esté en pié y libre, respondí con acento resuelto.

Ora creyese el rey franco que le interesaba saber el mensaje de que estaba encargado, ora accediese á las observaciones de sus compañeros, menos feroces que él, uno de ellos me quitó el casco, fué á llenarlo de agua en la fuente que manaba entre los peñascos de la caverna, y vertió el agua fresca sobre mi coraza casi candente que poco á poco se fué enfriando.

— Desatadle, dijo Neroweg, pero rodeadle, y que muera si trata de huir.

Recobré mis fuerzas mientras me desataban, porque el dolor me habia dejado desfallecido. Bebí el agua que habia quedado en el casco, y me levanté en medio de los reyes francos que me rodeaban para impedir la fuga.

— ¿ Cuál es tu mensaje ? me dijo Neroweg.

— Se ha hecho una tregua entre nuestros dos ejércitos. Victoria y su hijo me envian para que os diga : Francos, desde que salisteis de vuestros bosques del norte poseeis todo el pais de Alemania que se estiende sobre la orilla izquierda del Rhin. Este territorio es tan fértil como el de la Galia : antes de vuestra invasion producia toda clase de frutos en abundancia, pero vuestras violencias y crueldades han ahuyentado á casi todos sus habitantes. ¿ Porqué no cultivais este fértil suelo en vez de hacernos la guerra sin cesar y vivir de rapiñas ? ¿ Os impele acaso á obrar así el deseo de combatir ? Los galos sabemos apreciar el noble ardor bélico, y si deseais saciarlo, enviad en cada nueva luna mil ó dos mil guerreros escogidos á una de las grandes islas del Rhin, nuestra frontera comun, y nosotros enviaremos igual número de guerreros. Combatamos allí á muerte y segun el

capricho de cada cual, pero que podamos al menos francos y galos cultivar en paz nuestros campos, y trabajar, fabricar y enriquecer nuestro pais sin vernos obligados á velar continuamente en la frontera llevando una espada colgada del arado. Si rehusais esta proposicion, os haremos una guerra de esterminio para arrojaros de nuestras fronteras y perseguiros hasta vuestros bosques. Siendo vecinos y no estando separados mas que por un rio, es preciso ser amigos ó que uno de los dos pueblos destruya al otro. ¡Elegid! He dicho en nombre de la gran Victoria y de su esforzado hijo Victorino.

Neroweg consultó con varios de los reyes que le rodeaban, y me respondió con insolencia.

— El franco no pertenece á ningunà de esas razas viles que, como la de los galos, cultivan la tierra y trabajan. La guerra es su oficio, y los dioses nos envian desde nuestros bosques para conquistar los paises donde brilla el sol y apoderarnos del buen vino, de las ricas armas, de las copas de oro y plata, de las ciudades populosas, de los magníficos palacios romanos, de las hermosas mujeres galas y de los esclavos laboriosos y sumisos que trabajan para sus amos mientras estos beben, cantan, duermen y hacen el amor y la guerra. Los dioses nos guian, porque nos han ofrecido vuestras riquezas, y nuestra espada no descansará hasta que sean nuestras. He aqui la respuesta que doy á Victoria.

Los demas gefes aprobaron las palabras de Neroweg con sus risas y clamores, y repitieron:

— Sí, nuestra espada no descansará hasta que poseamos vuestras riquezas.

— ¡Es decir, respondí mofándome de su salvage insolencia, que quereis conquistarnos y esclavizarnos sin haberos provocado? ¿No sabeis que nuestra raza dominó el universo durante largos siglos? Olvidais, sin embargo, altivos francos que intentais apoderaros de las riquezas de las Galias, que los romanos, á pesar de su poderio universal y de sus innumerables ejércitos, se han visto precisados á restituirnos una por una todas nuestras libertades, de modo que nuestros conquistadores, vencidos en sangrientas batallas, son tan solo ya nuestros aliados. Oid, altivos francos, oid: los galos, solos y sin alianza romana, os arrojaremos de nuestras fronteras y os esterminaremos hasta el último, si persistís en ser malos vecinos y en desear apoderaros de la Galia.

— ¡Los dioses nos guian! exclamó Neroweg. Los dioses nos han

prometido el imperio del universo, y todos los países en que alumbraba el sol serán de los francos. Nuestro ejército es cuatro veces mas numeroso que el vuestro, y vosotros tendreis que defender vuestros palacios, vuestras ciudades, vuestras riquezas y vuestro fértil territorio, en tanto que nosotros no tenemos nada que defender, porque nos acampamos en nuestras tiendas ó dormimos sobre el lomo de los caballos, y nuestra única riqueza es la espada. Mira, pues, si es desigual la lucha y si tarde ó temprano no esclavizaremos tu raza.

— Pregunta á los romanos, cuyo ejército es mas numeroso que el tuyo, cuantas cohortes extranjeras ha devorado la Galia. Las batallas mas sangrientas que han dado los conquistadores del mundo, no les han costado la cuarta parte de los soldados que esterminaron nuestros antepasados los esclavos insurgentes, armados de hoces y hachas. ¡ Ay de vosotros si no os alejais de la Galia!

— ¿ Te atreves á hablar con tanta osadía, perro galo, dijo Neroweg con ira, estando prisionero y bajo la punta de nuestras espadas?

— Me parece que el momento es el mas oportuno.

— Y á mi me parece tambien que el momento es el mas oportuno para hacerte padecer mil muertes, dijo el gefe franco escitado por la cólera de sus compañeros. Si; vas á padecer mil muertes, y despues, mi única respuesta al audaz mensaje de Victoria consistirá en enviarle tu cabeza y decirle en nombre de Neroweg, el águila terrible, que ya que es bella aun tu Victoria, iré á prenderla en medio de su campamento antes que el sol haya asomado seis veces, y que la regalaré á mis soldados para que la insulten como la mas vil de las esclavas.

Al oír una insolencia tan feroz contra la mujer que mas veneraba en el mundo, perdí á pesar mio la presencia de ánimo, y como estaba desarmado, cogí uno de los tizones con que los francos me habian atormentado, lo enarbolé rápidamente y descargé tan rudo golpe en la cabeza á Neroweg que, aturdido con el golpe, dió algunos pasos atrás, bamboleó y cayó en el suelo sin conocimiento.

Diez espadas cayeron al momento sobre mí, pero me preservaron el casco y la coraza, porque era tan ciega la rabia de los gefes francos que descargaron los primeros mandobles al azar gritando:

— ¡ Muera!

Solamente Riowag, el gefe de los guerreros negros, no trató de vengar el golpe que habia descargado á Neroweg, y se aprovechó del

tumulto para entrar en la caverna á donde habian rechazado á Elwig, porque los dos gefes que guardaban espada en mano la entrada de la gruta acudieron en auxilio del águila terrible.

Pocos momentos despues de haber penetrado Riowag en la caverna, la sacerdotisa y las dos viejas salieron precipitadamente de su guarida con los cabellos en desorden, la mirada azorada, las manos alzadas al cielo y exclamando:

—Llegó la hora... el sol se oculta... se acerca la noche... ¡Muera... muera el galo que hirió al águila terrible! ¡Muera... muera el galo! ¡Atadle! Vamos á leer los augurios en el agua mágica...

—¡Si... muera! gritaron los francos arrojándose sobre mí y atándome sin compasion. ¡Que perezca en el mas espantoso suplicio!

—¡Su vida pertenece á las sacerdotisas! exclamaron á un tiempo Elwig y las dos viejas haciendo convulsiones estrañas que infundieron á los gefes francos supersticioso terror.

—Galo que has herido á mi hermano, á la sangre de mi sangre, los dioses infernales te entregan en mi poder, gritaba Elwig retorciendo los brazos, lanzando horribles alaridos y arrojándose sobre mí con furia fingida ó verdadera. Venid... venid... arrastremosle á la caverna, añadió dirigiendose á las dos viejas; es preciso prepararlo á la muerte con crueles tormentos...

La confusion que habia ocasionado entre los francos el golpe que descargué á Neroweg, les impidió desde luego el oponerse al desigño de Elwig y de las dos viejas, y hasta algunos de ellos les ayudaron á entrarme en la caverna, mientras los demás se agrupaban solícitos en rededor del Águila terrible que estaba tendido en el suelo, pálido, inanimado y con la frente bañada en sangre.

—Nuestro gran gefe no ha muerto, decian unos; tiene las manos calientes y late su corazon.

—Es preciso trasladarle á su tienda.

—Si muere, tiraremos á la suerte sus cinco caballos negros y su hermosa espada gala con empuñadura de oro.

—Los caballos y las armas de Neroweg pertenecen al gefe mas antiguo, dijo uno de los que sostenian al Águila terrible, y ese soy yo. Son míos los caballos y las armas.

—¡Mientes! respondió el que sostenia á Neroweg por el otro lado. Sus caballos y sus armas me pertenecen porque soy el mas antiguo compañero de guerra, y porque me ha dicho que cuando muera serán míos sus caballos y sus armas.

— ¡No! gritaron los demás gefes, no, todo lo de Neroweg ha de tirarse á la suerte entre nosotros.

Desde la entrada de la caverna á donde me conducian ví que se animaba la contienda, y brillaron y se cruzaron las espadas en medio del mas estrepitoso tumulto, mientras Neroweg era abandonado y pisoteado en la lucha. Elwig conoció que iba á derramarse sangre, y dejándome en su guarida, se arrojó entre los combatientes, esforzándose en separarlos y gritando:

— ¡Baldon para los cobardes que se disputan los despojos del que no ha sido muerto ni vengado! ¡Baldon para los cobardes que se disputan los despojos del hermano delante de su hermana! ¡Caiga la ira celeste sobre los impios que turban la quietud de los lugares consagrados á los dioses infernales!

É irguiéndose con ademan inspirado y terrible, levantó las manos cerradas sobre su cabeza exclamando:

— Tengo las manos llenas de espantosas desgracias. ¿Quereis que las abra sobre vosotros? ¡Temblad! ¡temblad!

Aterrados los bárbaros con aquella amenaza, inclinaron involuntariamente la cabeza como si temiesen que cayeran sobre ellos las misteriosas desgracias que iban á salir de las manos de la sacerdotisa, y volviendo á envainar las espadas, reinó el mas profundo silencio.

— Traslada el Aguila terrible á su tienda, dijo entonces Elwig. La hermana va á acompañar á su hermano herido, y custodiarán al prisionero galo en la caverna *Map y Mob* que me ayudan en los sacrificios. La noche se acerca, y cuando reinen sus tinieblas, Elwig volverá aqui con Neroweg, se dará principio al suplicio del prisionero, y leeré los augurios en las aguas mágicas donde estará hasta que arroje el postrer suspiro.

Perdí mi única esperanza, porque si Elwig queria volver con su hermano era porque renunciaba sin duda al designio que le habia inspirado su codicia y en el cual veia mi salvacion. Estaba sólidamente atado, con las manos sujetas por la espalda y las piernas travadas con un cinturon que apenas me permitia dar un paso. Cuanto mas penetraba en el subterráneo eran mas densas las tinieblas.

Despues de haber andado largo rato guiado por las viejas, una de ellas me dijo:

— Tiéndete en el suelo. El sol se ha ocultado, y voy con mi compañera á encender el fuego para que esté preparado cuando vuelva Elwig. No esperarás mucho rato.

Las asquerosas viejas se elejaron y me quedé solo.

Veia á lo lejos que la luz que penetraba en la caverna se debilitaba por momentos y á medida que el crepúsculo luchaba con las sombras de la noche. No tardó en oscurecerse enteramente la entrada, y únicamente el fuego avivado por las viejas debajo del cubo de bronce arrojaba llamas rojizas que se extinguian en las tinieblas de la gruta.

Traté de romper mis lazos. Si hubiera conseguido tener libres las piernas y las manos, hubiese intentado desarmar á uno de los francos que custodiaban la cueva, y espada en mano y protegido por la oscuridad, me hubiese dirigido hácia la orilla del Rhin guiado por el rumor de las aguas del rio. Douarneek no se habia alejado tal vez aun de la orilla para volver al campamento como se lo habia mandado, pero á pesar de mis esfuerzos no pude romper las cuerdas de arco y los cinturones que me sujetaban. Un sordo y creciente rumor me anunciaba ya que llegaba un gran número de hombres y que se reunian en las cercanias de la caverna para presenciar sin duda mi suplicio y oir los augurios de la sacerdotisa.

Creí que no tenia mas recurso que resignarme á mi suerte, y dediqué mis últimos pensamientos á mi esposa y á mi hijo, á Victorino y á Victoria.

De pronto oí la voz de Elwig á dos pasos detras de mi, en medio de las tinieblas que me rodeaban, y me estremecí de sorpresa, porque estaba cierto de que no habia venido por la entrada de la caverna.

— ¡Sigueme! me dijo.

Y al mismo tiempo cogió mi mano con la suya que abrasaba.

— ¿Cómo has llegado aqui? le pregunté asombrado, recobrando la esperanza y haciendo un esfuerzo para andar.

— La caverna tiene dos salidas, dijo Elwig; una es secreta; solo la sé yo, y por ella acabo de llegar hasta aqui mientras los reyes me esperan en rededor de la caldera. ¡Ven! ven!... llévame á la barca donde está el tesoro.

— Tengo las piernas atadas, le dije, y apenas puedo dar un paso.

Elwig no respondió, pero advertí que cortaba con su cuchillo el cuero de los cinturones y las cuerdas de arco que me sujetaban. ¡Estaba libre!

— ¿Ha recobrado el sentido tu hermano? le pregunté siguiéndola.

— Neroweg está aun aturdido, y espera en su tienda el momento

de tu suplicio. He de ir á anunciarle la hora de los augurios. Quiere verte padecer lentamente. ¡Sigueme!

— La oscuridad es tan densa que no veo donde pongo el pié.

— Dame la mano.

— Si tu hermano, cansado de esperar, le dije dejándome guiar, entra con los gefes en la caverna y no nos encuentran, vendrán en nuestra persecucion.

— Solamente yo conozco esta salida, mi hermano y los gefes creerán al no hallarnos aqui, que te he enviado ya á los dioses infernales. No temes; sigueme.

Mientras Elwig me inducia á que la siguiera andábamos, por un camino tan estrecho que por ambos lados tocaba las paredes de los peñascos. Aquella senda se inclinó pareciendo que iba á hundirse en las entrañas de la tierra, y pocos momentos despues fué tan pendiente que mis piernas adormecidas aun por la violenta presion de las ataduras, apenas podian moverse para seguir los pasos precipitados de la sacerdotisa. Pronto hirió en mi rostro una corriente de aire fresco, y supuse que íbamos á salir por fin del subterráneo.

— Esta noche, me dijo Elwig con voz breve y anhelosa, huiré con el rey á quien amo y que nos espera fuera de esta caverna. Este gefe es robusto, valiente y está bien armado. Nos acompañará hasta tu barca, y si me has engañado, Riowag te matará... ¿oyes, galo?

La amenaza no me intimidó, teniendo las manos y los pies libres: mi inquietud era tan solo el no volver á encontrar á Douarnek y la barca.

Pocos momentos despues salimos de la gruta. Las estrellas brillaban con tal fulgor en el firmamento que, luego que salimos del bosque, distinguíamos los objetos que nos rodeaban.

La sacerdotisa se paró un momento y gritó:

— ¡Riowag!

— Aqui está Riowag, respondió una voz tan próxima, que el rey de los guerreros negros, que acababa de responder á la sacerdotisa, estaba sin duda cerca de mi y me tocaba, y sin embargo, en vano me esforcé en distinguir su forma negra en medio de la noche. Entónces me convencí de que aquellos guerreros debian ser temibles en las emboscadas nocturnas confundiendo con las tinieblas.

— ¿Está muy distante la orilla del Rhin? pregunté á Riowag. Debes saber el parage donde he desembarcado pues eres el gefe de los que me enviaron una granizada de flechas.

—No tenemos que andar mucho rato para llegar al parage donde desembarcaste , me respondió Riowag.

—¿Será preciso pasar por el campamento? le dije viendo á corta distancia el resplandor de las hogueras de los francos.

Mis dos guias no me respondieron , se dijeron en voz baja algunas palabras , me cogió cada uno por un brazo ; y seguimos un camino que se alejaba del campamento.

No tardé en oír el sordo murmullo de la corriente del Rhin , y á cada instante nos acercábamos mas á la orilla. Vi por fin desde la cima del collado donde nos hallábamos una especie de superficie blanquecina al través de la oscuridad de la noche.

¡Era el rio!

—Subamos doscientos pasos por el arenal de la orilla , dijo entonces Riowag , y llegaremos al parage donde desembarcaste. Tu barca debe esperarte á pocos pasos de allí. Si nos has engañado , tu sangre enrojecerá la orilla y las aguas del Rhin arrastrarán tu cadáver.

—¿Puede llamarse en voz alta desde la orilla, pregunté al franco, sin que puedan oírnos las avanzadas del campamento?

—El viento sopla desde la orilla hácia el Rhin , dijo Riowag con sagacidad de salvaje , y puedes llamar en voz tan alta como quieras porque no te oirán desde el campamento y sí desde el medio del rio.

Despues de haber andado largo rato , Riowag se paró y dijo :

—Aquí desembarcaste , y tu barca debe esperar cerca de este sitio. Como guerrero nocturno , estoy acostumbrado á ver al través de las tinieblas , pero no veo tu barca.

—¡Nos has engañado ! ¡nos has engañado ! murmuró Elwig con voz sorda. ¡Morirás!

—La barca , les dije , despues de haberme esperado todo el dia , se habrá alejado á la otra orilla. Llamaré aprovechándome del viento que llevará mi voz á lo lejos.

Y lancé el grito de guerra de los galos á que estaban tan acostumbrados los oídos de Douarne.

Solo me respondieron el rumor del viento y el sordo estruendo de las aguas.

Douarne habia ejecutado sin duda mis órdenes regresando al campamento al ocultarse el sol.

Lancé otra vez nuestro grito de guerra.

Solo me respondieron el rumor del viento y el sordo estruendo de las aguas.

Queriendo ganar tiempo y prepararme á la defensa, dije á Elwig:

— El viento sopla de la orilla y lleva mi voz á lo lejos, pero rechaza las voces que tal vez me responden. Esperemos.

Al hablar así trataba de ver al través de las tinieblas las armas que llevaba Riowag, y ví que pendía de su cinturón un puñal y que empuñaba su corta y ancha espada que acababa de desenvainar. Elwig tenía el cuchillo en la mano. Aunque estaban á mi lado y casi tocándome, podía huir de un salto, pero esperé. De pronto oí á lo lejos el ruido acompasado de los remos. Mi grito había llegado á los oídos de Douarnek.

La angustia de Elwig y de su compañero se aumentaba sin duda á medida que se aproximaba la hora decisiva, porque si me mataban perdían los tesoros que, según les había dicho, traerían mis soldados, y si permitían que estos desembarcasen me proporcionaban nuevos auxiliares que me daban la ventaja de la fuerza. Elwig advirtió entonces sin duda que su codicia salvaje la había inducido á dar un paso arriesgado, porque al ver que la barca se acercaba rápidamente, me dijo con voz alterada:

— Todo el mundo ensalza la lealtad de los galos. ¿Me habrás engañado con una falsa promesa después de salvarte la vida?

Aquella sacerdotisa del infierno, codiciosa y feroz que había concebido la idea de cortarme la lengua para asegurarse de mi silencio, y que pensaba friamente en añadir el fratricidio á sus crímenes, solo me había salvado la vida impulsada por un sentimiento de baja codicia, y sin embargo, me conmoví al recordarme la lealtad de mi raza, y casi me reprendí la mentira, aunque podía escusarla la traición de los francos; pero en aquel momento solo debía pensar en salvarme. Me arrojé, pues, sobre Riowag, y llegué á desarmarle tras una lucha violenta en la que no se atrevió á intervenir Elwig temiendo herir á su amante.

Empuñé entonces la espada de Riowag y exclamé:

— No, no tengo tesoro alguno, Elwig, pero si temes volver al lado de tu hermano, sígueme, y Victoria te tratará con bondad... Te lo prometo.

La sacerdotisa y Riowag prorumpieron en alaridos furiosos y se arrojaron sobre mi sedientos de mi sangre. En la lucha maté al jefe de los guerreros negros que quería herirme con el puñal, y recibí una herida en el brazo de Elwig al arrancarle el cuchillo que arro-

jé en el rio en el momento que saltaban en la orilla Douarneki y otro soldado atraídos por los gritos de la lucha.

— Scanvoch, me dijo Douarneki, no hemos regresado al campamento al ocultarse el sol, como me habias mandado, y hemos esperado cerca de la orilla decididos á pasar allí la noche, pero pensando que vendrias á otro sitio, hemos recorrido la orilla volviendo de vez en cuando al punto donde desembarcaste. Habiendo oido en una de estas escursiones el grito de guerra galo y hace un instante el ruido de la lucha, hemos desembarcado para venir en tu auxilio. Cuando te ví esta mañana rodeado por aquellos demonios negros, nuestro primer impulso fué remar hácia la orilla y correr á morir á tu lado, pero me acordé de tus órdenes, y reflexionamos que si sucumbiamos, te privabas del único recurso de retirada. Por fin te veo. No te detengas; volvamos al campamento. ¿Quién sabe si nos espian los desolladores?

Mientras Douarneki me aconsejaba que huyese, Elwig se arrojó sobre el cadáver de Riowag lanzando rugidos de furor mezclados de desgarradores sollozos. Aunque aquella criatura era tan detestable, su dolor me conmovió.

Iba á hablarle cuando Douarneki exclamó:

— Scanvoch, ¿ves á lo lejos aquellas antorchas?

Y me indicó en direccion al campamento de los francos varias luces rojizas que se aproximaban con rapidez.

— Han advertido tu fuga, Elwig, le dije tratando de separarla del cadáver de su amante que tenia estrechamente abrazado, lanzando dolorosos gritos. Tu hermano te persigue... No te detengas. ¡Ven... sígueme!

— Scanvoch, me dijo Douarneki mientras me esforzaba en vano en convencer á Elwig que solo me respondia con sollozos. ¿No ves esas antorchas? ¿no oyes sus gritos de guerra y el rápido galope de sus caballos? No estan á mas de seis tiros de flecha de la orilla. He encallado la barca para llegar mas pronto aquí, y apenas tendremos tiempo para sacarla. ¿Quieres morir cuando estás salvado? Si hemos de huir, huyamos pronto...

— ¡Es tu hermano... van á matarte! dije por última vez á Elwig deseando salvarla en la barca. ¡Dentro de un instante será ya tarde!

Y como la sacerdotisa no respondia, dije á Douarneki:

— Ayúdame... llevemosla á la fuerza.

Para arrancar á Elwig del cadáver de Riowag que abrazaba con

fuerza convulsiva hubiera sido preciso llevarse los dos cuerpos, y renunciarnos á nuestro intento.

Los guerreros francos se acercaban tan rápidamente, que la luz de las antorchas se reflejaba ya en las piedras de la orilla.

No era ya tiempo de salvar á Elwig. Nuestra barca desencalló, no sin costarnos algunos esfuerzos, y cogiendo yo el timon, Douarne y los otros dos soldados remaron con fuerza.

Nos hallábamos á un tiro de flecha de la orilla cuando vimos al resplandor de las antorchas los primeros ginetes francos, y reconocí al frente de ellos á Neroweg, el Aguila terrible, que se distinguia por su estatura colosal. Seguíanle varios guerreros que ahullaban de rabia y entraron en el rio hasta que el agua llegó hasta el petral de sus caballos, agitando con una mano sus largas lanzas y con otra las antorchas cuyos rojizos reflejos brillaban á lo lejos en las aguas del rio.

Nuestra barca se alejaba con rapidez.

Estaba sentado en el timon y con la espalda vuelta á la orilla.

— Esos bárbaros, dije á Douarne tristemente, habrán dado muerte ya á la desventurada.

Y la barca seguia surcando rápidamente las aguas.

— ¿Es un hombre, una mujer ó un demonio ese bulto que nos sigue? exclamó al cabo de algunos instantes dejando los remos y levantándose para mirar la estela de la barca que iluminaba un resplandor lejano de las antorchas agitadas por los ginetes que desistían de perseguirnos.

Me levanté tambien para mirar hácia el mismo sitio, y despues de un momento de observacion, grité:

— ¡No remeis! ¡no remeis! Es ella... es Elwig. Douarne, dame un remo. Voy á salvarla, porque parece que se agotan sus fuerzas.

La sacerdotisa, al huir de su hermano y de una muerte segura, habia tenido que nadar con energia extraordinaria para alcanzarnos. Se asió del extremo del remo con crispada mano, hicimos retroceder la barca, y con auxilio de un soldado logré poner á bordo á Elwig.

— ¡Benditos sean los dioses! exclamé. Toda mi vida me hubiera arrepentido de tu muerte.

La sacerdotisa no respondió, se dejó caer en el banco de un remero, y ocultándose el rostro entre las rodillas, permaneció en hosco silencio.

Mientras los soldados remaban con vigor, miré á lo lejos detrás de

mi: las antorchas de los guerreros francos no parecían ya más que fulgores inciertos al través de la bruma de la noche y del húmedo vapor de las aguas del río. Llegábamos á la opuesta orilla y veíamos ya las hogueras de nuestro campamento.

Habia dirigido varias veces la palabra á Elwig sin que me respondiera. Tendí sobre sus hombros y su vestido empapado en el agua heladora del Rhin la capa de pieles de uno de los soldados, y al prodigarle este cuidado toqué uno de sus brazos que abrasaba. Estraña á lo que pasaba en la barca, no salía de su hosco silencio.

Al saltar en la orilla dije á la hermana de Neroweg:

—Mañana te llevaré al lado de Victoria, y hasta entonces te ofrezco hospitalidad en mi casa, donde te tratarán como amiga mi esposa y mi hermana.

Me hizo un ademán indicándome que estaba pronta á seguirme:

Douarneke me dijo entonces en voz baja:

—Voy á darte un consejo, Scanvoch. Luego que se haya enjugado y calentado en tu hogar esa mujer diabólica que te ha seguido á nado no sé porqué, encierrala hasta que asome el día, porque podría ahogar esta noche á tu mujer y á tu hijo. Mira que son muy astutas y feroces las mujeres francas.

—Seguiré tu consejo, dije á Douarneke.

Y me dirigí hacia mi casa, acompañado de Elwig que me seguía como un espectro.

Estaba á muy corta distancia de la puerta de mi casa cuando ví al través de la oscuridad un hombre subido al antepecho de una ventana, y que parecía examinar la cerradura. Me estremecí, porque aquella ventana era la del aposento ocupado por Ellen.

Dije entonces á Elwig en voz baja cogiéndola del brazo.

—No te muevas... espera...

Elwig se quedó inmóvil.

Dominé mi turbación, y me acerqué con tiento cuidando de que mis pies no hiciesen crugir la arena, pero el desconocido oyó mis pasos, saltó de la ventana y cayó entre las sombras. Iba á lanzarme en su persecución, cuando Elwig, creyendo que quería abandonarla se asió convulsivamente de mi brazo diciéndome con terror:

—Si me encuentran sola en el campamento galo me matarán.

A pesar de mis esfuerzos, no pude desprenderme de Elwig hasta que el desconocido desapareció en la oscuridad, y me era imposible alcanzarle estando ya tan distante y en una noche tan sombría.

Llamé á la puerta de mi casa sorprendido é inquieto con tan inespliable aventura, y al instante oí dentro las voces de mi mujer y de su hermana, á quienes inquietaba sin duda mi ausencia. Aunque ignoraban que habia ido al campamento de los francos, no se habian acostado.

— ¡ Soy yo ! grité. ¡ Soy Scanvoch !

Apenas se abrió la puerta, cuando mi esposa se arrojó en mis brazos diciéndome con tono de dulce y cariñosa espresion :

— ¡ Gracias al cielo que llegaste ! Empezábamos á alarmarnos viendo que no volvias desde esta mañana.

— Contábamos contigo para nuestra fiesta, añadió Leda ; ¿ pero qué ? se habrá estado con sus antiguos compañeros de guerra, sin acordarse de nosotras.

— Si, habrán hablado todo el dia de batallas, dijo Ellen sin dejar de abrazarme, y ni siquiera se habrá acordado Scanvoch de su esposa.

Interrumpió á Ellen un grito de Leda, que no habia visto desde luego á Elwig que permanecia en la sombra al lado de la puerta ; pero la hermana de mi mujer no pudo ocultar su sorpresa y su terror involuntario al aspecto de aquella criatura salvaje, pálida, siniestra é inmóvil.

Ellen se separó bruscamente de mi, vió tambien á la sacerdotisa, y me preguntó mirando con tanto asombro como su hermana :

— ¿ Quién es esa mujer, Scanvoch ?

— Hermana mia, exclamó Leda olvidando la presencia de Elwig y mirándome con mas atencion ; Scanvoch está herido ; ¿ no ves manchas de sangre en su brazo ?

Mi esposa palideció, se acercó rapidamente y me miró con angustia.

— Tranquilizate, le dijo, estas heridas son leves. Os he ocultado el objeto de mi ausencia : vengo del campamento de los francos.

— ¡ Del campamento de los francos ! exclamaron Ellen y Leda con terror.

— He ido esta mañana con un mensaje de Victoria.

— ¿ Es decir que has ido á buscar la muerte ? dijo mi esposa.

— He aqui la que me ha salvado de la muerte, dije á Ellen indicándole á Elwig que continuaba inmóvil. Os pido á ambas que la cuideis hasta mañana, porque debo presentarla á Victoria.

Al oír de mi labio que debía la vida á aquella estrangera, mi esposa y su hermana se dirigieron vivamente hácia ella en la espresion de su gratitud, pero casi al mismo tiempo se detuvieron aterradas con la siniestra é impasible fisonomía de Elwig que parecia no verlas y que tenia el pensamiento muy lejos de allí sin duda.

— Dadle únicamente algunos vestidos porque los suyos están empapados de agua, dije á mi mujer y á su hermana. Como no entiende el galo seria inutil cuanto le dijerais.

— Si no te hubiera salvado la vida, me respondió Ellen, te confieso que su aspecto sombrío y amenazador me repugnaria.

— Es salvaje como todos los de su raza. Cuando le hayais dado otro vestido la conduciré al aposento bajo donde la encerraré por prudencia.

Leda habia ido á buscar una túnica para Elwig, y dije á mi esposa:

— ¿Has oído esta noche... pocos momentos antes de mi llegada, algun ruido en la ventana de tu aposento?

— No, ni tampoco Leda porque no se ha separado de mi en todo el dia. ¡Estabamos tan inquietas con tu tardanza! Pero ¿porque me haces esa pregunta?

No respondí entonces á mi mujer, porque viendo que Leda volvia con la túnica, dije á Elwig entregándosela:

— Mi esposa y su hermana te dan esta túnica para que te quites tu vestido que está mojado ¿Necesitas alguna otra cosa? ¿Tienes hambre ó sed? Dí: ¿qué quieres?

— Quiero la soledad, respondió Elwig rechazando la túnica con un ademan; quiero la noche oscura.

— ¡Sígueme, pues! le dije.

Y salí delante de ella, abrí la puerta de un aposento bajo, y añadí levantando la luz para enseñarle la habitacion que la destinaba:

— Descansa en esta cama, y que los dioses te den el sueño mas apacible que desees.

Elwig no me respondió y se tendió en el lecho ocultándose el rostro con las manos.

— Ahora que he cumplido con este deber hospitalario, dije cerrando la puerta, ardo en deseos de abrazar á mi querido Aelguen.

Te encontré, hijo mio, en la cuna sumido en tranquilo sueño y te cubrí de besos cuya dulzura sentí con mas delicia al acordarme de que habia temido no volver á verte mas. Tu madre y su

hermana examinaron y curaron mis heridas que eran leves.

Mientras mi esposa y Ellen me prodigaban tan solícitos cuidados las conté que habia visto al llegar un hombre en el antepecho de la ventana examinando la cerradura. Mis palabras les causaron la mayor sorpresa porque nada habian oido, á pesar de hallarse en el aposento de mi esposa junto á la cuna de mi hijo.

Ellen me dijo despues de algunos momentos:

— ¿No sabes, Scanvoch, la novedad de hoy?

— ¿Qué novedad?

— Que ha llegado esta noche Tetric, el gobernador de Aquitania y y pariente de Victoria. La madre de los campamentos ha salido á esperarle á caballo, y le vimos pasar.

— ¿Victorino acompañaba á su madre? pregunté á mi mujer.

— Iba á su lado... y por eso no le hemos visto sin duda en todo el dia.

La venida de Tetric me dió mucho que pensar.

Leda me dejó solo con Ellen, porque era ya muy tarde, y debia ir el dia siguiente al amanecer á dar cuenta á Victoria y á su hijo del resultado de mi expedicion al campamento franco.

CAPÍTULO III.

La casa de Victoria, la madre de los campamentos. — El capitán Mario. — Victoria y su nieto. — Tetrik, gobernador de Gascuña. — La madre de los campamentos. — Elwig. — Ataque de los francos. — Batalla del Rhin.

Al asomar el día me dirigí á casa de Victoria.

Se llegaba á su modesta morada por un callejón estrecho y bastante largo formado por altos atrincheramientos que dependían de las fortificaciones de una de las puertas de Maguncia. Estaba á unos veinte pasos de la casa de la madre de los campamentos, cuando oí detrás de mí este grito lanzado con acento de terror:

— ¡ Socorro ! ¡ socorro !

Al volverme ví con temor llegar hácia mí con rapidez una carroza de dos ruedas tirada por dos caballos que no podía sujetar el cochero.

No podía arrojarme á derecha ni á izquierda de aquel callejón estrecho para dejar pasar la carroza cuyas ruedas tocaban casi en ambas paredes, y como me hallaba demasiado lejos de la puerta de la casa de Victoria para refugiarme en ella aunque huyese con rapidez, iba á ser pisoteado por los caballos. Mi primer impulso fué esperarlos y tratar de asirlos por la brida y detenerlos á pesar de que estaba casi seguro de sucumbir, y tendía hácia adelante las manos cuando apenas tocaba el freno de los caballos, se pararon prodigiosamente como si mi ademán hubiera bastado para poner fin á su impetuoso galope. Contento de haberme salvado de una muerte casi segura, pero no creyéndome mágico ni capaz de contener con un ademán los caballos desbocados, iba á examinar retrocediendo algunos pasos la causa de tan extraordinaria y súbita detención, cuando no tardé en advertir que los caballos, aunque obligados á seguir parados, hacían violentos esfuerzos para avanzar, ya encabritándose, ya agitando sus piernas, como si una fuerza incomparable hubiese atascado de pronto la carroza.

No pudiendo resistir mi curiosidad, me acerqué y pasando con dificultad entre los caballos y la pared de la trinchera, llegué á subir á la delantera de la carroza donde el cochero estaba temblando y pálido como un cadáver. Desde allí salté á la parte posterior, y ví con estupor un hombre de elevada estatura y robusto como Hércules

asido á dos especies de adornos que terminaban la caja de la carroza. Aquel coloso acababa de contener los caballos desbocados gracias á su fuerza sobrehumana.

— ¡ El capitán *Mario*! exclamé. Debí sospecharlo porque eres el único en el ejército galo capaz de detener una carroza en su rápida carrera (1).

— Dí á ese maldito cochero que contenga con las riendas los caballos porque mis manos empiezan á cansarse, me dijo el capitán.

Daba esta orden al cochero que principiaba á recobrar la presencia de ánimo, cuando ví que algunos de los soldados de la guardia de Victoria salían de la casa y corrían á abrir la puerta del patio para dar libre entrada á la carroza.

— Ya pasó el peligro, dije al cochero, y conduce ahora despacio los caballos hasta la casa. Pero ¿ á quien pertenece este carruage?

— A Tetrik, gobernador de Gascuña, que llegó ayer á Maguncia y vive en casa de Victoria, me respondió el cochero calmando con la voz á los caballos.

Mientras entraba la carroza en casa de la madre de los campamentos me acerqué al capitán para darle las gracias por su auxilio inesperado.

Como te he dicho antes, Mario había dejado su yunque de herrero por la espada, y era conocido y amado en el ejército, tanto por su valor heroico y su fuerza extraordinaria como por su criterio, su prudencia, su austeridad de costumbres y su extrema honradez.

Mario, que se había quitado el casco y se enjugaba la frente bañada en sudor, llevaba una coraza de mallas de acero, colgábale del cinto una larga espada, y sus polvorientas botas anunciaban que acababa de hacer alguna correría á caballo. Su abultado y moreno rostro, que ocultaba en gran parte una barba abundante y algo canosa, era tan simpático como jovial.

(1) Mario ó Marion había sido en su juventud armero, y la popularidad que gozaba era extrema, pero la merecía legítimamente por sus prendas morales, por su franqueza y su recto corazón, así como por sus ventajas exteriores, por su destreza en todos los ejercicios y su fuerza poco común. Su vigor era tan extraordinario, dice Trebelio Polion (*Trig. Tyr.*, 187) que «podía contener un carro rodando con rapidez, y pulverizaba en su mano los cuerpos más duros.» Admirábase además su carácter sencille que no deslumbró el esplendor de las grandezas, y era su mayor amigo un soldado de las legiones galas, que en otro tiempo había sido su compañero de oficio. (*Treb, Pol. ap. A. Thierry*, t. II, pág. 390 y sig.)

—Capitan Mario, le dije, te doy las gracias por haberme librado de una muerte casi segura.

—Ignoraba que eras tú el que iba á ser pisoteado por los caballos y á morir como un perro, muerte poco digna de un soldado valiente como tú, Scanvoch. Cuando ví á ese cochero del infierno que pedia auxilio, me presumí que iba á aplastar á algun infeliz, y entonces traté de detener la carroza, lo cual conseguí por fortuna porque mi madre me dió buenos puños. Pero ¿donde está mi amigo Eustaquio? añadió el capitan mirando en torno suyo.

—¿De quien hablas?

—De mi antiguo compañero de yunque, que como yo trocó el martillo por la espada. Los azares de la guerra han sido para mi mas propicios que para mi pobre amigo, porque á pesar de su valor, Eustaquio no ha pasado de soldado y yo soy capitan. Pero mírale allí con los brazos cruzados é inmóvil como una estatua. ¡Eustaquio! ¡Eustaquio!

El compañero del capitan se acercó lentamente con los brazos cruzados sobre el pecho. Era un hombre de estatura regular pero robusto, y su barba y sus cabellos de un color rubio apagado y su fisionomia dura y apática ofrecian un notable contraste con el exterior simpático del capitan Mario. Reflexioné entonces al compararles cual habria sido el extraño sentimiento que habia enlazado con amistad tan íntima y constante á dos hombres de exterior y de caracteres indudablemente tan opuestos.

—¿Es decir, amigo Eustaquio, le dijo el capitan, que estás mirandome cruzado de brazos mientras me esfuerzo en detener una carroza?

—¡Eres tan fuerte! respondió Eustaquio. ¿Qué auxilio puede prestar un gusano al toro?

—Eustaquio abriga celos y rencor, dije para mi al oír la respuesta y observando la espresion de las facciones del amigo del capitan.

—Me gusta la comparacion, amigo Eustaquio, dijo el capitan con su franqueza habitual y lisongeado al paracer con el elogio, pero cuando el gusano y el toro son compañeros, por grande que sea el uno y diminuto el otro, no se separan jamas.

—Capitan, respondió el soldado con amarga sonrisa, ¿me he separado de tí en el dia del peligro desde que dejamos el martillo?

—¡Nunca! exclamó Mario estrechando cordialmente la mano á Eustaquio; nunca, porque si es cierto que la espada que llevas es la

última arma que salió de mi fragua para dartela en prenda de amistad, como está grabado en la hoja, no lo es menos que siempre has sido mi sombra en las batallas.

— ¿Eso te admira? replicó el soldado. ¿Quién puede negar que á tu lado soy una sombra?

— ¡Mi sombra!

— ¡Eres tan valiente... tan robusto!

Mario prorumpió en una sonora carcajada, y añadió dirigiéndose á mi y designandome á su compañero Eustaquio:

— Que me den dos ó tres mil sombras como esta, y en la primera batalla traigo un rebaño de prisioneros francos.

— Eres un capitan famoso, pero yo, como otros tantos pobres seres, solo valemos para obedecer, combatir y hacernos matar, respondió el antiguo herrero con sonrisa sarcástica.

— Capitan, dije á Mario ¿vas á hablar á Victorino?

— Si, tengo que darle parte de un viaje de que acabo de llegar con mi amigo.

— Te he seguido como soldado, dijo Eustaquio; el nombre de un oscuro guerrero no merece el honor de ser pronunciado delante de la gran Victoria.

El capitan se encogió de hombros con impaciencia y amenazó familiarmente con su enorme puño á su amigo.

— Capitan, dije á Mario, apresuremonos á entrar en casa de Victoria porque el sol está ya en el horizonte y debia presentarme al amanecer.

— Amigo Eustaquio, dijo Mario dirigiéndose á la casa ¿prefieres quedarte aqui ó esperarme en mi casa?

— Te esperaré en la puerta... como pertenece á un inferior.

— ¿Podrás creer, Scanvoch, dijo Mario riendo, que despues de hacer cerca de veinte años que vivimos y combatimos juntos como dos hermanos, no quiere olvidar que soy capitan y tratarme como su antiguo compañero?

— ¿Soy yo acaso el único que reconoce la diferencia que media entre nosotros? replicó Eustaquio; tu eres uno de los capitanes mas famosos del ejército... y yo, el último de sus soldados.

Y se sentó en una piedra cerca de la puerta.

— Es incorregible, me dijo el capitan.

Entramos en casa de Victoria.

— Forzoso es que la amistad haya cegado al capitan Mario para no

advertir que devora á su compañero una rencorosa envidia, pensé al entrar en casa de mi hermana de leche.

La morada de la madre de los campamentos era de extrema sencillez. El capitan Mario preguntó á uno de los soldados de la guardia si Victorino podia recibirle y el soldado respondió que el general habia pasado la noche fuera de casa.

Mario conservaba una severa austeridad de costumbres á pesar de la vida de los campamentos, y le asombró que Victorino no hubiese vuelto aun á su casa. Me miró con ademan de descontento, y yo traté de escusar al hijo de Victoria sin recurrir empero á la mentira.

— No nos apresuremos, le dije á juzgar mal á Victorino: ayer llegó al campamento Tetrik, gobernador de Gascuña, y tal vez habrán pasado la noche en grave conferencia.

— Me alegraria de que no te engañase el cariño, por que deseo ver al gefe de las Galias libre de esa *peste de lujuria* que arrastra á tantas bajezas (1) Te advierto que cuando veo una jóven descarada y de virtud ambigua vuelvo la cara como si viera al demonio en carne y hueso.

— Victorino se emienda, y seguirá enmendandose con la edad, dije al capitan; pero advierte que es muy jóven, que le gusta divertirse...

— ¿Crees acaso que á mi no me gusta tambien la broma? respondió el capitan. Cuando vuelvo á mi casa tras un dia de batalla, tengo un placer en sentarme á la mesa entre dos jarros de cerveza y estar brindando con mi amigo Eustaquio, mientras recordamos la época feliz en que manejabamos el martillo á compás y haciamos preciosas armaduras. ¿Qué te parecen mis diversiones? ¿Son tan inocentes como las diabólicas é impuras orgias en que pasa la noche Victorino?

— Esperemos, capitan: prefiero la esperanza á la desesperacion. Pero aunque no esté Victorino, podrás hablar con su madre, y voy á decirle que has llegado.

Dejé á Mario solo, y entrando en un aposento inmediato, encontré á una criada anciana que me acompañó hasta la habitacion de la madre de los campamentos.

Hijo mio, voy á bosquejar para tí y para nuestra descendencia el

(1) Espresion habitual de Mario, segun Treb. Poll. *A luxuriosissima illa peste.*

retrato de tan ilustre gala, una de las glorias de nuestra querida patria.

Encontré á Victoria sentada junto á la cuna de su nieto *Victorino*, hermoso niño de dos años que yacia sumido en grato y profundo sueño. Se ocupaba en un trabajo de aguja como buena madre de familia. Tenia entonces mi edad, treinta y ocho años, pero apenas le hubiesen dado treinta. En su juventud la habian comparado justamente con la *Diana cazadora*, y en la edad madura la comparaban con no menos exactitud con la *Minerva antigua*, porque era esvelta, varonil y de una estatura elevada sin perder por esto las castas gracias de la mujer; su hermoso rostro, de una espresion grave y apacible, tenia un notable carácter de majestad bajo su negra corona de cabellos formada con dos largas trenzas arrolladas en torno de su frente augusta. Enviada desde la mas tierna infancia á un colegio de sacerdotisas veneradas, y habiendo hecho á los quince años el voto misterioso que la enlazaba de un modo indisoluble á la religion sagrada de nuestros padres, habia conservado desde entonces, aun despues de casada, el traje negro que acostumbran usar las sacerdotisas y las matronas de la antigua Galia; sus anchas y largas mangas, abiertas hasta el codo, dejaban ver sus brazos tan blancos y robustos como los de aquellas esforzadas galas que, como verás en la historia de nuestra familia, combatieron heroicamente con los romanos en la batalla de Vannes, dirigidas por nuestra abuela Margarid, y prefirieron la muerte al baldon de la esclavitud.

Veianse varios rollos de pergamino y todo lo necesario para escribir en medio del aposento, y cerca de donde estaba sentada la madre de los campamentos velando el sueño de su nieto, y colgados en la pared, los dos cascos y las dos espadas del padre y del esposo de Victoria, muertos en la guerra. La cimera de uno de aquellos cascos era un gallo de bronce dorado, con las alas entreabiertas y sujetando entre sus patas una alondra á la que amenazaba con el pico. El padre de Victoria habia adoptado este emblema despues de un combate heróico en que, al frente de un puñado de guerreros, habia esterminado una legion romana que llevaba una alondra en sus banderas. Debajo de aquellas armas se veia una copa de bronce donde estaban en agua siete ramas de muérdago, porque la Galia habia recobrado su libertad religiosa al reconquistar su independendencia. Acompañaba á aquella copa y á los ramos de muérdago, símbolos druícos, una cruz de madera negra, en conmemoracion de la muerte de Jesucris-

retrato de
tria.

— Eneida
no, hermanita
sueño
mil
hul
me
con
var
de
ter
llo
aug
do
rico
nue
cas
ma
has
los
nue
bat
ron

no, hermanita, yo he soñado con un sueño que me ha parecido tan real como si fuera verdad. En el sueño vi a una mujer, de una estatura elevada sin perder por esto las cosas de la mujer; su hermoso rostro, de una expresión que tenía un notable carácter de majestad bajo su negra cabellera formada con dos largas trenzas arrolladas en torcos angosta. Enviada desde la más tierna infancia á un colegio de monjas veneradas, y habiendo hecho á los quince años un voto rico que la enlazaba de un modo indisoluble á la religión de nuestros padres, había conservado desde entonces, y aun después casada, el traje negro que acostumbraban usar las mujeres y matronas de la antigua Galia; sus anchas y largas mangas hasta el codo, dejaban ver sus brazos tan blancos y rosados como los de aquellas esforzadas galas que, como verás en la historia de nuestra familia, combatieron heroicamente con los romanos en la batalla de Vannes, dirigidas por nuestra abuela Margarita, y que con la muerte al baldon de la esclavitud.

Y veíase varios rollos de pergamino y todo lo necesario para escribir en medio del aposento, y cerca de donde estaba sentada, de los campamentos rebuido el sueño de su nieto, y de los papeles, los dos cascos y los dos espadas del padre y del abuelo, muertos en la guerra. La cámara de uno de aquellos era un zulo de bronce dorado, con las alas entreabiertas y en el pecho un pato con el pico á la que amenazaba con el pie de la guerra había colocado este emblema después de haber sido herido de muerte al baldon de un puñado de guerreros. Los rollos de pergamino estaban escritos por el abuelo con su propia mano. Debajo de los rollos había un vaso de bronce con agua bendita en su interior, y un libro de oraciones que se leía á aquellas horas.

CRUZ de maestra negra, en color negro.



Castelli del.

Editor Juan Olivares, Barcelona.

Esquivel esculp.

Victoria Madre de los Campamentos.

to á quien la madre de los campos profesaba profunda admiracion aun que no era cristiana.

Tal era , hijo mio , *Victoria la Grande* , aquella ilustre gala cuyo nombre pronunciará siempre con orgullo y respeto nuestra descendencia.

La madre de los campos se levantó apresuradamente al verme , corrió hácia mi espresando su alegria y me dijo con voz dulce y sonora :

— Bien venido seas , hermano mio : tu encargo era peligroso , y viendo que no regresabas ayer por la noche , no quise enviar un recado á tu casa por temor de alarmar á tu esposa mostrándome inquieta por la duracion de tu ausencia. Pero has vuelto y siento una alegria inesplicable.

Y estrechó con ternura mis manos.

Las palabras que me dirigia turbaron sin duda el grato sueño del nieta de Victoria , el cual exhaló un suave quejido. La madre de los campamentos corrió al instante hácia la cuna , estampó un beso en la frente del niño , y volviéndose á sentar y empujando con el pié la báscula que sostenia la cuna , le dió un ligero balanceo mientras continuaba hablando conmigo.

— ¿ Y el mensaje ? me preguntó. ¿ Cómo te recibieron los bárbaros ? ¿ Quieren la paz... ó una guerra de esterminio ?

En el momento que iba á responder , mi hermana de leche me interrumpió con un ademan , y añadió despues de un momento de reflexion :

— ¿ Sabes que llegó anoche mi apreciable pariente Tetrik ?

— Lo sé.

— No puede tardar en venir : prefiero que me des cuenta del mensaje en su presencia.

— Como gustes , Victoria. ¿ Puedes recibir al capitan Mario ? Le encontré al entrar ; venia á hablar con Victorino.

— ¿ Scanvoch , mi hijo ha pasado la noche fuera de casa ! me dijo Victoria dando á su aguja un movimiento mas rápido , lo cual anunciaba siempre en ella una viva contrariedad.

— Como no ignoraba la llegada de vuestro pariente de Gascuña he pensado que tal vez graves intereses habian detenido á Victorino en conversacion con Tetrik durante la noche... Asi se lo he manifestado al menos al capitan Mario cuando le dije que podrias sin duda recibirle.

Victoria permaneció algunos momentos silenciosa, y dejando su labor sobre las rodillas, levantó la cabeza y continuó con acento doloroso y conmovido:

— Victorino tiene vicios... que ahogarán sus virtudes.

— Ten esperanza y no te entristezcas... ya le curará la edad.

— Hace dos años que sus vicios crecen y declinan sus virtudes!

— No han degenerado su valor, su generosidad, su franqueza...

— Su valor no es ese tranquilo y previsor ardimiento propio de un general, si no un ciego arrojo; su generosidad no elige ya entre los dignos y los que no lo son, y su razón se debilita, perdiéndole el vino y el libertinaje. ¡ Por Heso! ¡ Ebrio y libertino mi hijo!... ¡ uno de los dos gefes de nuestra Galia, libre hoy... y tal vez sin igual mañana entre las naciones del mundo! ¡ Scanvoch... soy una madre muy desgraciada!

— Victorino me ama... le hablaré con lenguaje paternal pero severo...

— ¿ Crees acaso que tus palabras lograrán lo que no han logrado las de su madre... de la que no se separa de su lado hace mas de veinte años, siguiéndole á los ejércitos y mas de una vez á las batallas? Scanvoch, Heso me castiga... me ha inspirado escésivo orgullo mi hijo!

— ¿ Y qué madre no hubiera estado orgullosa aquel dia en que todo el valeroso ejército aclamaba libremente por su gefe á ese general de veinte años detrás del cual se veia á vos... á su madre!

— ¿ Y qué importa si me deshonra? Cuando pienso que mi única ambicion se cifraba en hacer de mi hijo un ciudadano, un hombre digno de nuestros antepasados... que al alimentarle en mi seno, deseaba introducir en sus venas el ardiente y santo amor á nuestra Galia que acababa de recobrar la vida y la libertad, el dolor me abate y vierto torrentes de amargas lágrimas. ¿ Á que se ha reducido mi ambicion? Á vivir oscura é ignorada, pero á dedicar mis dias y mis noches, mi inteligencia, mis lecciones de lo pasado que me esplican lo presente y á las veces lo venidero... á dedicar, enfin, todas las fuerzas de mi alma para que mi hijo llegara á ser valiente, ilustrado, prudente y digno en todo de guiar á los que le han elegido por gefe. Bien sabe Heso que si se hubiera realizado tan anhelada ilusion, enorgullecida como verdadera gala y alegre como madre de haber dado á luz tal hombre, hubiera gozado de su gloria y de la felicidad de mi patria desde el fondo de mi retiro. Pero tener un

hijo ébrio y libertino... ¡Ira del cielo! El insensato no conoce, que cada esceso es un bofeton para su madre, pero si él no lo conoce demasiado lo advierten todos los soldados. Cruzaba ayer por el campamento cuando tres guerreros veteranos salieron á mi encuentro para saludarme, pero ¡sabes lo que me digeron! *Madre, te compadecemos.* Y se alejaron tristemente. Scanvoch... te lo repito: soy una madre muy desgraciada.

— Confieso que de algun tiempo á esta parte el ejército mira con menos cariño á Victorino, lo cual me esplico al pensar que el hombre á quien se ha elegido por gefe libremente debe ser puro de todo esceso y ha de vencer hasta los ímpetus de la juventud. Lo confieso, Victoria, pero ¿no han vituperado con frecuencia á vuestro hijo delante de vos?

— Si muchas veces.

— Pues yo le defiendo ahora porque esos soldados, que tan escrupulosos se muestran hoy sobre los defectos frecuentes en los jóvenes gefes militares, no ceden á sus escrupulos tanto como á perfidas sugerencias.

— ¿Qué quieres decir?

— Que hay quien está envidioso de vuestro hijo, de su influencia en las tropas, y que, para perderle, explota sus defectos para dar crédito á infames columnias.

— ¿Quién puede estar envidioso de Victorino? ¿quien tendrá interés en esparcir esas calumnias?

— ¿No habeis advertido que hace especialmente un mes que se ha declarado esa hostilidad contra vuestro hijo y que va creciendo de dia en dia?

— Si, si, pero ¿de quien sospechas? Habla.

— Victoria, lo que voy á deciros es grave.

— Habla.

— Hace un mes que vino á Maguncia uno de vuestros parientes, el gobernador de Gascuña...

— ¿Tetrik?

— Si. ¿No volvió á partir á los ocho dias?

— Si.

— Pues la sorda hostilidad contra vuestro hijo se declaró pocos dias despues de la partida de Tetrik.

Victoria me miró en silencio, como si no hubiera entendido de pronto mis palabras, pero acudió á su mente una idea súbita, y exclamó con tono de reprension:

— ¡Cómo! ¿Sospecharias de Tetric... de mi pariente, de mi mejor amigo, de un hombre prudente y sabio, que por su privilegiado talento conquistó una fama inmensa? ¿Sospecharias del eminente escritor, cuyos ocios dedica á las musas (1), de uno de los mas útiles defensores de la Galia, aunque no es hombre de guerra, del que en su gobierno de Gascuña repara con sus esfuerzos los males de la guerra civil, suscitada en otro tiempo para reconquistar nuestra independencia? ¡Ah! Scanvoch, no esperaba de tu leal corazon una acusacion tan injusta.

— Sospecho de ese hombre...

— ¿Pero no consideras que es una locura sospechar de quien es padre de un hijo que le dejó una esposa adorada, y que escusa los vicios de Victorino impulsado por su clemencia paternal? ¿No le ama acaso? ¿no le defiende con tanto entusiasmo como tú?

— Sospecho de ese hombre...

— Dime, cabeza de hierro, genio inflexible... ¿porqué sospechas de Tetric? ¿con qué derecho? ¿qué ha hecho? ¡Por Heso! Si no fueses mi hermamo, si no conociese á fondo la lealtad de tu corazon, creeria que tienes celos del cariño que profeso á mi pariente.

Apenas habia pronunciado Victoria estas palabras cuando se arrepintió y me dijo:

— Olvida lo que acabo de decir...

— Vuestras palabras me causarían pena, hermana mia, si la duda injusta que espresan no os cegaran para ver la verdad.

En aquel momento entró una criada y preguntó si podia recibir á Tetric.

— Que entre, respondió Victoria, que entre al momento.

Al mismo tiempo apareció Tetric.

Era un hombrecillo de edad madura, de rostro afeminado y amable, con una eterna sonrisa en los labios, y que tenia enfin tan marcado el exterior de un hombre de bien, que al verle entrar Victoria, no pudo menos de lanzarme una mirada con que parecia reprender la injusticia de mi sospechas.

Tetric se acercó á Victoria, le besó en la frente con familiaridad paternal y le dijo:

— Os saludo, querida Victoria.

(1) Tétrico, pariente de Victoria, gobernaba hácia cerca de diez años las provincias del sud del Loira con mas prudencia que esplendor: era un hombre fino, paciente, hábil, literato, y escribia con frecuencia en verso. (Entr. ap. *Cat IX. 3.*)

Y aproximándose á la cuna donde continuaba durmiendo el nieto de la madre de los campamentos, el gobernador de Gascuña contempló al niño con ternura, y añadió en voz baja como si temiera despertarle:

— ¡Duerme, pobre niño! Te halagan tus sueños infantiles, é ignoras que el porvenir de nuestra Galia depende tal vez de tu existencia. ¡Duerme, niño predestinado sin duda para la noble tarea emprendida por tu glorioso padre, y que llevó á cabo durante largos años bajo la inspiracion de tu augusta abuela! Duerme, pobre niño, añadió Tetrik cuyos ojos se inundaron en lágrimas de ternura; los dioses propicios á la Galia velarán por ti...

Mientras Tetrik se enjugaba las lágrimas, Victoria me interrogó con la mirada como para preguntarme: ¿es este el lenguaje, es esta la fisonomia de un traidor, del pérfido enemigo del padre del niño dormido?

Tetrik me miró entonces y me dijo afectuosamente:

—Saludo al mejor, al mas leal amigo de la mujer que mas amo y venero en el mundo.

—Es cierto: soy el mas oscuro, pero el mas adicto de los amigos de Victoria, respondí mirando fijamente á Tetrik, y el deber de un amigo es arrancar la máscara á los traidores.

—Esa es mi opinion, buen Scanvoch, respondió sencillamente Tetrik, el primer deber de un amigo es descubrir las traiciones, y temo mas á la serpiente que se arrastra entre la sombra, que al leon que acomete rugiendo y con las fauces abiertas.

—Oid, pues, con atencion lo que os dice Scanvoch: vos sois uno de esos reptiles peligrosos de que hablais, porque os creo un traidor y os acuso de traicion.

— ¡Scanvoch! exclamó Victoria con tono de reprension; ¿has meditado bien tus palabras?

—Veo que con nuestros dioses y nuestra libertad hemos recobrando la antigua costumbre gala del chiste y de la franqueza, dijo el gobernador sonriendo.

Y volviéndose hácia Victoria, añadió:

—Nuestro amigo Scanvoch posee la broma seria... que es la mas chistosa.

—Mi hermano habla segun le dicta el honor y la conciencia, respondió la madre de los campamentos, y me aflige porque al acusaros se engaña, pero es sincero en su error.

Tetrik calló y nos miró algunos instantes con cierto estupor, pero añadió con tono grave, cordial y conmovido:

— Tu amigo fiel es receloso. Scanvoch, no puedo explicarme la desconfianza que abrigais contra mi, pero debe tener una causa. Franco ha sido el ataque y franca será la respuesta ¿De qué me acusais?

— Tres meses ha venisteis á Maguncia, y vuestro secretario Morix, que estaba bien provisto de dinero, convidó á beber á varios soldados y trató de enemistarlos con Victorino diciéndoles que era deshonoroso que su general, uno de los dos gefes de la Galia regenerada, fuera un hombre ébrio y libertino. ¿Negareis que ha propagado tal calumnia vuestro secretario?

— Continúad, amigo Scanvoch, continuad...

— Vuestro secretario citó un hecho que, propagado despues en el ejército, ha originado una grande irritacion contra Victorino. ¿Quereis saber cual es ese hecho? Oidme. Que Victorino y varios oficiales habian ido hace algunos meses á una taberna situada en una isla de las orillas del Rhin, que despues de beber y exaltado por el vino, Victorino habia hecho violencia á la tabernera, y que esta despues se dió muerte en su desesperacion...

— ¡Mentira! exclamó Victoria. Sé y condeno los defectos de mi hijo, pero es incapaz de semejante infamia.

El gobernador me habia escuchado con imperturbable silencio, y respondió sonriendo:

— ¿Es decir, buen Scanvoch, que creéis que mi secretario ha obedecido mis órdenes al esparcir en el campamento tan indignas calumnias?

— Si.

— ¿Con qué objeto?

— Sois ambicioso...

— ¿Y de qué servirían esas calumnias á mi ambicion?

— Perdiendo los soldados su afecto á Victorino, elegido por ellos general y uno de los dos gefes de la Galia, os valdriais de vuestra influencia sobre Victoria para inducirla á que os propusiera á los soldados como sucesor de Victorino.

— ¿Pensais que una madre seria capaz de semejante accion, buen Scanvoch? dijo Tetrik mirando á Victoria... ¿Pensais que una madre sacrificaria su hijo á un amigo?

— Es tan noble y grande el amor que tiene Victoria á su patria que

sacrificaria su hijo á vuestra elevacion si este sacrificio fuera necesario para la salvacion de la Galia. ¿He mentido, Victoria?

— No, me respondió mi hermana de leche á quien causaban pesar mis acusaciones contra su pariente. En eso dices la verdad, pero en los demás te engañas.

— ¿Y Victoria haria un sacrificio, buen Scanvoch, añadió el gobernador, sabiendo que trato de desacreditar á su hijo por medio de rastréras calumnias?

— Mi hermana hubiera ignorado esos medios si no los hubiera yo descubierto. Por otra parte, le he oido decir muchas veces con razon que si la paz llegase á consolidarse completamente en nuestra patria, seria preferible que su gefe, en vez de desear las glorias de la guerra, pensase en cicatrizar los males de las pasadas, y con frecuencia os ha citado como uno de esos hombres que prefieren prudentemente la paz á la guerra.

— Es verdad que creo que la espada es instrumento de destruccion y que es impotente para reconstruir, respondió Victoria, y que una voz consolidada la libertad de la Galia, quisiera que mi hijo pensara mas en la paz que en la guerra. Con este objeto te envié, Scanvoch, al campamento de los francos...

— Permitidme que os interrumpa, Victoria, dijo Tetrik, y que pregunte á vuestro amigo Scanvoch si tiene que hacer alguna otra acusacion contra mi.

— Os acuso de ser el agente secreto del emperador romano.

— ¡Yo! exclamó el gobernador.

— ¡Vos!

— ¿Y podeis figuraros que amo tan poco á mi patria que desee entregarla á los que durante tantos siglos la han esclavizado?

— Y si obrais asi es para gobernar, no una provincia, sino toda la Galia.

— Voy á justificarme en dos palabras, Scanvoch, y creo que Victoria me ayudará en mi defensa. Decís que uno de mis secretarios ha tratado de escitar la hostilidad de nuestros soldados contra Victorino. Vuestra revelacion me parece tardía, y además...

— No lo supe hasta ayer, dije al gobernador de Gascuña interrumpiéndole.

— No importa, replicó; despedí no ha mucho de mi casa á ese secretario porque supe en efecto por una casualidad que, enojado contra Victorino porque varias veces le habia perseguido con sus

burlas en el campamento, se habia vengado esparciendo contra el general calumnias mas ridículas que odiosas. Pero dejemos á un lado esas pequeñeces. Decis ademas, Scanvoch, que soy ambicioso, que aspiro al gobierno de la Galia, aunque para conseguirlo tuviera que recurrir á medios indignos. Preguntad, pues, á Victoria cual es el objeto de mi nuevo viaje á Maguncia.

— Tetrik cree que seria urgente para la paz y la prosperidad de la Galia proponer á los soldados que aclamasen á mi nieto como heredero del gobierno de su padre, y está seguro del consentimiento del emperador.

— ¡Luego Tetrik preve la muerte próxima de Victorino! dije mirando fijamente al gobernador.

Pero Tetrik, cuya mirada se encontraba raras veces porque tenia constantemente los ojos bajos, respondió:

— Los francos se hallan en la opuesta orilla del Rhin, y el valor de Victorino es temerario. Deseo vivamente que llegue á la mas avanzada vejez para bien de nuestra patria, pero me parece que la Galia tendria una garantia de seguridad para el porvenir si supiera que, muerto Victorino, el poder quedaba en manos del hijo del héroe que el ejército aclamó como gefe, y que este vástago se educaba bajo la direccion de la gran Victoria... de la augusta madre de los campamentos.

— Si, respondí esforzándome en vano en encontrar la mirada del gobernador, pero en el caso de que Victorino muriera pronto ¿quien me asegura que vos no abrigais la esperanza de ser tutor de su hijo, de ejercer el poder en su nombre y de llegar asi por otra senda al gobierno de la Galia?

— ¿Hablais formalmente, Scanvoch? replicó Tetrik. Preguntad á Victoria si necesita mi auxilio para dar á su hijo una educacion propia del gefe de la Galia. ¿Creeis que es una mujer tan débil que ceda á nadie una empresa tan gloriosa? El cariño... la idolatria que los soldados le profesan ¿no es para vos una garantia segura de que, en el desgraciado caso de que Victorino muriera prematuramente, ella sola podria conservar la tutela de su nieto y gobernar en su nombre?

Victoria movió la cabeza con ademan pensativo y dijo:

— No apruebo vuestro proyecto, Tetrik. ¿Como he de atreverme á designar á la elección de los soldados un niño que está aun en la cuna? ¿Quién sabe lo que será? ¿quien sabe lo que valdrá?

— ¿No se educará á vuestro lado? dijo Tetrik.

— ¿No se ha educado tambien á mi lado Victorino? respondió tristemente la madre de los campamentos. Y sin embargo, á pesar de mi solícita vigilancia, mi hijo tiene defectos que autorizan esas terribles calumnias de que no os creo cómplice. Os hablo con sinceridad Tetrik, espero que mi hermano Scanvoch hará como yo justicia á vuestra lealtad.

— He dicho y repito que sospecho de este hombre, respondí á Victoria.

La madre de los campamentos exclamó con impaciencia:

— Y yo he dicho y repito que tienes cabeza de hierro, una verdadera cabeza bretona, rebelde á todas las razones cuando se ha atascado en tu duro cerebro una idea falsa.

Como no tenia pruebas contra Tetrik callé, aunque estaba convencido por instinto de su perfidia.

Tetrik dijo sonriendo:

— Ni vos ni yo, Victoria, llegaremos á disuadir de su error al buen Scanvoch: dejemos, pues, ese cuidado á una irresistible seductora... á la verdad, que con el tiempo demostrará la nobleza de mis intentos. Volveremos á hablar, Victoria, de vuestra repugnancia en hacer que el ejército aclame á vuestro nieto como heredero del poder de su padre, y confío en que triunfaré de vuestros escrúpulos; pero pasemos á otro asunto. He visto al entrar en vuestra casa al capitán Mario, á ese antiguo herrero, que en mi viaje anterior al campamento me presentasteis como uno de los mas valientes del ejército.

— Su valor iguala á la rectitud de sus sentimientos, respondió Victoria, y es además un noble corazón porque, á pesar de su elevación, continua amando como á un hermano á uno de sus antiguos compañeros de oficio que no ha pasado de soldado.

— Y aunque me tengais otra vez por cabeza de hierro, dije á Victoria, creo que en ese afecto se engañan el buen corazón y el criterio del capitán Mario. Me parece que ama á un enemigo. ¡No permita Heso que seais tan ciega como el capitán Mario!

— ¿El fiel compañero del capitán Mario ha de ser su enemigo? preguntó Victoria. Muy desconfiado estás hoy, Scanvoch.

— El envidioso es un enemigo. El hombre de quien sospecho es tan solo un soldado, y tiene envidia á su antiguo compañero que ha llegado á ser uno de los primeros capitanes del ejército. De la envidia al odio no hay mas que un paso.

Al dar esta contestacion me habia esforzado otra vez en vano en encontrar la mirada del gobernador, pero advertí con sorpresa que se estremecia de gozo cuando aseguré que el compañero de guerra del capitan Mario era su enemigo secreto. Tetrico siguió dominándose, y temiendo sin duda que se hubiese advertido su estremecimiento, añadió:

—La envidia es un sentimiento tan repugnante que no puedo oír hablar de él sin conmoverme. Grande es en verdad mi pesar por lo que nos dice del compañero del capitan Mario nuestro buen Scanvoch; aunque creo que tambien en eso se engaña. Pero si mi presencia os impide recibir al capitan decidlo, Victoria, y me retiro al instante.

—Deseo por el contrario que asistais á la conversacion que debo tener con Mario y con mi hermano Scanvoch; pues los dos van á darme cuenta de importantes mensajes que les encargó mi hijo... y sin embargo, es tarde ya, añadió exhalando un suspiro, y Victorino no llega...

Abrióse en aquel momento la puerta del aposento, y se presentó Victorino acompañado del capitan Mario.

Victorino tenia entonces veinte y dos años. Ya te he dicho, hijo mio, que se habian acuñado varias medallas en que estaba retratado figurando el Dios *Marte* al lado de su madre, cubierta con el casco de la *Minerva* antigua, y Victorino hubiera podido servir en efecto de modelo á una estatua del dios de la guerra. Era alto, esvelto y de aspecto elegante á la par que marcial que á todo el mundo gustaba, y sus facciones, de rara belleza como las de su madre, se diferenciaban por una expresion osada y jovial. La franqueza y la generosidad de su caracter se leian en su rostro, y se olvidaban al verle, los defectos que desaparecian bajo su genio natural, demasiado vivo y fogoso para refrenar los ímpetus juveniles.

Victorino acababa sin duda de pasar una noche de orgia, y sin embargo estaba tan tranquilo como si saliera del lecho. Un sombrero de fieltro, adornado con un penacho, cubria sus cabellos negros rizados en torno de su varonil y moreno rostro; su vestido galo de tela de seda con rayas de color de púrpura y blancas, estaba sujeto en el talle con un cinturon de cuero bordado de plata, del cual pendia su espada de empuñadura de oro curiosamente cincelada, que era una verdadera obra maestra de la platería de Autun.

Victorino se dirigió hácia su madre expresando el cariño y el res-

peto, puso una rodilla en tierra, tomó una de sus manos que besó, y quitándose el sombrero, le tendió la frente diciendo:

— ¡ Os saludo, madre mia!

Respiraban tan gracioso atractivo la actitud y la espresion de las facciones del general arrodillado delante de su madre, que la ví vacilar un momento entre el deseo de abrazar al hijo que adoraba y la voluntad de manifestarle su descontento; pero rechazó ligeramente con la mano la frente de Victorino, y le dijo con voz grave designándole la cuna que estaba á su lado:

— Besa á tu hijo á quien no has visto desde ayer por la mañana.

El general comprendió esta reprension indirecta, se levantó tristemente, se acercó á la cuna, tomó el niño en sus brazos y le besó con efusion mirando á Victoria, como si tratase de indemnizarse de la severidad maternal.

El capitan se acercó hácia mi y me dijo en voz baja:

— Y no obstante, Victorino tiene buen corazon. ¡ Cuanto ama á su madre y á su hijo! Les profesa tanto cariño como yo á mi amigo Eustaquio que compone toda mi familia; Qué lástima que esa *peste de lujuria* (el buen capitan pronunciaba pocas palabras sin adornarlas con esta exclamacion) le tenga con tanta frecuencia entre sus uñas!

— ¡ Es una desgracia! ¿ Pero creéis á Victorino capaz de la infame cobardia de que le acusan en el campamento? dije al capitan en voz bastante elevada para que pudiera oirme Tetrik que hablaba en voz baja á Victoria reprendiéndola al parecer por la severidad con que trataba á su hijo.

— No por cierto, respondió Mario, no creo á Victorino capaz de esas infamias, especialmente cuando le veo así entre su hijo y su madre.

El general dijo afectuosamente al gobernador de Gascuña, despues de volver á colocar con cuidado en la cuna al niño que le tendia los brazos:

— ¡ Os saludo, Tetrik! Tengo un placer viendo en mi casa al sabio y fiel amigo de mi madre.

Y añadió volviéndose hácia mi:

— He sabido tu regreso, Scanvoch, y mi alegria ha sido tanta como la inquietud que me causaba tu ausencia; esos bandidos francos nos han demostrado tantas veces como respetan las treguas y los mensajes...

Pero advirtiéndole sin duda la tristeza impresa aun en el rostro de Victoria, su hijo se acercó á ella, y le dijo con tanta franqueza como tierna deferencia:

— Os he de decir una cosa, madre mia, antes de hablar de los mensajes del capitán Mario y de Scanvoch, una cosa que alejará tal vez el ceño de vuestra frente, y trocará en alegría ese descontento que me aflige. Tetrik es pariente y amigo, el capitán Mario nos aprecia y Scanvoch es vuestro hermano... y por lo tanto no debo ocultar nada. Confesad, madre mia, que estais pesarosa porque he pasado la noche fuera de casa.

— Tus desórdenes me afligen, Victorino... y me afligen mas porque veo que ya no escuchas mis consejos.

— Madre, quiero confesároslo todo; pero os juro que me reprendo á mi propio mi flaqueza con mas crueldad que vos pudierais hacerlo. Ayer noche, con objeto de cumplir la promesa que os hice de hablar largo con vos sobre intereses de gravedad, volvia prudentemente á casa, despues de haber hecho el heróico sacrificio de negarme á ir á cenar con tres capitanes de las últimas legiones de caballería que han llegado á Maguncia procedentes de Beziers. En vano me habian ensalzado el escelente vino que traian de aquel país en su carro de guerra para celebrar su venida, pues permanecí invencible y firme como una roca; pero creyeron que me convencerian hablándome de dos bailarinas de Hungría, Kidda y Florry... (Perdonad, madre mia, si pronuncio tales nombres en vuestra presencia, pues la verdad me obliga á hacerlo.) Mis tentadores me decian que las búngaras recién llegadas á Maguncia eran hermosas como astros, seductoras, graciosas y risueñas, y que cantaban como ruiseñores.

— ¿No lo digo yo? Ya te veo venir, peste de lujuria, ya te acercas á apoderarte de tu pobre víctima, exclamó Mario. Que dejen en mis manos á esas brujas de Hungría, y verán como las hago bailar sobre planchas de hierro candentes... Entonces si que cantarán á mi gusto.

— Aun tube mas juicio que tú, valiente Mario, respondió Victorino, pues no quise verlas bailar ni oirlas cantar de ningun modo, y huí apresuradamente de mis tentadores para venir á mi casa...

— Pero por mas que corrieras, el demonio de la lujuria tiene las piernas tan largas como los brazos y los dientes, dijo el capitán, y muy pronto te alcanzaria, Victorino.

— Dignaos escucharme, madre mia, añadió Victorino al ver que su madre hacia un ademan de impaciencia. Me hallaba á doscientos pasos de mi casa, y la noche era oscura cuando se me acercó una mujer cubierta con un manto con capucha...

— ¡Y van tres! exclamó el buen capitán cruzando las manos. Ya tenemos á las dos bailarinas reforzadas con una mujer encubierta. ¡Desventurado Victorino! No sabes los lazos que se esconden debajo de una capucha... Te juro que si se me apareciera con capucha mi amigo Eustaquio, huiria como de una furia del averno.

— «Mi padre es un soldado anciano, me dijo aquella mujer, se le ha abierto una de sus heridas y está agonizando, añadió Victorino. Os ha visto nacer, y no quiere morir sin estrechar por vez postrera la mano de su general: ¿negareis esta gracia á mi padre?» He aquí lo que me dijo la desconocida con voz trémula de emoción. ¿Que hubieras hecho en ese caso, Mario?

— A pesar del horror que me causan las capuchas, hubiera ido á ver á ese pobre anciano, respondió el capitán; por vida mia que hubiera ido, ya que mi presencia podia hacerle mas grata la muerte.

— Pues hice lo que hubieras hecho, Mario; seguí á la desconocida, llegamos á una casa oscura, se abrió la puerta; la encubierta me tomó de la mano, di algunos pasos en las tinibieblas, y de pronto me deslumbró una viva claridad, y me ví rodeado por los tres capitanes de las legiones de Beziers y otros oficiales. La mujer encubierta se quitó el manto y conocí...

— ¡A una de las condenadas bailarinas! exclamó el capitán. ¡Ah! ¿no te decia, Victorino, que las capuchas ocultan cosas horribles?

— ¡Horribles! ¡Ah! no, Mario... no tube valor para cerrar los ojos. Al instante me rodearon con gritos de triunfante alegría, salió la compañera de la que me habia engañado, cerraron las puertas, me llevaron al sitio mas distinguido, Kidda se sentó á mi derecha, Flory al otro lado, me presentaron una enorme jarra llena de un nectar divino, segun decian mis tentadores, y...

— Y os sorprende el dia en esa orgia indigna, dijo gravemente Victoria interrumpiendo á su hijo, y olvidais la hora que os esperaban el deber y una madre. ¿Esa es la excusa que me dais?

— No, madre querida; es una confesion... porque he sido débil, pero os juro por mi honor y la libertad de la Galia, que volvia á vuestro lado cuando me desvió la astucia de mis amigos. ¿No sereis indulgente tambien en esta ocasion? Os suplico, añadió Victorino,

arrodillándose otra vez delante de su madre, que no seais tan severa. Tengo defectos, pero la edad me curará... Soy muy jóven, la sangre hierve en mis venas; el ardor del placer me arrebató á pesar mio, y sin embargo, sabeis, madre mia, que daría por vos la vida...

— Lo creo, pero no me sacrificarías tus locas y malas pasiones.

— Al ver á Victorino tan respetuoso y arrepentido á los piés de su madre, dije en voz baja á Mario, ¿quién diría que es el general ilustre y temido de los enemigos de la Galia, que á los veinte y dos años ha ganado ya cinco batallas campales?

— Victoria, dijo Tetrik con voz insinuante y dulce, soy padre tambien é inclinado á la indulgencia. Por otra parte, en mis ratos de ocio me dedico á la poesia y he escrito una oda *á la juventud*... ¿Cómo podía ser severo? Aprecio de tal modo el valor y la nobleza de Victorino, que me es imposible vituperar sus flaquezas. ¿Sereis por consiguiente insensible á las tiernas palabras de vuestro hijo? Su único crimen es la juventud... Ya os ha dicho que la edad le curará... y el afecto que os profesa y la obediencia apresurarán su curacion.

Acababa de pronunciar estas palabras el gobernador de Gascuña, cuando se oyó fuera de la casa de Victoria un gran tumulto en que se distinguian estos gritos:

— ¡A las armas! ¡á las armas!

Victorino y su madre se levantaron bruscamente.

— ¡Gritan á las armas! dijo vivamente el capitán Mario, prestando el oído.

— Los francos habrán roto la tregua, dije entonces, porque uno de sus gefes me amenazó ayer con un próximo ataque; no creí que se resolvieran tan pronto.

— No se rompe jamás una tregua antes de su término y sin notificar el rompimiento, dijo Tetrik.

— Los francos son bárbaros capaces de todas las traiciones, exclamó Victorino corriendo hácia la puerta.

Entró entonces un oficial cubierto de polvo, y tan cansado y sin aliento, que apenas pudo hablar durante algunos instantes.

— ¿Perteneceis á la avanzada del campamento que está apostada á cuatro leguas de Maguncia? preguntó el general al recién venido, porque Victorino conocia á todos los oficiales del ejército. ¿Qué sucede?

—General, innumerables almadias cargadas de tropas y remolcadas por barcas, principiaban á aparecer en medio del Rhin, cuando, segun las órdenes del comandante, he venido á todo escape á anunciaros esta noticia, Victorino. Las hordas francas habrán ya desembarcado, y la avanzada á que pertenezco, impotente para resistir á un ejército, se ha replegado sin duda hacia el campamento. Al venir aquí he dado el grito de alarma. Las legiones y las cohortes se estan formando apresuradamente.

—¡Así responden esos bárbaros al mensaje que llevó Scanvoch! dijo la madre de los campamentos á Victorino.

—¡Qué te respondieron los francos? me dijo el general.

—Neroweg, uno de los principales reyes de su ejército, ha rechazado las proposiciones de paz, respondí á Victoria. Amenacé á su gefe con una guerra de esterminio, y me contestó que el sol no apareceria seis veces antes de venir á nuestro campamento á apoderarse de Victoria.

—Si vienen contra nosotros no hay que perder un momento, exclamó Tetrik aterrado dirigiéndose al general que, tranquilo, pensativo y los brazos cruzados sobre el pecho, reflexionaba en silencio; es preciso tomar una medida sin tardanza!

—Antes de obrar, respondió Victorino con ademan meditabundo, es preciso pensar.

—¿Y si los francos llegan rapidamente al campamento? añadió el gobernador.

—Mejor, dijo Victorino con impaciencia, mejor; dejemos que se aproximen.

La respuesta de Victorino sorprendió á Tetrik, y confieso que á mi tambien me hubiera causado sorpresa é inquietud el oír hablar al general con tanta calma ante un ataque inminente, á no tener numerosas pruebas del acierto de los planes de batalla de Victorino.

Victoria advirtió al gobernador con un ademan que no interrumpiese el silencio de su hijo, y preguntó á Mario:

—¿No acabais de llegar de vuestro viaje á las comarcas de la otra orilla del Rhin, con tanta frecuencia desvastadas por esos bárbaros? ¿En qué estado se hallan esas tribus?

—Demasiado débiles para obrar por si solas se unirán con nosotros cuando las llamemos. Esperan nuestra señal que consistirá en hogueras encendidas de dia ó de noche en la colina de Berak, y en el instante que las vean, se armarán dispuestas á partir. Despues de

haber dado la señal, uno de nuestros mejores capitanes embarcará algunas tropas escogidas, cruzará el Rhin, y se reunirá con esas tribus mientras el resto de nuestro ejército rechazará á los bárbaros.

— Vuestro proyecto es excelente, capitan Mario, dijo Victoria; semejante alianza es un poderoso auxilio en este momento. Teneis buen criterio y veis las cosas con exactitud.

— Cuando se tiene buena vista se puede ver muy lejos, respondió con naturalidad el capitan, y como he dicho á mi buen amigo Eustaquio...

— ¿Quién es ese amigo? preguntó Victoria.

— Un soldado... un antiguo compañero de oficio. Me acompañó al viaje de que acabo de llegar. En vez de meditar en silencio todos mis proyectos, se los comuniqué en voz alta á mi amigo Eustaquio, que es muy discreto y sobre todo muy franco, de modo que muchas veces me hace observaciones muy útiles.

— Tenia noticia de la amistad que profesais á ese soldado, dijo Victoria, y que os honra.

— ¡Es tan natural el amor á un antiguo amigo! Le dije, pues: Eustaquio amigo, el día menos pensado los desolladores francos intentarán un ataque decisivo contra nosotros, y como dejarán para asegurar la retirada una reserva para custodiar su campamento y sus carros de guerra, esta reserva no será un bocado muy grande para que dejen de tragárselo nuestras tribus aliadas reforzadas por una legion escogida, mandada por uno de nuestros capitanes. De este modo, si esos desolladores son derrotados en esta parte de Rhin se les cortará la retirada en la otra orilla. Hoy sucede lo que preveia; los francos nos atacan, y por consiguiente seria preciso enviar al instante á las tribus aliadas algunas tropas escogidas, mandadas por un capitan enérgico y prudente.

— Ese capitan sereis vos, Mario, dijo Victoria.

— ¿Yo? Acepto. Conozco al país, y mi proyecto es muy sencillo. Mientras los francos vienen á atacarnos, atravieso el Rhin para incendiarles el campamento y los carros y esterminar su reserva... Que Victorino les derrote en nuestra orilla, y cuando quieran volver á pasar el rio, me encontrarán en la otra orilla con mi amigo Eustaquio, dispuesto á tenderles otra cosa muy distinta que la mano para ayudarles á desembarcar. A pesar de que harán muy mal en desembarcar en un sitio donde no encontrarán ya reserva, campamento ni carros.

—Mario, dijo Victoria despues de haber escuchado atentamente al capitan, la victoria es segura si ejecutais ese plan con el valor y la serenidad que os caracterizan.

—Me halaga la esperanza de conseguir mi objeto porque mi amigo Eustaquio me dijo con acento mas duro y ademan mas hurano de lo que acostumbra: ¡Magnifico plan! Y habeis de saber que la aprobacion de mi amigo siempre fué de buen augurio para mis proyectos.

—Victoria, dijo Tetrik no pudiendo contener mas su ansiedad, no soy hombre de guerra, y tengo completa confianza en el genio militar de vuestro hijo, pero un enemigo que es dos ó tres veces superior en número avanza contra nosotros y Victorino no decide ni ordena nada.

—Os ha dicho con razon que antes de obrar es preciso pensar, respondió Victoria. La reflexion y la calma en el momento del peligro son propios de un hombre prudente ¿No es una locura correr ciegamente ante el peligro?

Victorino palmoteó de pronto y se arrojó en los brazos de su madre exclamando:

—Madre mia... Heso me inspira... Ni uno de esos bárbaros se salvará y la paz de la Galia quedará asegurada al menos por largos años. Tu proyecto es excelente, Mario... y se enlaza á mi plan de batalla como si lo hubiéramos concebido á un tiempo.

—¡Cómo! ¿me has oido? dijo el capitan asombrado. ¡Y yo que te creí abismado en tus reflexiones...!

—Un amante, por obsorto que parezca, oye siempre lo que se dice de su querida, valiente Mario, respondió jovialmente Victorino, y mi única querida, mi ídolo... es la guerra.

—¡Hasta en sus ideas de batalla le persigue la peste de la lujuria! me dijo en voz baja el capitan.

—Mario, añadió Victorino, ¿no tenemos en el Rhin doscientas barcas de guerra de seis remos?

—Si y bien tripuladas.

—¿Te bastarán cincuenta barcas para trasportar el refuerzo de tropas escogidas que vas á conducir á nuestros aliados de la otra parte del Rbin?

—Me bastarán.

—Las otras ciento cincuenta, tripuladas por diez remeros armados de hachas cada una y por veinte arqueros escogidos, estarán

prontos á bajar por el Rhin hasta el promontorio de Herfel donde esperarán nuevas órdenes. Comunicásele asi al capitan de la escuadrilla al embarcarte.

—Se hará como lo mandas.

—Ejecuta tu plan puntualmente, esforzado Mario... Estermina la reserva de los francos, incendia su campamento, sus carros... y la jornada es nuestra si obligo á esos desolladores á emprender la retirada.

—Y los obligarás, Victorino... asi acostumbras á hacerlo aunque apenas te apunta la barba. Corro en busca de mi amigo Eustaquio y á ejecutar tus órdenes.

El capitan Mario desenvainó la espada antes de salir, se la presento por el puño á la madre de los campamentos y le dijo:

—Tocad si os place esta espada con vuestra mano, Victoria... que será un fausto augurio para la batalla...

—Corre, esforzado y noble Mario, respondió la madre de los campamentos devolviendo el arma despues de estrechar con varonil ademan la empuñadura, corre; Heso está en favor de la Galia y quiere que sea libre y feliz.

—Nuestro grito de guerra será: ¡Viva la gran Victoria! y se oirá de una á otra orilla del Rhin, dijo Mario con exaltacion.

Y despues añadió saliendo precipitadamente:

—Corro en busca de mi amigo Eustaquio, y ¡á las barcas!

En el momento que salia Mario, varios gefes de legiones y de cohortes, sabedores del desembarco de los francos por el oficial que habia traído la noticia y que al cruzar por el campamento habia esparcido la alarma, se apresuraron á tomar las órdenes del general.

—Corred á ponerlos al frente de vuestras tropas, les dijo, y dirigios con ellas al campo de ejercicio. Luego iré á reunirme con vosotros, y os designaré el punto que habeis de ocupar en la batalla. Voy á consultar antes con mi madre.

—Confiamos en tu valor y en tu genio militar, respondió el mas anciano de los gefes de las cohortes. Tu madre, el ángel de la Galia, vela á tu lado. Esperamos tus órdenes.

—Madre mia, dijo el general con voz conmovida, vuestro perdon delante de todos y un abrazo vuestro me inspirarian valor para emprender esta gran batalla.

—Los extravios de la juventud de mi hijo han entristecido muchas veces mi corazon asi como el vuestro á vosotros que le visteis na-

cer, dijo Victoria á los gefes de las cohortes; perdonadle como yo le perdono.

Y estrechó apasionadamente á su hijo contra su pecho.

— Se han esparcido infames calumnias contra Victorino, añadió el capitan anciano, pero no las hemos creído. Sin embargo, el soldado es menos ilustrado que nosotros y mas propenso á vituperar que á ensalzar... Sigue, pues, los consejos de tu augusta madre, Victorino, y no des mas pretextos para que te calumnien... Recibe nuestras palabras sin enojo porque eres nuestro hijo, el hijo de los campamentos, de los que es madre la gran Victoria. Vamos á esperar tus órdenes; cuenta con nosotros así como contamos contigo.

— Me hablais como un padre, respondió Victorino conmovido al oír tan sencillas y dignas palabras, y sabré portarme como un hijo. Me habeis servido de guía desde niño en los campos de batalla, y vuestro ejemplo me ha enseñado á pelear. Desde hoy, redoblaré mis esfuerzos para mostrarme digno de vosotros y de mi madre.

— Es tu deber, pues nos gloriamos en tí y en ella, respondió el anciano.

Y añadió dirigiéndose á Victoria:

— ¿No te verá el ejército antes de marchar al combate? Tu presencia es para nuestros soldados un feliz augurio.

— Acompañaré á mi hijo hasta el campo de ejercicio, y despues ¡á luchar y vencer! El gallo de nuestra patria ahuyentó las aguilas romanas ¿y no habia de ahuyentar esa bandada de aves carniceras que van á lanzarse sobre la Galia? exclamó la madre de los campamentos con ademan tan altivo y sublime que creí ver en ella la diosa de la patria. ¡Por Heso! ¿Nos conquistará el franco bárbaro? Fuera preciso que el galo hubiera perdido el ardor que anima su pecho valeroso. ¡Guerra! ¡guerra y victoria!

Los gefes de las legiones se llenaron de bélico entusiasmo al oír á Victoria, y desenvainando las espadas por un impulso unánime y espontáneo, cruzaron unos con otros sus aceros y gritaron con exaltacion:

— Te juramos por nuestras espadas, Victoria, que triunfaremos de los francos ó sucumbiremos.

— Si; por tu augusto y querido nombre, Victoria... combatiremos hasta derramar la última gota de sangre.

Y todos salieron gritando:

— ¡A las armas, legiones!

— ¡ A las armas, cohortes !

Durante esta escena en que tan brillantemente se habian revelado el genio militar de Victorino, su cariñosa deferencia hácia su madre y la imponente influencia que madre é hijo ejercian en los gefes del ejército, habia mirado con frecuencia á hurtadillas al gobernador de Gascuña que se habia retirado á un extremo del aposento, y advertí que, ora fuese por el temor que le inspiraban los francos, ora por su secreta rabia de reconocer en aquel momento la inutilidad de sus calumnias contra Victorino (porque á pesar de la habilidad de su defensa no dejaba de sospechar de Tetrik), advertí, pues, que su rostro lívido y alterado espresaba las malas pasiones que tenia interés en ocultar. Advertí tambien que cuando salieron los gefes de las legiones y la madre de los campamentos se volvió hácia el gobernador, este se esforzó en volver á cubrirse con su máscara de afabilidad habitual, y dijo á Victoria con fingida sonrisa:

— Vos y vuestro hijo poseeis un secreto hechizo... Segun mi humilde parecer, el ataque de los francos es un inminente peligro, y sin embargo, cualquiera diria al oiros deliberar con tanta tranquilidad como si el combate debiera tener lugar mañana, que no abrigais el menor temor, y vuestra presencia de ánimo en semejantes circunstancias me inspira ciega confianza.

— Es muy natural nuestra tranquilidad, respondió Victorino; he calculado el tiempo que necesitan los francos para acabar de cruzar el Rhin, desembarcar sus tropas, formar sus columnas y llegar á un paso que forzosamente han de atrevesar, y si apresurára su marcha incurriria en un error así como me conviene su lentitud.

Y Victorino añadió dirigiéndose á mi:

— Scanvoch, corre á tomar las armas: tengo que darte algunas órdenes despues de haber hablado con mi madre.

— Vuelve aquí antes de ir á reunirte con mi hijo en el campo de ejercicio, me dijo Victoria; yo tambien tengo que darte algun consejo.

— Me olvidaba de decirte una cosa importante en este momento, añadí. La hermana de uno de los reyes francos, temiendo que su hermano la matara, vino ayer conmigo del campamento de los bárbaros.

— Esa mujer podrá servirte de rehenes, dijo Tetrik; es preciso guardarla con cuidado.

— No, respondí al gobernador, porque he prometido á esa mujer

que estaria libre y le he asegurado la proteccion de Victoria.

— Cumpliré tu promesa, respondió mi hermana de leche. ¿Dónde está esa mujer?

— En mi casa.

— Manda que la conduzcan aqui despues que partan las tropas.

Salia con el gobernador de Gascuña para dejar á Victorino solo con su madre, cuando ví entrar en su casa varios bardos y druidas que, segun nuestra antigua costumbre, marchaban al frente del ejército para animar á los soldados con sus cantos patrióticos y guerreros.

Corrí á mi casa para armarme y tomar el caballo. Las trompetas y clarines resonaban á lo lejos en el campamento.

Mi esposa y Leda, que tenian ya noticia del desembarco de los francos, habian preparado mis armas, y estaban bruñendo mi coraza de acero cuyo brillo habia alterado el dia anterior el fuego que mandó encender sobre mi armadura Neroweg, el Aguila terrible, poderoso rey de los francos.

— Eres la verdadera esposa de un soldado, dije á Ellen, sonriendo al verla tan contrariada porque no podia hacer desaparecer la mancha que habia dejado impresa el fuego; el brillo de las armas de tu esposo es tu mas hermosa gala.

— Si el tiempo no apremiara tanto, me respondió Ellen, llegaríamos á borrar esta mancha, y hace una hora que Leda y yo estamos pensando como has podido ennegrecer de este modo la coraza.

— Cualquiera diria que eran vestigios de fuego; dijo Leda que se ocupaba entonces en frotar con fuerza mi casco con un pedazo de piel; unicamente el fuego puede empañar de este modo el brillo del acero.

— Lo adivinaste, Leda, respondí riendo y tomando la espada, el hacha de armas y el puñal; habia abundante fuego en el campamento de los francos, y como son tan hospitalarios me invitaron á que me acercase. La noche era fresca y me acerqué demasiado al fuego.

— La noticia de que vas á combatir te inspira buen humor, dijo mi esposa; hace mucho tiempo que te sucede lo mismo.

— Y la noticia de que voy á combatir no te entristece, Ellen mia, porque tu corazon es esforzado.

— Mi firmeza es hija de mi confianza en la victoria, Scanvoch mio, y de las creencias de mis antepasados que me enseñaron que despues de la muerte vamos á vivir en otro mundo mejor con los que

amamos, me respondió dulcemente Ellen mientras me ayudaba á ponerme la coraza. Por eso sigo aquella máxima que dice: «La gala no palidece nunca cuando su valiente esposo parte al combate, y se ruboriza de placer cuando vuelve.» Si no le vé mas, piensa con orgullo que murió como un valiente y todas las noches dice: Ha pasado otro dia, y me voy acercando al momento en que partiré á esos mundos desconocidos donde vamos á encontrar á los que hemos amado.

—No hablemos de ausencia sino de regreso, dijo Leda presentándome el casco tan esmeradamente bruñido por sus manos que hubiera podido verse en el acero su hermoso rostro; hasta hoy has sido afortunado en la guerra, Scanvoch, y la fortuna volverá contigo.

—Creo en tu vaticinio, querida Leda; parto sin pesar porque estoy seguro de tu cariño de hermana y del amor de Ellen, y volveré con alegría, especialmente si he logrado señalar en la frente á cierto rey de esos desolladores francos, en reconocimiento de la noble hospitalidad que ayer me dió. Ya estoy armado... Un beso á mi Aelguen, y ¡á caballo!

En el momento que me dirigia al aposento de mi esposa, Leda me detuvo y me dijo:

—Hermano mio... ¿y esa estrangera?

—Tienes razon, Leda; ya la olvidaba.

Habia encerrado á Elwig por prudencia. Dí un golpe en la puerta del aposento donde estaba y le pregunté:

—¿Me permites que entre?

No me respondió.

Inquieto con su silencio, abrí la puerta, y ví á Elwig sentada en la cama con la frente entre sus manos. Al verme, me lanzó una mirada feroz y permaneció muda.

—¿Has dormido con tranquilidad? le pregunté.

—El sueño huye de mis párpados, me respondió bruscamente. ¡Riowag ha muerto!

—Mi esposa y mi hermana te conducirán al mediodia á presencia de Victoria que te tratará como amiga. Ya le he dicho que te hallabas en el campamento.

La hermana de Neroweg, el Aguila terrible, me respondió con un ademan de indiferencia.

—¿Necesitas alguna cosa? le dije. ¿Quieres comer ó beber?

—Quiero agua... Tengo sed... me abraso.

Leda, á pesar de la negativa de la sacerdotisa, fué á buscar al-

gunas provisiones, y un cántaro de agua, lo puso todo al lado de Elwig que continuaba sombría, inmóvil y muda.

Cerré la puerta y entregué la llave á mi esposa.

—Acompañareis á esa desgraciada criatura á casa de Victoria al mediodía, dije á Ellen y á Leda, pero tened cuidado que no se quede sola con mi hijo.

—¿Qué temes?

—Todo debe temerse de esas mujeres bárbaras, tan disimuladas como feroces... Maté á su amante defendiéndome contra él, y tal vez seria capaz de ahogar á nuestro hijo por venganza.

En aquel momento te ví llegar, querido hijo mio. Al oír mi voz desde el aposento de tu madre, saltaste del lecho, y veniste medio desnudo, con los brazos tendidos hácia mi, riéndote al ver mi armadura cuyo brillo alegraba tu vista. Como apremiaba el tiempo, te abracé con ternura, así como á tu madre y á su hermana; despues fuí á ensillar mi caballo, mi brioso y arrogante *Tom-Bras*, al que habia dado este nombre en memoria de nuestro antepasado JOEL, que llamaba tambien *Tom-Bras* al fogoso garañon que montaba en la batalla de Vannes.

Leda y tu madre, que te llevaba en sus brazos, me acompañaron hasta la caballeriza. Tu tia me ayudaba á ensillar al caballo al que decia mientras acariciaba su nervioso cuello:

—*Tom-Bras*, no dejes á tu amo en peligro, salvale con tu ligereza, y en caso necesario, defiéndele como aquel valiente *Tom-Bras* de otros siglos que, montado por el brenn de la tribu de Karnak, acometia á los romanos á coces y bocados.

—Querida Leda, le dije riendo y montando, no des tan malos consejos á *Tom-Bras* induciéndole á que me salve con su ligereza. El buen caballo de batalla es rápido al perseguir pero lento en la fuga. En cuanto á dar coces y bocados, se porta á las mil maravillas, y que lo diga sino el caballo franco que cogí en la última batalla y que ha sido su victima en la caballeriza. *Tom-Bras* imita á su amo pues aborrece la raza franca. ¡Adios, Leda! ¡Adios, querida Ellen! ¡Adios, hijo mio!

Y despues de dirigir la postrera mirada á tu madre, que te llevaba en sus brazos, partí á golpe para reunirme con Victoria en el campo de ejercicio donde debia formarse el ejército.

El lejano sonido de los clarines y los relinchos de los caballos animaron á *Tom-Bras* que se encabritaba con fogosidad. Le calmé con

la voz, y le acaricié con la mano para que no agotase sus fuerzas antes de principiar tan ruda jornada. Vi á poca distancia del campo de ejercicio y á unos cien pasos de mí á Victoria escoltada por algunos guerreros. No tardé en reunirme con ella. Tetric, montado en una yegua, iba á la izquierda de la madre de los campamentos, la cual llevaba á su derecha á un bardo druida llamado Rolla á quien amaba por su valor, su noble caracter y su talento de poeta. Varios druidas estaban diseminados entre los diferentes cuerpos del ejército para marchar junto á los gefes al frente de las tropas.

Victoria llevaba el ligero casco de bronce de la Minerva antigua, cuya cimera era un gallo de cobre dorado que tenía bajo sus patas una alondra espirante, y montaba con airoso altivez su hermoso caballo blanco cuya satinada piel brillaba con reflejos plateados. Sus gualdrapas de color escarlata llegaban casi hasta el suelo, y los ocultaba por un lado el largo vestido negro de la madre de los campamentos; su varonil y hermoso rostro parecía animado de bélico ardor, un ligero carmin coloraba sus mejillas, su seno palpitaba y sus rasgados ojos negros brillaban bajo sus pobladas cejas... Me reuní sin que me viese con los demas guerreros de su escolta.

Las cohortes pasaban una tras otra por delante de Victoria con paso rápido, precedidas de los clarines y con las banderas desplegadas; los oficiales saludaban á la madre de los campamentos con la espada, las banderas se inclinaban ante ella, y soldados, capitanes y gefes de cohortes gritaban con entusiasmo:

— ¡Viva la gran Victoria!

— ¡Viva la madre de los campamentos!

Entre los primeros soldados de una de las cohortes que pasaron por delante de nosotros conocí á Douarne, uno de los cuatro remeros que me habian acompañado á la orilla franca del Rhin: el valeroso breton ocupaba su puesto á pesar de su reciente herida... Me acerqué al paso de mi caballo y le dije:

— Douarne, los dioses envian á Victorino una ocasión propicia para probar al ejército que es digno aun de mandarlo á pesar de indignas calumnias.

— Tienes razon, Scanvoch, me respondió el breton. Si Victorino gana esta batalla como ha ganado otras, el soldado olvidará muchas cosas en la alegría del triunfo de su general...

Algunas legiones romanas, que eran entonces nuestras aliadas, participaban del entusiasmo de nuestras tropas y tambien saludaron

á Victoria con sus aclamaciones. No tardó en reunirse el ejército, formando la caballería en las alas y la infantería en el centro, en el campo de ejercicio que era una inmensa llanura, situada fuera del campamento, y que tenía por límites por un lado la orilla del Rhin y por otro la falda de una elevada colina. Los cascos, las corazas, las armas y las banderas, sobre cuyas astas se ostentaba un gallo de cobre dorado, brillaban á los rayos del sol y formaban una especie de hormigueo luminoso. Luego que Victoria entró en el campo de las maniobras, corrió á galope para reunirse con su hijo que estaba en el centro de aquella inmensa llanura y rodeado de un grupo de gefes de legiones y de cohortes á los cuales daba sus órdenes. Apenas apareció delante del frente del ejército la madre de los campamentos que distinguían fácilmente todas las miradas por su casco de bronce, su traje negro y el caballo blanco que montaba, cuando un solo grito, inmenso, atronador y salido de aquellos cincuenta mil pechos de soldados, saludó á la gran Victoria.

— ¡Llegue hasta Heso ese clamor! dijo con voz conmovida la madre de los campamentos. ¡Los dioses den á la Galia una nueva victoria! La justicia y el derecho estan de nuestra parte, pues no buscamos una conquista sino que queremos defender nuestro suelo, nuestros hogares y nuestras familias.

— Nuestra causa es justa y noble, respondió Rolla, el bardo druida. ¡Heso hará que nuestras armas sean invencibles!

Nos aproximamos á Victorino... Creo que jamas le habia visto tan gallardo, hermoso y marcial bajo la brillante armadura de acero y con su casco adornado como el de su madre con un gallo y una alondra, de modo que hasta Victoria no pudo menos de volverse hácia mi al acercarse á su hijo, y de espresar con una mirada, que solo yo comprendí, su orgullo maternal. Varios oficiales se dirigieron á galope en diferentes direcciones para llevar las órdenes del general á los diversos cuerpos del ejército.

Me acerqué entonces á mi hermana de leche, y le dije en voz baja:

— ¿No reprendias á tu hijo porque carecia ya de ese frio valor que debe distinguir al gefe de ejército? Mirale, pues, cuan tranquilo y pensativo está... ¿No lees en su rostro varonil la sabia y prudente meditacion del general que no quiere aventurar locamente la vida de sus soldados y la suerte de su patria?

— Es verdad, Scanvoch; tranquilo y pensativo estaba tambien co-

mo ahora al principiar la gran batalla de Offembach... una de sus mas brillantes y útiles victorias, pues nos devolvió la frontera del Rhin arrojando á esos francos malditos á la otra parte del rio.

— Y esta jornada completará la victoria de tu hijo si, como espero, arrojamos para siempre á esos bárbaros de nuestras fronteras.

— Scanvoch, me dijo mi hermana de leche ¿ estarás al lado de Victorino durante la batalla ?

— Te prometo que solo me separará de él la muerte.

— Ahora está tranquilo, pero en empeñarse la batalla, se despertará el ardor de su corazon esforzado... Ya sabes Scanvoch, que no temo el peligro que va á arrostrar Victorino, pues soy hija, esposa y madre de soldado; pero temo que el arrebató y el escesivo anhelo de demostrar su valor comprometan con su muerte el buen éxito de esta jornada que va á decidir tal vez de la ventura de la Galia.

— Me valdré de todo mi influjo para convencer á Victorino de que un general debe conservar la vida por su ejército, del cual es la cabeza y el pensamiento...

— Scanvoch, me dijo la madre de los campamentos con voz conmovida, siempre serás el mejor de los hermanos.

É indicándome despues á su hijo con la mirada, y no deseando sin duda que los demas penetrasen la lucha de su ansiedad maternal con la firmeza de su caracter, añadió en voz baja :

— ¿ Velarás por él ?

— Como por mi hijo...

El general bajó del caballo al ver á Victoria, y despues de dar las últimas órdenes, y acercándose á su madre, le dijo :

— Llegó el momento, madre mia... He decidido con los demás capitanes las últimas disposiciones del plan de batalla que os espuse y habeis aprobado. Dejo diez mil hombres de reserva para la custodia del campamento, al mando de Roberto, uno de nuestros gefes mas espertos... que estará á vuestras órdenes. ¡ Los dioses protejan hoy nuestras armas ! ¡ Adios, madre mia !

Y dobló la rodilla.

— Adios, hijo mio, y no vuelvas ó vuelve con la victoria.

Y al decir estas palabras se inclinó desde el caballo y tendió la mano á Victorino que se levantó para besarla.

— Valor, jóven César, dijo el gobernador de Gascuña al hijo de mi hermana de leche; el destino de la Galia está en vuestras manos, pero gracias á los dioses son vuestras manos robustas; y creo que me

dareis ocasion para escribir una oda á vuestra nueva victoria.

Victorino subió otra vez caballo. Algunos instantes despues todo nuestro ejército se puso en marcha con descubiertas que lo precedian, y detras de la vanguardia Victorino iba á la cabeza de las tropas. Dejamos á la derecha la orilla del rio, y algunas partidas armadas á la ligera de arqueros y ginetes se dispersaron para preservar el flanco izquierdo de una sorpresa.

Victorino me llamó, acerqué mi caballo al suyo, y espoleándolos los dos á un tiempo, nos sepáramos de la escolta que rodeaba al general.

— Scanvoch, me dijo, eres un soldado valiente y veterano y voy á esplicarte en pocas palabras el plan de batalla que he concertado con mi madre. Se lo he confiado al gefe que debe reemplazarme en el mando si muero, pero quiero comunicarte tambien mis proyectos para que recuerdes su egecucion si es necesario.

— Te escucho con atencion.

— Hace cerca de tres horas que se vieron en medio del rio las almadias de los francos, y como estaban cargadas de tropas y las remolcaban barcas que navegaban á remo lentamente, han debido emplear mas de una hora para llegar á la orilla y desembarcar...

— Tu cálculo es exacto; pero ¿porqué no has apresurado la marcha del ejército para llegar á la orilla antes que acabasen de desembarcar los francos? Las tropas que saltan en tierra estan por lo general desordenadas, y este desorden hubiera favorecido nuestro ataque.

— Dos razones me han inducido á no hacerlo, y voy á decírtelas... ¿Cuanto tiempo crees que habrá necesitado el oficial que vino á anunciar el desembarco del enemigo para llegar á todo escape hasta las avanzadas de Maguncia?

— Hora y media, porque desde la avanzada al campamento hay casi cinco leguas.

— ¿Y cuanto tiempo necesita un ejército para cruzar la misma distancia, marchando en buen órden y con paso acelerado, pero no tanto que las tropas esten cansadas antes de la batalla?

— Cerca de dos horas y media.

— Ya ves, Scanvoch, que nos era imposible llegar á tiempo para atacar á los francos en el momento del desembarque. La indisciplina de esos bárbaros es tanta que habrán empleado algun tiempo para volverse á formar en batalla, y llegaremos por consiguiente

antes que ellos, y los esperaremos en los desfiladeros de Amstrad, único camino militar que pueden tomar para venir á atacar nuestro campamento, á no ser que se dirijan á los pantanos ó á los terrenos cubiertos de matorrales donde no podrá desplegarse la caballería que es su fuerza principal.

— Es verdad.

— He dejado trascurrir algunas horas para que los francos pudiesen llegar á los desfiladeros.

— Y si llegan á ese punto, son perdidos.

— Confío rechazarlos espada en mano hácia el río, y nuestras ciento cincuenta barcas, que han salido del puerto segun mis órdenes al mismo tiempo que nosotros, destruirán las almadias de los bárbaros, y les cortarán la retirada. El capitán Mario, que ha cruzado el Rhin con tropas escogidas, se reunirá con las tribus de la otra parte del río, se dirigirá al campamento de los francos, donde habrán dejado una fuerte reserva y sus carros de guerra, y lo pasará todo á sangre y fuego.

Victorino me explicaba este plan de batalla tan habilmente concebido, cuando vimos llegar á galope algunos ginetes enviados de descubierta. Uno de ellos paró el caballo bañado en espuma y dijo á Victorino:

— El ejército de los francos avanza. Se ha visto á lo lejos en la cima de las colinas. Sus descubiertas se han acercado al desfiladero, y han sucumbido bajo las flechas de los arqueros que habíamos llevado en la grupa de los caballos y que estaban emboscados en los matorrales. Ni un solo franco se ha salvado.

— ¡Buena puntería! dijo Victorino. Esa descubierta hubiera podido encontrar á los nuestros y volver á avisar de nuestra llegada al ejército franco en cuyo caso no hubiera seguido su marcha por los desfiladeros. Yo mismo voy á cerciorarme de la posición del enemigo... Sígueme, Scanvoch.

Victorino partió á galope y le imité. La escolta nos siguió, y muy pronto alcanzamos la vanguardia á la cual mandó hacer alto Victorino. Los soldados saludaron con sus aclamaciones al general á pesar de las infames calumnias de que habia sido objeto.

Llegamos á un parage desde donde se dominaban los desfiladeros de Amstrad: aquel camino, que era muy ancho, se encajonaba á nuestros pies entre dos quebradas, siendo la de la derecha casi perpendicular y formando una especie de promontorio sobre el Rhin, y la de la

izquierda, un amontonamiento de pendientes peñascosas que servia por decirlo así de base á las cortadas planicies en medio de las cuales se habia abierto aquel camino profundo, que iba descendiendo lentamente hasta terminar en una vasta llanura, cuyos límites eran por oriente y norte una curva del rio, por occidente bosques y pantanos, y á nuestra espalda las planicies elevadas donde habian hecho alto nuestras tropas.

Victorino permaneció algunos instantes silencioso y pensativo observando atentamente la disposicion de las tropas del enemigo y el terreno que se estendia á nuestros piés.

— No me habian engañado mis cálculos y previsiones, me dijo. El ejército de los francos es dos veces superior al nuestro, y si observaran una táctica menos salvaje, en vez de seguir ese desfiladero, como van hacerlo, si hemos de juzgar por su marcha, á pesar de la dificultad de esa especie de asalto, tratarian de subir á esas planicies por varios puntos á la vez, obligándome de este modo á dividir en muchos puntos mis fuerzas inferiores á las suyas... y quien sabe entonces si lograríamos la victoria. Sin embargo me valdré de un ardid de guerra por prudencia y para atraer al enemigo al desfiladero. Volvamos á la vanguardia porque ha llegado, Scanvoch, la hora del combate.

— ¡Hora solemne, Victorino! respondí.

— Sí, me dijo con tono melancólico, esta hora es solemne, especialmente para el general que espone en el sangriento juego de las batallas la vida de sus soldados y el destino de su patria. Sígueme, Scanvoch... ¡Protéjame la estrella de mi madre!

Volví hácia nuestras tropas con Victorino pensando en la estraña contradiccion por la que aquel jóven, tan firme siempre y tan reflexivo en las graves circunstancias de su vida, mostraba una inconcebible debilidad en su lucha contra las pasiones.

El general se reunió á los pocos instantes con la vanguardia, y despues de una breve conferencia con los oficiales, las tropas ocuparon sus puestos de batalla. Tres cohortes de infanteria de mil hombres cada una recibieron la órden de salir del desfiladero y estenderse en la llanura, para provocar al combate á la vanguardia de los francos y tratar de atraer de este modo á aquel peligroso paso al grueso del ejército. Victorino, varios oficiales y yo, agrupados sobre la cima de una de las mas elevadas quebradas, dominabamos la llanura donde iba á darse aquel preludio de batalla. Distinguíamos entonces perfec-

tamente el innumerable ejército de los francos: el grueso de sus tropas, reunido en una masa compacta, estaba aun bastante lejos, pero una nube de ginetes se estendia delante de sus alas. Apenas salieron de los desfiladeros nuestras tres cohortes, cuando aquellos miles de ginetes, esparcidos como una bandada de gavilanes, corrieron de todas partes para envolver nuestras cohortes lanzándose á escape, sin orden, amontonándose y pugnando por llegar los primeros. Nuestras tropas hicieron alto y se formaron en cuadro para sostener el primer choque de la caballeria franca, y fingir despues que huian en retirada hácia los desfiladeros. Los francos lanzaban abullidos tan terribles que, á pesar de la gran distancia que nos separaba de la llanura y la elevacion de las colinas, sus gritos salvages llegaban hasta nosotros como un sordo rumor mezclado con el sonido lejano de nuestros clarines... Nuestros soldados no retrocedieron ante aquel impetuoso ataque, y pocos instantes despues solo vimos al través de una nube de polvo una masa confusa en medio de la cual se distinguian nuestras cohortes por su brillante armadura.

Nuestras tropas emprendian ya la retirada hácia el desfiladero cediendo palmo á palmo el terreno á aquella nube de enemigos, que por momentos se aumentaba con nuevas hordas de ginetes destacadas de la vanguardia del ejército franco, cuyo cuerpo principal se acercaba á marcha forzada, cuando Victorino exclamó, fijos los ojos con ansiedad en el campo de batalla:

— ¡Ira del cielo! El esforzado Firmian que manda esas tres cohortes ha olvidado sin duda en el ardor de la pelea que debe replegarse hácia el desfiladero para atraer el enemigo. Firmian no continua retirándose, se para y no ceja un paso... Va á sacrificar inutilmente sus tropas.

Y añadió dirigiéndose á un oficial:

— Corred á decir á Rupero que vaya al instante con sus tres cohortes veteranas á sostener la retirada de Firmian... Que haga ejecutar la retirada al momento y con rapidez. El grueso del ejército de los francos está á cien tiros de flecha de la entrada del desfiladero.

El oficial partió á escape, y segun la orden del general, tres cohortes veteranas salieron rapidamente del desfiladero y fueron á reunirse con nuestras tropas.

Poco tiempo despues la fingida retirada se efectuó en buen orden. Viendo los francos que los galos retrocedian lanzaron gritos de ale-

gria salvage y su vanguardia se acercó á los desfiladeros; pero de pronto palideció Victorino, se reflejó la ansiedad en su semblante y exclamó:

— ¡Por la espada de mi padre! ¿Me habré engañado sobre la posición de esos bárbaros? ¿ves su movimiento?

— Sí, le respondí; en vez de seguir á la vanguardia y de internarse como ella en el desfiladero, el ejército franco se para, se forma en numerosas columnas de ataque y se dirige hácia las colinas. ¡Ira del cielo! Ejecutan la hábil maniobra que temias. ¡Ah! hemos enseñado la guerra á esos bárbaros...

Victorino no me respondió, pues parecia que estaba contando las columnas del enemigo, y despues se dirigió á escape al frente de batalla de nuestro ejército, y gritó:

— Hijos, ya no debemos esperar á esos bárbaros en los desfiladeros, sino que es preciso combatirlos en campo abierto. Lancémonos sobre ellos desde la cima de estas colinas que intentan subir, y rechazamos esas hordas hasta el Rhin. Son dos ó tres contra uno, pero ¿qué importa? Cuando volvamos esta noche al campamento, nuestra madre Victoria nos dirá: ¡Hijos, habeis sido valientes!

— ¡A ellos! gritaron á coro las tropas que habian oido las palabras del general; ¡á ellos!

El bardo Rolla improvisó entonces este canto de guerra que entonó con voz robusta:

— «Esta mañana decimos: ¿Cuantos son esos bárbaros que quieren robarnos nuestra tierra, nuestras mujeres y nuestro sol?

— «Sí; ¿cuantos son esos francos?

— «Esta noche diremos: Responde tierra enrojecida con la sangre del extranjero... responded, aguas del Rhin... responded, cuervos de la orilla: responded... responded.

— «¿Cuantos eran esos ladrones de nuestra tierra, de nuestras mujeres y de nuestro sol?

— «Sí; cuantos eran esos francos?

Y las tropas se pusieron en marcha repitiendo el canto del bardo que voló de boca en boca hasta las últimas filas.

Seguí á Victorino en medio de varios oficiales y ginetes de escolta que precedían á las legiones, y no tardó en desplegarse nuestro ejército en la cima de los collados que dominaban á lo lejos la inmensa llanura terminada en el extremo del horizonte por un recodo del Rhin. Victorino quiso aterrar al enemigo con un esfuerzo de audacia en vez de esperar el ataque en aquella posición ventajosa, y á pesar de nuestra inferioridad numérica, dió la orden de bajar de las cimas contra los francos. La columna enemiga que atraída por la falsa retirada, se había internado en los desfiladeros, fué rechazada al mismo tiempo hácia la llanura por una parte de las tropas, y nuestro ejército bajó sin tardanza lanzando su grito de guerra.

Se travó la batalla que no tardó en hacerse general.

Habia prometido á Victoria que no me separaría de su hijo, pero al principiar la acción se lanzó tan impetuosamente sobre el enemigo al frente de una legión de caballería, que el flujo y reflujo de la pelea me alejó de su lado. Combatíamos entonces con una tropa escogida bien montada y armada, pues aunque sus soldados no llevaban casco ni coraza, su doble chaqueta y sus gorras de pieles guarnecidas interiormente con planchas de hierro, equivalían á nuestras armaduras y peleaban con furia y mas de una vez con ferocidad estúpida. Ví á muchos que se dejaron matar como animales mientras en lo mas rudo de la contienda se encarnizaban en cortar con el hacha la cabeza de un cadáver galo para formar un trofeo con aquel despojo sangriento.

Me defendía de dos francos que me atacaban con furor, mientras otro de aquellos bárbaros, que estaba desmontado y sin armas, se asía de una de mis piernas para arrojarme del caballo, pero que no pudiendo conseguirlo, me mordió con tanta rabia, que sus dientes atravesaron el cuero de mis botines y llegaron hasta el hueso. Al mismo tiempo que respondía á los mandobles de mis dos adversarios, tuve tiempo de descargar un golpe con la maza de armas en el cráneo de aquel franco, y despues de haberme desembarazado de él, hacia vanos esfuerzos para reunirme con Victorino, cuando ví á pocos pasos de distancia en medio de los combatientes, á quienes dominaba con su estatura gigantesca, á *Neroweg*, el Aguila terrible. Al verle y al recordar los ultrages de que apenas me habia vengado el dia anterior arrojándole un tizon á la cabeza, mi sangre, que animaba ya el ardor de la batalla, se encendió con mas fuerza, porque ademas de la ira que debia inspirarme *Neroweg* por sus cobardes in-



Editer Juan Olivero, Barcelona

Galos contra francos.

sultos, sentia contra él no sé que odio profundo y misterioso, como si fuese la personificación de la horda feroz que queria esclavizarnos. Me parecia (¡ cosa estraña é inesplicable !) que aborrecia á Neroweg tanto por lo venidero como por lo presente, y como si mi odio debiera perpetuarse, no solamente entre las dos razas franca y gala, sino tambien en nuestras dos familias. Has de saber, hijo mio, que hasta olvidaba la promesa que habia hecho á mi hermana de leche de velar por Victorino, pues en vez de reunirme con él, solo pensé en acercarme á Neroweg. Necesitaba la vida de aquel franco... y él solo entre tantos enemigos me escitaba personalmente la sed de sangre.

Me hallaba entonces rodeado de algunos soldados de la legion, al frente de la cual acababa de atacar tan impetuosamente Victorino al ejército franco, y rechazamos el enemigo hasta aquel punto hácia el Rhin porque seguíamos ganando terreno... Dos de nuestros soldados que me precedian cayeron con sus caballos bajo la pesada espada del Aguila terrible, y le ví al través de aquella brecha humana.

Neroweg llevaba una armadura gala, despojo de alguno de los nuestros, muerto en otras batallas anteriores. Su casco era de bronce dorado, cuya visera ocultaba una parte de su rostro pintado de color azul y escarlata; su larga barba de un rojo de cobre caia casi hasta la coraza que se habia puesto sobre la chaqueta de piel; recios vellones de carnero, sujetos con cintas cruzadas, cubrian sus piernas; montaba un salvage garañon de los bosques de Germania, cuya piel leonada estaba matizada de manchas negras, y que con la larga cola azotaba sus piernas nerviosas cuando se encabritaba, impaciente de su freno con riendas de plata, despojo tal vez de algun guerrero galo; un escudo de madera, reforzado con barras de hierro y groseramente pintado de listas amarillas y encarnadas, colores de su bandera, defendia el brazo izquierdo de Neroweg; esgrimia con la mano derecha la larga y pesada espada bañada en sangre, y le colgaban del costado una especie de enorme cuchilla de carnicero con mango de madera y una magnífica espada romana con empuñadura de oro cincelada.

Neroweg lanzó un grito terrible al reconocerme y exclamó:

— ¡ Es él !

Azotó entonces el costado de su caballo con el mango del hacha, y le obligó á cruzar de un salto enorme el cuerpo y el caballo de un guerrero caido que nos separaban. El impetu de Neroweg fué tan violento, que el dar el salto, su caballo y el mio se chocaron con las

frentes, y ambos doblaron con tan terrible choque sus remos y rodaron por el suelo. Aturdime en un principio con la caída, pero me puse al momento en pié, y saqué la espada porque había soltado al caer la maza de armas. Neroweg estuvo un momento haciendo esfuerzos para salir de debajo del caballo, pero se levantó con presteza y se arrojó sobre mí. Se le había roto el lazo del casco al caer, y llevaba la cabeza descubierta, de modo que su espeso cabello rojo flotaba sobre sus hombros como una melena.

— ¡ Ah ! perro galo, exclamó apretando los dientes y descargándome un terrible mandoble que paré, por fin serán mías tu vida y tu piel.

— Y yo, lobo franco, te marcaré otra vez vivo ó muerto en la cara para que el diablo te conozca en este mundo ó en los otros.

Y peleamos largo rato con encarnizamiento en tanto que nos dirigamos ultrajes que acrecentaban nuestra rabia.

— ¡ Perro ! me decía Neroweg; has robado á mi hermana Elwig.

— La he salvado de la muerte y te he evitado un fratricidio, porque tu infame raza es un semillero de crímenes.

— ¿ Te atreves á hablar de mi raza, perro bastardo, medio romano y medio galo ? Nuestra raza esclavizará la tuya, hijo de esclavos rebeldes ; volveremos á poneros el yugo... y nos apoderaremos de vuestros bienes.

— ¡ Mira á lo lejos tu ejército derrotado, ó gran rey ; mira como huyen de los dientes de los esforzados perros galos tus bandadas de lobos francos, tan cobardes como feroces... !

Combatíamos con creciente rabia y sin habernos herido aun en medio de este torrente de injurias. Varios golpes rudamente dados habían deslizado sobre nuestras corazas pues manejábamos con igual destreza las espadas. De pronto, á pesar del encarnizamiento del combate, un extraño espectáculo nos distrajo durante algunos momentos : nuestros caballos se habían levantado, y al momento, como sucede con frecuencia entre garañones, se arrojaron uno contra el otro relinchando para despedazarse. Mi valiente *Tom-Bras* se había encabritado, y derribando á su adversario le tenía sujeto por el cuello y le mordía con frenesí. Irritado Neroweg al ver á su caballo bajo los piés del mio, exclamó sin cesar de combatir :

— ¡ Folg ! ¿ te dejarás vencer por ese puerco galo ? Defiendete con los piés y los dientes... despedázalo !...

— ¡ *Tom-Bras* ! exclamé entonces ; mata el caballo que yo voy á

matar al amo... Tengo sed de su sangre como si su raza debiera perseguir á la mia al través de los siglos.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando la espada del franco me atravesó la pierna entre carne y piel, en el momento que le descargaba en la cabeza un golpe que debia ser mortal; pero en el movimiento que hizo Neroweg al retirar la espada de mi pierna, mi arma se desvió, solo le alcanzó en un ojo, y por una estraña casualidad, le corté la cara en el lado opuesto al que conservaba la cicatriz que le recordaba la herida que habia recibido en la batalla anterior.

— ¡Ya te he dicho que vivo ó muerto te señalaria otra vez en la cara! exclamé en el momento que Neroweg se arrojaba sobre mi con el ojo despedazado y el rostro inundado en sangre y ahullaba de dolor y de rabia. Empeñado en matarle, me mantuve en la defensiva buscando una ocasion oportuna de acabarle con un golpe seguro y mortal. El garañon de Neroweg cayó entonces bajo los piés de Tom-Bras que cada vez estaba mas encarnizado contra él, y vino rodando tan cerca de nosotros que casi nos derribó.

Se acercaba una legion de nuestra caballeria de reserva, cuyo estruendo sordo y lejano oia hácia algunos momentos, y pisoteaba cadáveres de hombres y caballos en su impetuosa carrera... Aquella legion, formada en tres filas, llegaba con la rapidez del huracan, y Neroweg y yo íbamos á sucumbir bajo los piés de los caballos porque presentaba un frente de batalla de doscientos pies de estension. Aunque hubiera tenido tiempo de volver á montar á caballo, me hubiese sido casi imposible llegar á escape á la derecha ó la izquierda de aquella larga linea de caballeria y librarme de un terrible choque. Lo intenté sin embargo y á pesar del deseo de matar al rey franco que me inspiraba mi odio. La caida del caballo de Neroweg habia interrumpido momentaneamente nuestro combate, y me aproveché de este incidente para saltar sobre Tom-Bras que estaba á mi lado. Me fué preciso usar con rigor el freno y el mango de la espada para obligar á mi caballo á que soltase la presa, pues estaba encarnizado sobre el otro garañon pisoteándole con las patas delanteras, y lo conseguí en el instante que la larga linea de caballeria me envolvia por ambos lados y estaba á algunos pasos de mi. Lanceme á escape delante animando con la voz á Tom-Bras y volviendo el rostro para mirar al rey franco que me persiguia blandiendo la espada y con el rostro ensangrentado. De pronto le ví desaparecer en la nube de polvo que levantaba el impetuoso galope de los caballos.

— ¡Heso me ha oído! exclamé. Neroweg habrá sucumbido... toda la legion ha pasado sobre su cuerpo.

Era tan rápido el galope de Tom-bras, que pronto tomé suficiente espacio de ventaja á la linea de caballeria que me seguia, para desviarme y ocupar mi puesto en la derecha del frente de batalla de la legion. Me dirigí entonces á uno de los oficiales, y le pregunté por Victorino y por el estado del combate.

— Victorino se bate como un héroe, me respondió. El soldado que ha venido á dar la órden á la reserva para que avanzase nos ha dicho que nunca habia demostrado el general mayor destreza y acierto en sus maniobras. Los francos, dos veces mas numerosos que nosotros, se baten con encarnizamiento, y especialmente con una táctica que no habian manifestado hasta ahora; lo cual indica que ganaremos la victoria pero que la pagaremos cara.

El soldado no mentia: Victorino peleó como soldado intrépido y general consumado. Le encontré con alegria en lo mas rudo de la pelea, y por milagro solo habia recibido una leve herida.

La reserva, prudentemente conservada hasta entonces, decidió del éxito de la batalla que habia durado siete horas. Los francos huyeron derrotados hácia el Rhin á pesar de su tenaz resistencia en la retirada. Despues de sufrir pérdidas considerables, una parte de sus hordas se anegó en el rio y otros llegaron á embarcarse en desorden en las almadias y á alejarse de la orilla remolcados por barcas, pero la escuadrilla de ciento cincuenta naves obedeció entonces las órdenes de Victorino, que todo le habia previsto, y doblando á fuerza de remos un promontorio donde habia permanecido oculta, alcanzó las almadias, y nuestras barcas las rodearon despues de acribillarlas con una granizada de flechas.

Terrible fué aquel último combate sobre las balsas flotantes. Los barcos que las remolcaban se fueron á pique, y el reducido número de francos que se salvaron de tan suprema lucha, se abandonaron á la corriente del rio asiéndose á los restos de las almadias desamparadas y arrastradas por las aguas.

Nuestro ejército, cruelmente diezmado, exaltado aun por la lucha y agrupado en las alturas de la orilla, presenciaba tan desastrosa derrota que alumbraban los últimos rayos del sol en su ocaso.

Todos los soldados entonaron entonces á coro las heróicas palabras que habian cantado los bardos al principiar la batalla.

«— Esta mañana decíamos: ¿Cuántos son estos bárbaros que quieren robarnos nuestra tierra, nuestras mujeres y nuestro sol?

«— Si; ¿cuántos son esos francos?

«— Esta noche decimos: Responde, tierra enrojecida con la sangre del extranjero... respondió, aguas del Rhin... respondió, cuervos de la orilla: respondió... respondió!

«— ¿Cuántos eran esos ladrones de nuestra tierra, de nuestras mujeres y de nuestro sol?

«— Si; ¿cuántos eran esos francos?

Apenas acababan nuestros soldados de cantar, cuando ví en la orilla opuesta del río, y en todo el espacio que se podía abarcar con la mirada entre los ténues vapores de la neblina de la noche, un resplandor que fué haciéndose rápidamente inmenso y abarcó el horizonte como los reflejos de un gigantesco incendio.

Victorino dijo con alborozo:

— El valiente Mario ha ejecutado su plan al frente de una tropa escogida y de las tribus aliadas de la otra orilla del Rhin, y ha sorprendido el campamento de los francos... Ya estará esterminada su última reserva y serán presa de las llamas sus chozas y sus carros de guerra. ¡Por Heso! Libre por fin la Galia de esos vecinos temibles, va á gozar de los beneficios de una paz fecunda ¡Madre mía... madre mía!... Cumpliéronse tus deseos.

Victorino acababa de pronunciar estas palabras con rostro radiante de alegría, cuando ví llegar lentamente hácia él una numerosa turba de soldados que pertenecian á diversos cuerpos de caballeria é infanteria del ejército; todos eran ancianos, y á su cabeza iba Douarnek, uno de los cuatro remeros que me habian acompañado el día anterior en mi viaje al campamento de los francos. Cuando llegaron cerca del general en rededor del cual nos hallábamos todos, Douarnek se adelantó algunos pasos, y dijo con voz grave y firme:

— Escucha, Victorino: cada legion de caballeria y cada cohorte de infanteria ha elegido al soldado mas anciano, y son los compañeros que me siguen; todos te han visto como yo nacer y te han visto siendo niño en los brazos de Victoria, la madre de los campamentos, la augusta madre de los soldados... Muchos años te hemos amado, Vic-

torino, por ella y por tí, porque lo merecias... Te aclamamos por general y uno de los dos gefes de la Galia, porque lo merecias... Los veteranos te amábamos como á un hijo y te obedecíamos como á un padre, porque tambien lo merecias... Pero llegó un dia en que, aunque te obedecíamos como á general y gefe de la Galia, no te amábamos tanto...

— ¿Y porqué no me amabais tanto? preguntó Victorino admirado al ver el ademan solemne del veterano; si: ¿porqué no me amabais tanto?

— ¿Porqué? ¿porqué no te amábamos tanto? Porque no lo merecias. Pero si has incurrido en alguna falta, tambien nosotros hemos incurrido en otras... así nos lo demuestra la batalla de hoy...

— Explícate, dijo respetuosamente Victorino, explícate, Douarnek, por que sé tu nombre así como el de los mas valientes del ejército. Explícate, Douarnek: ¿cuales son mis faltas? ¿cuales las vuestras?

— Las tuyas son, Victorino, el ser aficionado en extremo al vino y á las mujeres.

— Responde, Douarnek, por todas las queridas que has tenido y por todas las copas que has apurado y apurarás aun; ¿porqué me hablas así el dia de una victoria? preguntó jovialmente Victorino, recobrando su buen humor que no le quitaban los temores del combate. Habla con franqueza: ¿es razonable que entre soldados se hagan tales reproches?

— Entre soldados no, Victorino, respondió severamente Douarnek, pero sí de soldados á general. Te hemos elegido libremente por gefe, y libremente hemos de hablarte. Cuanto mas te hemos elevado, mas te hemos honrado y con mas derecho podemos decirte: Hónrate.

— Así trato de hacerlo, buen Douarnek, así trato de hacerlo combatiendo como de mí lo exige la patria.

— ¿Y crees que basta combatir gloriosamente? No eres tan solo capitan... eres tambien gefe de la Galia.

— No lo niego: ¿pero en qué te fundas, buen Douarnek, para decir que como general y gefe de la Galia he de ser mas insensible que un soldado al encanto de unos ojos negros ó azules, y al aroma de un buen vino?

— Yo, soldado, digo al general y gefe de la Galia: El hombre elegido gefe por hombres libres, hasta en las cosas de la vida priva-

da, ha de guardar prudente comedimiento si desea ser amado, obedecido y respetado. ¿Has guardado tu ese prudente comedimiento? No.

El general se sonrió y animó al veterano con un ademán para que continuase.

— Te habíamos visto con frecuencia con síntomas innegables de embriaguez, pero ignorábamos que también te entregabas al libertinaje, hasta que nos dijeron que en tu embriaguez habías violentado á una mujer que se dió la muerte en su desesperación. Lo creímos...

— ¡Ira del cielo! exclamó Victorino con dolorosa indignación interrumpiendo á Douarnek ¿habeis creído eso del hijo de Victoria?

— Sí, añadió el veterano, si; esa ha sido nuestra falta. De modo que así como tú tienes tus faltas, nosotros hemos tenido las nuestras, y venimos á perdonarte para que nos perdones también, y para que te amemos y nos ames como antes. ¿Consientes, Victorino?

— Consiento, respondió el general conmovido con tan nobles y leales palabras.

— Dame la mano, añadió Douarnek, en nombre de mis compañeros.

— Toma, respondió Victorino inclinándose hácia el cuello del caballo para estrechar cordialmente la mano al veterano. Os doy gracias por vuestra franqueza, hijos míos... y seré vuestro amigo como vosotros lo sois míos para la gloria y la paz de la Galia. ¿Qué haría yo sin vosotros? Si el general ciñe la corona triunfal, el soldado se la teje y la tiñe de púrpura con su sangre generosa.

— No hablemos más, pues, Victorino, dijo Douarnek con los ojos encendidos con las lágrimas. ¡Tuya es nuestra sangre, de nuestra querida Galia y de tu gloria!

— Y de mi madre á quien debo lo que soy, añadió Victorino con creciente emoción. ¡A mi madre pertenece nuestro respeto, nuestro amor y nuestra adhesión, hijos míos!

— ¡Viva la madre de los campamentos! gritó Douarnek con voz sonora; ¡viva su glorioso hijo Victorino!

Los compañeros de Douarnek, los soldados, los oficiales, todos los que presenciábamos esta escena gritamos como el veterano:

— ¡Viva la madre de los campamentos! ¡viva su glorioso hijo Victorino!

El ejército se puso en marcha para regresar al campamento mien-

tras los druidas médicos y sus ayudantes, se quedaban en el campo de batalla, bajo la proteccion de una legion destinada á custodiar los prisioneros, para socorrer á los heridos galos y francos.

El ejército regresó, pues, á Maguncia en una hermosa noche de verano haciendo resonar los ecos de las orillas del Rhin con el canto de los bardos.

Era tal el afan de Victorino en dar á su madre la nueva de la victoria, que entregó el mando de las tropas á uno de los capitanes mas antiguos, y dejando él y yo nuestros caballos cansados á los soldados que acostumbraban llevar de las riendas otros de repuesto para el general, nos dirigimos rápidamente hácia Maguncia.

La noche era serena y la luna resplandecia entre millares de estrellas, mundos desconocidos donde vamos á vivir despues de nuestra muerte. ¡Cosa estraña! Mientras estaba pensando con gozo inefable en el triunfo de nuestro ejército que aseguraba la paz y la prosperidad de la Galia y en que iba á volver á veros á tu madre y á tí, hijo mio, despues de tan sangrienta batalla, se apoderó de mi una profunda melancolia.

En el entusiasmo de mi gratitud habia alzado los ojos al cielo para dar gracias á los dioses por nuestra victoria. La luna brillaba con radiante fulgor... y no se porqué recordé en aquel momento con una especie de piadosa tristeza, pensando en nuestros antepasados, todos los hechos gloriosos, interesantes ó terribles llevados á cabo por ellos, y que el astro de la Galia habia alumbrado tambien con su eterna luz tantas generaciones hacia..! El sacrificio de Hena, el viaje de Albinik el marino y de su esposa Meroe al campamento de Cesar al través de los paises heroicamente incendiados durante la guerra de nuestros padres contra los romanos... la marcha nocturna de Sylvest el esclavo acudiendo á las reuniones secretas de los *Hijos del Muérdago* y al palacio de Faustina... su fuga de el circo de Orange, donde casi pereció despedazado por las fieras... Y todos estos hechos, tan lejanos ya, se aparecian en aquel momento á mi espíritu como los pálidos fantasmas de lo pasado...

Me arrancó de mis reflexiones la voz jovial de Victorino.

— ¿En qué piensas, Scanvoch? ¿Es posible que uno de los vencedores de tan brillante jornada esté mudo como un vencido?

— Victorino, pienso en los tiempos que pasaron...

— ¡Fúnebre meditacion! exclamó el general dando rienda suelta á su jovialidad. Dejemos lo pasado con las copas vacias y las anti-

guas queridas. ¿En qué te figuras que pienso yo? En primer lugar, en la alegría que causará á mi madre la noticia de nuestra victoria, y pienso ademias en los hermosos ojos negros de Kidda la bailarina que me espera, porque al separarme esta noche de su lado cuando se acabó la cena á la que me atrajo con astucia, me dió una cita para esta noche. ¡Día completo, Scanvoch! Por la mañana una victoria y por la noche la orgía y el amor. ¡Qué hermoso es ser soldado y tener veinte y dos años!

—Escucha, Victorino. Mientras estabas combinando el plan de la batalla demostraste prudencia, gravedad y reflexion y fuiste digno de tu madre y de tí mismo...

—¡Por los hermosos ojos de Kidda! ¿no soy aun digno de mí mismo al pensar en ella despues de la batalla?

—¿No meditas, Victorino, la gravedad del paso que acaba de dar Douarneek presentándose á hablarte en nombre del ejército? ¿No sabes que ese paso demuestra la altiva independendencia de nuestros soldados á cuya libre eleccion debes el ser general? ¿No sabes que semejantes palabras, pronunciadas por tales hombres no son ni serán vanas... y que seria funesto olvidarlas?

—Su paso es un arranque de veterano que echa de menos sus verdes años... palabras de viejo, vituperando los goces que no puede alcanzar...

—Victorino, demuestras una indiferencia que está muy lejos de sentir tu corazon... He visto cual te conmovias y la profunda impresion que te causaba el franco lenguaje del veterano.

—Se siente tanta alegría el dia en que se gana una batalla que todo gusta é interesa... Y por otra parte, aunque eran bastante ásperas, ¿no prueban esas palabras el efecto que me profesa el ejército?

—Considera, Victorino, que el ejército principiaba á amarte menos, y que si has recobrado su cariño lo debes á la victoria de hoy; pero ten cuidado, porque tus nuevos escesos pueden originar nuevas calumnias, y no falta quien desea tu perdicion.

—¿Quién desea mi perdicion?

—Un gefe nunca deja de tener envidiosos, y no podrás ganar una victoria cada dia para confundirlos, porque, gracias á los dioses, la derrota de esos bárbaros asegura para siempre la paz de la Galia.

—¡Mejor, Scanvoch, mejor! En ese caso, siendo el mas oscuro de los ciudadanos, colgaré mi espada, inutil ya, al lado de la de mi

padre, y podré hacer el amor libremente á todas las bailarinas del universo y apurar todas las copas que se me antojen.

—Victorino, te repito que tengas cuidado... Acuérdate de las palabras de Douarneke...

—¡Vayanse al diablo Douarneke y sus palabras! Solo me acuerdo ahora de Kidda... ¡Ah! si la vieras, Scanvoch... si la vieras bailar con su corpiño de color de escarlata y su flotante tonelete con bordados de plata!

—Ten cuidado, porque el campamento y la ciudad murmuran de esas aventureras, y tu amistad con ellas daría escándalo. Creeme; te aconsejo que seas mas reservado en tu conducta, y que busques el secreto y la oscuridad en tus amores.

—¡Oscuridad y secreto! No me gusta la hipocresia. Quiero que todo el mundo conozca á mis queridas, y te juro que me enorgullece mas el amor de Kidda que la victoria que acabo de alcanzar.

—¡Victorino, Victorino!... Esa mujer será fatal para tí.

—Si oyeras cantar á Kidda mientras baila al compás de un tambor lleno de cascabeles... si la vieras y oyeras, Scanvoch, te enamorarías locamente como yo.

Reinó un momento de silencio, y el general añadió mirando á lo lejos:

—¿Pero no ves allá aquellas antorchas? ¡Dicha del cielo! Es mi madre... En su inquietud, ha salido del campamento deseosa de saber noticias del éxito de la batalla... ¡Ah! Scanvoch, soy jóven, impetuoso, aficionado á los deleites que jamas me cansan y que gozo con embriaguez, y sin embargo, juro por la espada de mi padre que daría todas mis alegrías futuras por la que voy á sentir en este instante cuando mi madre me estreche contra su pecho.

Y se lanzó á todo escape sin esperarme hácia Victoria que en efecto se acercaba. Cuando se alcanzaron, los ví á ambos desmontados, y Victoria abrazaba estrechamente á Victorino y le decia con un acento de inesplicable ternura:

—¡Hijo mio, soy una madre venturosa!

A la luz de las antorchas que llevaban los soldados de la escolta de Victoria advertí entonces que tenia la mano derecha envuelta en un lienzo.

Victorino preguntó con ansiedad:

—¿Os habeis herido, madre mia?

—Levemente, respondió Victoria.

Y dirigiéndose hácia mi, me tendió afectuosamente la mano diciéndome:

—Hermano mio, mi corazón rebosa de júbilo.

—¿Pero quién os ha herido?

—La mujer franca que trajeron á mi casa Ellen y Leda.

—¿Elwig! exclamé con horror. ¡Maldita!... Se ha mostrado digna de su infame raza.

—Scanvoch, me dijo Victoria con acento solemne, no maldigas á los muertos... porque esa mujer á quien llamas Elwig ya no existe.

—Madre mia, añadió Victorino con creciente ansiedad, no me engañeis... ¿es leve esa herida?

—Mírala, hijo mio.

Y para tranquilizar á Victorino desató el vendaje que cubria su mano derecha.

—Ya lo ves, añadió sonriendo; únicamente me he cortado en dos sitios en la palma de la mano, haciendo esfuerzos para desarmar á aquella mujer.

En efecto, las heridas de Victoria no eran de gravedad.

—¿Elwig armada! dije para mi esforzándome en recordar las escenas del dia anterior. ¿Dónde ha encontrado una arma? A no ser que antes de arrojarse á nado hubiera cogido el puñal y se lo hubiera ocultado...

—¿Pero cuando ha intentado heriros esa mujer, madre mia? ¿Estabais acaso sola con ella?

—Habia dicho á Scanvoch que trajera á mi casa á Elwig al mediodia para ofrecerle mi proteccion. Vino con Ellen y Leda mientras estaba hablando con Roberto, gefe de nuestra reserva, acerca de las medidas que debiamos tomar para defender el campamento y la ciudad en caso de ser derrotado nuestro ejército. Introdugeron á Elwig en un aposento inmediato, y la esposa y la hermana de Scanvoch dejaron sola á la estrangera en tanto que enviaba á buscar un interprete. Cuando se terminó la conversacion con Roberto, este me pidió una limosna para la viuda de un soldado y entré en el aposento donde me esperaba Elwig: iba á sacar algun dinero de un cofre donde tenia ademas varias alhajas galas, herencia de mi madre...

—Si el cofre estaba abierto, dije interrumpiendo á Victoria y acordándome de la codicia de la hermana de Neroweg, Elwig habrá tratado de apoderarse de algun objeto precioso.

—Le acertaste, Scanvoch; en el instante que entraba en aquel

apuesto, la franca tenia en las manos un collar de oro preciosamente labrado y lo contemplaba con avidez. Al verme dejó caer á mis pies el collar, y cruzándose primero de brazos, me miró en silencio con ademan feroz. Su rostro se encendió de vergüenza ó de ira; despues me miró con aspecto sombrío, pronunció mi nombre, y creyendo que me preguntaba si era yo Victoria, le hice con la cabeza un ademan afirmativo diciéndole: «Si, soy Victoria.» Apenas hube pronunciado estas palabras cuando Elwig se arrojó á mis pies tocando con la frente el suelo como si implorase humildemente mi protección; pero sin duda se aprovechó de aquel momento para sacar el puñal que tenia oculto, porque al inclinarme para levantarla, se puso en pié con los ojos chispeantes de ferocidad y me acometió con el cuchillo repitiendo con acento de odio: «¡Victoria! ¡Victoria!»

Aunque el peligro habia pasado, Victorino se estremeció al oír las palabras de su madre, y acercándose á ella, le tomó entre las suyas la mano herida y le besó con trasporte de ternura.

—Al ver alzado contra mi el cuchillo de Elwig, añadió Victoria, mi primer movimiento fue parar el golpe y esforzarme en coger la hoja gritando. «¡Venid, Roberto!» Este acudió al ruido de la lucha desde el aposento inmediato y me vió defendiéndome de Elwig. Estaba bañada en sangre, y creyéndome Roberto gravemente herida, desenvainó la espada, cogió á la franca por el cuello, y la mató sin darme tiempo para oponerme á tan inutil venganza...

—No una... mil muertes merecia.

—¡Y no sospeché yo su feroz intento! exclamé apesarado.

—Lamento la muerte de esa mujer, dijo Victoria.

—¿La compadeceis aun, madre mia? dijo vivamente Victorino.

—Si.

—¡La compadeceis! Si siguió á Scanvoch fué sin duda con el vil designio de buscar una ocasion de llegar hasta vos para robaros y asesinaros despues.

—Teneis razon, Victorino, dije al recordar la codicia de Elwig. Era digna de su raza.

—La compadezco porque era hija de tal raza, añadió tristemente Victoria; la compadezco por haber abrigado la idea de un crimen.

—La muerte de esa mujer, dije á mi hermana de leche, pone un término á una existencia manchada con crímenes horribles. ¡Per-

mitan los dioses que el rey Neroweg su hermano haya dejado de existir hoy como Elwig y que su familia se estinga en él.

— ¿Porqué, Scanvoch?

— Toda mi vida me arrepentiría de no haber dado muerte á ese hombre... Tal vez abrigo un vano presentimiento, pero no sé porqué se me figura que su descendencia será funesta á la mia.

— Tienes razon, Scanvoch, dijo Victorino sonriendo; abrigas un presentimiento muy pueril.

Victoria me miraba sorprendida al oirme porque no comprendia mis palabras, pero Victorino exclamó:

— ¡Bendito sea Heso, madre mia! Hoy es un dia feliz para la Galla... Os habeis salvado de un inminente peligro, nuestro ejército es vencedor, y los francos han sido esterminados.

Y se interrumpió prestando el oido.

— ¿Oís, madre mia! añadió Victorino un momento despues. ¿Oís esos cantos que nos trae el viento?

Los tres guardamos silencio, y llegaron hasta nosotros en medio de la tranquila noche los cantos lejanos, repetidos á coro por millares de voces vibrantes con la alegria del triunfo.

— «Esta mañana deciamos: ¿Cuantos son esos francos que quieren robarnos nuestra tierra, nuestras mujeres y nuestro sol?

— Si; ¿cuantos son esos francos?

— «Esta noche decimos: Responde, tierra enrojecida con la sangre del extranjero... Responded, profundas aguas del Rhin... Responded, cuervos de la orilla... responded... responded!

— ¿Cuantos eran esos francos?»

CAPITULO IV.

Scanvoch se establece en Bretaña en los campos de sus antepasados, cerca de la selva de Karnak. — Continúa la historia. — Victorino y Kidda. — El viaje. — El hombre misterioso. — Scanvoch regresa á Maguncia. — Turbulencias. — Victorino y Victorinino. — Tetric. — El capitán Mario y su amigo Eustaquio.

Han trascurrido algunos años desde que escribí, hijo mio, el relato de la gran batalla del Rhin.

El esterminio de las hordas francas y de su campamento en la opuesta orilla del rio, ha libertado á la Galia de los temores que inspiraba una invasion constante y amenazadora. Los francos, retirados ahora en los bosques de Germania, esperan tal vez una ocasion favorable para arrojarse con nuevo ímpetu sobre la Galia.

Vuelvo á escribir tras algunos años de amargo dolor... Grandes desgracias han angustiado mi existencia: he visto desenvolverse una espantosa trama de hipocresia y de odio, trama que sospeché desde el relato anterior y que ha hecho víctimas á los seres que mas amaba en el mundo. Una tristeza incurable se apoderó de mi alma desde entonces... Abandoné las orillas del Rhin y partí á Bretaña, donde me establecí con tu segunda madre y contigo, hijo mio, en los mismos sitios en que estuvo en otro tiempo la cuna de nuestra familia, cerca de las piedras sagradas del bosque de Karnak, testigos del sacrificio heróico de Hena, la vírgen de la isla de Sen.

Al volver ayer del campo contigo, porque he trocado la espada por el arado, te enseñé á orillas de un arroyo dos sauces huecos, tan viejos... (¡cuentan mas de trescientos años!) tan viejos, que ya no vejetan. Me pedias que atase una cuerda de un árbol á otro para columpiarte, y advertiste que me entristecia tu peticion y que permanecí largo rato pensativo.

Pensaba en que, por una estraña coincidencia, nuestro antepasado Sylvest, cuya historia leerás, y su hermana Siomara quisieron como tú, hace cerca de tres siglos, atar á los dos sauces una cuerda para sus juegos infantiles. Y no eran estos recuerdos ¡ay! los únicos que despertaban en mi mente aquellos troncos seculares, porque te dije:

—Contempla esos dos árboles con tristeza y veneracion, hijo mio. Uno de nuestros antepasados, Guilhern, hijo de Joel, el bren

de la tribu de Karnak, murió en una cruz cerca de estos sauces. Sylvest, su hijo, que tenia la misma edad que tú, iba á morir tambien en horrible suplicio cuando le salvó un compasivo romano.

— ¿Cual era su crimen? me preguntaste.

— Ya lo sabrás, te respondí, cuando leas los manuscritos que guarda de siglo en siglo nuestra familia.

Continuo, pues, mi historia en el punto donde la dejé hace muchos años. Es indudable que habré de interrumpirla aun mas de una vez.

Victorino volvió á Maguncia despues de la batalla del Rhin, y despues de hablar largo rato con su madre del resultado de la victoria, se retiró con el pretesto de que estaba muy causado y de que necesitaba curarse de su leve herida. Al entrar en su habitacion, se quitó las armas, y cubriéndose despues con un manto, se dirigió á la casa de las bailarinas á media noche...

— *¡Esa mujer te será fatal!* habia dicho á Victorino. ¡Ah! debia cumplirse mi vaticinio. Graba, hijo mio, en tu memoria una circunstancia que supe despues, y apreciarás con el tiempo la importancia de este recuerdo:

«Aquellas aventureras habian llegado á Maguncia dos dias antes que Tetrik, el gobernador de Gascuña.»

Esta revelacion y otras muchas que adquirí con el tiempo, me dieron una nocion tan exacta de ciertos hechos, que pudiera referírtelos como si los hubiera presenciado.

Victorino salió, pues, de su casa para ir á la cita en que le esperaba Kidda y á quien conocia tan solo desde el dia anterior. La aventurera habia producido al general una viva impresion, y como Victorino era jóven, agraciado, jovial y generoso; como acababa de ganar aquel mismo dia una gloriosa batalla, y sabia que no era muy rígida la virtud de aquellas bailarinas, se creia seguro de lograr el objeto de su capricho. Pero fué inesplicable su despecho y su sorpresa cuando Kidda le dijo con una aparente mezcla de firmeza, tristeza y pasion reprimida:

— No os hablaré, Victorino, de mi virtud porque os reiriais de la virtud de una bailarina aventurera, pero no me creereis cuando os diga que mucho tiempo antes de veros habia llegado hasta mí vuestro glorioso nombre, y que vuestra fama de valor y de bondad habia hecho latir mi corazon, este corazon indigno de vos, pues soy una

pobre mujer degradada... Reflexionad, Victorino, añadió vertiendo falsas lágrimas, que si fuese pura alcanzariais mi amor y mi vida, pero estoy deshonrada y no merezco que os humilleis hasta mi: os amo con demasiada pasion, y os honro y respeto mucho, para ofrecer los restos de una existencia envilecida por hombres tan poco dignos de ser comparados con vos...

Este hipócrita lenguaje, en vez de entibiar el ardor de Victorino, escitó mas y mas sus deseos, y el capricho que le habia inspirado aquella pérfida mujer, se convirtió con la negativa en una pasion devoradora é insensata. La aventurera se mantuvo inexorable en su resolucion á pesar de las protestas de cariño, de las súplicas y de las lágrimas que derramó Victorino á los piés de aquella miserable. El carácter del hijo de Victoria, que hasta entonces habia sido franco, jovial y amable, se trocó en taciturno y sombrío. Su madre y yo ignorábamos entonces la causa de su mudanza, y á nuestras apremiantes preguntas contestaba únicamente que habiéndole causado profunda impresion los síntomas de desafecto que se manifestaban en el ejército, no queria esponerse mas á perder el cariño de los soldados y que su vida seria en adelante austera y retirada. A excepcion de algunas horas que dedicaba todos los dias á su madre, Victorino no salia de su aposento, huyendo del trato de sus antiguos compañeros de diversiones. Admiró tan brusco cambio de conducta á los soldados que vieron en esta reforma saludable el resultado de las observaciones presentadas en su nombre al general por Douarnek con amistosa franqueza, y le amaron mas que nunca. Mas adelante supe que el desventurado Victorino bebia en su reclusion voluntaria hasta embriagarse para olvidar su fatal pasion, y que ninguna noche dejaba de ir á casa de Kidda, á quien hallaba siempre desapiadada y desdeñosa.

Así trascurrió un mes. Tetrik permanecia en Maguncia empeñado en convencer á Victoria para que hiciese aclamar á su nieto como heredero del poder de su padre, pero la madre de los campamentos se resistió constantemente dando al gobernador de Gascuña razones de elevada prudencia:

—¿No os halaga la idea, le decia Tetrik, de ver perpetuada en vuestra familia la soberania sobre los galos?

— Los galos son libres de elegir á su gefe.

—¿Creeis que, si lo pidierais, se negarian á vuestros deseos?

— Jamas haré semejante peticion.

— Ese desprendimiento os honra, pero no lo apruebo.

— Mi nieto está aun en la cuna.

— Pero estoy seguro de que será digno del nombre que lleva.

— ¿Quién puede asegurar si tendrá algun dia las cualidades necesarias para gobernar un gran pueblo como el nuestro?

— Advertid, Victoria, que se educará á vuestro lado, y que vuestros consejos le inspirarán desde la mas tierna infancia todas las virtudes que necesita el gefe de una gran nacion.

— Agradezco vuestras lisonjas, pero os advierto que no me convencen.

Tales eran los diálogos que mediaban todos los dias entre el gobernador de Gascuña y la madre de los campamentos.

Tetrik, que permanecia en la ciudad con la esperanza de vencer la resolucion de Victoria (creí al menos mucho tiempo que tal era el objeto de su permanencia en Maguncia), se admiró tanto como nosotros al ver la trasformacion de carácter de Victorino, el cual se habia manifestado siempre afectuoso conmigo aunque yacia abismado en sombría tristeza. Varias veces le ví á punto de confiarme los secretos que encerraba su corazon, pero se contuvo temiendo que le reprendiese con franqueza, y habiendo pasado algun tiempo, no solo no venia á mi casa como acostumbraba antes, sino que hasta evitaba las ocasiones de encontrarme. Sus facciones, tan hermosas y agraciadas en otro tiempo, estaban desconocidas, y agostadas por el pesar y los excesos de la embriaguez, tenian una espresion de dia en dia mas siniestra, advirtiéndose á las veces en su mirada el desvario en que se hallaba sumida su alma.

Victorino volvió á venir á mi casa con frecuencia unas cinco semanas despues de la gran victoria del Rhin, pero escogia para las visitas que hacia á mi esposa y á Leda las horas en que habitualmente iba yo á casa de Victoria para escribir las cartas que me dictaba. Ellen recibió al hijo de mi hermana de leche con su afabilidad habitual, y yo creí desde un principio que, sintiendo haberse alejado de mi sin motivo y por capricho, trataba de reanudar nuestra amistad por la mediacion de mi mujer, porque á pesar de insistir en no verme ni hablarme, decia á Ellen con frecuencia que me amaba como á un padre. Leda estaba presente en las conversaciones de su hermana y de Victorino, y una vez que les dejó solos, advirtió al entrar con sorpresa la dolorosa espresion de la fisionomia de mi mujer y la turbacion de Victorino que se retiró al momento.

— ¿Qué tienes, Ellen? le preguntó Leda.

— Te suplico, hermana mia, que no vuelvas á dejarme sola con el hijo de Victoria...

— ¿Cual es la causa de esa turbacion?

— Permitan los dioses que me engañe, pero he creido adivinar en las palabras embozadas de Victorino y en la espresion de su mirada, que siente por mi un culpable amor... y sin embargo, sabe cuanto amo á Scanvoch!

— Hermana mia, le dijo Leda, los escesos de Victorino me han repugnado siempre, pero parece que de algun tiempo á este parte desea enmendarse. El sacrificio de sus desórdenes le cuesta sin duda mucho, porque todo el mundo advierte la profunda tristeza del general al mismo tiempo que ensalza la mudanza de su conducta... No le creo por consiguiente capaz de abrigar el intento de deshonar á tu marido que ama á Victorino como á su hijo y que le ha salvado la vida en la guerra... Estás en un error, Ellen; no, tanta infamia es increíble...

— Ojala dijeras la verdad, Leda; pero te suplico que no me dejes sola con él si vuelve á verme Victorino, y suceda lo que suceda, quiero decirselo todo á Scanvoch.

— Harás muy mal, Ellen. Si te engañas, como lo creo, inspirarás á tu marido una horrible sospecha. ¿Ignoras acaso cuan fielmente ama á Victoria y á su hijo? Juzga, pues, cual será la desesperacion de Scanvoch cuando le hagas una revelacion tan dolorosa. Sigue mi consejo, Ellen; recibe otra vez á Victorino á solas, y si adquieres la certeza de lo que recelas, entonces no vaciles mas, y revelaselo todo á Scanvoch, porque asi como es imprudente despertar en su alma sospechas tal vez infundadas, debes arrancar la máscara á un infame hipócrita cuando no tengas ya duda de sus proyectos.

Ellen prometió á Leda que seguiria sus consejos, pero Victorino no volvió mas desde aquel dia.

Trascurió algun tiempo hasta que supe estos sucesos, que acaecieron durante las cinco semanas que siguieron á la gran batalla del Rhin, y ocho dias antes de la terrible catástrofe que voy á referirte, hijo mio.

Pasé aquel dia largas horas con Victoria hablando con ella de una mision muy urgente para la cual debia partir aquella misma noche y que podia ocuparme algunos dias. Aunque Victorino habia prometido á su madre que acudiria á nuestra conversacion, cuyo objeto sa-

bia, no se presentó, y no me admiró su ausencia, porque, como te he dicho ya, hijo mio, hacia algun tiempo que, sin serme posible averiguar la causa de semejante estrañeza, evitaba las ocasiones de verme y hablarme.

Victoria me dijo con voz conmovida en el momento que me separaba de ella á la hora de costumbre:

— Los afectos particulares deben enmudecer ante los intereses del Estado: he hablado detenidamente contigo de la comision de que te encargas, Scanvoch, y ahora la madre te explicará sus dolores. Esta mañana he tenido una triste conversacion con mi hijo; en vano le he preguntado la causa del secreto pesar que le devora, pues me ha respondido con amarga sonrisa:

— En otro tiempo, madre mia, me reprendiais mi ligereza y mi aficion estremada á los placeres, pero ha pasado ya ese tiempo y vivo en el retiro y la meditacion. Mi casa, donde se oia antes durante la noche el alegre tumulto de los cantos y de los festines, hoy está solitaria, silenciosa y sombría... sombría y triste como mi alma. Nuestros escrupulosos soldados no me acusan ya y admiran mi conversion. ¿Qué mas deseais, madre mia?

— Deseo que vivas alegre y feliz como antes, le respondí sin poder contener las lágrimas, porque padeces, y padeces una pena que ignoro. La vida tranquila y prudente, como ha de ser la del gefe de un gran pueblo, da al rostro una espresion grave pero serena, en tanto que tu rostro está pálido, siniestro y sardónico como el de un desesperado.

— ¿Qué os respondió Victorino?

— Nada: volvió á abismarse en su sombrío silencio lanzando miradas hoscas como un delirante. Le presenté entonces á su hijo que tenia en mis brazos, y lo tomó y lo abrazó varias veces con ternura, pero lo volvió á poner en la cuna, y se retiró bruscamente sin pronunciar una palabra, para ocultar sin duda sus lágrimas, porque ví que lloraba... ¡Ah! Scanvoch, mi corazon se despedaza al pensar en el porvenir que veia tan hermoso para la Galia, para mi hijo y para mi...

Traté de consolar á Victoria esforzándome inutilmente en explicar la causa del misterioso pesar de su hijo, y como se hacia tarde pues debia viajar durante la noche para cumplir con mi encargo lo mas pronto posible, me separé de mi hermana de leche para volver á mi casa y abrazar á tu madre y á tí, hijo mio, antes de ponerme en camino.

Encontré á Ellen y á su hermana sentadas cerca de tu cama, y al verme dijo Leda :

— Llegas oportunamente, Scanvoch, para ayudarme á convencer á Ellen cuya debilidad no tiene excusa. Mira cómo llora.

— ¿Qué tienes, Ellen mia? le pregunté con inquietud; ¿cual es la causa de tu pesar?

Mi esposa inclinó la cabeza sin responderme y continuó llorando.

— No se atreve á confesarte la causa de su pesar, Scanvoch; pero ¿sabes por qué se desconsuela mi hermana así? Porque partes...

— ¡Cómo! dije á Ellen con acento de cariñoso reproche, ¿tú, tan animosa siempre cuando parto á la batalla, estás temerosa y desconsolada porque me ausento por algunos dias no mas y voy á viajar por la Galia donde se goza actualmente de una paz completa? Ellen, tu inquietud no tiene excusa.

— Eso mismo acabo de repetir á mi hermana, dijo Leda. Ese viaje no te espone á ningun peligro, y partes esta noche porque tu comision es urgente.

— No hay duda: ¿y no es por otra parte un verdadero placer viajar como voy á hacerlo en una hermosa noche de verano?

— No lo niego, respondió Ellen con voz alterada, mi inquietud es insensata, pero á pesar mio me aterra este viaje...

Y tendiendo hácia mi las manos en actitud suplicante, añadió:

— ¡Scanvoch... esposo querido, no partas, te lo suplico... no partas!

— Ellen, le dije tristemente, por la primera vez en mi vida me veo obligado á negarme á tu deseo.

— ¡No te separes de mi... te lo suplico!

— Todo te lo sacrificaré menos mi deber. La comision que me ha encargado Victoria es importante... he prometido desempeñarla, y cumpliré mi promesa.

— Parte, pues, me dijo mi esposa sollozando con desesperacion, parte, y cúmplase mi destino. Tu lo quieres.

— Leda, dije con angustia ¿de que destino me habla?

— ¡Ah! desde esta mañana persiguen á la pobre Ellen negros presentimientos, y aunque le parecen como á mi inesplicables, no puede vencerlos. Está persuadida de que no volverá á verte... ó de que te amenaza una gran desgracia durante el viaje.

— Ellen, esposa querida, le dije estrechándola contra mi pecho.

¿No sabes que, por corta que sea nuestra separacion, siempre me causa dolor el alejarme de tu lado? ¿Quieres añadir á este pesar el que tendré dejándote desconsolada?

—Perdoname, dijo Ellen haciendo un violento esfuerzo para reprimirse; tienes razon, mi flaqueza es indigna de la mujer de un soldado... Mira, ya no lloro, ya estoy tranquila... tus palabras han desvanecido mi inquietud y me avergüenzo de mi cobarde terror; pero en nombre de nuestro hijo que duerme en la cuna, no partas enojado contra mi. Sea tu despedida tierna y cariñosa como siempre... Lo necesito... ¿oyes? lo necesito para recobrar el valor que me falta hoy sin motivo... sin saber porqué...

Mi mujer padecia tanto reprimiendo su pesar, aunque en la apariencia estaba resignada, que vacilé un momento y traté de ir á suplicar á Victoria que encargase al capitan Mario la comision que me habia dado para no separarme de Ellen, pero me contuvo una reflexion. Era tarde, el tiempo urgia y hubiera sido preciso emplear algunas horas para poner al capitan Mario al corriente de mi negocio que habia ignorado completamente hasta entonces, y que para conseguir el objeto que en él se deseaba, habia de tratarse con celeridad extrema. Obedeciendo á mi deber, y ¿porqué no he de decirlo? convencido de que eran vanos los temores de Ellen, no accedí á su deseo, la estreché cariñosamente en mis brazos y partí á caballo recomendándola al sincero afecto de su hermana.

Eran cerca de las diez de la noche: me esperaba en una de las puertas de Maguncia el soldado que debia servirme de escolta y de mensajero en el caso que hubiera de escribir á Victoria durante el camino; le habia elegido el capitan Mario á quién se le pidió un hombre seguro y discreto.

Me reuní con él. Aunque aun no habia asomado la luna, la noche era bastante clara y brillaban con hermoso fulgor las estrellas. Advertí, sin dar importancia á esta circunstancia que, á pesar de hallarnos en medio del verano, mi compañero de viaje llevaba una reacia chaqueta cuya capucha le caia sobre el casco, de modo que hasta en medio del dia me hubiera sido imposible distinguir las facciones de aquel hombre. Aunque era un simple soldado como yo, en vez de marchar á mi lado, me dejó pasar adelante sin dirigirme una palabra y me siguió. En cualquiera otra ocasion, siendo como buen galo aficionado á charlar, no hubiera aceptado aquella demostracion de deferencia exagerada que me privaba de la conversacion de un compa-

nero durante el camino, pero como estaba entristecido con la despedida de mi esposa y pensaba á pesar mio á medida que me alejaba, en los siniestros presentimientos que la agitaban, no me enojé al verme solo con mis reflexiones durante una parte de la noche.

Me alejé, pues, de la ciudad seguido del soldado, no menos silencioso que yo... Habiamos andado cerca de dos horas sin pronunciar una palabra, y la luna, que debia salir á media noche, principiaba á despuntar detrás de una colina que limitaba el horizonte. Nos encontrábamos en una encrucijada donde se cruzaban dos anchas carreteras construidas por los romanos, y habia contenido con las riendas á *Tom-Bras* para reconocer el camino que debia seguir, cuando mi compañero de viaje levantó de pronto la voz y dijo:

—Scanvoch, vuelve á Maguncia pronto... porque en este momento se comete en tu casa un crimen.

Al oir estas palabras volví el rostro con rapidez, y ví á favor de la claridad naciente de la luna que el soldado hacia dar un salto enorme á su caballo para cruzar el lindero del camino, y que desaparecia despues en la sombra de un bosque.

Permanecí algunos momentos inmóvil y lleno de estupor, y cuando, cediendo á mi curiosidad angustiosa quise lanzarme en persecucion del soldado para que me explicara sus palabras, era demasiado tarde porque la luna despedia poca claridad aun para internarme en un bosque que desconocia, y porque el soldado se hallaba ya á mucha distancia. Presté atentamente el oido y oí á lo lejos en medio del profundo silencio de la noche el rápido trote del caballo del fugitivo compañero, pareciéndome que seguia por el bosque la direccion de Maguncia cruzando algun atajo. Vacilé un momento, pero recordando los inesplicables presentimientos de mi esposa y enlazándolos con las estrañas palabras del soldado, tomé una resolucion y me dirigí á la ciudad á todo escape.

—Si por una inconcebible casualidad, decia para mi, el aviso que acaba de darme ese hombre tiene tan poco fundamento como los temores de Ellen, con los cuales concuerdan sin embargo de un modo tan estraño, si mi alarma ha sido falsa, tomaré en el campamento otro caballo para continuar mi viaje que solo se habrá retardado tres horas.

Escitaba pues con ardor el galope de mi brioso *Tom-Bras* y me dirigia á Maguncia con rapidez asombrosa, y á medida que me acer-

caba al punto donde habia dejado á mi esposa y á mi hijo, cruzaban por mi mente las mas siniestras ideas. ¿Qué crimen podia ser el que se cometia en mi casa? ¿debia aquella revelacion á un amigo ó á un enemigo? A veces me parecia que no me era desconocida la voz del soldado, sin que me fuera posible recordar donde la habia oido ya, pero acrecentaba especialmente mi ansiedad la misteriosa relacion que mediaba entre la desgracia con que acababan de amenazarme y los presentimientos de Ellen.

La luna brillaba en el firmamento y facilitaba la rapidez de mi marcha alumbrándome el camino, y árboles, campos y casas desaparecian detras de mi con velocidad vertiginosa. Empléé menos de una hora en recorrer el mismo camino que habia andado en dos y llegué por fin á las puertas de Maguncia. Conocí que Tom-Bras iba á sucumbir al cansancio, y viendo á un centinela, le pregunté:

—¿Has visto entrar no ha mucho un soldado en la ciudad?

—Apenas hace un cuarto de hora, me respondió, ha pasado por delante de esta puerta un soldado cubierto con una capucha, y se ha dirigido á escape hácia el campamento.

—Es él, pensé continuando mi camino y esponiéndome á reventar el caballo. No hay duda; mi compañero de viaje se habrá adelantado por el atajo del bosque; pero ¿porqué se dirige al campamento en vez de entrar en la ciudad?

Algunos instantes despues llegaba á la puerta de mi casa; desmonté, y Tom-Bras relinchó de alegria y tal vez de gratitud. Llamé á la puerta, y nadie acudió á abrir, pero oí dentro gritos ahogados. Llamé otra vez aunque en vano dando golpes con la empuñadura de la espada, y los gritos eran cada vez mas dolorosos, pareciéndome conocer la voz de Leda...

Traté de hacer pedazos la puerta, y hacia esfuerzos inútiles cuando de pronto se abrió la ventana de mi aposento.

Corro hácia allí espada en mano, y en el momento que llego, advierto que abren por dentro la puerta. Entro entonces en mi aposento y me encuentro cara á cara de un hombre... La oscuridad no me permite reconocer sus facciones, pero huia del aposento de Ellen que exhalaba gritos desgarradores. Cogi á aquel hombre por el cuello en el momento que ponía el pie en la ventana para huir, le arrojé en medio del aposento que estaba envuelto en negras sombras, me precipité sobre él y le herí varias veces con la espada gritando:

— ¡Ellen... estoy aquí!

Todo esto pasó con la rapidez del pensamiento. Sacaba la espada del cuerpo tendido á mis piés para volver á herir, porque estaba loco de furor, cuando dos brazos me contuvieron con fuerza convulsiva... Creí que me acometía otro adversario, y atravesé con la espada aquel cuerpo que en la oscuridad me asia del cuello, pero al instante oí estas palabras pronunciadas con voz moribunda:

— Scanvoch... me has muerto... gracias, esposo mio... ¡Es tan dulce morir por tu mano..! No hubiera podido vivir con mi deshonra...

¡Era la voz de Ellen!

Mi esposa habia corrido en su mudo terror para ponerse bajo mi proteccion; sus brazos, que me habian rodeado el cuello, se desprendieron bruscamente, y oí el sordo rumor que hacia su cuerpo al caer en el pavimento.

Quedé aterrado... La espada se desprendió de mi mano, y durante algunos momentos reinó un silencio sepulcral en aquel aposento completamente oscuro, á escepcion de un rayo de pálida luz que lanzaba la luna al través de la ventana medio cerrada por el viento.

Abrióse entonces de pronto por la parte exterior, y ví al resplandor de la luna una mujer esvelta, que se habia encaramado hasta la ventana.

— Victorino, dijo, hermoso Tarquino de una nueva Lucrecia, sal de esta casa porque ya es tarde. Te he visto entrar á media noche por la puerta en ausencia del marido, pero vas á salir de la casa de tu hermosa por la ventana, que es el camino de los amantes. Has cumplido tu promesa y ahora soy tuya... Ven, mi carroza nos espera... Huyamos.

— ¡Victorino! exclamé con horror creyéndome juguete de un sueño espantoso... Era él... y le he muerto...

— ¡El marido! dijo Kidda la bailarina saltando hácia atrás... El diablo le trajo sin duda...

Y desapareció.

Algunos instantes despues oí el rumor de las ruedas de una carroza y el sonido de los cascabeles de las mulas que la arrastraban rápidamente, mientras se alzaba á lo lejos en el campamento un sordo estruendo que se aumentaba como el de una multitud que se acerca en tumulto. A mi primer estupor siguió una angustia terrible.

Abrigaba sin embargo una postrera esperanza.

— Tal vez no ha muerto Ellen, exclamé; y corrí á la puerta del aposento, que estaba cerrada por dentro, llamé á Leda, y su voz me respondió desde una estancia inmediata donde la habian encerrado.

Abrí la puerta gritando:

— He herido á Ellen en la oscuridad... la herida no es mortal tal vez... Corre en busca de *Omer* el druida.

— Voy sin tardanza, respondió Leda sin hacerme ninguna pregunta.

Y se precipitó hácia la puerta de la casa que estaba cerrada por dentro. En el momento que la abria, ví llegar á la plaza donde estaba mi casa, cerca de la puerta del campamento, una multitud de soldados con antorchas y lanzando gritos amenazadores entre los cuales se oia sin cesar el nombre de Victorino.

Ví á la cabeza de los amotinados al veterano Douarneq que blandia la espada.

— Scanvoch, me dijo, acaban de contar en el campamento que se ha cometido en tu casa un crimen horrible.

— ¡Y el criminal es Victorino! gritaron varias voces que ahogaron la mia; Muera el infame!

— ¡Muera el infame que ha violentado á la esposa de su amigo!

— ¡Como violentó á la tabernera de la orilla del Rhin!

— ¡No era una calumnia!

— El cobarde hipócrita hacia ver que se enmendaba.

— Si, para cometer un nuevo atentado.

— ¡Deshonrar á la mujer de un soldado, de uno de los nuestros, de Scanvoch que amaba á ese libertino como á un hijo!

— ¡Y que le salvó la vida en la guerra!

— ¡Muera! ¡muera!

No pude dominar con mi voz sus terribles gritos, y Leda hacia vanos esfuerzos para cruzar entre la turba exasperada.

— ¡Por piedad... dejadme pasar! gritaba Leda con voz suplicante; voy á buscar un druida médico... Ellen respira aun... Tal vez no es mortal su herida... ¡Ausilio! ¡ausilio!

Estas palabras acrecentaron la indignacion y el furor de los soldados, que en vez de abrir paso á la hermana de mi esposa, la rechazaron arremolinándose delante de la puerta, que á los pocos momentos invadia una multitud impetuosa y exaltada por la ira.

— ¡Infame... infame Victorino! gritaba.

— Ese monstruo ha asesinado á la mujer de Scanvoch despues de violentarla.

— Muere como la tabernera de la isla del Rhin.

— Victorino, exclamó Douarneq, te habiamos perdonado fiando en tu promesa, pero aunque eres uno de los gefes de la Galia y nuestro general... no te librarás del castigo que merecen tus crímenes. Te aborrecemos tanto como te amábamos.

— ¡Seremos tus verdugos!

— Te habiamos ensalzado, pero te castigaremos.

— Un general como tú deshonra á la Galia y al ejército.

— ¡Es preciso un ejemplo terrible!

— ¡Muera Victorino!

— ¡Muera!

— Es imposible salir de aquí, y mi hermana se muere, dijo Leda con desesperacion mientras me esforzaba en vano en hacer oír mi voz á aquella turba delirante.

— Voy á ver si puedo salir por la ventana, me dijo Leda.

Y penetró en el aposento mortuorio.

En tanto hacia yo esfuerzos inauditos para impedir que invadiesen mi casa los soldados enfurecidos contra su general, y gritaba:

— Retiraos... Dejadme solo en esta casa... No turbeis el reposo de la muerte... Ya se hizo justicia... Retiraos.

Pero el tumulto era cada vez mayor y ahogaba mis palabras.

Entonces ví que Leda volvia llevándote en sus brazos, hijo mio.

Scanvoch, me dijo sollozando, ya no hay esperanza! Ellen está helada... su corazón no late... está muerta...!

— ¡Muerta! ¡muerta! ¡Heso, tened piedad de mi! murmuré apoyándome en la pared del vestibulo porque sentia que iba á desfallecer.

Pero de pronto me reanimé y se estremeció todo mi cuerpo al oír á los soldados que gritaban:

— ¡Aquí está Victoria! ¡aquí está nuestra madre!

Y la multitud se alejó de la puerta de mi casa para dirigirse al centro de la plaza á donde llegaba Victoria.

— Era tal el respeto que aquella mujer augusta inspiraba al ejército, que el silencio sucedió al instante á los furiosos clamores de los soldados, los cuales comprendieron la terrible posicion de aquella madre que, atraída por los gritos de justicia y venganza proferidos

contra su hijo acusado de un crimen horrible, se presentaba con la majestad de su dolor materno.

Despedazose al verla mi corazón... Victoria, mi hermana de leche... aquella mujer para quien mi vida había sido un continuo día de adhesión y de sacrificios, iba á encontrar en mi casa el cadáver de su hijo muerto por mí, que le había visto nacer... que le había amado como á un hijo! Quise huir... pero me faltaron las fuerzas... y permanecí arrimado á la pared... mirando vagamente y sin poder hacer el menor movimiento.

La multitud de los soldados abrió paso formando una ancha calle, y ví llegar lentamente, el resplandor de la luna y de las antorchas, á Victoria, la augusta madre de los campamentos, llevando á su nieto en los brazos (1).

Esperaba sin duda apaciguar la exasperación de los soldados presentándoles aquella inocente criatura. Seguíanla Tetrik, el capitán Mario y varios oficiales que habían noticiado á Victoria el tumulto y sus causas, y que consiguieron calmar la efervescencia de las tropas.

Reinó un silencio solemne...

La madre de los campamentos estaba ya á algunos pasos de mi casa cuando Douarnek se acercó á ella, y le dijo doblando la rodilla:

—Madre, tu hijo ha cometido un gran crimen. Te compadeecemos... pero nos harás justicia... queremos justicia.

—¡ Si, si, justicia! gritaron los soldados, cuya irritación, calmada durante algunos momentos, estalló nuevamente con violencia creciente en mil gritos diversos:

—¡ Justicia! Nos la tomaremos por nuestra mano...

—¡ Muera el infame!

—¡ Muera el que ha deshonrado á la esposa de su amigo!

—Victorino es nuestro jefe... pero no quedará impune su crimen.

—¡ Si se nos niega la justicia... nos vengaremos!

—¡ Maldito sea el nombre de Victorino!

—¡ Si; maldito... maldito! repitieron varias voces amenazadoras.

—¡ Maldito sea para siempre su nombre!

(1) Habiendo atraído á Victorino la esposa de un soldado con su hermosura, trató de seducirla, y encontrando resistencia, la violentó (Aurel. Vic. Coes., 85).

Victoria se paró un momento con actitud tranquila é imponente delante de Doarneke que doblaba la rodilla, pero cuando resonaron los gritos de ¡muera Victorino! ¡maldito sea su nombre! mi hermana de leche, en cuyo rostro hermoso y varonil se retrataba una angustia mortal, estendió los brazos presentando con ademán patético su nieto á los soldados, como si pidiera perdon y compasion para su hijo (1).

Estallaron entonces con mas violencia estos gritos:

— ¡Muera Victorino! ¡Maldito sea su nombre!

En aquel momento ví á mi compañero de viaje, que llevaba aun el rostro cubierto con la capucha, adelantarse con ademán amenazador hácia Victoria gritando:

— ¡Si, maldito sea el nombre de Victorino!... ¡Perezca para siempre su raza!

Y aquel hombre arrancó violentamente el niño de los brazos de Victoria, lo cogió por los piés y lo arrojó con furia sobre las piedras de la plaza donde le despedazó la cabeza (2).

Este acto de ferocidad fué tan brusco y rápido, que cuando Douarneke y varios soldados se precipitaron indignados sobre el hombre de la capucha para salvar al niño, esta inocente criatura yacia en el suelo con la cabeza despedazada. Oí el grito desgarrador que lanzó Victoria, pero no pude verla durante algunos momentos porque los soldados la habian rodeado creyéndola amenazada de algun peligro. Supe despues que el autor de tan horrible asesinato se habia aprovechado del tumulto y de la oscuridad para huir...

Las filas de los soldados se abrieron otra vez en medio de un sombrío silencio, y ví entonces á pocos pasos de mi casa á Victoria con el rostro bañado en lágrimas y sosteniendo en sus manos el cadáver del hijo de Victorino.

Dije entonces desde el umbral de la puerta á la multitud muda y consternada:

— ¿Pedís justicia? Ya se ha hecho. Yo, Scanvoch, he muerto á Victorino que es inocente del asesinato de mi mujer. Retiraos... dejad que la madre de los campamentos entre en mi casa para llorar sobre los cadáveres de su hijo y de su nieto.

(1) Segun pretenden algunos, el mismo esposo traspasó al culpable con la espada. Los soldados se sublevaron. Victoria presentó el hijo de Victorino á la multitud furiosa implorando para él su compasion. (Aurel. Vict. Coes., 85).

(2) «Pero todo fué inútil, porque el hijo tuvo la misma muerte que el padre.» (Aurel. Vict. Coes. 35).

Victoria me dijo entonces con voz firme y parándose en la puerta de mi casa :

— ¿Mataste á mi hijo para vengar tu ultraje ?

— Si, respondí con voz ahogada, si, y en medio de la oscuridad herí tambien á mi esposa.

— Ven, Scanvoch, ven á cerrar los párpados de Ellen y de Victorino.

Y entró en mi casa en medio del religioso silencio de los soldados agrupados en la plaza. Siguiéronla Tetrik y el capitán Mario, pero les pidió con el ademán que no pasasen de la puerta de la casa mortuoria pues deseaba estar sola conmigo y con Leda.

Al ver á mi esposa tendida en el pavimento me arrodillé sollozando, levanté su hermosa cabeza que estaba pálida y fría, cerré sus párpados, y llevádo el cadáver en mis brazos, lo coloqué sobre el lecho. Me arrodillé entonces con la frente apoyada en la cabecera y no pude contener mis gemidos. Permanecí largo rato llorando y oyendo los sollozos ahogados de Victoria, hasta que su voz me hizo volver en mí y recordar lo que debía padecer la pobre madre. Volví el rostro y la ví sentada en el suelo cerca del cadáver de Victorino, cuya cabeza estaba reclinada en las rodillas maternas.

— Scanvoch, me dijo mi hermana de leche separando los cabellos que cubrían la frente helada de Victorino, mi hijo no existe ya, y puedo llorar por él á pesar de su crimen. ¡Mírale muerto... muerto á los veinte y dos años !

— ¡Muerto... muerto por mí que le amaba como á un hijo !

— Scanvoch, vengaste tu honor... te perdono y te compadezco...

— ¡ Ah ! herí á Victorino en la oscuridad .. ciego por el delirio y la ira... ignorando que fuera él ! Heso puede atestiguarlo... Si hubiera conocido á vuestro hijo, hermana mia, le hubiese maldecido, pero mi espada hubiese caído á mis piés...

Victoria me miró con silencio, y parecia que mis palabras le habían quitado un gran peso al saber que habia muerto á su hijo sin conocerle. Me ofreció vivamente la mano que llevé á mis labios con respecto.

Durante algunos momentos no se desplegaron nuestros labios.

— Leda, dijo Victoria á la hermana de Ellen, ¿ estabais aquí esta noche ? decidme... por piedad ¿ qué ha sucedido ?

— Era media noche, dijo Leda con voz oprimida, y hacia dos horas que Scanvoch se habia separado de nosotras, cuando hallándo-

me descansando aquí, al lado de mi hermana, oí que llamaban á la puerta de casa. Me abrigué con un manto, y fui á ver quien llamaba: una voz de mujer con acento extranjero me respondió...

— ¿Una voz de mujer? le pregunté con sorpresa que también expresó Victoria ¿te respondió una voz de mujer, Leda?

— Si, era un lazo. Aquella voz me dijo: «Vengo de parte de Victoria para dar un aviso muy importante á Ellen, la esposa de Scanvoch que ha partido hace dos horas.»

Victoria me miró con asombro y Leda continuó:

— No desconfiando de una mensajera de Victoria, abrí la puerta, pero en vez de una mujer entró repentinamente un hombre que me empujó con violencia y cerró la puerta por dentro. Al resplandor de la luz que habia dejado en el suelo conocí á Victorino... Estaba pálido y desencajado, y era tal su embriaguez que apenas podian sostenerle los piés...

— ¡Oh! ¡Desventurado... desventurado! exclamé. La embriaguez le habia quitado la razon; á no ser así, jamas... jamas hubiera cometido semejante crimen...!

— Continúad, Leda, le dijo Victoria ahogando un suspiro; continuad...

— Victorino me indicó la puerta del aposento que ocupaba sin pronunciar una palabra, y en mi terror adiviné su culpable intento. ¡Hermana mia, encierrate! grité entonces á Ellen. Y despues pedí auxilio gritando con todas mis fuerzas; pero mis voces exasperaron á Victorino que se arrojó sobre mi y me obligó á entrar en mi aposento. En el momento que me encerraba, ví llegar á Ellen pálida, aterrada y medio desnuda; oí despues el ruido de una lucha, los gritos desgarradores de mi hermana pidiendo auxilio... No sé cuanto tiempo trascurrió cuando llamaron á la puerta de casa... Era Scanvoch. Respondí á su voz desde mi aposento, de donde no podia salir. Algunos momentos despues abrieron mi puerta, y ví á Scanvoch.

— ¿Porque volviste aquí tan repentinamente? me preguntó Victoria.

— A cuatro leguas de Maguncia me avisaron que se cometia en mi casa un crimen horrible.

— ¿Quién te dió ese aviso?

— El soldado que me acompañaba.

— ¿Quién era ese soldado? ¿cómo sabia que habia de cometerse el crimen?

— Lo ignoro porque desapareció en el bosque despues de darme tan siniestro aviso... Y ese mismo soldado, que volvió á Maguncia antes que yo, es el que arrancó á tu nieto de tus brazos y le asesinó...

— Scanvoch, dijo Victoria estremeciéndose y llevándose las manos á la frente, mi hijo no existe y no quiero acusar á nadie, pero veo que este crimen oculta algun horrible misterio.

— Oid, le dije recordando varias circunstancias cuya memoria se me habia borrado en el primer extravio de mi dolor. Cuando llegué á la puerta de mi casa, solo me respondieron los gritos lejanos de Leda, y pocos instantes despues, habiéndose abierto la ventana baja del aposento de mi mujer, corrí hácia aquel punto, y ví aparecer un hombre en tanto que Ellen pedia auxilio... Obligué á aquel hombre á que entrase otra vez en el aposento, y en medio de la mas profunda oscuridad herí á vuestro hijo. Casi el mismo tiempo me ví asido por dos brazos, y creyendo que algun otro adversario me acometia, volví á herir... y maté á mi esposa!

— No pude contener los sollozos.

— ¡Hermano... hermano mio! me dijo Victoria; ¡qué noche tan terrible y fatal!

— Oid... oid mas... y prestad atencion á lo que voy á deciros, continué dominando mi emocion. En el momento que reconocia la voz espirante de mi esposa, ví al resplandor de la luna una mujer asomada á la ventana...

— ¡Una mujer! exclamó Victoria.

— ¡Tal vez la que me habia engañado, dijo Leda, anunciando un mensaje de la madre de los campamentos.

— Así lo creo, añadí; aquella mujer, cómplice sin duda del crimen de Victorino, le llamó diciéndole que era preciso que huyese, y que era suya pues que habia cumplido su promesa.

— ¡Su promesa! repitió Victoria. ¿Qué promesa?

— ¡La deshonra de Ellen!

— Mi hermana de leche se estremeció y añadió:

— No hay duda, Scanvoch; este crimen encierra un misterio horrible... Pero ¿quién era esa mujer?

— Una de las bailarinas que llegaron hace algun tiempo á Maguncia. Como Victorino no respondia, y se oia á lo lejos el tumulto de los soldados que llegaban enfurecidos, la aventurera desapareció, y el ruido de su carroza me anunció pocos momentos despues su fuga.

Era tanta mi desesperacion que no pensé en perseguirla... ¡Acababa de matar á Ellen al lado de la cuna de mi hijo... á Ellen, mi pobre y querida esposa!

Y al pronunciar estas palabras no pude contener las lágrimas.

Leda y Victoria permanecian silenciosas.

— ¡Es un abismo!... murmuró la madre de los capamentos, un abismo donde se pierde mi razon. Grande es el crimen de mi hijo, y su embriaguez, en vez de escusarle, lo hace mas odioso; y sin embargo, Scanvoch, tú no sabes tal vez cuánto te amaba ese desventurado.

— No digais eso, Victoria, dije ocultándome el rostro con las manos, no me digais eso... porque no puede ser mayor mi desesperacion.

— No lo digo por acriminarte, hermano mio, continuó Victoria. A haber sido testigo del crimen de mi hijo, le hubiera dado muerte con mi mano para que no deshonrase por mas tiempo á su madre y á la Galia que le habia elegido por gefe... Recuerdo el afecto que te profesaba Victorino porque creo que á no haber sido por su embriaguez y no sé qué maquinacion tenebrosa, no hubiera cometido tal atentado.

— Creo, hermana mia, que poseo el secreto de esa trama.

— ¿Tú?

— Antes de la gran batalla del Rhin se esparció contra Victorino una infame calumnia. ¿No es verdad que el ejército murmuraba de él?

— Es verdad.

— La victoria de tu hijo le habia reconquistado el afecto de los soldados, y ved cómo esa antigua calumnia se convierte hoy en una terrible realidad. El crimen de Victorino le cuesta la vida... lo mismo que á su hijo; queda estinguida su estirpe, y debe darse otro gefe á la Galia: ¿no es verdad?

— Si.

— Ese soldado desconocido que me acompañaba en mi viaje, al revelarme que esta noche iba á cometerse un crimen en mi casa ¿no sabia que si no llegaba á tiempo para matar á Victorino en el primer ímpetu de mi ira, seria asesinado por las tropas sublevadas contra él al anunciarles este atentado?

— ¿Y cómo ha sabido tan pronto ese atentado el ejército, dijo Leda, no habiendo podido salir nadie de esta casa?

— La madre de los campamentos me miró con sorpresa al oír esta reflexion.

— ¿Quién es el hombre, continué, que arrancó á vuestro nieto de vuestros brazos y le asesinó? Ese mismo soldado desconocido.

— Es cierto, respondió Victoria pensativa, es cierto...

— ¿Ha cedido ese soldado á un arrebató de ciego furor al asesinar á esa criatura inocente?

— No...

— No: luego ha sido instrumento de una ambicion tan tenebrosa como feroz. Un hombre tan solo tenia interés en el doble asesinato que acaba de extinguir tu estirpe, hermana mia, porque estinguida tu familia, la Galia tiene que elegir otro gefe... y el hombre de quien sospecho, el hombre á quien acuso ambiciona mucho tiempo ha gobernar la Galia.

— ¡Su nombre! exclamó Victoria mirándome con angustia, el nombre de ese de quien sospechas y á quien acusas...

— Su nombre es Tetrik, si, Tetrik, gobernador de Gascuña, vuestro paciente.

Victoria participó al parecer por vez primera de las dudas que abrigaba contra Tetrik, y mirando á su hijo con espresion de compasion dolorosa, volvió á besar su frente helada. Despues de algunos momentos de reflexion profunda, tomó una resolucion suprema, se levantó y me preguntó con voz firme:

— ¿Donde está Tetrik?

— Espera en la plaza con el capitan Mario.

— Que suban los dos.

— ¡Cómo! ¿Quereis...

— Que vengan los dos al instante.

— ¿Aqui... al aposento mortuorio?

— Si, aqui, Scanvoch; delante de los restos inanimados de tu esposa, de Victorino y de su hijo. Si ese hombre es el autor de tan horrible y tenebrosa trama, aunque fuera un demonio de hipocresia y ferocidad, no podria ocultar su turbacion á la vista de sus víctimas... de una madre llorando entre el cadáver de su hijo y el de su nieto... de un esposo junto al cadáver de su esposa. Corre, Scanvoch: que vengan, que vengan... Es preciso ademas averiguar quien es ese soldado desconocido.

— Ahora recuerdo, dije herido de una súbita idea, que el capitan Mario eligió el soldado que me acompañaba, y ha de conocerle.

— Interrogaremos al capitán. Corre, hermano mío; no te detengas.

Obedecí á Victoria... Llamé á Tetrik y á Mario, y entraron en mi casa.

Apesar de mi dolor, tuve bastante presencia de ánimo para observar atentamente la fisonomía del gobernador de Gascuña.

Luego que entró, el primer objeto que al parecer atrajo sus miradas fué el cadáver de Victorino. Las facciones de Tetrik espresaron al momento un pesar desgarrador, vertió un torrente de lágrimas, y arrodillándose junto al cadáver, cruzó las manos y exclamó con voz conmovida:

— ¡Muerto en la flor de su edad... muerto el que era tan valiente y generoso... la esperanza y la mejor espada de la Galia! ¡Ah! olvidando los estravios de ese desventurado ante la espantosa desgracia de mi patria ¡Por tu muerte... Victorino... Victorino...

Tetrik no pudo continuar porque los sollozos ahogaron su voz. Permanecía como anonadado por el dolor junto al cadáver de Victorino, de rodillas, inclinado, con el rostro cubierto con las manos y derramando copiosas lágrimas.

El capitán Mario estaba en pié é inmóvil en el umbral de la puerta y parecía que luchaba con una emoción interior: aunque no prorumpía en sollozos ni derramaba lágrimas, no cesaba de contemplar con espresion de agudo dolor el cadáver del hijo de Victorino que estaba en la cuna del mío, y oí solamente que decía en voz baja mirando alternativamente á la inocente víctima y á Victoria:

— ¡Qué desgracia!... ¡Pobre niño! ¡pobre madre!

Y dando algunos pasos añadió con voz breve y conmovida:

— Victoria, sois digna de lástima, y os compadezco. Victorino os amaba... era un buen hijo, y yo también le amaba. Mi barba blanca ya, y sin embargo, tenía un placer en servir á sus órdenes. Era mi general... el primer capitán de nuestro siglo, y nadie podrá reemplazarle. Solo tenía dos vicios: la afición al vino y la peste de la lujuria, y mas de una vez le reprendí por eso... Ya veis como tenía razón... Pero no es este momento de recriminaciones. En el fondo tenía un excelente corazón ¡oh! si... un excelente corazón... Puedo decirlo ahora, Victoria; pero ¿para qué? ¿de qué sirven ya mis alabanzas? No me creais insensible porque no lloro... no se llora cuando se quiere; pero os aseguro que os compadezco con toda mi alma... Aunque hubiera perdido á mi amigo Eustaquio no estaría tan triste y abatido:

Y retrocediendo algunos pasos, Mario volvió á mirar alternativamente á Victoria y el cadáver de su nieto, repitiendo:

— ¡Pobre niño! ¡pobre madre!

Tetrik continuaba arrodillado junto á Victorino sin cesar de sollozar y gemir, y su dolor, aunque mas expansivo que el de Mario, parecia sincero; pero mis sospechas se resistian á aquella prueba, y mi hermana de leche participaba de mis dudas.

Victoria hizo un violento esfuerzo para dominarse, y dijo:

— Tetrik, escúchame.

El gobernador hizo ver que no habia oido la voz de Victoria.

— Tetrik, repitió la madre de los campamentos inclinándose para tocar en el hombro al gobernador, os hablo: miradme.

— ¿Quién me habla? preguntó Tetrik afectando el delirio ¿quién sois? ¿donde estoy?

Y alzando los ojos hácia mi hermana de leche, añadió:

— ¡Vos aquí... aquí, Victoria! Si, no ha mucho que os acompañaba... no me acordaba ya... Perdonadme... no se lo que hago ni lo que me digo... ¡Ah! soy padre, tengo un hijo de la misma edad que este desventurado, y nadie mejor que yo compadecerá vuestra desesperacion, Victoria.

— El tiempo urge y el momento es grave, continuó mi hermana de leche con voz solemne lanzando á Tetrik una mirada penetrante para leer en lo profundo de su alma. El dolor particular debe enmudecer ante el interés público... Me queda toda mi vida para llorar á mi hijo y á mi nieto... Solo podemos contar con algunas horas para pensar en la eleccion del gefe de la Galia y del general de su ejército...

— ¡Como! exclamó Tetrik; ¿quereis... en tal momento..?

— Quiero que antes que asome el nuevo dia el capitán Mario, vos, Tetrik, que sois mi pariente, uno de mis fieles amigos y tan adicto á la Galia, vos que llorais tan amarga y tan sinceramente á Victorino, trateis de unir vuestros consejos y vuestro parecer al mio para decidir quien es el hombre que hemos de proponer mañana al ejército como sucesor de mi hijo.

— ¡Victoria, sois una mujer heróica! exclamó Tetrik cruzando las manos con admiracion. Competís por vuestro valor y vuestro patriotismo con las mujeres mas augustas de que se honra la historia del mundo.

— ¿Cual es vuestro parecer, Tetrik, sobre el sucesor de Victori-

no? El capitán Mario y yo hablaremos después de vos, añadió la madre de los campamentos sin escuchar al parecer los elogios del gobernador de Gascuña. Si; ¿á quien creéis capaz de reemplazar á mi hijo... para mayor gloria y ventura de la Galia?

— ¿Podré acaso daros mi parecer? respondió Tetrik con abatimiento. ¿Es posible que yo os aconseje sobre un asunto tan grave cuando está mi corazón despedazado, mi razón turbada por el dolor?

— Es posible; imitadme á mi que estoy dispuesta á dar mi parecer hallándome entre el cadáver de mi hijo y el de mi nieto...

— Ya que lo exigís, Victoria... hablaré si puedo coordinar mis ideas... Según mi parecer, necesitamos para gobernar la Galia un hombre prudente, firme, ilustrado y mas inclinado á la paz que á la guerra, especialmente en este momento en que no debemos temer la invasión de los francos, vencidos por este héroe desventurado á quien amaba y lloraré eternamente...

El gobernador se interrumpió para prorumpir nuevamente en amargo llanto.

— Ya lloraremos después... añadió Victoria. La vida es larga... pero la noche va á espirar...

Tetrik continuó enjugándose las lágrimas:

— Paréceme, pues, que el sucesor de Victorino ha de recomendarse especialmente por su criterio, su firmeza y su experimentada adhesión á nuestra querida patria. Ahora bien, tal vez me equivoque, pero el único que reúne tan excelentes cualidades es el capitán Mario.

— ¡Yo! exclamó el capitán alzando al cielo las manos; ¡yo jefe de la Galia! El pesar os vuelve loco... ¡Yo el jefe de la Galia!

— Capitán Mario, dijo dolorosamente Tetrik, es verdad que la horrible muerte de Victorino y de su inocente hijo llena mi corazón de desconsuelo, pero creo que hablo en este instante, no como loco, sino con sano juicio, y que Victoria será de mi opinión. Aunque no gozáis la brillante fama militar de nuestro malogrado Victorino, habeis merecido, capitán Mario, la confianza y el afecto de las tropas con vuestros buenos y numerosos servicios. Antiguo herrero, trocisteis el martillo por la espada, y los soldados verán en vos uno de sus iguales convertido en jefe por su valor y su libre elección; y os amarán mas aun si consideran, como es justo, que habiendo llegado á los grados superiores, nunca habeis olvidado á vuestro antiguo compañero de oficio.

— ¡Olvidar á mi amigo Eustaquio! dijo Mario; ¡oh! nunca... no, nunca!

— Vuestra austeridad de costumbres es proverbial, continuó Tetrik, y vuestro criterio, vuestra rectitud y vuestra presencia de ánimo son, segun mi pobre juicio, una segura garantia de vuestro porvenir... Sabeis poner en práctica la prudente idea de Victoria, cual es, que la época de las guerras civiles ha terminado ya y que ha llegado el momento de pensar en una paz fecunda... Finalmente, capitán, añadió Tetrik viendo que Mario iba á interrumpirle, no dudo que la empresa es difícil y que parecerá imposible á vuestra modestia, pero estoy cierto de que Victoria, esta mujer heroica que en este momento terrible olvida su desesperacion maternal para no pensar mas que en el bien de nuestra querida patria, al presentaros á los soldados como sucesor de su hijo con la seguridad de que os aceptarán, se comprometerá á ayudaros con sus preciosos consejos, asi como inspiraba las mejores resoluciones á su valeroso hijo. Y ahora, capitán Mario, si mi debil voz tiene alguna influencia, os pido, os imploro en nombre de la ventura de la Galia que acepteis el poder: Victoria une su voz á la mia para exigiros esta nueva prueba de adhesion á nuestra gloriosa nacion.

— Tetrik, dijo Mario con gravedad, habeis hecho el retrato del que es digno de gobernar la Galia, pero es preciso cambiar el nombre. Poned en vez del mio el vuestro... y será mas acertado lo que decís.

— ¡Yo! exclamó Tetrik; yo gefe de la Galia..! yo que en mi vida he empuñado una espada.

— Victoria ha dicho, continuó Mario, que ha terminado la época de la guerra y ha principiado la de la paz, y si en la primera se necesitan soldados, en la segunda se necesitan hombres de ciencia y pacíficos. Vos sois uno de ellos, Tetrik, y á vos os toca gobernar... ¿No sois de mi opinion, Victoria?

— Tetrik ha demostrado gobernando la Gascuña que gobernaria dignamente la Galia, respondió la madre de los campamentos, y me uno á vos, capitán, para suplicar á mi pariente y amigo que reemplace á mi hijo.

— ¿Qué os decia yo, Tetrik? añadió Mario dirigiéndose al gobernador. ¿Os atreveréis á negaros ahora?

— Oidme, Victoria; oidme capitán, y vos tambien, Scanvoch, respondió el gobernador volviéndose hácia mi; si, oidme tambien,

Scanvoch, que sois tan desgraciado en este dia como la madre de Victorino, y que impelido por la desconfianza y la amistad hácia esta mujer augusta, habeis dudado de mi, y creed todos lo que voy á deciros... Los sucesos de esta noche me han herido para siempre en lo mas profundo del corazon, pues nos han arrebatado á un tiempo con nuestro infortunado Victorino y su inocente hijo el presente y el porvenir de la Galia. Si vine á Maguncia, fué para asegurar y consolidar este porvenir aconsejando á Victoria que propusiese á las tropas á su hijo como futuro heredero de Victorino, pero han muerto mis esperanzas y solo me queda un duelo eterno...

El gobernador se interrumpió un momento para dar libre curso á sus inagotables lágrimas, y continuó de esta suerte:

— He tomado ya una resolucion... No solamente me niego á aceptar el poder que me ofreceis, sino que renuncio tambien al gobierno de Gascuña... Los pocos dias que me conceden aun de vida los dioses trascurrirán al lado de mi hijo en el retiro y el dolor. En otro tiempo hubiera podido prestar algun servicio á mi patria, pero todo se acabó para mí... Llevaré á mi soledad un pesar menos sabiendo que el porvenir de la Galia está en manos tan dignas como las vuestras, capitan Mario, sabiendo por fin que Victoria, el genio divino de la patria, velará continuamente por ella. Decidme ahora, Scanvoch, añadió el gobernador volviéndose hácia mi ¿guardais aun alguna sospecha? ¿me creis ambicioso? ¿mis actos y mis palabras son propias de un pérfido, de un traidor? ¡Ah! no creia que las espantosas desgracias de esta noche me proporcionaran tan pronto la ocasion de justificarme.

— Tetrik, dijo Victoria ofreciendo la mano á su pariente, si he podido dudar de vuestra lealtad, reconozco ahora mi error.

— Confieso que mis sospechas eran infundadas, añadí entonces, porque despues de cuanto acababa de ver y oír estaba convencido como Victoria de la inocencia del gobernador, pero pensando en el misterio de los acontecimientos de aquella noche, dije á Mario que, mudo y pensativo, parecia consternado con su inesperada elevacion:

— Capitan, ayer os pedí un hombre discreto y seguro para que me sirviera de escolta.

— Es verdad.

— ¿Sabeis cómo se llama ese soldado?

— No le elegí yo, é ignoro su nombre.

— ¿Pues quién le eligió? preguntó Victoria.

— Como mi amigo Eustaquio conoce á los soldados mejor que yo , le encargué que buscase un hombre de confianza y le mandase presentarse por la noche en la puerta de la ciudad , donde esperaria al que debia acompañar.

— ¿ Y no habeis vuelto á ver despues á vuestro amigo Eustaquio ?

— No: está de guardia en las avanzadas del campamento desde ayer noche y no le relevarán del servicio hasta hoy por la mañana.

— Eustaquio nos dirá el nombre del soldado que escoltaba á Scanvoch , dijo Victoria. Despues os explicaré , Tetrik , la importancia de esta averiguacion y me aconsejareis...

— Perdonad , Victoria , si no accedo á vuestro deseo , respondió el gobernador suspirando. Al amanecer parto de Maguncia... huyo de estos sitios cuyo aspecto me despedaza el corazon. Poseo un humilde retiro en Gasuña , y voy á enterrarme alli en vida en compañía de mi hijo , porque es el único consuelo que me resta...

— Amigo mio , dijo Victoria con tono de doloroso reproche ¿ me abandonais en este momento ? Decís que el aspecto de estos sitios os despedaza el corazon , pero ¿ creéis que no me despertarán todos los dias horribles recuerdos ? Y sin embargo , no partiré de Maguncia hasta que el capitan Mario no necesite mis consejos , si cree oportuno aceptarlos en los primeros dias de su gobierno.

— Victoria , dijo Mario con acento resuelto , durante esta conversacion se ha dispuesto de mí y he callado. Soy parco en palabras , y el dolor las ahoga en mi garganta , pero aunque he hablado poco , he reflexionado mucho , y he aqui cuales han sido mis reflexiones. Soy soldado por gusto y sé ejecutar las órdenes de un general , pero tambien sé mandar las tropas que se me confian , y en caso necesario , sé concebir un plan de ataque como el que completó la gran victoria de Victorino , destruyendo el campamento y la reserva de los francos... Lo digo , Victoria , porque me creo tan capaz como muchos otros , pero tengo suficiente criterio para conocer que no lo soy para gobernar la Galia.

— Sin embargo , creo como Victoria , capitan Mario , dijo Tetrik , que la empresa no es superior á vuestras fuerzas , y que...

— ¡ Oh ! En cuano á fuerza pocos me ganan , dijo Mario interrumpiendo al gobernador. Traedme un buey , y lo llevaré sobre mis hombros ó lo mataré de un puñetazo , pero la robustez corporal no constituye la fuerza del gefe de un gran pueblo. No ; soy robusto , no lo niego , pero la carga que me obligais á llevar es demasiado pesada ,

y no solo sucumbiria bajo su peso sino que tambien la Galia sucumbiria al mismo tiempo que yo. Por otra parte, y hablando con franqueza; despues del servicio, mi único placer consiste en volver á mi casa y, libre allí de disgustos, beber uno ó dos vasos de cerveza en compañía de mi amigo Eustaquio, hablando de nuestro antiguo oficio de herrero ó bruñendo nuestras armas... Tal soy, Victoria, tal he sido, y asi pienso ser hasta la muerte.

— ¡Imposible parece que hombres tan robustos tengan un corazon tan débil y pequeño! exclamó con indignacion la madre de los campamentos; O Heso! Yo que soy mujer y madre, que he visto morir esta noche á mi hijo y á mi nieto, tengo valor para contener mi dolor, y este soldado, á quien se ofrece el puesto mas glorioso á que puede aspirar un hombre, se atreve á responder rechazándolo con pretexto de que su único placer es el goce de una vida oscura. ¡Ah! ¡Desventurada... desventurada Galia, si los que crees tus mas valerosos hijos tan cobardamente te abandonan!

Los reproches de la madre de los campamentos causaron profunda impresion al capitan Mario, que bajó la cabeza con ademan confuso, permanecié en silencio durante algunos momentos, y dijo despues:

— Victoria, solo hay en la Galia una alma fuerte y heróica, que es la vuestra... Vuestras palabras me avergüenzan, y si es preciso, añadió exhalando un suspiro, si lo exigís... acepto. Los dioses son testigos, empero, de que acepto por deber, y que si cometo alguna torpeza como gefe de la Galia, no tendreis razon en reprenderme. Acepto, pues, Victoria, pero con dos condiciones.

— ¿Qué condiciones son esas? preguntó Tetrik.

— La primera es, respondié Mario, que la madre de los campamentos continuará en Maguncia y me dará sus consejos... Soy tan novicio en gobernar como un aprendiz de herrero que pone por primera vez el hierro en la fragua, y temo quemarme los dedos...

— Os he prometido, Mario, dijo la madre de los campamentos, que permaneceré en Maguncia mientras necesiteis mi presencia y mis consejos.

— Victoria, si me abandonarais, seria un cuerpo sin alma, y si cumplís vuestra promesa os lo agradeceré de todo corazon. Conozco que la promesa que me haceis os costará dolorosos esfuerzos, pobre madre, y sin embargo, añadió Mario con su habitual franqueza, no me creais tan neciamente orgulloso que me imagine que la Gran

Victoria olvida sus pesares por Mario; no, no; si haceis tal sacrificio no es por mí sino por el bien de nuestra patria, y como buen hijo, estoy tan agradecido á los beneficios que se hacen á la Galia, como si los recibiera mi madre.

— Hablais y pensais con nobleza, Mario, dijo Victoria conmovida con las palabras del capitan, pero vuestra rectitud y vuestro criterio os pondrán muy pronto en el caso de no necesitar mis consejos, y entonces, añadió con acento de dolor profundo y reprimido, podré imitar á Tetrik é ir á sepultarme en la soledad con mis pesares.

— ¡ Ah ! exclamó el gobernador, llorar en paz es el único consuelo de las perdidas irreparables. Pero me parece que habeis hablado de dos condiciones, capitan. Victoria acepta la primera: ¿ cual es la segunda ?

— ¡ Oh ! la segunda... dijo el capitan moviendo la cabeza, la segunda es tan importante para mi como la primera.

— ¿ Qué condicion es esa ? preguntó Victoria. Explicaos, Mario.

— ¿ No os he hablado alguna vez de mi amigo Eustaquio ? preguntó el buen capitan con ademan ingénuo y turbado.

— Si, mas de una vez, respondió Tetrik, ¿ pero qué tiene que ver vuestro amigo Eustaquio con vuestra nueva dignidad ?

— ¡ Qué tiene que ver ! exclamó Mario. Me estraña sobremanera vuestra pregunta. Es lo mismo que si preguntarais: ¿ qué tiene que ver la empuñadura de la espada con la hoja, el martillo con el mango, el fuelle con la fragua ?

— Sabemos que estais unidos por una antigua é intima amistad, dijo Victoria. ¿ Deseais, capitan, conceder algun favor á vuestro amigo ?

— No consentiré jamas en separarme de él; no siempre está alegre, amable ni cariñoso, pero me ama como un hermano y no podemos estar separados un momento. Conozco que tal vez parecerá sorprendente ver que el gefe de la Galia tiene por amigo íntimo y por confidente un antiguo obrero, pero os advierto, Victoria, que si me he de separar de mi amigo Eustaquio, no acepto el poder, porque solo su amistad podrá hacerme llevadera una carga tan pesada.

— Scanvoch, mi hermano de leche, es un simple soldado ¿ pero ha dejado por eso de ser mi amigo ? dijo Victoria. Nadie se admira de una amistad que nos honra á entrambos, y lo mismo sucederá, capitan Mario, con la amistad que profesais á vuestro compañero de oficio.

— Y vuestra elevacion, añadió Tetrik, aumentará vuestro mútuo afecto, capitan, porque vuestro amigo se vanagloriará mas que vos mismo de vuestra elevacion si os ama como decís.

— No creo que mi amigo Eustaquio se alegre mucho de mi elevacion, dijo Mario, porque hace tan poco caso de la gloria y de los honores, que no me ama por ser yo capitan sino porque soy su antiguo compañero de yunque, y se cuidará muy poco de mi nueva dignidad. Recordad, sin embargo, Victoria, lo que voy á deciros. Asi como manifestais que soy actualmente necesario, os suplico que no os violentais jamas, si os doy motivo, para decirme algun dia que soy incapaz é inutil y que otro desempeñaria mejor mi cargo. Entiendo las palabras á medias, y no me enojaré cuando me digais que vuelva á mi vida privada y oscura. No obstante, mientras me digais que necesitais de mi, seguiré siendo gefe de la Galia.

Y el capitan Mario ahogó un suspiro.

— Sois gefe y lo sereis largos años para gloria de la Galia, dijo Tetrik. Creedme, capitan; ignorais todo lo que valeis, y vuestra modestia os ciega; pero cuando Victoria os proponga á los soldados como gefe y general, las aclamaciones de todo el ejército os harán ver porfin que no careceis de mérito.

— Y por vida mia que me asombrará el ver que no carezco de mérito, dijo ingenuamente el buen capitan. Pero lo he prometido, y podeis contar, Victoria, con mi promesa. Me retiro... Voy á esperar á mi amigo Eustaquio, por que como ya asoma el nuevo dia y va á volver de las avanzadas donde está de guardia desde ayer por la noche, seria grande su inquietud con mi tardanza.

— No os olvidéis, capitan, le dije, de preguntar á vuestro amigo el nombre del soldado que eligió para acompañarme.

— No me olvidaré, Scanvoch.

— ¡Adios, Victoria! dijo el gobernador con voz ahogada á la madre de los campamentos; ¡adios! Pronto va á asomar el sol... Cada instante que paso aqui es para mi un siglo de dolor...

— ¿No permaneceréis al menos en Maguncia hasta que hayan vuelto á la tierra las cenizas de mis dos hijos? preguntó Victoria al gobernador ¿No concedereis este piadoso homenaje á la memoria de los que van á precedernos en esos mundos desconocidos á donde iremos á encontrarlos un dia? ¡Heso quiera que llegue pronto para mi ese instante!

— ¡Ah! nuestra fé druídica será eternamente el consuelo de las

almas fuertes y el sosten de las débiles , respondió Tetrik. ¡ Qué terrible seria la muerte de los que amamos si no estuviéramos ciertos de que hemos de reunirnos con ellos algun dia ! Creedme, Victoria, yo seré el primero que volveré á ver allá á los que lloramos, y segun vuestro deseo, antes de partir, les rendiré hoy un postrero y religioso homenaje.

Tetrik y el capitan Mario salieron, y quedamos solos Victoria, Leda y yo con los cadáveres.

Dimos entonces libre desahogo á nuestras lágrimas, y vestimos á Ellen con el trage de boda en medio de un piadoso y mudo recogimiento, mientras rendido por el sueño dormias, hijo mio, en tu cuna.

Victoria habia reprimido heróicamente su dolor para ocuparse de los graves intereses de la Galia, pero prorumpió en gritos y sollozos luego que salieron Tetrik y Mario, lavó las heridas de su hijo y de su nieto y los envolvió en una misma mortaja con sus manos maternas.

Alzaronse dos piras en las orillas del Rhin, destinada la una para Victorino y su hijo y la otra para mi esposa Ellen.

Dos carros cubiertos de ramas y acompañados de varios druidas y algunas sacerdotisas veneradas, llegaron al medio dia á la puerta de mi casa. El cadáver de mi esposa fué depositado en uno de los carros, y pusieron en el otro los restos de Victorino y de su hijo.

— Scanvoch, me dijo Victoria, seguiré á pié el carro que se lleva tu querida esposa. Ten misericordia, hermano mio, y sigue el que conduce los restos de mi hijo y de mi nieto. Siendo el esposo ultrajado, verán todos que perdonas el ultraje que te hizo Victorino, y verán que yo, como madre, te perdono la merecida muerte de mi hijo.

Conocí cuan tierna y sublime era esta mutua idea de perdón y misericordia, y cumplí el deseo de la madre de los campamentos.

Varios soldados elegidos entre las cohortes y las legiones acompañaron el duelo, y les seguí con Victoria, Leda, Tetrik y Mario. Se reunieron con el cortejo fúnebre los principales gefes del ejército, y nos dirigimos hácia la orilla del rio en medio de un silencio sombrío.

Habiéndose calmado la primera exaltacion contra Victorino, el ejército recordó su valor, su bondad y su franqueza, y al ver que yo, víctima de un ultraje que me costaba la vida de Ellen, daba pública

demostracion de perdon y olvido siguiendo el carro donde reposaba Victorino, y al ver que su madre seguia los restos de mi esposa, prorumpieron en alabanzas y lloraban la memoria de su general.

El cortejo fúnebre se acercaba á la orilla del rio donde se alzaban las dos piras, cuando Douarnek, que iba entre los representantes de las cohortes, se aprovechó de un momento en que se paró la comitiva para acercarse y decirme tristemente:

—Scanvoch, te compadezco. Di á tu hermana Victoria que los soldados solo nos acordamos del valor y de las virtudes de su hijo... á quien tantos años hemos amado. ¿Porqué olvidó las prudentes y francas palabras que le dirigí en nombre del ejército despues de la gran batalla del Rhin? Si Victorino, siguiendo nuestros consejos, se hubiera enmendado, no hubiesen sobrevenido tantas desgracias.

—Lo que me dices consolará á Victoria en su dolor, respondí á Douarnek. ¿Pero sabes el paradero de aquel soldado cubierto con una capucha que tuvo la barbarie de matar al nieto de Victoria?

—Ni yo ni los que me acompañaban en el momento que se perpetró tan abominable crimen, hemos podido dar con ese malvado digno émulo de los desolladores francos, que huyó en medio del tumulto y de la oscuridad. Pero habiéndose refugiado en las avanzadas del campamento, encontró por fin el premio que merecia su barbarie.

—¿Ha muerto!

—¿Conoces á Eustaquio, el amigo del esforzado capitan Mario?

—Sí.

—Estaba de guardia esta noche en las avanzadas... Segun parece, Eustaquio tiene una intriga amorosa en la ciudad. Perdonad, Scanvoch, si os hablo de tales cosas en un momento tan triste, pero como me preguntas te respondo...

—Prosigue, Douarnek.

—Pues bien; Eustaquio, en vez de permanecer en su puesto como exige la disciplina, ha pasado una gran parte de la noche en Maguncia, y cuando volvia, una hora antes de amanecer, esperando segun me dijo, que no habrian reparado en su ausencia, encontró cerca de la orilla del Rhin al hombre de la capucha que huia casi sin aliento. —¿A donde vas? le preguntó — Esos bárbaros me persiguen, respondió el asesino porque he despedazado la cabeza del hijo de Victorino, y quieren matarme. —Es justo, porque mereces la muerte, dijo Eustaquio indignado y traspasando con la espada al in-

fame asesino. De modo que se ha encontrado esta mañana su cadáver.

La muerte de aquel soldado desvanecía mi última esperanza de descubrir el misterio que velaban los acontecimientos de aquella noche funesta.

Los restos de Ellen, Victorino y su hijo fueron depositados en las piras mientras cantaban los bardos y los druidas...

La llama se alzó al cielo, y cuando cesaron los cantos, no se vió mas que un monton de ceniza...

Victoria recogió piadosamente en una urna de bronce las cenizas de Victorino y de su hijo, y se depositaron en un túmulo de mármol donde se veia esta sencilla y tierna inscripcion :

AQUI DESCANSAN LOS DOS VICTORINOS (1).

Aquella misma noche partió Tetrik de Maguncia despues de despedirse de Victoria derramando copiosas lágrimas. El capitán Mario presentado á las tropas por la madre de los campamentos, fué proclamado gefe de la Galia y general del ejército. Su eleccion no sorprendió á nadie, y mucho menos siendo propuesta por Victoria, cuya influencia se habia aumentado por decirlo así con la muerte de su hijo y de su nieto. El valor, el criterio y la prudencia de Mario eran mucho tiempo hacia prendas conocidas y apreciadas de los soldados.

El nuevo general pronunció despues de su aclamacion las siguientes palabras que reprodujo algunos años despues un historiador contemporáneo: (2)

«Compañeros, sé que podeis recordar el oficio que exercí en mi «juventud. Que me vitupere el que quiera hacerlo el haber sido her-
«rero con tal que el enemigo vea que he fraguado su ruina; pero
«no olvideis tampoco, compañeros y amigos, que el gefe que aca-
«bais de elegir nunca supo ni sabrá manejar mas que la espada.»

(1) Algunos años despues los galos erigieron en Colonia un humilde túmulo con esta inscripcion: *Aqui descansan los dos Victorinos.* (Treb. Poll. Trig. Tyr., 187)

(2) Véase Trebell. Poll. citado por M. A. Thierry. Victoria continuó ejerciendo su autoridad despues de la muerte de su hijo y de su nieto que le costaron tantas lágrimas. Los soldados le suplicaron que les gobernase, y ella se negó, pero enternecida con el arrepentimiento del ejército, y no resolviéndose á abandonar el campamento, quedó en él con título de *madre* pero con carácter de soberana. Luego que se decidió, presentó á los soldados á Mario, oficial que se distinguia por su firmeza y su valor, y el ejército le proclamó sin vacilar por gefe (Treb. Poll. Trig. Tyr., 186, 200).

Mario gobernó sabiamente dirigido por su lealtad, su rectitud y los consejos de Victoria, y mereció el aprecio del ejército hasta el día en que, dos meses después de su aclamación, fué víctima de un horrible crimen.

Debo referirte, hijo mío, las circunstancias de este crimen porque están enlazadas con la infame trama que había de envolver á todos los que amaba y veneraba.

Dos meses habían trascurrido desde la funesta noche en que habían dejado de existir mi esposa Ellen, Victorino y su hijo. Mi casa me recordaba escenas tan dolorosas que Victoria me pidió al ver mi profunda tristeza que fuera á vivir á su lado con Leda que te cuidaba como una madre.

—Estoy sola en el mundo y separada de mi hijo y de mi nieto hasta el fin de mis días, me decía la madre de los campamentos. Tú sabes bien, Scanvoch, que todo mi cariño y todas mis esperanzas se cifraban en esos dos seres tan queridos para mi corazón. No me dejes sola... venid á vivir conmigo tú, Leda y tu hijo y ayudadme á sobrellevar el peso de mi desgracia.

Vacilé en un principio en aceptar la oferta de Victoria... Por una fatalidad terrible había dado muerte á su hijo, y aun que es verdad que sabía que á pesar de la enormidad del ultraje de Victorino le hubiera perdonado la vida á haberle conocido, sabía al mismo tiempo y veía el pesar que me causaba este asesinato involuntario y no obstante legítimo; pero había dado muerte á su hijo; terrible recuerdo para ella! y temía que, á pesar de su deseo de tenerme á su lado y de albergar una alma fuerte y justiciera, mi presencia deseada entonces en el primer impulso del dolor, llegaría á serle cruel y pesada. Sin embargo, tuve que ceder á sus instancias, y Leda me decía con frecuencia:

—Cuando te oigo hablar continuamente con tanta ternura de Victorino delante de su madre, y que ella te habla de mi pobre hermana en términos tan cariñosos, comprendo y admiro, así como todos los que te conocen, lo que en un principio me había parecido imposible.

—¿Qué es lo que te parecía imposible?

—La íntima y afectuosa unión de las dos personas que han sobrevivido á esas víctimas de la fatalidad, de tí y de Victoria.

La madre de los campamentos llegaba á veces á dominar su dolor para hablar conmigo de los intereses de la nación, y se felicitaba de

haber podido decidir al capitán Mario á que aceptase el cargo elevado en el que de día en día se mostraba mas digno. Así se lo escribió varias veces á Tetrik, que habia dejado en efecto el gobierno de la provincia de Gascuña para retirarse con su hijo, que tenia entonces cerca de veinte años, á una casa que poseia en las cercanias de Burdeos, y buscar, segun decia, en el culto de las musas una distraccion que aliviase el pesar que le causaba la muerte de Victorino y de su hijo. Compuso versos sobre estos crueles acontecimientos, y era en efecto muy tierna y patética una oda que escribió Tetrik con el título de *los dos Victorinos* y que envió á Victoria. Las cartas que le dirigió durante los dos primeros meses del gobierno de Mario respiraban tambien la mas profunda tristeza, y espresaban de un modo tan sencillo como delicado y atento, su afecto y su pesar, que la amistad de la madre de los campamentos para con su pariente se hizo mas íntima de día en día. Era tan ciega la confianza que á mi tambien me inspiraba, que llegué á olvidar las sospechas que en dos ocasiones me habia infundido la conducta de Tetrik, y acabaron de desvanecerse mis dudas cuando habiendo interrogado á Eustaquio acerca del misterioso soldado que me acompañaba la noche de la catástrofe, me respondió citándome el nombre del asesino del nieto de Victoria.

— Mario me encargó que designase para escoltaros un hombre de confianza, me respondió Eustaquio, y elegí á un soldado que se llamaba Bertal, á quien dí la órden de que os esperase en la puerta de Maguncia. Cuando llegó la noche, abandoné la avanzada del campamento, faltando á mi deber, para dirigirme secretamente á la ciudad. Me dirigia hácia Maguncia, cuando encontré á Bertal á caballo y dispuesto á obedecer la órden que habia recibido, le pedí que guardase silencio acerca de mi encuentro si veia en el camino algun compañero, y me separé de él despues de prometerme que callaria. Recorria el día siguiente la orilla del rio regresando de la ciudad, donde habia pasado una gran parte de la noche, y ví á Bertal á pié y huyendo azorado y temiendo el justo furor de nuestros compañeros. Supe de su misma boca el horrible crimen de que se atrevia á vanagloriarse, y le maté... He aqui lo único que sé de aquel malvado.

Esta esplicacion oscurecia mas y mas en vez de aclararlo el misterio de aquella noche siniestra. Las bailarinas habian desaparecido, y todos los informes que tomé sobre Bertal, mi compañero de via-

je y autor despues de un crimen tan horrible como el asesinato de un niño, me inducian sin embargo á creer que aquel hombre era honrado é incapaz del infame atentado de que se le acusaba, y que solo podia esplicarse con la embriaguez ó la locura

Te he dicho ya, hijo mio, que Mario gobernaba la Galia dos años hacia con satisfaccion general. Una tarde, pocos momentos antes de ocultarse el sol, fuí á pasear á un bosque cercano á Maguncia para distraer mi melancolia, y hacia largo rato que andaba sin direccion fija y como maquinalmente, buscando el silencio y la soledad é internándome cada vez mas en la espesura del bosque, cuando mis piés tropezaron en un objeto que no habia visto, y como me ví espuesto á caer, aquel inesperado incidente me arrancó de mi triste meditacion; ¡Cual seria mi asombro cuando ví un casco que, por su forma particular, conocí que era el de Mario! Examiné con mas atencion el terreno al resplandor de los últimos rayos del sol que penosamente cruzaban entre el ramage de los árboles, y ví en la yerba un rastro de sangre que seguí y que me condujo á un oscuro y espeso materral.

¿A quién pensais, hijo mio, que ví tendido sobre las ramas, dobladas ó rotas con su caida, y la cabeza descubierta y bañada en sangre? A Mario. En un principio creí que estaba desmayado, pero me engañaba, porque inclinándome para levantarle y darle auxilio, encontré su mirada fija y sombría aunque algo ofuscada por la proximidad de la muerte.

— ¡Retirate! me dijo Mario con cólera y con voz oprimida. Quiero morir en paz y para conseguirlo me he arrojado desde la copa de este árbol. Retirate, Scanvoch, déjame...

— ¡Dejarte! exclamé contemplándole con estupor y viendo su traje empapado en sangre; ¿Porqué tienes las manos cruzadas sobre el pecho? Estas herido... lo veo, y tu herida es tal vez mortal.

— Puede ser... respondió Mario exalando un suspiro... es mortal... Así lo quieren los dioses.

— Corro á la ciudad, dije sin recordar la distancia que acababa de recorrer absorbido en mi triste meditacion. Volveré luego, y te salvaré...

Mario prorumpió en una carcajada y dijo con acento doloroso: — ¡Correr á la ciudad cuando estamos á dos leguas de distancia! No temo tus auxilios, Scanvoch... porque habré espirado antes de un cuarto de hora. Pero ¿quién te trajo á este sitio? Déjame...

— ¡Quieres morir!... ¿Te has herido con tu espada?

— Tu lo has dicho.

— No, me engañas... veo tu espada al costado... en la vaina...

— ¿Qué te importa? déjame...

— Te ha herido un asesino, añadí corriendo á recoger una espada ensangrentada aun que acababa de ver á algunos pasos de distancia. Esta es el arma con que te han herido.

— Peleé en leal combate... y fuí vencido.

— Ni has peleado ni te has herido, Mario, porque tu espada está aun envainada. No, no; has sido víctima de un cobarde asesino. Permíteme que examine tu herida; como soldado, soy tambien algo médico, y tal vez conteniendo la sangre...

— ¡Contener la sangre! gritó Mario lanzándome una mirada furiosa. Lleva á acabo tu intento y verás como te recibo.

— Trataré de salvarte, le dije, y á pesar tuyo si es preciso.

Y me acerqué á Mario que continuaba tendido de espaldas, pero en el momento que me inclinaba hacia él, dobló las rodillas sobre el vientre, y despues me lanzó los dos pies contra el pecho con tal violencia, que caí en la yerba vencido por la prodigiosa fuerza de aquel Hércules moribundo.

— ¿Tratarás de socorrerme á pesar mio? me dijo Mario mientras me levantaba, no enojado, sino desesperado por su brutal accion, porque si hubiese dominado al capitan en aquella triste lucha no hubiera podido correr en su auxilio.

Permanecí, un momento contemplándole en silencio, y le dije por fin:

— Muere, pues, ya que lo deseas... muere, pues, ya que olvidas que la Galia necesita tus servicios, pero tu muerte será vengada y se descubrirá el nombre de tu asesino.

— No lo descubrirás porque yo mismo me dí la muerte.

— ¿A quién pertenece esta espada? pregunté examinando el arma con mas atencion.

Creí entonces que al través de la sangre que cubria la hoja se distinguian algunas letras grabadas, y la enjugué para leerlas con algunas hojas mientras Mario gritaba:

— ¿Deja esa espada! ¡No limpies la sangre que cubre su hoja! ¡Oh! me faltan las fuerzas para levantarme y arrancártela de las manos... ¡Maldicion sobre tí que vienes á turbar mis postreros momentos! ¿Qué genio infernal te trajo á este sitio?

— Me envían los dioses, exclamé lleno de horror; me envía Heso para castigar el mas horrible de los crímenes. ¡ Un amigo !... ¡ matar á su amigo !

— ¡ Mientes ! ¡ mientes !

— ¡ Eustaquio es tu asesino !

— ¡ Mientes ! ¡ Ah ! ¿ porqué me abandonan las fuerzas ? Ahogaria esas palabras en tu maldita garganta...

— Te ha herido con esta espada, don de tu amistad á ese infame...

— No es cierto...

— *Mario fraguó esta espada para su querido amigo Eustaquio.* Tales son las palabras grabadas en la hoja de esta arma, le dije enseñándole la inscripcion abierta en el acero.

— Nada prueba esa inscripcion, respondió Mario con angustia. El que me hirió habia robado esa espada á Eustaquio.

— ¡ Y aun excusas á ese hombre... ! ¡ Oh ! no hay suplicio bastante cruel para castigar tan traidor asesino.

— Oye, Scanvoch, dijo Mario con voz débil y suplicante. Voy á morir... y las súplicas de un moribundo son sagradas...

— Habla, noble, generoso y valiente Mario. Ya que la fatalidad me impide que te ausilie, habla, y te juro por la ventura de la Galia que ejecutaré tu postrera voluntad...

— Scanvoch, ¿ no es verdad que es sagrado el juramento que se hace entre soldados á la hora de la muerte ?

— Si...

— Jurame que no dirás á nadie que has encontrado aqui la espada de mi amigo Eustaquio.

— ¿ Quieres salvarle... y eres su víctima ?

— Prometeme lo que te pido.

— Salvar á ese monstruo del castigo que merece... ¡ nunca !

— Scanvoch... te lo suplico...

— ¡ Nunca !

— ¡ Maldito seas, pues, ya que te niegas á la súplica de un moribundo, á la súplica de un soldado que llora... ! Porque ya lo ves... no es la causa la agonía ó la debilidad... pero lloro...

Y gruesas lágrimas surcaban su rostro donde se veia impreso el sello de la muerte.

— Mario, tu injusta clemencia me despedaza el alma. ¡ Tú .. implorar el perdon de tu asesino !

— ¿ Quién se compadecerá ahora de ese desventurado ? me res-

pondió con espresion de inefable misericordia.

— Mario, tus palabras revelan un alma grande y generosa.

— ¡Gracias, Scanvoch, gracias! No dirás nada... Confío en tu promesa...

— ¡No... no! tu generosa conmiseracion aumenta el horror del crimen de Eustaquio... ¡No hay piedad para el monstruo que mató á su amigo... á un amigo como tú!

— Dejame, pues, murmuró Mario sollozando. Tu dureza envenena mis postreros momentos. Eustaquio solo mató mi cuerpo, pero tú no tienes piedad de mi agonía y me atormentas el alma.

— Tu desesperacion me llena de dolor...

— ¡Retirate, pues!

— Oye, Mario: todo me induce á pensar que el asesino no solo trató de matar al amigo... al antiguo amigo...

— Hacia veinte y tres años que no nos habiamos separado, dijo Mario gimiendo: veinte y tres años hacia que éramos amigos.

— No, no solo pensó ese monstruo matar al amigo sino al gefe de la Galia, al general del ejército... La causa misteriosa de este crimen interesa tal vez al porvenir de la patria, y es preciso que se averigüe, que se descubra...

— ¡Qué poco conoces á Eustaquio, Scanvoch! Le importaba á femia muy poco que fuera yo ó no gefe de la Galia y general. Y además, ¿qué me importa á mi eso en el momento en que voy á partir de este mundo? Solo deseo una cosa... una sola... que accedas á mi postrera súplica, que no denuncies á mi amigo Eustaquio.

— Accedo... guardaré el secreto, pero con una condicion.

— ¿Cual?

— Me contarás como se cometió ese crimen.

— ¿Tienes valor de exigir tan dolorosa condicion á un moribundo?

— Te repito que de ese crimen depende tal vez la ventura de la Galia. Todo me induce á pensar que tu muerte está enlazada con una trama infernal cuyas primeras víctimas fueron Victorino y su hijo. Por eso son tan importantes los pormenores que te pido.

— Scanvoch, hace un momento distinguia tu rostro... el color de tu vestido... y ahora no veo mas que una forma... vaga... La muerte me llama...

— Responde, ¿cómo se cometió el crimen? Te juro por Heso que guardaré el secreto... pero hablaré si no me respondes.

— Scanvoch...

— Dime... ¿Eustaquio conocia á Tetrik?

— Nunca habló con él Eustaquio...

— ¿Estás seguro?

— Asi me lo dijo Eustaquio... que hasta odiaba... sin saber la causa... al gobernador... Esto no me sorprende... porque Eustaquio... solo me amaba á mi...

— ¡Te amaba y te asesinó! Habla, y te juro por Heso que guardaré el secreto, pero si te niegas...

— Hablaré... Veinte veces habia propuesto á mi amigo Eustaquio que dispusiese como suyo de mi dinero... y siempre respondió á mis ofertas con injurias... Es decir que su alma no es venal... y si no tiene dinero... ¿cómo podrá huir?

— Yo protegeré su fuga... me daré prisa á librar el campamento y la ciudad de semejante monstruo.

— ¡Monstruo! murmuró Marion con acento de doloroso reproche. No tienes otra palabra en la boca... ¡pobre Eustaquio!... él... un monstruo!

— ¿Cómo y porqué te hirió?

— Desde mi aclamacion como gefe...

Mario se interrumpió y añadió despues:

— ¿Juras que protegerás la fuga de Eustaquio?

— ¡Te lo juro por Heso! Pero acaba...

— Desde mi aclamacion como gefe de la Galia y general del ejército... (¡Ah! qué razon tenia en negarme á aceptar... tan elevado cargo!... Era indudablemente un presentimiento...) Desde entonces el genio adusto de Eustaquio se hizo mas huraño... mas irascible... mas intratable que de costumbre, porque temia... ¡qué injusto temor! que mi elevacion me inspiraria orgullo... ¡Orgullo á mi!...

Mario se interrumpió segunda vez y añadió tendiendo en torno suyo las manos:

— ¿Donde estás, Scanvoch?

— Aqui, le respondí estrechando entre las mias su mano helada; estoy aqui, á tu lado...

— No te veo ya...

Y su voz se debilitaba por momentos.

— Ayúdame á levantarme, me dijo con angustia, ayúdame á apoyarme en un árbol... me ahogo... me ahogo...

Hice lo que me pedia Mario, aunque con mucho trabajo por el

peso enorme de su cuerpo de Hércules, y llegué á colocarlo recostado en un árbol.

Entonces continuó de este modo con voz cada vez mas desfallecida.

—A medida que se iba exasperando el mal humor de mi amigo Eustaquio, me esforzaba en demostrarle mas cariño y deferencia... No me extrañó su desconfianza... porque cuando no era mas que capitán, no podia acostumbrarse ya á tratarme como á un antiguo compañero de yunque... Cuando fuí elegido general y gefe de la Galia, me creyó un potentado... y de dia en dia fué para mi mas adusto... Yo, en cambio, como estaba seguro de que no dejaria nunca de amarle, me reia á carcajadas de su mal humor... en lo cual hacia mal... porque mi risa le atormentaba... Finalmente, hoy me ha dicho:

«Mario, hace mucho tiempo que no hemos paseado juntos...
«¿Quieres venir al bosque?»

Tenia que hablar con Victoria, pero temiendo que mi amigo Eustaquio se enojase, escribí á la madre de los campamentos escusándome, y salimos del brazo en direccion á este bosque... Este paseo nos recordaba las correrias que haciamos cuando éramos aprendices de herreros por el bosque de Chartres... á donde ibamos á celebrar algun rústico banquete... Estaba tan contento que, á pesar de mis canas, y como nadie nos veia, brincaba y retozaba como un niño para ahuyentar la tristeza de Eustaquio, é imitaba, como en los años de nuestra juventud, el canto de la urraca soplando con una hoja de árbol puesta entre los labios... ¡Qué lejano estaba de creer en una próxima desgracia! Mucho tiempo hacia que no habia estado de tan buen humor... Pero Eustaquio, por el contrario, seguia triste, pensativo y huraño... Estábamos á algunos pasos de aqui, y yo iba delante, cuando me llama y vuelvo el rostro... Puedes convencerte, Scanvoch, de que no le impulsaba la maldad sino la locura... la locura tan solo... En el momento que me volvia, se arroja sobre mi espada en mano, y la hunde en mi costado diciendo: «¿Conoces esta espada tú que la hiciste (1). ¿Confieso que fué grande mi sorpresa al caer... pero pregunté á mi amigo Eustaquio:

(1) «Mario tuvo ocasion durante su reinado de algunos meses, de pelear, en el Rhin contra los germanos, y ganó brillantes victorias, pero un crimen le detuvo en el primer paso de una carrera tan honrosamente inaugurada: el soldado de las legiones galas, que habia trabajado en otro tiempo con él de armero, creyéndose despreciado ú olvidado,

«¿Qué has hecho? Si te ofendí sin saberlo... ¿porqué no te explicaste?»

Pero hablaba con los árboles... porque el pobre el loco habia desaparecido... dejando esa espada cerca de mi... otro indicio de su locura... porque esa arma, repara bien esta circunstancia, Scanvoch... porque esa arma tiene en la hoja una inscripcion que dice: *Mario fraguó esta espada... para su querido... amigo... Eustaquio...*

Tales fueron las últimas palabras de aquel noble, esforzado y generoso hijo del pueblo.

Algunos instantes despues espiró pronunciando palabras incoherentes entre las cuales repetia con frecuencia:

—Eustaquio... fuga... sálvale...

Cuando Mario exhaló el postrer suspiro, volví apresuradamente á Maguncia para contar la catástrofe á Victoria, sin ocultarle que sospechaba nuevamente que Tetrik era uno de los autores de la horrible trama que, habiendo sacrificado ya á Mario, á Victorino y á su hijo, dejaba vacante el gobierno de la Galia. La madre de los campamentos, aunque desconsolada con la muerte de Mario, combatia mis dudas y mi desconfianza respecto de Tetrik, y me recordó que tres meses antes habia dicho ya á Victoria delante del gobernador de Gascuña, al observar la espresion de odio y envidia que revelaban la fisonomia y las palabras de Eustaquio, que el capitan Mario estaba cegado con el cariño para no conocer que devoraban á su amigo implacables celos. En una palabra, Victoria participaba de la opinion de Mario; es decir, que el crimen de que acababa de ser víctima no tenia otra causa mas que la rencorosa envidia de Eustaquio, llevada hasta el delirio por la reciente elevacion de su amigo. Por otra parte mi hermana de leche recibió por una estraña casualidad una carta de Tetrik en que le anunciaba que partia para Italia, pues desmejorando de dia en dia su salud, los médicos le habian aconsejado que solo podia evitar una muerte pronta y segura haciendo un viaje á un pais meridional, y que se dirigia á Roma con su hijo.

Confieso que estos hechos, la conducta de Tetrik desde la muerte de Victorino, sus tiernas cartas y las razones incontestables que me daba Victoria desvanecieron por tercera vez la desconfianza que

le atrajo un dia á un parage oculto, y le hundió la espada en el costado diciéndole; *¿Conoces esta espada tu que la hiciste? (Hic est gladium quem ipse fecisti.) (Treb. Poll. 187).*

abrigaba contra el antiguo gobernador de Gascuña, y me convencí tambien, lo cual en rigor era creible si se consideran los antecedentes de Eustaquio, que el horrible asesinato que habia cometido no tenia otro movíl mas que una envidia feroz, exaltada hasta rayar en locura furiosa con la reciente elevacion de su amigo.

He cumplido la promesa que hice al generoso y esforzado Mario en su agonía. Su muerte se atribuyó, no á Eustaquio, sino á un asesino desconocido, y habiendo entregado su espada á Victoria, nadie sospechó de aquel malvado, que no volvió á presentarse mas en Maguncia ni en el campamento. El ejército lloró la muerte de Mario, y sus restos recibieron las pomposas honras militares debidas al general y al gefe de la Galia.

CAPITULO V.

La ciudad de Tréveris. — Leda, segunda esposa de Scanyoch. — Mora, la criada, ó Kidda, la bailarina. — Conversacion misteriosa. — Tetrik. — El traidor descubierto. — Su venganza. — Ultimas palabras de Victoria. — La alondra del casco.

El dia mas infausto de mi vida, despues de aquel en que acompañé hasta las piras, que los redujo á ceniza, los restos de Victorino, de su hijo y de mi querida esposa Ellen, fué aquel dia en que acontecieron los sucesos que voy á referirte. Escribo, hijo mio, doscientos sesenta años despues de la muerte de Jesucristo, el dios de perdon y misericordia, y cinco despues del asesinato de Mario, sucesor de Victorino en el gobierno de la Galia. Victoria no vive ya en Maguncia sino en *Tréveris*, populosa y espléndida ciudad gala de esta parte del Rhin, y no me he separado de su lado. Leda, que te habia cuidado como una madre desde la sentida muerte de mi Ellen, se casó conmigo, y el dia de nuestro enlace me confesó que siempre le habia inspirado una secreta inclinacion y que estaba resuelta á no casarse y dedicar su existencia y su cariño á Ellen á mí y á tí, hijo mio.

La muerte de mi esposa, el afecto, el profundo aprecio que me inspiraba Leda, sus virtudes, los cuidados que te prodigaba, el cariño que le tenias, porque la amabas como á la madre que reemplazaba, la necesidad de tu educacion, y finalmente, las instancias de Victoria, que apreciando las escelentes prendas de Leda, deseaba vivamente esta union, todo me inducia á ofrecer mi mano á tu tia. Leda aceptó, y á no ser por el recuerdo de la muerte de Victorino y de la de Ellen, de que hablábamos todos los dias con Leda derramando lágrimas, y á no ser por el dolor incurable de Victoria que no cesaba de pensar en su hijo y en su nieto, hubiera recobrado la felicidad despues de tantos pesares.

Vivia, pues, en casa de Victoria en la ciudad de Tréveris: acababa de asomar el sol y me ocupaba en escribir para la madre de los campamentos, porque continuaba siendo su secretario y confidente, cuando ví entrar en su habitacion á su criada predilecta llamada *Mora*. Segun decia, habia nacido en Mauritania, y por eso le daban el nombre de Mora. Aunque tenia, como los habitantes de aquel

pais, la tez bronceada y casi negra, era jóven y hermosa. Hacia cuatro años (repara con atencion en esta fecha), hacia cuatro años que Mora servia á mi hermana de leche, cuyo afecto se habia grangeado con su celo, su reserva y su lealtad que parecia á toda prueba; Victoria para distraer sus pesares le pedia á veces que cantase, porque tenia una voz grata y melodiosa, y sabia cantos de melancolia dulce y estraña. Uno de los oficiales del ejército, que habia viajado por las orillas del Danubio, nos dijo un dia al oir á Mora que habia oido ya aquellos cantos estraños en los montes de Hungria. Mora quedó turbada y sorprendida, y respondió que las melodias que cantaba las habia oido siendo niña en su pais de Mauritania.

—Scanvoch, me dijo Mora entrando en mi aposento, Victoria desea que vayais á verla.

—Te sigo, Mora.

—Antes de entrar he de revelaros un secreto.

—Habla.

—Sois el amigo, el hermano de mi señora, y os interesa lo que á ella interesa...

—No hay duda... ¿Qué sucede?

—Ayer salisteis de la habitacion de mi señora despues de pasar la velada á su lado con vuestra esposa y vuestro hijo...

—Si... y Victoria se retiró á descansar...

—No... porque algunos momentos despues de marcharos introduje en su aposento un hombre cubierto con un manto, y despues de una conversacion con el desconocido, que ha durado casi la mitad de la noche, mi señora, en vez de acostarse, ha estado paseándose muy agitada por su estancia hasta asomar el dia.

—¿Quién será ese hombre? me dije en voz alta en el primer momento de mi sorpresa, porque Victoria no acostumbraba á tener secretos para mi. ¿Qué misterio...

Mora creyó que le preguntaba, indiscrecion de que me hubiera guardado por respeto á Victoria, y me respondió:

—Despues que salisteis, Victoria me dijo: «Ve al jardin y espera en la puerta secreta; llamarán dentro de algun rato, y se presentará un hombre encubierto; condúcele aquí, y no digas una palabra á nadie... á nadie ¿oyes? de esta entrevista.

—Debieras haber guardado mejor tu secreto, Mora.

—Tal vez hago mal en no guardar el secreto hasta con vos, Scanvoch, que sois el amigo fiel, el hermano de mi señora, pero está

tan agitada desde que partió aquel misterioso personage, que he creído que no debía ocultaros nada. Pero tengo otro motivo mas poderoso para comunicaros este secreto...

— Esplicate...

— Acompañé á aquel hombre hasta la puerta del jardin... iba algunos pasos delante de mí, y era tal su cólera, que le oí murmurar palabras amenazadoras contra Victoria. Esto es lo que me ha decidido principalmente á faltar al secreto que le habia prometido.

— ¿Has dicho á Victoria qué ese hombre la habia amenazado?

— No... porque cuando volví á su aposento me mandó al instante con tono brusco, y eso que siempre me trata con escesiva bondad, que la dejase sola. Me retiré á un aposento inmediato, y he oido que se paseaba con agitacion hasta el amanecer que se ha acostado sin desnudarse... He vacilado, sin embargo, mucho rato antes de decirme á haceros esta revelacion, Scanvoch; pero cuando hace un momento me llamó para decirme que os llamase, no vacilé en dar el paso que acabo de dar, porque ¡si la hubierais visto! estaba tan pálida y sombría...

Entré con inquietud en el aposento de Victoria, y me llamó la atencion la espresion dolorosa de su rostro... No me habia engañado Mora.

Antes de continuar mi relato es preciso, para que lo entiendas mejor, que te de algunos pormenores sobre la construccion particular del aposento de Victoria. En el fondo de una sala espaciosa se veia una especie de celda cerrada con cortinas de paño, que era donde se retiraba con frecuencia mi hermana de leche para verter lágrimas por los seres que tanto habia amado. Veíanse en aquella estancia, encima de los símbolos sagrados de nuestra fé druídica, los cascos y las espadas de su padre, de su esposo y de Victorino, y una querida y preciosa reliquia... la cuna del nieto de aquella mujer tan perseguida por la desgracia.

Victoria salió á mi encuentro y me dijo con voz alterada:

— Hermano mio... por la primera vez en mi vida he tenido un secreto para tí... por la primera vez en mi vida voy á valerme de la astucia y el disimulo.

Y tomándome de la mano, me condujo á su estancia, apartó los cortinages y añadió:

— Los instantes son preciosos; entra aqui, y permanece inmóvil y mudo, y no pierdas una palabra de cuanto vas á oir ahora... Te

oculto aqui de antemano para evitar sospechas.

Cerráronse los cortinages, y permanecí en la oscuridad durante algun tiempo sin oír mas que los pasos de Victoria que recorria el aposento con agitacion. Habia trascurrido media hora quizás, cuando se abrió la puerta de la sala, se volvió á cerrar, y una voz dijo estas palabras:

—Saludo á la gran Victoria.

Era la voz de Tetrik, como siempre melosa é insinuante.

Principió la siguiente conversacion entre él y Victoria, y asi como me lo habia encargado, no olvidé una sola palabra, porque durante el dia la trascribí de memoria conociendo toda la gravedad y la utilidad que me reportaria mas adelante el recordarla.

Despues que el antiguo gobernador de Gasuña dijo: —Saludo á la gran Victoria, esta respondió:

—Os saludo, Tetrik.

—¿Os ha dado consejo la noche, Victoria?

—Tetrik, respondió la madre de los campamentos con acento tranquilo que formaba un notable contraste con la agitacion en que la habia visto abismada pocos momentos antes; ¿no sois poeta?

—¿Con qué objeto me haceis esa pregunta?

—¿No haceis versos?

—Es cierto... busco á veces en el cultivo de las letras una distraccion para los desvelos de los negocios de Estado, y especialmente para el pesar que me legó la muerte de nuestro glorioso cuanto malogrado Victorino... á quien sobrevivo contra mi esperanza... Os he repetido con frecuencia, Victoria, al hablar del infortunado héroe, que le amaba con tanta ternura como si fuera hijo mio... Tenia dos hijos, pero ¡ah! solo me queda uno... Me preguntais si soy poeta... Quisiera ser uno de esos genios privilegiados que dan la inmortalidad á los héroes que cantan, pues Victorino viviria en la posteridad como vive en el corazon de los que le lloran. Pero ¿con qué objeto me hablais de mis versos... cuando tratamos del importante asunto que me conduce á vuestro lado?

—Como todos los poetas... ¿no volveis á leer varias veces vuestros versos para corregirlos?

—Sin duda... pero...

—Los olvidais, si asi puede decirse, para advertir cuando volveis á leerlos los defectos de idea ó de language.

—Es cierto que despues de haber escrito alguna oda en un mo-

mento de inspiracion, acostumbro dejar que *duerman mis versos*, como se dice comunmente, durante meses enteros, y cuando vuelvo á leerlos encuentro muchos defectos en que no habia reparado. Pero repito, Victoria, que no se qué tiene que ver la poesia...

— Desco saber si se ha entibiado vuestra inspiracion desde esta noche.

— No entiendo...

— Ayer recibí una carta vuestra que decia lo siguiente: « Esta noche llegaré á Tréveris en secreto, y os suplico en nombre de los mas graves intereses de nuestra querida patria que me recibais reservadamente y sin hablar antes á nadie, ni aun á vuestro amigo y hermano Scanvoch. Esperaré á media noche vuestra respuesta en la puerta del jardin de vuestra casa.»

— Y me habeis concedido la entrevista que os pedia, Victoria... Desgraciadamente para mí no ha sido decisiva, y en vez de regresar á Maguncia sin que nadie supiera mi llegada á esta ciudad, me he visto precisado á permanecer hoy aquí, pues habeis aplazado para esta mañana la respuesta y la resolucion que espero de vos.

— Antes de responderos, quiero pedir os un favor...

— Hablad...

— Deseo someter vuestra proposicion á la prueba de que hablamos no ha mucho.

— ¿ Qué prueba ?

— Tetrik, he dejado dormir... ó mas bien, he dormido con vuestras ofertas, y quiero que me las hagais otra vez, porque de este modo no me ofenderá ó sorprenderá lo que me ha ofendido y llenado de sorpresa esta noche...

— ¿ Os chanceais, Victoria ? Vos, tan grave...

— La que se sonreia raras veces antes de tener que llorar por su padre y por su esposo, por su hijo y por su nieto, no eligirá para chancearse un momento tan solemne.

— Sin embargo...

— Os repito que vuestras proposiciones me han parecido tan extraordinarias, y han suscitado en mi mente tal incertidumbre é ideas tan estrañas, que en vez de decidirme bajo el imperio de la primera impresion, quiero olvidarlo todo y oiros como si me hablaseis por vez primera de este negocio.

— Creia que erais menos lenta en vuestras resoluciones, y me estrañan por cierto vuestras palabras.

— ¿He tenido qué decidirme jamás durante mi vida sobre cuestiones de tanta gravedad?

— Pero recordad que esta noche...

— No quiero acordarme de nada... Figuraos que no ha mediado aun entre nosotros conversacion alguna... Es media noche, Mora acaba de iros á buscar á la puerta del jardin, os ha introducido en mi aposento, empezais á hablar y os escucho...

— Victoria...

— Tened cuidado, porque si os negais, tal vez responderé bajo mi primera impresion, y ya sabeis, Tetrik, que cuando tomo una resolucion soy inexorable.

— ¿Luego ha sido desfavorable vuestra primera impresion? dijo Tetrik con ansiedad. ¡Oh! seria una gran desgracia.

— Hablad, pues, otra vez si quereis que sea reparable esa desgracia.

— Voy á satisfacer vuestro deseo, Victoria, aunque me confunde ese capricho. ¿Lo deseais? Supongamos, pues, que no hemos hablado esta noche, que os veo en este momento por vez primera despues de una larga ausencia, aunque nos hemos escrito con bastante frecuencia, y que os digo: Victoria, hace cinco años que apesadado hasta en el fondo del corazon por la muerte de Victorino, muerte funesta que arrebatava las esperanzas de un glorioso porvenir para la Galia, partí casi moribundo á Roma acompañado de mi hijo. Los médicos me habian asegurado que aquel viaje restableceria mi salud, pero se engañaban, porque mi mal empeoraba por momentos. Dios quiso que un sacerdote cristiano viniese en secreto á consolar mi tristeza, y la fé me iluminó, y al iluminarme, hizo un milagro más pues me salvó de la muerte... La nueva religion regeneró mi vida, y mi hijo adjuró tambien en secreto los falsos dioses que hasta entonces habiamos adorado. En aquella época recibí una carta vuestra en que me anunciabais el asesinato de Mario, que guiado por vos segun mis previsiones, habia gobernado sabiamente la Galia... No podeis figuraros el dolor que me causó una noticia tan inesperada como funesta. Me suplicasteis entonces en nombre de los intereses mas sagrados de la patria que regresase á la Galia, pues me deciais que solo yo era capaz de reemplazar á Mario, que yo solo podia labrar la felicidad del pais en la era nueva y pacífica que se inauguraba, y recordabais con vehemencia la amistad que os profesaba y mi adhesion á la Galia. Partí de Roma con mi hijo y un mes

despues estaba á vuestro lado en Maguncia ; me prometisteis vuestra omnipotente influencia en el ejército , porque erais lo que sois aun , la madre de los campamentos ; me presentasteis á los soldados que me aclamaron , y por vuestra intercesion , yo que en mi vida habia empuñado una espada , fuí aclamado gefe único de la Galia , porque declarasteis con altivez al emperador que en adelante la Galia independiente solo obedeceria á un gefe único libremente elegido. El emperador cedió porque estaba empeñado en su desastrosa guerra de Oriente contra la reina Zenobia , vuestra heróica émula y yo goberné el pais sin dependencia ni vasallage. Encargué el mando de las tropas á Rupero , antiguo general aguerrido en las campañas del Rhin , y el ejército quiso en su constante idolatria hácia vos teneros siempre á su lado. Me ocupé en desenvolver en la Galia los beneficios de la paz , y aunque seguia observando en secreto la fe cristiana , no creí oportuno ni prudente confesarla , de modo que hasta hoy os he ocultado , Victoria , mi conversion. Hace cinco años que prospera en lo interior y es respetada en lo exterior ; establecí como centro de mi gobierno y residencia del senado la ciudad de Burdeos mientras vos continuabais en medio del ejército que defiende nuestras fronteras , dispuesto á rechazar tanto las nuevas invasiones de los francos como á los romanos si tratan de arrebatarnos nuestra independencia que tan cara nos ha costado. Ya sabeis , Victoria , que siempre me inspiré con vuestro elevado criterio , ora viniendo con frecuencia á visitaros á Treveris desde que partisteis de Maguncia , ora escribiendoos todos los dias sobre los negocios del pais , pues asi como vuestra mano omnipotente me elevó al poder , ella me sostiene en él. Si ; la madre de los campamentos es de hecho la emperatriz de la Galia , y yo , á pesar del poder que se me ha dado , soy con mucho honor , Victoria , vuestro primer súbdito... Esta rápida ojeada sobre lo pasado era indispensable para determinar con claridad la posicion presente. Asi pues , como os he dicho esta noche...

— Advertid , Tetrik , que todo lo he olvidado.

— Teneis razon.

— Proseguid.

— La deplorable muerte de Victorino y de su hijo y el asesinato de Mario os patentizan la funesta fragilidad de los poderes electivos. Ya sabeis , victoria que siempre he pensado asi , y que en otro tiempo fuí á Maguncia para aconsejaros que hicieseis aclamar al hijo de Victorino como heredero de su padre. Dios permitió que un crimen es-

pantoso desbaratase un proyecto en que tal vez hubierais consentido al fin...

—Nunca...

—No me empeñaré en probaros lo contrario. La Galia se halla actualmente en paz, y su valeroso ejército os ama con idolatría. ¿Qué necesita, pues, nuestra hermosa patria para llegar al mas alto grado de prosperidad? Una cosa, la estabilidad; en una palabra, necesita una autoridad que no se vea á merced del capricho de una eleccion: necesita un trono. Vos podeis fundarlo en la Galia, y vengo á ofrecer los medios, guiado por mi ferviente amor á la patria.

—Proponed otra vez esa oferta, Tetrik.

—Es decir que exigís...

—Que habéis como si nada hubieseis dicho aun.

—Vos disponeis del ejército, y yo gobierno el pais, pero tengo una satisfaccion en repetir que á vos debo lo que soy, que vos sois la verdadera emperatriz de la Galia y que me reconozco por el primer súbdito. Unámonos con un objeto comun para asegurar para siempre el porvenir de nuestra gloriosa patria, y enlacemos nuestras almas delante de un sacerdote cristiano. Abrazad el cristianismo, sed mi esposa ante Dios, y proclamémonos, vos emperatriz, yo emperador de las Galias. El ejército os obedecerá porque os ama, y reinareis sola y sin partir el poder con nadie, porque como no abrigo ambicion, como sabeis, á pesar de mi vano título de emperador y de esposo vuestro, continuaré siendo vuestro primer súbdito. Creo únicamente que será muy prudente y político que adoptemos á mi hijo como sucesor del trono; está ya en edad de casarse, y le buscaremos una alianza soberana... Tengo formado ya mi plan, y el trono de las Galias se basará en cimientos sólidos. He aqui, Victoria, lo que os propuse esta noche, lo que os propongo ahora. Adoptad mi plan, fruto de largos años de esperiencia y de meditacion, y la Galia marchará á la cabeza de las naciones del mundo.

—¿Y porqué hemos de abrazar al cristianismo y adorar la fé de nuestros antepasados?

—Para asegurarnos la proteccion de los emperadores de Roma.

—¿Es decir que os habeis hecho cristiano, mas que por conviccion, por política?

—Y asi debeis hacerlo vos.

—¡Nunca, Tetrik! ¡Y deciais que no teniais ambicion! exclamó Victoria con acento indignado.

- Victoria... qué significa...
- Me proponéis un imposible.
- ¡Un imposible!
- Si; ayer os creí loco, pero hoy que me habeis descubierto el fondo de vuestro corazón, os creo ambicioso y malvado.
- Yo... ¡gran Dios!
- Vos... ¡Oh! lo pasado ilumina en este momento lo presente... y lo presente me hace ver el porvenir. ¡Bendito seas, ó Heso! No era yo la única que oía tan indignas palabras.
- ¿Qué decís?
- Vos me habeis inspirado, ó Heso, y he querido tener un testigo oculto que declarara en caso necesario la realidad de ese proyecto... porque mi palabra... la palabra de Victoria no sería creída si descubriera tan vil traición. ¡Ven, hermano mio... ven, Scanvoch!
- Salí entonces y exclamé lanzando una terrible mirada á Tetrik:
- Hermana mia, no diré ya como otras veces: sospecho de este hombre, sino que le acuso de traidor.
- No es la primera vez que me acusais, Scanvoch, respondió Tetrik con imperioso desden, pero como siempre, vuestras necias acusaciones se desvanecerán ante mi desprecio.
- Sospechaba en otro tiempo, Tetrik, le dije, de que con tus tenebrosas maquinaciones habias ocasionado la muerte de Victorino y de su hijo, pero hoy te acuso de tan horrible trama.
- Mide bien tus palabras, dijo Tetrik pálido, sombrío y amenazador, porque es grande mi poder...
- Hermano mio, dijo Victoria, piensas como yo... habla sin temor... también es grande mi poder.
- Tetrik, sospechaba en otro tiempo que habias comprado al asesino de Mario, pero ahora te acuso de tan infame crimen.
- ¡Desventurado! ¿donde están las pruebas de lo que dices?
- ¡Oh, ya sé que eres prudente y habil, y que haces pedazos los instrumentos despues que te han servido...
- Lo que dices es vago ó infundado, respondió Tetrik con calma glacial. ¿Donde... donde están las pruebas?
- ¡Las pruebas! exclamó Victoria. ¿En donde estan las pruebas? En tus proposiciones ambiciosas. Escucha, Tetrik, la voz de la verdad: concebiste el proyecto de ser emperador hereditario de la Gallia mucho tiempo antes de la muerte de Victorino, y tu proposición

de hacer aclamar á mi nieto como heredero del poder de su padre, era un cebo destinado á alucinarme sobre tus designios y al mismo tiempo un paso en la senda que seguías...

— Victoria, la pasión os estravia. Hubiera sido un ambicioso muy necio si queriendo llegar un día al imperio hereditario, os aconsejase que hicierais conceder este poder á vuestra familia.

— El ejército hubiera aceptado el principio, y una vez reconocido para el porvenir el carácter hereditario del poder, te desembarazabas despues de mi hijo y de mi nieto, que es lo que hiciste...

— Yo...

— Todo se descubre ahora claramente á mis ojos... Aquella bailarina aventurera fué tu instrumento, y vino á Maguncia para seducir á Victorino, inducirle á un acto infame, á cuyo precio concedía su amor aquella vil criatura... Cometido este crimen, mi hijo debía morir á manos de Scanvoch en el arrebató de sus celos, ó ser asesinado por el ejército, que estaba avisado á tiempo y sublevado por tus emisarios.

— ¡Pruebas, Victoria, pruebas!

— No las tengo... pero es verdad lo que digo. Aquella misma noche hiciste matar á mi nieto en mis brazos, y se estinguió mi familia... tu primer paso hácia el imperio dejaba una huella sangrienta. Rehusaste despues el poder y propusiste la elevación de Mario. ¡Oh! confieso que se desvanecieron mis sospechas ante este prodigio de astucia infernal. Dos meses despues de ser aclamado Mario gefe de la Galia, sucumbia bajo el acero de un asesino, instrumento tuyo...

— ¡Pruebas... repitió Tetrik impasible, pruebas!

— No las tengo... pero es verdad lo que digo. Te quedabas solo despues de muertos Victorino, su hijo y Mario... Entonces, llegando á ser tu cómplice sin saberlo, te supliqué que te encargases del gobierno del país... Triunfabas, pero á medias, porque si gobernabas, como has dicho ya, no eras mas que el primer súbdito de la madre de los campamentos. ¡Oh! Ahora conozco que mi poder te estorba, pues si la Galia y el ejército te aceptaron por gefe, no fué porque te elegieran sino porque te presenté... Con una palabra puedo hacerte caer así como te elevé con una palabra... Cegado por la ambición, has juzgado de mi corazón por el tuyo, y me has creído capaz de desear trocar mi influencia en el ejército por la corona de emperatriz, entronizando á este precio á tí y á tu familia. Has hecho con el emperador romano un pacto tenebroso, despues de abjurar

tu religion , no por conviccion sino guiado por ambicioso proyecto. Pues bien , yo , la madre de los campamentos , digo á Tetrik, gefe de la Galia : Te acuso ante la Galia y el ejército de que quieres esclavizar á tu patria ; te acuso de haber renegado de la fe de tus antepasados ; te acuso de haber hecho alianza con los romanos ; te acuso de que pretendes usurpar la corona imperial para tí y para tu familia ! Si , de esto te acusa Victoria, y te acusará delante del pueblo y del ejército declarándote traidor , asesino , usurpador y perjuro. Voy á pedir al momento que seas juzgado por el senado y castigado con la muerte por los crímenes de que eres culpable...!

A pesar de la vehemencia de las acusaciones de la madre de los campamentos , Tetrik recobró su calma habitual , de que momentáneamente habia salido para amenazarme , y respondió con acento humilde y cariñoso :

— Victoria , creia que el proyecto que acabo de proponeros era beneficioso para la Galia , pero supuesto que no lo creéis así , figuraos que nada os he dicho. Me acusais , y estoy dispuesto á responder delante del senado y del ejército ; si mi muerte , pronunciada á instigacion vuestra por mis jueces , puede servir de provechosa leccion para el pais , no os disputaré los pocos dias que me restan de vida. Me quedo en Tréveris donde esperaré la decision del senado. Adios , Victoria... el porvenir probará quien de los dos deseaba la verdadera felicidad de la Galia.

Y dió un paso hácia la puerta.

Me puse delante , y exclamé impidiéndole el paso :

— ¡ No partirás ! Quieres huir para evitar el castigo de tus crímenes...

Tetrik me miró de piés á cabeza con altivez glacial y dijo volviéndose hácia Victoria.

— ¿ Permitis que en vuestra casa se haga violencia á un anciano... á un pariente vuestro que vino sin desconfianza ?

— Respetaré el deber sagrado de la hospitalidad , respondió la madre de los campamentos. Vinisteis aqui libremente y saldreis del mismo modo.

— ¡ Hermana mia ! ¡ qué haceis ! exclamé. Vuestra confianza os ha sido ya funesta...

Victoria me interrumpió con un ademan , reflexionó y dijo con amargura :

— Tienes razon... mi confianza ha sido funesta para el pais , y me

pesa como un remordimiento, pero nada temo ahora.

Llamó entonces y se presentó casi al mismo tiempo Mora, que se retiró despues que su señora le dijo algunas palabras al oido.

—Tetrik, añadió Victoria, he enviado á buscar el capitan Paulo y á varios oficiales; van á venir á buscaros aqui, y os acompañarán á vuestra casa donde no saldreis sino para presentaros ante vuestros jueces.

—¿Mis jueces?

—El ejército nombrará un tribunal que os juzgará...

—Advertid que solo puede juzgarme el senado.

—Si el tribunal os condena, apelareis al senado, pero si os absuelve, sereis libre, y solo podrá alcanzaros la venganza divina...

Mora volvió á entrar para decir á su señora que habia ejecutado su mandato. Me acordé despues, pero ¡ah! demasiado tarde, que Mora y Tetrik, que estaba sentado cerca de la puerta, se dijeron algunas palabras en voz baja.

—Scanvoch, me dijo Victoria ¿te acuerdas de la conversacion que acabas de oir?

—Perfectamente.

—Deseo que la pongas por escrito sin tardanza.

Y volviéndose hácia el gefe de la Galia, añadió:

—Será vuestra acusacion, que se leerá delante del tribunal militar y decidirá despues de vuestra suerte.

—Victoria, respondió friamente Tetrik, escuchad los consejos de un anciano que antes y ahora ha sido y es vuestro mejor amigo. Acusar á un hombre es facil pero probar su crimen es dificil...

—¡Calla, despreciable hipócrita! exclamó la madre de los campamentos con ímpetu; no me provoques... No sé porqué me detengo y no te entrego al instante á la ciega venganza de los soldados.

Y añadió cruzando las manos:

—¡Heso, dame prudencia para ser equitativa hasta con este hombre! ¡Apaga el fuego de la cólera que estravia mi juicio!

Mora oyó sin duda ruido detras de la puerta, la abrió y volvió á decir á Victoria:

—Anuncian la llegada del capitan Paulo.

Victoria hizo una seña á Tetrik, al cual pasó el umbral lanzando un profundo suspiro y diciendo con acento conmovido:

— ¡ Señor... señor! devaneced la ceguedad de mis enemigos.

— Mora, me abraso... Traeme una copa de agua con miel.

La criada hizo un ademan manifestando que iba á ejecutar con gusto su mandato, y desapareció al mismo tiempo que Tetrik que permaneció un instante en el umbral de la puerta.

— ¡ Ah! hermano mio, murmuró Victoria con abatimiento cuando nos quedamos solos, la larga lucha con ese hombre ha agotado mis fuerzas... La enormidad de su perfidia me llena de dolor... y despedaza mi corazon. Toma, mira como abrasa mi mano.

— El insomnio, la emocion y el horror tanto tiempo comprimido que os inspiraba Tetrik, han causado esa agitacion febril... descansad un momento, hermana mia. Voy á escribir vuestra conversacion con ese hombre... Esta noche será juzgado.

— Tienes razon me parece que el sueño me aliviaria.

— ¿ Quereis que os envíe á Leda para que os cuide?

— No; prefiero estar sola: asi conciliaré mas facilmente el sueño.

Mora entró entonces trayendo una copa que presentó á su señora la cual se bebió con avidez el líquido que contenia.

Dejé á mi hermana de leche al cuidado de la criada, y me retiré á mi aposento para escribir fielmente las palabras de Tetrik.

Terminaba esta tarea, que habia principiado dos horas hacia, cuando ví entrar á Mora pálida y aterrada.

— ¡ Scanvoch, me dijo con voz turbada, venid... venid pronto!

— ¿ Qué sucede?

— Mi señora... ¡ Qué desgracia! ¡ qué desgracia! ¡ Venid pronto!

— ¿ Amenaza una desgracia á Victoria? pregunté dirigiéndome apresuradamente al aposento de mi hermana de leche, mientras Mora me seguia diciendo:

— Me habia despedido para quedarse sola... Hace un instante entré en su aposento, y entonces... ¡ qué desgracia!

— ¡ Acaba!..

— La he visto en el lecho... con los ojos abiertos... pero lívida é inmovil como un cadáver.

Jamás olvidaré el horrible espectáculo que presencié al entrar en el aposento de Victoria. La madre de los campamentos estaba tendida en el lecho, y como habia dicho Mora, inmovil y lívida como un cadáver. Sus ojos fijos y brillantes parecian hundidos en el fondo de sus órbitas, y sus facciones, dolorosamente contraidas, tenian la fria blancura del mármol.

Una idea cruzó por mi mente como un rayo siniestro... ¡Victoria moría envenenada! (1)

—Mora, exclamé arrodillándome junto al lecho de la madre de los campamentos, envía á buscar el druida médico, y corre á decir á Leda que venga al instante.

La criada salió.

Tomé una de las manos de Victoria, que estaban ya contraídas y heladas, la cubrí de besos y exclamé:

— ¡Hermana mia, soy yo... Scanvoch!

— ¡Hermano mio! murmuró Victoria.

Y al oír su voz sorda y débil, me pareció que me respondía desde el fondo del sepulcro.

Sus ojos se volvieron hácia mi despues de tenerlos fijos largo rato, pero parecia estinguida la inteligencia sobrehumana que habia iluminado hasta entonces aquel hermoso mirar tan augusto y apacible. Sin embargo, fué recobrando lentamente el conocimiento, y me dijo:

— ¿Eres tú, hermano mio? Voy á morir...

Y volviendo penosamente la cabeza á todos lados como si buscase algun objeto, añadió haciendo un esfuerzo para levantar uno de sus brazos que volvió á caer pesadamente sobre su regazo:

— Abre... ese cofre... que hay allí... ese cofre de bronce... traelo...

Obedecí y puse sobre el lecho un cofrecillo de bronce bastante pesado.

Al mismo tiempo entró Leda á quien habia avisado Mora.

— Leda, dijo Victoria, toma este cofre... llévalo á tu casa, y ciérralo con cuidado... Cuando hayan trascurrido tres dias, lo abrireis con la llave que hay atada á la cerradura...

Y continuó dirigiéndose á mi:

— ¿Has escrito la conversacion que he tenido con Tetrik?

— Acababa de escribirla cuando vino Mora.

— Leda, lleva ese cofre á tu cuarto al instante, y vuelve luego con los pergaminos en que estaba escribiendo Scanvoch... Corre: no perdamos un momento.

(1) « Despues de la muerte de Mario, Victoria eligio á Tétrico (Tetrik) para gobernar la Galia, y fué proclamado gefe por el ejército... Victoria murió repentinamente. Su fin rápido é imprevisto dió lugar á sospechas y á varios rumores que alcanzaron al mismo Tétrico, el cual estaba impaciente, segun decian, de reinar sin tutela.» (Treb. Poll. Tillem. *Hist. de los Emp.*, III, 268.)

Leda obedeció y salió apresuradamente, quedándome solo con Victoria.

— Hermanio mio, me dijo, los instantes son preciosos, y no me interrumpas... Conozco que voy á morir, y creo adivinar la mano que me hiere, pero sin saber cómo... Este crimen corona una larga serie de atentados... Mi muerte es para la Galia un peligro inminente y que es forzoso conjurar... Te conocen en el ejército... saben la confianza que me mereces... Reune á los soldados y oficiales... cuéntales los proyectos de Tetrik... La conversacion que has escrito y que voy á firmar si me ayudan las fuerzas dará crédito á tus palabras... La vida me abandona... ¡Oh! si tuviera tiempo para reunir aqui, en mi lecho de muerte, á los gefes del ejército que rodearán esta noche mi pira... Deposita sobre mi cadáver las armas de mi padre, de mi esposo y de Victorino y la cuna de mi nieto...

— ¡Scanvoch! gritó Leda entrando precipitadamente en el aposento, no estan ya los pergaminos que habias dejado en la mesa...

— ¡Es imposible! respondí estupefacto, no hace un momento que aun estaban allí...

— Si, los ví cuando Mora vino á anunciarme la desgracia que nos amenazaba, me dijo Leda; los han quitado cuando saliste.

— ¡Han robado esos pergaminos! ¡qué presagio mas funesto! murmuró Victoria. ¿Qué mano misteriosa se estiende sobre esta casa? ¡Desgraciada... desgraciada Galia! Heso, dios omnipotente, me llamas á los mundos desconocidos, desde donde se domina este mundo que abandono; ¿pero moriré sin saber cual es el porvenir de mi querida patria, de este porvenir que me aterra? Dios omnipotente, ilumina mi espíritu en esta hora suprema. Heso, ¿me has oido? añadió Victoria con voz mas firme, incorporándose y con la mirada radiante de inspiracion. ¿Quién es esa mujer tan pálida? ¿Porqué está ensangrentada su túnica? ¿porqué está ensangrentada tambien su corona de hojas de encina, el árbol sagrado de la Galia, y rota á sus piés la espada que empuñaba su mano? Esa mujer vencida es la Galia... los francos pisotean su corona... ¡Cuanta sangre..! ¡cuantos cadáveres! ¡cuantas ruinas!.. ¡O Heso!.. ¡gozo celeste! añadió Victoria, cuyas facciones parecieron brillar repentinamente con un fulgor divino, la noble mujer está en pié... con la frente ceñida de espigas, racimos y flores... Si... es la Galia... libre al fin, altiva, gloriosa y feliz... ¡Heso... Heso! piedad para ella... Que sea libre, feliz

y gloriosa como la veo en este instante sin cruzar tantos siglos... de horror... de humillacion... de llanto...

Estas palabras agotaron las fuerzas de Victoria que cedió sin embargo á un postrer ímpetu de exaltacion, y alzando los ojos al cielo y cruzando los brazos sobre el pecho, exhaló un profundo gemido y volvió á caer sobre el lecho fúnebre...

¡ La madre de los campamentos, *la gran Victoria*, era cadáver!

Mientras Victoria hablaba me habia esforzado para contener mi desesperacion, pero cuando la ví espirar, se apoderó de mi el vértigo, se doblaron mis rodillas, me abandonaron las fuerzas, y caí desmayado en el momento que oia un gran tumulto en el aposento inmediato, tumulto que dominaban estas palabras:

— Tetrik, el gefe de la Galia, muere envenenado!

Durante algunos dias estuve agonizando y me prodigó sus desvelos Leda, tu segunda madre. Habian trascurrido, hijo mio, cerca de dos semanas desde la muerte de Victoria, cuando reuniendo por vez primera mis recuerdos pude hablar con Leda de nuestra pérdida irreparable. Las últimas palabras que habia oido cuando, vencido por el dolor, perdí el sentido junto al lecho de mi hermana de leche, fueron las siguientes:

— Tetrik, el gefe de la Galia, muere envenenado.

En efecto, Tetrik fué ó mas bien pareció haber sido envenenado al mismo tiempo que Victoria. Apenas llegó á casa del general del ejército, empezó á padecer horribles convulsiones, y cuando quince dias despues recobré el sentido, se temia aun por la vida de Tetrik.

Confieso que esta noticia me dejó absorto y que mi razon se negaba á creer que aquel hombre fuera culpable de un crimen de que era tambien una de sus víctimas.

La muerte de Victoria llenó de consternacion la ciudad de Tréveris y el ejército, y mas adelante, á toda la nacion. Los funerales de la madre de los campamentos parecian ser los de la Galia, y se veia en ellos el presagio de nuevas desgracias... El senado galo decretó la apoteosis de Victoria que se celebró en Tréveris en medio del luto y de las lágrimas de todo el pueblo.

La pomposa solemnidad del culto druídico y el canto de los bardos dieron á aquella fúnebre ceremonia un brillo imponente. Durante ocho dias Victoria estuvo espuesta, embalsamada y acostada en un le-

cho de márfil, cubierto de una alfombra de tela de oro, y todos los ciudadanos se apresuraban á acudir á la casa mortuoria que invadia sin cesar el ejército del Rhin, del que era verdadera madre Victoria (1). Finalmente, fué trasladada á una pira segun la antigua costumbre de nuestros antepasados. Las calles de Tréveris estaban llenas de flores al pasar el cortejo que seguia todo el ejército y precedian los bardos cantando en sus arpas de oro alabanzas á la mujer ilustre, y su cadáver desapareció en la pira en medio de fulgentes llamas...

Se acuñó el dia de la ceremonia fúnebre una medalla que representaba en un lado la cabeza de la heroína gala cubierta con el casco de Minerva, y en el otro una águila con las alas abiertas, lanzándose al espacio y con los ojos clavados en el sol (2), símbolo de la fé druídica. En el reverso de la medalla se grabó la fórmula ordinaria: *Consagracion*, acompañada de estas dos palabras:

VICTORIA, EMPERADOR.

La Galia inmortalizaba en su entusiasmo con este dictado varonil á la gloriosa *madre de los campamentos*, concediéndola un título que habia rehusado siempre durante su vida, vida tan modesta como sublime y dedicada enteramente á su padre, á su esposo, á su hijo y á la gloria y el bien de su patria.

Grande era mi incertidumbre: el envenenamiento de Tetric que, segun decian, luchaba aun con la muerte, y la desaparicion del pergamino que contenia la conversacion de aquel traidor con Victoria, quien no habia podido firmarlo antes de morir, se reunian para que fuera muy difícil sino imposible la acusacion que un soldado oscuro como yo debia presentar contra Tetric, que sobrevivia y era gefe soberano de la Galia, soberania tanto mas importante cuanto no la balanceaba la inmensa influencia de la madre de los campamentos. Esperé para resolverme á que se hubiera fortalecido mi alma combatida y debilitada con tan terribles desgracias.

Leda abrió el cofrecillo que le habia entregado Victoria, despues de esperar tres dias como habia mandado al morir mi hermana de leche, y encontró una tierna y última prueba de la amistad de aquella ilustre heroína.

(1) Herodiano, *Ant y Get.*, IV, 81.

(2) Imp. Victoria. Elkhel. D. N. VIII. 454. Mionet, II, 76. Veas. A. Thierry.

Leíanse en un pergamino las siguientes palabras escritas de su mano:

«Solo nos separaremos al morir, decíamos con frecuencia, querido hermano mio, y es tu deseo así como el mio; pero si he de ir á vivir otra vez antes que tú en esos mundos desconocidos donde volveremos á vernos algún día, tendría un placer en pensar que irás á esperar en Bretaña, cuna de tu familia, el día de nuestro encuentro en otro mundo. La conquista romana te despojó de los campos de tus padres, y como á pesar de haber recobrado la Galia su independencia, no puedes reclamar tu herencia invocando tu derecho, en este cofrecillo encontrarás una cantidad suficiente para rescatarla y vivir en adelante feliz y libre cerca de las piedras sagradas de Karnak, testigos de la heroica muerte de HENA, la virgen de la isla de Sen.

«Me has enseñado muchas veces las piadosas reliquias de tu familia, y quiero añadir un recuerdo... Encontrarás en este cofrecillo una *alondra* de bronce dorado: es el adorno que llevaba en mi casco el día de la batalla de Riffenel, en que combatió por vez primera mi hijo Victorino... Guárdala, y que tu familia conserve también ese recuerdo de fraternal cariño... Te lo lega tu hermana de leche, que es de tu familia y se vanagloria de haberse criado al pecho de tu noble y animosa madre.

«Cuando leas esta carta, hermano mio, estaré ya viviendo cerca de los que amé y abandonaron este mundo.

«Continua siendo fiel á la Galia... Te has mostrado digno de tu estirpe. Heso quiera que tus descendientes sean dignos de tí y puedan escribir sin ruborizarse la historia de su vida, obedeciendo la postrera voluntad de tu antepasado Joel, el brenn de la tribu de Karnak.

«VICTORIA.»

¿Necesito decirte, hijo mio, que me llegó hasta el alma tan tierna solicitud?... Me hallaba entonces sumido en sombría desesperación y absorvido por el temor de los graves acontecimientos que podían seguir á la muerte de Victoria, de modo que casi no me producía la menor impresión la esperanza de volver á Bretaña á terminar mis días en los mismos campos que habían pertenecido á mis antepasados.

Quando se restableció completamente mi salud me presenté al ge-

neral que mandaba el ejército del Rhin, y que era un soldado anciano y capaz de comprender mejor que nadie las funestas consecuencias de la muerte de Victoria. Le expliqué los proyectos de Tetrik, y le dije las sospechas que me habia inspirado el envenenamiento de mi hermana de leche, pero el general me respondió:

— Los crímenes y designios de que acusas á Tetrik son tan enormes y revelarían una alma tan pérfida y baja, que apenas los creería aun que me los atestiguase nuestra augusta madre Victoria. Scanvoch, eres honrado y valiente, pero tu testimonio no es suficiente para emplazar al gefe de la Galia ante el senado y el ejército... Por otra parte, Tetrik está gravemente enfermo, y su envenenamiento prueba hasta la evidencia que es inocente de la muerte de nuestra Victoria, de modo que serías el único acusador del gefe de la Galia, que todos aman y veneran porque siempre se presentó como el primer súbdito de Victoria, la verdadera emperatriz de la Galia... Creeme, Scanvoch; fortalece tu razon que ha turbado la muerte de esa mujer augusta y que agitada por vagos temores toma por realidad las ilusiones. Tetrik ha gobernado hasta ahora sabiamente el pais, dirigido por los consejos de nuestra querida madre; si muere, llorará su pérdida el ejército, y si sobrevive al crimen misterioso de que ha sido víctima, continuaremos honrando al que nos designó la gran Victoria.

La respuesta del general me demostró que jamás podría hacer creer mi sospecha y mi convicción al senado y al ejército, tan prevenidos en favor del gefe de la Galia.

Tetrik no murió. Su hijo vino apresuradamente á Tréveris cuando supo el peligro que corria su padre, y este, cuando convaleció, habló largamente con los senadores y los gefes del ejército, manifestando el profundo dolor que le habia causado la muerte de Victoria. Expresó este sentimiento con apariencia tan sincera, honró tan piadosamente su memoria con una ceremonia fúnebre, en que glorificó á la mujer ilustre cuya mano omnipotente le habia sostenido tanto tiempo, segun decia, y á quien debia su elevacion, y su pesar pareció en fin tan desgarrador cuando acudió á la triste solemnidad de que hablo, pálido, débil, bañado en lágrimas y apoyándose vacilante en el brazo de su hijo, que se grangeó mas íntimamente aun el afecto del pueblo y del ejército con aquellos postreros homenajes á las cenizas de Victoria.

Conocí desde entonces que seria inútil renovar mis acusaciones

contra Tetrik, y desconsolado al ver el destino de la Galia en manos de un hombre que creia y sabia que era un traidor, me decidí á partir de Tréveris contigo, hijo mio, y con Leda, tu segunda madre, para ir á buscar á Bretaña, nuestro pais natal, algun consuelo para mis penas.

Quise sin embargo cumplir un deber que creí sagrado. Hice un esfuerzo para recordar la conversacion de Tetrik y de Victoria, y llegué á escribirla casi palabra por palabra. Copié este relato, y se lo entregué antes de partir al general del ejército diciéndole:

— Creeis que mi razon desvaria, pero conservad este escrito, y ojalá que el porvenir no pruebe la realidad de una acusacion que os parece insensata. El general guardó el pergamino, pero me recibió y me despidió con esa bondad compasiva que se tiene con los que han perdido la razon.

Volví á la casa de mi hermana de leche donde habia vivido desde su muerte, y me ocupé con Leda de los preparativos de nuestro viaje.

He aqui lo que sucedió la última noche que pasé en Tréveris:

Mora se habia quedado tambien en la casa, y confieso que me enternecia el dolor que le causaba la muerte de su señora. La noche de que te hablo, hijo mio, me ocupaba, como te he dicho, con tu segunda madre en los preparativos de nuestro viaje, y necesitando un cofre, fuí á buscar uno á una sala baja que estaba separada por un tabique de tablas del aposento habitado por Mora. Era mas de media noche, y al entrar en la sala baja, ví con asombro una viva claridad al través de las junturas del tabique que separaba el aposento de la criada. Creyendo que tal vez se habia prendido fuego en el lecho de aquella mujer durante su sueño, me apresuré á mirar al través de las hendiduras del tabique; pero ¡cual fué mi sorpresa al ver á Mora que se contemplaba en un pequeño espejo á la luz de dos lámparas cuyo resplandor acababa de llamar mi atencion!

Pero no era Mora la africana, ó al menos habia desaparecido el color bronceado de sus facciones, y la volvia á ver pálida y morena, con la cabeza cubierta con una rica banda de oro adornada con pedrerias, y sonriendo ante su imágen reflejada por el espejo. Estaba colocándose en sus orejas unos largos pendientes de perlas, y llevaba un corpiño de tela de plata y un tonelete de color de escarlata.

¡ Reconocí á la bailarina Kidda!

¡ Ah!... solo la habia visto una vez, al resplandor de la luna, aque-

lla noche fatal en que volviendo apresuradamente á Maguncia tras el siniestro aviso de mi misterioso compañero de viaje, maté en mi casa á Victorino y á mi querida esposa Ellen.

Cuando desapareció mi estupor sentí un ímpetu de ira rabiosa porque cruzó por mi mente una horrible sospecha.

Cerré por dentro la puerta de la sala baja, empujé con violencia una de las tablas del tabique, y como el furor me daba fuerzas sobrenaturales, la hundí y aparecí súbitamente ante la bailarina aterrada. Con una mano la puse de rodilla, con la otra cogí una de las pesadas lámparas de hierro, y alzándola sobre la cabeza de aquella infame, grité:

— ¡Te mato si no confiesas tus crímenes!

Kidda creyó leer en mi mirada su sentencia de muerte, palideció y respondió con voz débil y balbuciente:

— No me mates... hablaré.

— ¿Eres la bailarina Kidda?

— Si.

— ¿Eres la que exigiste en Maguncia á Victorino el deshonor de mi esposa como premio de tus vergonzosos favores?

— Si.

— ¿Obedecias los mandatos de Tetrik?

— No... no me ha hablado nunca.

— ¿A quién obedecias, pues?

— Al escudero de Tetrik.

— El gefe de la Galia es prudente. ¿Conocias el soldado qué en aquella noche fatal me avisó de que se cometia un gran crimen en mi casa?

— Era el compañero de armas del capitan Mario, el soldado Eustaquio.

— ¿Tetrik conocia tambien á ese soldado?

— Su escudero le veia secretamente en Maguncia.

— ¿Donde está ahora ese soldado?

— Murió.

— ¿Mandó Tetrik asesinarle despues de servirse de él para dar muerte al capitan Mario? Responde...

— Creo que si...

— ¿El escudero de Tetrik te envió tambien á esta casa con las facciones disfrazadas para que no te conocieran?

— Si.

— ¿Estabas encargada de espiar y de envenenar á tu señora? ¿Callas? Quieres morir...

— ¡Mátame!

— Si tienes un Dios... si tu alma infernal se atreve á implorarle en este momento supremo, implórale... porque solo te resta un instante de vida...

— ¡Piedad!

— Confiesa tu crimen... ¿lo cometiste por mandato de Tetrik?

— Si.

— ¿Cuándo... cómo te mandó que cometieras el crimen?

— Cuando entré... despues que me enviaron en busca del capitán Paulo para prender á Tetrik.

— ¿Y pusiste el veneno en la bebida que presentaste á tu señora?

— Si.

— Aquel mismo día, añadí porque los recuerdos acudían en tropel á mi mente, cuando te envié á buscar á mi mujer, ¿quitaste de la mesa el pergamino en que estaba escribiendo?

— Si, por mandato de Tetrik, que había oído hablar de ese pergamino á Victoria.

— ¿Porqué, despues de cometer el crimen, has permanecido hasta hoy en esta casa?

— Para no despertar sospechas.

— ¿Qué es lo que te indujo á envenenar á tu señora?

— El regalo de estas alhajas con que me complacia en engalanarme cuando entraste. Creía que estaba sola.

— Tetrik ha estado á las puertas de la muerte.. ¿Crees á su escudero capaz de ese crimen?

— Todo veneno tiene su antídoto, me respondió la bailarina con sonrisa siniestra. El que se hiere al herir aleja las sospechas.

La respuesta de aquella mujer fué para mí un rayo de luz. Tetrik, con astucia infernal y libertado sin duda de la muerte por medio de un antídoto, había tomado bastante veneno para hacer ver que era víctima como Victoria, y había exagerado además las apariencias del mal.

No vacilé entonces un momento: cogí un lienzo de encima de la cama, y á pesar de la resistencia de la bailarina, la até las manos y la encerré en la sala baja... Corrí despues sin tardanza á casa del general del ejército, y llegando con trabajo hasta su presencia siendo una hora tan adelantada de la noche, le conté la confesion de Kidda.

El general se encogió de hombros con ademán de descontento, y me dijo:

—No te abandona esa idea fija, Scanvoch... Veo que tu cabeza está completamente trastornada. ¡Despertarme para contarme semejantes locuras!.. Escoges además un momento poco oportuno para acusar el venerable Tetricus porque ayer noche salió de Tréveris para regresar á Burdeos.

La partida de Tetricus era funesta. Sin embargo, insté tan eficazmente al general, le hablé con tanto entusiasmo y tan convincentes razones, que consintió en que me acompañase uno de sus oficiales para oír las revelaciones de la fingida Mora.

Llegamos apresuradamente á casa, y abrí la puerta de la sala baja donde habia dejado á Kida atada, pero sin duda habia roto el lienzo con los dientes y huido por una ventana que aun estaba abierta y daba al jardín...

En mi precipitacion no habia reparado en que podia huir por aquella ventana.

—¡Pobre Scanvoch! me dijo el oficial con compasion; el pesar te hace visionario... estás enteramente loco...

Y salió sin detenerse á escucharme.

Cumplióse la voluntad de los dioses. Renuncié á la esperanza de descubrir las maldades de Tetricus, y el dia siguiente partí á Bretaña contigo, hijo mio, y con tu segunda madre Leda.

Leerás con tristeza y temor para el porvenir las lineas que terminan este relato, pues verás en ellas cómo nuestra querida Galia, que habia recobrado la independencia despues de tres siglos de lucha y de llegar á ser temida y próspera bajo la influencia de Victoria, llegó á ser, sino esclava, sometida al menos al imperio romano por la infame traicion de Tetricus.

Aquel monstruo habia envenenado á la madre de los campamentos al ver frustrados sus proyectos de enlace y de usurpacion, pues unicamente Victoria hubiera abierto á su ambicion abdicando el camino del imperio hereditario de las Galias. Muerta Victoria, conoció la impotencia de sus proyectos, y hasta no tardó en convencerse de que no estando sostenido por la prudencia y la soberana influencia de aquella mujer augusta, era cada dia menor el afecto del pueblo y del ejército. Como perdía su antiguo prestigio y preveía próxima su destitucion, pensó desde entonces en llevar á cabo la traicion que siempre me habia recelado. Trabajó bajo mano para entregar la Ga-

lia, que gozaba completa independencia, bajo el poder de los emperadores de Roma. Sembró con tiempo en el país por mil medios tenebrosos el germen de la discordia civil, lo debilitó dividiéndolo, supo despertar los antiguos celos de provincia á provincia que hacia mucho tiempo estaban amortiguados, suscitó con preferencias é injusticias calculadas, ardientes rivalidades entre los generales y los diferentes cuerpos del ejército, y cuando, llegó la hora de la traicion, escribió secretamente al emperador Aureliano:

«Ha llegado el momento de atacar la Galia, y vencereis facilmente á un pueblo debilitado por las divisiones y á un ejército cuyos diversos cuerpos se envidian y odian... Os haré saber de antemano la disposicion de las tropas galas y todos los movimientos que hayan de verificar para asegurar vuestro triunfo.» (1)

Los dos ejércitos se encontraron en la inmensa llanura de Châlons á orillas del Marne. (2)

Tetrik cumplió su promesa: avanzó en lo mas empeñado de la accion con el principal cuerpo del ejército, y se dejó rodear por los romanos mientras las legiones del Rhin combatian con valor, pero descubiertas de antemano sus maniobras, fueron derrotadas y tuvieron que sucumbir á pesar de sus desesperados esfuerzos.

Tetrik y su hijo se refugiaron en el campamento romano.

Destruido nuestro ejército y dividido el país por la discordia, los romanos alcanzaron una victoria fácil como en los mas funestos dias de nuestra historia. La Galia volvió á ser una provincia romana. El emperador Aureliano, á imitacion de *César*, hizo una entrada solemne en el Capitolio para celebrar tan glorioso triunfo. Todos los cautivos que habia traído aquel emperador de sus largas guerras de Asia desfilaron por delante de su carroza, y se distinguió entre ellos la reina de Oriente, la heróica émula de Victoria, *Zenobia*, cargada de cadenas de oro atadas al carcan del mismo metal que llevaba en el cuello. Detras de *Zenobia* se veia á Tetrik, el último gefe de la Galia desde que habia vuelto á ser provincia romana, pero tanto él como su hijo marchaban libres y con la frente erguida á pesar de su traicion infame, y llevaban largos mantos de púrpura, una túnica y calzones de seda (3). Representaban en aquel cortejo la reciente sumision de los galos al emperador Aureliano.

(1) Amadeo Thierry, *Hist. de los galos*, V. II, p. 419

(2) Eutrópo, IX, 13.

(3) « Pero lo que atraia principalmente las miradas eran los dos Tetricos con mantos

¡ Ah ! hijo mio , la historia de nuestros antepasados cuenta que tres siglos ha marchaba tambien un galo delante del carro triunfal de César , pero no iba tan esplendidamente ataviado , con ademan audaz y sonriendo al vencedor , sino cargado de cadenas , cubierto de harapos , sosteniendo penosamente su cuerpo dolorido por su larga reclusion en los calabozos , donde habia estado padeciendo hambre y sed durante cuatro años despues de haber defendido palmo á palmo la independendencia de la Galia contra las armas victoriosas de César . Aquel heróico cautivo se llamaba *Vercingetorix* , el jefe de los cien valles .

Despues del triunfo de César , el valeroso defensor de la Galia murió en el cadalso...

Despues del triunfo de Aureliano , el traidor Tetrik fué conducido con pompa á un palacio magnífico...

Pero la justicia de Heso es eterna , hijo mio , y los crímenes que se cometen en este mundo son castigados en el otro .

Tales son los acontecimientos que pasaron en la Galia despues de la muerte de la gran Victoria , mientras viviamos retirados en Breña cultivando los campos de nuestros antepasados que compré á los descendientes de un colono romano . La Galia es otra vez provincia romana , pero es justo confesar que hemos conservado nuestras libertades , que gozamos todos los derechos de ciudadanos , y que los únicos indicios de nuestra dependencia son el impuesto que pagamos al fisco y el nombre de *Galia romana* .

Si he de dar crédito á las postreras palabras de Victoria , nos amenazan terribles desgracias , y veo que se realizan sus vaticinios porque las bordas de las francos van creciendo de dia en dia en las orillas del Rhin .

Asi pues , yo , Scanvoch , para cumplir la última voluntad de nuestro antepasado JOEL , el brenn de la tribu de Karnak , escribo este relato para tí , hijo mio , Aelguen , en nuestra casa situada cerca de las piedras sagradas de la selva de Karnak .

He terminado este relato , interrumpido varias veces , cuando te-

de púrpura y una túnica amarilla con sus calzones galos . Aureliano hizo entrar á Tetrik en el senado , prometió la misma dignidad á su hijo y le mandó construir un palacio en el monte Celio , diciéndole sonriendo que era mas honroso mandar un pueblo en Italia que reinar allende los Alpes . » (Aurel. *Epit.* 35.)

nias veinte años de edad , cerca de doscientos ochenta despues de la muerte del Dios de los cristianos.

La muerte llega con frecuencia cuando menos la esperamos. El mañana pertenece á Heso. Por eso te lego hoy las reliquias de nuestra familia á las cuales he añadido la ALONDRA DEL CASCO *de mi hermana de leche la gran Victoria.*

FIN DE LA ALONDRA DEL CASCO.

Yo, Aelguen , hijo de Scanvoch, muerto en paz en nuestra casa , situada cerca de las piedras sagradas de la selva de Karnak, te lego, hijo mio , Roderik , los relatos y las reliquias de nuestra familia para que las trasmitas igualmente á nuestra descendencia. Continuarás nuestra historia si llegan á agitar tu vida acontecimientos de gravedad , pues la mia ha sido hasta ahora tranquila y feliz, y cultivo con nuestros parientes los campos que rescató mi padre con la generosa dádiva de la gran Victoria. No se han realizado aun los siniestros vaticinios de aquella mujer ilustre , y ojalá no se realicen nunca. La Galia continua siendo provincia romana , y algunos viajeros que llegan á veces hasta nuestra antigua Armórica cuentan que en las demás provincias han estallado sublevaciones populares bajo el nombre de *Bagaudia.*

Muchos de nuestros antepasados, sometidos en otro tiempo á la servidumbre romana y sumidos en la mas profunda ignorancia , solo hicieron escribir en nuestros pergaminos estas palabras : *Nací, viví y moriré esclavo.* Permitan los dioses que la felicidad de las generaciones que sucedan á la nuestra sea tambien tan uniforme , y que cada descendiente pueda añadir como yo á la crónica de la familia las siguientes palabras :

« Viví feliz , tranquilo y oscuro en nuestra Bretaña armoricana
« cultivando los campos de mis padres , y partiré de este mundo sin
« temor ni pesar cuando Heso me llame para ir á vivir otra vez en
« los mundos desconocidos. »

He llegado á la edad de sesenta ocho años y te lego los pergaminos y las reliquias de nuestra familia , ignorando si Heso ha de dejarme aun algunos años de vida , porque deseo cumplir antes de morir la voluntad de nuestro antecesor Joel , el brenn de la tribu de Karnak.

Yo, Roderik, hijo de Aelgwen, muerto trescientos cuarenta años despues de la muerte de Jesucristo, el Dios de los cristianos, escribo las siguientes palabras segun esperaba mi padre:

«He vivido hasta hoy tranquilo, feliz y oscuro en nuestra Bretaña armoricana cultivando los campos de mis padres, y puedo partir de este mundo sin temor ni pesar cuando Heso me llame para ir á vivir otra vez en los mundos desconocidos.»

Permitan los dioses, querido hijo Amael, que no tengas que aumentar nuestra leyenda con la historia de tus desgracias ó de la agitación de tu vida, y puedas trasmitir las reliquias de la familia á tus descendientes.

Yo, Gildas, hijo de Amael, escribo tristemente estas líneas trescientos setenta y cinco años despues de la muerte de Jesucristo. Mi padre retardaba de año en año el dia en que añadiría algunas palabras á nuestra leyenda, porque lo mismo que mi abuelo Roderik solo podia trasmitir á nuestra descendencia el recuerdo de una vida oscura, laboriosa y pacífica. Hace dos dias que murió mi padre en nuestra casa, cerca de Karnak, tras una corta enfermedad. Antes de partir de este mundo me legó estos pergaminos y las piadosas reliquias de nuestra familia.

Tengo diez y ocho años... Si mi vida no es tan feliz y tranquila como la de mi padre y de mi abuelo, escribiré aqui el bien y el mal con sinceridad para cumplir la postrera voluntad de JOEL, *el brenn de la tribu de Karnak*, y legaré á nuestra descendencia la *segur de oro de HENA*, la *campanilla de bronce de GUILHERN*, el *collar de hierro de SYLVEST*, la *cruz de plata de GENOVEVA* y la *alondra del casco de SCANVOCH*.

FIN DEL TOMO I.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO PRIMERO.

PRÓLOGO.

	Pag.
CAPITULO PRIMERO	5
CAP. II.	15
CAP. III.	23
CAP. IV.	29
CAP. V.	36
CAP. VI.	43

LA SEGUR DE ORO O HENA LA VIRGEN DE LA ISLA DE SEN.

CAP. I.	57
CAP. II.	58
CAP. III.	66
CAP. IV.	80
CAP. V.	90
CAP. VI.	101

LA CAMPANILLA DE BRONCE, O EL CARRO DE LA MUERTE.

CAP. I.	110
CAP. II.	127
CAP. III.	140
CAP. IV.	145
CAP. V.	159
CAP. VI.	172

EL COLLAR DE HIERRO O FAUSTINA Y SIOMARA.

CAP. I.	191
CAP. II.	205
CAP. III.	227
CAP. IV.	273

LA ALONDRA DEL CASCO O VICTORIA, LA MADRE DE LOS CAMPAMENTOS.

CAP. I.	315
CAP. II.	339
CAP. III.	371
CAP. IV.	464

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO PRIMERO

PROLOGO

1	Capítulo primero
11	Cap. II
21	Cap. III
31	Cap. IV
41	Cap. V
51	Cap. VI

LA SIGUA DE ORO O BENJA LA TURCA DE LA ISLA DE SAN

57	Cap. I
67	Cap. II
77	Cap. III
87	Cap. IV
97	Cap. V
107	Cap. VI

LA GIGANTA DE BRONCE, O EL CARGO DE LA MENTE

110	Cap. I
120	Cap. II
130	Cap. III
140	Cap. IV
150	Cap. V
160	Cap. VI
170	Cap. VII

EL COLLAR DE NUBES O RABAZA Y BOMBA

181	Cap. I
191	Cap. II
201	Cap. III
211	Cap. IV

LA ALONDRA DEL CASO O VICTORIA, LA MADRE DE LOS CAMPESINOS

213	Cap. I
223	Cap. II
233	Cap. III
243	Cap. IV

FIN DEL INDICE DEL TOMO PRIMERO

